

Ayuntamiento de Madrid

HEMEROTECA MUNICIPAL

Número de registro

2486

Estante

A. H. 8

Tabla

5

Número de volúmenes

Encuadernación



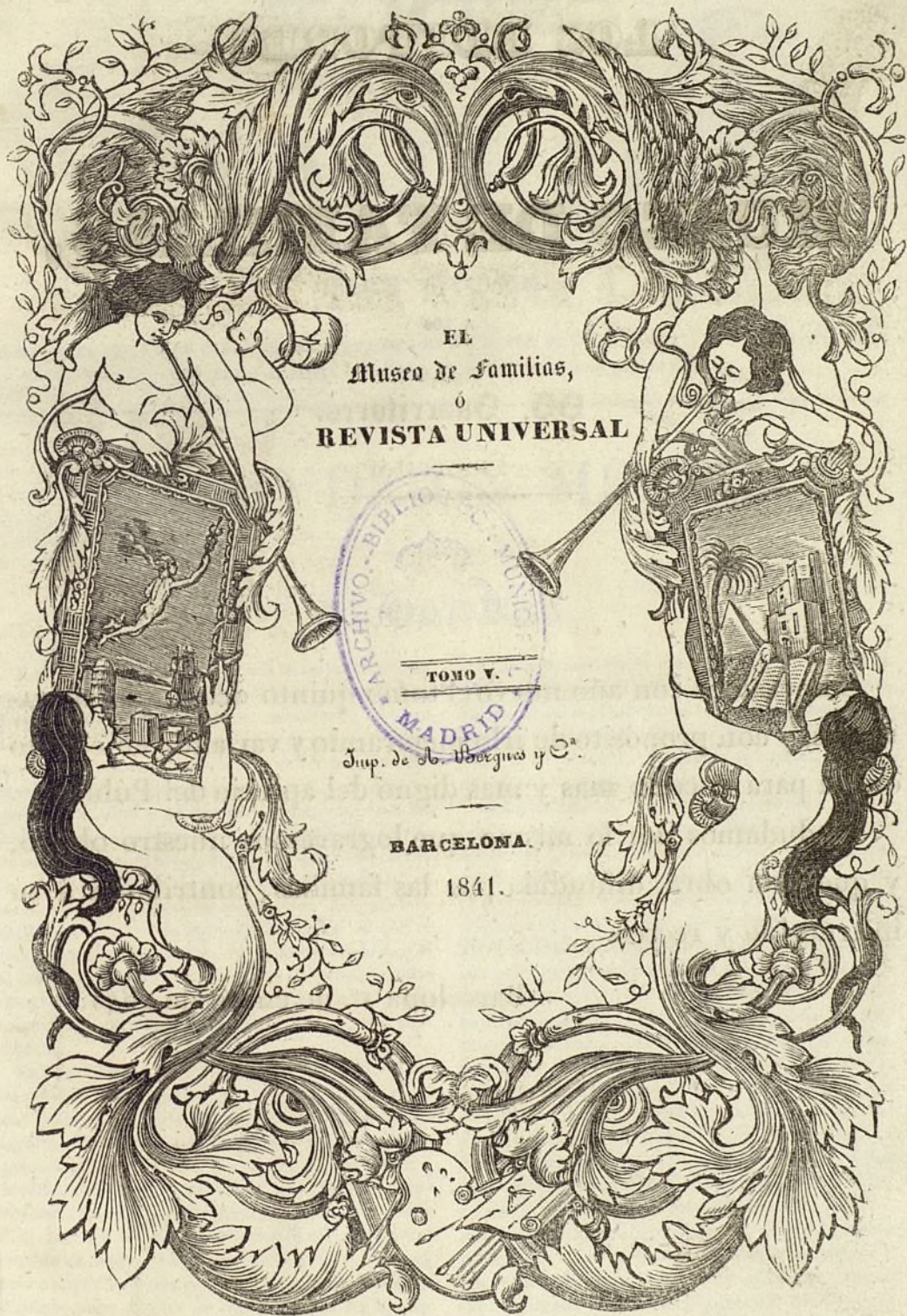
HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

EL MUSEO
DE FAMILIAS.

AYUNTAMIENTO
DE MADRID



DE FAMILIAS. EL MUSEO



EL
Museo de Familias,
o
REVISTA UNIVERSAL

TOMO V.

Imp. de A. Burgos y C^a.

BARCELONA.

1841.

LOS EDITORES
DEL
MUSEO DE FAMILIAS,

A LOS
SS. Suscritores.

Empezamos con año nuevo el tomo quinto del MUSEO DE FAMILIAS, y con propósito de irlo mejorando y variando en cuanto quepa para hacerlo mas y mas digno del aprecio del Público.

No dudamos por lo mismo que lograremos nuestro objeto, y que esta obra, difundida por las familias, contribuirá á su instruccion y recreo.

Barcelona 1.º de enero de 1841.

QUE SAL

No he
complet
gresos e
á repro
me han
se esper
que dise
males d
tudes y
jar al a
incoher
comun
compon
el único
estos re
coincide
ceptible

Es je
las muj
una int
capaces
que nos
flexible
ravillos
Provide
hombre
para cu
á cuant
bará la
sensibil
mientos

EL MUSEO

DE

FAMILIAS,

Obra periódica

QUE SALE EL DIA 4º. DE CADA MES, EN CUADERNOS EN 4º. MAYOR DE 8 PLIEGOS EN 2 COLUMNAS, Y ADORNADA CON RICAS LAMINAS GRABADAS EN BQX Y HERMOSAS CUBIERTAS.



DIARIO DE UN MÉDICO.

EL CÁNCER.

No he pretendido ofrecer á mis lectores la historia completa de mis experimentos clínicos ni de mis progresos en la ciencia de curar: se reduce toda mi tarea á reproducir fielmente las escenas que con mas viveza me han impresionado en el curso de mi práctica. No se espere hallar á un médico que diserta, á un filósofo que discute, sino á un hombre á quien interesan los males de sus semejantes, á un observador de sus virtudes y de sus padecimientos, que se dedica á bosquejar al acaso algunos de sus mas vivos recuerdos; su incoherencia á nadie debe sorprender. Ningun lazo comun puede unir los bosquejos aislados de que se componen estas Memorias; mi profesion de médico es el único punto central en que vienen á terminar todos estos relatos; son otros tantos rayos divergentes, cuya coincidencia, aunque real, es muy leve, apenas perceptible.

Es generalmente sabido el antiguo axioma: «Que las mujeres saben oponer al dolor físico una fuerza y una intensidad de valor de que nosotros seríamos incapaces.» Se doblegan bajo el peso de la angustia que nos aplastaria, y su existencia, mas nerviosa y flexible, vuelve á levantarse con una elasticidad maravillosa. Nacidas para ser madres y destinadas por la Providencia á la trasmision de la vida y á dar á luz al hombre en medio de los mas agudos dolores, debian, para cumplir las miras de la naturaleza, poder resistir á cuanto tiene el dolor de mas punzante. Así lo probará la siguiente narracion. Aquellos cuya exquisita sensibilidad no puede tolerar el aspecto de los padecimientos humanos y ceja ante la realidad, ante su hor-

ror, aparten los ojos de estas páginas en que todo es verdadero, pero con una verdad repugnante y terrible: las almas mas fuertes verán en ellas un espectáculo digno de su interés, el colmo del valor y de la pujanza de la voluntad, hermanado con cuanto tiene de mas tierno la sensibilidad.

Madama Saint-A**, nacida de padres nobles y muy honrosamente colocada, era, habia ya algunos meses, presa de ese azote de su sexo, un *cáncer* en el seno. Era yo su médico ordinario, y no podia ver sin el mas profundo sentimiento cómo aquella hermosa señora, cuya afabilidad era verdaderamente angelical, iba sucumbiendo á un mal espantoso. Todos sabemos con qué rapidez aquella cruel enfermedad, devorando las carnes de la víctima y sometiéndola á cada instante á una nueva agonía, va corroyendo su seno con una mordedura mas y mas dolorosa y que escede en mucho á los destrozos de la llama y del hierro. No cabe imaginar cuadro mas patético que el que ofrecia su tranquila resignacion en medio de los mas acerbos dolores: ni un ay se le oia; ni una lágrima se le veia derramar: cuando lográbamos darla algun intervalo de reposo, algunos momentos de bienestar, levantaba hácia nosotros sus bellos ojos con la expresion mas tierna, atestiguándonos la viva gratitud que la animaba. Por acostumbrado que estuviese yo á contemplar los padecimientos en todas sus variedades, me sentia conmovido. Ningun síntoma de impaciencia ó de irritabilidad, ninguna queja salia de sus labios; ninguna señal de descontento que revelase sus tormentos.

Una mañana la encontré tendida sobre el sofá de su salón: la brillante púrpura de terciopelo de que estaba cubierto aquel mueble, hacia resaltar mas la suma palidez de la enferma. Sus párpados, suavemente plegados, y algunas arrugas en la frente eran las únicas señales que denotaban la violencia que se hacia y el triunfo que lograba sobre sí misma.

«¿Cómo ha pasado Vd. la noche?» le pregunté.

Su voz era trémula, pero suave. «¡Ah!» contestó, «esta noche ha sido muy cruel. ¿Cuán dichosa soy de que no esté aquí el coronel! ¿Cuánto hubiera él padecido!»

En aquel momento entró en la pieza saltando y riendo un niño de cuatro años, el hijo único de la enferma. Aquel hermoso niño de rubia y rizada cabellera ignoraba ciertamente que su madre, víctima de una muerte lenta, iba espirando poco á poco allí á su misma presencia. ¿Qué contraste! por una parte, alegría, vida, porvenir y felicidad, y por otra, ¿solo la perspectiva de una muerte cercana! era una de esas situaciones trágicas á fuerza de naturalidad que se encuentran tan amenudo en la vida privada. Tomé el niño entre mis brazos, lo senté sobre mis rodillas y procuré entretenerle un momento haciendo sonar los sellos y la cadena de mi reloj: temia que sus gritos infantiles y sus turbulentas caricias interrumpiesen el descanso de su madre. Ella lo miró de hito en hito, con ternura y con una espresion indefinible. En seguida su mano blanca, trasparente y enflaquecida por los padecimientos cubrió repentinamente su ojos, y vi escapársele algunas lágrimas. No profirió una palabra. ¿Cuántos sentimientos, cuántas ideas, cuántas desdichas en aquel minuto, en aquel instante! Toda una madre estaba allí; había rendido su valor la vista de su tierno hijo.

Entretanto hacia rápidos progresos la enfermedad; se hizo inevitable una operacion, era el medio único, pero incierto, de salvar á Madama Saint-A**. Un hábil cirujano que me habia asociado, y que me auxiliaba con no menos celo que talento, se encargó de comunicarle aquella triste nueva. Le preguntó si se creia con bastantes fuerzas para sobrellevar la operacion. Asomó á sus labios una sonrisa dulce y triste que llevaba impresa la imájen de la resignacion.

«Sí,» nos dijo, «hace ya algun tiempo que pienso en ello, y me he acostumbrado á esta idea; me someteré gustosa á la operacion, pero bajo dos condiciones: una que nada sabrá mi marido antes de su regreso, y luego que durante aquel acto ni se me atarán las manos ni se me vendarán los ojos.»

Espresó esta última condicion de una manera tan positiva, que no nos atrevimos á oponernos á una intencion manifestada de un modo tan esplicito y enérgico. Se señaló día para la operacion. Estaba muy sossegada y resuelta; el cirujano me miraba con un aire de duda y temor que no le fué difícil interpretar á Madama Saint-A**.

«Adivino lo que Vd. piensa; pero confío probar

á Vd. que una mujer sabe mostrar presencia de ánimo cuando es menester.»

Acordamos definitivamente el día; era un miércoles. El cirujano, su ayudante y yo hicimos colocar en el coche, que debia llevarnos á casa de la enferma, la caja de los instrumentos necesarios para la operacion. ¿Declararé una flaqueza, que vituperarán como pueril los miembros de mi profesion? Se apoderó de mí un temblor nervioso, y se me erizaba el pelo al pensar que á mas de una mujer habian costado la vida aquellos instrumentos de tortura.

«¿Estáis bien segura», dijo el doctor R. á su criado, «que todo está en su lugar y que nada falta?»

Sin contentarse con la contestacion afirmativa que acababa de recibir, registró el doctor por sí mismo la caja y se aseguró de que se habian tomado todas las precauciones. No lo hacia sin motivo. Me acuerdo todavía con dolor que un día vi espirar á un paciente en brazos del cirujano por falta de esta atencion indispensable. No se pudo hallar en la caja el instrumento de una forma particular que exijia el caso, y aquel olvido causó la muerte al desventurado.

Madama Saint-A**. habitaba una casa elegante situada á dos millas de Londres; á las dos se paró nuestro coche á su puerta. Fuimos introducidos en un salon cuyas ventanas daban á un magnifico jardín; su aislada situacion y el silencio que allí reinaba se hermanaban perfectamente con la escena que se preparaba. El criado, que salió á abrirnos, estaba pálido, y sus esquivas miradas daban harto á entender que mas bien veia en nosotros unos verdugos que unos médicos. El pueblo y las clases inmediatas no tienen jeneralmente mucha fe en la medicina: miran con cierto horror á esta especie de carnicería quirúrgica, que si acierta alguna vez á salvar la vida de algun desgraciado, no logra con frecuencia mas que despedazar sus carnes palpitantes y emponzoñar su agonía. Yo contemplaba con dolor todo aquel aparato; aun hoy día, despues de una larga esperiencia, no puedo librarme, á su aspecto, de una especie de terror. Aquellos paños y vendas, las toallas, la palangana para recibir la sangre de la víctima, el agua caliente, la esponja, la reluciente hoja de los instrumentos, que uno afila y ensaya, todo aquello me causaba horror. No, los preparativos de una batalla nada tienen tan espantoso; truena el cañon, brillan las armas por todas partes, resuena el estrépito de las cajas y cornetas, y aquella magnifica pompa de muerte embriaga al hombre de esperanza, ambicion y orgullo. Al contrario, la sala del operador es el teatro oscuro de un suplicio doloroso, cuyo éxito es problemático.

Por fin mandamos decir á Madama Saint-A**. que todo estaba pronto y que se la aguardaba.

El cirujano, cuyo endurecido carácter y robusta sensibilidad no veia en lo que causaba mi temor mas que el ejercicio ordinario de su profesion y la feliz ocasion de desplegar su habilidad, se burlaba de mi inquietud; y yo rechazaba, no sin indignacion, algu-

nas de sus intempestivas chanzas, cuando se abrió la puerta y entró Madama Saint-A**, seguida de dos criados. Su fisonomía era sosegada, pero grave, su andar firme: en su descolorido rostro una sonrisa, triste como los rayos del sol de noviembre, atestiguaba su melancólica resignación. Podía tener de veinte y seis á veinte y siete años, y en aquel mismo momento, sin ningún adorno y pronta á recibir una terrible operación que la esponía á la muerte, se presentaba aun hermosa. Sus largos cabellos, cuyo viscoentimiento aumentaba su belleza, caían esparcidos sobre su frente y espalda, cuya blancura escudía á la del marfil. Sus ojos azules, naturalmente cubiertos por largas cejas castañas, habían perdido su expresión lánguida y tierna. Brillaba en ellos una viva ansiedad; y la pujanza del alma, la fuerza de la voluntad esforzándose en triunfar á la vez de los terrores reunidos de la muerte y del dolor, no podía sofocar enteramente aquella agitación harto natural, que se leía en sus miradas. Eran regulares sus facciones, y el más hábil cincel no hubiera acabado con expresión y delicadeza más esquisitas los contornos de la boca y de la nariz. Su tez, ordinariamente descolorida, parecía trasparente como el alabastro en aquel instante en que, violentamente atraída hacía el corazón toda la sangre, abandonaba las otras partes del cuerpo. Es una observación singular, pero verdadera y apoyada en numerosos hechos, que sobre todo las mujeres hermosas están más que otras expuestas á esta terrible enfermedad.

Le echaron un gran chal de Indias sobre el vestido de muselina blanca que llevaba, y se sentó. ¡Qué me decía yo, ¡tanta inocencia y tanta belleza han de padecer una mortal angustia que ni aun el verdugo impone al hombre más criminal! Este cruel pensamiento me tenía abortivo; aquella injusticia del cielo para con nosotros me helaba de terror. Un solo recurso hay, una sola esperanza contra tales escenas y las reflexiones que inspiran, y es la creencia en un mejor porvenir.

Sobre una mesa que estaba á su lado, colocaron una botella de vino de Oporto y un vaso; me hizo señal de que me acercase, y como si hubiese adivinado mi emoción, me invitó á beber un poco de vino. Se notaba en su fisonomía una mezcla de sagacidad y de malicia que en aquellas circunstancias me conmovió particularmente.

«Permitame Vd.,» la dije, «que le ofrezca algunas gotas de este vino de Oporto.

—Con mucho gusto, si cree Vd. que esto me sea útil,» contestó con voz apenas inteligible.

Sus labios tocaron el vaso y me lo volvió diciéndome con la mayor afabilidad.

«Vamos, doctor, creo que necesita Vd. de un tónico. Si, (aquí se le alteró la voz) adivino lo que pasa en Vd. y le quedo sumamente reconocida por sus atenciones, su bondad y el temor que Vd. experimenta y que quisiera disimular.»

Coloqué otra vez el vaso sobre la mesa, admirando tanto agrado en la conversacion y aquella encantadora sensibilidad que solo la mujer conserva en el ejercicio de las más altas virtudes. Volvióse al cirujano y le dijo:

«Mi querido doctor, disimule Vd. á esta mujer una flaqueza, un frívolo capricho tal vez. Ahí tiene Vd. una carta de mi marido; me es muy querida; contiene la expresión de todo su afecto hacia mí. Podría tenerla... aquí... delante de mis ojos... todo el tiempo que he de estar aquí.... Tengo necesidad de verla... conozco que esta idea le causará á Vd. lástima; pero me concederá Vd. sin duda esta gracia... Vd. lo quiere, ¿no es verdad?

—Señora, no puedo ciertamente consentirlo, es imposible que esa carta no aumente la emoción de Vd., y ahora se requiere el más completo reposo.

—Vd. padece en esto una equivocación,» repuso con firmeza. «Esta carta producirá un efecto enteramente contrario; le aseguro á Vd. que su vista me infundirá valor... Y si es que yo deba...»

Iba á concluir... «Si es que yo deba morir...» pero se detuvo, no pudo pronunciar esta palabra; aquella mujer esforzada temía la muerte, y al paso que la temía, se armaba del valor necesario para arrostrarla. Sus ojos se cerraron por un instante y su mano estaba fría y cubierta de un sudor helado. Me dió la carta, ya no temblaba, estaba inmóvil.

«Si le concedo á Vd. lo que pide,» le dije entonces (y es bien apesar nuestro), será bajo una condición; de que me permita Vd. le tenga las manos durante la operación.

—Doctor, ¿tiene Vd. miedo de mí?» me respondió y agitó sus labios una leve sonrisa.

Sin embargo no hizo más resistencia. El cirujano se impacientaba con nuestros retardos; todo estaba dispuesto; acercóse con la mayor soltura; se hubiera dicho que se trataba de algún festín ó de una boda. Señalo á aquel doctor como el modelo de los cirujanos operadores; ningún enfermo á su aspecto hubiera creído en la posibilidad de morir, tan risueño estaba su rostro y tan alentadoras sus palabras.

«Vamos, vamos, señora; veamos de despachar pronto este pequeño negocio; luego despues habrá salud y alegría, y hablaremos cuanto queramos.»

—Ya estoy pronta, caballero. ¿Han salido todos los criados?» preguntó á una de sus camareras.

—Sí, señora,» respondió aquella mujer, que se desahacía en lágrimas.

—¿Y mi querido Henrique?» Al pronunciar estas palabras se le debilitaba la voz. Le contestaron afirmativamente.

«Pues bien, aquí me tienen ya dispuesta.»

Una de las camareras levantó el chal que le cubría la espalda. El cirujano la colocó oblicuamente sobre uno de los ángulos de la silla, puso su brazo izquierdo sobre el respaldo del asiento y le mandó tener la cabeza vuelta hacia el hombro derecho. Descubrióse

el pecho con tanta calma como si hubiese tenido que mudarse el traje para ir al baile: me alargó la mano derecha, y con la izquierda cojió la carta de su marido y se la puse delante de los ojos como ella deseaba. Me dió las gracias con una de aquellas miradas que no se olvidan jamás; su lenguaje parecía decirme: conservaré firmeza, y verán Vds. lo que puedo. Parecía sonreírse á la presencia de la muerte. Héroe del campo de batalla, responded vosotros, que, aun vertiendo vuestra sangre, conservais una frente serena, decid, ¿no eclipsa su heroísmo al vuestro?

Se abajaron sus párpados y sus ojos se medio cerraron; los tuvo fijos sobre el papel, que yo desplegabá á su vista, y su pensamiento, su alma y su vida parecían concentrarse en una escritura que le era tan cara como conocida. Se hubiera dicho que quería escapar al dolor trasladando, por decirlo así, toda su existencia fuera de sí y fijándola en el objeto de su cariño. El aire de seguridad del cirujano no le abandonó ni un instante; principió con mano firme y ojo certero su terrible operacion. Yo ví penetrar el acero en el seno palpitante; y tan solo la confianza que tenia en su admirable habilidad pudo darme fuerza para permanecer espectador de aquella escena. Ella tembló cuando la afilada hoja penetró en la carne viva; ajitó todo su cuerpo un estremecimiento convulsivo, y un dolor cadavérico cuajó su rostro; pero ni se meneó, ni un movimiento hizo para separarse, ni una sola palabra se le oyó pronunciar.

Yo esperaba que de un momento á otro la arrancase á las angustias de la operacion un desmayo repentino, y que en aquel estado de insensibilidad, se podría acabar la estirpacion del cáncer, pero no fué así. Sus ojos, cuyo brillo y ardor parecia aun aumentar la convulsion del dolor, no se separaron un instante del papel, en el que parecían ir á perderse sus miradas con una intensidad de afecto y atencion indecible. Duró mucho tiempo la operacion; fué aun mas dolorosa de lo que debíamos esperar; un solo suspiro se exhaló de su destrozado seno, cuando se le hubo aplicado el último vendaje.

«Doctor,» murmuró, «¿está concluido?»

—Sí, señora; y vamos á llevarla á Vd. á la cama.

—No, no. Iré por mí misma; espero poder tenerme en pié.»

Probó de levantarse; pero se lo impedimos por el fundado temor de que el movimiento le trajese funestos resultados. Renunció á su proyecto y la colocamos sobre la cama; apenas estuvo acostada, cayó en un profundo desmayo; la creímos muerta. ¿Acaso la energía vital habia sucumbido en aquella lucha espantosa? El espejo que acercamos á sus labios no se empañó sino con un leve vapor; entretanto la vimos volver á la vida. Le administramos un narcótico, y logró siete horas de sueño; al otro día habia ya pasado el riesgo más inminente, y su convalecencia fué muy lenta. A los deberes de mi profesion se juntaba una admiracion profunda por aquella firmeza de alma de que en vano he procurado dar una leve idea. La cuidé asiduamente con celo y perseverancia, y tuve la satisfaccion de verla cobrar nueva vida.

Un día la encontré muy triste; acababa de recibir una carta que le anunciaba el regreso de su marido; y algunas palabras que se le escaparon me revelaron el pensamiento enteramente propio de su sexo que ajitaba su corazón. Pensaba en su hermosura; que, aun cuando nó hubiese alterado sus hechizos esteriorees la cruel dolencia, la habia sin embargo impreso su cruel é indeleble sello; procuré consolarla lo mejor que pude.

«¡Ah!» exclamó... y «¿mi marido?» Se detuvo, enjugó una lágrima y continuó: «¡Confío no obstante que me amará aun!»

A este patético rasgo de valor mujeril, á este heroísmo, que templa y matiza, por decirlo así, una dulce sensibilidad, contrapuse en mi imaginacion algunos actos de esfuerzo varonil que me sujeria el curso de mis observaciones; y ninguno, á mi modo de ver, lo iguala en moralidad, profundidad y nobleza. Testigo de muchos sacrificios, he visto pruebas de una rabia atroz, de una sed de sangre humana, que hace estremecer, de una obstinacion increíble en dar ó recibir la muerte; pero aquel frenesí es mas bien el de una bestia feroz que la entereza del hombre.

PALEOGRAFÍA.

De los libros y manuscritos antes y despues del descubrimiento de la Imprenta.

El móvil quizá mas poderoso del progreso social es ese patrimonio formado por las producciones intelectuales que sin cesar ha ido trasmitiendo una jeneracion á otra. Pero ¿cómo se ha verificado este tras-

paso? ¿Por qué especie de prodigio ha logrado la humanidad que, al través de tantos obstáculos, no se

perdiera ninguna de sus preciosas conquistas? Apenas parece creíble. Solo de tres siglos á esta parte se ha logrado perpetuar las adquisiciones del entendimiento humano; solo desde entónces ha venido la prensa á ponerlas bajo su sublime y conservadora tutela. Mas antes de esta época, ¿qué milagro ha protegido en medio de los trastornos de los imperios, al través de las guerras, incendios y desastres, y á pesar de la incuria casi universal, ¿qué milagro ha salvado el precioso depósito de las tradiciones de la erudición y de la historia, los frutos del talento humano en su primer vuelo, los anales de los pueblos, de la industria y de las artes? ¿Son auténticos los monumentos que nos quedan? ¿Quién nos asegura que la poesía, la historia y las religiones todas de la antigüedad no sean obra de algun atrevido impostor? ¿que el supuesto tesoro de los conocimientos humanos no sea una vasta ficción, un cuento bibliográfico con que se nos ha embaucado descaradamente, presentando á nuestros ojos alucinados una especie de fantasmagoría de un falso Tito Livio, un supuesto Virgilio, un Homero apócrifo; máscaras teatrales de que se han servido algunos frailes laboriosos para burlarse de la posteridad?

La cuestion es grave; se estiende mas allá del círculo literario, las ha con todos nuestros intereses de religión, de sucesión, de existencia social. Va mucho mas lejos de lo que se hubiera creído al principio. Todos los títulos de las casas reinantes quedan sin valor, el origen de las familias incierto, y los estudios, admitidos hasta ahora como necesarios en la Europa civilizada, se convierten en una chanza. Si es cierto que ha podido engañarse al mundo con apócrifos todo el tiempo necesario para granjearles una autoridad falaz, todas las pruebas de la religión cristiana son nulas, las religiones europeas vienen al suelo. Faltando un *criterio*, indispensable para apreciar debidamente la trasmisión de los libros entre los antiguos, y la época de su publicación en los tiempos modernos, no cabe afirmar hecho alguno; hay que renunciar á la certeza histórica. ¿Quién se atreverá á asegurar que ese Homero, que hemos convertido en un objeto de adoración, no sea algun palurdo de la Baja-Normandía, nacido en el siglo doce, educado en algun monasterio y elevado á la dignidad de prelado por el voto de los monjes sus hermanos? La Eneida ha sido escrita tal vez por un holgazan del siglo octavo, y toda la biblioteca de los clásicos no es quizá otra cosa sino una burla que han querido jugarlos. Tales son las proposiciones que no ha tenido reparo en defender el P. Hardouin, hombre audaz y de ingenio.

En efecto: ¿no puede la antigüedad haber tenido sus falsarios, lo mismo que los tiempos modernos? ¿No hemos visto á Chatterton tomar el disfraz de Rowley, á Macpherson el de Osian y á Ireland el

de Shakespeare? Ireland, cargado con la execración de sus compatriotas, indignados al ver el sacrilegio cometido contra su deidad, murió en un granero. Chatterton, convencido de fraude, se suicidó de despecho. Y Macpherson, sin embargo de ser el mas impudente de los tres, fué recompensado con honores y una fortuna inmensa. Macpherson ha fundado una escuela, ha engañado á los hombres instruidos, ha trasformado á un bardo salvaje en un imitador de Milton, de Shakespeare, de Young y de la Biblia y ha sabido arrastrar á tres generaciones á que admiraran estúpidamente la bobería mas completa que haya nunca burlado á la crítica. La destreza de su charlatanismo y los manejos que supo emplear oportunamente aseguraron al *pseudo-Osian* una aceptación tan general, que un grande ingenio en Italia, Cesarotti, un escritor de númen en Alemania, Goethe, y un conquistador en Francia, Bonaparte, se postraron tambien neciamente en presencia del ídolo. ¿Qué motivo de ironía interior para Macpherson! Sabía que aquel estilo y todas aquellas ideas tomadas de una retórica redundante de una imitación bíblica la mas ridícula, de un débil calco del Homero y de los Escaldos le pertenecían esclusivamente. Sabía lo que eran los fragmentos bárbaros del verdadero Osian, fragmentos que encontrados despues de su muerte, se han dado á la luz pública. Allí, en aquellos fragmentos, en vez de los rasgos sublimes, de las exclamaciones dirigidas á las nubes, que tanto arrebatában á Napoleon, se ve al verdadero Osian usar un lenguaje muy vulgar y muy llano. Habla con San Patricio, y le dirige estas palabras: *Buen santo, ¡sois un gran borrico!* Allí Fingal hurta á Gaul, hijo de Morven, un *beefstake* (1) que este habia aderezado con cebollas: hurto que motivó una gran disputa en que los dos héroes se prodigan los mas terribles baldones.

Si en los tiempos modernos se ha dado este paso y han tenido feliz éxito fraudes tan manifiestos, si un poco de artificio y mucha osadía han bastado á burlar á algunos de los críticos mas ilustrados; ¿cuánta dificultad no ofrecerá probar la autenticidad de las producciones de la antigüedad, testigos de tantas catástrofes, portentos de duración que han sobrevivido á muchos imperios y conservan su inmarcesible juventud sobre las ruinas de cien pueblos!

Dos ciencias que el público frívolo desconoce y menosprecia, la *Paleografía* y la *Diplomática*, han llevado la luz en medio de aquellas tinieblas. La primera investiga la trasmisión de los libros, señala las épocas de su aparición y de su renacimiento, y fija el tiempo en que se han verificado todos esos depósitos sucesivos que han conservado intacto el pensamiento humano. La otra, mas difícil y oscura, se dedica á

(1) Plato á que son los Ingleses muy aficionados, y que es carne asada sobre las parrillas.

conocer los manuscritos, determinando con precision sus fechas y sus autores probables. Esta última, cuyos datos descansan sobre una infinidad de averiguaciones esquisitas, de resultados obtenidos á fuerza de paciencia y de cálculos hábilmente combinados, ha salido de esos monasterios tan injustamente despreciados, y que en la edad media cubrieron con sus sombras protectoras los residuos de las ciencias de la antigüedad. Los PP. Mabillon y Montfaucon, célebres entrambos por su vasta erudicion y su talento despejado, publicaron sobre la *Paleografía* y la *Diplomática* dos obras admirables, sobrado concisas é incompletas en algunos puntos, pero que han sentado las bases de la ciencia y pueden servir de modelos. En estos últimos tiempos, un miembro de la Sociedad real y de la Sociedad de anticuarios de Londres, Mr. Tomás Astle, encargado de los archivos de aquella capital, ha dado á luz un excelente tratado sistemático sobre el origen de la escritura y de la imprenta. Y finalmente Mr. Isaac Taylor se ha dedicado con especialidad á los medios de acreditar la autenticidad de los manuscritos antiguos y explicar el prodigio que ha salvado tantos partos del entendimiento humano. Tal es el objeto de su preciosa *Historia de la trasmision de los libros antiguos hasta nuestros días*, y de otro tratado mucho mas conciso, pero no menos curioso, sobre el modo de establecer la certeza histórica.

De este modo se ha adelantado, al través de los tiempos, una ciencia que al principio parecia quimérica y de que apenas se tenia el menor concepto antes de fines del siglo diez y siete. En 1681, al escribir su prefacio á Colberto, se gloriaba Mabillon de haber creado el estudio á que se dedicaba, «estudio que, antes de él, no reconocia otras reglas ni límites que las que cada uno inventaba segun su antojo.» En 1708, publicó Montfaucon su *Paleografía*, obra que (dice en su estilo sencillo) cautivará al lector, no tanto por la utilidad como por su novedad y el solaz que le procure, *jucunditate et novitate*.

Antes de llegar á los últimos resultados de una ciencia tan reciente y que ha dejado de ser hipotética y conjetural, describamos rápidamente los instrumentos materiales con que el hombre ha logrado pintar su pensamiento, fijarlo y hacerlo indestructible. Estudiemos la historia de los manuscritos y de los libros, los caracteres y variaciones de la escritura y de la prensa con todas las vicisitudes que una y otra han padecido. En nuestro análisis, enteramente europeo, orillaremos todo lo relativo á las escrituras simbólicas, usadas solamente en los pueblos de civilización muy incompleta. Jamás nacion alguna ha alcanzado un alto grado de verdadero desarrollo social sin descomponer los sonidos que forman las voces, sin transformar estos mismos sonidos en caracteres, sin recomponer la palabra que es fugaz y vuela (*ἔπειτα πτερύγετα*), y fijarla sobre una sustancia sólida por medio de letras colocadas la una junto á la otra; ita-

rea asombrosa y apenas creible! La pintura con que los Egipcios, Mejicanos y Chinos suplen la falta de la escritura propiamente tal, es verdaderamente una simplificación, pero una simplificación bárbara y destructora, pues encadena el pensamiento, é imposibilita los progresos de la civilización. Ese método, atajando las modificaciones del idioma, lo fija y petrifica en cierta manera, y produce una materialización intelectual que pesa sobre un pueblo eternamente. Una sola creación existe de que puede envanecerse el entendimiento humano: sin ella la sociedad no vendría á ser, como en la China, mas que una asociación de pastores mas ó menos industrioses que andan en dos piés. Sin este instrumento, los hombres mas sagaces, los mas diestros vegetarian en una perpetua infancia: el alfabeto es el padre de las sociedades y el único móvil de toda perfección.

Los vestigios mas antiguos que nos quedan de la escritura son aquellos que sus autores han confiado á materiales sólidos, tales como el hierro, el mármol y el cobre. Las mas de las leyes y estatutos han sido perpetuadas por medio de inscripciones de esta especie. El incendio que devoró el Capitolio en tiempo de Vespasiano, consumió mas de tres mil tablas de cobre. Griegos, Orientales y Septentrionales han seguido el mismo uso; y cuando Voltaire ridiculiza el versículo del Pentateuco que establece el orden que ha de seguirse al entallar en la piedra las palabras de la ley, da un nuevo testimonio de su lijereza habitual. Los peñascos del Indostan y las cavernas de Suecia y Dinamarca están cubiertos de inscripciones rúnicas y de caracteres sanscritos. En los tiempos mas antiguos se empleaba la madera igualmente á este objeto. La palabra *codex*, consagrada especialmente para designar las colecciones de leyes y decisiones judiciales, no conoce otro origen; ochocientos años antes de la era cristiana, Salomon encargaba á sus hijos que grabasen cuidadosamente en las tablas de su corazón los consejos paternales. Los Romanos se valian de unos pedacitos de madera, pulidos y cortados en hojas muy delgadas, que al principio emplearon sin preparacion; pero mas adelante estendieron sobre ellos una capa tenue de cera. Llamábanlos ordinariamente *Pugillares*, y *Vitelianos*, cuando se trataba de intrigas galantes ó de escribir algun billete amoroso. Usaron igualmente de láminas de marfil, que juntaban al modo de los libros modernos, y escribian en ellas con lapiceros de plomo; así es que cuando nuestras damas van al baile armadas de libritos semejantes, para notar los nombres de sus bailadores, están muy ajenas de pensar que traen colgado de sus cinturas un recuerdo de las antiguas costumbres romanas. Disponian tambien en forma de libros una porción de láminas de plomo muy delgadas, sobre las cuales trazaban los caracteres con un punzon de metal. Montfaucon vió uno de esos libritos compuestos de papel de plomo (*charta plumbea*, como lo llama Suetonio). Constaba

de ocho hojas, de las que solo seis servian para escribir, haciendo la primera y última veces de cubiertas.

De todos estos materiales ninguno se remonta á una época tan distante como la *piel de cabra ó de becerro*, curtida de modo que fuese suave, flexible y duradera. Comunmente las tenían de amarillo ó de encarnado y formaban con ellas un *volúmen*, es decir, un *rollo (volvendum)*, juntándolas por sus extremos en número suficiente para contener la materia del volúmen. A veces cojia un espacio de mas de cien piés. Los Orientales, y principalmente los Hebreos, emplearon con especialidad este método de escritura, que Herodoto atribuye á los Jonios, Diodoro de Sicilia á los Persas, y el Éxodo á los Hebreos. Es muy probable que el autógrafo de la ley de Moisés fué escrito por su autor en pieles preparadas y teñidas de esta manera. El viajero Buchanan pudo lograr de los Judíos negros del Malabar (raza curiosa, que, segun Wolf, descende de ochenta Judíos que se salvaron de la persecucion de Tito) el manuscrito mas precioso de todos los del Pentateuco. Este ejemplar, conocido entre los eruditos bajo el nombre de *Malabárico ó Indiano*, depositado actualmente en Cambridge, era en su orijen un rollo de noventa piés de estension. Ahora le faltan el *Levitico* y una parte del *Deuteronomio*; y las treinta y siete pieles de cabra encarnadas de que consta apenas cojen un espacio de cuarenta y ocho piés de largo y de unas veinte y dos pulgadas de ancho. Las columnas en número de ciento diez y siete, muy claras y legibles, pero sin *puntos vocales*, contienen de cuarenta á cincuenta líneas, y tienen cuatro pulgadas de ancho. Este manuscrito es sin duda de los mas antiguos y curiosos que existen en todo el orbe; y el singular viaje que ha hecho este monumento de la legislación judaica de Jerusalem á la costa del Malabar, justifica el aprecio que de él hacen los eruditos y la circunstanciada descripción que de él hemos hecho. La biblioteca de Viena contiene un manuscrito mejicano cubierto de jeroglíficos indecifrables, que Hernán Cortés envió á Carlos Quinto su amo. Trazado sobre piel de cabrito, bañada de una materia blanquecina, prueba, por su semejanza con los manuscritos hebreos y orientales de los primeros tiempos, la disposicion de los hombres de todos los países y de todas las épocas á emplear unos mismos procedimientos en la creacion de las industrias.

En segundo lugar es preciso colocar el *pergamino*, llamado por los Romanos *pergamena* (Pérgamo era el centro de su comercio) y tambien *membrana*, y usado aun por los modernos. Los primeros historiadores griegos refieren su uso á una época muy remota. La escritura sobre pergamino exige el empleo de una pluma mojada en una materia colorante. «Escelente método, dice Quintiliano, para los cortos de vista. Pero á los demás les aconsejo que empleen las tablillas de cera; los caracteres se presentan con menos limpieza, no hay duda, y cansan mas la vista; mas tampoco

se ve á cada paso detenida la marcha del entendimiento por la necesidad de mojar la pluma; de esta manera no tiene el pensamiento que interrumpir de continuo su ardiente tarea.» Los que no conozcan la inmensa dificultad de la composicion orijinal y los grandes obstáculos que se oponen á la fiel reproduccion de las ideas que concibe el entendimiento, leerán quizá sin el menor interés, no solo el minucioso consejo del crítico latino, sino tambien la siguiente nota de Goethe que hemos leído en sus memorias. Es tanta la analogía de esta nota con el pasaje de Quintiliano, que no podemos menos de transcribirla. «Luego que siento nacer en mí la inspiracion, dejo la pluma y tomo el lapicero. La pluma tiene sus caprichos, zurre y escupe bajo la mano que la guia; pero el lapicero obedece sin resistencia, y marcha con rapidez.»

La mayor parte de los manuscritos anteriores al siglo sexto son en pergamino ó en vitela, materiales de suma duracion; ni el calor, ni la humedad, ni el tiempo bastan á destruirlos. Los Romanos preferian jeneralmente el pergamino muy delgado, y cuando lo destinaban á manuscritos de lujo, lo tenían de color de púrpura, de violeta ó de un azul subido. Muchas veces mezclaban con el color un licor estraido del cedro, y de esta suerte lograban que los manuscritos se conservaran por mas tiempo. Los titulos en tinta encarnada estaban reservados para las obras de lujo. La Gran Bretaña posee un manuscrito sumamente curioso; llámanle *Codex Cottonianus*, y contiene la version griega del Antiguo-Testamento, escrita sobre pergamino y en letras *unciales*. Ningun manuscrito de esta version puede gloriarse de mayor antigüedad. Enrique VIII lo recibió de dos obispos griegos que lo trajeron de Filipos, y de manos de la reina Isabel pasó en seguida á las de sir John Fortescue, su preceptor de griego. Créese jeneralmente que es de fines del siglo cuarto ó principios del quinto, igualmente que otro manuscrito de la misma nacion que contiene una parte del Nuevo-Testamento en griego, y escrito en caracteres de plata sobre fondo de púrpura, cuyo encarnado han debilitado los siglos.

¿Hanse empleado en algun tiempo como papel (segun pretende Montfaucon) pieles de pescados preparadas? Nos parece muy arriesgado el afirmarlo. Lo que no admite duda es que los Orientales se han servido al intento de las hojas de ciertos árboles, especialmente de la palmera y del plátano. Empleaban igualmente la corteza interior de otros árboles (*liber, ἑλῆας*), señaladamente de los tilos. De ahí las palabras *libro* (*liber*) y *biblia*, libro por excelencia (*βιβλος*).

Estas materias se destruian fácilmente, y por esto eran preferidos el pergamino y la vitela para las obras importantes, y las tablillas cubiertas de una capa de cera encarnada para la composicion literaria y las necesidades ordinarias de la vida. En los escritos de los antiguos, á cada paso se encuentran alusiones á aquellas tablillas sobre las cuales se trazaban los ca-

raetères necesarios por medio de un *estilo* de cobre ó de hierro (*stylus*). El *estilo* (*graphius*, γραφειν) tenia uno de sus extremos achatado para hacer desaparecer el surco que se habia abierto con la punta; y de allí provienen las palabras modernas *estilo* y *borrar*. Los modernos poquitas veces borran, á no ser en las copias muy esmeradas; contentándose con manchar de tinta la parte del escrito que quieren hacer ilegible. El *estilo* y las *tablillas* de los antiguos eran instrumentos peligrosos. Cuando César fué acometido por sus asesinos, tenia las tablillas en la mano; como que para defenderse acudió á su *estilo* de cobre, y con él hirió á Casio en un brazo. Los discípulos de un tal Casiano, maestro de retórica, hallando que su preceptor no era muy ortodoxo, lo asesinaron á plumazos: desgraciadamente sus plumas eran de cobre. Fué preciso prohibir á los abogados que cuando fuesen á defender causas en los tribunales, trajesen consigo *estilos*; pues sucedia á menudo que, en el calor del debate, llamaban aquella arma en auxilio de su elocuencia y se herian unos á otros. Finalmente, vemos en Plauto á un alumno rebelarse contra su maestro, arrojarle á la cabeza sus tablillas de madera y ponerle en fuga.

Para grabar las palabras sobre madera, piedra y aun la cera, se hacia preciso emplear una fuerza incisiva, que no podia hallarse sino en el hierro, acero ó marfil; pero á medida que fueron usándose materias mas blandas, fué fácil echar mano de plumas de otra especie. Al principio se sirvieron de pedacitos de junco, de caña, ó de mambú; los pinceles estaban reservados para las letras iniciales; y á principios del siglo séptimo se emplearon las plumas de ganso, de cisne y de otras aves. La pluma era por lo visto una novedad para Isidoro de Sevilla, que murió en el año 636: pues le vemos decir con toda la gravedad de historiador que «el modo de preparar la pluma para la escritura se tomara después de arrancada de una ala de ave, cortarla en punta y dividir esta en dos partes por medio de una rajita.»

Los Egiptios introdujeron en el imperio romano y en la Grecia el papiro, que no tardó en sustituir á todas las demás materias, haciéndose de él extraordinario consumo y formando uno de los principales ramos del comercio del Mediterraneo. El papiro es una de aquellas producciones naturales que la Providencia ha dotado de propiedades verdaderamente maravillosas y que parece deben bastar para hacer por sí solas la riqueza de una nacion. La parte inferior del tallo de esta planta acuática servia para hacer vasos, copas y otros utensilios; con su parte superior se formaban quillas para las embarcaciones; su pulpa interior se podia comer, y con su parte fibrosa, tejida ó trenzada, se hacian cestas, esteras, cuerdas, telas, alfombras, torcidas para lámparas, etc., etc.

De encima del tallo, alto unos diez codos y de pie y medio de circunferencia, se arrancaban unas hojas muy delgadas y se iban colocando transversalmente

sobre una tabla, de modo que formasen una especie de tejido al que no faltaba mas que coherencia. Para darle esta propiedad se tomaba un poco de agua del Nilo, y mezclada y revuelta con limo, formaba un glúten muy espeso, bueno para tapar todos los intersticios. Las tiras de papel humedecidas con el glúten y cruzadas unas sobre otras no formaban luego mas que un cuerpo cuyos puntos de union desaparecian fácilmente por medio de una presion algo fuerte. Cortábase despues el papiro en diferentes longitudes desde dos dedos hasta dos pies (1). El papiro mejor y de mayores dimensiones se llamaba *papiro imperial*, el de segunda clase *papiro de Livia*, y *papiro sacerdotal* el mas pequeño y de inferior calidad. Plinio pretende que este proceder fué descubierto por los Egiptios tres siglos antes del reinado de Alejandro; Varron hace remontar este descubrimiento á la época de aquel conquistador. Hasta el siglo séptimo, el papiro fué de uso casi jeneral; en aquella época, el pergamino lo reemplazó casi del todo; y en el siglo doce, cayó enteramente en desuso. Un documento escrito en papiro que lleve la fecha del siglo trece es necesariamente falso; pues son escasísimos los manuscritos de esta especie posteriores al siglo octavo. Parece fuera de toda duda que en Inglaterra ni en Alemania jamás se ha usado el papiro, sin embargo de que tanto en el idioma inglés, como en el alemán se encuentran las voces *paper*, *papier*, que se derivan evidentemente de *papyrus*, y las palabras *charte*, *card*, derivadas de *charta*, voz latina con que se designaba el papiro. No harémos mas que indicar el papel que los Chinos fabrican con la corteza del árbol llamado *kouchi*, papel que solo emplean para los manuscritos que se proponen no conservar por mucho tiempo.

Mírase comunmente como una invencion de los Orientales el papel de algodón, impropriamente llamado *charta bombycina*, papel de seda; porque la seda no puede suministrar una sustancia de la adherencia suficiente para hacer papel. El descubrimiento del papel de algodón fecha del siglo nono, y tal vez de una época mas remota; pero la Europa occidental no lo usó hasta el siglo décimo, habiéndose jeneralizado completamente hacia el siglo trece. Un documento latino escrito en papel de algodón y con fecha del siglo décimo, es sospechoso de falsedad; al contrario, un documento griego, perteneciente á la misma época y escrito en el mismo papel, es probablemente auténtico. Para fabricar este papel se comenzó empleando el algodón en rama; pero se mejoró considerablemente su calidad al propio tiempo que se disminuyó su precio, cuando se echó mano del lienzo viejo, de los trapos de algodón y del algodón mismo. Este es el papel de que nos ser-

(1) Una señora americana de las inmediaciones de Boston en los Estados-Unidos acaba de fabricar con la corteza de una especie de junco muy parecido al papiro (*asclepias siriaca*) una especie de papel que los periódicos americanos ponderan mucho por su blancura, grano y consistencia, y que, como el papiro egipcio, se compone de tiras de papel cruzadas y unidas.

vimos, mas cómodo, menos costoso, sino tan duradero como las otras materias de que hemos hablado.

De todos estos datos históricos fácil será ir sacando inducciones relativas á la fecha y á la autenticidad de los manuscritos. Un manuscrito hebreo sobre papiro, ó un manuscrito oriental trazado con el estilo de los Romanos no podrían menos de pasar por apócrifos. La naturaleza de la tinta y su color deben igualmente tomarse en cuenta; pues es evidente que la tinta de los antiguos era mucho mejor que la nuestra y que su composición en nada se parecía á la que nosotros usamos. En cuanto al color, hermosura y duracion, no cabe cotejo entre la tinta de los manuscritos del siglo quinto al catorce y la que se empleaba del quince al diez y siete. A fuerza de esperiencia llegan los eruditos paleógrafos á adquirir un tacto y una seguridad tal, que les permite distinguir, sin equivocarse jamás, las tintas de diferentes épocas. Empleábanse varias sustancias para hacer tintas de todos colores, y algunas se aplicaban calientes por medio del procedimiento encáustico. Servian para este objeto el hollín, el marfil quemado, el mercurio, la plata, el oro, las piedras y las piritas. El encanto sagrado era una tinta de color de púrpura de que se servian los emperadores; en tiempos posteriores se logró imitar con bastante perfeccion aquella tinta, y con ella los copistas griegos escribían al fin de los manuscritos su nombre, el año, mes, dia y hora en que concluían la obra. Conérvase todavia un ejemplar de los *Cuatro Evangelios*, escritos en letras de oro sobre pergamino de color de púrpura, y es tal vez el mas rico monumento del arte de los copistas.

Cada treinta años poco mas ó menos cambia regularmente la forma de los caracteres empleados, ya en la escritura, ya en la impresion, y de ahí puede sacarse otra nueva y fácil induccion para determinar la fecha de los manuscritos. Desde el siglo primero hasta el quince no faltan medallas, monedas, estatuas y monumentos que contienen inscripciones, siendo fácil por lo mismo compararlas con los manuscritos y fijar de esta manera la época de estos. Antes de mediados del siglo cuarto, raras veces se empleaban los caracteres pequeños ó minúsculos; adoptáronse para ciertos casos antes del siglo octavo, hiciéronse mas jenerales en el nono, y en el décimo sustituyeron enteramente á las capitales y unciales. Los manuscritos mas antiguos están, como las inscripciones monumentales, en capitales grandes ó mayúsculas, carácter usado en los documentos importantes, titulos, etc. Hállaseles desde las épocas mas remotas hasta fines del siglo quinto. Los caracteres minúsculos solo servian para las correspondencias particulares.

Las letras capitales *cuadradas*, que á menudo se encuentran en las inscripciones monumentales, caracterizan particularmente los sellos hasta los siglos once y doce; en el trece, fueron preferidas las letras capitales redondas. Las letras *puntiagudas*, formadas de líneas angulosas y oblicuas; las *cúbicas*, notables por

su longitud y que con frecuencia han servido de iniciales, y las *rústicas*, que se distinguían por su irregularidad, conservaron la forma orijinal hasta los siglos once y doce. Hacia la mitad del siglo quinto, los monjes inventaron las letras *unciales* (alteracion de la palabra *inicial*), que se distinguen por su forma achatada y su grandor y que estuvieron en boga hasta mediados del siglo octavo (1). Un manuscrito en letras unciales es precisamente anterior al siglo once, y si carece de adornos, fecha de una época mucho mas antigua. Las *semi-unciales*, algo parecidas á las minúsculas, empezaron con el siglo sexto y concluyeron con el nono; el singular método de escribir que los Griegos llamaban *boustrophedon*, y que consistia, en los tiempos mas antiguos, en escribir la primera línea de derecha á izquierda, y la segunda de izquierda á derecha, y que en tiempos mas modernos consistia en invertir este orden, cayó en desuso quinientos años antes de Jesucristo.

En los manuscritos griegos antiguos que poseemos, todas las palabras están unidas y no contienen intervalo alguno, puntuacion, aspiraciones ni acentos. Eutólico, obispo de Africa, inventó los acentos en 458, segun Michaelis y Weitstein; San Jerónimo, cien años despues, se sirvió del colon y de la coma en su version latina de las Escrituras. El punto de interrogacion griego (;) comenzó á usarse en el siglo nono. La iota suscrita carece absolutamente de autoridad; la separacion de las palabras, de los versículos y de los capítulos era arbitraria; no debe darse la menor importancia á los acentos; y el reclamo debajo de las páginas fecha del siglo doce. Despues del descubrimiento de la imprenta, los editores colocaron puntos, espaciaron las palabras y distribuyeron los apártes segun les dictaba su imaginacion ó su saber. Roberto Estéfano, en un viaje á caballo que hizo de Leon á Paris, se entretuvo en dividir los versículos de la Biblia. Estos pormenores son de la mayor importancia; pues por ellos hay que apreciar las inmensas tareas de los eruditos en los siglos quince y diez y seis. Cada una de las circunstancias de que acabamos de hablar puede servir para determinar la antigüedad de los manuscritos y el grado de confianza que puede ponerse en las ediciones modernas.

Antes de la destruccion del imperio romano estaban jeneralmente en uso unos caracteres cursivos muy parecidos á nuestros caracteres *romanos pequeños*, y que llamados *semi-unciales*, servian para la correspondencia. Despues del siglo nono fueron adoptados por la mayor parte de los pueblos de Europa, y sufrieron algunas variaciones en su forma, variaciones que conviene tener presentes para determinar las épocas. El alfabeto griego dió orijen á los alfabetos galo, godo antiguo, rúnico, esclavon, cóptico, serviano, ru-

(1) Otros etimologistas, con mucho mas fundamento, hacen derivar el adjetivo *unciales* de la palabra *uncia* (pulgada, medida) porque indica el tamaño de esta especie de carácter.

so, búlgaro y armenio. El alfabeto romano ha producido los de los Lombardos, Sajones, Visigodos, Normandos, Escoceses é Irlandeses. Es necesario estudiar las particularidades de todos estos caracteres y compararlos con la época y los pueblos á quienes se atribuyen, para asegurarse de la autenticidad de los manuscritos.

Durante los siglos octavo y nono, adoptaron los copistas las abreviaturas empleadas por los secretarios y taquígrafos romanos. A fin de no interrumpir los movimientos de la pluma, un solo rasgo, una señal indicaban las palabras de uso mas frecuente; de ahí es que desde el siglo nono se presentan los manuscritos caujados de abreviaturas, contracciones y jeroglíficos que hacen sumamente ardua su lectura, y que aun fueron complicándose mas con el tiempo. Los impresores adoptaron algunas de estas abreviaturas, y su uso ha causado no pocas veces sumo embarazo á los lectores del evangelio griego. A fines del siglo diez y ocho, aun no habian desaparecido enteramente.

Puédense igualmente sacar inducciones útiles de las miniaturas ó iluminaciones (como se las llamaba en la edad media) con que acostumbraban adornar las obras de algun mérito, y que actualmente son conocidas en Francia é Inglaterra con el nombre de ilustraciones. Los artistas encargados de esta especie de adornos se servian del minio, cuyo color encarnado dió orijen al nombre de *miniadores* ó *illuminatores* con que se designaban. Existen todavía varios monumentos admirables de este arte que ha conservado vivos muchos rasgos de los usos y costumbres antiguas. En el Museo Británico se conserva aun un manuscrito del siglo octavo, obra de cuatro grandes teólogos, de Eafrido, obispo de Durhan, que escribió el texto; de Ethelwood, su sucesor, que ilustró el volumen; de Bilfrido, ermitaño, que se encargó de la encuadernacion en oro, plata y pedrería, y de Aldredo, que añadió las glosas. A estas piedras históricas que pueden servir de guia á los inteligentes para distinguir los documentos verdaderos de los imitados, hay que añadir los *Monógramos*, *Siglos*, *Sellos*, y *Cifras* que con sus variaciones derraman abundante luz sobre este interesante estudio. En una época muy remota, los sumos pontífices y los hombres poderosos inventaron los *Monógramos* ó ciertos caracteres que en un corto espacio presentaban agrupadas todas las letras de un nombre. Los *siglos* ó signos literarios son una especie de contracciones silábicas, sujetas, no al capricho de los taquígrafos, sino á un sistema regular. Una sola letra representa muchas veces una palabra, siendo frequentísimo su uso en los actos judiciales y en la correspondencia de los antiguos. Ciceron termina así una de sus epístolas: S. T. E. T. L. N. V. E. E. S. C. V., que significa: *Si tu et Tullia lux nostra valeat, ego et suavisimus Cicero valemus*. Son tan numerosas estas abreviaturas, que forman una especie de diccionario. A fin de representar una serie de voces ó nombres convenidos, y á veces muchas líneas, se em-

pleaba el *monocondilion*; esto es, un solo rasgo que formaba varias indentaciones y enlaces singulares, hacia las veces de las palabras acordadas de antemano, verdadero jeroglífico completamente indescifrable y en que no se veia conservada la forma de letra alguna. Los sellos (*sigilla*) no solo se ponian en los escritos, sino tambien en las urnas, ánforas, lacrimatorios y monumentos fúnebres. La comparacion de todos estos caracteres, sin perder de vista las diferentes variaciones que ha sufrido su forma, equivale á una historia completa de la escritura por espacio de mas de veinte siglos, historia cuya utilidad nos proponemos demostrar antes de concluir el presente artículo.

Entre todas las especies de manuscritos, la mas curiosa es la de los manuscritos *Dobles* ó *Palimpsestos*, llamados tambien *Codices Frasi* ó *Rescripti*. Propiamente hablando, son manuscritos viejos cuyas líneas se ha procurado borrar para escribir en ellos un asunto nuevo, lo que sucedia muy á menudo en la época en que el papiro era muy caro y no se habia descubierto aun el papel de algodón. Entónces se hacia mucho mas aprecio de las leyendas y tradiciones monacales que de las obras maestras de la antigüedad clásica; y el clero regular, que estaba poseyendo muchísimos manuscritos, se apresuraba á raspar, lavar ó cubrir con un ligero baño los fragmentos de Tito-Livio ó de Platon para emplearlos en seguida como pergamino nuevo. No obstante, casi siempre eran inútiles sus esfuerzos; la escritura primitiva, gracias á las propiedades de la tinta cáustica de que se servian los antiguos, jamás desaparecia enteramente; y en los tiempos modernos no ha sido difícil reconquistar aquellos antiguos restos del saber humano que la ignorancia de los frailes habia procurado destruir. Tales manuscritos pertenecen á dos épocas muy distintas, á la época de la última escritura, bastante antigua jeneralmente y que se remonta al siglo nono en algunos, y á la época de los primeros escritos, necesariamente muy remota; pues es muy probable que los pergaminos que se sacrificaban de este modo fuesen precisamente los viejos y los mas ajados. Un solo hombre, el célebre Anjelo Mayo, por medio de sus descubrimientos palimpsestos, ha contribuido tan poderosamente á los progresos arqueológicos de nuestra época como todos los eruditos de los siglos precedentes. A él se debe el hallazgo de las Institutas de Cayo y de los fragmentos de la Biblia traducida por Ulfilas. La prensa pontificia ha favorecido con peregrina munificencia la publicacion de estos descubrimientos; publicacion que hubiera sido aun mas rápida, á no haber faltado tipos griegos en las imprentas de la ciudad eterna.

Las escavaciones de Pompeya y de Herculano han suministrado un crecido número de manuscritos sumamente curiosos que pueden considerarse como un testimonio de las vicisitudes que ha sufrido la escritura y de los progresos que habian hecho las ar-

tes entre los antiguos (1). De en medio de aquellas ruinas puede decirse que se ha visto salir repentinamente el siglo primero de la era cristiana con sus instrumentos, su método, su estilo, sus usos y la forma de sus letras. Cada uno de los caracteres del alfabeto se ve que tiene una fecha de que no cabe dudar.

En las principales ciudades de la Grecia y en las colonias griegas había una multitud de copistas, llamados calígrafos, que debían su subsistencia á la destreza y esmero con que trascribían los manuscritos. Montefaucon dedica quince páginas en folio de su obra exclusivamente al catálogo de estos calígrafos; Atico mantenía mas de ciento en su casa, haciendo de la venta de sus trabajos un objeto de especulación muy lucrativa; en casa de Ciceron se contaba igualmente un número de ellos muy crecido. Los *notarii* ó estenógrafos eran distintos de los *librarii* ó secretarios; los primeros se ocupaban en recojer, por medio de signos abreviados, las discusiones de los pleitos y las arengas de los abogados, etc. Llamábanse *notarii domestici*

los tenedores de libros ó de cuentas, encargados de llevar razón de todos los negocios de familia; y *notarii ecclesiastici* los escribientes que copiaban las actas de los concilios, los nombramientos eclesiásticos, etc. Los progresos de la religión cristiana dieron luego consideración é importancia á la profesion de copista. Todos los hombres ricos, poderosos y distinguidos formaron sus bibliotecas, y la transcripción ocupó los mas nobles ocios. Cuando se proponían convertir esta tarea en un objeto de lucro, las ganancias eran considerables, pues la falta de la imprenta hacia muy costosos los manuscritos. Empleados de la iglesia y del estado, príncipes, grandes, todos se dedicaban á propagar la nueva creencia copiando las obras que le servían de testimonio y de fundamento. En los siglos tercero y cuarto, se multiplicaron los conventos, y los frailes se apoderaron del monopolio de este arte; ocioso por voto y por inclinación, con frecuencia condenado por una necia interpretación del cristianismo á la inercia intelectual; dotados algunas veces de destreza y capacidad, cansados de la monótona serie de formalidades muertas y prácticas superticiosas á que los sujetaba su profesion, hallaban en el ejercicio de la transcripción aquella especie de ociosidad ocupada y de asiduidad letárgica que les permitía la vida monacal.

La mayor parte de los conventos multiplicaron prodigiosamente los manuscritos y activaron tanto mas este trabajo por cuanto una buena copia les producía sumas inmensas. Hasta principios del siglo diez y siete se sostuvo el alto precio de los manuscritos; y los de la biblioteca de Heidelberg, que Maximiliano, duque de Baviera, regaló al papa Gregorio XV, fueron apreciados en 80,000 coronas. La copia esmerada de una obra religiosa era considerada, no solo como una tarea útil, sino tambien como una obra de piedad. Muchas veces el copista terminaba su tarea con las siguientes palabras: *He concluido esta copia por la salvacion de mi alma; suplico á cuantos la leyeren y entendieren rueguen á Dios por el que la escribió y le deseen todo género de felicidades, tanto en esta como en la otra vida.*

Entre los diferentes conventos existía una especie de rivalidad sobre cuál tendria escribientes mejores y mas diestros. Despues de la edad media ha dejado de existir esta profesion; poco á poco ha ido perdiendo el arte del copista su importancia y sus tradiciones. Las obras de los modernos no pueden siquiera sostener la comparación con los trabajos de que acabamos de hablar, en cuanto á limpieza, gusto, gracia, exactitud en el texto y belleza en los adornos. El fraile mas ignorante era muchas veces un hábil escribiente; y si la transcripción traía consigo por necesidad un crecido número de faltas, se corregían estas recíprocamente por su diversidad; en medio de todas estas variantes, mediante de una atenta comparación, se obtenía un ejemplar puro.

Los copistas hebreos de la Biblia se han impuesto

(1) Las tareas que emprendió el célebre químico sir Humphrey Davy, para restituir á la ciencia los papiros de Herculano son sobrado importantes para que dejemos de consignarlas en este lugar. Habiendo Mr. Davy descubierto un nuevo método de desarrollar los papiros, comunicó desde luego su proyecto á S. A. R. el príncipe de Gáles; pero como los procedimientos de Mr. Siekier le habían destruido ya muchísimos, no quiso esponer los que le quedaban al mismo peligro. Sin embargo, recomendó á Mr. Davy al rey de Nápoles, el cual le permitió hacer algunos ensayos en los papiros de Herculano. Trasladóse inmediatamente á esta ciudad, y despues de haber sometido á destilación algunos rollos de papiro recojidos en las escavaciones, se convenció de que no estaban carbonizados por la acción del fuego, como se lo habían hecho creer su color y cierto grado de probabilidad; sino que se hallaban en un estado muy análogo al de la tulla ó del carbon de piedra. Las hojas de que se habían compuesto en otro tiempo, estaban unidas en una misma masa por una sustancia intermedia que parecia ser el resultado de la fermentación y de las alteraciones químicas que se habían verificado en la sustancia vegetal durante los siglos transcurridos desde la época en que fueron sepultados por las cenizas del Vesubio. A consecuencia de esto fué humedeciendo con un pincel empapado en éter sulfúrico la superficie del papiro; pero este fluido, penetrando con sobrada celeridad en el interior, despegaba muchas hojas á la vez, lo que perjudicaba á menudo al buen éxito de la operación. Empleó en seguida una disolución de resina y de goma de olivo, y mas adelante una disolución de cloro y de iodo en éter. Despues de esto determinó colocar un papiro dentro de un tubo de cobre, abierto en sus dos extremos, por dentro del cual hizo atravesar una corriente de gas amoníaco: mas no le produjo mejores efectos esta operación. Obtuvo resultados mucho mas satisfactorios aplicando un poco de éter muriático sobre otros papiros que estaban levemente carbonizados; pero aunque logró separar todas sus hojas, halló borradas muchísimas letras, circunstancia que hasta cierto punto inutilizaba los buenos efectos de la operación. Entónces, á fin de hacer salir la tinta y hacer legibles los caracteres fué, humedeciendo las letras borradas con una mezcla de cloro, iodo y éter sulfúrico, mas su intento tambien fué vano. Sobre mas de dos mil papiros encontrados en Herculano, solo se ha logrado hacer perfectamente legibles un centenar, aunque se han desarrollado mas de trescientos.

voluntariamente trabas extraordinarias: parece verdaderamente increíble el gran número de condiciones rigurosas á que tiene que sujetarse, aun en nuestros días, el que transcribe los antiguos documentos hebreos. Todo ejemplar que ha sido alterado en su texto debe ser quemado; pero ¿qué es lo que se requiere para declarar la alteracion del texto? ¿Una sola letra de mas, una de menos, una letra mal formada ó horrada, el haber empleado una tinta impura, una piel de animal inundo, un pergamino que no haya sido especial y exclusivamente preparado para este objeto, un pergamino curtido por un extranjero, ó encuadernado ó pegado á sustancias consideradas como inmundas! Además tiene que someterse á las siguientes reglas sacramentales. — Debe ante todo tirar una línea que le sirva de guia, debe comenzar pronunciando, no de memoria, sino con los ojos fijos en el texto, las voces que va á transcribir; antes de escribir la palabra *Dios*, debe detenerse para hacer una corta y respetuosa oracion y enjugar la pluma; todas las letras deben estar separadas por una distancia igual, lo mismo que las palabras y frases; cada hoja debe ocupar el mismo espacio, y durante treinta dias, despues de concluido el manuscrito, debe leerlo y examinarlo para que pueda pasar á la sinagoga encargada de admitirlo ó desecharlo: en faltando uno de estos requisitos, el manuscrito es impuro y debe destruirse. Todas estas reglas se hallan vijentes aun en la actualidad.

Increíbles parecerán á los pueblos modernos esta vijilancia y tenaz atencion con que los Hebreos conservaban la pureza de su texto sagrado, pues venia á ser una verdadera supersticion gramatical y filológica. Poco tiempo despues de la era cristiana, animados algunos literatos hebreos de una profunda veneracion por la Biblia, resolvieron dedicarle un monumento del trabajo mas minucioso, enorme, ridiculo y trivial de que se conserva memoria en la historia de las letras. Las observaciones críticas que consagraron á cada versículo, palabra, letra y punto vocal del texto hebreo no dejaron escapar particularidad alguna, por inútil y absurda que fuese. Contaron todas las letras de los veinte y cuatro libros del Antiguo-Testamento, señalaron igualmente las letras contenidas en cada seccion, subdivision y versículo, notaron los versículos en que puede haberse omitido alguna palabra, las voces que deben cambiarse, las letras consideradas como apócrifas, las veces que están repetidos los mismos versículos; las variantes, los diversos significados de una palabra, los diferentes modos con que una voz puede unirse ó combinarse con otras; se tomaron además el trabajo de advertir las veces que una palabra está al principio, en medio ó al fin de una frase, el número de los caracteres impresos debajo de las líneas, el de las letras que se pronuncian y de las que no se pronuncian, el de las letras vueltas y el de las perpendiculares. De este modo hicieron el importante descubrimiento de que el punto central

del Pentateuco es cabalmente la letra *Noun* en la voz *Gehen*, que hay en el Génesis 12 *paraciotles* ó grandes secciones, 43 *sedarimes* ó pequeñas secciones, 1.534 versículos, 20.713 voces y 78.100 letras. ¡interesantes curiosidades! Este es el orijen de la *Masora*, estos han sido sus resultados, ¡puerilidad gigante!

Los siglos de tinieblas y barbarie, como se les llama comunmente, no fueron del todo estériles para la humanidad, á pesar de las niñerías que acabamos de citar. Entre la muerte de Justiniano y principios del siglo quinto principalmente, se trabajó con ahinco para hacer sobrenadar, en medio del naufragio universal, los restos de las ciencias de la antigüedad.

Bastará citar los nombres de Procopio el historiador, de Hesquio el lexicógrafo, del gramático Prisciano, del filósofo Boeth, del venerable Beda, de Alcuino, preceptor de Carlomagno, de Rabano, del rey Alfredo, y finalmente de Focio, patriarca de Constantinopla, á quien el emperador Miguel III hizo salvar en una semana todos los grados hasta llegar al patriarcado. Focio, en seis dias, fué monje, lector, diácono, subdiácono, presbítero y patriarca. Su *Myrabillon* es el primer ejemplar de estas Revistas críticas que con tanta frecuencia se reproducen en nuestros dias. Los siglos once, doce y trece produjeron á Avicena, Psello, Lanfranco, Anselmo, Suidas, Ana Comneno, Rojerio Bacon y Tzetzes de Constantinopla. Finalmente el Dante, el Petrarca, Chaucer y Gower fueron otras tantas constelaciones brillantes que derramaron torrentes de luz sobre los siglos siguientes. ¿Quién se atreverá pues á decir que la cadena de la trasmision intelectual se ha roto alguna vez ó que los conventos hayan sido hostiles al desarrollo del pensamiento? Cuando estaba desterrada de los campos y de los palacios toda especie de tarea intelectual, cuando el rico propietario y el humilde artesano miraban con igual indiferencia los progresos del entendimiento humano; los conventos fueron los únicos asilos que los ampararon contra la barbarie universal.

El carácter religioso y casi sagrado de que se habia revestido el arte de la transcripcion, los muchísimos puntos en que se hallaban diseminados los manuscritos, y que difundiéndolos, los conservaban, el respeto que hasta los guerreros y conquistadores profesaban á aquellos lugares de retiro y á sus moradores, eran circunstancias que todas concurrían á favorecer la trasmision del depósito literario. Alejandria, antes de ser incendiada por los Sarracenos, contenia setecientos mil volúmenes, y Pérgamo doscientos mil. Constantinopla era aun mas rica; y en las islas del mar Ejeo, en los conventos del Asia Menor y en las inmediaciones de Bizancio, se copiaban dia y noche los textos de la antigüedad y las tradiciones del cristianismo. Montfaucon cita mas de cincuenta estos santuarios de la ciencia, situados solo en la Calabria y en las cercanías de Nápoles; todo su capitulo *De los países y lugares en que se usó la escritura griega* está dedicado á dar noticias curiosísimas acerca de los copistas de esta

nacion. Sobre el promontorio del monte Atos cuya cumbre se avanza desde el centro de la Macedonia al mar Egeo, se elevaba un monasterio célebre por las tareas de sus monjes, que se dedicaban esclusivamente al arte de copiar. Los palacios de los reyes de Francia y sus quintas eran otros tantos focos luminosos donde iban á reunirse los últimos vestigios del saber humano. Mabillon cita sesenta y tres palacios y reales sitios donde habia copistas y de donde emanaban los privilegios ó cartas reales. La comparacion de estas cartas, de la forma de su escritura y del estilo de sus adornos, puede considerarse como un guía excelente para los que se dedican á las tareas que forman el objeto del presente artículo, y señaladamente para los que se ocupan en investigar la autenticidad de los manuscritos latinos. Increíble verdaderamente parece el error en que han incurrido Voltaire y algunos otros, que á su imitacion han pretendido que el género humano por espacio de mas de dos siglos ha estado sumido en la mas completa barbarie, si se considera que el Asia casi entera estaba cuajada de monasterios y de copistas, que la Europa occidental, y hasta las islas Británicas, último confin de Europa, alentaban este arte y pagaban por un manuscrito 20,000 reales de la moneda actual; que cada iglesia tenia su biblioteca y sus bibliotecarios, con un *scriptorium*, sala destinada para los religiosos que copiaban documentos antiguos: que todos los conventos eran otras tantas arcas santas en medio del diluvio de las guerras y devastaciones, únicas fortalezas contra las cuales iba á estrellarse el poder de los reyes, únicos templos de la civilizacion que por todas partes se veia perseguida y acosada.

Tales son los principales datos que pueden servirnos de guía en la historia de los manuscritos y de su trasmision; veamos ahora las deducciones que de ellos debemos inferir. Siempre que no haya un motivo plausible para sospechar fraude ó falsificacion, la probabilidad está á favor del manuscrito. La probabilidad es mayor, cuando los hechos, nombres ú otras circunstancias de que hace mérito el documento que examinamos, se hallan igualmente en otras obras de la misma época, y especialmente en las correspondencias contemporáneas. El tenor mismo del manuscrito puede causarnos una impresion muy parecida á la que nos deja la conversacion de ciertas personas, en cuya fisonomía y en cuyas razones se traslucen la veracidad y el candor. Cuando existen muchas copias, ó muchos ejemplares del mismo manuscrito, copiado en la misma época, pero en diferentes lugares, adquiere mas grados la verosimilitud; pero se aumenta aun mas, si los hechos referidos, que á primera vista se presentaban muy raros ó monstruosos y cuya autenticidad solo parecia fundarse en las creencias populares, se hallan despues apoyados con el testimonio de otros escritores. La descripcion circunstanciada de las personas, cosas y época no es muchas veces por sí sola una prueba suficiente; pero cuando esta prueba se junta

con las que llevamos citadas, y, como en el Evangelio, son muy exactas las indicaciones, precisas las fechas, las designaciones de personas muy frecuentes y conformes á la tradicion y á la historia; resulta de este concurso una probabilidad inmensa á favor de la obra antigua: véase si la cronología se ha conservado ó alterado; si la coincidencia de los hechos históricos y de los reinados sobre los diversos puntos del globo se halla marcada con exactitud; si concuerdan los contemporáneos en reconocer al autor como tal de la obra que se le atribuye; si su estilo está en completa armonía, no solo con su época, sino tambien con el lugar de su nacimiento, su situacion particular y sus inclinaciones; si sus frases presentan una fisonomía asiática ó romana del primero ó del décimo siglo; si, por fin, existe en los demás escritores alguna señal de aquel cuya autenticidad se trata de investigar; si se ha conservado algun vestigio por medio de las citas, y si estas citas se hallan realmente en el manuscrito que se supone auténtico.

Cuando un autor se halla citado por muchos escritores de su tiempo, que no tienen el menor interés en suponer una autenticidad falaz; cuando estas citas concuerdan perfectamente con el texto del escritor citado y concurren al mismo fin numerosas alusiones esparcidas en otros autores contemporáneos; cuando la distancia de lugares y tiempos ataja hasta la posibilidad de colusion y de fraude; el escéptico mas decidido tendrá forzosamente que orillar sus dudas, y se verá precisado á confesar que Virjilio y Séneca, cuyos escritos han llegado hasta nosotros, fueron coetaneos de Augusto y Neron. Pocos libros están destituidos de citas, pues la mayor parte de los escritos antiguos las tienen en abundancia, y hasta podrá decirse con prodigalidad. Ora copia el citador textualmente un pasaje entero, ora la cita es solo por incidente, y sucede á veces que emplea una palabra, un modismo, una frase, un epíteto, ó una imájen que descubren al verdadero autor. Las obras de los filósofos latinos están cuajadas de fragmentos de los trágicos griegos. Hay ciertos libros sobre los cuales se han escrito críticas muy circunstanciadas, análisis y comentarios filológicos ó históricos: todas estas pruebas deben tomarse en cuenta; y hay fundados motivos para sospechar de una obra que aspira á una antigüedad muy remota, y no se presenta acompañada de alguna de estas pruebas relativas.

Antes pues de dar entero crédito á la fecha de un libro ó al nombre de su autor, hay que examinarlo bajo los diferentes puntos de vista de que acabamos de hablar. Ante todo debe observarse el lenguaje á que se muestra apasionado, las formas gramaticales que emplea, la fraseología de que se sirve, las imájenes que prodiga ó economiza, en una palabra, todo lo que constituye su estilo, el dialecto de su pensamiento, y, por decirlo así, el traje de su inteligencia. Este traje, naturalmente muy variable, no depende del albedrío del escritor ni de su carácter particular;

sino que lo recibe de sus contemporáneos y de sus costumbres, sin que esté en su mano el cambiarlo. Su primer anhelo es ser entendido; y estoy bien seguro de que no dependió de San Agustín el no hablar como Séneca, ni de San Jerónimo el no expresarse como Cicerón. El estilo recibe la impresión de la época, y la pone, digámoslo así, en relieve. Mabillon se enoja con mucha justicia contra aquellos que desprecian el latín bárbaro de ciertas épocas: «No debe mirarse como un modelo, dice con razón, sino como la marca ó sello de una época. Cada terreno lleva sus frutos y sus flores: un siglo salvaje no puede producir sino un estilo salvaje; y sería una locura pedir á un desierto inculco las tuberosas, los junquillos, narcisos y rosas que nuestros jardineros cultivan en sus jarros de bronce y porcelana.» Examínese igualmente si la atmósfera de la época especial á la que se supone que pertenece la obra, es conforme con la historia; búsqense en ella las particularidades del clima, las producciones de las artes, algunos rasgos de la vida doméstica, las opiniones religiosas, el color local del país, todas las modificaciones, en fin, que esta ó aquella época han producido en el pensamiento. Hase dicho con admirable exactitud que en las variaciones del idioma estaba contenida la *Historia secreta* de las naciones. Una imitación, por mas feliz que haya sido en ella su autor, no se confundirá jamás con el modelo. Los que mas han descollado en este género nunca han logrado disfrazar del todo sus ficciones. El mismo Walter Scott hace hablar á todos sus héroes de los siglos doce y trece un dialecto que es peculiar suyo, cuya base se encuentra en Shakespeare y cuyos adornos se han tomado de los antiguos poetas ingleses y del idioma corrompido que se habla en Escocia. El lenguaje, este espejo eterno y movable de las ideas y costumbres populares, en sus perpetuas evoluciones, no solo refleja las mudanzas y crisis que ha consignado la historia, sino tambien aquellas imperceptibles alteraciones de que esta no ha podido hacerse cargo.

Los hechos y alusiones que contiene una obra ofrecen otra serie de pruebas intrínsecas, capaces de producir la evidencia en el mas alto grado. ¿Quién tendria actualmente por auténtico un libro, que, suponiéndose escrito en el siglo quince, tratase directa ó indirectamente de la fuerza del vapor, de los recientes principios de la economía política, de las discusiones acerca del derecho de asociacion, de las leyes reglamentarias sobre aranceles, de la abolicion de la esclavitud, de la destruccion de la Polonia, de los penitenciarios ó de estas publicaciones económicas que difunden, tal vez para perderla, la ciencia que antiguamente contenian voluminosos en-folios? Verdaderamente, cualquiera obra en que se trasluzca la influencia de estos progresos, descubrimientos é ideas, ha de pertenecer por necesidad al primer tercio del siglo diez y nueve. Otras señales existen aun, que, para ser debidamente apreciadas, requieren una comprensión muy fina y un tacto sumamente delicado.

En tiempo de Augusto, la civilizaci6n romana, que iba perdiendo su energía antigua, creó una literatura en cabal armonía con el nacimiento del cristianismo y el lujo de la corte y de los patricios. Ni Hesíodo, ni contemporáneo alguno de Cayo Graco hubieran jamás ideado la Dido de Virgilio, mujer sentimental y semi-moderna, que ni puede compararse con la Fedra de Eurípides, ni con las heroínas de Sófocles. Solo una ansia ridícula de paradojas es capaz de atribuir aquella poesía arrebatadora á algun fraile bárbaro del siglo décimo.

De este modo todas las creaciones del entendimiento humano tienen su fecha: el mérito está en saber hallarla. Para ello, á las pruebas literarias é intelectuales que acabamos de indicar, pueden agregarse las pruebas materiales cuya historia hemos bosquejado al principio de este artículo, pruebas relativas á las copias de los manuscritos, á la forma de las letras y á los instrumentos y sustancias de que se ha hecho uso. Solo por este medio veremos llenarse el inmenso abismo que separa la civilizaci6n moderna de la antigua; solo por este medio lograremos saber al través de cuantas vicisitudes ha llegado hasta nosotros cada uno de aquellos tesoros intelectuales, y poseeremos su historia completa desde su creacion hasta nuestros dias. En cuanto á las diferentes opiniones que existen acerca del modo con que deben entenderse ciertas palabras y ciertos pasajes, es un contratiempo muy natural y que no debe sorprendernos. Sabido es que del solo texto del Nuevo Testamento existen cien mil variantes, y que esta divergencia, á que solo la prensa puede poner remedio, abre la puerta á una infinidad de interpretaciones contradictorias. Pero ¿no son igualmente encontrados nuestros juicios acerca de los caracteres históricos? ¿A qué pues extrañar tanta variedad sobre frases y epítetos! Desconfío mucho de la obra que no presenta variantes; esta esterilidad prueba que eran muy escasos los manuscritos originales, y que han ido transmitiéndose, sin corregirse, de uno en otro copista, errores, digámoslo así, hereditarios.

¡Fenómeno verdaderamente asombroso! Cuanto mas nos vamos adelantando en los siglos, en vez de alejarnos de la antigüedad, mas nos acercamos á ella. Cada año que transcurre, en lugar de reducir á polvo los últimos restos de aquellos monumentos venerables, los reconstruye y levanta. La imprenta, multiplicando los ejemplares, impide que desaparezcan ó se pierdan las mas insignificantes tareas del entendimiento. Antiguamente el hombre de talento, que restablecía un texto, lo corregía, purificaba, comentaba ó explicaba, no podía hacer mas que una copia, cuya destruccion fortuita reducía á la nada todos sus afanes. Ahora el filólogo, el comentador pueden contar con una existencia tan duradera como la del autor que ilustran: su gloria (si la merecen) será eterna. El tiempo con su mano de hierro destruye lentamente las obras maestras de la arquitectura, de la pintura y de la estatuaria; pero el pensamiento, tan ligero

é inestable, se fija para no perecer jamás. Después de haber eternizado las invenciones recientes, los conatos actuales, este descubrimiento sublime ha acaba-

do por reconstruir lo pasado para legarlo á la posteridad.

CONSIDERACIONES JENERALES

SOBRE LA

HISTORIA NATURAL.

Artículo tercero (I).

MAMIFEROS CON CUATRO MANOS (*quadrumana*).

MONOS.



ENTRE todas las criaturas de la tierra, ciertamente ninguna escita la curiosidad del hombre tanto como el mono. Los aficionados á la historia natural hallarán sumo entretenimiento en la narracion de las costumbres propias de estos chuscos animales.

Llámanlos cuadrúmanos, en razon á tener los piés exactamente hechos como las manos, pudiendo cojer y ejecutar con aquellos, que vienen á ser sus manos traseras, todo lo mismo y tan bien como con las verdaderas manos. Algunos tienen cual quinta mano, el rabo, y con él, además de suspenderse enteramente de los árboles, pueden tambien alcanzar y traer á sí todos los objetos como con una mano. Tienen tres especies de dientes, y algunas bolsas en los carrillos donde ponen la comida á remojar antes de mascarla y tragársela. Verdaderamente los monos se asemejan al hombre mas que á otro cualquiera animal; y particularmente los orangutanes, entre los antiguos, así como en tiempos mas próximos, fueron tenidos por una especie singular de hombres, que no podian ó no querian hablar, provistos de cutis peludo, y obligados á morderse y rascarse; pero que no eran capaces de aprender ni imitar una sola vocal del hombre (consistiendo su voz simplemente en un desapacible chillido, grito ó berrido), ni de andar derechos con tanta perfeccion y propiedad. Aunque lo haga levantándose sobre los piés, sus rodillas siempre quedan algo dobladas hácia delante, y su actitud inclinada es aun mas reparable que en un hombre declaradamente idiota. Diferénciase principalmente en que el hombre puede alzar la cabeza erguida al cielo, y al andar así, como estando de pié, mira siempre arriba; pues mas destinado está para el cielo que para la tierra, ó por lo menos tales miradas forzosamente le recuerdan la mansion empírea. Pero en razón á la capacidad del mono para imitar las acciones humanas, y por otras propiedades sobresalientes, le corresponde el primer

lugar despues del hombre, con el cual tiene la mayor semejanza por lo que toca á la índole, á ciertos instintos, necesidades, pasiones y deseos. La *imitatividad* (2) de los monos, ó la disposicion á remedar los actos humanos, por cuyo motivo su nombre en todas partes se aplica por mofa, es muy utilizada por los naturales de las comarcas donde habitan, empleándolos en cojer la pimienta, cocos, etc. Por ejemplo, cuando se trata de cosechar los frutos, basta que cualquiera, á la vista de los monos sentados en árboles cercanos, suba á uno, arranque el fruto, y le tire abajo en una cesta que otro hombre va llenando y conduciendo á la casa. En seguida los cosecheros dejan el árbol ya pelado, y los monos se recrean en imitarlos. Pasan á los demás árboles, en los que unos cojen y otros van juntando hasta rematar la cosecha, sin mas trabajo, por parte de los hombres, que portear los frutos á su casa. Mas este instinto de los monos en imitar suele tambien serles funesto, porque los hace caer en trampas. Si alguno quiere cojer monos, los tendrá, poniéndose delante de ellos á sacarse y meterse muchas veces los zapatos; márchese luego dejando en el mismo sitio un par de zapatos untados con pez ó liga; y el mono, que al instante bajará del árbol, se prueba los zapatos.... y no puede andar. El mismo fin se logra lavándose la cara de modo que lo vean ellos, y al marcharse póngaseles un plato con cola cla-

(1) Véase el artículo 1º, p. 280, y el segundo, p. 328, del tomo IV.

(2) Si existe un instinto verdadero que arrastra á estos animales á imitar, prescindiendo por ahora de si tales impulsos vienen ó no rejidos de una porcion determinada del encéfalo, por el pronto ningun inconveniente se debe hallar en seguir la nomenclatura frenológica. Nadie puede disputar la existencia de las funciones instintivas; pero establecerlas ó negarles un lugar como á otra cualquiera funcion, es obra del tiempo y exige ciertas oportunidades.

ra. Los monos entónces vendrán á tomar el mismo refresco, encolándose hasta los ojos, y quedan en poder del hombre. De otra suerte no es muy fácil atraparlos, pues se defienden con ímpetu y desesperadamente. Jeneralmente el prurito de imitar es muy grande en el mono, y arrastrado por él, llega á cortarse el cuello. Sin gran pena aprende cuanto se ejecuta en su presencia, como bailar en la maroma, mover una cigüeñuela, acicalarse, hacer fuego, tocar el tambor, lavar vasos, etc., y hasta se han visto monos que, mientras con una pata volteaban el asador, con la otra pringaban en la salsa de manteca una rebanada y se la comían.

A la manera que el hombre, para atacar ó defenderse, el mono se vale de armas ajenas, cosa que no hace ningun otro animal. Sus armas son el palo y la piedra; y si no los tiene, troncha una rama de árbol, y sacude rabioso en derredor suyo. Si es acometida una cuadrilla de monos, se defienden juntos, y así mismo todos resisten á un hombre.

Ahora pues harémos saber cuál es la patria de los monos. En Europa hay poquísimos; mas habitan asociados bajo los árboles y entre sus ramas en las ardorosas comarcas de Asia, Africa y América, que son su patria. Pasan de cincuenta las especies, y los mas de ellos se hallan en las Indias orientales. ¿Se adivinaria el porqué?—Ni el clima, ni el terreno influyen para esta preferencia, debida únicamente á la preocupación. Los Indios moradores de aquel pais reputan como santa la congregacion de los monos, y para decirlo de una vez, hasta se les han erijido templos suntuosos: de modo que suelen venir en partidas á las ciudades, y en todos tiempos entran sin peligro en las casas. En Amadab, capital de Guzarate, hay tres hospitales veterinarios, donde se da de comer y son cuidados los monos cojos y enfermos, ú otros tambien que, sin estar enfermos, quieren permanecer allí. Espontáneamente dos veces á la semana se juntan los monos por los caminos en las cercanías de dicha ciudad, hasta que trepan por las azoteas ó tejados de las casas y tendidos pasan la fuerza del calor. En tales dias, los moradores les ponen siempre arroz, mijo y frutos, porque si se olvidan, al verse los monos frustrados, rompen las tejas, rabiosos de esperar, y orijinan otras muchas averías. ¿Quién sería capaz de alterar semejantes ideas? No es otra la razon de solerse encontrar en los bosques de la India tantos monos como ramas de árboles. Increíblemente lijeros, saltan de un árbol á otro, y á veces emplean su maligna intencion contra los viajeros transeuntes, á quienes arrojan las ramas.

El alimento del mono consiste en todo jénero de frutos, hojas, yerbas, granos y especialmente arroz. Causan por tanto graves daños en los arrozales, pues arrebatan sin distincion una multitud de espigas, que despues de cojidas, examinan primero, y si no estan á su antojo, las rocian por el camino. Son igualmente muy golosos de los huevos de las aves, y

algunas especies comen tambien ostras é insectos. Para poder sacar la carne de aquellas meten astutos una piedrecita entre las dos conchas; pero á veces la ostra se cierra pellizcándoles los dedos; los cuales quedan embargados, y dan fuertes alaridos, si no tienen la suficiente habilidad para sacudir contra una roca el marisco.

Luego de domesticados, tambien toman alimentos aderezados, en especial cosa de pastelería y galleta: beben asimismo cerveza, leche, y gustan del vino y aguardiente. Su bebida usual es el agua, que en el estado bravío cojen con el hueco de la palma de la mano.

En el campo siempre están moviéndose, subiendo de un árbol á otro, y saltando de rama en rama, con cuya costumbre se hacen tan sumamente huraños como fuertes y animosos. A veces armados de garrotes, se atreven hasta contra el elefante, si viene á su distrito, donde para ellos es odioso cualquier otro animal. No estando enfurecidos, no acometen al hombre; pero una vez puestos rabiosos, tiran cantos con tal bravurá, y al rededor de sí menudean los garrotazos tan enérgicamente, que el mas negro y mas robusto que lidie con un mono se puede tener por dichoso si escapa vivo. La índole de este animal es muy variable, y tan pronto se aficiona á un objeto como se fastidia. Dificilmente perdona las burlas y ultrajes que se le hagan, y busca la ocasion de vengarse fuertemente. En jeneral los monos son deshonestos, rencorosos, rateros y sobre manera estravagantes.

Como acarrear á los sembrados y huertos tamaños perjuicios, los monos en parte son muertos y en parte cojidos vivos. Los ya viejos con trabajo, se dejan disciplinar, y los agarrados jóvenes, si bien se domestican, siempre retienen cierta malicia y obstinacion. Para ciertos servicios fácilmente se instruyen, pero no hay que fiar en dejarlos solos en casa, pues por razon de su incesante desasosiego, nada está seguro para ellos, curioséan los vasos y botellas, se beben y comen lo que encuentran, registran los armarios, revolviendo las gavetas, sacando unas cosas que les gustan y esparciendo otras por el suelo. Los salvajes, particularmente en la América del Sur, devoran ansiosos la carne de ciertas especies de monos, que hácia el rio de las Amazonas se tienen por la caza mas exquisita. En el Perú hasta se cura al humo la carne de estos animales, y por todas partes se presenta como un bocado de regalo.

Las monas ordinariamente en cada cria paren un solo hijo, al que muestran amor y ternura extraordinarios. La madre le protege, aun con riesgo de su vida, tómale en brazos, le recuesta en su seno para que repose, le acaricia, besuquea y hace arrumacos, le pasa la mano, le zarandea, le aprieta contra su pecho, y no es raro que le estruje del exceso de amor, cuyos extremos han pasado ya á proverbio y al lenguaje vulgar.

Lo monos se distribuyen en cuatro secciones.

1ª. Monos verdaderos.

2ª. Papiones.

3ª. Micos.

4ª. Semimonos.

Los verdaderos monos carecen de rabo, andan derechos, tienen pantorrillas gordas, las manos y pies muy semejantes á los del hombre. La mayor parte son naturalmente afables, y más fácilmente que las otras especies de monos aprenden á imitar lo que ven hacer al hombre.

Los papiones de rabo corto regularmente andan en cuatro piés, y rara vez derechos, por cuyo motivo no son útiles para la servidumbre. Son de índole fiera y bellacos, tienen la cara larga, hundidos los ojos, y un aspecto sobre manera repugnante. Algunos son tan recios de cuerpo como el hombre.

Los micos tienen rabo comunmente mas largo que el cuerpo. Algunos le pueden arrollar y servirse de él como de una mano para asirse con vueltas al rededor de cualquier objeto. Viven casi exclusivamente en América, y de todas las especies son los mas ájiles y veloces, en estremo propensos al robo, é imitan las acciones humanas casi siempre en mal sentido.

Los semimonos poseen mas de cuatro dientes incisivos, ó estos por lo menos están colocados diferentemente que en los demás monos. Son proporcionalmente mucho mas pequeños, y en el dedo gordo de la mano trasera (pié) tienen una zarpa aguda.

Despues de estas advertencias vamos á tratar separadamente de cada uno de los géneros y especies, empezando por el mas parecido al hombre.

EL ORANGUTAN.

Guardando su aspecto exterior la mayor semejanza con nuestra especie, se le ha llamado tambien el hombre de los bosques.

Disecado el orangutan, se ha visto que tiene trece costillas, aunque en el hombre hay solo doce. Tambien son mas cortas sus vértebras del cuello, menores las quijadas, mas profundas las cuencas de los ojos, los riñones mas redondos, las vejigas de la orina y de la hiel mas largas y reducidas, etc.; pero en medio de su maravillosa similitud con el hombre, le falta la disposicion para hablar y para una marcha natural de pié.

El orangutan asiático, tambien denominado Pongo (*Simia satyrus*), si ha llegado á su entero crecimiento, debe tener unos cinco piés de altura, como afirma Wurmb, que ha examinado estos animales en Borneo. Otros naturalistas le contradicen y le dan de estatura solo tres piés, ó cuatro á lo sumo, y efectivamente los monos de esta especie venidos á Europa nunca fueron mayores. Su color, mientras jóvenes, es rojizo, que mas tarde se vuelve negruzco. Los piés son lampiños, y estos, lo mismo que sus manos y orejas, se parecen mucho á los miembros humanos, como en jeneral todo su aire.

La isla de Borneo y la península de Malaca son

verosimilmente la patria esclusiva de estos animales, que se alimentan de frutos, y tambien comen por las costas mariscos y especialmente cangrejos. Su morada son los árboles, donde están resguardados de todos los animales de rapiña, escepto las culebras. Segun refieren los viajeros, están sus viviendas enlazadas con ramas y entre sí de modo que resguardan de los rayos del sol. Los orangutanes por naturaleza son circunspectos, pacíficos y graves.

Hace pocos años que fué traído á Paris un orangutan domesticado, que bebia en vaso como un hombre. Si se le daba una botella tapada, le quitaba primero el corcho, bebia con mucha gracia, y luego se enjugaba los labios con la mano unas veces, y otras con un paño. Tambien sabia, despues de comer, servirse del mondadientes, y durante la navegacion fué siempre á tomar en la cocina su racion entre los marineros, con quienes jugaba muy amistosamente. Desplegaba mucho esmero y precaucion en cuanto al dormir. De muy mala gana dormia en la jaula, por su aversion á estar encerrado. A la noche él mismo se estendia una yacija, para lo cual empezaba por mullir el heno que habia en su jaula, separando una buena porcion á lo alto, destinada para servir de cabecera. Hecho esto, se tendia á la larga, regularmente de un lado, y se tapaba con una manta en razon á que era muy friolero. A veces se ataba un pañuelo á la cabeza como si hubiese tenido romadizo. Pero lo mas notable en la disposicion de su cama era que en muchas ocasiones sabia aderezarse una verdadera almoadá, estendiendo un trozo de lienzo, arreglando con igualdad el heno sobre la tela, sacudiendo los cuatro picos juntamente, y poniendo este cojin arriba por cabecera de su yacija, lo cual probablemente habria visto hacer á algun marinero. Manifestaba particular inclinacion al aseo, quitaba el polvo de cualquier armario que tuviese cerca, y lo mismo hacia si alguno entraba en su cuarto con las botas empolvadas. Este orangutan era hembra y de índole sumamente blanda, muy grave por otra parte, ó mas bien triste y apesadumbrada. Nada se advertia en ella de la perversidad que hace tan repugnantes á los monos grandes. Se obtenia de ella cuanto se deseaba, menos hablar, y sin mayor incitacion, á pesar de lo mucho á que se la instaba. Daba la mano siempre que entraban jentes de fuera, paseaba con ellos al rededor del cuarto, y al tiempo de partir, los acompañaba otra vez hasta la puerta, haciéndolo todo con mucha formalidad. Sentábase además compuestamente á la mesa, desdoblaba su servilleta y se la ponía por delante, servíase de la cuchara y del tenedor, se escanciaba ella misma, y si era invitada, brindaba tocando los vasos, limpiándose luego la boca con la servilleta. Tambien iba á buscar una taza, ponía en ella azúcar, la llenaba de té, y se lo bebia luego que se enfriaba.

Los orangutanes en el desierto arrojan piedras contra sus agresores, y segun la narracion de Wurmb,

en la isla de Borneo, cuando se les quería cojer, se valian los orangutanes de fuertes ramas de árboles, y tan rabiosos pegaban á derecha é izquierda, que nadie absolutamente podia hacerse dueño de ellos.

Estraordinaria es la sagacidad del joco (llamado tambien *parris* ú hombre silvestre de Africa) (*simia troglodytes*). Viene á ser de alto como un niño de ocho años, aunque, segun otros, llega hasta cinco piés, y habita en lo interior de Africa. Comunmente anda de pié derecho, apoyándose en una rama de árbol á guisa de baston, y maltrata á los negros, quienes escarmentados se recelan de él. Estos negros le creen firmemente capaz de hablar, y afirman que si no lo hace, es enteramente por desidia, temiendo ser descubierto como hombre y condenado al trabajo en vista de su destreza; y en tal suposicion, le hablan cuando le encuentran.

Un mono de esta especie aprendió durante su encierro á calentar el horno del pan. Tenia sumo cuidado en que ningun carbon saltase fuera para que no incendiara el buque; notaba exactamente cuando el horno habia adquirido el conveniente grado de calor; y entónces lo daba siempre á entender al hornero, quien fiado enteramente en el aviso, descuidaba de traer la masa hasta que el mono venia á buscarle. Además ejecutaba toda la maniobra de un marinero con la mayor propiedad é intelijencia, izaba á la voz el ancla, amainaba las velas, las aferraba; y toda la tripulacion le miraba como uno de sus compañeros. El barco en que se hallaba era consignado á la América; pero el pobre animal no arribó allá, porque perdió la vida en la travesía, siendo víctima del rigor del piloto, que le maltrató de un modo irracional. Soportó con suma paciencia la crueldad que se usó con él, y en actitud suplicante juntaba las manos á fin de parar los golpes que se le descargaban. Mas desde aquel momento se negó firmemente á tomar alimento, y al quinto dia pereció de abstinencia y pesadumbre.

Segun cuenta Pyrardo, hay en Sierra Leona orangutanes tan diligentes, que, instruidos convenientemente y alimentados, desempeñan las funciones de criados. Muelen en un mortero, van á buscar agua al rio, trayendo sobre la cabeza los cantaritos llenos, y tambien sirven para voltear un asador ú otros quehaceres útiles.

EL MONO MANILARGO (*Simia longimana*).

Es casi tan grande como el orangutan, tiene bolsas en los carrillos, callos en las posaderas, y los brazos monstruosamente largos. Encuéntrase en la India Oriental, donde se le denomina *Joloco*, y se alimenta de almendras, higos, naranjas, y otros frutos análogos. Su rostro aplastado, liso y moreno oscuro está rodeado de un cerco de pelos blanquizcos, y su cabeza es redonda. Su cuerpo está poblado de pelo negro;

y aunque anda derecho como el hombre, para correr se echa á cuatro piés. En lo demás es pacífico, manso, cariñoso y delicado. No puede soportar el frio, ni aun la humedad, y cualquiera impresion de estas, por leve que sea, le ocasiona la muerte.

EL MOLOCO (*Simia Leuciscus*).

Habita en cuadrillas dentro de los bosques montuosos de la isla de Java, es muy peludo, hasta en las manos y los piés, y solo algo lampiño en su negro rostro. Alza unos tres piés, anda inclinado adelante, de cuando en cuando pega en el suelo con los dedos de las manos, para librarse de caer, y grita *vauvau*, con cuyo nombre tambien se le conoce. Puede servir de divertido compañero, pues domesticado sale muy pacífico y bufonesco.

EL MAGOTE, mono grande ó cabeza de perro.

(*Simia Cynocephalus*).

Recibe este otro nombre por la semejanza de su cara con la de aquel animal, y tambien le llaman el papion rubio, por lo que se aproxima á los papiones. Pasa de dos piés de alto, con el lomo verde oscuro, y la barriga que tira á amarillo bajo. Vive en las selvas de la India, de la Arabia y del Africa. En Berbería, los árboles están poblados de estos monos, y tambien se hallan algunos en el peñon de Jibraltar: aliméntanse de yerbas, son ariscos y malignos.

Refiere Tavernier que algunos moradores de la India tienen un medio singular para divertirse á espensas de estos monos. Cojen cinco ó seis esportillas de arroz, pónenlas no lejos de la guarida de dichos animales en un sitio descubierto, á cuarenta ó cincuenta pasos unas de otras, dejan al lado de cada cesta un buen número de fuertes garrotes, y luego se retiran detrás de algun ribazo cercano, donde se ocultan aguardando el espectáculo dispuesto. Cuando los monos nadie ven cerca de las esportillas, al punto acuden descolgándose de los árboles, y corriendo allá en crecidas manadas. Por un rato quedan parados enseñándose unos á otros los dientes, despues se determinan á venir mas cerca de las esportillas, unas veces andando de frente, otras de espalda, como si no tuviesen fuertes ganas de acometer la aventura. Al fin se arriesgan las hembras, quienes muestran mas valor que los machos, y llevando los hijuelos al hombro se acercan á los capachos. Si quieren meter la cabeza en ellos para comer, inmediatamente se adelantan los machos para estorbarlo. Por el mismo orden avanza el pelotón opuesto, empieza la lid por ambas partes, los combatientes asen los palos, y se abre una reñida pendencia que acaba con la huida de la faccion mas débil. Entónces los vencedores se entregan al júbilo y á disfrutar el premio de su trabajo.

El mismo Tavernier viajaba en cierta ocasion por la India en compañía del presidente inglés. Veíanse en

las cercanías por los árboles una gran turba de monos, de lo cual se regocijó tanto el presidente, que mandó parar el coche, é invitó á Tavernier para que disparase contra alguno de aquellos. Los sirvientes, que, por ser indijenas, estaban impuestos en la índole de aquellos animales, rogaron que no se hiciera tal, no fuese que los monos, en venganza de la muerte de algun camarada, les hicieran pagar con la vida. El presidente sin embargo insistió en su deseo; Tavernier hizo fuego, matando una mona, que cayó entre las ramas, y dejó caer en tierra el hijuelo que pendía de su cuello. Al punto los demás monos, en número de unos sesenta, enfurecidos descendieron de los árboles, se lanzaron cuantos pudieron al coche del presidente, á quien seguramente habrían ahogado, si no hubiesen subido las portezuelas, y á no ser tan considerable el número de la servidumbre. Con mucha dificultad los ahuyentaron al fin, pero corrían detrás, y siguieron á los criados tres millas á lo menos desde el paraje en que se les hizo el desaguisado.

Esta especie de monos, que andan sobre cuatro piés con preferencia á dos, y que para saciar su gula hacen una multitud de comidas, se acostumbran fácilmente á nuestros climas. Son veloces en sus movimientos, pero de traza brutal. A pesar de esto, con paciencia y fuerte disciplina se les enseñan cosas muy divertidas.

MONO COMUN (*Simia silvanus*).

El mono comun, que apenas tiene el tamaño de un zorro, va ordinariamente de pié, y habita en Africa, en las Indias Orientales, y particularmente en la isla de Ceilan. Su rostro es corto y aplanado; los ojos son muy parecidos á los humanos, y el color oscuro de aceituna subido, amarillento en la barriga. Por su jenio afable se deja fácilmente domesticar. Si se enfada, hace jestos de amenaza y espresa su descontento castañeteando los dientes. Bebe con la palma de la mano, imita nuestro sonreír y nuestra cólera, y hasta los ordinarios cumplimientos de los Cafres. Posee al mismo tiempo memoria, y por muchos años suele acordarse de los beneficios. Naturalmente es sosegado, festivo y con visos de sagaz.

En los bosques de su patria van juntos en cuadrillas, viven principalmente de yerbas, granos y frutos, saqueando asociados frecuentemente los huertos y plantaciones. Para esto envían delante uno que sube á cualquier colina, mira en derredor y reconoce si se puede dar el asalto sin peligro. Si no advierte nada, hace una señal, todos corren allá y despachan su empresa. Mientras dura, mantienen siempre el centinela alerta en su puesto, para, si alguien se acerca, dar un recio grito, con lo que todo el enjambre se retira á los árboles. Si las señales de alarma siguen, y el paraje tiene espesura de bosque, van saltando de árbol en árbol hasta la montaña. En fugas de este jénero suele ir una hembra cargada con cuatro y cinco mo-

nillos, sin que la estorben para dar lindos brinco. Causan enormes daños á los frutales y á las mieses, no porque se coman ni lleven demasiado consigo, sino por lo mucho que desperdician. Moran principalmente en cuevas, cerca de las cuales se ponen vasijas con bebidas fuertes, y son cojidos de esta suerte. Inmediatamente acuden de tropel al inesperado regalo, se embriagan, caen en un profundo sueño, y fácilmente se les atrapa.

EL PAPIÓN GRANDE (*Simia sphinx*).

El papion grande ú oscuro, que se halla en las mas ardientes rejiones del Africa, y tambien en la isla de Borneo, es á veces de tres piés y hasta cuatro de largo, sobre manera fuerte en el cuarto superior. Por en medio del cuerpo es sumamente moreno, en lo jeneral negruzco, y en su dilatado rostro de color claro de carne. Tiene bolsas en los carrillos, y el hopo corto y redondo. Es de índole tan sumamente huraña, como singular y espantoso es su aspecto. Esta especie de monos van regularmente en cuadrillas, y cuando son numerosas, hácense temibles enemigos. Gustan mas de caminar á cuatro piés que derechos.

Su principal alimento son frutas, granos y raices; pero al buscárselo, ocasionan gravísimos perjuicios. Por su gran fuerza y agudas zarpas difícilmente se dejan vencer de los mastines, á no ser que la mucha comida los haya puesto pesados. Estando suelto, un mono de esta especie vence fácilmente á tres ó cuatro hombres, si no llevan armas consigo.

Las hembras rara vez tienen mas de un hijo, que llevan en brazos.

Muéstranse malignos, ariscos y apenas domables cuando se les enjaula; están casi de continuo enseñando los dientes, rebullendo y mudando de sitio con gran rabia al rededor de la jaula donde han sido encerrados. Son muy golosos para los huevos, y en cierta ocasion se vió un mono de estos guardar ocho en las bolsas de sus carrillos, sacarlos despues uno á uno, estrellarlos por último y comérselos con mucho sosiego. Tambien son aficionadísimos al vino y licores fuertes. En Chester, cierto viajero vió uno que era desmedidamente fiero y de fuerzas espantosas. Su grito no desemejaba del ruido del leon, sino en ser mas bajo y hondo. Andaba en cuatropiés, y se ponía derecho sobre las ancas solo cuando el guarda le obligaba; pero tambien solia sentarse de rabadilla, manteniéndose por cierto gravemente inclinado, mientras dejaba caer los brazos tendidos delante del vientre. Alimentábase principalmente de queso, y se le echaban espigas de trigo, de las que sabia hábilmente sacar los granos y comérselos.

EL MANDRIL (*Papio maimon*).

Es un papion que se cria en el Africa, especialmente en Guinea, y es trasportado muy frecuentemente

á Europa. Es de tamaño considerable, de color moreno con la cola blanquecina y corta, el lomo azul, la nariz encendida y venas rojas muy salientes; es bravo é indomable, ruje casi como un leon; se alimenta de nueces y otros frutos; pero esclavizado, come mucho queso y huevos, bebe vino y aguardiente.

EL PAPION NEGRO (*Papio æthiops*).

Habita el Africa meridional, y se distingue particularmente por su perspicacia. Es del tamaño de un mastin, carece de rabo, tiene el pelo castaño, y la cara de color negro subido.

En el año 1787, el capitán Degrandpré tuvo á bordo de su buque una mona de esta especie. Levantada derecha sobre las ancas, tenia unos dos piés y pulgadas de alto. Espuesta á las zumbas de la tripulacion, se habia hecho tan maligna que nada bastaba á refrenarla. La penetracion con que sabia defenderse de sus enemigos, y aun á veces castigarlos, escitó en Mr. Degrandpré la curiosidad de probar hasta dónde llegaría la travesura del animal, eligiendo el siguiente medio. Como la mona era estraordinariamente apasionada al aguardiente anisado, puso el capitán una botella llena en medio de la cámara de popa, fijándola al pavimento con bramante y pez caliente, de modo que fuese imposible el desprenderla. Entónces se ocultó en su camarote, desde donde podia observar todo tapándose con la cortina. Antes que la curiosidad, el olor de la botella atrajo allí la mona, que al descubrirla, manifestó su regocijo dando cabriolas y haciendo muecas. Al momento se chupó todo el licor que pudo alcanzar con la lengua; despues metia los dedos en el gólete y se los lamia; y cuando ya este medio no le bastó para lograr mas, procuró volcar el frasco; pero vista inmediatamente la imposibilidad de lograrlo, acudió la astuta á otro espediente. Buscó por todas las rendijas y rincones de la cámara cuanto polvo y arena pudo juntar, haciendo de todo un montoncillo al lado de la botella muy apretado. Luego que le pareció tener bastante, tomó un poco con una mano, aplicó los labios estrechamente á la boca del fresco, echó dentro la arena, y bebía á medida que rebotaba. De esta suerte prosiguió echando arena en el frasco y bebiendo, y sin duda habria logrado rematarla, si en medio de su empresa no le hubiese acometido una fuerte borrachera.

EL PAPION GRIS (*Papio Hamadryas*).

Hállanse de unos cinco piés de alto, muy bravos y numerosos en las ardientes rejiones del Africa y Asia, juntándose en grandes partidas para robar las huertas y plantaciones. Son tan indomables y fuertes, que sin dificultad pueden vencer á un hombre. Tienen la cara lampiña, orejas puntiagudas, cubiertas de pelo, la cabeza y rostro idénticos al perro.

EL PAPION-OSO U BABUINO COMUN (*Papio ursinus*)

Esta especie de monos parecen mas bien una variedad de los anteriores, y se hallan muchos con particularidad en el cabo de Buena Esperanza, cuyas montañas habitan reunidos en manadas. Vienen á ser de cinco piés de alto, y por mucha resistencia que se les oponga, pueden arrebatarse consigo al hombre mas forzado. Irritados, cojen á sus enemigos por las orejas. Desde las sierras tambien bajan al llano para saquear las huertas, colocando al efecto sus centinelas á fin de no ser sorprendidos. Si por el campo reparan en alguna persona que esté haciéndose la comida, se escurren disimuladamente hasta ella y le quitan lo que pueden cojer. Entónces corren un buen trecho, se vuelven de cara, se sientan sobre el trasero, y se zampan el hurto con los mas estravagantes jestos á la vista misma del robado. A veces cojen con la pata lo que han quitado, y hacen como que lo quieren devolver al dueño, ejecutando por este orden mil posturas risibles. En el Cabo se valen de esta especie de monos para guardar la casa en lugar de perros, y salen muy fieles y vijilantes.

EL SAGUINO OREJIBLANCO (*Jacchus vulgaris*).

Pertenece á los monos americanos ó de rabo largo, monicongos ó micos en el sentido mas lato de la palabra, de los cuales sucesivamente describirémos algunos pocos. Este, que tiene su patria en el Brasil, no escede en tamaño á la ardilla. Su cola es larga y peluda, adornada en toda su longitud con anillos blancos y negros. Tiene el cuerpo entre rojizo y ceniciento, la cara de un color de carne oscuro, rodeada por todos lados de un mechón de pelo ancho, espeso y blanco como la leche, y se estiende á las orejas. En sus patas pobladas de pelo lleva agudas uñas.

Un par de esta especie, que poseía cierto negociante de Lóndres, tuvo crias. Luego que se hicieron algo grandes subian por la espalda y hombros de la madre. Si la daban cansancio, se ayudaba poniéndose cerca de una pared ó de cualquier otro sitio, y entretanto pasaba la mano á los hijuelos. Entónces el macho tambien los levantaba, y á fin de aliviar algo la carga á la hembra, los dejaba por un buen rato colgarse al rededor de su cuello.

EL MICO RUJIDOR (*Mycetes Beelzebul*).

Hállase en los bosques del Brasil y Guayana en espantosas cuadrillas. Es el mas grande entre todos los monos americanos, y algo mayor que un zorro; tiene color negro lustroso, pelo suave, y un largo rabo. Son tan fieros y malignos que no se dejan cojer ni domesticar. Su boca es grande, la voz parecida al estruendo de un tambor, espantosa, así como todo su

aspecto que infunde horror. Regularmente viven juntos de veinte á treinta en las copas de los árboles. Por la noche ruje primero uno solo con grito sordo y profundo, pero á breve rato le acompaña toda la majada, rompiendo también á ruir, lo cual ha dado márgen á una fabula de los sermones de los monos en el Brasil, donde al principio alguno pronunció un discurso al pueblo, y en seguida echó á bramar toda la negra y peluda casta.

Las hembras dan á luz dos hijuelos, que no se les pueden arrebatár sin matar primero á la madre, pues mientras esta vive, ninguno suelta.

Los monos rujidores pertenecen á los llamados rabiaganchados, porque pueden arrollar la punta lisa del rabo y asirse de esta suerte á los objetos cercanos, como á las ramas de los árboles, por ejemplo, donde se columpian.

Varias especies de estos monos, y particularmente uno rojo oscuro, son comidos por los naturales de aquel país. Pero causa horror ver en sus mesas un mono asado, pues se queda como un niño llorando y tiene el mismo grandor.

EL CUATO (*Ateles Coaita*).

Este mono, que habita en muchas comarcas de la América meridional, es grande, de largo pelo negro, rostro limpio, lustroso y arrugado; tiene cola de dos pies de largo. Es astuto y vivaracho, de un natural muy afable y dócil, hábil para ejecutar mil cabriolas y jestos. Si se le atan á la espalda las manos delanteras, marcha un espacio regular con cierta agilidad y firmeza sobre las patas traseras, como si esto le fuese absolutamente natural. Aunque se deja fácilmente domesticar, manifestando en general mucha destreza y capacidad, retiene gran parte de aquella malicia con que se distingue todo mico.

Cuando estos monos quieren dar un salto, pasan la cola al rededor de una rama y se arrojan. También se saben ensartar ingeniosamente por los rabos unos con otros, formando una larga cadena por cuyo medio logran mantenerse nadando al pasar un río.

EL MACACO O MICO VULGAR (*Cercopithecus Cynomolgus*).

Tiene de largo pié y medio, sin contar la cola; se halla principalmente en Java, y de todos los micos es el mas comunmente traído á Europa. Aunque manso, daña mucho á los plantíos, en especial á las mieses. Viven asociados en grandes manadas.

EL MICO CARIAZULADO (*Cercopithecus Ascanius*).

Pertenece á los micos de nariz blanca, distinguiéndose mucho por su rostro azul orlado de negro: habita en Guinea y vive de frutas. Es muy avisado y cariñoso.

EL RABIPELUDO O MONO MIEDOSO (*Cebus trepidus*).

De toda la raza, es el mas buscado y traficado, casi del tamaño de un gato; tira el cuerpo á moreno, con la cara y orejas de color de carne, y tiene su patria en Surinam.

En el año 1764 hubo en Burdeos un par que nacieron allí. Era cosa digna de verse con cuanto esmero y solicitud los cuidaban sus padres, y los oficios que con ellos ejercian, tomándolos siempre y acariciándolos. El macho los amaba extraordinariamente, aunque ambos continuamente se los estaban pasando uno á otro, y solo alguna vez que no se portaban bien, les daban un bocadillo no muy fuerte.

EL MONO CAPUCHINO (*Cebus capucinus*).

Lindo es ver en sus triscas estos monos, que habitan en numerosas cuadrillas sobre los árboles de la Guayana y otras rejiones de la América meridional. No son mucho mayores de un pié; pero si largos de rabo. Se alimentan de frutos y raíces, también gustan de abejorros y caracoles, y siempre están jimiendo. Recien cojidos, muerden mucho; mas luego fácilmente se domestican por ser afables, muy lijeros y activos. Su color es entreverado de negro y blanco, pardo y amarillento. Cuando jóvenes, son mas claros de color, que con la edad se vuelve oscuro.

EL MONO CEILANÉS (*Inuus Silenus*).

Viene á ser de grande como un gatito, de pelos muy largos, y con una cola que va siempre en disminucion hasta el remate. El rostro es negruzco, aplinado y sombreado con poquitos de pelos. Tiene blancos el bigote y patillas, las manos y piernas negras y lampiñas. Es fácil de amansar, por cuya razon en muchos caseríos de Ceilan se le halla doméstico. Regularmente anda sobre dos piés con las manos cruzadas una sobre otra. Estos monos son naturalmente agradables y complacientes, y muerden solo cuando son maltratados. Si alguien á presencia suya besa y acaricia á un niño, ellos también quieren hacerlo, y por el contrario, si se le pega de modo que lo vean, se alzan de talones, enseñan los dientes, ahullan horriblemente, y si están sueltos, se abalanzan al que castiga al niño.

EL ROLOWAI O MONO PALATINO (*Monachus Rolowai*).

Estos monos, que roban los campos y huertas á la vista misma de los colonos, y hasta se burlan de ellos, se encuentran en crecido número en la isla de Ceilan; son tamaños como nuestros mayores perros, y tienen una larga melena partida, ancha, caída sobre la frente y que los singulariza bastante. Los aldeanos todo lo

consienten al rolowai, porque á veces coje un negrito, se sube con él á un árbol, le contempla, y sin hacerle mal le devuelve otra vez, lo cual se mira como un buen agüero para el niño.

Cuando pare la hembra del rolowai, todos los monos crecidos se ponen á considerar y examinar el recién nacido, y sentados en rueda se lo pasan de unos á otros. Hecho esto, vuelve otra vez á la madre para que le dé de mamar.

EL MONGO (*Lemur Mongoz*).

Pertenece á la casta de los semimonos, que se diferencian de los restantes por la cabeza de zorro y otras señales dadas ya á conocer. El mongo es del tamaño de un gato, de pellejo gris, que dejenera en amarillento, y tiene mechón en la cola; come frutos, peces y pájaros, y domesticado, se aficiona á todo género de dulces, pastelería, sopas en leche, etc.; y siempre está gruñendo. Habita en la isla de Madagascar; en-

rosca el rabo en los árboles para dormir de espalda; es muy manso y familiar.

EL PEREZOSO (*Lemur tardigradus*).

Carece de cola, y en lo demás es del tamaño, color y alzada de una ardilla. Vive en los bosques de Bengala y de la isla de Ceilan; pero no debe ser tan poltron como antiguamente se creyó, antes bien muy ágil. También parece que realmente hay una especie análoga, de movimiento muy tardo, casi como el aiai. Aliméntase principalmente de frutas, aunque también come huevos, etc., y ronda toda la noche.

El mico volandero (*Lemur volans*), que tiene unos tres piés, y es de color oscuro, posee entre el cuello, las piernas y el rabo, un alon de pellejo, por cuyo medio puede revolotear. Su comida consiste en el fruto de los árboles.

(Se continuará).

EL CERRAJERO DE FILADELFIA.

No ha muchos años que en la pacífica ciudad de Filadelfia vivía un artesano hábil y honrado llamado Amos Sparks, de oficio cerrajero. La naturaleza le había dotado de una aptitud especial para la profesión que había abrazado. No solo era habilísimo en la fabricación de las varias máquinas consideradas en América propias de la cerrajería, sino que llevado del anhelo de conocer á fondo todas las dificultades de este ramo, se había esmerado tan ahincadamente en vencerlas, y lo había logrado en términos, que su ingeniosa destreza era el pasmo de todos los vecinos para quienes trabajaba habitualmente, y de cuantos, así en el pueblo como en la comarca, se interesaban en los progresos de la mecánica. Había en su almacén cerraduras impenetrables para puertas, cajas, armarios, etc.; y por otra parte ninguna cerradura fabricada por otro artesano podía ocultar su secreto resorte al ojo perspicaz é inteligente de Amos Sparks.

Bien así como suele suceder entre los hombres sobresalientes en oficios y profesiones, Amos vivía en la pobreza; y á pesar de su industria y prevision como jefe de una familia escasa y criada en la frugalidad, todos sus conatos solo habían logrado proporcionarse un mediano pasar, sin atesorar riquezas. Así es que la pobreza de Amos Sparks era tan notoria como su habilidad y virtud. No obstante, como su trabajo dia-

rio bastaba para la manutención de su familia, seguía siempre estudiando su oficio y vivía contento.

Sucedió que en el curso del otoño del año 1800, un comerciante de la ciudad cuyas relaciones eran bastante estensas, y que había pasado gran parte de la mañana hablando de negocios en el muelle y á bordo de sus buques, fué corriendo á su escritorio, preocupado con el pensamiento del reembolso que había de verificar aquel día en el banco de Filadelfia, cuando con gran sorpresa suya, echó de ver que había perdido la llave de la caja.

Después de infructuosas y vanas pesquisas, creyó que la había perdido en la calle al sacar el pañuelo de la faltriquera, ó que quizás había caído en el agua al ir á bordo. ¿Pero qué partido había de tomar? Era ya la una dada, el banco se cerraba á las tres; y no había tiempo para ir á buscar en otra parte el dinero que había de entregar. En tal apuro, acordóse del pobre cerrajero; pues conocía la habilidad de Amos Sparks, y mandó á un dependiente suyo á llamar á este artesano, quien llegó poco después con sus instrumentos.

A los pocos minutos quedó abierta la caja, y el comerciante contempló con miradas satisfechas el cofre donde yacían los billetes de banco en compañía de millares de pesos, manifestando el regocijo que le

cabía con haber podido resguardar su nombre de todo asomo de sospecha de parte del banco, como infelizmente hubiera acontecido, si no se hubiese podido abrir la caja á tiempo para pagar antes de las tres.

Dispuesto á recompensar jenerosamente el servicio que acababa de hacerle Amos, metió la mano en el bolsillo y le preguntó: «¿Cuánto he de daros?»

— Cinco dolars, contestó Sparks.

— ¡Cinco dolars! ¡Cómo! ¿estáis loco, buen hombre? apenas habeis empleado cinco minutos en esta faena. Tomad (todo su reconocimiento habia quedado ahogado por un movimiento instintivo de mezquindad mercantil); heos aquí cinco chelines.

— En efecto, » repuso el artesano sin inmutarse, « poco tiempo me ha bastado para abrir la caja; pero hágase Vd. cargo de que he necesitado muchos años para aprender á hacer este trabajo en cinco minutos. La visita de un médico tal vez no dure uno; y ¿deberáse por esto disputársele la utilidad de sus servicios, cuando ya no son necesarios? Y aun en este caso, recibirá él una retribucion mayor que mi salario, á pesar de haberle yo salvado á Vd. el honor, que es la segunda vida del comerciante. Ya lo veo, Vd. quisiera regatear el precio de mi habilidad como regatea en el mercado el de cualquiera mercancía, segun el valor que se le antoja á Vd. darle.

— ¡El valor que se me antoja darle! » dijo el comerciante con desdeñosa sonrisa, « pues bien; el de vuestro trabajo queda suficientemente pagado con cinco chelines; á este precio me hubiera sido facil proporcionarme otra llave, ó finalmente hallar la que he perdido.

— No hay duda; pero ¿hubiera Vd. tenido la una ó recobrado la otra antes de cerrarse el banco? Si yo hubiese querido comprometerle á Vd. prevaleiéndome de lo avanzado de la hora y de la apurada situacion en que le hubiera puesto cualquier retardo, ¿no hubiera podido exigirle una suma mucho mas crecida? Y entónces se hubiera Vd. tenido por muy dichoso en darme, á falta de otro medio, el doble de lo que ahora le pido.

— ¡El doble de lo que pedís! No hay remedio, este hombre está loco. Tomad, heos aquí cinco chelines, » dijo el comerciante, alargándoselos con aquel aire que indica bien á las claras que el rico puede hollar al pobre impunemente. Si no quereis recibirlos, no importa cuando os parezca, » podeis citarme para el pago ante un tribunal: mi tiempo es harto precioso para perderlo en estas bagatelas.

— En mi vida he hecho comparecer á nadie ante el juez, » respondió Sparks; « he experimentado sobradas pérdidas para no haberme acostumbrado á sufrir; » pero, » añadió (cediendo la blandura habitual de su carácter á la indignacion producida por el agravio), Vd. es rico, Vd. puede pagar; y ya que de este modo agradece el servicio que le he hecho, aunque no quiera, me pagará. »

Al decir estas palabras bajó con viveza la cubierta

de la caja, oyéndose en el mismo instante el ruido que hacia el pestillo de la cerradura al volver con violencia á su lugar. El oro y los billetes de banco desaparecieron, como desaparecen en la fábula los tesoros mal adquiridos al tocarlos la hechicera con su varilla.

El comerciante quedó petrificado, clavó una mirada de asombro, primero en Amos y despues en el reloj; las agujas, que señalaban las tres menos veinte minutos, le pareció que adelantaban con una celeridad no acostumbrada. ¿Qué habia de hacer? Al principio habia probado de enojarse; mas ¿qué lograría con esto? Amos le dijo que si tenia algun motivo de queja contra él, cuando le pareciese, podia acudir á la justicia; que por lo demás, su tiempo era harto precioso para perderlo en bagatelas. Y con la mayor tranquilidad volvió las espaldas dirijiéndose hácia la puerta del escritorio.

Llamóle el comerciante: no habia que andarse en rodeos; el tiempo urjia, y su crédito iba á quedar en descubierto. La ciudad toda diria que la pérdida de la llave solo era un pretesto para ganar tiempo y porque su caja estaba vacía; vióse pues en la necesidad de someterse humildemente á las exigencias de su situacion.

« Tomad, » dijo á Sparks presentándole cinco dolars, « tomad vuestro dinero, y no haya entre los dos mas palabras.

— No, » dijo el cerrajero, « ahora exijo diez dolars; pues de no, llevaria Vd. sobrada ventaja á un pobre hombre; á mas de que abriendo de nuevo la caja, voy á darle á Vd. una leccion que bien merece su salario. La intencion de Vd. era, no solo privarme de lo que se me debe lejitimamente, sino empeñarme además en un pleito cuyo resultado mas probable hubiera sido mi completa ruina. En adelante, en sus relaciones con el pobre, jamás se envanecerá Vd. de sus riquezas sin acordarse de Amos, el cerrajero; y estos cinco dolars que le pido de mas para repartirlos entre los indijentes, tendrán por resultado, si Vd. tiene memoria, evitarle mas de una falta en lo sucesivo, y por consiguiente mas de un motivo de arrepentimiento. »

Esta especie de homilia, que, pronunciada en tono muy sosegado, no dejaba traslucir al comerciante esperanza alguna de acomodamiento, habia absorbido uno ó dos minutos de un tiempo que á cada instante iba haciéndose mas precioso. Contó pues precipitadamente los diez dolars, que Amos examinó cuidadosamente uno por uno, como para cerciorarse de que no era moneda sospechosa, y los metió en el bolsillo.

« ¡Pronto, pronto! » dijo el comerciante; « por amor de Dios, despachad; por cincuenta dolars no quisiera que se cerrara el Banco antes haber yo efectuado mi reembolso.

— Lo creo muy bien, » fué lo único que con mucha gravedad contestó el cerrajero. Como no era malvado ni vengativo se dió por satisfecho con el castigo que acababa de imponer al codicioso comerciante; así que se dió prisa y abrió la caja dejando á su propietario el

tiempo exactamente preciso para tomar la suma y correr al Banco, á donde llegó pocos minutos antes de que se cerrase.

Apenas había trascurrido un mes desde este acontecimiento, cuando se cometió un robo de cincuenta mil dolars en aquel mismo Banco; habíanse roto los barrotes de una ventana de un modo que no dejaba la menor duda acerca de la mucha intrepidez y destreza del ladrón; veíanse varias señales que denotaban mucha habilidad en el arte de cerrajería. Enviáronse dependientes de policía por toda la ciudad y cercanías; pero sin que lograsen descubrir el menor vestigio del reo. Todos los vecinos de Filadelfia que tenían algo que perder se convencieron de cuán temible debía serles una visita de los atrevidos y diestros bribones que se ocultaban en la vecindad; así fué que todos se creyeron interesados en favorecer en cuanto estuviese en su mano la captura del malhechor. Finalmente algunas de las sospechas fueron á recaer contra Amos; mas su pobreza y conocida honradez las desvanecieron al cabo enteramente. Sin embargo, la anécdota de la caja y de su abertura, que hasta entonces había tenido oculta el comerciante por su propio honor, y que Amos por su parte tampoco había divulgado, pues olvidaba fácilmente los agravios recibidos y era poco inclinado á hacer reir al público á costa del que intentara perjudicarle; aquella anécdota, digo, empezó á cundir entre los vecinos. El comerciante, llevado del diabólico anhelo de vengarse, lo había divulgado de modo que la noticia de aquella anécdota llegó imperceptiblemente á oídos de los directores del Banco de Filadelfia, pero acompañada de muchas variantes y de adiciones exajeradas.

Amos creyó notar al cabo de algun tiempo que muchos de sus vecinos le miraban de un modo singular, y que en sus relaciones con él se echaba de ver algo de extraño é inesplicable. No dejó de advertir que dos de aquellos mismos vecinos que tenían la costumbre de ir á verle casi todas las tardes, no habían parecido desde algunos días. Pero no sospechando que tuviesen un motivo razonable para romper con él, no se detuvo particularmente en aquellas observaciones.

En tales casos, el interesado es siempre el último en saber la noticia que ha de causarle cruel aflicción. Así fué que el primer aviso que recibió el cerrajero de las sospechas que rodaban tempestuosamente sobre su cabeza, le fué comunicado por un empleado de policía que entró en su casa, seguido de una numerosa cuadrilla de esbirros, para registrar toda la habitación. El asombro y un profundo disgusto fueron los primeros efectos que causó en Amos y los suyos este acontecimiento. ¡Qué golpe para aquella numerosa familia, que, en el seno mismo de su humilde pobreza, había sabido hallar la felicidad en el buen nombre de que gozaba, tesoro que estimaba en mas que todos los bienes terrenos! El solo robo de seis *peniques* era en su concepto una acción tan ruin que ninguno de ellos se hubiera jamás atrevido á arrostrarla. ¡Pero cin-

cuenta mil dolars! La inmensidad de esta suma, agredada á la desazona que les causaban las sospechas, les causaba un terror indecible. Mientras duró la visita, sus cuerpos trémulos formaban un grupo enternecedor, que no se separó hasta que el encargado de dirigir el registro manifestó que estaba satisfecho, y que nada se había encontrado que pudiese comprometerles. Entónces fué cuando comenzaron á ensancharse sus corazones, entónces cuando empezaron á examinar con calma las circunstancias que debían turbar quizá para siempre la seguridad y profundo sosiego de que habían gozado hasta el momento de la fatal visita.

«¡Valor! amigos míos,» exclamó Sparks, que fué el primero en recobrar la tranquilidad de alma que formaba el fondo de su carácter; «valor, todo irá bien; es imposible que estas sospechas no se desvanezcan. Una vida honrada y laboriosa alcanza siempre su recompensa. Tal vez en mi industria ó en la destreza que en ella he adquirido á costa de una larga práctica, hay algo que ha inducido á ciertos hombres crédulos ó inconsiderados, y sobre todo á los malvados, si para algo han figurado en este asunto, á volver sus miradas hácia nuestra pobre morada. Con todo, los verdaderos autores del robo no pueden tardar en ser descubiertos, porque un crimen tan abominable tendrá todos los ojos alerta; y en el caso nada probable de que el criminal permaneciese oculto por mas tiempo, nuestros vecinos, que nos verán ocupados como de costumbre, sin que puedan notar en nuestro modo de vivir ni en nuestro exterior señal alguna que les indique riqueza, sin que nos vean hacer gastos superiores á lo que nos permite nuestra condición; nuestros vecinos, que se acordarán de los muchos años que hemos vivido en este mismo estado de templanza y laboriosidad, sin que haya podido achacársenos la mas leve falta de probidad ó de conducta, nuestros vecinos entónces tendrán sentimientos mas justos, pensarán mejor de nosotros, y la ciudad entera nos restituirá el aprecio que no hemos dejado de merecer.»

Este razonamiento, lleno de sensatez, fué un bálsamo para el dolor de aquellos desventurados, porque en efecto era imposible discurrir nada mas cuerdo que los pronósticos del cerrajero. Sin embargo, ya le anagaba una serie de pruebas y tribulaciones, de angustias y de esperanzas frustradas, cuya extensión no le hubiera sido fácil, no diré predecir, pero ni adivinar siquiera.

Llenos de despecho los directores del Banco en vista del mal éxito de sus pesquisas, enviaron á uno de ellos, precisamente al comerciante de la caja, á casa de Amos á fin de entablar negociaciones. Ofrecíanle una gruesa suma de dinero, asegurándole que en lo sucesivo no se haría ninguna jestión contra él, con tal que restituyese lo robado, y nombrase á sus cómplices, caso que los hubiese.

En vano protestó Amos de su inocencia; en vano

espresó todo el horror que le inspiraba la idea de aquel crimen: el comisionado del Banco le hizo burla de su pretendida honradez, y le amenazó con las resultas que necesariamente habia de traerle aquel negocio, si no accedía á sus proposiciones. Mas entónces el cerrajero, que no estaba acostumbrado á oír adelantar espresiones, que sin la menor prueba, sin fundamento alguno, se dirijian nada menos que á mancillar su honor, intimó á su enemigo que saliese inmediatamente de su casa, con las palabras y jesto significativo de un hombre que, aunque pobre, está decidido á hacer respetar y á defender contra la insolencia del rico el santuario de su morada.

El comerciante se retiró corrido, amenazando á Amos con su venganza. Celebraron consejo los directores del Banco, y resolvieron que se prendiese á Sparks, esperando que, separado de su familia y cómplices, seria menos difícil reunir todos los datos necesarios para la completa justificación del delito, y que atemorizado con el aparato de un procedimiento criminal, confesaría tarde ó temprano.

La prision de Amos fué un nuevo y terrible golpe para su desdichada familia. Unidos, todo lo hubieran podido sobrellevar, porque nada disminuye tanto las penas, alijera tanto el peso de los quebrantos, como los consejos, los consuelos simpáticos que se prodigan mutuamente los desgraciados. Pero ¡separados, constándoles que su mas fuerte apoyo, que aquel á cuyo derredor solian reunirse en los momentos de tribulacion, yacia en un calabozo, cargado de grillos y víctima de una acusacion injusta! ¡ah! era imposible que resistiesen á tantas calamidades, mayormente en medio de la apestada atmósfera de sospechas que envolvía su morada, y que corrompia hasta el mismo ambiente que respiraban.

No obstante, sufrieron, sin murmurar, todas las privaciones á que los sujetaba la ausencia de su jefe, y hasta hallaron medio de proporcionar algun alivio al cerrajero en su prision, con el poco dinero que á costa de grandes dificultades lograron ajenciarse.

Habian transcurrido algunos meses sin que la menor revelacion de Sparks hubiese venido á derramar luz alguna en la oscuridad de la acusacion; cuando sus perseguidores se vieron, á pesar suyo, en la necesidad de dejar que la causa siguiese su curso sin haberse podido añadir ninguna prueba. Las únicas que presentaban contra el acusado se reducian á algunas cerraduras de composicion muy complicada y á algunos instrumentos mecánicos, que se habian hallado en el taller del pobre encausado. Aquellas piezas, ocultando á los ojos profanos una parte del uso para que estaban destinadas, eran un testimonio patente, si no de la culpabilidad, á lo menos de la suma destreza del artesano. Echábase de ver en ellas una variedad tal, un trabajo tan acabado, que fueron poquísimas las personas de entre los jueces, jurados y del auditorio que creyeron que un sujeto tan pobre como Amos hubiese podido emplear tanta aplicacion en aquellas

obras, con la sola mira de perfeccionar su arte.

Todos los vecinos y amigos declararon sobre el carácter y costumbres de Sparks del modo que era de esperar. Sus diferentes deposiciones concordaban todas en reconocer la decidida pasion que tenia á su profesion.

El abogado, encargado de sostener la acusacion en nombre del Banco, la fundaba en varios argumentos que con mucha sagacidad iba sacando del estado de la opinion pública, de algunas sospechas vagas, de la consumada habilidad del cerrajero, que preveía habian de influir poderosamente en el ánimo del jurado. Insistía con maliciosa pertinacia en los resultados que iba arrojando de sí el exámen minucioso de cada una de las piezas y herramientas, aprovechaba la menor ocasion para indicar lo que habia pasado entre el comerciante y el cerrajero con motivo de la abertura de la caja, tomaba en consideracion la incontestable pobreza de Amos, mirándola como causa irresistible de continuas tentaciones, é insinuaba por fin que el tiempo que Sparks empleaba en sus obras hubiera sido enteramente malogrado, á no suponer que de este modo iba disponiéndose para la ejecucion de algun plan enorme y criminal. De esta suerte, porque Amos era pobre, su aplicacion, el amor á su arte, su paciencia, todas sus virtudes se convertian en otros tantos cargos contra él.

Por último concluía diciendo que estaba persuadido de que la condeca de Sparks iria inmediatamente seguida de la confesion del delito; porque creía en su alma y en su conciencia que Amos era culpable. Por este medio logró que la mayor parte de los que le oían adoptasen esta misma opinion. Hasta algunos de los miembros del jurado, algo inclinados á fiarse en la probabilidad de la confesion y arrastrados por el torrente de las sospechas, no se hallaban muy distantes de condenarle sin prueba alguna, lisonjeándose interiormente de que el resultado vendría á justificar su perspicacia en presencia de todos. Pero era muy difícil que esto sucediese en un tribunal de América, aun en la época en que pasó el hecho que vamos refiriendo.

El fallo del juez fué claro y terminante. Sentaba que si bien era cierto que existian algunos indicios contra Amos, que algunas circunstancias relativas al modo particular de ocupar su tiempo el acusado podian difícilmente conciliarse con su pobreza habitual; que no obstante la acusacion carecia de pruebas positivas, y finalmente que los hilos que hubieran podido conducir á la averiguacion del delito, no solo se rompian en varios puntos, sino que no se descubria uno siquiera que se extendiese mas allá de la habitacion del cerrajero. Por lo mismo fué absuelto Amos.

Aunque despues de esto no hubiese un motivo que justificara las sospechas contra Sparks, con todo continuaron suspendidas sobre su cabeza como la espada de Dámocles. El vengativo comerciante y los directores del Banco, en medio de su despecho, no titubea-

ron en declarar que, no obstante la absolución legalmente pronunciada, no dudaban de la culpabilidad del encausado. Esta opinión, difundida con destreza, vino á ser jeneral entre aquellas personas que, poco cuidadosas de examinar hasta qué punto podia ser probable, se sentían naturalmente dispuestas á no ver en el cerrajero absuelto mas que un pícaro afortunado. En efecto, cómo era posible que la reputación de un pobre hombre saliese intacta de los tiros traicionariamente asestados por tantos y tan poderosos calumniadores?

Amos se alegraba de su absolución con la consoladora idea de que los jurados con ella habian cumplido concienzudamente su deber; la prueba que acababa de sufrir habia mas bien fortalecido que alterado su confianza en la justicia de su país. Al volver al regazo de su familia, fué recibido con las mismas demostraciones de alegría, que si acabara de descargarse del peso de una responsabilidad inmensa ó de librarse de un peligro inminente. Cuando por la noche se vieron de nuevo reunidos al rededor de aquel hogar, testigo en otro tiempo de las mas tiernas escenas de doméstica felicidad, dilatáronse sus corazones, elevando al Todopoderoso una afectuosa plegaria en acción de gracias por el beneficio que acababa de dispensarles.

No obstante, Amos, aunque absuelto por el veredicto del jurado, conocía que no lo estaba en la opinión pública. Tenía sobrada sagacidad para no haberlo echado de ver en la fisonomía de algunos jurados y en la mayor parte de los que asistieron á la vista de la causa. Con todo, contentóse de aguardar que se hiciese alguna revelación, resignándose á vivir espuesto á las absurdas acusaciones que la Providencia, sin duda por un efecto de sus sabios designios, permitía que continuaran pesando sobre él.

Pero no se acordaba Amos de lo que debería hacer en lo sucesivo para subsistir. Sentíase con fuerzas para sobrellevar la fría acogida de los que le miraban con prevención, la afectación insultante con que muchos le volvían la cara al acercársele, y por último la insostenible idea de las terribles calumnias de que era objeto, porque confiaba que de un día á otro saldría completamente victorioso de ellas; pero el abandono de todos sus parroquianos vino finalmente á abrirle los ojos acerca de la espantosa realidad de su situación. Ya no se le encargaba trabajo alguno: los pocos artículos que iba concluyendo no hallaban despacho, y como el corto peculio que habia reunido con sus aborros lo habian consumido los gastos del proceso, aquella pobre familia vino desgraciadamente á reconocer que, con toda su actividad y economía, le sería imposible acudir á sus necesidades diarias.

El sacrificio de una pieza del ajuar, de una parte de los vestidos considerados como superfluos, iba inmediatamente seguido del de otras prendas y alhajas; cada día se cercenaba algo del gasto ordinario, ya sumamente escaso. Finalmente despues de algunos me-

ses pasados en la desnudez y la miseria, llegó un día en que á la hora de comer se presentó á sus ojos inquietos la mesa enteramente desprovista y entre cuatro paredes del todo desmanteladas. No quedaba otro recurso que mendigar, morirse de hambre ó abandonar la patria. Este último espediente era muy á menudo el objeto de las conversaciones de familia. En América este es el remedio á que se acude en las grandes calamidades, en las situaciones desesperadas. El quebrado, por ejemplo, se va al Ohio á gozar de sus riquezas mal adquiridas ó á abrir nueva cuenta á la fortuna; la Albania es el asilo donde no tardará en ser muy respetado, y á que se acoge el eclesiástico que ha atacado harto groseramente la flaqueza de alguna linda parroquiana; el Misuri es el punto á donde se dirige el habitante del Michigan que en una riña ha alojado su *bowie-knife* (1) entre las costillas de algun vecino. La fuga es el supremo y universal específico para los casos críticos y desahuciados.

Los Sparks no hubieran vacilado en tomar ese partido estremo; pero conservaban aun en lo íntimo de su corazón la esperanza de que finalmente sería descubierto el culpable y todo se aclararía; además creían que el huir era justificar las sospechas en cierta manera. Si por tanto tiempo habian sobrellevado las mas duras privaciones, era en la confianza de que finalmente les sería devuelta la estimación de sus antiguos amigos y vecinos, cuando la Providencia les hubiese abierto los ojos y rasgado el velo que encubría la verdad. Mas siéndoles ya imposible permanecer por mas tiempo en Filadelfia, la familia hizo sus preparativos de marcha. No les molestó mucho el transporte de su reducido equipaje, y como desde el día de la absolución habian perdido enteramente el crédito, no hubo quien les estorbase el viaje cuando se despidieron tristemente de su patria.

Entraron en una de las muchas embarcaciones que surcan aquellos rios, pasaron por delante de Schuylkill y se detuvieron en Norristown, siete leguas al N. O. de Filadelfia. Allí su afabilidad y su industria les granjearon luego lo necesario para salir de la miseria, y hasta llegaron á tener por dichosa una existencia que no turbaban ni el frío encuentro ni el aire insultante de una vecindad cegada por la prevención. Mas ni aun allí habian de hallar un reposo estable; pues aquella era la primera estacion para aquellos peregrinos desamparados.

Un comerciante que venia de la capital é iba á las Montañas Azules, en el Nuevo-Hampshire, habiendo encontrado á Sparks al atravesar á Norristown, dijo irónicamente á algunos habitantes de esta ciudad, conocidos suyos, que les felicitaba por la buena adquisición que habian hecho del famoso cerrajero de Fila-

(1) El *bowie knife* es un instrumento cortante y punzante, bastante largo y muy parecido á la navaja de nuestros paisanos, del cual se sirven con mucha destreza los Americanos en sus riñas.

delfia. Esta noticia, comunicada maliciosamente, cundió muy pronto, y los Sparks se vieron otra vez espuestos al mismo menoscabo que ya habían experimentado de parte de otros que los conocían de mucho mas tiempo que los honrados habitantes de Norristown. Halláronse pues de nuevo en la cruel alternativa de perecer de hambre ó de marcharse. Esta vez partieron sin vacilar, porque no dejaban en pos de sí ningun recuerdo agradable. Atravesaron las montañas, y después de haber bajado al valle de Susqueannah, fué esta tribu nómada perseguida por el destino á plantar por segunda vez sus lares en Sumbury.

Aquí sucesos tan pronto y felices como en Norristown hicieron nacer en sus pechos la esperanza, para ajarla después el sople de la calumnia, que estendiéndose hasta el último confin de los estados, llegó á inspirarles el temor de no poder encontrar un asilo en parte alguna. Inútil seria citar los nombres de los infinitos pueblos y aldeas donde hicieron esfuerzos vanos para ganar su miserable, sustento y de donde fueron siempre arrojados por sospechas, desaires y tribulaciones.

Habían ya casi atravesado los Estados-Unidos en toda su estension y se dirijian lentamente hácia el oeste, cuando llegados á la meseta que domina á Middleton, se detuvieron, dudando aun, si podrían sentar con seguridad la planta de sus piés lastimados en el piso de aquella ciudad. Estaban titubeando si aventurarían aun otra prueba. Sparks se sentó sobre una piedra al pié de un sicómoro, y su familia se acurrucó á su rededor sobre el césped. El camino que habían andado era largo, y se hallaban cansados. Repentinamente, sin haberse dicho una palabra, viniendo á encontrarse las miradas de todos, leyeron mutuamente en ellas la espresion de los acerbos padecimientos que experimentaban sus corazones con tantos males inveterados y tantas esperanzas frustradas, y prorrumpieron en un concierto de llanto y jemidos, capaz de romper el pecho mas empedernido, y al cual hasta el mismo Sparks juntaba sus sollozos, ocultando su rostro con la rubia cabellera de su hija que apoyaba la cabeza sobre sus rodillas.

Después de haberse abandonado por algunos instantes al dolor que aun oprimía su pecho, pero cuya efusion queria contener, enjugó el llanto y dijo: «Hijos míos, cúmplase la voluntad de Dios. Si á pesar nuestro saltan de nuestros ojos las lágrimas, guardémonos de murmurar de Aquel que ha querido someternos á esta larga prueba; si continúa persiguiéndonos, es sin duda por un oculto desiguio de su divina providencia. Si todavía caminamos proscritos y errantes por esta tierra, no debemos por esto olvidar sus promesas que nos aseguran consuelo eterno en una morada donde el malvado no puede dañar y halla reposo el hombre cansado. Tal vez,» dijo, haciendo una leve pausa y levantando sus ojos al cielo, «tal vez me he envanecido demasiado de mi habilidad, tal vez me he prevalido de ella en perjuicio de otros que

habían sido menos favorecidos, tal vez he sido demasiado pronto en atribuirme el mérito, rehúsandose á Aquel que ha dispuesto el entendimiento para recorrer un campo que nuestro orgullo nos presenta como infinito, porque nuestra débil vista no alcanza á descubrir sus límites. Mi error ha sido el de aquellos hombres grandes y sabios que se han convencido por experiencia de que lo que nosotros reputamos por el mas precioso de los bienes terrenos, es muchas veces la causa de nuestra perdicion.»

En este momento, la madre, para desvanecer la tristeza que anublaba las frentes de aquella aflijida tribu y para abreviar los pocos instantes que habían de pasar en aquel lugar donde estaban descansando, desplegó uno de los muchos periódicos de Filadelfia que le habían dado en el viaje, y llamó la atención del grupo sobre la lista de matrimonios y muertos, para ver las mudanzas que se habían verificado entre los habitantes de una ciudad cuyo recuerdo le sera grato todavía, aunque se mirasen desterrados de ella para siempre. Apenas había desplegado el papel, cuando sus ojos se fijaron con una espresion que llenó de sorpresa á cuantos se disponían á escucharla sobre un artículo que, ¡ah! no podía menos de interesarle en extremo. Admirado Amos de la extraordinaria conmoción que acababa de manifestar su esposa, le arrancó de las manos con cariñoso afán el periódico que en medio de su turbación iba á dejar caer, y leyó las palabras siguientes: *Robo hecho al Banco.*—*Sparks no fué su autor.*

La impresion que experimentó no fué menos profunda que la de su débil mujer; pero como sus nervios eran mas robustos, pudo continuar y satisfacer la impaciencia de su auditorio. Sus oídos parecia que aspiraban, por decirlo así, el sonido de cada sílaba de tan agradable nueva, que concluía refiriendo los pormenores de la ejecución en Albania de un criminal que, entre otras maldades, había confesado el robo de los cincuenta mil dolars. Además de esto, el verdadero culpable descargaba á Sparks, á quien jamás había visto, de toda participacion en el crimen, esplicando el modo como había empleado toda aquella cantidad.

Grande fué la alegría de los viajeros reunidos á la sombra del sicómoro; espontaneamente se postraron y rindieron gracias con la mayor efusion al Sér misericordioso que les había dado la fuerza necesaria para llevar hasta allí el peso de la aflicción, librándolos de él antes que el desfallecimiento se lo hiciera insostenible.

Resolvieron desde luego restituirse á su ciudad nativa, y apenas había trascurrido una semana, cuando se dirijian ya sosegadamente hácia ella.

En el intervalo se había verificado un cambio extraordinario en los habitantes de Filadelfia. Las gacetas y diarios que, ecos fieles de todas las prevenciones del público, habían pedido poco antes con declamaciones pomposas la condena del cerrajero, proclama-

ban ahora con énfasis la revelacion del criminal y se admiraban por otra parte con aparente candor de que las sospechas no hubiesen quedado desvanecidas por la evidencia que habia resultado de los debates de la causa. Esmerábanse igualmente en hacer una descripcion patética de la felicidad doméstica de que habian gozado los Sparks antes de que comenzara el malhadado proceso, no olvidándose de añadir, como por vía de contraste, los mas minuciosos pormenores, tomados en parte de la realidad, pero hijos los mas de su imaginacion, acerca de los *sufrimientos inauditos*, las *increíbles privaciones* y los *tormentos indecibles* que habian tenido que sufrir en la peregrinacion que habian emprendido á fin de sustraerse á las consecuencias de una acusacion *tan funesta como injusta*. La ciudad entera tomaba parte en estas aclamaciones; los vecinos y antiguos amigos de los Sparks, que habian sido los primeros en colmarlos de pesares, blasonaban ahora de ser sus mas decididos campeones. Todos se mostraban igualmente inquietos por saber en qué rincon de la tierra podrian hallarse. Unos aseguraban que habian muerto en medio de los bosques, otros que habian sido reducidos á cenizas en una pradera incendiada; el mayor número se inclinaba á creer que Sparks, en un arrebato de sombrío despecho, despues de haber dado muerte á su esposa é hijos, habia puesto fin á su triste vida. Todas estas hipótesis, todos estos cuentos tenian por resultado llevar los ánimos al mismo grado de fermentacion á que en otro tiempo los llevara el asunto del robo, con la sola diferencia que la oleada de la opinion habia tomado una direccion enteramente opuesta.

De ahí fué que luego que Sparks y los suyos, que habian sido arrojados de la ciudad como jente perdida, llegaron á los arrabales, fueron acogidos, felicitados, festejados por millares de habitantes, para quienes el súbito cambio de fortuna los habia hecho un objeto del mas vivo interés, esmerándose todos á competencia en demostrárselo con las señales mas expresivas. Su entrada en la ciudad fué una verdadera ovacion; y las cien voces del pueblo, que piden siempre una víctima, les decian en grito que entablasen una accion de resarcimiento de perjuicios contra los directores del Banco: añadiendo que esta era una reparacion solemne, debida á aquella desgraciada familia.

Sparks no queria enredarse en las jestioness que exijia una pretension de esta naturaleza; se hallaba rehabilitado en la opinion pública por esa opinion misma, su industria estaba realzada, se veia otra vez en su tienda, donde podia dedicarse de nuevo á sus trabajos predilectos; su familia, restituida á los modestos hábitos de su antigua existencia, vivia satisfecha y feliz. Sparks nada mas queria; pero la voz pública era mas exigente; la ciudad entera de Filadelfia habia decidido que los banqueros pagarian. Un abogado célebre se ofreció á llevar el negocio, allanándose á prescindir de sus honorarios en el caso de obtener un veredicto favorable. Entónces reflexionó el cerrajero. En lo que miraba á su persona, hubiera fácilmente olvidado los agravios que tenia recibidos; pero consideraba que en defender los intereses de una corporacion rica y destruir las esperanzas de un pobre y simple artesano se habia desplegado un ardor que por el bien de la sociedad convenia que no quedase sin castigo. Parecióle que esta causa produciria un resultado moral muy saludable, que seria como un aviso para el rico de que no se envaneciese demasiado de la influencia que debe al dinero, al paso que fortaleceria el corazon del pobre para sobrellevar los golpes de una persecucion injusta. Dióse pues principio á la causa, sin embargo de los reiterados ofrecimientos de transaccion hechos por parte del Banco. Los alegatos de los abogados fueron muy notables, señaladamente el del cerrajero, que le ofrecia un tema en que podia desplegar con ventaja todos los recursos de su talento. Así fué que, despues de una elocuente y arrebatadora defensa, el público que formaba el auditorio, en el mismo lugar en que algunos años antes habia condenado en el fondo de su corazon á Amos Sparks sin prueba alguna, aquel mismo público se deshacia en lágrimas al oir la relacion de lo que habia padecido el desventurado artesano; y apenas se hubo sabido el veredicto del jurado, que condenaba al Banco al pago de 10.000 dolars en resarcimiento de los perjuicios causados, se vió Amos Sparks, rodeado por la muchedumbre, levantado del suelo y llevado en triunfo á su casa, en medio de las aclamaciones y alegres acentos de la voz del pueblo, que por esta vez fué sin duda la voz de Dios.

ECONOMÍA POLÍTICA.

Influencia de la industria en el aumento de la poblacion.

Hace tres siglos que la poblacion sigue un movimiento ascendente en toda Europa, despues de haber permanecido estancada en épocas anteriores. ¿A qué causa deberá atribuirse esta extraordinaria reproduccion de nuestra especie en todos los paises? No ciertamente á la cesacion de la guerra, porque este azote devastador no ha dado á los pueblos un instante de reposo; es preciso pues que los hombres hayan descubierto medios mas numerosos y eficaces para afianzar la subsistencia de su prole. Hanse en efecto hallado estos medios, y en el presente artículo procuraremos darlos á conocer á nuestros lectores.

En la edad media, la sociedad vivia oprimida bajo el peso de padecimientos y de trabas de toda especie. En los campos, los señores feudales no cuidaban absolutamente de estimular la propagacion de la especie; porque, segun las mezquinas ideas que á la sazón se tenían de la agricultura, creían que un determinado número de esclavos bastaba para la labor de las tierras. Las ciudades ó concejos, los primeros que gozaron de algun bienestar, con los privilegios y franquicias que con su dinero recababan de los monarcas, tampoco se hallaban en circunstancias mas ventajosas, obstáculos insuperables se oponian á su prosperidad y engrandecimiento. En aquella época de infancia, estaban, digámoslo así, fajadas dentro de murallas y fortalezas, las habitaciones eran mal sanas, las calles estrechas y sucias, los alrededores cubiertos de pantanos, á causa del poco cuidado en dar curso á las aguas de lluvia y en conservar los cauales en buen estado. Todas estas causas, unidas á la ignorancia mas completa de la higiene doméstica, producian epidemias y enfermedades sin cuento que diezaban la poblacion, ya muy escasa. Por otra parte, las instituciones inherentes á la sociedad de aquellos tiempos, tales como los señorios, mayorazgos, gremios, maestrias, etc., impedían que la riqueza llegase hasta las últimas clases del pueblo, imposibilitando de esta suerte su propagacion.

Si las ciudades han prestado á las campiñas el im-

portante servicio de conservar dentro de sus murallas la industria, ese jermen de emancipacion y libertad para las naciones; las campiñas tampoco se han quedado en zaga respecto de las ciudades; pues es un hecho incontestable que en todos los pueblos de Europa, despues que fué parcialmente abolido el sistema de pechas, duplicóse la fertilidad de las tierras, se aumentaron las comodidades de los campesinos, y los vecinos de las ciudades tuvieron en mayor abundancia los artículos de necesario consumo.

De esta suerte la agricultura y la industria, propiamente tal, formaron el primer lazo de union para poner mas adelante en un fondo comun todos sus recursos, fondo que nosotros comprendemos en la palabra jeneral *industria*. Al mismo tiempo se apoderó de todos los pueblos que poseian costas marítimas, la emulacion de los viajes, siendo los Portugueses los que dieron el primer impulso. Los mares, que habian estado hasta entónces desiertos, se vieron en lo sucesivo poblados de buques de todas las naciones; por todas partes se buscaron derrotas, como si ya se presintiera el estenso sistema de relaciones que debia establecerse entre todos los pueblos, aun los mas distantes. Los habitantes de un mismo pais se comunicaron mas á menudo, estableciéronse ferias y mercados, donde se verificaron toda especie de cambios; formáronse algunos centros de reunion, donde se hallaban unos á otros fácilmente, construyéronse caminos, abriéronse canales, y la industria, esa palanca de la civilizacion moderna, apareció con todo su poder.

Del instante en que el movimiento industrial, favorecido por diferentes causas, se apoderó de la Europa, puede decirse que fecha el advenimiento de las nuevas masas que han cambiado la faz del mundo político y social. En efecto, constantemente hemos visto que la poblacion ha seguido en sus progresos una marcha paralela á la de la industria. Seria empeno temerario querer seguir esta marcha paso á paso, porque las noticias y datos estadísticos de que al

intento pudiéramos echar mano, son sumamente incompletos; así que nos limitaremos á consignar hechos que por su notoriedad no admitan contestacion. Como tal consideramos la observacion de que desde el siglo diez y seis no ha parado el martillo un instante en el derribo de las casucas de la edad media, para que en su lugar puedan edificarse viviendas mas espaciosas y de muchos pisos: lo que prueba de un modo incontestable la necesidad de alojar á una poblacion creciente. Examinaremos tambien lo que ha sucedido en estos últimos tiempos en que, habiendo la industria adquirido aun mayor incremento, ha parecido comunicar un fuerte impulso al movimiento de la poblacion.

En la Gran-Bretaña, al paso que el número de los habitantes de algunas ciudades de los condados meridionales, de Centorber y por ejemplo, Exeter, Salisbury, ha permanecido estacionario; Manchester, Liverpool, Leeds y otras han cuadruplicado y hasta quintuplicado, en el espacio de cincuenta años, su importancia y poblacion. El condado de Lancashire, en 1790, solo contenia 297,000 habitantes; y en 1831 contaba ya 1.336.854.

Es jeneralmente sabido que la poblacion de Francia, á contar solo del año 1780, se ha aumentado en un tercio, y que hasta en nuestros dias su marcha sigue progresando. Dividiendo la Francia en tres grandes rejiones iguales, se halla que la del Norte es mucho mas poblada que las otras dos, y tambien mas industriosa.

La Prusia, esa nacion del todo nueva, es igualmente otro de los portentosos obrados por la industria. Léase la historia de Brandeburgo, escrita por el mismo Federico, y se verá que la Prusia debe su prosperidad á la industria que llevaron á sus desiertos los protestantes espulsados de Francia por Luis XIV, cuando la revocacion del edicto de Nantes, y acogidos favorablemente y protegidos por el rey del Norte. En esta nacion, el número de habitantes se ha duplicado y triplicado en algunos puntos despues de la muerte del gran Federico, y, segun observa un estadista aleman, Juan Sehan, sigue aumentando todavia.

Los Estados-Unidos de la América del Norte han seguido la misma progresion que los pueblos del antiguo hemisferio, señaladamente Nueva York, que ha visto crecer indefinidamente su industria y su poblacion.

Despues de haber puesto en contraste el estado de inmovilidad é impotencia de la edad media con la fecundidad y animacion de nuestra época; despues de haber demostrado que la poblacion ha seguido siempre los progresos de la industria; vamos á poner de manifesto los medios por los cuales esta última ha influido tan poderosamente en la densidad de las masas, á probar finalmente lo que hasta aqui hemos supuesto.

Hemos dicho mas arriba que el hombre habia descubierto nuevos medios de asegurar la subsistencia

de su prole: y si se nos pregunta dónde están estos medios, dirémos que en el suelo. En efecto, vemos que es tanto mas poblada una comarca cuantos mas recursos ofrece su suelo. La Francia, á causa de su division departamental, va á ofrecernos sobre este punto pruebas irrecusables.

DEPARTAMENTOS.	TIERRAS DE CULTIVO.	POBLACION.	SUPERFICIE.
Norte	359,570	1.026,417	565,863.
Sena-Inferior	280,000	720,525	602,912.
Landas	168,044	284,918	915,139.

El presente estado nos demuestra que los departamentos del Norte y del Sena-Inferior, que son de una superficie casi igual, son mas poblados que el de las Landas, que sin embargo tiene una superficie mucho mayor. Nos manifiesta además que la poblacion no es relativa á la estension, sino á los recursos del suelo, recursos que vendrian á ser completamente nulos sin el trabajo ó industria que los arrancan á la tierra. Henos aqui pues precisados á admitir la influencia de la industria en el aumento de la poblacion. No se nos oculta que algunos departamentos, no obstante de gozar de un suelo de los mas favorecidos por la naturaleza, solo contienen una poblacion muy reducida; tal es, por ejemplo, el del Aude: pero lejos de ser la situacion estacionaria del Aude un argumento contra nuestra asercion, es una prueba que le da mayor robustez. En efecto, si se examina en las estadísticas cuál es el estado de la industria agrícola y fabril de aquel departamento, se hallará que la primera es ignorante y rutinaria, y la segunda casi enteramente nula.

Tenemos pues que si los recursos de un país son los que producen la riqueza y aumentan la poblacion, la industria es la única capaz de beneficiar aquellos recursos, debiendo por lo mismo ser considerada como una especie de *causa primera*.

A medida que de un lado por el canal de la industria penetran en las naciones la prosperidad y el bienestar; de otro, todas las facultades intelectuales del hombre, puestas en ejercicio, concurrían á proporcionar á nuestra especie todos los medios de conservacion inimaginables. Las ciencias comenzaron formando causa comun con la industria, y se estrechó despues de tal modo su union, que han concluido por identificarse enteramente. La hijiene y la economía domestica han hecho progresos inmensos. Hanse tomado medidas de salubridad, el aire circula por donde quiera, se han desecado los pantanos, habiéndose verificado estas mejoras en todos los pueblos sin que antes se pusieran de acuerdo: tan naturales eran sus disposiciones en esta parte. Podria igualmente decirse que la salubridad se halla grabada en todos los códigos, al ver que en la actualidad es la primera base de las administraciones locales. La industria agrícola ha suministrado abundantemente sustancias alimenticias y primeras materias para cubrir y guarecer a



hombre. La industria manufacturera ha logrado vestir á poca costa los ateridos miembros del infeliz artesano; cada día va haciéndose la vida mas cómoda y mas risueña; cada día va, por decirlo así, consolidándose, gracias á los descubrimientos y á las bien-hechoras mercancías que nos llegan de otros climas. El azúcar se halla ya lo mismo en la mesa del pobre jornalero que en la del hombre acaudalado. El algodón, en otro tiempo tan escaso, producto precioso de que no se había sabido sacar todo el partido posible, ha visto elevar su cultivo á un grado de actividad extraordinaria, gracias á los esfuerzos de la industria agrícola. En 1791, la cosecha total del algodón en todo el globo no pasaba de 470.000,000 de libras, y en 1834, llegaba ya á 900.000,000 de libras. Todos sabemos las propiedades saludables del lienzo, cuya privación dió origen á infinitas enfermedades cutáneas, que devoraron la población de la edad media en los hospitales de san Lázaro. Este solo producto, que hemos citado por casualidad, ha sufrido las innumerables modificaciones á que ha querido sujetarlo la industria, y proporcionado á las naciones un grado de bienestar incalculable. A los Estados-Unidos de América somos deudores de la cantidad mayor de este producto. Despues del descubrimiento de los telares de hacer medias por William Lee, se compran las medias por un tercio del antiguo precio.

Es pues incontestable que la industria, al paso que aumenta la riqueza, ha producido en todos los países un grande incremento de población. Pero aquí se presenta una cuestion muy grave: ¿ese aumento de la especie humana debe infundirnos recelos para lo venidero? Algunos economistas, aterrados por el pauperismo, ese borron de la civilización moderna, no han vacilado en afirmarlo. A estos escritores podemos contestarles que si por desgracia es harto crecido el número de pobres, cada día va disminuyendo este número con respecto á la mole total de las naciones, que toda la esperanza del pobre descansa en la industria, y que solo los ulteriores adelantos de esta pueden mejorar la situación de las clases inferiores.

Como es de la mas alta importancia destruir las falsas acusaciones que se hacen á la industria, atribuyéndole el pauperismo; procuraremos demostrar que la industria solo puede producir beneficios, si se la dirige en bien de todos, y probar que el pauperismo es el resultado del juego de una máquina anterior á la industria, montada muchos siglos ha, cuando lo que menos se pensaba era civilizar á los hombres por medio del trabajo.

Hay que decirlo sin rebozo; el principio del interés jeneral, universal, rarísimas veces ha sido consultado; en ninguna parte se descubren vestigios de él; lo único que en este particular puede justificar á los lejisladores, es que han tenido las manos atadas por la necesidad. Y si no, ¿dígame si todos los lejisladores, al dar leyes á la sociedad, no la han aceptado tal como la habían hecho los siglos anteriores? En esta

parte han obrado con prudencia; pues Licurgo, que se propuso dar una nueva forma á su inculta patria, fué desobedecido apenas hubo espirado.

Los lejisladores han creído que con solo consolidar lo que existia han llenado su misión. Pero esto es mirar la cuestion por un lado; era preciso consolidar lo existente respecto de los que poseian, no hay duda; mas tambien era necesario tomar disposiciones á favor de los que no tenian nada que consolidar; era menester abrirles caminos que los llevasen á poseer; era necesario que la acción de las leyes propendiese á corregir la distribución de la riqueza, sobrado desigual. Lo dirémos en menos palabras: los lejisladores no han visto mas que el espacio y hombres que estaban en posesion de este espacio; por medio de la ley han afianzado las relaciones que existian entre un hombre y un espacio dados, sin verificar antes los títulos. En cuanto á los que no participaban del dominio del suelo, nunca los lejisladores los han puesto bajo la protección de la ley.

El principio de que el trabajo, la industria, la política y cuanto constituye la vida de las sociedades, debe ejercerse en bien de todos, no ha sido reconocido hasta nuestros días; así que miramos como una injusticia que se censure á los compiladores del derecho romano por no haber visto en la sociedad otras bases que la propagación de la especie *maris et femine conjunctio*. Nosotros, mas civilizados, mas religiosos, en teoría, á lo menos, decimos que la conservación de los individuos es una base no menos necesaria al sostenimiento de la sociedad. Los hombres, no cabe duda, pertenecen á la sociedad; pero esta por su parte debe proporcionarles medios de conservación y de existencia mediante el trabajo; de otro modo, la sociedad está mal organizada y propende á la disolución. Tal vez nos hallemos en este caso, pues vemos entre nosotros muchos individuos que, aun trabajando, á duras penas tienen de qué alimentarse y vestirse. ¿Deberémos sin embargo esclamar con Malthus que la población marcha con mas rapidez que la producción de la tierra, y que el suelo no puede alimentar todo lo que ha producido? No; la producción del suelo ha aumentado, y aumentará con los brazos que lo cultiven. Bastará que demos una ojeada á este cuadro comparativo de las cosechas de trigo que en diferentes años ha hecho la Francia, y que aun podría aumentar considerablemente:

Años.	Movimiento de la población. Individuos.	Número de hectáreas sembradas de trigo.	Número de hectólitros cogidos por cada hectárea.	Número de hectólitros cogidos en todas las tierras.
1815	29.500,000	4.591,677	8,59,40	30.460,974
1825	31.863,937	4.854,169	12,57,3	61.035,177
1835	33.540,910	5.338,043	11,43,14	71.687,484

De este modo, en 1815, la población ascendía á 29.000,000, y la producción de trigo á 30.000,000.

de hectólitos, esto es, un hectólito por cada individuo, y en 1835 se cogieron 71.000.000 de hectólitos, esto es, dos hectólitos por individuo.

Ahora bien, á pesar de esta fertilidad del suelo y de esta abundancia de productos vegetales, es indudable que no todos los individuos participan de los primeros objetos de consumo, y que raras veces los obtienen. La causa de esto no debe pues buscarse en la supuesta insuficiencia de los productos de la tierra, sino en otra parte.

Entre el trabajo de los artesanos y los objetos de consumo, la sociedad, principalmente en las ciudades, ha colocado un intermediario inexorable, el *dinero*, representante universal de todos los valores. Seria conveniente saber si existe una verdadera proporcion entre las sustancias alimenticias, las especies metálicas y los productos de la mano de obra. A nuestro modo de ver, falta mucho que así sea: nos parece que todo hombre que, trabajando ha hecho su jornal, tiene derechos sagrados al consumo que reclaman sus hábitos y posicion social y prescindiendo del hombre que no puede hacer valer su trabajo, llegamos inmediatamente á las relaciones que pueden existir entre el trabajador que ofrece sus productos y el que los acepta. De estas relaciones resulta un salario: ¿este salario es proporcionado á las necesidades físicas y de conservacion (alimento, vestidos, etc.) que aquejan al hombre en el espacio de un día? Nunca, al dar un salario, se ha pensado en tal cosa. Así vemos que el salario permanece tradicionalmente el mismo; el dinero, que con tanto afán adquiere el pobre, recibe continuas modificaciones de las revoluciones y cambios que experimentan los grandes móviles de la máquina social, los que en último resultado recaen enteramente sobre el pobre, de suerte que sus 6 reales valen 5 reales, 4, segun las épocas; y con todo fuerza es confesar que el jornalero, el propietario, el capitalista y el hacendado se hallan en el mismo nivel en cuanto á los artículos de necesario consumo, todos, ricos y pobres, necesitan pan, carne, etc.; todos adquieren estos objetos al mismo precio *nominal*; mas

¡cuán diferente en la realidad es este precio para unos y otros en los diversos grados de la escala social!

No es nuestro intento internarnos mas en esta delicada cuestion; nos basta haber justificado á la industria de las acusaciones que solo pueden hacerse á una causa muy distinta.

Nótese por fin hasta qué punto ha sido ingeniosa la industria manufacturera en descubrir medios que halagan y escitan los deseos de las clases elevadas para traer á sí el metal que representa la desigualdad de fortunas. Las clases medias sobre todo poseen este instinto; saben que los hombres de los antiguos concejos, por medio del trabajo, dislocaron el sistema feudal, y que de este modo entraron á participar de la propiedad territorial que tan indolentemente habian ocupado hasta entónces los señores. En la actualidad, todas las clases llevan un intento parecido á aquel, unas respecto de otras.

En resumen, el aumento de la poblacion es un bien. Y si no, recuérdese el considerable número de hombres que ha necesitado la Europa para fundar su inmenso sistema de comercio y de equilibrio; tráiganse á la memoria los muchos que han sido necesarios para poblar las Américas, una parte de las Indias, las colonias é innumerables islas, y todo en ventaja de la industria; no se olviden esas cruzadas comerciales, tantos millones de hombres que circulan por todos los mares y continentes para mantener las relaciones entre los diversos puntos del globo. A mas de esto, si no se hubiese aumentado la poblacion, las naciones continuarían aun sujetas al yugo del feudalismo, al que no se hubiera podido oponer un contrapeso, y que lo encontraron en el número de sus adversarios. Si las clases designadas en la edad media con el nombre de *tercer estado* hallaron en la industria una senda que las ha llevado al bienestar, las actuales clases inferiores deben igualmente esperar todo de sus adelantos, deben esperar tambien que al fin les llegará su vez.

BIOGRAFÍA.

ANTONIO BARNAVE.

MIEMBRO de la asamblea constituyente en la revolucion francesa, fué uno de aquellos hombres de va-

lor y de elocuencia que suscitan las revoluciones y que las mismas devoran, que se presentan en la di-

reccion de los negocios públicos, con demasiado ardor para poder calmar oportunamente su partido, y con demasiada virtud para seguirle hasta el fin: injenios desdichados que la posteridad vitupera, admira y llora á un tiempo, porque han buscado el bien sin encontrarlo, han hecho el mal sin quererlo, y si han errado mucho, tambien han espirado mucho mas. Barnave nació en Grenoble en 1761, en el seno de la religion reformada. Su padre, que era hijo de un oficial de infantería, fué un abogado rico y célebre: su madre descendia de militares, y era señora de un mérito eminente en una provincia donde todas las de este sexo se distinguian por su instruccion y su talento. Así es que se dedicó sin descanso á cultivar en sus dos hijos los dones de la naturaleza. El mas jóven se dedicó á la carrera de las armas y murió á los veinte y un años, siendo oficial de injenieros. El mayor siguió el estudio de las leyes, y este es el mismo á quien la historia da simplemente el nombre de Barnave. Barnave entró en la profesion á que sus parientes le destinaron, con un carácter formado para luchas de mayor entidad que las de los tribunales. De edad apenas de diez y siete años, tuvo un lance de honor, en defensa de su hermano, que le dió ya á conocer, y en el que recibió una estocada de cuyas resultas estuvo á pique de perder la vida. Despues fué recibido abogado del parlamento de Grenoble, pero no brilló como hubiera debido esperarse segun las muestras que dió despues de su sublime talento; sin duda que este talento necesitaba mayor campo: la polémica lo desarrolló. El absolutismo fundado por Luis XIV vacilaba ya en sus cimientos, y bamboleaba con él todo el orden social de quien era el principal eje. Al mismo tiempo que habia desaparecido la autoridad, habian desaparecido tambien los principios: la majestad real, despótica é impotente al mismo tiempo, se hallaba reducida á una sombra vana y amenazadora. Las representaciones de los parlamentos y sus unánimes negativas de registrar los edictos; las sesiones rejias á que recurria el trono para vencer un obstáculo que á cada momento se reproducia; las peticiones universales del clero, de la nobleza y de la imprenta emancipada para obligar á Luis XVI á convocar los estados jenerales, eran otras tantas pruebas de que se iba hundiendo el antiguo cuerpo político, y otros tantos preludios de una disolucion inminente. El Delfinado fué de todas las provincias de Francia la mas acérrima en reclamar las perdidas libertades francesas. Barnave dió con esta ocasion á conocer á sus conciudadanos su carácter y su talento, con una obra que, bajo un título adecuado á las circunstancias, *Espiritu de los edictos*, era un verdadero manifiesto á favor de la constitucion inglesa. Esta constitucion, obra de siglos, era, desde mucho tiempo, el pasmo del jóven jurisconsulto. Al ver su elegante y minuciosa anglomanía, nadie hubiera imaginado que aquel era el hombre de estado profundo y el legislador popular que debia contribuir á separar á la nacion

francesa de las condiciones de la monarquía constitucional. Desgraciadamente eran poco conocidas y peor comprendidas: á una revolucion de libertad habia de suceder una revolucion de igualdad; de los mismos consejos del gobierno de Luis XVI emanó el impulso: tan universal, profunda é invencible era ya la revolucion en la sociedad francesa. El 8 de agosto de 1788, se convocaron los estados jenerales, y mandándose, el 27 de diciembre siguiente, la duplicacion del estado llano, declaró el trono jefe de la nacion á dicho estado. Con esto se proclamó la abolicion de todas las antiguas instituciones de la Francia. Solo quedaba que ver el modo con que el estado llano usaria del repentino poder de que se hallaba investido. Barnave fué nombrado por sus conciudadanos diputado de ese estado, ya dueño único de la nacion, como acabamos de decir. Tenia á la sazón veinte y ocho años: la tribuna, que le esperaba, iba á dominar el trono de los reyes: desde aquel banco plebeyo en que iba á sentarse, se iban á fijar los destinos de la nobleza, del clero y de toda la monarquía. Toda una sociedad de catorce siglos iba ahora á contar con los principios y con el voto de Barnave. Se veia convertido en legislador de su patria: ¡y de qué patria! la iba á reorganizar segun sus teorías, y se hallaba en el caso de llevar á efecto los bienes que desde sesenta años estaban ideando los filósofos. En el nuevo camino que se abria al talento, el poder y la gloria se ofrecian como premio del mas digno; y guiado por su propia conviccion á seguir los pasos de Mirabeau, la suerte le deparó el calar con ojeada mas rápida y certera toda la estension de tan magnífica carrera. Entraba en ella reuniendo, á la confianza que da la juventud, una conciencia pura, el hábito de proceder bien, y la fe en la existencia de la virtud en los hombres, pues la suya era sin tacha. El 4 de mayo de 1789, Luis XVI, rodeado de la reina y de los príncipes de su familia, abrió en Versalles la sesion de los estados jenerales, ó mas propiamente, aquel día compareció el monarca, con la corte y los principios monárquicos, en la barra de una asamblea de las demás clases de la sociedad. Solo la prudencia de esta clase soberana podia preservar al estado de una conmocion violenta y profunda. Pero ¿cabe tanta prudencia en el poder sin freno? ¿es posible en una revolucion? ¿lo era acaso con la inesperienza, el entusiasmo por las teorías, las justas quejas, el natural deseo de las represalias, y el desencadenado furor de las pasiones? ¿Lo era en fin con el inevitable desenfreno de inevitables resistencias? Desde los primeros momentos se notó el furor de la lucha y la temeridad de la resistencia. Desde los primeros momentos tambien se colocó Barnave entre los hombres destinados á elevarse sobre las ruinas de una monarquía que él queria simplemente reformar, y que pensaba fortalecer y consolidar dándole por muro el sistema representativo. Pero como habitante del Delfinado, como protestante, y como abogado, el jóven diputado pertenecia al partido

la revolucion, é incapaz de retroceder ante ningun obstáculo, debia, bien así como la asamblea y como toda la Francia, dejase arrastrar, aun mas allá del objeto de sus deseos, por el entusiasmo de la lucha y por el anhelo de la victoria. Barnave se distinguia por una enerjia de carácter y de opiniones que hacia respetable al mismo tiempo la gravedad precoz de sus modales y de su talento, hermanamiento de prendas opuestas, muy temible en las revoluciones, por cuanto promete á las facciones aparentemente la prudencia como guia, y solo les da por guia en realidad el entusiasmo, la ilusion, la exaltacion y la tenacidad. Su elocuencia, su resolucion, su serenidad, su contraste perpetuo de la viveza de sus máximas con la calma de su habla, le designaron desde luego como uno de los jefes de la asamblea. La corte, contracuya resistencia se dirijieron todos sus principios y resentimientos, echó de ver en él desde luego uno de sus mas terribles adversarios. La popularidad, por el contrario, aquella popularidad que iba á volcar la Bastilla y los tronos, hizo de él uno de sus ídolos, y adulándole lo encadenó. Mirabeau decia de él que era un arbolillo que llegaria á ser un dia un mastelero de navío; y tuviera razon, si el rayo de que se burló al principio no lo hubiese hecho pedazos muy poco despues. En la sesion del Trinquete, que fué donde el estado llano se apoderó del poder, Mirabeau no tuvo auxiliar mas decidido que Barnave. La autoridad real se vió reducida á la fuerza de las bayonetas. La jornada del 14 de julio dió á conocer la existencia de una potencia nueva, la insurreccion armada. Despues de la insurreccion de las masas, á cuyos golpes cayeron el gobernador de la Bastilla y el prevoste de Paris, en una de las sesiones en que se trataba de los escesos populares, oyóse una voz que dijo: *¿Por ventura la sangre que corre es tan pura que merezca tanto sentimiento?* Era quien esto decia un jóven cuyas facciones demostraban nobleza y reflexion, cuyos ojos azules respiraban dulzura y jenerosidad, y cuyo acento tenia un atractivo irresistible: era Barnave. ¡Felizmente para él toda su sangre ha corrido tambien! Sin esta espacion, ese dicho fatal, que emponzoñó su vida, se hubiera hecho inseparable de su memoria para empañarla hasta la posteridad mas remota. En vano, en esta misma discusion, pidió con la indignacion de hombre honrado que fuesen entregados los asesinos á la vindicta de las leyes: el furor que escitaba su funesta y desgraciada espresion, y los aplausos que le granjeó acabaron de exasperarle, ó mas bien pareció que queria alucinarse á sí mismo con los golpes que descargaba sobre el antiguo órden de cosas. El 23 de julio, propuso el establecimiento de cuerpos municipales, la organizacion de guardias nacionales y la institucion de un juzgado estraordinario para los crímenes políticos. El 1.º de agosto, mostró su denuedo en la discusion de los derechos del hombre. El 13 de octubre, atacó vivamente las propiedades eclesiásticas contra el parecer de Sieyès, que exclamó: «¡Queréis ser li-

bres, y no sabeis ser justos!» El 14 de setiembre, hizo la mocion de que la revolucion social de la noche del 4 de agosto tuviese fuerza de ley, sin que fuese necesaria, para poner en ejecucion los nuevos decretos, la sancion real. Hizo llamar á la barra, el 17 de noviembre, al parlamento de Metz, por haber protestado contra la abolicion de los parlamentos. El 26 de diciembre, arrastrado por la rigurosa deducion de sus principios, sostuvo la igualdad de los protestantes, judíos, cómicos, y ¿nos atreveremos á decirlo? hasta de los verdugos para el libre ejercicio de los derechos políticos. Ya Mirabeau se quedaba en zaga: pues en tanto que este, contento con lo que habia derribado, trataba de no pasar adelante, Barnave imaginaba que aun no se habia socavado la monarquía y la sociedad desde sus cimientos. Mirabeau, ya por conviccion, ya por interés, no pretendia pasar adelante, contentándose con ver victorioso al pueblo; pero su jóven rival temió debilitar la victoria de este, no haciendo mas en su favor. Receloso de la corte y de sus intentos mas que del pueblo, juzgaba que la fuerza de este consistia en nuevos triunfos, en el espiritu revolucionario y en las asociaciones. En fin, el partido constitucional se iba dividiendo mas cada dia: veíanse á un lado Mirabeau, Lafayette y Bailly, decididos por intriga, por cálculo ó probidad, á adherirse á lo que aun quedaba de principios monárquicos; pero sin partido fijo, oponiéndose á la mayoría sin formar otra, yendo del pueblo á la corte, del lado derecho á la anarquía, bajo el impulso de sus móviles diversos, y echando así nuevos disolventes en la disolucion universal; al otro lado veíanse Barnave, Duport, los Lameth, hombres de talento y de brio y buenos ciudadanos, pero lójicos rigurosos, que creian en el derecho ilimitado de la revolucion como en su propia virtud, y querian hacer en beneficio de esta nuevas conquistas: en una palabra, veíase lo que presentan todas las revoluciones: los hombres del dia y los de mañana: unos y otros se oponian igualmente á la contrarevolucion y á la república; pero los primeros echando en cara á los jefes del partido popular una exaltacion imprudente que los entregaria á merced de la muchedumbre desenfrenada, y los segundos acusando esta moderacion de interesada, hipócrita, inconsecuente y tardía, que comprometia la victoria debilitándola, ya que se esponia á desalentar al pueblo sin satisfacer ni desarmar la nobleza, el clero, la emigracion ni la Europa. Todos tenian razon al considerar el porvenir, porque todos se hallaban ya distantes del camino de la prudencia y de la justicia. Ambos partidos, buscando puntos de apoyo en las pasiones esternas, oponian asociaciones á asociaciones. Pero la de 1789, á la que pertenecia Lafayette como director, iba debilitándose como su jefe. La de los Jacobinos, que habian formado Barnave y sus amigos con el nombre de *amigos de la constitucion*, iba aumentando mas y mas por cada dia, debiendo trasponer en breve el intento de sus fundadores. Mirabeau, que con-

servaba cierta independencia grandiosa en sus doctrinas, en sus amistades y sus vicios, pertenecía á un mismo tiempo al club indeciso de Lafayette, y al muy decidido de los Jacobinos. Este fué frecuentemente teatro de graves contiendas entre Mirabeau y Barnave. En febrero votó este la abolición de las órdenes religiosas; en marzo hizo decretar que cada colonia manifestara su opinión acerca de su constitución venidera; en abril, intentó obtener el establecimiento del jurado en materias civiles, y al mismo tiempo se opuso á la institución real de jueces elejidos por el pueblo, como á un resto monstruoso del feudalismo; en mayo, en la larga discusión á que dió lugar el derecho de paz y de guerra, mereció por su admirable elocuencia, que se fundaba en el derecho exclusivo del pueblo soberano, que el mismo pueblo le llevase en triunfo; y Mirabeau, cada vez mas pagado de su prudencia porque habia querido dividir entre el rey y la asamblea este derecho indivisible, Mirabeau tuvo bastante serenidad para decir que tal triunfo nada significaba, pues no ignoraba el corto trecho que separa el Capitolio de la Peña Tarpeya. La frase era profunda en verdad, y fué profética. Pero Barnave estaba muy lejos de creerlo. En la noche del 19 de junio, insistiendo Maury en que todas las proposiciones destructoras que se habían acumulado no se votasen en aquella sesion, pidió Barnave que la asamblea decidiese, sin levantar la sesion, la supresion de los derechos y títulos feudales. También propuso la fórmula de juramento que debia prestar el rey en la solemnidad de la federación, al aniversario de la toma de la Bastilla, el 14 de julio. En octubre le eligió presidente la asamblea. Poco tiempo despues (el 25 de enero de 1791) tomó la defensa de la sociedad de los Jacobinos, y aterró á la asociación monárquica, como á un conjunto de facciosos viles. La huida de las tias del rey le indujo á asestar sus ataques hasta contra la casa real. Por tales medios llegó Barnave á conseguir un prestigio inmenso. Apesar de ser en la tribuna el segundo del partido de la revolucion, era sin embargo el primero en el favor del pueblo y en el odio que le tenia la corte. Diferente de Mirabeau, sabia tambien pelear como hombre: su lance con el vizconde Luis de Noailles, en que tiraron de las espadas, y su combate á la pistola con Cazalés, á quien hirió gravemente, acabaron de darle nuevo lustre; y lo que prueba el carácter jeneroso y amable que ocultaban sus ardientes pasiones, es que desde el mismo instante inspiró una sólida amistad á sus dos nobles adversarios. Debía sin embargo llegar un momento en que variase la posicion de Barnave. Mirabeau murió el 2 de abril de 1791. Esta muerte dejó un gran puesto vacante, y sea que ella hiciese reflexionar á Barnave en la situación de su patria y en la suya propia, sea que su ambicion anhelase encadenar la hidra popular, ó simplemente que no se hallase ya escitado por una gran rivalidad á la oposicion de sus ideas, ó que se hallase satisfecho con sus

triunfos, ó en fin que le atemorizase el término de la carrera á que se lanzaba la faccion anárquica, acogió, así como Adriano Duport y los Lameth, las proposiciones de Lafayette, fluctuando siempre en sus relaciones y esperanzas contrapuestas.

El partido constitucional se halló de este modo reunido, y esta alianza ofrecia una nueva esperanza de salvacion. El 11 de mayo, se vió á Barnave dar, á nombre de la comision colonial, un parecer acerca del estado de las colonias y del de las razas de aquellos indijenas, que produjo viva impresion tanto por su prudencia como por su sabiduría. Cuando se esparció de repente el rumor de que el rey y la reina, temerosos del volcan que se abria bajo sus plantas, se habían evadido con toda su familia de su prision real de las Tuilerias, Barnave calculó los peligros de la revolucion con su valor y serenidad acostumbrada. El 22 de junio, hizo decretar en el acto que prestasen juramento á la asamblea constitucional todas las autoridades civiles y militares. Esta corporacion, merced á cuanto habia ejecutado dos años habia, resumió todos los poderes: la fantasma de la monarquía, ausente en esta ocasion, no dejó vacio en la supuesta constitucion real, desapareciendo únicamente una rueda inútil de la máquina. El partido republicano triunfó con esto, y el arresto de Varennes puso, en lugar de dicha vana monarquía y del embarazo y peligro de una monarquía prisionera, una monarquía enemiga. Barnave, Petion y Latour-Maubourg fueron nombrados para salir al encuentro de los augustos cautivos, con quienes se reunieron en Epernai. ¡He aquí ya al jóven abogado de Grenoble en las carrozas del rey! ¡He aquí á Barnave, con su alma pura y su corazón ardiente, en presencia de Luis XVI, de Madama Elisabeth, de la reina y del Delfin, sus prisioneros! La majestad, la virtud, la belleza, la gracia y la niñez, todo cuanto puede interesar el corazón de un hombre, con el realce de la desgracia, todo lo tiene reunido en su presencia: esa corte, cuyos intentos, á suparecer, crueles ha estado temiendo, allí la ve en Luis XVI, en tanto que Petion se manifiesta lleno de orgullo, irguiendo la cabeza ante el rey y su familia, acrecentando de este modo su desgracia, Barnave la inclina ante tan elevado infortunio. Su consideracion y respeto penetran de agradecimiento á sus presos, quienes ven con enternecimiento el alma del jóven tribuno enardecerse con el espectáculo de los ultrajes con que es acogido por todas partes el carruaje que conduce la familia real. Habiendo llegado á dicho carruaje un sacerdote, y siendo amenazado con la muerte por el populacho, Barnave se lanza y grita: ¿tigres, habeis olvidado que sois franceses? ¿os habeis convertido en una nacion de asesinos?—El pueblo se detiene, y su voz salva á la víctima. Para contener su jeneroso arranque, la hermana del rey tuvo que agarrarle por la casaca. Cuando volvieron los presos á Paris, Barnave dió cuenta de su mision á la asamblea, en términos que la conmovieron. La voz de Mirabeau habia

enmudecido; pero pareció revivir su poder en Barnave, uno de los últimos representantes del orden monárquico, cuando para salvar los restos de ese gobierno esclamó: « En tanto que manifestamos nuestro poder, probemos también nuestra moderación; manifestemos la paz al mundo, receloso de los acontecimientos que se están verificando entre nosotros; demos ocasión á que triunfen cuantos en los países extranjeros han tomado interés en nuestra revolución; ellos nos invocan desde todas partes diciéndonos: sois fuertes, sois sabios; sed también moderados, usad de la victoria con jenerosidad; eso coronará gloriosamente vuestra obra; y de este modo mostraréis que en diversas circunstancias sabeis emplear varios medios y diferentes virtudes. » Satisfecho de sí mismo, porque lo está de la causa que defiende, no responde á los alaridos del pueblo, sino paseando por las galerías sus miradas despreciadoras. No le detienen ni las calumnias ni los peligros. El 25 de junio, ataca el espíritu de denuncia, que desorganiza y deshonor al ejército: ataca el espíritu demagógico con la proposición de exijirse las mas altas condiciones para el ejercicio de los cargos públicos; ataca en fin la tiranía revolucionaria en las leyes propuestas contra los sacerdotes discolos, y si sus triunfos no alcanzan los mismos aplausos en las plazas públicas, contribuyen al menos á contener el raudal de la revolución, que parece encadenado. La proclamación del pacto constitucional y su aceptación por el rey (el 14 de setiembre de 1791) fué una época de alegría y de esperanza universal. Barnave lo esperó también; en su noble y grave rostro, donde reflejaba un rayo del alborozo público, se leía la persuasión de que el porvenir justificaria las dos partes de su carrera, asociando la monarquía á la revolución. Pero en este momento la asamblea lejislativa sucedió á la asamblea constituyente, y por una falta que era suficiente para echarlo á perder todo, se habian hecho inelijibles los constituyentes. Iba pues á ser entregada la revolución á hombres nuevos; todo el fruto de una experiencia de mas de dos años quedaba perdido. El partido revolucionario dominaba con el nombre de Jirondinos. Estos, ilustres despues porque supieron morir, trataron de triunfar por medio de las leyes ó por medio de la insurrección. Barnave intentó hermanar sinceramente la corona y los constitucionales. Los Lameth, leales y valientes como él, le auxiliaban con todo su abinco en esta nueva empresa. Ya hacia largo tiempo que se hallaba sin acceso en la corte; pero desde el viaje de Varennes, se granjeó la benevolencia del rey y la confianza de la reina, y fué admitido en el consejo íntimo de las Tuilerías. Madama Campan cuenta que la primera vez que fué á palacio, donde sus palabras habian en otras ocasiones causado tantas zozobras, dolor y espanto, Luis y su consorte permanecieron por espacio de una hora esperando ansiosamente á la misma puerta de su habitación para abrirla al tribuno, pues, decia el rey, si se supiese esta visita, era perdido el

infeliz. Su intención y la de sus fieles amigos era salvar al rey, separando al trono del partido de la emigración, para rodearle del partido constitucional, y combatir, segun la constitución promulgada, en unión de todos los buenos ciudadanos, el desorden y la demagogia: resolución jenerosa, jenerosa ilusión, que estribaba en la empresa de realizar todavía la monarquía constitucional, cuando ni se le habian dejado bases ni apoyo. El invierno de 1791 y el estío de 1792 pasaron en estas peligrosas negociaciones. Habia llegado el caso de no escribir la reina ni una carta sin haberla sometido á Barnave. Los realistas, no pudiendo desprenderse de sus eternas preocupaciones, concibieron zozobras con esta alianza; pues vieron la revolución consagrada por la corona. Indignados pues, representaron por todos lados que por este medio se perdía la monarquía, que era necesario escitar el jacobinismo, en lo que consistía la comun salvación de Francia y Europa, la cual se estrecharia contra los demagogos, y que quedando luego triunfante el trono, se podría vengar de todos los perversos. Barnave, en unión con sus fieles amigos, refutaba con su elocuencia y con sus cartas y discursos ese optimismo del mal, que vuelca por lo comun los estados, y pierde siempre á sus autores: y sin embargo la corte, juguete de partidos encontrados, viéndose cercada de peligros por todos lados, ora adoptaba la opinión de este, ora la de aquel, perdiendo igualmente los auxilios de entrambos. La guerra iba á estallar: ya habia llegado el momento de tomar resoluciones decisivas. Barnave no pudo conseguir que prevaleciesen sus consejos: no es difícil concebir que vacilase un rey, una reina, una madre, en poner la monarquía en manos de un hombre separado de ellos por intereses, opiniones y sentimientos de toda la vida. Barnave, abrumado con el peso de la carga mas terrible que pueda agoiar á un hombre en tales circunstancias, convencido de su impotencia, resolvió separarse en abril de 1792. Quiso despedirse de la reina, y esta le recibió con agrado. « Señora, » le dijo Barnave, « vuestras desgracias y las que preveo para la Francia me habian decidido á sacrificarme por servirlos: veo que mis consejos no os satisfacen. Yo vaticino mal del plan que os hacen seguir; os veréis perdidos antes que se os pueda socorrer. Ciertamente como estoy de pagar con mi cabeza el interés que me han inspirado vuestras desgracias, pido en premio el honor de besar vuestra mano. » La reina se la dió sumamente conmovida. Al poner Barnave en ella sus labios, la bañó con sus lágrimas, á las que correspondieron las de su soberana, pues conoció que perdía uno de los medios de salvarse, y él perdía todos los de servirla. En fin María Antonia y Barnave, con el alma igualmente despedazada, se separaron para no volverse á ver, aunque destinados á seguirse de cerca en el cadalso. Barnave fué á ocultar su vida y su dolor en su ciudad nativa. Pero apenas llegó á su país, se le consideró digno de acusación por la asamblea lejislativa, el 15 de agosto, al

mismo tiempo que Alejandro de Lameth. La tormenta había reventado también sobre las Tuilerías el 10 de agosto. El rey y la reina habían pasado desde el palacio al calabozo. Los constitucionales quedaron vencidos y mudos. Se supo que Barnave y Alejandro de Lameth, de acuerdo con los ministros, habían aconsejado que el rey interpusiese su veto contra los decretos que establecían las penas de deportación contra los clérigos y de muerte contra los emigrados. Barnave fué preso en su casa de campo cerca de Grenoble, el 19 de agosto, y permaneció quince meses en la cárcel. Desde el fuerte Barreux, donde fué encerrado primero, fué trasladado á San Marcelino, á la aproximación del ejército sardo, donde esperó lo que la suerte le preparaba, estudiando y recopilando hechos acerca de la historia de la revolución francesa. Absolutamente indiferente respecto de su suerte, como hombre que nada tenía que esperar de la vida, parecía desear la muerte que debía evitarle el espectáculo de las desgracias públicas. Instigado á evadirse á ejemplo de Lafayette, cuando le fueron ofrecidos medios para eso, respondió: «Yo pudiera emigrar, si no hubiese tenido parte en los negocios; pero habiéndola tenido y tan activa, los peligros que se temen respecto de mí me vedan abandonar mi patria en tan desgraciado estado.» En la misma Convención, tanta virtud, adornada de tanto talento y de tanta fama, inspiró un profundo interés. Danton y una multitud de caudillos de la demagogía quisieron salvar al ilustre constituyente. Se convino en que él mismo pediría por escrito su libertad á la asamblea, y que por voto casi unánime se accedería á su petición; pero era preciso que Barnave escribiese la fórmula en que habían convenido. Teodoro de Lameth reclamó este sacrificio del afecto que ambos se profesaban. Pero él se negó á hacerlo. «No, amigo mío,» le escribió, «mas quiero sufrir y morir. Pedir justicia sería reconocer la de todo lo demás, y ¡han muerto al rey!» En efecto, habían ya muerto al rey, á quien Barnave, desde su prisión vió ir al cadalso: después de Luis XVI, vió caer bajo el sangriento hierro, los jefes más ilustres de la revolución, los oradores, los jenerales, los sabios y todos los que se habían asociado á las masas populares. Vió correr igualmente á raudales la sangre más pura, así como la de los mismos Jirondinos, condenados por la Montaña. En fin llegó el día en

que se abrió la puerta del Temple y apareció, una mujer, una madre, una reina, para subir desde la cárcel en la ensangrentada carreta. Entonces pensaron en el olvidado Barnave, que había merecido seguir á la reina. Se le llamó á Paris. En el camino, en Dijon, recibió el eterno adiós de su desgraciada madre y de sus dos hermanas. Entró en Paris un día en que se celebraban las fiestas de un nuevo culto; el culto de la razón, cuyos altares inauguraba un pueblo delirante. Las cenizas de Mirabeau fueron estraidas del Panteón para colocar en su lugar las de Marat: ni aun la muerte libró á Mirabeau de pasar desde el Capitolio á la Peña Tarpeya. Barnave veía cumplir en él, aun con vida, su propia profecía. Baillot, uno de sus amigos de la asamblea constituyente que se atrevió á visitarle, le encontró un día pálido y abatido. Se aflige y se admira. Barnave le comprende y le dice: «Amigo mío, no es que la prueba sea más fuerte que yo: pero no contentos con quitarme la vida, quieren arrebatarme el timbre de saber morir... ¡me estoy muriendo de hambre!» Baillot, indignado, consiguió que no se realizase el artificio atroz de aquellos tiranos populares. Barnave obtuvo por fin el necesario alimento. «¡Qué favor tan grande me habeis hecho!» le dijo, «al menos podré ahora morir como debo.» Tal era la única ambición que aquel horroroso sistema dejaba al honor y al talento. Presentado como la reina, y pocos días después de ella, ante el tribunal revolucionario, dejó pasmados á los concurrentes con su elocuencia, su virtud y valor. Su continente, su juventud y su acento sorprendieron á sus jueces. Atónita la multitud con el nuevo crimen que iba á cometerse en su nombre, observó un silencio profundo para oír aquel poderoso acento que había aplaudido tantas veces. Como ya era de prever, fué condenado á muerte. Al salir del tribunal, paseó sus ojos echando miradas de desprecio sobre sus jueces. Conducido al cadalso (el 18 de noviembre de 1793) con el ex-ministro de justicia Duport-Dutertre, iban ambos conversando sosegadamente por el camino. Llegado al sitio fatal, miró á las Tuilerías, subió con Duport los escalones, dió con el pie en la tabla y presentó su cabeza al verdugo, diciendo: ¡Este es el premio de lo que he hecho por la libertad!» Tenía este malogrado joven treinta y dos años.



AMOR.



Amor, en latín *Amor*; en griego *Eros*. En la mitología de Hesíodo y de Orfeo, Eros era el mas antiguo de los dioses; fué quien dió el primer movimiento al caos, haciendo salir las tinieblas que produjeron el éter y el día. Bajo este símbolo designaban la idea sublime del amor creador, que anima y fecundiza el universo. Entre los poetas de los siglos siguientes, *Amor* es hijo de Marte y de Venus, es el dios de la pasión designada con este nombre, el mas bello entre los inmortales: se le representa en figura de niño, armado de saetas y aljaba, y algunas veces con los ojos vendados. Es así mismo un mozo en la flor de su edad, como en la historia de Psiquis.

Los Griegos establecían una notable diferencia entre el *Amor* y *Cupido*: al primero le llamaban *imeros*, y al segundo *eros*: el uno, suave y moderado, inspiraba á los sabios; el otro, exaltado y violento, arrebatava á los locos. Este último es el que dió lugar á decir que Júpiter quiso obligar á Venus á separarse de él, previendo los males que causaria. Para librarle de la persecucion y de la ira del padre de los dioses, Venus ocultó su hijo en los bosques, donde mamó la leche de las fieras. Y en cuanto pudo manejar el arco, se sirvió de él para su defensa; empleó el ciprés para labrar flechas, y ensayó en los animales los tiros que preparaba contra los hombres.

Llámanse amor la sensacion de placer mas universal en la naturaleza, entre todos los seres organizados, la cual desarrollándose en su edad viril, preside á su reproducción, crea, enriquece, y renueva sin cesar el mundo. Es una llama que consume la existencia, para transmitirla á otros seres.

Amar es sincopado del verbo *animar*; el amor es la manifestacion del *alma* ó del principio que vivifica. Los minerales, todos los cuerpos inanimados é inorgánicos, pueden mostrar, afinidades y atracciones químicas entre sus elementos moleculares; pero solo los seres organizados pueden amar, porque solo ellos se reproducen. Las plantas, así como los animales, siendo de sexos diferentes, indican esta invencible inclinación á unirse para propagarse: es una necesidad de instinto, espontánea ó convertida en imperiosa por el atractivo del placer.

Los vegetales y animales *ágamos*, ó sin sexo aparente y conocido, como los *zoófitos*, las *algas*, solo se re-

producen por vástagos, botones, ó tallos desprendidos del tronco materno. Este modo de jeneracion, no siendo otra cosa que la estension del aumento ó nutricion, no supone ni exige en estos seres la sensacion del amor, ni aun en aquellos que presentan señales de sensibilidad, como los pólipos, las hidras, etc.

Otros seres, los *criptógamos*, tales como los musgos y helechos entre las plantas, y muchos gusanos entre los animales, que apenas descubren órganos sexuales, se reproducen con tan yerta insensibilidad, que solo constituye un acto mecánico ó puramente orgánico.

Entre los vegetales y los *hermafroditas*, esto es, aquellos que reúnen en el mismo individuo las partes sexuales masculinas y femeninas, la sensacion del amor debe ser descaballada, porque, por la continua union de sexos y por la facilidad de satisfacer á la ley de la reproducción, queda adormecido el deseo en cuanto nace. La planta *hermafrodita* ve el lecho nupcial de sus flores convertirse en teatro inocente de sus púdicos placeres. Sin embargo hay muchas especies de flores que manifiestan, principalmente en sus estambres, movimientos espontáneos hácia el pistilo para el acto de la fecundacion. Varios autores han presumido que estos órganos delicados acaso no se hallan exentos de cierta impresion de placer; si es verdad que la irritabilidad de las fibras vegetales, así como de los animales, derive de una sensibilidad latente.

Pero á medida que es mayor la separacion de los sexos, en individuos diferentes y apartados, la necesidad del concurso reproductivo se hace tanto mas viva é intensa cuanto es mas rara y difícil. Por esta misma combinacion, los sexos desunidos, aspirando á reunirse, no pueden conseguir este objeto de sus anhelos sino por medio de la locomocion, á menos que la naturaleza haya cuidado de dispersar por medio del viento el jérmén fecundante del jénero masculino á los piés de las plantas femeninas, como acontece en los vegetales *dioicos*.

Además de la locomocion, requérianse en los animales de sexos separados sentidos para reconocerse en cada especie. De aquí las diversas disposiciones de sensibilidad que distinguen á los animales mas perfectos: de ahí los diversos modos de amor y sus gozes. Desde luego se deja entender que las razas mas sensibles del reino animal han de ser las mas ajita-

das por la pasión del amor, principalmente entre las mas separadas y que con mayor dificultad pueden reunirse. En los insectos y otros animales articulados de clases inferiores, la vida es corta, y el amor no tiene mas que una temporada rápida y única; es mas bien un instinto espontaneo que atrae á estos seres; sucediendo en ellos la muerte al goce, principalmente en los del jénero masculino. Los animales organizados de vértebras, de sangre fria, tienen amores lánguidos y prolongados, dirigidos mas bien á la fecundacion de los huevos, como en los peces, que á las mismas hembras. Los reptiles permanecen dias enteros en cópula, así como la mayor parte de los *moluscos*, de los cuales unos son *andrójinos*, y se juntan en cópula reciproca, y los otros no presentan sino un sexo. Aunque la antigüedad injeniosa haya hecho nacer á *Afrodite* (*Venus*) de la espuma de las olas, y haya consagrado á esta madre de los amores las conchas marinas, tan fecundas y variadas en su modo de reproducirse, parece que la frialdad de la sensibilidad de estas estingue sus placeres. Entre los seres de sangre ardiente, como los pájaros, resplandece el amor con todo su brillo, y se anima con todo el fuego capaz de alimentar en ellos la dilatada disposicion de sus órganos respiratorios: pero escepto los palomos, los papagayos y la familia de los *picoides*, las otras castas volátiles no consideran la poligamia como un crimen. Sin embargo entre las especies que se casan, (permítasenos la espresion) como las palomas, se notan las atenciones delicadas del macho con la hembra.

Los mamíferos, aunque menos ardientes, sin duda son mas sensibles en sus sensaciones amorosas, porque á las delicias maternas se agregan la de sustentar sus hijos con el pecho, y los contactos sensitivos mas multiplicados: ya se notan enlaces sociales entre los sexos y la nueva familia; ya se halagan los individuos con mil caricias y juegos, en que las hembras, á veces con sus preferencias, suscitan celos y querellas entre los machos. El amor en fin ocupa mayor estension en su existencia, y se repite en épocas mas frecuentes, principalmente entre las especies mejor alimentadas. La especie humana debe agradecer á la naturaleza la esclencia de su amor respecto de las otras razas de animales. Además de la desnudez de su piel, que proporciona un contacto universal y una sensibilidad exquisita, el hombre es capaz de recibir impresiones, principalmente por el corazon y el entendimiento: admira la belleza; le conmueve el atractivo de la voz y del canto, y se embriaga tanto con los goces morales como con las conmociones físicas: su sociabilidad, las relaciones multiplicadas con el lenguaje, la variedad de pasiones é intereses que de ellas emanan, los vinculos de consanguinidad de su familia; todo le constituye el ser mas amante y mas tierno, si escucha las impresiones de su naturaleza, así como el mas conmovido por sus afectos y pesares.

Por tanto la estension de su sistema nervioso sensitivo es para él un manantial inagotable de placer y de

dolor, por una suerte de compensacion inevitable.

El amor viene á ser pues el tormento, así como el hechizo de la especie humana. Él cautiva la vida entera de la mujer, ya sea como virjen, defendiendo su corazon contra el impetu de las pasiones, ya como esposa, ya como madre inquieta por sus hijos. Feliz aun en medio de sus zozobras, si corresponden á su ternura; una madre es toda sacrificios; es el ser mas sublime de la creacion. Siendo esencia del amor el sacrificarse, vive en lo que adora, y llevado el amor al mas alto grado, no es tanto la union de los cuerpos como de las almas en una sola; fusion necesaria para la trasmision de la vida á un nuevo ser. Segun la hermosa fábula de Platon, al principio vivian unidos los dos sexos en buena armonía, y despues que Júpiter los separó, cada uno aspira á recobrar lo que le falta, para reconstituir aquella unidad primordial que forma la especie completa. En la física se ve así mismo que cada iman, cada pila-eléctrica, presenta dos polos opuestos, y sin embargo necesarios uno y otro para establecer el equilibrio y la unidad: la atraccion polar es mas fuerte á medida que se hace mas considerable. Del mismo modo, el amor se exalta y se enardece con los obstáculos y se alimenta con las dificultades. Los individuos demasiado análogos entre sí luchan ó son rivales, en tanto que la atraccion nace de lo contrario entre el hombre y la mujer. La armonia del *casamiento* resulta de prendas concordantes, aunque diversas, como las voces en un concierto. Puede decirse que todo el universo se halla sometido de este modo á la ley del amor y del odio; ó de la atraccion y de la repulsion: ley de *polaridad* en las grandes moles inorgánicas, así como en las moléculas imperceptibles: ley de reproduccion y destruccion en la naturaleza organiza-la, ley de sociedad y de ruina en el mundo moral é intelectual, que constituye el círculo eterno de los destinos, *circulus æterni motus*.

AXIOMAS SOBRE EL AMOR.

La mujer ama mas que el hombre porque sacrifica mas. — El amor puro ó desinteresado es la ficcion mas noble de las almas bellas: es la privacion del egoismo. — La mujer ó ama ó aborrece; el hombre admira ó desprecia. — El deseo de gozar no es amor por lo comun. — El amor se desflora con la publicidad; el secreto le conserva su virjinidad. — El amor verdadero hace castos sus placeres; es mas bien una virtud que una pasión. — El heroismo es un amor escetivo que induce á sacrificar la propia vida: aspira á la muerte. — El amor físico destruye el amor divino. — El que tiene mas valor es mas susceptible de amar; la cobardía no se hermana con el amor. — El amor precipita las jeneraciones. — La mujer ama con el corazon, el hombre con el entendimiento. — Los ignorantes aman demasiado; las jentes de talento demasiado poco. — El amor aviva el entendimiento á las mujeres, y se lo quita á los hombres. — Un majadero no debe preteu-

der ser amado.—Las almas débiles aman á todos, las tiernas solo aman bien á un objeto.—El amor y la avaricia no pueden hallarse juntos.—La juventud ama con demasiado ardor, y la vejez con demasiada flojedad.—El rigor en una mujer aumenta sus atractivos.

AMOR DE LAS PLANTAS.

En ninguna otra cosa manifiesta tanta inteligencia la naturaleza como en los preparativos fecundadores de las plantas. Ella forma el tejido y la contestura de los crecidos troncos de los árboles y crea las flores. Sin la fecundación, hubiera acabado todo en la primera jeneracion; pero imprimiendo en cada individuo el poder incomprensible de reproducirse, le ha asociado en cierto modo á su inmortalidad. Al perecer el individuo, proclama la existencia del Sér poderoso que lo destruye para volverle á producir; el individuo que se reproduce manifiesta la existencia del Sér eterno que quiere que todo varíe y que nada se aniquile.

Dios quiso que la reproduccion vegetal se regulase por leyes análogas á las que rijen á los seres de naturaleza mas elevada: *nuptiæ omnibus manifestæ aperte celebrantur* (Lineo). En cada planta completa ha colocado la naturaleza un lecho nupcial. Ella ha teñido el cortinaje (la corola) de mil colores brillantes y ha impregnado su sustancia de los mas suaves olores para que los esposos (*mariti*) con la embriaguez de los perfumes sean inducidos con mayor vehemencia á reproducirse. Ha colocado la esposa en el centro (el pistilo), y en la circunferencia y á distancias convenientes ha situado los maridos (estambres): de suerte que resulta de esta disposicion (como se ha observado igualmente en el otro reino) que la hembra ejerce una influencia mas directa en la organizacion interior del feto, y el macho en las formas exteriores.—Los esposos son filamentos elásticos cuya estremidad superior está adornada de una cápsula ó caja con resorte llamada *antera*. Esta caja está llena de un polvo llamado *polen*.—El polen, ó semilla, se compone de glóbulos de ángulos diversos segun la especie.—Cuando la dilatacion del aire, ya mas cálido, anima la naturaleza, todas las estremidades vegetales se hinchan y revientan. Elébase la casa nupcial, prepárase el lecho, fórmanse las cortinas, se coloran y embalsaman, y la planta se abre al amor. La aberturita del tubo exhala un olor penetrante, como se nota mas particularmente en la del azafran. Este perfume irrita los estambres y los pone en un estado de orgasmo. Segun las diversas especies, manifiestan movimientos de undulacion, de inflexion, de contraccion. Se aproximan, abren sus cajitas; las vacian, y vuelven á ocupar su primera posicion. El *polen* recibido por la abertura baja por el pistilo al ovario y lo fecunda. Fórmase el embrión, nútrelo la savia, caliéntalo el sol, y los zéfiros le mecen. Pronto crece de tal manera que rompe las paredes del ovario, quíebrase el cordon umbilical, cae el

embrión al pié de la madre, y esta conserva, como se ve en muchas especies, la cicatriz de la ligadura por donde estaba adherido á ella. Si nace sobre una colina, lleva en la cabeza un penacho, por el que es suspendido por el aire; si por el contrario ha nacido á la orilla del agua, tiene forma navicular, se embarca y navega hasta que halla una costa donde poder formar un establecimiento favorable. En otras especies se le ve armado de puntas, de ganchos, de anzuelos con los cuales se adhiere á las hojas, á los animales, á todo cuanto se mueve. En esta época del año se halla la tierra alfombrada, las aguas cubiertas y lleno el aire de millones de huerfanillos, que separados de sus madres se agregan á todos los seres que pueden auxiliarles en el desarrollo de su naciente existencia.

Séame permitido hacer aquí una pausa para admirar la sabia naturaleza que ha concedido á las flores *dioicas*, ó de sexos diferentes y separados en troncos diversos, mayor cantidad de *polen* que á las flores hermafroditas, cuyos sexos cercanos tienen menos pérdidas que experimentar: no asombra menos el cuidado que ha tenido de pulverizar en partículas impalpables aquellos jérmenes rejeneradores que arrebatan los vientos. En el análisis químico, estos polvos dan un glúten ó una especie de materia *animalizada*, como si hubiese querido la naturaleza, destinándolos á ser el elemento de la reproduccion, colocarlos en una altura mas elevada en la escala de los seres. La naturaleza, previendo que seria perdida la mayor parte de estos polvos, los ha prodigado en gran manera; pues se han llegado á contar hasta sesenta mil semillas en el *hybiscus cyriacus*.

Puede decirse que en la parte femenina de las plantas hay una sensacion que se asemeja al pudor. Los machos acometen y las hembras esperan; pero estas, así como en el reino inmediato, se hallan provistas de un olor estimulante, que irrita al macho, y le pone en aquel grado de enerjía en que el escesc de vida rebosa para trasmitirse. El *lilium pomponium* y el *fagus castanus* descubren su vehemencia por el olor que exhalan en la primavera. En otras familias vegetales se descubren aun cosas mas peregrinas; el órgano masculino se halla situado debajo del femenino, en lugar de dominarle. Las *fritularias-meleagras*, las *campanulas*, las *ancolias* se hubieran visto condenadas á una perpetua esterilidad, si en el momento de la eflorescencia, la naturaleza no hubiese cuidado de volver el lecho nupcial, colocando lo de arriba abajo, movimiento que coloca á los maridos en la posicion superior que les es conveniente, y despues de la fecundacion, el lecho vuelve á su natural estado. Las ninfas, las *hidrocaris*, cuyas raices están en el agua, no hubieran podido reproducirse, si no estuviesen colocadas sobre pedúnculos elásticos que las permiten estenderse ó encojerse segun la altura del agua, á cuya superficie van á abrirse y reproducirse. El macho de la *valmiera spiralis* se halla todavia en el fondo del agua, cuando su hembra

ostenta todos sus atractivos en la superficie; pero al fin lo llama con tal poder, que este rompe su tronco, se lanza desde el fondo del agua, y va á abrirse y á morir en el regazo de su esposa. Leandro, atravesando á nado un brazo de mar, no se vió impelido por una pasión mas fogosa. La poligamia, que es habitual en el reino vegetal, se funda en la misma naturaleza de estos seres, cuyo número de machos es infinitamente superior al de las hembras. Obsérvanse sin embargo muchos monógamos, cuyas castas esposas viven en las aguas de las fuentes, como si la naturaleza hubiese querido templar con baños frios el ardor amoroso. La mayor parte de las otras especies tienen desde dos hasta cien maridos. La esposa sostiene una especie de serrallo, en cuyo centro reina durante una estación, vengando así las hembras vegetales á las humanas que en una parte del Asia se hallan condenadas á vivir en el serrallo; y así como hay sultanas favoritas, así también tienen ellas maridos diversos, á los cuales dan notable preferencia. Sobre este mismo punto ha fundado Lineo una de las divisiones de su sistema. *Certi mariti reliquis præferuntur*. En otras especies, los maridos son iguales en derechos, siendo esta otra de las divisiones adoptadas por el padre de la Botánica. *Mariti propinqui et cognati sunt*. En muchísimas especies se hallan los sexos separados, algunos en los troncos, y otros en individuos diversos. *Mariti et femine distinctis thalamis gaudent* (Lineo.) Las hembras de estas flores bien así como las mujeres de los maridos, tienen que esperar viento favorable. Cuando se ha verificado la cópula y la fecundación, los maridos echan sus cortinas por la ventana: es la caída de la flor. Cuando se han desarrollado los embriones, emancipan á sus hijos: la caída de las simientes: y en fin, cuando la tierra, comprimida por el frío, no suministra ya ningún alimento, las plantas se desprenden de sus estómagos: es la caída de las hojas: según las observaciones del sabio Desfontaines, es fuerza confesar que la sensibilidad que existe en todos los órganos es mucho mas esquisita en los que caracterizan á su sexo. La *amaryllis formosissima*, la *oxalis sensitiva*, la *onoclea sensibilis*, la *avverro acarumbola*, el berbero, descuellan entre las flores mas sentimentales. Las sensitivas, regadas con una infusión de opio, se sosiegan como una lechuguina con gotas anodinas. El pipirigallo, el *helisarum girans*, tostado en las orillas del Ganges por el ardor del sol, se abanica con el movimiento que comunica á dos de sus hojas, y si se le coloca en un sitio mas fresco, deja de agitar su abanico. Una *dionea*, que ha recibido de un instinto que la es particular, el sobrenombre de *muscipula*, ó de papamoscas, atrae las moscas con la miel esparcida en su seno, y apenas este se siente tocado, se contrae é hiere con mil dardos al insecto que ha osado aproximarse á él. Los pipirigallos, las higueras de la India, los estaquis (*berberis*), *opuntia-stachys* manifiestan movimientos convulsivos cuando se les toca. Las *drabas* y las trienales se inclinan

en cuanto llega la noche. Las plantas heliotrópicas vuelven siempre su flor hácia el sol.

En la primavera se llena el aire de polvos fecundos, que buscan órganos donde fijarse, los cuales se abren para recibirlos; y entónces ¡qué desarrollo en los instintos! ¡qué engaño en las esperanzas! ¡cuántos maridos ausentes y cuántas vírgenes estériles! Si cada flor contase las aventuras de su primavera, crearíamos estar leyendo una novela.

Puede notarse en las flores el desenvolvimiento sucesivo de los fenómenos siguientes: En primer lugar, la construcción de la casa conyugal, la seguridad de su abrigo, la decoración de todas sus partes, la creación del lecho nupcial, la aparición de dos esposos en su estado de candor natural, el desenvolvimiento de su pubertad, indicado con señales sensibles, sus juegos, inocentes al principio, convertidos luego en caricias; sus movimientos, que se trasforman en provocaciones conocidas; la exhalación de los perfumes que embalsaman toda la habitación, la reunión de los esposos, la concepción, la incubación, el alumbramiento, la languidez del nudo conyugal y su disolución. En un florido jardín se nace, se juega, se ama, se reproduce y se muere; lo mismo sucede entre los humanos.

Sic virgo dum intacta manet, tum cura sui, sed
Quum castum amisit pollato corpore florem,
Nec pueris jucunda manet, nec cara puellis.

Cat. carm. nup.

AMOR CONYUGAL.

De todos los afectos de que saca el hombre la poca ventura de que goza en la tierra, ninguno se ha juzgado tan diversamente como el que se llama *amor conyugal*. Objeto á la vez de picantes y pesadas burlas, de negras y deshonrosas acusaciones, de escepticismo y de entusiasmo; considerado ya como la prenda engañosa de un vil contrato en que el corazón no ha tenido parte alguna, ya como una obra del cielo, como fundamento del estado social y base de la felicidad en la tierra: el amor conyugal, ensalzado por unos, desconocido por otros, se ha visto sucesivamente revestido y despojado de su auguste carácter y de sus mas halagüeños atributos. Acaso debe buscarse la causa de esta diversidad de opiniones en la costumbre de confundir injustamente el amor conyugal con el matrimonio propiamente dicho; la parte poética y moral con lo material y positivo; el Dios con el templo; y se ha llegado hasta negar á la existencia del primero, habiendo encontrado el segundo arruinado ó desierto.

El amor, como le conciben los corazones vírgenes, puede existir en el matrimonio. Madama Stael, que ha hecho de esta cuestión asunto de tan hermosas páginas, lo cree, y se lamenta, con su talento y la exaltación de alma que le es propia, de la pérdida de esta

ilusion: pérdida que sobreviene á los primeros meses del matrimonio, y que acaba con la felicidad de los esposos. Pero el acontecer tantas y tan dolorosas equivocaciones provendrá acaso de desconocer la verdadera índole del amor conyugal.

El amor que preside al matrimonio no es esa pasión impetuosa, exaltada, opresora que nace de la efervescencia de los sentidos, pues con ellos se mitiga y por su propia violencia se consume: no es una pasión terrible, asustadora, que representa la antigüedad, ya bajo el símbolo de un niño ciego, ajitando en sus manos una ardiente tea, ó lanzando agudas flechas, y ya con el de un niño con alas de águila, cuyas poderosas manos someten a un león; la naturaleza viva y caprichosa de ese dios niño no podría doblegarse á yugo alguno, aunque fuese de flores; sus fuertes alas le fueron dadas para ajitarlas en el inmenso espacio, y perecería, si atado se viese con los santos lazos conyugales. Es otro amor que entre los lares domésticos ha fijado su residencia; es un lindo adolescente parecido al que los antiguos veneraban con el nombre de *Agathodemon*; sus manos se hallan desarmadas; ni se ven alas en sus espaldas, porque es de naturaleza pacífica y estable. Sus armas y sus atractivos son miradas celestes, dulces palabras é indulgente sonrisa. Su frente, serena y pura, no se adorna ni de rosas, que el tiempo marchita, ni con la venda que le haría ciego y celoso; jóven siempre dotado de la divina juventud, atributo de los moradores celestes, es el ángel que acompaña á dos peregrinos en el viaje que se llama vida. Prudente como la sabiduría, huye de la publicidad y teme el estruendo: sus placeres son discretos, sus goces silenciosos, como todos los que nacen de impresiones profundas. Él es quien acoge á los esposos en la habitación nupcial; pero ¡ay de estos, si harto preocupados con el frívolo é impetuoso niño que confían clavar á su lado, desconocen la santa divinidad del sitio! El rapaz inconstante y cruel desaparecerá con el mes de miel, y con él volará toda esperanza de ser dichoso. Pero si el altar del amor conyugal ha recibido desde el principio el puro incienso y las fervientes súplicas de la jóven pareja, la alegría, la paz y la ventura, dulces compañeros del amor conyugal, acudirán al santuario, y permanecerán en él por mucho tiempo, y acaso para siempre. El esposo, dócil á las inspiraciones de este nún benéfico, sabrá oponerse con valor á la suerte adversa y resignarse al trabajo necesario para asegurar la existencia ó el bienestar de su compañera. El amor conyugal enseñará á esta el arte precioso y difícil de agradar mas por cada día á su esposo, cultivando su talento y sus conocimientos, variando sus adornos, y conservando en su casa el orden y la limpieza que embellecen la mas humilde cabaña: bien pronto con los afanes del amor conyugal, esta comunidad de intereses, estas relaciones estrechas entre los esposos, esta recíproca obligacion de sus acciones individuales, que hace que cada uno de los dos se en-

vanezca ó se humille mutuamente con la honra ó la vergüenza del otro; todo concurrirá á juntar sus corazonas con mil lazos de misteriosa simpatía, que aun llegará á estrechar mas un sentimiento mas augusto y comun para entrambos, el amor de sus hijos.

Este cuadro puede que no sea una copia fiel del que presenta jeneralmente en el mundo el amor conyugal; pero finalmente pintamos el amor, y no el matrimonio; sin duda que en este contrato queda algo de la antigua barbarie de las leyes, pero será una *constitucion* que debe revisarse y no destruirse. Quizás nos aleguen tambien como ejemplo, el teatro que de algun tiempo á esta parte solo se alimenta de las desgracias ó delitos del estado conyugal. Sin embargo esta triste y calumniosa manía, que produce hoy tantas monstruosidades y convierte la escena en una escuela de escándalo, ¿no podría considerarse mas bien como parto del delirio extravagante de la imaginacion que de una realidad efectiva? En efecto, y nos complacemos en creerlo: si el desenfreno de las costumbres conyugales fuese tal como le pintan nuestros autores modernos, su frecuencia bastaria á quitar todo el interés á sus odiosas pinturas, y el éxito de este ó aquel drama no seria tan grande acaso, si su argumento fuese tan comun y tan jeneral como se nos asegura.

Sin embargo, séanos lícito decir, aunque parezca en loor de las mujeres, que ellas son las que observan con mas conciencia y celo los deberes conyugales; deberes que por su parte están llenos de amargura, de espinas y desasosiego. Pero, si como ha dicho madama de Staël: «el sér mas noble es el que tiene mas deberes que llenar» bajo este aspecto su tarea es brillante y no le falta valor para cumplirla. *Sé fiel á tu esposo en la vida y en la muerte*, dice el sacerdote de Brama á la jóven Indiana, y esta orden la hace seguir pia y casta á su esposo al sepulcro, arrojando los horrores de una muerte cruel. *Mujer, ¡sé sumisa á tu marido!* dice el ministro del cristianismo, y esta sola palabra la hace, no esclava, mas si compañera fiel, paciente y rendida de su marido durante toda la vida.

AMOR MATERNAL.

El amor maternal es un rayo de la intelijencia celeste que se ve esparcido por todo el universo, y que desde el hombre va disminuyendo y debilitándose hasta los últimos límites de los vivientes. Siguiendo así la larga cadena de los séres, se encuentra amor ilustrado, sentimiento jeneroso, pasión fuerte, instinto perfeccionado, instinto mas oscuro, impulso oculto, inapreciable; en fin carencia total de toda sensacion de esta especie; y segun los destellos mas ó menos vivos de esta llama divina, se podría establecer con exactitud el grado mas ó menos eminente de intelijencia entre las razas diversas en que se notan. En efecto, los animales que se hallan completamente

faltos de este sublime instinto son de naturaleza enteramente inerte: tales son los moluscos, los testaceos y otros, en quienes la vida es, por decirlo así, pasiva: los peces, cuya creacion parece incompleta, no tienen idea alguna del instinto maternal; sus hembras depositan al acaso los huevos sobre la superficie del agua, y dejan al sol el cuidado de abrirlos. No se me puede objetar la ternura de la ballena por su hijo, ni la de las focas por su descendencia ternura; por otra parte igual á su inteligencia, pues no son peces. Si entre los millones de seres de que se compone el reino de los insectos, se nota el cuidado que tienen de sus huevos las hormigas, los que trasportan con sumo afan en los tiempos tempestuosos, ó durante las revoluciones de sus repúblicas; si se advierte tambien el esmero no menos tierno de las abejas y de todas las familias de moscas armadas, que alimentan sus crias con miel, y las defienden con tanto valor; se verá igualmente que el instinto que los guia á ejecutar estas cosas es proporcionado á la inteligencia que muestran en otras; y que las que hemos citado no pueden nacer sino de una inspiracion maternal.

En las aves se halla mas determinado este instinto; ¿cabe vista mas embelesante que el observar el cuidado del ruiseñor, de la silvia, del canario y de todos los pájaros cantores para con su familia? Y nótese que los nidos mejor hechos, los desvelos maternales mas cariñosos se hallan en las razas mas inteligentes; los cuadrúpedos nos ofrecen tambien las mismas relaciones: comenzando desde los mas salvajes y feroces hasta los mas débiles y medrosos, en todos ellos su amor maternal corre parejas con su valor, su astucia y las otras prendas que les son propias. Se podria añadir que la civilizacion, Jesenvolviendo la inteligencia en algunas especies, aumenta el afecto maternal. Podríamos citar ejemplos muy curiosos en apoyo de esta proposicion, pero no lo permiten los límites de este artículo.—Si cada especie de animales, segun su porcion de inteligencia, denota tan claramente las sabias miras del Criador, ¿qué será el amor de la familia en el hombre, que colocado en el punto mas alto de la escala de los seres, reúne en sí todos los instintos, todos los afectos, toda la inteligencia de los demás vivientes? El amor maternal, este afecto de las mujeres, manantial para ellas de las mayores virtudes, de los mas santos deberes, de los goces mas puros, brilla en ellas con todo su esplendor: á ellas ha confiado Dios el cuidado de alimentar la vida, y dóciles á las leyes del Eterno, cumplen fielmente su augusta mision. «En buen hora, con negra misantropía, dice el baron Massias, profundo y juicioso autor del *Ensayo sobre el instinto y la inteligencia de la vida*, en buen hora el naturalista latino nos representa al recién nacido arrojado como un vil fardo sobre la tierra, desnudo, desvalido y mas miserable que otro cualquiera animal, llorando el funesto beneficio que acaba de recibir, y saludando la luz con sus llantos y gemidos; á esta pintura sombría, á esta siniestra acusacion, ¿qué responde la naturaleza?... Yo

le he dado una madre... en ella ha recibido cuanto le falta, cuanto una pródiga benevolencia hubiera podido dispensarle. Dependiendo de cuanto le rodea, los mas tiernos desvelos le harán imperceptible la dependencia. Sus necesidades y deseos se verán adivinados y prevenidos antes de venir á serlo: estrechos abrazos y miradas tiernas le indican que no está abandonado; el seno que le reanima está rebosando vida y cariño. Su primer grito fué una señal de vida y de súplica; su primera sonrisa es otra señal de reconocimiento y de bienestar; él ve errar en los labios maternos esa sonrisa; estudia en sus movimientos el mecanismo de sus sentidos; sus ojos ayudan un oído poco inteligente todavía; y pronuncia en fin el nombre de su padre, cuyo corazon late de ternura y orgullo; de día en día despliega sus facultades, auxiliado por este medio primero de perfeccion y de sociabilidad, órgano de la inteligencia, y prenda esclusiva de la raza humana.» ¡Amor maternal! ¿quién, al oír este nombre, no se siente profundamente conmovido? ¡afectuosos cuidados, halagüeñas caricias, consejos prudentes de nuestras madres, este nombre solo despierta en nuestras almas vuestro querido recuerdo! ¿qué hombre, por abrumado que se encuentre con el peso de su existencia, no siente dilatarse su corazon al recuerdo de la madre que le alimentó y que le cuidó en su niñez? instinto, afecto, pasion, amor maternal; vosotros, no hay duda, reunis y escedeis en fuerza, en poder, en duracion, todos los demás afectos del corazon humano; en vuestros brazos cariñosos ha depositado Dios la tierna esperanza de la humanidad; vuestro altar es una cuna, el jineceo (1) es vuestro templo, allí reinais exclusivamente; ¿qué valen para vosotras los deleites del mundo y la gloria de la vida? Aténto, reconcentrado, sufrible, infatigable, oh tú amor maternal, tú velas en estos lugares, mansion de paz, de virtud, de poesía; con tus besos se desarrolla la jóven frente llena de inocencia, y con los dulces acentos de tu voz se mitiga el dolor. Pero, ¡bajo qué aspecto interesantísimo te veo aparecer, cuando, conformando tus desvelos y atenciones á la edad y á las necesidades de los tiernos objetos de tanta solicitud, diriges estas nuevas almas al amor del bien; y cuando, con una paciencia y una mansedumbre inagotables, siembras en aquel seno tierno, á cada hora, á cada instante, las preciosas semillas de la virtud, desviando los peligros de estas plantas delicadas y frágiles, á quienes amenaza sin cesar el huracan destructor de las pasiones y las tormentas del corazon!

AMOR FILIAL.

Cuando el hombre, este rey de las criaturas, examina con atencion é imparcialidad el lugar que ocupa en la tierra entre las otras clases de animales que le rodean, experimenta una justa humillacion, reconociendo que los otros animales atesoran la mayor parte de virtudes y pasiones de que él se envanece. Hay

(1) Aposento de las mujeres entre los Griegos.

sin embargo una virtud de que él solo se halla dotado; un sentimiento que le es propio, un instinto del alma y de los sentidos juntamente, que le distingue, un ser aparte en fin por el cual parece que Dios haya querido señalar su superioridad sobre las demás criaturas: este instinto, este sentimiento, esta virtud es el amor filial. En efecto, en cuanto pasa la época de las primeras necesidades de la existencia, los animales olvidan y desconocen enteramente á sus padres. No sucede lo mismo con el hombre; en el primer periodo de sus oscuras sensaciones, no ha tenido, así como las bestias, sino impulsos secretos y mecánicos; pero, conforme se ha estendido la esfera de sus ideas, se dilata su afecto, se desarrolla con la razón, se convierte en fin en amor, piedad y virtud. El amor filial es nuestro primer código moral y religioso: él es quien nos impone el suave aprendizaje de nuestros deberes para con Dios y la patria, presentando á nuestros ojos al uno como un padre, juez y remunerador supremo, á quien hemos de temer y adorar, y á la otra como á una madre llena de sabiduría y de amor, á quien debemos venerar, querer y defender. De la mezcla de estos diversos sentimientos nace este afecto, un poco tímido, pero apasionado; esta profunda gratitud, esta sumisión respetuosa y tierna, que los antiguos reverenciaban bajo el nombre de *piedad*.

Moisés, para reformar las costumbres de su nación y darle leyes, impuso como primer precepto: *honra á tu padre y á tu madre*; y de este precepto, dado de parte del mismo Dios, nacen los fundamentos del poder paternal, que sirvieron de norma á los pueblos. Esta superioridad natural, experimentada en el principio por el hombre niño, ignorante y necesitado, é hija del consentimiento y deferencia suya hácia los autores de sus días, como homenaje tributado á la sabiduría y á la experiencia, parece haber servido de base al trono. En la infancia de los pueblos, el rey ó el jefe es siempre un guerrero ó un anciano, segun es de ver de los títulos de *ancianos*, *padres conscriptos* y *senadores* de las antiguas repúblicas; en tanto que los de los jefes de las diversas teocracias que han dominado el mundo, así como los de las órdenes religiosas que de ellas se derivan, indican los diferentes grados de la jerarquía de la familia.

El legislador hebreo colocó el amor filial en la primera línea de nuestras obligaciones. El sabio entre los sabios, en tiempos tan remotos, Confucio, estableció sobre este poderoso móvil el código moral que aun hoy rije á la China. Uno de los cinco *kings*, ó libros divinos, que contienen los preceptos religiosos, morales y políticos del antiguo imperio, espresa muy estensamente los deberes de los hijos para con sus padres. Allí este afecto, que en todas partes está colocado en la escala de las virtudes secundarias y relativas, tiene algo de sagrado, y participa de todo el carácter de un culto. En el pueblo de que hablamos, el amor filial se complace en subir por el río de la vida, y á la manera de la interesante ficción de una creencia sencilla, por la cual juzga una alma piadosa que pue-

de aplicar á un ser querido, todavía retenido en un lugar de espionaje, los méritos de una vida llena de privaciones y de sacrificios, en la China, el hijo de un hombre oscuro puede con su talento, sus virtudes ó sus brillantes acciones, honrar á un padre ya difunto; y en él la mas noble é interesante ambición tiene por objeto ennoblecer á sus antepasados.

El amor filial, al inspirar tales virtudes á hombres célebres por su sabiduría y piedad, estiende el propio influjo sobre las familias en que es venerado, conservando en ellas la concordia y la paz. Plutarco nos ha conservado la memoria de la union y de la piedad filial que caracterizaban á la familia de los Elios, en Roma, sesenta miembros de la cual reconocian por jefe á Elio Tubero, yerno de Pablo Emilio. El anciano de Queronea, al contarnos las acciones de los hombres grandes de la antigüedad, nos pinta de un modo interesante el amor filial de Alejandro para con su madre, y el de Epaminondas para con la suya, y los nombres de Cleovis y Biton, del piadoso Eneas, de Coriolano, y de otros muchos, han ido ofreciendo de edad en edad modelos á la veneración de la juventud.

AMOR DE DIOS.

He aquí el amor mas puro y el mas desinteresado, el cual se presenta acompañado de placeres mas encantadores que la sonrisa de una vírjen y mas puros que el sol de primavera. No lo veréis con la frente arrugada por los afanes, ni con las mejillas surcadas de amargas lágrimas, fruto ordinario de los otros amores. Estranjero en la morada de los hombres, hollando con desdeñosa pisada sus alegrías vagabundas y engañosas, es un ángel que se lanza á los cielos, sostenido en alas de la esperanza. Se abisma en la contemplación de un Dios, mas amable aun que poderoso, conversa con los moradores del Cielo, entona con ellos el cántico que resuena á los piés del Eterno. También tiene pesares: pero son de tal naturaleza que ni fatigan al alma ni los ojos; su tristeza está llena de dulzura y su melancolía es sublime. ¡Dichoso aquel á quien Dios ha llamado á que le ame! ¡Dichosa el alma en quien ha hecho Dios lucir alguno de sus destellos! Es una suerte preferible á la posesión de los tronos pasajeros y de la gloria mundana; humo vano que nos seduce por un instante, y huye, dejando en su lugar pesares y tristes recuerdos.

El vacío de nuestras almas es inmenso, y la mayor parte de nuestras pasiones se abisman despues de haber reinado un instante. La amistad no goza dulces momentos sino en sus primicias; el amor que inspiraron los ojos de una mujer, desaparece de repente; la ambición se devora á sí misma; cuanto mas feliz es, mas pronto llega á la nada de las cosas humanas.

Fenelon, cuya alma era demasiado hermosa para ligarse á la tierra, pasó por esta como un viajero que ansia llegar al término adonde se dirige. Amaba á Dios con mas candor que una vírjen á su prometido esposo, con mas afecto que una madre al hijo que acaba de salir de su seno.



ROMANCE XXIX.



Si atendeis que de los brazos
vos alcé, atended primero,
si no es bien que con los míos
cuide subiros al cielo.
Bien estais afinojado,
que es pavor veros enhiesto,
que asiento es asaz debido
el suelo, de los soberbios.
Descubierto estais mejor,
despues que se han descubierto
de vuesas altanerías
los mal guisados escesos.
¿En qué os habéis empachado
que desde el pasado invierno
non vos han visto en las córtes,
puesto que córtes se han fecho?
¿Por qué siendo cortesano
traeis la barba y cabello
descompuesta y desviada
como los Padres del yermo?
Pues aun que voslo pregunto,
asaz que bien os entiendo,
bien conozco vuesas mañas,
y el semblante falaguëño:
Querréis decir, que cuidando
en mis tierras y pertrechos,
non cuidades de alillarvos
la barba y cabello luengo.
Al de Alcalá contrariasteis
mis treguas, paz y concierto,
bien como si el querer mio

tuviérades por muy vueso.
A los fronterizos moros
diz que teneis por tan vuestos
que os adoran como á Dios,
grandes algo habréis dellos.
Quando en mi jura os hallasteis,
despues del triste suceso
del rey don Sancho mi hermano
por Bellido traïdor muerto,
todos besaron mi mano,
y por rey me obedecieron;
solo vos me contrallaisteis
tomándome juramento,
en santa Gadea lo fice
sobre los quatro evangelios,
en el balleston dorado,
teniendo el cuadrillo al pecho:
Matárades á Bellido,
si ficiérais como bueno,
que no ha faltado quien dijo
que tuvisteis asaz tiempo.
Fasta el muro lo seguisteis,
y al entrar la puerta adentro,
bien cerca estaba quien dijo,
que non osasteis de miedo.
Y nunca fueron los míos
tan astutos y mañeros
que cuidasen que don Sancho
muriese por mis consejos.
Murió porque á Dios le plugo
en su juicio secreto,
quizá porque de mi padre

quebrantó sus mandamientos.
 Por estos desaguisados,
 desavenencias y tuertos,
 con título de enemigo,
 de mis reinos vos destierro:
 yo tendré vuestros condados
 fasta saber por entero,
 con acuerdo de los míos,
 si confiscárvoslos puedo.

Non repliques palabra,
 que vos juro por san Pedro,
 y por san Milan bendito
 que vos enforcaré luego.
 Estas palabras le dijo
 el rey don Alfonso el sexto,
 inducido de traidores,
 al Cid, honor de sus reinos.



ROMANCE XXX.

Téngovos de replicar,
 y de contrallarvos tengo,
 que no han pavor los valientes,
 nin los non culpados miedo:
 si finca muerta la honra
 á manos de los denuestos,
 menos mal será enforcarme
 que el mal que me habedes fecho:
 yo seré en tierra humildeoso,
 á guisa de vuestro siervo,
 que teniendo los mis brazos,
 cuido alzarme sin los vuestros.
 Cúbranse, y non vos acaten
 los ociosos falagüeños,
 que maguer yo non lo soy,
 me puedo cubrir primero.
 Dos vegadas hubo córtés
 desde antaño por invierno,
 diz que por la pro comun,
 ó por los vuestros provechos.
 Vos en Leon las ficisteis,
 pero yo en los campos yermos,
 haciendo las mias, desfice
 del contrario los pertrechos.

Lo fecho en Alcalá vedes,
 non lo que fice primero;
 y es mal juzgador quien juzga
 sin notar todo el proceso.
 Folga que el moro de allende
 respete mis fechos buenos,
 que si non me los respeta,
 non vos guardarán respeto.
 Asaz me semejas blando
 porque de tiempo tan luengo
 de apretarvos en la jura
 vos duele el escocimiento.
 Mentirá quien me achacare
 del traidor Dolfos el tuerto,
 pues sabedes lo que fice
 y lo que fice en el reto.
 Además, que sin espuelas
 cabalgué entónces, por yerro:
 vencen pesadas falsías
 al noble y sencillo pecho.
 Y pues gasté mis haberes
 en pro del servicio vuestro,
 y de lo que hube ganado
 vos fice señor y dueño,

non me lo confiscaredes
vos, ni vuestos consejeros,
que mal podredes tollerme
la hacienda que non tengo.
De hoy mas seré facendoso,
pues hoy de vos me destierro,

y de hoy para mí me gano,
pues hoy para vos me pierdo.
Estas palabras decia
el noble Cid respondiendo
á las querellas injustas
del rey don Alfonso el sexto.



ROMANCE XXXI.

Obedezco la sentencia
maguer que non soy culpado.
y que es justo mande el rey
y que obedezca el vasallo.
Y plegue á nuesa Señora
que vos haga aventurado
tal, que non echedes menos
la mi espada, ni el mi brazo.
Bien cuido que non vos mueve
servos yo desaguizado,
sí, que envidiosos á veces
manchan los pechos fidalgos.
Mas al fin, el tiempo vos será testigo,
que ellos mugeres son, y yo Rodrigo.

Esos bravos Infanzones
que comen á vuestro lado,
consejeros mentirosos,
lidiadores en palacio,
¿cómo non vos acorrieron
cuando preso vos llevaron
y cuando yo vos quité

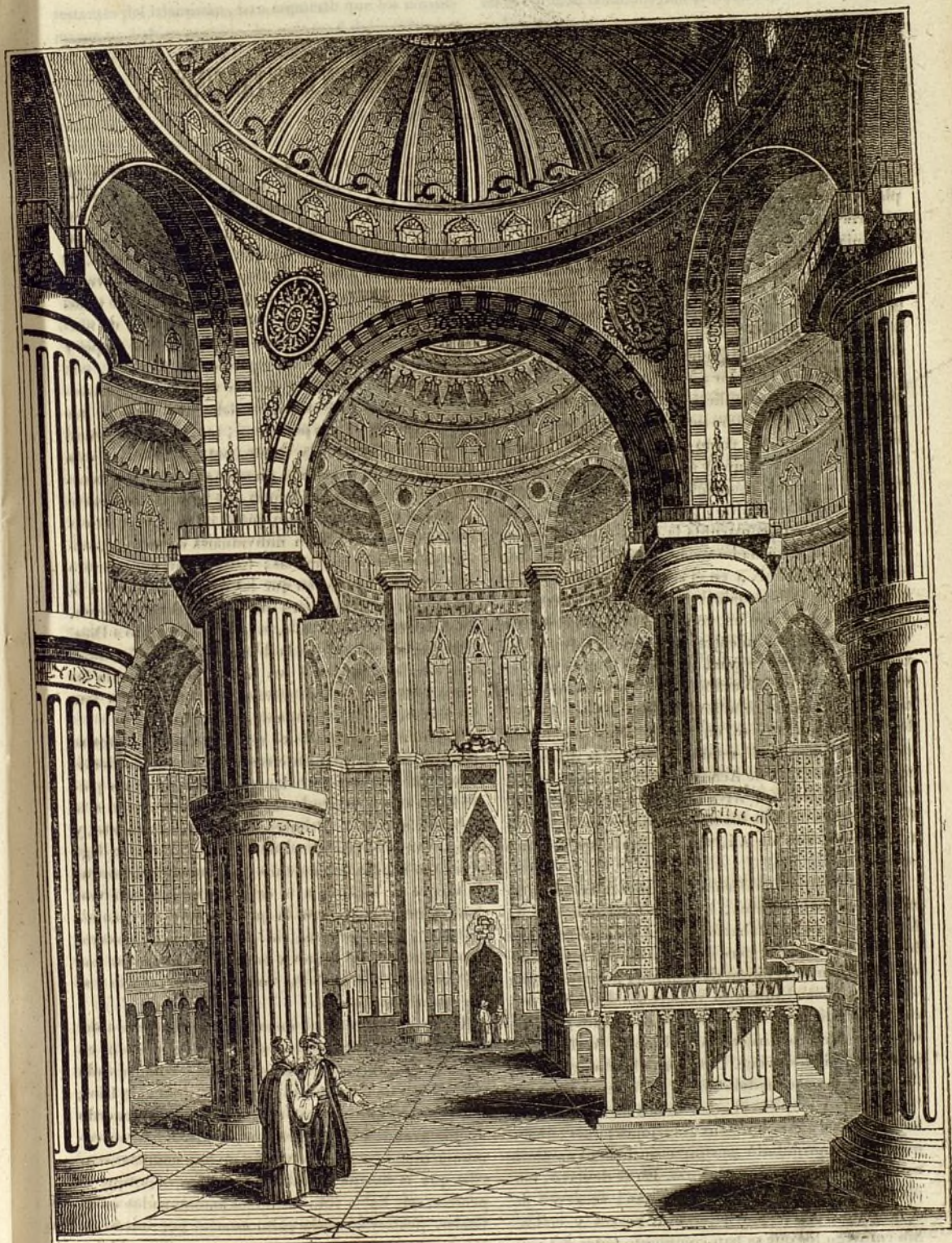
solo á trece, yo en el campo?
Si non que á rienda suelta
fuyeron los amenguados,
donde mostraron tener
lengua asaz y pocas manos.
Mas al fin, el tiempo vos será testigo,
que ellos mugeres son, y yo Rodrigo.
Membradvos, rey D. Alfonso,
de lo que agora vos fablo,
vos con saña, yo sesudo,
vos vengado, y yo agraviado:
que yo fago pleitesia
á san Pedro y á San Pablo
de mezclar, Dios en ayuso,
mi hueste con los paganos,
y si finco vencedor,
poner á vuestro mandado
los castillos y fronteras,
pueblos, haberes, vasallos.
Mas al fin, el tiempo vos será testigo,
que ellos mugeres son, y yo Rodrigo.



ROMANCE XXXII.

Ese buen Cid Campeador,
que Dios con salud mantenga,
faciendo está una vigilia
en san Pedro de Cardena;
que el caballero cristiano
con las armas de la iglesia
debe de guarnir su pecho
si quiere vencer las guerras.
Doña Elvira y doña Sol,
las dos sus hijas tan bellas,
acompañan á su madre
ofreciendo rica ofrenda.
Cantada que fué la misa,
el abad y monges llegan
á bendecir el pendon,
aquel de la cruz hermeja.
Soltó el manto de los hombros,
y en cuerpo con armas nuevas
del pendon prendió los cabos
y desta suerte dijera:
Pendon bendecido y santo,
un castellano te lleva,
por su rey mal desterrado,
bien plañido por su tierra.
A mentiras de traidores
inclinando sus orejas
dió su prez, y mil fazañas,
désdichado dél y dellas.

Cuando los reyes se pagan
de falsas halagüenas,
mal pagados van los suyos,
luengo mal les viene cerca.
rey Alfonso, rey Alfonso,
esos cantos de sirena
te adormecen por matarte,
¡ay de ti, si no recuerdas!
tu Castilla me vedaste
por haber folgado en ella,
que soy espanto de ingratos
y conmigo non cupieran.
Plegue á Dios que non se cayán
sin mi brazo tus almenas,
tú que sientes me baldonas,
sin sentir me lloran ellas.
Con todo por mi lealtad
te prometo las tenencias
que en las fronteras ganaren
mis lanzas y mis ballestas,
que venganza de vasallo
contra el rey traicion semeja,
y el sufrir los tuertos suyos
es señal de sangre buena.
Esta jura dijo el Cid,
y luego á doña Jimena
y á sus dos hijas abraza,
mudas en llanto las deja.



ANDREW REAY LECHE

VISTA INTERIOR DE LA MEZQUITA DE ACHMET EN CONSTANTINOPLA.

VISTA INTERIOR DE LA MEZQUITA DE ACHMET EN CONSTANTINOPLA.

CREEMOS que el público nos agradecerá la vista de esta magnífica mezquita la principal de Constantinopla, y con este motivo añadiremos algunos pormenores acerca de este monumento y describiremos las ceremonias religiosas de los musulmanes.

El tercer barrio de la antigua Constantinopla se extendía desde la cumbre de la segunda colina hasta la Propóntida. En una superficie plana que interrumpía el declive de este barrio, se había construido el famoso circo llamado Hipódromo. Dicen que el sultán Achmet I quiso levantar en este sitio una mezquita que escudiese en magnificencia á santa Sofía, para probar que el islamismo podía inspirar á los artistas obras tan grandiosas como la fe de Jesús. Nada se descuidó en este trabajo, y aun se levantaron seis minaretes, aunque el uso prohíbe poner mas de cuatro en las grandes mezquitas, porque la de la Meca, en cuyo interior está construida la *Caaba*, no tiene mas. Este edificio es verdaderamente uno de los mas originales de Estambul, y en él se conoce perfectamente el arte turco. Allí los minaretes son torres rectas y lisas, terminadas por un cono agudo como el bonete de los derviches, mientras que los minaretes del Cairo rematan en curvas, en que se nota la riqueza y variedad del dibujo árabe. Las mezquitas arábigas tampoco tienen ese prodigioso número de cúpulas que los Turcos amontonan en sus edificios; cuéntanse ochenta y cinco medias naranjas de todas dimensiones en la mezquita de Achmet, y los cipreses y platanos plantados con irregularidad acaban de manifestar que es obra de los discípulos de Omar: los fatimitas, sectarios de Ali, son mas graciosos y menos severos.

En los tiempos modernos esta mezquita adquirió una celebridad histórica, llegando á ser el centro de las operaciones de Mahamud contra los jenizaros, que logró al fin destruir; pero cada año es para los musulmanes un punto religioso de reunion, porque en esta mezquita hace el sultán su rezo el día del *curban bairan* (gran bairan), en el momento en que los peregrinos de la Meca se dirijen hácia el monte Arafat, objeto de un piadoso viaje. Luego que los muezines han llamado á la oracion del *ezan*, el gran señor entra en la mezquita y empieza el rezo. Todos los musulmanes han hecho ya á esta hora sus abluciones; pues está expresamente prohibido postrarse sin haber cumplido con esta ceremonia preparatoria. En el desierto, como el agua es mas preciosa que el pan, se sirven de arena para frotarse piés y piernas, brazos y codos. Sin embargo los que se han compuesto antes del rezo pueden dispensarse de ello; así es que el emperador

reza sin detenerse cerca del aljibe de la mezquita. Al rezar se vuelve hácia la Meca, y en esta ciudad se vuelven hácia los cuatro puntos cardinales, porque los Arabes creen, en su ignorancia astronómica, que la Caaba ocupa el único punto central del mundo. El imán empieza á recitar el rezo, compuesto de versículos del Alcoran, que se llama *ricat*, y que todos han de repetir, pues una oracion mental es de ningún valor. La primera parte del rezo se dice en pié y empieza, como todos los capítulos del Alcoran, con la fórmula: *En el nombre de Dios clemente y misericordioso*. Todas las veces que los fieles pronuncian: *Alá acbar* (Dios es el mas poderoso), se postran, teniendo cuidado de apoyar la frente contra el suelo, y esta frase se repite á menudo durante el rezo. Pero la ceremonia no es tan obligatoria que haya de empezarse y acabar al mismo tiempo que el imán. Las prácticas de devocion, ora sean individuales ó jenerales, son en igual grado meritorias; hasta reza el intervalo que separa las horas en que los muezines llaman á la mezquita; y como quiera que se haga el rezo en casa, en el desierto ó en la calle, es igualmente grato á Dios. Este dogma indica bien la diferencia del cristianismo, que tiende á asociar á los fieles, prescribiendo los rezos jenerales, y el islamismo que apenas cuenta con las masas, y solo se ocupa de los individuos.

Cuando está acabado el rezo, los mas devotos se reunen para ejecutar en círculo el baile de los derviches. Este consiste en balancearse, ya sobre un pié, ya sobre otro, haciendo seguir este movimiento á la cabeza y al cuerpo. Primero se mueven lentamente, y luego van precipitando el movimiento hasta que llega á ser tan rápido que muchos caen aturridos, porque la sangre se les sube á la cabeza. Durante este violento ejercicio, repiten la profesion de fe: *¡La alá ilá Alá! ¡Mohamed rasul Alá!* Los que caen desmayados son reputados santos y en relacion inmediata con la divinidad; se les trata con el mayor respeto y se les besan piés y manos.

Otros se acercan al imán para oír la lectura del Alcoran y de sus comentarios, ó bien, agachados en un rincon, dicen el rosario, pronunciando á cada cuenta uno de los noventa y nueve atributos de Dios; pero los días que no están señalados para el recuerdo de una grande conmemoracion, todos se limitan comunmente al rezo. Ya se ve que no hay cosa mas sencilla que la liturgia musulmana, y esto es porque el profeta, que había roto los ídolos amontonados en la Caaba, proscribió todo culto exterior por miedo de que los Arabes cayesen otra vez en su primera idolatría. Y apesar de esta precaucion, los wahabís, pro-

testantes del islamismo, han supuesto que los musulmanes no habian seguido la voluntad del profeta, y que habian vuelto á caer en el culto grosero de los idolos.

Despues de lo que acabamos de decir, parécenos que ofrecerá algun interés el conocimiento de los principales dogmas musulmanes.

PRINCIPALES DOGMAS DE LA RELIJION MUSULMANA.

El Alcoran.—Un ángel trajo á Mahoma el Alcoran escrito por Dios para que lo enseñase é hiciese practicar á los hombres.

De Mahoma y de los verdaderos creyentes.—Dios estuvo siempre con Mahoma, peleó por él en todas circunstancias, y tambien presta su apoyo á los que siguen la ley de su último profeta. Los musulmanes son los primeros de la tierra: solo ellos disfrutará de las delicias del paraíso, y los demás pueblos les son tan inferiores como los perros á los hombres.

Viaje del profeta al séptimo cielo.—Mahoma recibió de Dios un *burag*, celeste cabalgadura que tiene de asno y de mula. De un bote traspone el intervalo que ha de atravesar, sin que le detengan los montes. El profeta montó un *burag* para ir desde la Meca á Jerusalem. Dios habia mandado á un ángel que aguardase allí á Mahoma y le presentase un *mearag* (caballo celeste), con el cual subió al primer cielo. Allí le aguardaba otro ángel con otro *mearag*, y subió así al segundo cielo. Lo mismo le sucedió en los demás cielos, y sin embargo el viaje de la Meca al séptimo cielo se hizo con mas rapidez de la que pone un hombre al variar de idea.

De los ángeles.—Un musulman lleva un ángel invisible en cada hombro. El de la derecha escribe las buenas acciones decuplicándolas; el de la izquierda escribe las malas, aguardando sin embargo la orden del primero, que es su superior, y que atiende si el musulman se ha arrepentido, porque se concede algun tiempo para borrar las faltas con el arrepentimiento. Al empezar su rezo, un verdadero creyente debe inclinar la cabeza á derecha é izquierda para saludar á sus dos ángeles.

Del destino.—El destino de los hombres está escrito por toda la eternidad, pero á fuerza de oracion puede conseguirse merced y hacer variar lo que está escrito. En la noche del 15 del mes de chaban, escribe el ángel el destino de cada individuo, y en el caso de pasar la noche orando, solo escribe prósperos sucesos. Dios permite á veces á los buenos musulmanes que lean en el libro de los destinos.

La mancha del corazon.—Todos los hombres tienen al nacer una manchita en el corazon, que aumenta ó disminuye conforme es uno buen ó mal musulman. Los perversos llegan á tener un corazon negro y duro como un pedernal; los buenos tienen el corazon blanco y sin mancha. Cuando Dios eligió al profeta, le mandó abrir el pecho y quitar la mancha que tenia

en el corazon como los demás hombres.

Deberes de los buenos musulmanes.—Un musulman tiene que cumplir cinco deberes; si los cumple, no tiene para qué curarse de las acciones de su vida, pues todo cuanto hace queda redimido con la oracion.

1º. Es menester no reconocer mas que un solo Dios.

2º. Se ha de orar cinco veces al dia. Por el *fegre*, ó mañana, bajo un ángel, que se queda hasta el *dur* ó mediodia. Apunta los nombres de los que han orado, y su lista queda cerrada á mediodia; desgraciados de los que no han rezado. Sin embargo pueden borrar esta falta orando y ayunando mas de lo mandado. Otro ángel asiste desde mediodia hasta el *asr* (tres y media); otro desde el *asr* hasta el *magreb* (puesta del sol), y finalmente el último desde el *magreb* hasta el *eche* (dos horas despues de puesto el sol).

3º. Un musulman debe dar cada año la décima parte de sus bienes á los pobres, que pertenecen á Dios lo mismo que él.

4º. Debe ayunar todos los dias durante el ramadan, y no se le permite beber ni fumar mientras el sol está sobre el horizonte. Los que ayunaren durante los demás meses serán recompensados.

5º. Es preciso ir peregrinando á la Meca á lo menos una vez en la vida.

Paraíso.—El que hace todas las cosas prescritas pasa, el dia del juicio final, á unos palacios alfombrados de oro, plata, piedras preciosas, amueblados con divanes de seda cubiertos de perlas y con franjas de plata. Mujeres mas blancas que la leche le mecen en lechos de raso perfumados de ámbar, y le convidan á un sueño mas suave que la miel y el agua de rosa. Los manjares de que se alimenta son mas sabrosos que cuanto puede imaginarse sobre la tierra. Los escojidos nunca envejecen; en una palabra, puede desearse sin temer nada; los mas minimos deseos se ven cumplidos.

Infierno.—Los malos que no redimen sus delitos con limosnas y oraciones, padecen diez veces todo lo que han hecho padecer á los demás. Por ejemplo, cuando un hombre mata á su prójimo, y hace padecer y llorar al padre, madre, hermanos y hermanas, parientes y amigos del que ha muerto, sentirá en la otra vida las penas que ha causado á tantos, y cada una de estas penas será decuplicada antes que haya espionado su crimen.

Dios es clemente y misericordioso.—Si castiga el mal, recompensa ricamente el bien; hay en el cielo un arroyo llamado *Regueb*, del cual se levantan, cual majestuosas montañas, llamas dulces como el mas hermoso azúcar y blancas como la leche; si un verdadero creyente ayuna alguna vez durante el mes de *regueb*, tendrá la dicha de purificarse y beber en este manantial.

ECONOMÍA POLÍTICA.

De la esclavitud, su origen y resultados en los pueblos antiguos y modernos (1).

Todos los hombres han nacido iguales. Esta máxima se lee en la portada de todos los códigos modernos, y es la ley fundamental de nuestra política; parece que está destinada á presidir en todas las instituciones, y que todas las sociedades la han encontrado grabada en su cuna. Todos reprobamos igualmente el abuso de la fuerza; nadie sostiene ya que sea lícito al hombre apropiarse otro hombre, su igual, venderlo, mutilarlo, destruirlo, ó utilizarse del fruto de sus fatigas; y con todas estas verdades, que son una de las postreras conquistas de la civilización, la práctica se halla todavía muy distante de corresponder á la teoría. La esclavitud, después de haber servido de columna principal para sostener el edificio de las instituciones del mundo antiguo, si bien ha cedido un poco bajo el peso del cristianismo, no se ha roto aun, y está existiendo todavía en el momento en que escribimos.

Mientras que el abuso de la fuerza, de la que es la esclavitud la forma mas brutal, se encubre en Europa y parte del Asia bajo los nombres de impuestos; desigualdad de condiciones, aristocracia, derechos de señorío, ejércitos permanentes y leyes conservadoras, preséntase con su antiguo poder y en toda su desnudez en Rusia, Africa y en la mayor parte de América. Después de tantos esfuerzos, después de tantas revoluciones y de tanta elocuencia malograda, la mitad del mundo actual reconoce todavía la esclavitud. Por ella subsisten las islas que producen el azúcar, el tabaco y el café; la constitución moscovita no descansa sobre otra base; en los Estados Unidos se la ve luchar contra la democracia: estos dos atletas se han empeñado ya en una guerra espantosa, que causa hondos sacudimientos en la federación naciente.

Todos los sabios y publicistas han maldecido á Hobbes, porque habia dicho que la sociedad está fundada en la fuerza; pero dad una mirada en derredor, y decid si no es la fuerza la que se ve reinar por do quiera. El derecho internacional no es otra cosa que la fuerza regularizada. La fuerza es la que ha fundado las sociedades, la que ha organizado instituciones que rebotan sufrimientos y pesares para unos, y para otros satisfacciones y deleites.

La riqueza es otro de sus símbolos; el tiempo la consagra y modifica; las revoluciones la hacen pasar de unas á otras manos. La preponderancia de la Inglaterra sobre la Irlanda, la de Bonaparte sobre la Europa por espacio de diez años, ¿son acaso otra cosa que la fuerza desfigurada por la diplomacia, encubierta bajo el manto del legislador ó suavizada por las luces? Hobbes no ha hecho mas que revelar el mal secreto que aqueja á la naturaleza humana, su propensión á la tiranía, el instinto bárbaro de que ya da muestras el tierno niño, cuando cae en sus manos otro ser mas débil que él. Todos los móviles de las legislaciones se dirigen á reprimir, á neutralizar, sin que logren jamás destruir, la crueldad del fuerte con el débil, el amor á la opresión. Los teólogos se esfuerzan en explicarlo, diciendo que nuestra alma está sometida al principio del mal; los filósofos procuran en vano lisonjear nuestro orgullo, presentándonos como seres buenos que la sociedad ha degradado; pero la historia se levanta contra estos, y echa por tierra sus absurdas hipótesis.

El origen de las sociedades, teñido con sangre, es un testimonio de la injusticia inherente á nuestro carácter. *Vae victis!* Ni un solo pueblo se ha visto, desde los Indios hasta los Norte-Americanos, que no haya hollado con planta vencedora al infeliz vencido. La esclavitud forma la primera página de los anales de la humanidad.

(1) Debemos hacer á Inglaterra la justicia de que ha sido la primera potencia europea que se ha decidido á cumplir en favor de los esclavos el voto de los hombres mas ilustrados de nuestra época. Pero esta emancipación parcial ha venido á ser en las colonias, donde no han prevalecido aun las ideas de libertad, un manantial de continuas zozobras para los propietarios y una causa de viva agitación entre los Africanos que todavía continúan en la esclavitud. Cuando sean mas conocidos los resultados del *bill* de emancipación y sean mas unánimes las relaciones, nos apresuraremos á darlas á conocer á nuestros lectores, aventurando algunas reflexiones acerca del porvenir de las Antillas extranjeras, de este mundo marítimo, tan floreciente hace poco, y sumido actualmente en un profundo marasmo por causas muy diversas. Entretanto vamos á examinar con la *Revista de Westminster* las diferentes fases de la esclavitud en las principales épocas de la civilización; cuestión que ofrece el mas vivo interés y que nunca ha sido considerada desde un punto de vista tan elevado.

humanidad. Las rancherías acayas inundan el territorio que pueblan los Pelasgos, y los horran de la lista de las naciones. Tribus bajadas del Cáucaso, ó procedentes de la Persia, reducen al cautiverio á los pastores hindos y fundan las castas que aun subsisten hoy día; el cultivador ó *soudra* está siempre bajo el poder de los *ksatrias* guerreros y de los sacerdotes brahmanes. Sabida es la triste situación á que redujo la China la conquista de los Mogoles. En fin, á cualquier lado que se vuelvan los ojos, al norte ó al mediodía, los orígenes de todos los pueblos nos ofrecen el mismo espectáculo que en la actualidad las costas de Guinea: el hombre fuerte avasallando siempre al desvalido, despojándole de sus tierras, y no dejándole la vida mas que para convertirlo en una bestia de labor. De esta suerte han sido fundadas las sociedades; el derecho se ha establecido mas tarde. Los vencedores, mirando á sus cautivos como frutos de la conquista, como bienes que el cielo ha deparado, y les asegura la fuerza, no les conceden mas derechos políticos que á sus camellos y jumentos. Esta misma tendencia trasforma en los pueblos primitivos á la mujer en esclava del hombre, le da el derecho de vida y muerte sobre ella, y ahoga hasta aquellos impulsos de ternura y humanidad que debieran producir el vínculo conyugal y el nacimiento de los hijos.

¿Porqué los eruditos, en vez de observar los hechos y de juzgar la humanidad tal como es, llena de orgullo y dominada de la propensión al despotismo, se han distraído en averiguaciones ociosas? No tenían mas que hacer sino abrir el código de Justiniano: allí hubieran encontrado escrito y sancionado el móvil de la esclavitud, en la época misma en que la religión cristiana comenzaba á recordar á los habitantes del globo su confraternidad humana. «Nosotros llamamos esclavos, dice aquel código, á enemigos que hacemos prisioneros en la guerra.» La esclavitud ha nacido pues de la guerra, la guerra de los impulsos violentos y rencorosos que nada es capaz de extinguir en el hombre. Si se han estrellado contra ellos los últimos esfuerzos de la civilización, ¿cómo cabía que la barbarie, la ignorancia, las pasiones brutales y salvajes no introdujeran al principio la guerra, y despues la esclavitud?

La esclavitud ha nacido en el mediodía, y la vemos debilitarse conforme nos adelantamos hacia el norte. Debajo de los trópicos, la dominación y la violencia no conocen límites; y la esclavitud parece indestructible, eterna. Los reyes de Africa continúan vendiendo sus súbditos, y el Egipto entero está poblado de esclavos. Donde quiera que se ve campear la fuerza, do quiera que ruje el león y el tigre apaga su sed con sangre, la esclavitud es la condición natural, el estado normal de la sociedad. En los climas frios toma unas formas mas suaves; el hombre piensa menos en rodear su indolencia de esclavos que sirvan á sus goces y le eviten las fatigas, que en proveer, por medio de su actividad, á las necesidades mas urgentes de la

vida. El salvaje del norte mata á su enemigo en vez de especular en su conservación; los indígenas de la América septentrional se alimentaban de caza, y haciendo esclavos, hubieran temido disminuir sus provisiones harto escasas. El *tomahawk* derribaba al adversario, sirviéndole de trofeo la piel de su cráneo; ó se la arrancaba vivo ó despues de haberle degollado en las ceremonias religiosas. Los sacrificios humanos, en uso en la Germania y la Galia, las grandes matanzas de esclavos autorizadas por la ley de Esparta y de Roma, proceden de un mismo principio. El primer contrato social de las naciones, dictado por el egoísmo, tiene muy poca analogía con la ilusión jenerosa, la poesía sentimental, la pacífica y dulce quimera que ha dictado el contrato social de Juan Jacobo.

No obstante (esta observación causará estrañeza sin duda á los lectores frívolos) la esclavitud ha sido un progreso en la vida de las naciones. Esta dura y repugnante iniquidad ejercía, en la época en que era necesaria, una acción benéfica. El guerrero vencedor, en vez de bailar sobre el cadáver de su enemigo, le deja la vida, comenzando á debilitarse el impulso de la venganza. Tras la conquista, llegan la cultura y la civilización, y el esclavo es el que se encarga de promoverlas. Es maltratado, envilecido; pero existe y perpetúa su raza, y cuando mas adelante millones de esclavos se habrán sobrepuesto á la raza conquistadora, ejercerán á su vez el derecho de la fuerza y reemplazarán á sus señores. Si se quiere evitar que el desvalido sea víctima del prepotente, es preciso mudar la naturaleza humana.

Cuando dos naciones se encuentran casualmente, y la una es muy poderosa, ya sea por su vigor físico, ya por sus hábitos guerreros, ó tambien por su superioridad intelectual; y la otra es muy inferior en conocimientos adquiridos, en experiencia ó en fuerza material, la esclavitud es inevitable, ó, por mejor decir, es un beneficio. A la vista tenemos un ejemplo de esto bien patente. Una nación cristiana, filantrópica, civilizada, que profesa y reduce á práctica todos los principios de libertad, que reconoce altamente la iniquidad de la esclavitud, se ha hallado en frente de un pueblo ignorante, salvaje, pobre, cuyo territorio iba usurpando; la situación es exactamente la misma que la de las naciones conquistadoras de la antigüedad pagana en presencia de las tribus agrícolas á las cuales con su invasión despojaban de sus tierras. Los Norte-Americanos no han reducido á esclavitud á los indígenas de aquel extenso continente, como lo hubieran hecho los Pelasgos, Hebreos, Indios, Romanos y Germanos; su humanidad, dirigida por la civilización cristiana y moderna, en lugar de utilizarse de las malogradas tribus indígenas, las ha destruido casi del todo. La esclavitud las hubiera conservado, como conservó en la miseria y quebranto, no hay duda, pero con suma utilidad para los venideros, las razas esclavas reducidas á la servidumbre por los Tártaros, la antigua población pelásgica esclavizada por los He-

lenos, y las razas galas avasalladas por los Germanos.

En efecto, ha sucedido que poco á poco, legal y filantrópicamente, sin faltar á las formas de la justicia exterior, sin derramar sangre humana, los Americanos del Norte han consumado la destruccion de los que habian hallado en posesion del pais. Dificil fuera llevar mejor á cabo el aniquilamiento de una raza, respetando las leyes de la humanidad; en vez de encadenarlos como cautivos, los han empujado delante de sí, arrojándolos á los desiertos. Aun despues de haber andado cien leguas en el continente americano, no es fácil hallar un solo Indio. Faltándoles la caza, tienen que alimentarse de cortezas y raices y mueren á millares. Muchas veces, despues de haber errado mucho tiempo á manera de lobos hambrientos por sus bosques desiertos, ensayan una colonizacion; pero apremiados por la avanzada civilizacion que les rodea, tienen que desistir ó perecen abrumados por la concurrencia. Cuando los ven acosados por el hambre, les ponen á la vista algunos tejidos, armas de fuego, víveres, cuentas de vidrio, y á un precio infimo les compran terrenos inmensos. Los hijos de la sociedad europea, los descendientes de Penn, no diezman á los Indios, no los convierten en ilotas; pero les quitan astutamente sus tierras, los arrojan con destreza lejos de las propiedades de los plantadores. Este es el triste resultado de hallarse en contacto un pueblo bárbaro con el pueblo mas civilizado del mundo. Allí no cabe esperanza: luchar contra una fuerza superior, y perecer; andar errante de desierto en desierto, y perecer; establecerse junto á hombres civilizados que con su aproximacion los reducen á la miseria, y perecer: tal es la suerte de los indíjenas de la América. La esclavitud de los tiempos antiguos hubiera hecho de ellos una nacion humillada, los hubiera puesto bajo un yugo de hierro, los hubiera empleado en las faenas mas duras y pesadas; pero no hubiera esterminado toda una raza de hombres.

Es preciso pues confesar que la esclavitud es el resultado necesario de la conquista en los tiempos primitivos, y que aun en aquellos tiempos fué altamente conservadora. Los lejisladores se han esmerado en suavizarla regularizándola, la han hecho entrar en el órden social, no como una violencia, sino como un derecho que han contrabalanceado con algunos deberes. Así entre los Hebreos como entre los Romanos, el hijo era esclavo de su padre, el cual podia venderlo luego de nacido. El hombre podia igualmente venderse á sí mismo como esclavo. Moisés, el mas antiguo de los lejisladores conocidos y á quien es deudora de sus primeros progresos la organizacion social del Asia, arregló por medio de leyes, que nos ha conservado la Biblia, el derecho de propiedad del padre sobre el hijo y de un hombre sobre otro hombre. En todas las sociedades que le rodeaban, no se conocian otras clases que la de amos y la de esclavos. Moderó el rigor de la servidumbre impuesta á los extranjeros, declaró que el jubileo emanciparía á todos los cautivos

hebreos, pero no á los extraños; que el cautiverio del Hebreo, esclavo de un conciudadano suyo, solo duraria seis años, y finalmente que si el esclavo hebreo, al espirar el tiempo de su pena, preferia continuar con su amo, este lo presentaria á los jueces, lo llevaria despues junto á la puerta de su casa, y allí le atravesaria la oreja con una aguja, mirándole siempre en adelante como esclavo suyo. Segun la ley de Moisés, el amo que mata á su esclavo queda sujeto á un castigo, si el esclavo muere en el acto; pero si sobrevive uno ó dos dias, no se le impondrá pena alguna, porque el esclavo es propiedad del amo, es su *haber*. Los amigos de un Hebreo pueden rescatarlo, y puede rescatarse él mismo; mas no sucede así con el cautivo extranjero. El Hebreo, al salir de la esclavitud, tiene el derecho de tomar otra vez á su esposa y á sus hijos. En cuanto al que se halla cautivo de un extranjero ó de un *jentil*, el Hebreo que lo rescate tendrá la facultad de revenderlo á otro Hebreo. El esclavo *jentil* pertenece en plena propiedad á su amo, que puede disponer de él á su antojo como de cualquier otra cosa suya.

Todas estas reglas tan duras prueban que entre los Hebreos habia dos especies de esclavos: los nacionales, que, á causa de sus deudas ó del estado de su fortuna, se habian sometido al yugo de sus hermanos, y los verdaderos esclavos, los cautivos, en cuyo favor la ley apenas dejaba oír su voz; merecian la muerte, y conservándoles la vida, se les hacia un presente. Voltaire, condenando y tachando de feroz el código de Moisés, ha dado una prueba de muy injusto. Todas esas disposiciones que acabamos de referir, son otros tantos paliativos, otros tantos medios de suavizar, los únicos que podian convenir á un estado social tan atrasado y á unas almas tan feroces.

La esclavitud era pues un remedio, pero un remedio emponzoñado. Nacida de las inclinaciones mas detestables del hombre, solo se introdujo en la sociedad para sostenerla un momento y comprometer mas adelante su existencia; ha correspondido fielmente á su origen. La esclavitud se parece á aquellas sustancias venenosas que pueden servir al hombre de alimento en casos apurados; pero que no entran impunemente en su organismo. La dureza con que los Hebreos trataban á los esclavos extranjeros escitó á los demás pueblos á la venganza; el odio de todas las naciones les ha seguido sin cesar por todas partes, y el menosprecio con que miraban á los Jentiles y Filisteos les ha sido devuelto con usura. El réjimen de las castas, resto de la esclavitud entre los Hindos, atajó la civilizacion de este gran pueblo. La esclavitud fué el mayor obstáculo que se opuso á la marcha de la política griega; despues de haber servido á la indolencia y contribuido al engrandecimiento de las repúblicas de la Helenia, hizo desaparecer la industria, destruyó el comercio, destroncó las almas volviéndolas feroces, y depravó las costumbres. La contemplacion y el amor á lo bello, santificados por la relijion, habian producido la gloria, el heroismo y la fuerza de la Grecia; la

iniquidad, representada por la esclavitud, consumió la ruina de aquellas naciones.

Los estados de la Grecia ejercieron derecho de esclavitud conforme á la diversidad de sus caracteres, leyes y costumbres. Las repúblicas guerreras, para las cuales la devastacion y la conquista formaban el gran vínculo social, trataron á sus esclavos sin la menor compasión. Las crueldades cometidas por Esparta en sus esclavos, han hecho estremecer al mundo entero. Aumentaba su número para poder vivir como reina y entregarse esclusivamente á las tareas dignas de ella, á las fatigas de la guerra; pero asustada del aumento de esta poblacion de seres embrutecidos, procuraba, por medio de las extraordinarias crueldades á que les sujetaba, quitarles hasta el pensamiento de rebelarse. Por política y por prevision hacia Lacedemonia azotar diariamente á sus ilotas, los obligaba á embriagarse para que sirvieran de espectáculo y de ejemplo á la juventud, les vedaba el leer, escribir y el ejercicio de las artes liberales, los cubria con un traje de esclavitud, los degollaba en las ceremonias religiosas coronados de flores, cuando le parecia que su número era harto crecido, y de tiempo en tiempo disponia una batida jeneral en la cual se daba muerte á cuantos se encontraban al paso. En esta parte obraba acertadamente; porque solo el terror podia evitar que los esclavos corrompiesen á sus amos ó se insurreccionasen. Aténas, donde (según el orador Demóstenes) el esclavo era mucho mas libre y feliz que el hombre libre de otros países, Aténas, menos inclinada á la guerra y dotada de costumbres mas suaves, fué mas indulgente con sus esclavos y dejó que ellos la depravarán. Permitió en su seno unos hombres que, dedicándose al tráfico de sus semejantes, procuraron cada dia nuevos recursos á la liviandad y fomentaron los tres vicios mas funestos á las naciones, la ociosidad, la profusion y el lujo. La proporcion que los amos y esclavos guardaban entre sí era como de tres á cuarenta. En la época mas gloriosa de Aténas, esta república contaba cuatrocientos mil esclavos de todas edades y sexos, y solo diez mil ciudadanos libres que pagasen el impuesto. En Esparta, el número de esclavos era mucho mas considerable, y la proporcion aun mas desigual.

Entretanto la civilizacion iba avanzando hácia el occidente, y Roma, que no reconocia otra divinidad que la violencia y la fuerza (*Póron*), tuvo tambien esclavos. Era libre como Esparta, libre como el hidalgo bandido de la edad media, bajo la condicion de oprimir á los demás. Tiro, Sidon, la Asiria, la Fenicia, el Egipto, la Grecia habian tenido esclavos: ¿porqué no habia de tener Roma los suyos? La victoria la halagaba, Roma hacia prisioneros que conservaba (*servabat*); los cuales se convertian en esclavos (*servi*), ú hombres conservados (*servati*), no para pertenecerse á sí mismos, *sui non compotes*, que no tenian religion ni nada comun con los Romanos y que eran considerados como fuera de la ley *ex-leges*. Cuanto mas estre-

chamente unida se hallaba la sociedad romana por un lazo fuerte y robusto, cuanto mas severa era la disciplina á que estaba sometida, cuanto mas obedecian sus miembros á las leyes establecidas por un pacto de íntima confraternidad, tanto mas horrorosa era la suerte del esclavo colocado debajo y fuera de aquella sociedad.

Mas hé aquí lo que sucedió: los Romanos eran apasionadamente inclinados á la guerra, despreciaban el ejercicio de la intelijencia, que habian abandonado á los Griegos. Menos bárbaros, mas realmente civilizados que los Espartanos, dejaron que su poblacion esclava tomara un incremento desmedido: esta, no solo se sublevó por intervalos, sino que se apoderó de una parte de las luces y de todos los ramos de la industria: revolucion asombrosa que insensiblemente fué poniendo el comercio, la filosofia y la medicina en manos de los esclavos de Roma.

En los primeros tiempos, este órden de cosas ofrecia ventajas inmensas: los conquistadores marchaban á la guerra, dejando á los esclavos los afanes de la agricultura. Cuando despues volvian cargados de despojos, en vez de guiar el arado como los antiguos Quirites, no pensaban mas que en intrigar en el Foro y emplear toda suerte de maneojos para alcanzar la púrpura. Poco á poco vinieron á identificarse la idea del trabajo manual y la de la esclavitud, introdujose la clientela, las propiedades (*lati fundia*) quedaron monopolizadas en un corto número de manos, los ciudadanos pobres pidieron pan, no á su trabajo, sino á los ciudadanos ricos. En lugar de las reducidas haciendas á donde iban los cónsules á cuidar por sí mismos de las terneras y de los pastos, solo se vieron ya vastas haciendas, pertenecientes á un solo dueño y cultivadas por esclavos, que formaban igualmente parte de su riqueza. El trabajo de los esclavos cambió enteramente la constitucion de Roma; contra sus resultados se armaron los Gracos, quienes estaban viendo que su patria se dividia en tres clases: la de los ricos, dueños de esclavos, en número muy reducido; la de los pobres, ceñidos á vivir de la jenerosidad de los ricos, muy numerosa, y finalmente la de los esclavos, productores de riqueza, miserables y envilecidos, pueblo inmenso que iba á mas por cada dia. Los Gracos pidieron, para los ciudadanos que carecian de fortuna, tierras para cultivar, esto es, un medio de industria; mas sucumbieron. Su jenerosa tentativa vino á estrellarse, no contra el orgullo de los aristócratas, como se ha pretendido, sino contra un escollo fatal: la esclavitud.

Do quiera que el esclavo está en mayoría, el trabajador libre carece de pan. El arado y los enseres de los oficios quedan manchados, infamados, luego que se sirve de ellos el esclavo. Esto cabalmente sucedió en la república romana; los ricos, poseedores de un crecido número de esclavos, privaban á los ciudadanos pobres de todo medio de subsistencia. Craso, el millonario, competia en esta parte con el mas ruin.

zapatero de Roma, disputándole una mezquina ganancia: todas las utilidades que hubiera podido dar el trabajo libre, quedaban estancadas por los poseedores de esclavos. Estos solo pensaban en aumentar sus bestias de trabajo con figura humana; pues con su número crecía su opulencia. De ahí la ruina del comercio é industria entre los Romanos libres, de ahí el haberse prostituido un considerable número de estos á las bajezas del parasismo ó al envilecimiento de la clientela. Roma, colocada entre el hambre y la plétora, conquistadora y mendiga, esperimentó todo el peso de su yerro, sufrió la pena de su posición, ajigantada y ridícula á un tiempo. Sus esclavos finalmente se reconocieron fuertes, estalló la insurreccion.

La sublevacion de los esclavos en Sicilia se asemeja mucho á la insurreccion de Santo-Domingo en los tiempos modernos: plantadores, inspectores, contra-maestres, todos perecieron á los filos de las hoces ó á los golpes de los aperos de labranza convertidos en instrumentos de destruccion. Los esclavos procedentes de todas las naciones del Oriente, separados por unas costumbres y lenguaje distintos, no tardaron en quedar unidos por su comun amor á la libertad y por la voz de un caudillo que, como Mahoma, se suponía elegido de Dios para guiarlos. Los dominadores de todo el mundo, derrotados en varios encuentros, se vieron avasallados por sus esclavos; por cuatró veces fué tomado al asalto el campamento de los pretores; el ejército servil, victorioso, vió luego aumentarse sus filas hasta el número de cuatrocientos mil hombres, habiendo por ambas partes muerto mas de un millon, si hemos de dar crédito á los historiadores, en aquella terrible campaña.

Los escritores latinos, al historiar estos hechos, no pueden ocultar su confusion y el profundo coraje que les anima. Roma, la soberana, se estrelló contra sus esclavos; por dos veces tuvieron los cónsules que retroceder; mas al fin pudo mas la disciplina que la bravura; esta tuvo que ceder, bien que á la larga y tras una lucha encarnizada. Los sublevados prefirieron suicidarse en masa á someterse otra vez á sus antiguos tiranos; ¡muerte heroica á la cual se hubieran prodigado los mayores elogios, á tener historiadores los esclavos! Abrumada la mole servil por el peso de los acontecimientos y la superioridad de una táctica, que habia venido á ser una ciencia, tomó de nuevo sus pesadas cadenas sin quejarse; pero Dios es justo, y sus leyes son, cuanto mas misteriosas, mas terribles. La vida doméstica y las virtudes, que son su mas firme apoyo, quedaron destruidas por los esclavos; el amor, rodeado de una porcion de jóvenes que habia comprado para destinarlas á sus deleites, no se acordaba de tomar una mujer legítima, cuya presencia sirviese de freno á sus vicios y cuyos hijos reprobasen el desenfreno de su conducta, debiendo además partir con ellos sus riquezas y los goces que ellas procuran. Mientras que el trabajo de los esclavos aceleraba

la decadencia de la agricultura y detenía los progresos de la industria, las liviandades de que aquellos eran la causa, debilitaban la sangre y el vigor de los patrios, fomentaban el celibato, depravaban las costumbres y diezaban la poblacion de Roma. Habia llegado hasta tal punto este desenfreno, que un censor confesó en presencia del pueblo que el matrimonio era una institucion molesta, un deber pesado que el buen ciudadano debia cumplir por patriotismo, que debia ofrecer á su pais este sacrificio, este despropio doloroso, pero indispensable.

Habia menguado tan considerablemente, con su indolencia y sus excesos, la poblacion libre, que se creyó necesaria la manumision de esclavos para llenar los vacíos. De ahí fué que en tiempo de los emperadores, la mayor parte de los que se suponian ciudadanos romanos eran descendientes de cautivos. Cuando las terribles discordias civiles de Mario y Sila, este eligió diez mil esclavos, los emancipó y alistó en sus banderas. Los antiguos Quirites solo existian en la historia; la sangre y los hábitos serviles habian invadido todo el imperio. La llama encendida por Euno, caudillo de la insurreccion siciliana, y que con tanta dificultad habian logrado sofocar los Romanos, volvió á inflamarse al soplo de Espartaco. Estableciendo la manumision y mezclando á la mole romana los nietos de los libertos, se habia dejado vislumbrar á aquellos desgraciados que podian elevarse á la dignidad de hombres. El grito de libertad dado por el grande Espartaco fué repetido por los esclavos desde las llanuras de la Campania hasta las de Lombardia, halló eco hasta en las gargantas de las Apeninos, dispertó la indolencia griega, hizo salir de sus encierros á los gladiadores comprados en la Panonia, Galia, España, Africa y Escitia, recordó al bárbaro venido de las orillas del Danubio la libertad y la sombra de los bosques nativos, reunió en fin aquel gran cuerpo de víctimas que, formando una lejon inmensa, se dirigió hácia los Alpes. Jamás hubo insurreccion mas solemne, noble y heroica. Cuatro jenerales romanos tuvieron que sucumbir ante ella; marchaba la inmensa emigracion hácia la Galia, donde la aguardaban vastas llanuras ofreciéndole la esperanza de fundar un nuevo imperio. Roma se veía atacada á mas por otros enemigos, y si se libró de la doble calamidad que la amenazaba, solo fué á fuerza de valor, de perseverancia y enerjia. Ya las nevadas cumbres de los Alpes se ofrecian á la vista de Espartaco, cuando comenzaron los esclavos á desbandarse y á entregarse al pillaje, malogrando de esta suerte todo el fruto de sus esfuerzos.

Entretanto iba realizando la esclavitud en el regazo de la república otra conquista, que si bien era lenta, era por otra parte mas segura; incesantemente entraban en la ciudad esclavos horros que llevaban á ella los usos, ideas y predisposiciones de sus padres. Todas las artes liberales y mecánicas eran profesadas por esclavos, los cuales, confinados á este terreno, habian logrado descollar con su habilidad

inteligencia. Había esclavos músicos, filósofos, gramáticos; pero nada influyó esta circunstancia para que se tuviera en mayor aprecio á los esclavos; pues solo indujo á creer que las luces podían hermanarse con la esclavitud. Miróse como una especie de lujo entre los patricios el poseer esclavos de todas las profesiones posibles, secretarios, bibliotecarios, nomencladores, arquitectos, médicos, carpinteros, albañiles, etc. Craso tenía quinientos albañiles y carpinteros. Veíanse algunas veces ricos mentecatos que compraban á un precio muy subido esclavos de talento, como si hubiesen querido con su dinero ajenciarse aquella dote de la naturaleza. Uno de aquellos necios se había propuesto formar una biblioteca de esclavos. Había organizado una especie de cohorte servil, á la cual había mandado aprender las obras de los poetas griegos. Allí se distinguía la sección de los autores líricos de la de los autores dramáticos, ó de la de los escritores épicos; al uno le pedía una cita de Píndaro; al otro una palabra de Homero, á un tercero algunos versos de Menandro; de esta suerte se complacía en hacer alarde, en presencia de sus amigos, de una ciencia que le pertenecía, pues la había comprado con su dinero. No quería reemplazar su fuerza física con la del esclavo, pero suplía su falta de inteligencia con la del Capadocio ó Arabe.

De este modo se aumentaba la población doméstica; la raza romana iba disminuyendo; pero renovada de continuo por una infusión de esclavos, procuraba aumentar el número de sus servidores, cuyos hijos debían reemplazarlos algún día. Cecilio Isidoro, que descendía de un liberto, dejó, al morir, cuatro mil ciento diez y seis esclavos. Como la mayor parte de amos poseían esclavos de todas las naciones, para el buen régimen de los mismos tenían que crear algunas funciones, tales como la de nomenclador, por contarlos y llamarlos, la de intérprete, que trasmitía las órdenes á tantos bárbaros, rejidos por costumbres y religiones contrapuestas. En tiempo de Horacio, el esclavo ordinario costaba unos mil novecientos reales de nuestra moneda, el esclavo agricultor se elevaba, en razón de su utilidad, hasta cuatro mil quinientos sesenta, y aun hasta cinco mil setecientos reales vellón. El esclavo diforme era un objeto de capricho inapreciable. El pródigo Marco Antonio compró dos niños que le supusieron gemelos, y que eran de una hermosura extraordinaria, por los cuales pagó ciento y noventa mil reales, según Plinio el Antiguo, y doscientos veinte y ocho mil, según Solino. Un bufon costaba once mil cuatrocientos reales; un médico cinco mil setecientos. Apicio pagó por su cocinero sesenta y ocho mil cuatrocientos reales; Sabino dió ciento y catorce mil por dos esclavos eruditos. El filósofo Ciceron realizó mas de siete millones, vendiendo por la mitad del precio sus esclavos de Capadocia, y Luculo sacó mas de catorce millones de la venta de sus cautivos.

¿En dónde no había penetrado el esclavo? ¿A qué no se dedicaba? ¿Qué profesion le era desconocida? ¿Cuál era la posición en la sociedad, por oscura, por oculta que fuese, de que estuviese escluido, ó en que se ignorase la existencia del esclavo? La esclava dirigía el tocador de su señora, servía á los placeres de jóvenes y ancianos, hilaba, cosía, bordaba, preparaba la comida. El esclavo llevaba el escudo del guerrero, las haces del lictor, vendía, era banquero por cuenta de su amo, fabricaba, cultivaba, navegaba, barria, custodiaba los presos, era tejedor, pescador, herrero, zapatero, bailarín y gladiador. En la esclavitud se aguzaba y pulía el entendimiento; Terencio era esclavo, Horacio hijo de esclavo, y Virgilio pertenecía á una familia de libertos; y de todos los escritores romanos, Terencio, Horacio y Virgilio fueron precisamente los que manifestaron un gusto mas delicado, como si el aprendizaje de la miseria y del dolor despejase el talento y diese una flexibilidad maravillosa á las razas de cuya educación se han encargado. Me hallo muy inclinado á creer que si Terencio, el Africano, atribuyó á los dos Escipiones la parte mejor de sus obras, fué aquella una mañosa ocurrencia del hombre de númen, que no quería escitar celos de parte de sus amos, y que se proponía lisonjear su orgullo haciéndoles el presente de su talento y de su gloria. Debía Roma haber reconocido la superioridad intelectual de aquellos hombres envilecidos, en vez de arrojarlos á la picina para servir de pasto á las murenas; en vez de enviarlos á perecer de hambre en una isla del Tiber cuando amenazaba carestía á la ciudad; en vez de castigar con suplicios atroces el respirar, toser, estornudar, el hipo, un jesto hecho en presencia del amo; en vez de acompañarlos á palos al través de la ciudad; en vez de matarlos con un hierro hecho ascua; en vez de matarlos desapiadadamente, cuando el amo había sido víctima de alguna violencia.

¡Qué anomalía! ¡qué situación mas extraordinaria! Por un lado tanto desprecio, tanta abyección; por otro tanta barbarie, tanta atrocidad y furor. Los esclavos, tan necesarios, tan codiciados, comprados tan caros, desempeñaban mas de ciento y veinte funciones distintas en una sola de aquellas familias, y sin que una de aquellas funciones pudiese llenar el inmenso abismo que separaba al amo del esclavo. La naturaleza se desagracia siempre que se la ultraja; la ponzoña de la esclavitud llegó hasta el fondo, penetró hasta la medula del estado, si me es lícito hablar así, estragó las costumbres, desnaturalizó el matrimonio, rompió todos los lazos de familia, ya sumamente debilitados por la facilidad del divorcio. En todos los puntos del globo se habían establecido mercados de esclavos, pues formaban el comercio mas importante de aquella época. Se robaban los niños para venderlos, las mujeres para entregarlas á los deleites mas brutales; á estos incidentes se reducen los argumentos de la mayor parte de las composiciones dramá-

ticas de la antigüedad. En todos los puertos del Euxino habia depósitos de esta mercancía; las caravanas penetraban en la Arabia para volver con un cargamento de hombres robados. Se daba caza á los esclavos en todas las costas del Africa, porque los negros *tenian mucha salida*. En Delos, centro principal de aquel comercio, se habian construido de antemano calabozos para tenerlos encerrados; y su puerto contenia los buques necesarios para embarcar diez mil esclavos en un solo dia. Este tráfico de blancos y negros se ejercia en toda la estension del imperio y hacia la fortuna de chalanes y piratas. Ya la constitucion de Roma habia producido dos razas de hombres inmundos, los parásitos y los clientes; de la esclavitud nacieron los *mangones*, traficantes de carne humana, y que vinieron á ser los corredores de todos los vicios y excesos de Roma, clase que, con los libertos prostituidos á los placeres de los amos y con los eunucos venidos del Asia, consumó la corrupcion del imperio. El Oriente enviaba de continuo á la ciudad eterna una inmensa riada de hombres avezados ya á la esclavitud, de Sirios, Asirios, Etiópes, que insensiblemente fueron acostumbrando á la reina del mundo al despotismo oriental.

El arado y la hoz, abandonados en manos de los esclavos, sembraron la esterilidad en las campiñas de Roma. El esclavo solo servia ya para satisfacer los caprichos de la sensualidad ó para discurrir nuevos vicios; una corrupcion, cuyos infames resultados no pueden mentarse sin faltar á la decencia, se apoderó principalmente de las mujeres, aumentando la ferocidad de sus sentimientos. Un historiador refiere que la mayor parte de las matronas romanas padecian de la gota por haber pujado á los hombres en su desenfreno. A la sed de los deleites se agregaba la sed de sangre. El pueblo queria que para sus recreos se asesinaran en su presencia diez mil gladiadores, ó que en un combate naval se destruyesen dos escuadras tripuladas con quince mil marineros. Entre esclavos no era lícito el matrimonio; pues siendo considerados como instrumentos de libertinaje, les era vedado el poseer virtud alguna. Ya es sabido lo que hacian de sus siervos Tiberio y Heliogábalo. Con tales costumbres se destroncaba el cuerpo, se hacian endebles las razas, menguaba la poblacion, viniendo despues la emancipacion de esclavos á llenar los vacíos. Finalmente el bufon del siglo, Claudio, el esposo de Mesalina, se enseñoreó de aquella turba ruin, compuesta de descendientes de esclavos, ¡y que se apellidaba *pueblo romano*! *Io Saturnalia*, «¡he aquí las Saturnales!» exclamaron las cohortes, cuando les dirigió la palabra el esclavo Narciso.

No tardaron en verse figurar solo esclavos en los primeros puestos de la escena política; esclavos guiaron la mano de Agripina cuando desheredó á su hijo, mató á su esposo y dió el imperio á Neron, al esclavo rey, que era cantor, danzante, artista, gramático, impúdico abyecto como todos sus compañeros. ¿Quién

habia de quejarse de Neron, si era la personificacion de Roma, su simbolo mas cabal? Amigo del esclavo, opresor del libre, bien merecia que los siervos romanos coronasen de flores sus estatuas, como lo hicieron á su muerte. En los reinados de los emperadores que le sucedieron, el Asia, enteramente esclavizada, pobló á Roma de hijos suyos, trasformó las costumbres, y no dejó la menor huella de la antigua república. Heliogábalo y Diocleciano fueron unos verdaderos sultanes. Por fin comenzó, con el Bajo-Imperio, el reinado de los eunucos; y á este afrentoso distintivo de la esclavitud asiática se agregaron luego los dictados de general, ministro, diplomático y héroe.

La venganza de los esclavos no se cinó á la degradacion completa del imperio fundado por sus amos, sino que produjo resultados aun mas trascendentales. Habia ya nacido secretamente la religion de los esclavos y del pobre, el cristianismo. Apoyándose en las simpatías de los desgraciados y en los sufrimientos de los oprimidos, sentó como primer dogma la confraternidad entre todos los hombres. No nos cansaremos de repetirlo: si la enerjía heroica fué la base de las sociedades antiguas, la igualdad es el nuevo principio establecido por Cristo; revolucion que aventaja á cuantas han presenciado los siglos, en cuanto á profunda y sublime. La persecucion que tuvieron que padecer los cristianos, el crecido número de sus mártires, la lentitud del progreso social y la obstinada resistencia del paganismo no deben causarnos estrañeza; porque los cristianos minaban la sociedad en sus ruinosos cimientos, y predicando la castidad, el desapropio, la humildad y el ascetismo, reprobaban abiertamente lo que pasaba en torno suyo, los placeres desenfrenados, el orgullo atroz. Por mas que se matasen cristianos, el número de los que padecian se aumentaba cada dia, y por fin salió triunfante la religion de los desgraciados.

Debilitado por tantos vicios, se presentaba el imperio como presa á los bárbaros del Norte; así fué que Godos, Alanos, Vándalos, Kalmukos y Jermánicos se precipitaron sobre él, llevando consigo la devastacion y el esterminio: eran hijos de los esclavos, y supieron vengar á sus padres.

Si aquellos pueblos hubiesen sido civilizados, su influjo, unido al del cristianismo, hubiera desterrado la esclavitud; mas eran bárbaros, y (ya lo hemos dicho mas arriba) la esclavitud, hija del derecho de conquista, es inherente á todas las naciones no civilizadas. Verificóse entónces el fenómeno mas singular: por un lado, el movimiento de la revolucion cristiana propendia á favorecer la libertad, la emancipacion, los derechos del pobre; y por otro, el movimiento político de la irrupcion bárbara se dirigia á favor de un nuevo poder que enjendró una nueva esclavitud. La accion no siguió á la reaccion, sino que entrambos movimientos fueron simultaneos, no habiendo hasta ahora sido bien examinada por los historiadores la combinacion singular que resultó de

aquella contradiccion. Amos romanos, convertidos en esclavos de los conquistadores, antiguos esclavos romanos que pasaron al poder de nuevos dueños, antiguos esclavos de los Germanos y Godos, unidos á la suerte de sus dueños; sacerdotes cristianos, colocados entre vencedores y vencidos, entre la nacion conquistada y la conquistadora: esta inmensa complicacion llenó toda la edad media y produjo el feudalismo. Estas diferentes gradaciones de esclavitud fueron el orijen de los diversos grados de vasallaje. Era tan arduo destruir la esclavitud, institucion, no solo arraigada en las costumbres de los conquistadores, sino tambien en las leyes de los conquistados, que hasta los monasterios tuvieron esclavos.

Entre los Germanos, estaba en uso venderse para pagar sus deudas, y hasta se llegó á hacer de la libertad un objeto de apuestas. La sociedad estaba acostumbrada á la esclavitud, y es imposible destruir una costumbre por medio de un principio abstracto, por mas fuerte que se le suponga. Logróse tan solo hacer mas llevadera la suerte de los esclavos; el cristianismo, al paso que se iba difundiendo, protejia á los hijos mas humildes de Jesu Cristo. La mejora progresiva en la condicion de los esclavos facilitó el establecimiento de los Comunes. Los desvalidos corrieron á acogerse bajo la proteccion de los fuertes, y hubo un número inmenso de ciudadanos que se declararon vasallos de los monasterios. Hacia el año 1000, el vasallaje era conocido en toda Europa, habiendo ciudades muy considerables pobladas únicamente por esta nueva especie de esclavos. Dividiáanse en varias clases, unos recibian de su señor el alimento y la habitacion, otros le acompañaban á la guerra, la mayor parte estaban agregados á las tierras que les era lícito cultivar en los dias de descanso: esclavos, vasallos, siervos, etc., sujetos al pago de diversos tributos ó censos. La costumbre germánica, segun la cual el compañero de armas igual á su caudillo le prestaba sus servicios en cambio de la proteccion que esperaba de él, aquella jerarquía de desprendimiento, aquel trueque de jenerosidad, lealtad y valor, aquella obediencia que imponia deberes sin envilecer y que establecia clases sin destruir la igualdad, fueron introduciéndose insensiblemente en las costumbres y acabaron por confundirse con la esclavitud, templando su dureza. Esta revolucion inmensa puede considerarse como el orijen de donde han emanado la revolucion francesa, la de América y el haber sido reconocida la igualdad entre los hombres en todas las naciones de Europa. En el número de las causas que mas poderosamente contribuyeron á estos resultados, hay que contar el influjo cristiano, la facilidad con que se llegaba al sacerdocio, á la dignidad de abad, obispo, ó al mismo pontificado, aun perteneciendo á las clases menos distinguidas, la emancipacion de la mujer, ese sér débil que el cristianismo colocó al nivel del sexo fuerte, y por fin el espíritu aventurero, inherente á las naciones invasoras y contrario al espíritu de orga-

nizacion y mando que caracterizaba á los Romanos. Nuestros filósofos han calumniado al feudalismo, y por una contradiccion desatinada, han ensalzado hasta las nubes al Romano, que llegó á poseer veinte mil esclavos, disponiendo de sus vidas á su antojo, y han mirado como opresor al señor feudal, que oia misa rodeado de sus vasallos y los acaudillaba en tiempo de guerra. Entre los Romanos, el abuso del poder, en armonía con el estado social, no producía la mas leve alarma; entre los barones feudales, era combatido sin cesar por el mismo principio de la sociedad, el cristianismo; y por esto fué debilitándose con el tiempo, hasta desaparecer completamente.

En los últimos tiempos del imperio, era tan exajerado, absoluto y sanguinario el uso que los amos hacian del poder sobre sus esclavos, que los emperadores se vieron en la precision de dictar leyes especiales para poner coto á unos escesos que destruian la riqueza mas importante de sus súbditos. El derecho de vida y muerte sobre el esclavo se conservó en la época del feudalismo, pero se usó de él con mucha moderacion. Lo mas frecuente era que el siervo cultivaba una porcion de tierra por su cuenta, pagando cierto cánón en dinero á su señor, lo que puede considerarse como un nuevo grado de emancipacion. En el siglo trece, la muerte dada al esclavo por su amo se castigaba con una multa, que Carlomagno aumentó despues. Por medio de estas lentas mejoras, se llegó progresivamente á la completa destruccion de la esclavitud. Pero otras causas debian hacerla renacer al cabo de poco; el Asia, destinada á vivir eternamente en la servidumbre vino á renovar para la Europa una parte de las antiguas iniquidades. El comercio veneciano restableció en Europa el uso de los esclavos negros, que los Asiáticos preferian á todos los demás, y que aun los Romanos miraban con singular predileccion. Habíase propagado por los pueblos mas católicos y meridionales de la cristiandad la opinion de que todo pagano podia ser justamente reducido á la esclavitud; vinieron las cruzadas y dieron nueva fuerza á tan absurda preocupacion. Es pues evidente que las tendencias opresivas y tiránicas y la propension al despotismo no pueden estirparse jamás en el corazon humano, que es imposible ahogar á esa bestia feroz, que vuelve á erguir la cabeza en todos los períodos de la historia y lucha victoriosamente contra la civilizacion que sin cesar la acosa.

Los Ingleses y los Germanos, en su orijen, fueron reducidos á esclavitud por los Sajones, que procedían de la misma cuna. Todos los historiadores concuerdan en que durante la heptarquía, las tres cuartas partes de la poblacion británica eran esclavas. Igual sujecion experimentaban en la época de la dominacion danesa y en la de la normanda, con la sola diferencia de que la barbarie normanda presentaba cierto viso de heroismo. La primera escena del *Ivanhoe*, novela escrita por Walter Scott, ofrece un fiel retrato de un siervo sajón de aquellos tiempos remotos. La mayor parte

de los Ingleses pobres vendian sus hijos á los Irlandeses, los cuales los empleaban en las faenas de la labranza. En el reinado de Enrique II, un sínodo irlandés vedó terminantemente este tráfico; la Inglaterra se ha desagaviado despues bien completamente. « En frente de la costa irlandesa, dice el antiguo cronista Guillermo de Malsenbury, existe una ciudad inglesa, llamado Bristol. Su puerto ofrece á menudo un espectáculo triste y singular. Despues de haber recojido en toda la Inglaterra un cargamento de esclavos, se embarcan los habitantes con su mercancía y se hacen á la vela con rumbo á Irlanda. Hasta llegan á vender sus propios hijos; ¡infamia execrable! Atados unos á otros con cadenas y cuerdas, madres é hijos, con todo el atractivo de la juventud y de la hermosura, aguardan llorando un comprador. Semejante infamia, de que se avergonzaria un pagano, la están tolerando los cristianos. »

Las costas de Inglaterra á la sazón eran exactamente lo mismo que ahora las costas de Guinea; por donde se ve que la esclavitud no es una escepcion, sino una mancha oriñinal, el resultado forzoso de la barbarie de las naciones. Hacia mediados del siglo catorce, comenzó á jeneralizarse el trabajo libre. Ya los monarcas, proponiéndose convertir sus vasallos en defensores de sus tronos, y contrarestar con este nuevo ejército el formidable poder de los señores feudales, colmaban á aquellos de inmunidades y franquicias; ya estos mismos señores, sea por olvido de sus intereses, sea por jenerosidad, favorecian la emancipacion universal. Las predicaciones del clero continuaban la obra del cristianismo; y hubo algunos reformadores que, dirijiéndose al pueblo, ponderaron los buenos efectos que podian esperarse de la libertad. Finalmente advirtieron los señores que exijiendo de sus vasallos un tributo ó cánón, conseguian ventajas que no podia compensar el trabajo forzado de los esclavos. De todas estas causas reunidas se formó una reunion de costumbres que vino á terminar la fundacion de los Comunes y su emancipacion definitiva. No se crea que el progreso de las reformas fué regular y simultaneo en todas las naciones; la Italia, muy adelantada en la senda de la civilizacion, vió debilitarse la esclavitud en el siglo doce y desaparecer enteramente en el quince. En Alemania, la mayor parte de los campesinos eran libres á fines del siglo trece. En 1315, Luis X, rey de Francia, emancipó todos los esclavos de sus dominios.

Mas esta revolucion habia sido muy lenta y hecha mas bien por las costumbres que por las leyes, descubriéndose sus vestijios en todas partes. La revolucion de 1789 los hizo desaparecer completamente del suelo francés. Por la misma época y sin convulsiones violentas, otras rejiones de Europa lograron destruir igualmente aquellos afrentosos residuos. En Prusia fué abolida la esclavitud á fines del año 1739. De la Bohemia y de la Moravia desapareció en 1783, y en 1785 del gran ducado de Baden. No obstante, todos

los idiomas europeos presentan hoy dia el sello simultaneo de la esclavitud asiática, de la etiqueta bizantina, del feudalismo jermánico y del vasallaje. El *muy humilde servidor* dimana del feudalismo; el *señor, don*, abreviatura de *domnus ó dominus*, equivalen al respetuoso saludo siríaco *rabi*; los titulos de *majestad, alteza, poderoso señor* son otros tantos restos de la etiqueta bizantina. De esta suerte los idiomas de las naciones conservan vestijios de la historia mucho tiempo despues de haber desaparecido los hechos que los motivaron.

Entre los diferentes pueblos de Europa existia casi un perfecto equilibrio; es decir, ninguna nacion, por poderosa que fuese, se hallaba respecto de las otras en aquella posicion de superioridad avasalladora que necesariamente trae consigo la esclavitud. El descubrimiento del Nuevo-Mundo varió aquella situacion. Los nuevos pueblos que habitaban aquel continente inmenso, sometidos al principio por la fuerza de las armas, y despojados despues de su patria, tuvieron que sujetarse al yugo inevitable de una civilizacion mas avanzada, que ni podian comprender ni rechazar. Peruanos y Mejicanos corrieron, respecto de los Españoles y Portugueses, la misma suerte que los esclavos respecto de los Tártaros y los Chinos respecto de los Mogoles. Aquellos pueblos debilitados y envilecidos perdieron la enerjía y el vigor necesario para el cultivo de los campos y el laboreo de las minas; fué preciso buscar esclavos que los reemplazasen, y el Africa se encargó de proporcionarlos. Allí jamás ha salido la sociedad del estado de la mas completa barbarie: todos los prisioneros que se hacen en las eternas guerras que se tienen declaradas los pequeños soberanos del Africa, se convierten en esclavos; los Portugueses fueron á comprar algunos de aquellos cautivos y los trasportaron á sus colonias; de esta suerte comenzó el tráfico de negros. Fecha de fines del siglo quince, de la época precisamente en que la esclavitud estaba espirando en el Antiguo-Mundo.

El ingenioso y cruel subterfujio, que consistia en presentar á los negros como miembros de distinta raza, como hijos de una familia maldita, inferior á los blancos y destinada á servirles, tuvo una aceptacion universal. El célebre obispo de Las-Casas, al defender la causa de los Peruanos, se ciñó á atacar á los negros, á costa de los cuales aconsejaba á los reyes que procurasen aliviar la suerte de sus súbditos del Nuevo-Mundo. Estos eran débiles, y los negros robustos, por donde se adoptó un cambio que era muy favorable á los intereses de los dominadores, Fernando el Católico hizo trasportar en 1511 á los dominios trasatlánticos un número considerable de negros comprados en las costas de Africa. En 1516, un Flamenco obtuvo de Cárlos V el privilejio de importar anualmente en las Indias Orientales españolas cuatro mil negros. Los Españoles fueron los Romanos de la edad media para el mundo entero; dedicados esclusivamente á la guerra, abandonaban á las otras nacio-

nes los afanes de la industria. El sistema de esclavitud convenia perfectamente á sus miras; así fué que el tráfico de esclavos tomó en aquel tiempo una extension extraordinaria. El Flamenco de que hemos hablado traspasó desde luego, mediante la suma de cinco mil ducados, su privilegio á un Jenovés, que fué el primero que dió una organizacion regular á aquel tráfico infame. En el espacio de tres siglos, mas de cuarenta millones de negros fueron arrebatados de las costas africanas, vendidos para el laboreo de las colonias y trasportados á diferentes puntos. En la travesía morian ordinariamente veinte por ciento, y esta mantanza regularizada á nadie alarmaba ni escitaba el mas leve escrúpulo. El comercio de esclavos se hacia abiertamente, era mirado como lícito y estaba reconocido por todas las naciones. La diferencia de color parecia una justificacion suficiente para los blancos, los cuales con la blancura de la tez creian haber recibido de la naturaleza una ejecutoria de nobleza y el derecho de destruir las razas negras. A nadie le ocurría que hubiese en esto algo de reprehensible, sino que al contrario todos á porfía se dedicaban á este tráfico lucrativo, habiendo promovido su monopolio las mayores rivalidades. Los Ingleses tomaron en él una parte activa desde el año 1562; Sir John Hawkins desembarcó en las costas de Guinea, cojió un centenar de negros que andaban errantes por la orilla, los obligó á subir á bordo de la embarcacion *el Jesús* y los llevó á la isla de Santo Domingo, á la sazón llamada Hispaniola.

Acababa de ofrecerse al comercio inglés un inmenso venero de riqueza que su actividad procuró explotar. Jacobo I concedió á una compañía el monopolio del tráfico, monopolio que fué renovado en los reinados de Carlos I y Carlos II, á pesar de la oposicion eneral del comercio, que sostenia que ninguna clase de ciudadanos tenia derecho para estanciar aquel ramo de industria. En 1698 fué abolido el monopolio, y en 1689, la España se obligó por un tratado á ceder á los Ingleses el derecho de proveer de esclavos la Jamaica. El tratado de Utrecht, firmado en 1713, contiene la cláusula que estipula á favor de la Inglaterra el privilegio de importar anualmente en las colonias cuatro mil y ochocientos esclavos negros.

Antes de fines del siglo diez y ocho se habia apoderado la Inglaterra de los tres cuartos del comercio de negros; ciento y cincuenta ó doscientos de sus buques se ocupaban esclusivamente en su trasporte, y el mundo cristiano parecia haber escogido el pabellon británico para factor universal de tan abominable tráfico, que no obstante cada año producía mayores ganancias. Hasta 1797 sus negreros habian trasportado mas de cuarenta mil esclavos cada año; desde aquella época se aumentó el número, y subió ordinariamente á cincuenta y cinco mil, y algunos años á setenta y cuatro mil. Los Ingleses tenian por competidores á los Holandeses, los cuales sin embargo solo habian llegado á llevarse de las costas de Africa diez mil

negros al año. La Francia, nación menos comerciante, apenas tomaba parte en aquel tráfico abominable, cuyos principales sostenes fueron la Inglaterra, en un principio, y despues España, Portugal y Holanda. Todas las colonias fueron cultivadas por manos esclavas. En 1620, un buque holandés desembarcó en Virginia, en la ciudad, á la sazón poco considerable, de James Town, los primeros negros que pisaron el suelo de la América septentrional. En 1671, el Maryland tuvo igualmente negros; y por una acta colonial se procuró fomentar su importacion; en el mismo año algunos emigrados de las Barbadas introdujeron en las dos Carolinas el régimen de la esclavitud, que la metrópoli protegia decididamente con la esperanza de obtener mayor actividad en el cultivo y mas abundancia de productos: ilusion que se apoya en datos enteramente falsos. El trabajo del esclavo apenas equivale á la mitad del trabajo del hombre libre.

De esta manera fué arrojado en la América septentrional el primer jermen de aquella plaga que actualmente amenaza destruir sus instituciones. La esclavitud se avenia muy poco con las costumbres patriarcales de sus habitantes; los cuáqueros (*amigos*), fundadores de la Pensilvania, fueron los primeros en reprobarla; su fe religiosa descansaba en el dogma de la igualdad de los hombres, y de la América del Norte, imbuida en sus doctrinas, fué de donde partió la señal de la gran cruzada contra la esclavitud. Desde el año 1783 pidieron su abolicion; Wilberforce les prestó su apoyo; mas aun no era llegado el tiempo; el interés, el mas poderoso de todos los móviles, ahogaba la voz de la conciencia y de los remordimientos.

Ya en 1772 habia dado la Inglaterra el primer paso hácia la emancipacion de los negros. Habiendo James Somersett, esclavo de Virginia, acompañado á su amo á Inglaterra, como quisiese este llevarle otra vez á Jamaica para venderlo, una decision judicial, provocada por el célebre lord Mansfield, declaró que en Inglaterra no habia esclavos, y que James Somersett habia dejado de serlo. «¡El pié que pisa nuestro suelo es libre!» exclamó con este motivo el poeta Cowper. Mas no por esto cambió la suerte de los negros en las colonias; todos los esfuerzos del gobierno se habian dirigido hasta entónces á poblar de esclavos las posesiones inglesas; pero estas tentativas, contrariadas á menudo por los colonos, comenzaban á producir sus frutos. Los estados del norte se habian mostrado constantemente hostiles al establecimiento de la esclavitud, como lo prueban la peticion de la Virginia en 1733, las actas de su legislatura desde 1699 hasta 1778, los derechos que impuso á la venta de los esclavos y su proscripcion definitiva, la repugnancia no menos fuerte de la Pensilvania y de la Nueva Inglaterra, la blandura con que siempre habian sido tratados los negros en el Masachusets, la cual, sin destruir la esclavitud, la habia despojado de su repugnante iniquidad y le habia sustituido una

domesticidad casi parecida á la de otros países. Las leyes de Moisés servían de código fundamental á los mas rijidos calvinistas emigrados á la América septentrional, y suavizándolas un poco, ensayaron la aplicacion de los preceptos del mosaismo á la situacion de sus negros. En el año 1745, en el Masachusets la proporcion entre blancos y negros era de uno á cuarenta: en 1758, en todo aquel estado habia 2,700 esclavos, de los cuales 1,200 pertenecian al condado de Suffolk.

Nadie diria sino que la sagacidad americana ha previsto los riesgos á que esponian su porvenir los progresos de la esclavitud; pues los anales de los Estados-Unidos están llenos de medidas que propenden á desarraigaria ó debilitaria. Habiendo el capitán Smith llevado á Boston dos negros que habia arrebatado de las costas de Guinea, fué severamente reprendido, castigado con una multa y obligado á volver los dos negros á Africa. Desde 1701 hasta 1710, las provincias del Norte clamaron altamente contra ese tráfico; Antonio Benezet, cuáquero, consagró su vida entera á rescatar esclavos, á escribir en favor suyo folletos que veían la luz pública en Inglaterra, y á minar por sus bases tan infame comercio. Gage y Hutchinson, gobernadores nombrados por la metrópoli, hicieron cuanto estuvo en su mano para neutralizar los esfuerzos de los cuáqueros; finalmente, cuando las colonias sacudieron el yugo de la Inglaterra, se dejó sentir con mas fuerza que nunca el movimiento contrario á la esclavitud, movimiento que partia del norte. El coronel Bigelow, preguntado si queria vender un esclavo, contestó: «¿Puedo vender un hombre yo que defiende la libertad con las armas en la mano?» El estado de Masachusets declaró en su constitucion que todos los hombres eran iguales, quedando de consiguiente abolida en él la esclavitud, igualmente que en el New-Hampshire y en el Conecticut. No obstante, los estados del Sur continuaban poseyendo esclavos que constituian su riqueza: y desde 1783 á 1788, al regularizar la América septentrional la independencia que acababa de conquistar, halló un poderoso obstáculo á sus proyectos en la situacion encontrada que presentaban los estados que tenían esclavos y los que no los tenían.

En esta época fué cuando las ideas filosóficas vinieron á despertar á la Europa de su letargo; Montesquieu, Juan-Jacobo, Voltaire, Filanjeri, Raynal, Jovellanos, Bernardino de Saint-Pierre, Wilberforce, Burke, Cowper, Pitt, hijo de Chatam, concitaron la execracion pública contra el tráfico de esclavos, desde todos los puntos de Europa. Tomás Clarkson, menos célebre, pero digno con todo del mayor aprecio, empleó toda su fortuna y tiempo en la propagacion y triunfo de las máximas de libertad universal. Fueron necesarios mas de veinte años para que todos los hombres de talento de Europa, dirigiéndose á todos los corazones jenerosos, llevasen á cabo su empresa, que no está terminada todavía: su único ene-

migo es la codicia, mal entendida sin duda, pero poderosa y llena de rabia.

Contra la esclavitud claman las leyes, no solo de la humanidad, sino aun las del interés. El esclavo cultiva mal, fabrica mal y cuesta mas que el obrero libre. Si, á fuerza de los mas duros tratamientos, se logra arrancarle abundantes productos, es imposible hacer que en su trabajo ponga cuidado y obre con exactitud. Nunca se propone adelantar, ni adquiere aquella especie de intelijencia que de todo saca partido y mejora sin cesar. En lugar de pagarle una suma determinada de trabajo, es menester pagarle continuamente, alimentarle, ó si no, pierde sus fuerzas; hay que curarle y conservar su salud, ó si no, quedan comprometidos los intereses de su amo. Cuando niño, cuesta mucho y nada produce; cuando viejo, es igualmente una carga. El trabajo carece de estímulo, de emulacion, de atractivo y de esperanzas para él; por esto se ve al esclavo postrado en la indolencia y en la lujuria. El buey y el caballo de que dispone, esclavos que maltrata á su vez, se deterioran en sus manos, sin recibir de él aquella especie de penetracion y sagacidad que el obrero libre sabe comunicar á los animales que emplea: los atropella y mata solo por vengarse.

Al paso que el espectáculo de esos hombres desmoralizados y sumidos en el estado del mas rematado embrutecimiento endurece y deprava el corazon de sus amos; pierden estos los frutos y adelantamientos que les proporcionaria una industria libre. Puede verse en Columela lo mucho que padecieron las artes y la labranza entre los Romanos con la adopcion de la esclavitud; las artes liberales y mecánicas exigen una atencion sostenida, una sagacidad perseverante, el mas vivo interés, y se las habia abandonado á la hez del jénero humano, procurando al mismo tiempo mantener aquella hez en la mas completa estancacion. Véase por otra parte lo que han venido á ser las manufacturas desde que se ha apoderado de ellas el trabajo libre. Ni se reduce todo á esto: el Africa ha experimentado tambien por rechazo los funestos efectos de la esclavitud. Los reyes bárbaros de aquel continente solo se han curado de hacer esclavos para venderlos; y cuando la suerte de la guerra les ha sido aciaga, han vendido sus propios súbditos; los padres han vendido á sus hijos, y los hijos á sus padres. Los piratas han devastado las costas africanas para apoderarse de algunos negros que estaban seguros de vender ventajosamente. No hay atrocidad, inmoralidad, violencia ni crimen que de tres siglos á esta parte no haya fomentado el tráfico de negros á la faz del mundo entero.

Nadie ha sometido la democracia americana, y menos la situacion de los esclavos en los estados del Sur á un análisis mas juicioso y severo, que Mr. de Tocqueville. Su admirable obra sondea hasta lo mas profundo la llaga que corroe á la América libre. Esclavo, sin familia ni patria ya desde el vientre de su madre,

sabiendo ya desde aquel momento que no se pertenece á sí propio, escluido ó arrojado para siempre de la civilización europea á causa de su color; cuerpo y alma postrados sin cesar delante de unos amos que odia y admira; avergonzado de sí mismo, del color de su tez, de sus formas y de su existencia: he aquí el retrato fiel del negro en los Estados-Unidos. En el día existen mas de dos millones y trescientos mil de esos hombres derramados por todo el suelo americano, siendo horros los trescientos mil, y los demás esclavos. Los libertos son todavía mas embarazosos que los esclavos. En el Norte, á proporcion que las leyes son mas favorables á los negros, se les vuelven mas contrarias las costumbres. Si un negro quisiese usar de sus derechos, votar en las elecciones, ser miembro del jurado, seria probablemente apaleado. La preocupacion de raza subsiste aun en toda su fuerza en aquellos mismos sitios en que el código ha destruido las desigualdades sociales. El matrimonio entre un blanco y una negra no ocurre jamás. En el Sur, las negras pueden entregarse á todos los excesos del libertinaje; se les permiten todos los vicios, pero no les es dado aspirar al tálamo de un blanco. Aquí la opresion está en las costumbres, allá en las leyes.

En vano las provincias que poseian orijinariamente pocos esclavos daban á las demás el ejemplo de una prosperidad desconocida á aquellas donde estaba en vigor la esclavitud; todos los esfuerzos que se habian intentado para desterrarla eran vanos. En balde se veia por una parte la orilla izquierda del Ohio, cultivada por esclavos, ir decayendo á pesar de la feracidad del suelo, y la orilla derecha, donde solo se admitia el trabajo, del obrero libre, desplegar todos los recursos de la civilización; aquí plantadores indolentes, aristócratas soberbios y groseros corriendo en pos de los placeres y del bullicio; allí colonos activos y afanados en el trabajo, creando manufacturas, fábricas y caminos de hierro: dos razas de hombres separadas por diferencias profundas; y que deben los matices contrapuestos de sus caracteres á la existencia ó no existencia de la esclavitud. Una vez depuesto el jermen en el suelo, ha tomado el desarrollo natural. A medida que el Norte, enemigo de los esclavos, los arrojaba de su seno, iban dirigiéndose hácia el Sur; allí, debajo de los trópicos, es donde va reuniéndose la mole de negros americanos; el extremo sur servirá de teatro á la crisis por la cual debe pasar la América. El negro emancipado no tiene una esperanza, un lugar señalado en la sociedad europea; á nada tiene apego, carece de hogar, de templo, de familia, la esclavitud era preferible para él, por esto es tan excesiva la mortalidad de los negros. Desde 1820 hasta 1831 murió en Filadelfia un negro por veinte y un libertos, no muriendo mas que un blanco sobre cuarenta y dos. Por lo visto, aquella raza va desapareciendo del Norte; y en el oeste apenas es conocida, concentrándose, ciñéndose toda la cuestion de la esclavitud en los trópicos, donde el Euro-

peo cultiva muy penosamente el algodón, el tabaco y la caña de azúcar; y el negro se entrega todo el día, bajo los ardores de un clima abrasador, á las faenas mas pesadas, sin que peligre su vida. En el espacio de cuarenta años han aumentado los negros de los estados del Sur en la proporcion de 112 por 100; y los blancos en la proporcion de 80 por 100. En 1830, los estados que no tenian esclavos contaban 120,520 negros sobre 6.565,434 habitantes, y los estados donde aun existia la esclavitud, 2.208,102 negros sobre 3,960,814 habitantes. Esta proporcion, que sobrecarga al Sur de esclavos negros y los destruye en el Norte, es progresiva y reciente.

La lucha, que no puede menos de empeñarse entre los blancos y negros del Sur, apenas deja adivinar sus resultados. Los negros, sea cual fuere su número, serán arrollados, segun toda apariencia, por la enorme mole de naciones blancas que los rodean, desde las riberas del Atlántico hasta el Misuri, desde la Virginia hasta el Canadá. Si el vínculo federal viniese por fin á romperse, ¿este rompimiento daria á los negros, en caso de proclamarse independientes, alguna esperanza de salvacion? ¿El brioso despecho de esta raza le prestará nuevas fuerzas? ¿Podrá formarse un imperio negro en las orillas del golfo de Méjico? Mil azares incalculables pueden modificar los hechos que sirven de bases á estos problemas. Como quiera, la certeza de una colision futura y el éxito dudoso del combate llenan continuamente de terror la imaginacion de los Americanos. Hase formado una asociacion filantrópica con el objeto de trasportar á Africa en el séptimo grado de latitud norte una colonia llamada Liberia, de donde son escluidos los blancos, y á donde se envian todos los negros que se logra rescatar. La colonia tiene su capital llamada Monrovia, sus tribunales, sus instituciones representativas, y hasta sus periódicos, redactados é impresos por negros.

¿No es un espectáculo verdaderamente singular el que presentan los Europeos afanados en trasportar negros de la América al Africa, despues de haber pasado tantos años en trasladarlos de las costas de Guinea á las Indias y á América? ¿No es extraño verlos tan embarazados con su conquista, tan cruelmente lastimados por la planta que habian aclimatado en su pais con la esclavitud? La existencia de algunos grandes estados africanos en Abisinia y Egipto no es un problema; mas en los tiempos modernos, ni Santo Domingo convertido en Haiti, ni Liberia fundada por la América filantrópica, pueden servir de dechado de civilización negra. El anatema primitivo de la esclavitud parece que persigue eternamente á las razas que la adoptan ó toleran; la sangre de los blancos y la de los negros no han producido aun con su mezcla resultado alguno notable; y Méjico y el Perú, llenos de esa poblacion mestiza, luchan todavía con languidez en el fondo de un abismo de muerte y desastres. Transportar unos hombres avezados á la esclavitud,

arrojarlos á una costa desierta, darles periódicos, un parlamento y un jurado negro, es una idea atrevida y verdaderamente digna de la temeridad americana. ¿Puede tener buen éxito? Las sociedades ¿no se fundan mas bien por medio de sus progresos que por una trasplatación súbita? ¿No es mas probable que el Africa absorberá en su barbarie este débil jérmén civilizador? ¿No tienen los negros de Liberia mas puntos de semejanza con sus antiguos compatriotas que continúan vendiendo sus hijos en la costa, que con los Estados Unidos que los arrojan de su seno? Y en esto ¿gana algo la América? Cuanto mas esclavos estraiga, tanto mas aumentarán de precio. En doce años los filántropos americanos se han desembarazado de dos mil y quinientos negros; mas en el mismo espacio de tiempo, han nacido unos setecientos mil solo en los estados de la Union.

Ultimamente, un miembro de la familia de Bonaparte, Mr. Aquiles Murat, en la actualidad ciudadano de los Estados Unidos, no ha temido defender dos tesis á las cuales ha dedicado un volumen impreso en Londres y en Boston, y que es un compendio de todas las preocupaciones mas vulgares de la América septentrional; por una parte la necesidad de la esclavitud como base gubernamental de los Estados Unidos, y por otra la de la estincion total de la raza india. Sin ocuparnos de los argumentos que emplea contra los desventurados Indios, nos ceñiremos á esponer en pocas palabras los de que se vale contra la raza negra. Segun él, es inferior á nosotros en intelijencia, es ignorante y cobarde. La ignorancia de una raza á la cual está vedado todo jénero de instruccion se esplica de suyo. Para sentar que Dios la ha hecho inferior á la nuestra, seria preciso olvidar la civilizacion del Egipto y de la Nubia, seria preciso permitir al Africano en el pais nativo el libre desarrollo de su civilizacion. En cuanto á la cobardía, Santo Domingo y la Jamaica nos prueban lo contrario; los negros marrones se defendieron con estraordinaria valentía: fué preciso presentarles un mortero que los aterró: entónces ya no quisieron resistir á lo que ellos llamaban «el cañon que trae un cañoncito en el vientre.» Aun cuando se lograra probar la inferioridad actual del Africano en cuanto á las facultades intelectuales, ¿no es por ventura sabido que las razas, conforme van civilizándose ó degradándose, estampan en sus facultades y en las de sus descendientes un perfeccionamiento ó menoscabo progresivo?

Con efecto, lejos del clima de Africa, lejos del sol que ha bronceado su piel é inflamado la sangre de sus venas, esos hombres de otro mundo pueden menoscabarse y perder, como se deteriora y pierde el Europeo en medio de los arenales del Africa. ¿Y quién nos ha dicho que aquella forma que tanto repugna á nuestra delicadeza, que aquel rostró negro, aquella frente aplastada que tanto nos disgusta, que todos aquellos caracteres de una raza estraña no sean particularmen-

te adaptados á las márgenes del Nijer y á la latitud de Tombuctú? Si América y Europa se encuentran hoy día tan embarazadas con sus esclavos negros, ¿quién no ve que todo esto es un castigo de un yerro antiguo? ¿El último vástago de la Europa, el pueblo mas adelantado en la ciencia del bien estar, el pueblo americano de los Estados Unidos, está sufriendo ahora la pena de un delito cometido en el siglo diez y seis, y nada mas justo; la sociedad americana descansa toda sobre la libertad, y una contradiccion tan manifiesta no puede dejar de ser un peligro incesante y una calamidad lamentable.

Los efectos morales de la esclavitud no se han estudiado con toda la debida detencion. Si empobrece mas al amo que al esclavo, aquel es tambien el que mas queda profundamente depravado. En nuestras colonias, como entre los antiguos Romanos, la esclavitud ha corrompido enteramente la vida doméstica. Aquellas mismas negras, miradas con tanto desprecio, son las que alimentan con una leche esclava á los hijos de los plantadores. Los negros tienen que obedecer todos sus antojos, sin que les quede otro consuelo, otra felicidad que los placeres sensuales; así es que siempre van en busca de ellos. En sus manos está la educacion de los blancos, á quienes dan las lecciones mas funestas. Los negros, que jamás reciben un elogio, una caricia, una palabra de gratitud, una recompensa, no tienen otro medio de granjearse el afecto de los blancos que su condescendencia con todos los vicios. Nada se oculta á sus miradas, se les reputa inferiores, menos aun que hombres. Mediadores sin escrúpulos, encargados de todas las comisiones de corrupcion y de todos los servicios infames, no pueden aspirar á desempeñar un papel en la sociedad, sino como instrumentos de degradacion moral.

¿Qué hará ese hombre de su libertad? ¿Qué uso hará de sus derechos? Si le emancipais, ¿qué azote para la sociedad! El presidiario, despues de cumplida su condena, no es la mitad tan peligroso como el negro hecho igual á los Europeos, sin conocer de Europa mas que los vicios, y embrutecido por la ignorancia en que se le ha procurado tener sumido. En las Indias Occidentales y en América es la esclavitud una úlcera que la sociedad no puede curar y de que no sabe cómo deshacerse. En Méjico y en el Perú, la poblacion mulata es un lazo que une las dos razas, sin que se sepa dónde comienza la blanca y dónde acaba la negra. El pueblo es enteramente criollo, quedando así salvados los principales riesgos de la *juxta-posicion*. Mas en todos los puntos donde las razas viven separadas, aisladas, en la enemistad, donde un orgullo invencible se opone á su fusion, donde cada dia va creciendo el odio; se preparan acontecimientos terribles, cuyas resultas serán diversas, aunque ahora se presenten lejanas. En los paises donde la poblacion negra se halla estrechada, oprimida, abrumada por la blanca, perecerá. Si por el contrario, aquella domina

y va tomando desmedido incremento, es difícil, por no decir imposible, no predecirle un triunfo cierto en un espacio de tiempo dado.

En las Antillas inglesas, los negros, esclavos no ha mucho, y medio emancipados ahora, se van agolpando al rededor de la poblacion blanca. El medio mas sensato que seguramente puede adoptarse es irlos ilustrando progresivamente, proporcionarles la instruccion necesaria para que un dia no abusen de su fuerza, civilizarlos antes que llegue el momento de la crisis que les revelará su preponderancia. Como el número es el que determinará la esplosion, y nada es capaz de detener el movimiento de una poblacion que los mismos amos han fomentado como un ramo de su riqueza; si por desgracia la mole negra fuese ciega, brutal, feroz, y estuviese animada de la sed de venganza, es temible que se renueven un dia las horribles escenas de Santo Domingo. Pero ¿de qué modo emplearán los negros el nuevo poder que se les confiere y que no se pondrá en sus manos sino gradualmente? Nada es mas difícil de predecir. Las leyes que ha votado el parlamento, y que tan obstinadamente han sido rechazadas por los propietarios, apenas han recibido un principio de ejecucion. El acta para la abolicion de la esclavitud fué puesta en planta en 1834; y los datos que llegan á Europa, dictados por intereses distintos, no son unánimes, concordando apenas en algunos resultados. Los gobernadores y demás autoridades se felicitan de los pocos obstáculos que se les han opuesto; y los colonos y plantadores no ven delante de sí mas que desolacion y ruina.

Con todo la reconstruccion de las colonias inglesas no ha bastado á desterrar la esclavitud; los enormes sacrificios que la Inglaterra ha hecho á este objeto no han borrado aun esa marca de degradacion humana. Mientras subsista el tráfico en algun punto del globo, no habrán cumplido su mision los filántropos ingleses, habiéndose reducido todos sus esfuerzos solo á arruinar parte de las Antillas. En Africa continúa aun con éxito el tráfico de hombres, los indígenas rehusan dedicarse á otro, y cuando no pueden despachar su mercancía, ahogan en los rios ó en el mar millares de cautivos, ó los reservan para los sacrificios que ofrecen á sus divinidades. Lander y todos los viajeros modernos atestiguan esas atrocidades: el cebo de la ganancia es la causa que los induce á semejante proceder. En efecto, el número de buques negreros apresados desde 1831 á 1835 prueba que en esta parte nada ha variado. Unas veces los negros se echan al mar con sus cadenas y abrazados unos con otros, otras veces, como sucedió en el bergantin *Rodeur*, pierden la vista ó son arrojados al mar; la prision del entrepuente está siempre igualmente apestada; allí están hacinados en la inmundicia niños, viejos y mujeres, pareciendo cual una masa sólida con los asquerosos escrementos de que están rodeados. Este era el estado del *Pesengano*, decomisado en 1833, cuya jaula para los esclavos no tenia mas que veinte y ocho pulgadas de elevacion;

¡en aquel reducido espacio tenian que moverse los desgraciados Africanos!

El bergantin español *la Cristina*, apresado en 1831 con 348 esclavos, habia perdido en la travesía 132 á causa de los estragos que habian causado las viruelas en tantos hombres amontonados en un mismo lugar. El *Midas*, bergantin tambien español, llevaba al principio 562 esclavos, pero en el acto de la detencion solo se le encontraron 400, que últimamente quedaron reducidos á 369, á causa de los suicidios y de una epidemia que se declaró entre ellos. La goleta brasileña *la Mensajeira* tuvo que desembarcar y abandonar en tierra sus 363 esclavos que le iban muriendo de diferentes enfermedades. Sobre cubierta de la *Apra*, que no tenía mas que treinta piés de largo y once de ancho, se llegó á hacinar cincuenta y cuatro esclavos, aun sin contar los once marineros de la tripulacion; fué llevada á Sierra Leona y sin nada. El negrero francés *la Jeune Estelle*, á quien un buque inglés daba caza, encerró doce negros en cubas y los echó á la mar. El comandante del *Louis*, buque del mismo pabellon, encerró sus esclavos en una de las mazmorras de la sentina, donde murieron cincuenta, pero volviendo á tierra, fué muy tranquilo á comprar otros cincuenta. «Nada tan comun, dice el capitán Hayes (estas noticias son todas posteriores al año 1832) como el ver á una negra parir junto al cadáver de su padre ó hermano, ó á un hombre espirando al lado de una mujer; las cadenas de los negros no están unidas por candados, sino remachadas; así que es muy frecuente que un vivo esté encadenado con un muerto cuya putrefaccion se halla muy adelantada.» La *Veloz Pasajera*, célebre embarcacion española, habia, en 1833, tomado á bordo en Africa 562 esclavos, de los cuales tuvo que echar á la mar 55 entre hombres y mujeres en una corta travesía de diez y siete dias. En un buque que habia salido de Bahia, se olvidó el mudar por agua potable el agua de mar de que estaban llenas las cubas; y murieron todos los esclavos que iban en la embarcacion.

El medio de seguridad que comunmente adoptan los negreros cuando ven que se les da caza, es arrojar todos sus esclavos á la mar, habiendo procurado asegurar el cargamento de antemano. En 1829, fueron comprados en Africa y trasportados al Brasil 74,653 esclavos. En el mismo año fueron desembarcados en la Habana mas de 13.000; respecto de las demás colonias nos faltan datos, bien que se puede suponer que á lo menos fueron vendidos en ellas 15.000 esclavos. He aquí sacrificados en un año 100,000 seres de nuestra especie, de los cuales se puede contar que murieron en la travesía diez por ciento cuando menos. Desde enero de 1830 hasta fines de junio del mismo año, fueron comprados en Africa para ser importados en el Brasil 47,000 negros, y de estos murieron 3,520. El cólera, que en 1833 diezmo la poblacion negra de Cuba, y á mas la abolicion de la esclavitud en las posesiones inglesas, dieron un fuerte impulso á aquel

horroroso comercio: en los primeros quince meses que siguieron á aquellos dos acontecimientos, surcaron los mares 170 buques negreros, llevando cada uno cuatrocientos esclavos por lo menos.

Ahora bien; aun rebajando el número de esclavos comprados en Africa á cincuenta mil anuales desde aquella época, resulta que cada año mueren 3.000 seres humanos, esto es, ocho ó diez cada día, víctimas del tráfico infame. ¿Y en esto han venido á parar tantos esfuerzos? ¿La Inglaterra solo habrá comprometido la existencia de sus colonias para enriquecer á los negreros de otras naciones, agravar el peso de la esclavitud, escitar á los capitanes de los buques dedicados al tráfico á arrojar el cargamento á la mar al primer asomo de peligro, aumentando de esta suerte el valor de aquella mercancía! ¿Qué son las leyes humanas, de qué sirven los acuerdos mas justos, si se cree que todas las declaraciones filantrópicas, todas las disposiciones del parlamento se reducen á ofrecer una prima á los negreros? Las ganancias del propietario de una embarcación que contiene 484 negros y los lleva á su destino, son de unos 180 por ciento; con tal pues que de tres de sus embarcaciones llegue una sola á puerto, nada pierde. Mas si en lugar de una sobre tres, se calcula que once sobre doce se libran de los riesgos de la travesía, entónces, contados el premio del seguro y todos los demás gastos y desembolsos, el descuento que deba hacerse en las ganancias del negrero no pasará del doce y medio por ciento. Hay convivencia constante entre las autoridades de algunas naciones, los traficantes de esclavos y los amos que quieren vender sus aprendices ó negros emancipados por la ley nueva. Los negreros condenados por los tribunales (*Mixed commissions*) son puestos en libertad poco tiempo despues de haber sido presos, mediante una corta gratificación.

La superabundancia de la población negra se presenta cada día mas amenazadora, merced á la estension que se ha dado al tráfico; en 1829 habia en el Brasil 2,500,000 negros, la mayor parte del sexo masculino, diez veces mas robustos que los blancos, cuyo número era solo de 850,000. Esta proporcion ha cambiado sin duda, aumentando la superioridad numérica de los negros. Estos comienzan ya á sentir la confraternidad del infortunio, y bajo el nombre de *Malungoes* han formado una coligación ofensiva y defensiva. La España es seguramente la que tiene menos que temer; porque

la población blanca de sus colonias es numerosa y fuerte; pero ¿el ejemplo de Santo Domingo no es tambien allí un motivo de continua zozobra?

La libertad á medias, concedida á los negros por la Inglaterra, agrava aun mas aquella situación. ¿Si los negros se insurreccionasen en algun punto de las colonias españolas ó portuguesas, ¿no podrán contar con un asilo cierto y con el apoyo de las colonias inglesas? Es necesario, ó que todos los estados de Europa se pongan de acuerdo para abolir la esclavitud, ó que el contacto de las colonias que tienen esclavos con las que no los tienen sea causa de espantosas catástrofes. Es preciso que todos los gobiernos, por una resolución unánime, igualen al pirata al capitán del buque negrero; si, justo es que, despues de haber entregado al azar la vida de tantos de sus semejantes, mire espuesta su propia vida. Aplíquese al propietario del buque la misma pena que al capitán, en vez de dejarle impune como hasta aquí, porque ahora un contrato especial y anticipado le pone siempre á cubierto de los resultados posibles de una aprensión. Solo con estas medidas lograrán las naciones cristianas ver cerrada la carrera sangrienta que miran con unánime horror.

De otra suerte, el tráfico de negros, en lugar de ceder á los esfuerzos de los legisladores, no hará mas que emigrar, mudar de esfera, hacerse mas temible que nunca, enriquecer á esta ú otra nación, y despues de haber absorbido los capitales inmensos que se han sacrificado con la esperanza de desterrar la esclavitud, aniquilar á la mitad del comercio inglés con las Indias Occidentales. Este traspaso del poder comercial traería en pos de sí la traslación de la pujanza marítima, la cual pasaria toda á manos del único pueblo capaz de rivalizar con la Gran Bretaña, los Estados Unidos. Por fin, la ruina y empobrecimiento de las plantaciones inglesas completarian la desmoralización de los esclavos, les quitarían toda esperanza de civilización y adelantamiento, poblarían aquellos puertos, ahora tan ricos y florecientes, de piratas y salteadores negros, y precipitarían las colonias inglesas en la mas rematada barbarie. Los buques negreros, en vez de dar la vela para el Africa, irían á proveerse en aquellas guaridas; la Gran Bretaña, la nación mas rica é ilustrada de Europa, recibiría un golpe mortal; el Africa quedaria desagraviada, no hay duda, pero heriria mortalmente la civilización, la humanidad y la justicia.

BELLAS ARTES.



APUNTES SOBRE UNA NUEVA ESPECIE DE VOZ CANTADA.

El mundo filarmónico de París recuerda sin duda con qué entusiasmo Duprez fué oído por la vez primera en el teatro de la Grande Opera; pues realmente causaba asombro oír una voz tan estensa, enérgica y sonora como la suya; que confundía á fisiólogos y artistas, porque el método de aquel cantante se apartaba enteramente de las teorías de la ciencia y del arte. Desde aquella época una turba de jóvenes artistas, confiados en cojer su fruto en el campo tan halagüeño, aunque estéril por otra parte, de la gloria y de la fortuna, adoptaron el nuevo método. Enriquecióse con él la música; pero la fisiología, único juez competente para explicar el mecanismo y fenómeno del método indicado, había guardado silencio hasta poco que se ha llenado este vacío con un interesante trabajo cuyo extracto vamos á presentar.

Dos especies bien distintas se reconocían en la voz cantada: la voz de pecho, y el falsete. La fisiología no está bastante adelantada respecto del último, y las teorías que hasta ahora han presentado los sabios que se han dedicado á este asunto, pueden mirarse como hipótesis mas ó menos inciertas. En cuanto á la voz de pecho, puede ser producida por dos mecanismos bien diversos: uno empleado en todos tiempos y analizado por todos los autores clásicos, y el otro de origen reciente, no explicado hasta el día. A esta voz nueva se ha dado el nombre de opaca, término impropio, al que sería preferible el compuesto de *tenor grave*.

TEORIA DE LA FORMACION DE LA VOZ EN EL TENOR GRAVE, O VOZ OPACA.

Cuantos fisiólogos han estudiado de un modo especial los fenómenos de la fonación han comparado la larinje ó cañon de la garganta á algun instrumento. Sin embargo de esta diversidad, el instrumento que se ha reconocido mas análogo al aparato vocal es el estrángul ó lengüeta con que se tocan el bajon, oboé y otros instrumentos de aire, y que tambien llevan los cañones de órgano. Efectivamente, en la larinje, para subir uno ó mas puntos, pónense en ejercicio tres condiciones: 1ª. angostura mas considerable de la

glótis (ó gallillo) y encojimiento de sus labios, siendo la una resultado de otra: 2ª. subida de la nuez de la garganta, que es traída hácia arriba y produce así el acortamiento del tubo vocal: 3ª. mayor empuje de la corriente de aire; y de la propia suerte para subir uno ó mas tonos en un instrumento de estrángul, es preciso juntar mas los labios para disminuir el diámetro del tubo que la corriente de aire debe enfilar, y empujar esta misma corriente de aire con mayor fuerza.

Esenciales son en el canto ordinario las tres condiciones que acabamos de indicar, pero en la voz opaca, solamente dos son indispensables para producir el mismo resultado; por manera que, para dar una nota aguda, en vez de tener que levantar la nuez, encojer su abertura y respirar fuertemente, el cantante que recurre á la voz opaca conserva la larinje inmóvil. Ya se deja ver cuán favorable es este método á la suspension escénica. La exactitud de estas observaciones resalta aun mas cuando se comparan diversos artistas segun su modo particular de asiento en unos mismos pasajes elevados; y convenciéndonos de que el método adoptado por algunos les obliga á tomar posturas viciosas, conoceremos que les son rigurosamente necesarias.

Formándose pues la voz opaca mediante dos de estas condiciones en vez de tres, ya se deja conocer que las dos solas habrán de emplearse con mayor fuerza. Además, para conseguir el uso de esta voz se requiere mucho trabajo y fuerza. Con efecto, la experiencia prueba que en el canto producido por la voz opaca, los músculos que toman insercion en la ternilla tiroides entran en un estado de tirantez estraordinaria, el pecho necesita inspirar una gran porcion de aire para poderlo espirar con fuerza, y la constriccion jeneral de todos los músculos estrínsecos de la larinje permite á las cuerdas vocales ponerse tirantes sin aumentar de longitud. Fácil es comprender cuán fatigoso debe ser para toda la garganta el uso de esta voz.

Respecto á la acumulacion de aire en el pecho y á la espiracion enérgica de este flúido, será obvio convenirse de que así pasa, observando un cantante que emplee la voz opaca. Durante los pasajes animados y rápidos

dos, estará incómodo, tendrá que tragar mucho aire, especialmente antes de una nota muy alta, formará un rato de pausa, muchas veces á costa de la frase musical y gramatical, y no estará verdaderamente á gusto sino en los trozos fuertes y majestuosos que le consientan respirar despacio.

En la voz comun dijimos que la larinje puede compararse á un instrumento de estrangul, como por ejemplo el oboé, comparacion que, como todas las pruebas relativas á este punto, son debidas á Mr. Magendie, quien es quizá, entre todos los fisiolojistas, el que mas experimentos ha hecho sobre esta materia. Pero esta comparacion se ananada respecto á la voz *opaca*, por cuanto en ella el tubo vocal no varia de dimension, y debe compararse esta especie de voz á un instrumento por cuyo medio se producen notas agudas con los labios mas ó menos aproximados y con una recia espiracion. Está por demás advertir que en los instrumentos de estrangul, como el oboé, bajon, etc., la aplicacion de los dedos representa la prolongacion ó acortamiento del tubo.

La intensidad del sonido en la voz *opaca* depende particularmente de la celeridad de la corriente de aire espirado y de la anchura del tubo vocal, pero hay un tercer elemento que tambien puede contribuir á que se aumente la intensidad del sonido en este jénero de voz, y es la dilatacion de la cavidad de la boca, lo cual da al extremo del tubo vocal una disposicion á manera de trompa ó bocina. En la voz comun, la produccion de notas muy agudas precisa á quedar con la boca entreabierta, y en rigor, es cosa natural, puesto que para la produccion de semejantes notas la cabeza se inclina un poco atrás, y la quijada inferior se dirige arriba y adelante, con el fin de traer hácia sí la nuez del cuello que debe sufrir un movimiento de ascension. Al contrario, en la voz *opaca*, estando inmóvil la larinje, la quijada inferior podrá bajarse, la abertura de la boca por consiguiente será mayor, y las notas agudas tendrán una fuerza y una intensidad mucho mas considerables que en la voz comun, pues la anchura del tubo vocal concurre poderosamente á la intension de los sonidos. Los críticos, que han afeado esta abertura de la boca, señaladamente en ciertos pasajes de *Guillermo Tell*, no han atinado en que, segun el método del cantante, era indispensable esta disposicion de la boca para dar á los sonidos elevados aquella enerjia y poder verdaderamente eléctricos.

Hablemos ahora del metal de la voz *opaca* y su uso músico, y del jénero mixto de voz *opaca*.

Difícilísimo seria dar una teoría exacta y cabal de los diferentes metales de los sonidos; y en este caso hay que recurrir á las perifrasis, ó establecer comparaciones. Así pues, ciertamente hay en la voz *opaca* un metal particular que se diferencia esencialmente de la voz clara, pudiéndose decir que el metal de la primera es menos agudo, menos hueco, menos rechinante que el de la segunda. En un cantante que no

haya hecho largo estudio de la voz *opaca*, se repara en tal voz que hay algo disfrazado é incompleto, una cosa que denota un esfuerzo penoso y un resultado artificial.

Si la formacion de los sonidos, y especialmente la de sus diversas modificaciones, debe referirse principalmente á la abertura del gallillo y á la disposicion del tubo vocal, se concebirá la diferencia que hay entre la voz clara y la *opaca*, pues ya dejamos patentizado cuanto difiere el mecanismo de *oscurecer* la voz del de producirla en la otra forma.

Es un hecho este que cada cual puede comprobar, porque con un poco de ejercicio es posible llegar á producir la voz *opaca*. Para ello es menester habituarse á mantener derecha la cabeza, y aun inclinarla un poco adelante, en vez de treparla atrás, pues encojiéndose fuertemente los músculos del cuello, y estando estrechada con intensidad la glótiis, se ejecutará una espiracion fuerte, poniendo cuidado en provocar sobre todo las notas elevadas, porque en lo alto del diapason es donde la *opacidad* queda bien manifiesta y es realmente característica. Con efecto, cuanto mas baja el tono, mas se aproxima á la voz clara, en vista de que en este jénero de voz la elevacion de la larinje no se verifica especialmente sino para la produccion de las notas elevadas, y hasta habrá nota que sea igual en ambas voces; y será aquella que para ser cantada con voz clara exija de parte de la larinje la misma posicion que cuando se halla dispuesta para la voz *opaca*.

La mayor parte de los artistas que hoy cultivan la voz *opaca* esperan hallar el medio de llegar con ella á notas agudas, que de otro modo no podrian alcanzar. A nuestro parecer, este es un error que seria bueno destruir, pues el *oscurecer* puede servir únicamente para convertir en perceptibles y enérjicos unos sonidos que, sin tal medio, serian desapacibles y chillones. No obstante para resolver definitivamente esta cuestion seria útil oír el dictámen de algunos artistas acreditados; y por ahora procuraremos dejar sentado el hecho de un modo positivo, porque hemos mirado la cuestion bajo un punto de vista mas bien fisiológico que músico.

Reflexionando sobre cuanto se ha dicho anteriormente acerca del mecanismo de la voz *opaca*, se comprenderá cuanta prudencia y estudio pide su empleo. Producida esta voz por un violento esfuerzo de espiracion, resulta que aumenta de intensidad conforme se eleva, en cuyo caso suele volverse dura y fatigosa, tanto para el auditorio como para el cantante. Además, si el artista carece de un pecho capaz de grandes esfuerzos, se espondrá á no poder sostener largo tiempo la misma nota, y á pesar suyo bajará de tono. Entonces se halla en el caso de emplear el *oscuro mixto*, es decir, una voz que participa á un tiempo de la *opaca* y de la clara. Gracias á esta feliz combinacion, Rubini tiene en sus manos el cetro del canto, y es muy de desear para el arte y para el público que este

inimitable artista conserve largo tiempo todavía una corona demasiado grande y pesada para todas las pequeñas cabezas que la ambicionan.

Entre los tenores que emplean la voz clara, fácilmente se echa de ver que el metal varía en cada individuo: la voz opaca, por el contrario, presenta un metal mucho más uniforme, y que casi es el mismo en todos los cantantes. Por eso, después de haber oído varios tenores de la nueva escuela, se ha solido decir: «Esta voz recuerda la de Duprez.» Por tanto si el metal de la voz opaca viene á ser uno mismo en todos los artistas, servirá de grande auxilio á los que en la voz clara tienen ciertas notas incompletas ó desagradables al oído. Con el uso de la voz opaca ganará su voz en intensidad y estension, por cuanto les saldrán bien notas que, cantadas con voz clara, habrían sido mal sonantes.

Ya hemos dicho que la voz opaca mixta requiere, á causa de su mecanismo especial, un estudio aparte; mas por este método hay que conocer una cosa, y es que la voz pierde en gracia, dulzura y flexibilidad cuanto gana en poderío y majestad. Habiendo una compensación con corta diferencia igual entre las ventajas é inconvenientes de las voces clara y opaca, sería de desear que los jóvenes cantantes se habituasen á estos dos jéneros de voz. La voz opaca da al canto más energía, pero le priva de mucha parte de su espedición: la voz clara tiene menos fuerza, pero adquiere esta ventaja tan luego como se hace indispensable la vivacidad. La primera tiene cierta lentitud y solemnidad: la segunda ofrece más facilidad en su modo, más delicadeza en sus formas. En aquella, el sonido es lleno, aunque un poco apagado; en la otra, es estrepitoso, pero enflaquecido. La una arrebatada y encadena con su poder: la otra halaga y hechiza por su flexibilidad. Finalmente, si es cierto que la expresión de la música debe estar siempre en armonía con los asuntos que interpreta, quizá se pudiera establecer que la voz opaca parece hecha más bien para nuestras grandes escenas líricas, y la clara para la ópera cómica y el romance.

Concluyamos con que el descubrimiento de la voz opaca es un verdadero servicio hecho al arte, y su uso puro ó mixto es una bella conquista para el teatro. Mas ¡ay! toda medalla tiene su reverso, y todo está

combinado de tal manera en la naturaleza, que siempre el dolor viene á colocarse al lado del placer, el mal al lado del bien. En la cuestión que nos ocupa, la higiene nos enseñará que son de temer algunos resultados desagradables, ya para la voz misma, ya para el conjunto de las funciones de la economía. Cuando un cantante, que usa la voz opaca, quiere desplegar súbitamente una dilatada potencia vocal, tiene que reunir una gran cantidad de aire: entónces el pecho se ensancha y eleva, el cuello se entumece, las venas del mismo se ponen tirantes y bien señaladas, los ojos se encienden, y el rostro se anima de una viva coloración que atestigua el violento esfuerzo necesario para la producción del sonido. Si se dilata semejante estado ó se repite á menudo con cortos intervalos, ya se concibe qué cansancio deberá resultar para el cantante, y qué desórdenes consecutivos pueden producir en el pecho y el cerebro la dificultad de la circulación venosa y la llenura de los vasos capilares.

Pero lo que todavía disgusta más es la alteración de la voz. A consecuencia de un uso demasiado largo ó esclusivo de la voz opaca, se experimenta un calor detrás de la tabla del pecho, y en especial, una especie de embarazo en toda la parte anterior de la garganta. Este embarazo, inevitable resultado de una contracción demasiado fuerte ó demasiado larga, se hace casi habitual, originando verdadero entorpecimiento en la producción de los sonidos, sucesivo aumento de la molestia, y aun dolor, hasta que por fin la completa impotencia reemplaza á la dificultad. Desagradable es anunciar un resultado que parece inevitable en ciertos casos; pero nos apresuraremos á decir que no obstante hay muchos medios de alejarlo, y hasta de evitarlo de todo punto. Para ello es preciso cultivar simultáneamente la voz clara y la voz opaca, emplear ora la clara, ora la opaca mixta, y reservar la *opaca* pura para los grandes trozos, que exijan potencia y energía. A este feliz manejo debe Rubini la conservación de su bello talento.

Si en las teorías arriba anunciadas hubiere alguna cosa incompleta, creemos que la observación y el tiempo serán capaces de suplir á lo imperfecto de estas teorías.

EPISODIOS DE LA VIDA DE UN NATURALISTA.

Aventuras, descripciones y escenas de la naturaleza (1).

I.

EL LEÑADOR DE LAS FLORIDAS.

La mayor parte de las selvas de la Florida oriental consiste en lo que en el idioma del país llaman *landas de pinos*. En efecto, el arbolado es en ellas bastante claro y se reduce á algunos pinos de mala calidad, debajo de los cuales crece un césped mezquino, entremezclado de trecho en trecho con el palmito y otras matas silvestres. El terreno es arenoso y jeneralmente llano, y por lo mismo queda cubierto de agua en la estacion de las lluvias. En estío y otoño es insoportable el calor en aquellos lugares, sin embargo de los charcos de agua estancada que se encuentran de vez en cuando, á los cuales acuden á apagar su sed el ganado y los animales monteses que abundan allí en gran manera.

El viajero que ha andado algunas millas por aquellas landas, se halla agradablemente sorprendido cuando á lo lejos descubre un sombrío grupo de encinas ú otros árboles, que dirian fueron plantados de intento en medio del desierto. A medida que va acercándose, respira un aire mas fresco y saludable, viene á alegrar sus oídos el canto de numerosas aves, la yerba adquiere un verdor mas hermoso, las flores presentan mayor lozanía y colores mas brillantes, y el mas delicioso perfume se derrama por todo al ambiente. Reanimada su imaginacion con la vista de aquellos objetos, ya le parece que apaga la sed en las aguas del cristalino arroyo que oye murmurar dentro del bosque, ya levanta la cabeza y ve la vid, el jazmin y la biñonia formando festones, correr de un árbol á otro, y enlazar amorosamente sus flexibles tallos. Apenas el viajero ha dado fin á su comida, sentado á la encantadora sombra de aquellos árboles, cuando descubre algunas cuadrillas de hombres lijeramente vestidos, los cuales se acercan armados de sus hachas, le saludan alegremente y dan principio á su trabajo, porque acaban de levantarse tambien de la comida.

Me figuro estar viendo los trabajar: aquí se adelantan dos de ellos y se colocan uno á cada lado de una an-

tigua y corpulenta encina; sus relucientes y afiladas hachas parece que la atacan en vano, tan pequeños son los pedazos de corteza que á cada hachazo caen sobre sus estensas raices cubiertas de musgo. Mas allá otro se encarama á un tronco ya inclinado, cuyas ramas mas elevadas se han atascado con las de los árboles vecinos. Mirad con qué cuidado va trepando, con los pies descalzos y un pañuelo atado á la cabeza. Llega por fin á una elevacion de cuarenta piés, detiénese entónces, y colocándose de modo que pueda blandir el hacha formidable, descarga repetidos golpes sobre el coloso que luego habrá partido en dos. Cambia de posicion y descarga nuevos hachazos. Ya las dos partes del tronco dividido no se sostienen mas que por una hebrilla en extremo delgada. Asegura sus piés en la parte inferior y la hace bambolear con toda su fuerza. El rey de la selva oscila con aquellos saltos y sacudimientos, cede repentinamente, y al desplomarse hace repetir al eco el estruendo de su vuelco. A este ruido responden con su cloquéo los pavos silvestres. El leñador entre tanto permanece tranquilo en su puesto, pero un momento despues arrojala segur al suelo, y asiéndose de la enredadera que tiene mas cerca, se desliza hácia bajo.

Entonces se acercan algunos hombres á examinar la encina derribada, descantillan sus dos estremidades y tientan toda la corteza para ver si adolece de la gangrena blanca. Si desgraciadamente esto hubiese sucedido, la dejarían allí uno ó dos siglos hasta que se desmenuzase enteramente; mas si está sana, es derecha y no presenta señal alguna que indique que la savia habia ya subido, se dedican á medirla. Despues que han estudiado bien su forma y le han ajustado modelos, empieza el trabajo de los leñadores. Todos los

(1) Hemos tomado estos episodios de los preciosos escritos del ornitólogo americano Mr. Audubon, que va alternando su historia de las aves con relaciones interesantes. Ya en el MUSEO DE FAMILIAS se ha dado á conocer á sus lectores el nombre de Mr. Audubon, presentándoles algunos fragmentos de su primer volumen. Acaban de publicarse otros tres, y de ellos irémos entresacando algunos trozos y los insertarémos en las sucesivas entregas de nuestro periódico.

bosques de las Floridas sufren seguramente cada año un ataque como este; y como sucede con frecuencia que la gangrena blanca ó alguna otra enfermedad ha deteriorado la calidad de la encina, el suelo se ve cubierto de troncos desechados, contribuyendo esto á que abunden menos estos árboles preciosos. El número de encinas tiernas que con su caída destruyen las mas añejas, es muy considerable; y, no habiendo en este país ninguna plantacion artificial, dentro de poco una encina será un renglon muy buscado. Segun he tenido lugar de observarlo yo mismo, los encinares no son tan abundantes como ordinariamente se cree; podría dar de ello una prueba.

Me hallaba yo el día 25 de febrero de 1832 en las orillas del rio San Juan en compañía de un sujeto destinado por el gobierno para proteger las encinas de aquellos lugares, por cuya comision cobraba un sueldo crecido. Mientras estábamos paseando á lo largo de aquel rio singular, mi compañero me enseñó algunas arboledas que habia en la ribera opuesta, diciéndome que todas eran encinares. Me pareció que se equivocaba, suscitóse entre los dos una disputa y le propuse que nos hiciéramos llevar en un esquife al sitio donde pudiésemos examinar los árboles y sus hojas para decidir la cuestion. En un momento nos vimos en la otra orilla; despues de haber inspeccionado el terreno, hallamos que habia carrascas á millares; pero ni una sola encina para carpintería; mi compañero confesó su equivocacion, y yo continué buscando aves.

Una tarde estaba sentado en las orillas del mismo rio y me hallaba muy embarazado con los preparativos que debia hacer para pasar la noche, porque comenzaba á llover á mares; cuando vi venir hácia mí un hombre, el cual me convidó á pasar á su choza, que, me dijo, no estaba muy lejos. Acepté tan afectuoso ofrecimiento, y le seguí á su morada. Allí encontré á su mujer, sus hijos y algunos hombres, que eran leñadores como mi huésped. La cena estaba servida en una estensa mesa y escitaronme á que me sentase entre los convidados. Consentí gustoso y por mi parte hice lo posible por disminuir el contenido de las cazuelas de estaño y de las fuentes que iba colocando simétricamente delante de nosotros la alegre y hacendosa ama de casa. Estuvimos hablando del país, su clima y producciones hasta una hora muy adelantada, nos acostamos por fin sobre pieles de oso y descansamos hasta el día siguiente.

Quise acompañar á aquellos valientes leñadores al bosque donde cuadraban encinas para un buque de guerra. Armados de hachas y fusiles y dejando la casa al cuidado de la mujer y sus hijos, caminamos algunas millas al través de una landa de pinos como la que he descrito al principio. Matamos un soberbio pavo silvestre, y cuando llegamos al lugar de la explotacion; encontramos otra cuadrilla que nos estaba aguardando. Un cocinero negro habia preparado el desayuno para todos; y le entregamos el pavo para que nos lo diera usado al mediodía.

El almuerzo no desmerecia la reputacion de los celebrados desayunos de Kentucky; componíase de vaca, pescado, patatas y otras legumbres, sirviéronnos además café en tazas de estaño, y galleta. Toda aquella buena jente tenia un apetito que hizo honor al banquete. El buen humor presidió á la conversacion y todos los rostros respiraban alegría. Todos, menos el cocinero, volvimos al bosque, que ya habia visto con placer, prometiéndome un espectáculo halagüeño. Mi huésped era el capataz de todos aquellos trabajadores, y aunque llevaba tambien su hacha como los demás, no se servia de ella sino para levantar acá y acullá un pedazo de corteza á los árboles cuya calidad le parecia dudosa. No solo era muy hábil en su oficio, sino instruido además en otras muchas cosas; él fué quien me proporcionó los siguientes pormenores que fuí escribiendo en mi cuaderno de apuntes.

Los hombres que se dedican al cultivo de las encinas empiezan por levantar una choza con ramas de árboles para dormir allí durante la noche y comer de día. Sus provisiones consisten en vaca, tocino, patatas, galleta, harina, arroz, pescado y escelente whisky (aguardiente). Son por lo mas hombres sanos, robustos, laboriosos, venidos de las provincias orientales de los Estados Unidos, y que cobran muy buenos salarios segun su capacidad. Sus trabajos solo duran algunos meses. Escójense desde el principio los bosques mas cercanos á los rios navegables, y cuando es absolutamente necesario, se trasporta la encina á la corriente mas inmediata para enviarla mas fácil y directamente á su destino. El tiempo mas adecuado para la explotacion de la encina es la estacion que comienza en diciembre y acaba en marzo, ó cuando la savia ha bajado enteramente. Solo ojos ejercitados saben conocer la gangrena blanca que con tanta frecuencia deteriora la encina; consiste en manchas redondas, de una pulgada y media de diámetro sobre la corteza exterior. Aquellas manchas cubren una parte blanda, al través de la cual se puede hundir un palo algunas pulgadas adentro hasta el corazon del árbol ó á lo largo del tronco: son tan engañosas y es tan difícil conocerlas, que cuando no se entiende bien el oficio, se derriban millares de árboles que despues se hace forzoso abandonar. A juzgar por los troncos que cubren el suelo, cualquier extranjero pensará que el país da muchas mas encinas útiles de lo que generalmente se supone, mas en la realidad hay que rebajar sin duda tres cuartas partes.

Los leñadores se van ordinariamente á sus casas á pasar el estío, y al acercarse el invierno vuelven á las Floridas. Algunos, no obstante, se trasladan allí con sus familias, y permanecen en aquel país muchos años seguidos, aunque les perjudique el clima, que es muy contrario á su constitucion. Mi huésped era de este número, así como el hombre del cual voy á referir una aventura.

II.

EL HOMBRE ESTRAVIADO.

Un leñador que trabajaba junto al río San Juan dejó su cabaña, situada en la orilla del mismo río, partió con el hacha al hombro, y dirigióse hacia el paraje donde ejercía su oficio de derribar y cuadrar los árboles gigantes que dan la mejor madera para la arquitectura naval.

En la estación mas propicia para aquella especie de trabajos, una espesa niebla cubre con frecuencia todas aquellas comarcas, de modo que es difícil divisar objeto alguno á treinta ó cuarenta pasos de distancia, y á cualquier lado que uno se vuelva, el bosque por otra parte ofrece tan poca variedad, que cada árbol parece una copia exacta de los demás. La yerba, cuando no ha sido quemada, crece tan alta, que es imposible mirar por encima: por donde se hace preciso andar con mucha precaucion por no desviarse de la senda mal trazada que se sigue. Para mayor dificultad sucede á menudo que se cruzan muchos senderos; y entónces, á menos que el explorador esté muy familiarizado con aquellos sitios, mejor le será detenerse, echarse en el suelo y aguardar á que se disipe la niebla. En tales circunstancias, los mejores leñadores se hallan espuestos á estraviarse por algun tiempo; y me acuerdo de haberme yo mismo arriesgado en el bosque, persiguiendo á un cuadrúpedo herido que me llevó muy lejos de los caminos trillados. Habia el leñador caminado algunas horas, cuando comenzó á notar que debia de estar mas allá del lugar donde acostumbraba detenerse. En el momento en que iba despejándose la niebla, advirtió con el mayor asombro que el sol estaba ya en la altura de medio día, sin que pudiese reconocer ninguno de cuantos objetos le rodeaban.

Jóven, robusto y activo, creyó que habia caminado mas á prisa que de costumbre, y que habia dejado tras sí el lugar á donde se dirigia. Dió la vuelta y tomó otra direccion, guiado por un débil rastro. Iba pasando el tiempo, y el sol seguia recorriendo el horizonte. Vióle declinar hacia el occidente; y en derredor todo permanecia como envuelto en un velo misterioso. Árboles que contaban siglos de existencia cruzaban sus estendidas ramas sobre su cabeza; la espesa yerba crecia por todas partes; ni un solo viviente le salia al paso, todo permanecia en silencio; venia á ser el espectáculo de un sueño monótono y triste de la rejion del olvido. El leñador caminaba tambien errante como una alma solitaria que ha atravesado el país de las fantasmas, sin encontrar un sér de su especie á quien dirigir una palabra.

La situacion de un hombre perdido en los bosques es mas cruel de lo que pudiera imaginarse. Para formarse de ella una idea, es preciso haber pasado por alguno de sus episodios. Al principio se cree reco-

nocer cuantos objetos se descubren, y cuando con la mayor ansiedad vamos buscando otros que puedan servirnos de guia, nos estraviamos mas y mas á medida que adelantamos. Esto mismo le sucedió al leñador. El sol, al ponerse, tenia aquel color rojizo que pronostica el intenso calor del día siguiente; sus rayos, apagándose por grados, no dejaron por fin en el firmamento mas que un gran disco de fuego. Millares de insectos, alegrándose de su partida, poblaron el aire zumbando, las ranas salian de las aguas cenagosas donde habian estado ocultas durante el día, la ardilla se retiraba á su madriguera, y el cuervo á su rama nocturna; y la bronca voz de la garza real anunciaba su vuelta á las yerbas del lago. No tardó en resonar el bosque con los ásperos gritos del buho, y la brisa que se deslizaba por entre las columnas vegetales llegó cargada de gotas de un rocío helador. ¡Y la luna no derramaba su plateada luz sobre aquella escena sombría! El leñador se tendió en el húmedo suelo, y ya no trató de arrastrar mas lejos su cuerpo postrado de fatiga. La oracion es un consuelo para el hombre en las circunstancias mas arduas y azarosas. El leñador elevó á Dios su corazón, é implorando para su familia una noche mas feliz que la que él iba á pasar, aguardó á que amaneciera con agitacion calenturienta.

No es difícil adivinar cuán larga le parecería aquella noche helada, monótona y sin luna. Con la aurora volvió la niebla tan comun en aquellos climas. El infeliz leñador se levantó, y con el corazón lleno de tristeza emprendió otra vez la marcha, esperando descubrir algun objeto que le fuese familiar, aunque realmente apenas supiese lo que hacia. Ni la menor señal desenda se ofreció á su vista, y no obstante, cuando el sol apareció en el horizonte, calculó las horas de día que le quedaban, y apresuró el paso cuanto le fué dable al través del bosque; pero salieron vanas todas sus esperanzas. Todo aquel día se pasó en inútiles esfuerzos para hallar otra vez el camino de su morada, y cuando volvió nuevamente la noche, el terror, que iba siempre en aumento, la fatiga, la zozobra, el hambre y una debilidad nerviosa le redujeron casi á la desesperacion; me aseguró que en aquellos momentos se habia golpeado el pecho y mesado los cabellos. A no ser por los sentimientos de religion que en la niñez le habian inspirado sus padres, hubiera maldecido su existencia. Acosado por el hambre, se arrojó al suelo y se alimentó de las raices que crecian en torno suyo. Esta segunda noche redobló sus terrores y angustias. «Conocia mi situacion, me decia él, y estaba bien persuadido de que, á menos de venir en mi socorro el Todopoderoso, habia de morir necesariamente en aquel desierto. Habia andado mas de cincuenta millas sin haber encontrado un arroyo en que apagar la sed, ó á lo menos calmar el ardor que abrasaba mis secos labios y mis ojos enrojecidos. Sabia que si no hallaba algunas gotas de agua, debia perecer, porque el hacha era mi única arma. En

vano se levantaban á corta distancia de mí los osos y venados: me era imposible matar uno. Me hallaba en medio de la abundancia sin poder proporcionarme un solo bocado con que satisfacer el hambre horrorosa que me acosaba. ¡Ah! señor, Dios os libre de hallaros jamás en un apuro semejante!»

A fuerza de sufrimientos llegó á perder la memoria de cuanto le habia sucedido. «Dios al fin, me dijo, se compadeció de mí, haciéndome encontrar una tortuga. Yo la contemplaba enajenado de gozo, y aunque no ignorase que si queria seguirla sin precipitarme, ella me llevaria á alguna corriente de agua, el hambre y la sed no me permitieron aguardar un momento en devorar su carne y apurar su sangre. De un hachazo partí el animal en dos pedazos, y al cabo de algunos instantes no me quedó mas que la concha. ¡Ah! ¡con qué amor di gracias á Dios que se habia dignado enviarme aquella presa! Hallábame muy fortalecido. Sentado junto á un pino, levanté los ojos al cielo, me acordé de mi pobre esposa y de mis hijos, renové mis acciones de gracias, y mas confiado que antes, me pareció que no podia tardar en hallar un camino y mi ansiado albergue.»

Toda la noche permaneció el leñador al pié del árbol debajo del cual habia comido. Algo repuesto por algunas horas de sueño, emprendió otra vez su penosa marcha; el sol era ardiente, y el leñador procuró seguir la direccion de las sombras. No obstante, iba á caer nuevamente en su desesperacion, cuando descubrió un raton agazapado debajo de la yerba. Levantando el hacha, la descargó con tal violencia sobre el animalito que lo mató al primer golpe. Con él hizo lo que habia hecho con la tortuga. Continuó despues, no me atrevo á decir su viaje; porque si bien conservaba el uso de todos sus sentidos, se hallaba mas embarazado que un ciego que en los corredores de una cárcel anda á tientas buscando una salida que no conoce.

Pasaron dias y dias; semanas y mas semanas. El leñador se alimentaba unas veces de cogollos de palmito, otras de ranas y serpientes, pareciéndole siempre delicado todo lo que comia. Sin embargo iba poniéndose flaco y estenuado, hasta que al fin apenas podia andar. Cuarenta dias, segun sus cálculos, habian transcurrido, cuando llegó á la orilla del rio. Sus vestidos estaban enteramente destrozados, su hacha, en otro tiempo tan brillante, estaba tomada del olin, su barba y cabellos revueltos y sucios, su cuerpo parecia un verdadero esqueleto cubierto de una piel apergaminada. Habíase tendido en la arena para morir, cuando en medio del confuso delirio de su imaginacion calenturienta, le pareció oír el ruido de los remos de una embarcacion que subia por el silencioso rio. Aplica el oído, pero aquel sonido consolador va perdiéndose á lo lejos; ha sido un sueño, la postrera ilusion de la esperanza. Hallábase quizá en el momento de espirar, cuando repentinamente un nuevo ruido de remos, bien distinto esta vez, le sacó de su le-

targo. Escuchaba con tanta avidez que hubiera sido difícil que el vuelo de una mosca se hubiese escapado á su oído; bien pronto aquel ruido acompasado que se iba acercando se mezcló con voces humanas. El corazon del desgraciado latió de gozo; aun tuvo fuerza para levantarse. El ojo de Dios vió á aquel infeliz arrodillado junto al ancho rio que brillaba con los rayos del sol; y en la misma posicion le descubrieron luego los hombres, porque despues de haber doblado un cabo cubierto de maleza, fué adelantando el bote empujado por sus robustos remeros. El leñador lanza un débil grito, un grito de alegría y de temor. Los remeros se detienen y miran en derredor. Llega hasta ellos otro grito mas débil, y descubren al que los llama. El bote se dirige á la orilla; el corazon del hombre extraviado acelera sus pulsaciones, su vista se turba, su cabeza se desvanece, su pecho se hincha jadeando. Llega el bote, su proa ha tocado ya á la playa; ¡el leñador perdido es encontrado!

No es esto una ficcion; me he cenido á referir un hecho que un autor de novelas hubiera embellecido con adornos, pero que para mí es preferible en el candoroso estilo de la verdad. Lo he escrito en la cabaña misma del leñador, cuatro años despues de su triste aventura; su esposa é hijos estaban presentes, y jamás olvidaré las lágrimas que derramaron al escuchar quizá por la vijésima vez esta patética historia.

Debo añadir á lo dicho que la distancia que mediaba entre la cabaña del leñador y el bosque á que se encaminaba, no pasaba de ocho millas; mientras que el rio en cuyas orillas se le encontró, distaba treinta y ocho millas de su morada. Calculando que cada dia anduvo diez millas, puede creerse que caminó á lo menos cuatrocientas millas. Debía pues haber errado en una continuidad de círculos, como sucede en tales circunstancias. Habíase requerido toda la robustez de su constitucion, con el auxilio misericordioso de Dios, para sobrellevar tan larga prueba.

III.

EL INCENDIO DE LOS BOSQUES.

¡Con qué satisfaccion me he sentado alguna vez á la chispeante lumbre de una cabaña solitaria, despues que postrado de fatiga, helado por el soplo penetrante del cierzo, habia llegado á un albergue al través de la espesa capa de nieve que como una vasta sábana cubria toda la comarca! La buena y amorosa madre adormece acariciándole á su tierno hijo, mientras que un grupo de robustos niños rodea al padre que vuelve de la caza y deja sobre el tosco pavimento de la choza las piezas que ha muerto. El grueso tronco que arde en el hogar y que á costa de no pocos esfuerzos ha sido arrastrado hasta debajo de la ancha campana de la chimenea, provocado por ligeras ramas de pino, despidе una llama brillante, reflejándola sobre la venturosa familia. Los perros del cazador empiezan á lamer los pequeños carámbanos medio

derretidos que brillan como diamantes en sus erizados pelos, y el gato, amigo de su comodidad, pasa gravemente la pata por cada oreja, ó con la lengua algo áspera pule su reluciente traje.

¡Cuán grato me ha sido el recibimiento que con patriarcal hospitalidad me han hecho bajo semejante techo personas que desgraciadamente eran mas jenerosas que ricas! Despues de terminada nuestra comida, que, aunque frugal, era abundante, entraba en conversacion con mis huéspedes acerca de todos los asuntos que me interesaban, recibiendo de ellos una instruccion no menos provechosa que agradable. La madre tomaba el libro de los libros y pedia á sus hijos con la mayor dulzura que guardasen atencion mientras que el padre leia un capítulo en voz alta. Las humildes plegarias de la cabaña se elevaban hasta los cielos, y se pedia una noche feliz para todas las personas queridas, ya estuviesen cerca ya lejanas. Tendia por fin mis cansados miembros sobre una piel de búfalo, cubriéndome con otra de oso, y en este delicioso lecho venia el sueño á cerrar mis párpados. ¡Qué sueños tan gratos! al abrigo de todo riesgo, protegido contra la intemperie, ¡soñaba con la casa paterna, soñaba que era dichoso!

Acuérdome particularmente de una noche que pasé de esta manera en la provincia de Maina. Al despertarme el día siguiente, la naturaleza presentaba un aspecto sombrío á causa de la lluvia que caia cual una inmensa catarata; mi obsequioso huésped me suplicó con tantas veras que me quedase, que no pude menos de aceptar su cordial ofrecimiento. Concluido el desayuno, dióse principio á los trabajos del día; los torneos de las mujeres empezaron á dar vueltas, los niños se ocuparon, el uno leyendo una obra de jeografía elemental, y el otro buscando la solucion de un problema de aritmética; en un rincon estaban los perros soñando con la caza, mientras que colocado cerca del hogar, el gato dejaba oír aquel ruido peculiar á la raza gatuna. Mi huésped y yo nos sentamos cada uno en un taburete, dejando á la ama que despachara los quehaceres de la casa.

«Michito, dijo esta dirijiéndose al gato, quítate de ahí, ayer noche me pronosticaste la lluvia de esta mañana, y cuidado no quieras darnos ahora una noticia peor con el diabólico retozar de tus patas.» Dócil el gato á aquella voz, se alejó, saltó en una cama, y arrollándose aguardó mas silenciosamente el sueño. Pregunté á mi huésped qué es lo que habia querido decir su esposa con aquellas palabras. «Mi mujer,» respondió, «de tarde en tarde tiene ideas muy singulares, y cree, segun parece, en los pronósticos de los animales de toda especie; pero lo que acaba de decir al gato alude al incendio de los bosques que nos rodean. Aunque han trascurrido algunos años desde aquel acontecimiento, sin embargo al recordarlo, tiembla como si hubiese sucedido ayer. Debo añadir con todo que nos costó sobrado caro para que al traerlo á la memoria no nos cause inquietud; por-

que aquella fué para nosotros una verdadera calamidad.»

Habia oido hablar del incendio á que se referia la contestacion de mi huésped, y habiendo frecuentemente observado con sentimiento el triste estado de las selvas, estaba ansioso de saber las causas de su devastacion. Mi huésped consintió gustoso en satisfacer mi curiosidad. He aquí poco mas ó menos su relacion:

«Hará como unos veinte y cinco años que casi todos los abetos que en América llamamos árboles de hackmitach, fueron muertos por los insectos. Lo mismo sucedió con todos los otros árboles verdes, tales como los alerces y cedros. Todas las hojas eran roidas por los insectos; y es sabido que los árboles verdes perecen cuando pierden las hojas de esta manera. Al cabo de algunos años, abetos, alerces y cedros fueron cayendo en todas direcciones y cubrieron el suelo con sus ramas entrelazadas. Medio secos ya y teniendo debajo un espeso lecho de hojas y restos de otros vegetales, aquellos árboles de naturaleza resinosa se encendian fácilmente, ya se les pegase fuego de intento, ya por casualidad. El incendio se extendia con una rapidez asombrosa, cortaba todas las comunicaciones, detenia sus estragos alguna vez, pero repentinamente estallaba con mayor violencia.»

Supliqué entónces que me diese alguna idea de la forma de los insectos que habian causado aquella devastacion.

«Eran,» me respondió, «unos insectos de la especie de las orugas, largos unas siete ú ocho pulgadas, y verdes como las hojas que devoraban. Debo añadir tambien que en la mayor parte de los lugares por donde pasó el fuego crece ya un nuevo bosque compuesto de esos árboles que llamamos de madera dura y que comprende todas las especies, á escepcion del pino y del abeto. Siempre he observado que en cualquier parte que ha sido destruido el bosque primitivo, ya sea por el hacha, el huracan ó el fuego, nace espontaneamente otro de diferente especie para reemplazarlo.»

Interrumpi de nuevo á mi huésped para preguntarle si sabia cuál habia sido la causa del incendio la primera vez.

«¡Ah!» me dijo, «en esta parte difieren mucho las opiniones; algunos lo atribuyen á los Indios, los cuales por este medio esperaban vengarse de sus enemigos las Caras Pálidas, ó al menos poder matar mas fácilmente la caza. Yo soy de otro dictámen, y me fundo en la esperiencia que he adquirido habitando toda mi vida en los bosques; siempre he creído que el fuego provino de la caida accidental de un tronco seco contra otro, porque el solo roce de dos cuerpos resinosos basta para producir la llama. La hojarasca que cubre el suelo se enciende fácilmente, pasa despues el fuego á las ramas y troncos mas delgados, hasta que por fin se desarrolla el incendio con un furor que solo Dios puede calmar.

«Algunas veces, empujado por el viento, el elemen-

to destructor se acercaba á la morada de los habitantes de los bosques con tal celeridad que difícilmente se libran de él. Algunos centenares de familias han tenido que escapar precipitadamente, abandonando todo lo suyo; y hasta ha sucedido que aterrados algunos de los fujitivos, han sido alcanzados y devorados vivos por las llamas.»

Continuaba mi huésped su relacion, cuando se introdujo en la chimenea una ráfaga de viento que derramó por toda la habitacion una fuerte oleada de luz. Las mujeres figurándose que acababa de prenderse fuego en los bosques, se precipitaron hácia la puerta; mas luego recobraron del susto al ver subir tranquilamente la llama por su conducto natural.

«¡Pobrecillas!» dijo mi huésped, «lo que estaba contando ha despertado sus temores, trayéndoles á la memoria aquel dia en que un incendio espantoso nos arrojó á todos de nuestro albergue.»

Lo que acababa de oír escitó en mí el mas vivo interés; así que le rogué me refriese todas las particularidades de aquel funesto acontecimiento.

«Si Prudencia y Polly,» dijo dando una mirada á su esposa y á su hija mayor, «me prometen permanecer tranquilas en sus asientos, aun cuando bajase por la chimenea una ráfaga como la anterior; estoy pronto á complaceros.»

Su bondadosa sonrisa hizo aparecer en los labios de aquellas mujeres otra sonrisa de confianza, y satisfecho con esta contestacion muda, continuó de esta manera:

«Estábamos una noche durmiendo en una cabaña que distaba una milla, poco mas ó menos; de aquí; cuando dos horas antes de que amaneciese, nos despertaron de repente los relinchos de nuestros caballos y los berridos de nuestro ganado que estaba en el bosque. Cojí una carabina y corrí á la puerta para ver si alguna fiera causaba aquella alarma, y quedé asombrado por un vivo resplandor que se reflejaba en todos los árboles que podia alcanzar mi vista al través del bosque. Mis caballos daban brinco y relinchaban de espanto, y los bueyes corrían levantando la cola. Dando la vuelta á la casa, oí distintamente el chisporreo de la maleza que se quemaba y ví que la llama se adelantaba hácia nosotros. Entré presuroso á avisar á mi esposa que se vistiese con la niña y cojiese el poco dinero que teníamos, mientras yo buscaba nuestros dos mejores caballos para ensillarlos. En un abrir y cerrar de ojos estuvo todo corriente, porque veía que los instantes eran preciosos.

«Montamos en seguida á caballo y nos alejamos del fuego. Mi esposa, que es una excelente jinete, me seguía de cerca; yo estrechaba entre mis brazos á nuestra hija mayor, que á la sazón era muy niña. Huyendo, volvimos la cabeza y vimos que el espantoso fuego seguía nuestras pisadas y habia llegado ya á la cabaña.

«Afortunadamente llevaba una bocina atada á mi chupa de caza; la toqué con todas mis fuerzas para

reunir, si era posible, todo nuestro ganado y los perros. Comparecieron al instante y anduvieron siguiéndonos por algun tiempo; mas apenas habia pasado una hora, cuando todos los bueyes y vacas echaron á correr cual si estuvieran locos, al través de los bosques, sin que jamás haya oído hablar de ellos desde entónces. Hasta los mismos perros, poco antes tan dóciles, se volvieron de repente sordos á mi voz, y se precipitaron sobre los venados que huían á mandas por delante de nosotros para librarse de la muerte.

«De tarde en tarde oíamos las bocinas de nuestros vecinos, y de ahí inferíamos que se hallaban en igual peligro que nosotros. El valor no me faltó un instante, y decidido á salvarnos á todo trance, me acordé de un gran lago que estaba á algunas millas de distancia, cuyas aguas podían detener la marcha de las llamas. Dije á mi mujer que espolease á su caballo, y partimos á rienda suelta. No aflojamos el paso de nuestros caballos hasta que tropezamos con obstáculos harto difíciles de superar. De continuo veíamos detenida nuestra marcha por los árboles caídos y la maleza seca que parecia colocada allí de intento, como para servir de pábulo al torrente de fuego que nos acosaba.

«Sentíamos ya el calor; nuestros caballos podían caerse rendidos de fatiga; una brisa muy fuerte soplabá sobre nuestras cabezas, y el resplandor de la atmósfera apagaba la luz del dia naciente. En aquel instante esperiménté un leve desfallecimiento, ví la palidez en los labios de mi esposa, mientras que por el contrario el rostro de nuestra hija tomaba un encarnado muy subido que venia á aumentar nuestra tristeza y ansiedad. Diez millas se andan fácilmente con caballos corredores; con todo, al llegar á las orillas del lago estábamos cubiertos de sudor y postrados. El calor y el humo iban haciéndose intolerables y las oleadas de fuego se adelantaban por momentos hácia nosotros con un efecto imposible de describir. Llegamos por fin á la orilla, dimos la vuelta al lago, sin apartar la vista del agua, y despues abandonando nuestros caballos, que no volvimos á ver, nos metimos entre las cañas, donde permanecemos acurrucados, confiando apenas librarnos del fuego: mas la impresion del agua nos refrescó y disminuyó nuestro cansancio.

«El incendio avanzaba siempre, devorando cuanto encontraba al paso; ¡ojalá nunca volviésemos á ver un espectáculo como aquel! Hasta el mismo cielo presentaba un aspecto aterrador, parecia una inmensa bóveda enrojecida, por la que pasaban y volvian á pasar espesas nubes de humo. Nuestros cuerpos gozaban de la frescura del lago; pero nuestras cabezas se abrasaban, y la niña, que comenzaba á comprender el peligro á que estábamos espuestos, lloraba de un modo que nos sajava el corazón.

«Pasóse el dia y tuvimos hambre. Algunas fieras vinieron á sumerjirse en el agua cerca de nosotros, y

otras permanecieron á nuestro lado sin pararse en que nosotros estuviésemos tan cerca. Tenia conmigo el fusil, hice un esfuerzo, lo apunté á un puerco espin, y despues de haberlo muerto, probamos de comer su carne. Dificil me fuera explicar cómo pasamos aquella noche. El incendio habia cubierto el suelo de sus humeantes restos, los árboles ardian en pié por algun tiempo cual si fueran pilares de fuego, ó caian cruzándose con otros. De repente nos veíamos envueltos por un humo negro y sofocante, y despues sentiamos caer sobre nosotros una lluvia de ceniza. Lo repito, no sé cómo describir aquella noche que no ha dejado en mi alma mas que un recuerdo de terror.»

Al llegar aquí, se detuvo mi huésped y tomó aliento, como si le hubiera cansado su relacion: su esposa nos propuso que tomáramos un vaso, su hija nos lo presentó y aceptamos.

«Ahora,» dijo mi huésped, «voy á continuar. Hacia la mañana, aunque el calor seguia siempre el mismo, el humo iba disminuyendo, y llegaban hasta nosotros algunos soplos de aire fresco. Cuando amaneció, todo estaba tranquilo, el humo se disipaba poco á poco, aunque incomodaba bastante con su olor desagradable. Entonces sentimos el frescor del agua de un modo algo incómodo, y temblamos como en una accesion de calentura. Salimos por fin del lago y nos acercamos á un tronco de pino que aun ardia para calentarnos. ¿Qué iba á ser de nosotros? Esta idea

nos llenaba de zozobra. Mi esposa apretó nuestra hija contra su seno y lloró amargamente; pero Dios nos habia conservado en medio del peligro mas espantoso, y me pareció que seria mostrarse muy ingratos hácia Dios y una prueba de imperdonable cobardía el abandonarse á la desesperacion. El hambre nos aquejaba de nuevo, pero esta vez podiamos satisfacerla con mas facilidad. Algunos venados que se habian ahogado en el lago dejaban ver sus cabezas. Saqué uno, lo parti y puse un pedazo á asar. Despues de haberlo comido, nos sentimos muy fortalecidos.

«La tierra estaba abrasando, y en mas de un paraje hubiera sido muy peligroso aventurarse á pasar por entre árboles medio consumidos. Entretanto iba perdiéndose á lo lejos el resplandor del fuego; y despues que hubimos descansado algunas horas, nos preparamos para ponernos en camino. Yo abria la marcha llevando á nuestra hija en mis brazos. Dos dias y dos noches anduvimos errantes en busca de un camino y evitando los senderos que las llamas tenian incomunicados, hasta que por fin llegamos á los bosques de *madera dura*, que no habian sido atacados por el fuego. Se presentó á nuestra vista una casa, nos dirigimos á ella, y fuimos recibidos con muestras del mayor afecto. Despues he tenido que trabajar mucho; pero, ¡gracias á Dios, nos hallamos aquí en seguridad, buenos y dichosos!»

COSTUMBRES-TRADICIONES.

Antigüedad del carnaval, ó saturnales antiguas y modernas.

Las fiestas de máscaras representan una de las mas curiosas facies de los usos é historia de los pueblos; la necesidad de los disfraces, el jenio de las transformaciones de traje, rostro y maneras, es inherente á la naturaleza humana, y se confunde con sus inclinaciones mas fuertes y sus primeros instintos. Observamos que esta propension se muestra ya en los niños desde sus mas tiernos años; ya entonces los vemos esforzarse en remedar y parodiar muchas veces, aun antes de que sepan hablar, los jestos y ademanes de las personas encargadas de vijilarlos. La sociedad antigua y moderna en esta parte han permanecido fieles á los gustos é inclinaciones de la infancia; las naciones, tanto en su prosperidad, como en su decaden-

cia, lo mismo en la aurora que en el ocaso de las civilizaciones, han practicado siempre el culto de la locura, han celebrado ciertos aniversarios en los cuales la humanidad se separa de las leyes ordinarias de la vida para convertir por espacio de algunos dias este grave y positivo planeta en un pais encantado donde se permiten toda suerte de estravagancias. Grandes y pequeños, nobles y plebeyos, pobres y ricos, todas las clases, todas las jerarquias de la sociedad toman parte en las diversiones del carnaval. En vano dos poderes muy temidos, los reyes y la iglesia, se han declarado contra estos pasatiempos; en vano han intentado prohibir á los fieles el uso de la máscara y la tradicion del disfraz; el carnaval ha resistido



DE FAMILIAS.

á las mas enérgicas predicaciones, y continuado ajitando sus antorchas, á pesar del veto de los monarcas. Hoy día, bien así como todos los grandes principios del mundo, la iglesia, el trono, el púlpito ó el ejército tienen sus fases, revoluciones y hechos consumados.

Los primeros monumentos de arquitectura, pintura, estatuaría y elíptica atestiguan la antigüedad de estos regocijos. La mayor parte de los vasos egipcios representan escenas y bacanales, cuyos lazos de parentesco y jenealogía con las máscaras de nuestros días parecen incontestables. Huet hace subir el origen de estas diversiones al *Jubileo* de los Hebreos; mas parece fuera de toda duda, segun la autoridad de Macrobio, que la Grecia fué la verdadera cuna de esta institucion. La invencion de la máscara, esclusivamente atribuida á las representaciones teatrales y que se confunde con su origen, no puede, por lo demás, considerarse como un hecho directamente aplicable á la historia del carnaval; porque es sabido que la palabra *máscara*, que se ha perpetuado en la lengua italiana para designar ciertos dramas fantásticos, entre otros los de Gozzi, ha conservado siempre una significacion especial enteramente contraria á la que le da el uso jeneral.

El carnaval no se encontró verdaderamente establecido en su esfera particular y dominante hasta la época en que comenzaron á celebrarse las fiestas romanas, conocidas bajo el nombre de *Saturnales*. Estas fiestas, por su desenfrenado libertinaje y cínicos arrebatos, han perpetuado en el carácter é inclinaciones de los pueblos esa pasion inveterada, esa necesidad, digámoslo así orgánica de los desórdenes anuales á que ciertas solemnidades parecen incitar con un modo imperioso.

Las fiestas, en honor de Saturno, se celebraban hácia fines de diciembre, y fueron instituidas antes de la fundacion de Roma, en memoria de la dicha y la libertad que reinaban entre los hombres en aquella época primitiva, que los poetas han celebrado con el nombre de *edad de oro*. La opinion mas generalmente recibida es que tuvieron lugar por primera vez cuando la victoria alcanzada sobre los Latinos por el dictador Postumio. Al principio, solo duraban un día, Augusto las prorogó hasta tres, Calígula les añadió despues otro día que llamó *Juvenalis*, y finalmente duraron una semana.

Con el tiempo las saturnales fueron confundiéndose con las sijilares, que en nada cedian á aquellas en cuanto á desórdenes y liviandades. Mientras duraban estas fiestas, reinaba la mas completa libertad.—Suetonio nos ha dejado una copia exacta del cuadro curioso y animado que presentaban las calles de Roma durante las saturnales; ancianos, mujeres, niños, hombres libres, libertos, esclavos, la ciudad entera estaba en movimiento; delante de todas las casas se veian mesas cubiertas de toda suerte de manjares, á las cuales todos tenian la libertad de sentarse; los sacer-

dotes sacrificaban á Saturno con la cabeza descubierta, contra lo que acostumbraban en las demás ceremonias.

En todas las calles, plazas, jardines y casas no se oian mas que cánticos de alegría y gritos de regocijo; abandonábanse todos los negocios, se cerraban los tribunales, las escuelas quedaban desiertas; y casi no habia ciudadano que no hubiese procurado poner á un lado una parte de sus ganancias para gastarlas con motivo de estas fiestas. Los esclavos tenian la facultad de hacerse servir por sus amos, de decirles algunas verdades, de burlarse de ellos, de ridiculizarlos, de hacer todas las estravagancias que les venian á las mientes. Se sentaban á la mesa con ellos, se ponian sus vestidos, y se apoderaban de toda la direccion de la casa. Séneca cuenta que algunas veces los esclavos llevaban sus chanzas hasta el punto de arrojar á su amo en el pilon de una fuente, sin que por esto tuviese derecho para enfadarse. A usos tan estraños deben añadirse los bailes estravagantes, las canciones jocosas, y finalmente todo lo que es capaz de cambiar el continente grave y severo de la humanidad y convertir por algun tiempo á un pueblo razonable y sensato en una casa de crates ó en una legion de demonios.

Tales eran las saturnales de Roma, unas solemnidades alegres y estrepitosas que obligaban á Horacio á abandonar la ciudad por algun tiempo. Hanse conservado como una tradicion y como un hecho histórico, y pintan una parte del carácter de un pueblo, mejor tal vez que todos los documentos y relaciones contenidas en sus anales. Uno de los rasgos mas notables de la institucion de las fiestas del carnaval es seguramente su perpetuo enlace con los ritos y ceremonias de todas las relijiones, su tendencia á trovar los santos dogmas, á confundir sus oropeles con las insignias sagradas, y finalmente á convertir el santuario en teatro de escenas burlescas y de escandalosas parodias. Esta mezcla singular de lo profano y grotesco, de libertinaje é impiedad que observamos en las fiestas y diversiones del paganismo, se reproducia igualmente en los usos y prácticas de la iglesia cristiana.

Las fiestas del asno, de los locos ó de los subdiáconos, tan célebres en la edad media, aventajan, sino en licencia, á lo menos en estravagancia y ridiculez, á las saturnales de Roma, las cuales han conservado siempre, como su mismo origen lo manifiesta, un sentido filosófico y profundo, oculto bajo los arrebatos de la alegría. Aquellas fiestas, toleradas y casi promovidas por un clero ignorante y supersticioso, que de esta suerte procuraba granjearse el favor de un pueblo amigo de espectáculos, presentan todas un sello de tosquedad y de insensatez que no se echa de ver en las fiestas de los antiguos. Oscuras, y con frecuencia ininteligibles en sus ejercicios, las fiestas de la edad media deben mirarse como el verdadero origen del carnaval moderno, que en sus

prácticas ha conservado siempre algo de cínico é impuro que manifiesta descender de las toscas costumbres y de la franca alegría de nuestros antepasados.

La fiesta del asno, tan curiosa y grotesca, mas de una vez ha ocupado la pluma del anticuario, el pincel del romancero y el buril del grabador; en algunas de nuestras estampas antiguas se hallan representados sus trajes y otros de sus pormenores; porque es un hecho fuera de toda duda que nuestros mayores se entregaron á esas irreligiosas locuras con mas violencia é impetuosidad que nosotros.

Para aquella extraña ceremonia escogian un asno de los mas dóciles y mejor enseñados, y lo rebusaban con los ornamentos pontificales con toda la seriedad posible. Llevábanle al coro de la iglesia, y allí celebraban el oficio divino en su presencia, cantaban un himno en tono falso y discordante, derramaban algunos cántaros de agua fria sobre la cabeza de los presentes, á cada versículo del himno obligaban al boricó á comer y beber, y todas las estancias concluian este estribillo: «¡Hola! señor asno, ¡hola!» A veces los oficiantes ponian cuero quemado en el incensario y corrían por la iglesia dando gritos, saltando y brincando; otras bebían y jugaban á los dados sobre el altar, y jeneralmente celebraba el oficio divino un niño que llevaba puesta una mitra de obispo.

Los que celebraban aquel extraño oficio tomaban el dictado de *locos*, y tenían el derecho de andar por la noche recorriendo las calles armados de teas y cubiertos de pieles de animales. Algunas veces era peligroso su encuentro, porque la mayor parte se hallaban en un estado de completa embriaguez. De entre ellos escogian uno para ser afeitado en medio de una plaza, el cual, mientras estaba en manos del barbero, tenia obligacion de divertir á la muchedumbre refiriendo algunas historias extravagantes.

Para que nuestros lectores puedan formar mas cabal concepto de aquella grotesca ceremonia, nos ha parecido conveniente transcribir la carta que un discípulo de Casendi escribía desde Aix á su maestro en 1645.

«Acabo de presenciar en un monasterio la celebracion de una fiesta que los paganos en sus mas desenfrenados regocijos difícilmente hubieran igualado. Parece que el clero se ha propuesto en este dia ridiculizarse á sí mismo. Todas las dignidades eclesiásticas se hallan trastocadas y desconocidas: la comunidad entera queda abandonada á los vagabundos, cocineros y músicos; los últimos criados ocupan en la iglesia el lugar de los diáconos, del vicario y prelado, celebran el oficio divino, cantan el Evangelio y suben al púlpito. Se ponen todos los ornamentos sacerdotales, los hacen trizas, si les parece, ó los dejan enteros para mas profanarlos. Viéraislos traer unos enormes anteojos, en los cuales, en lugar de vidrios, han colocado cortezas de naranja, lo que les desfigura hasta tal punto, que mas que, por cristianos; los tomariais por unos locos ó por habitantes del otro

mundo. Para tener una idea de sus extravagancias y de sus extrañas contorsiones, es preciso verlos, sobre todo cuando manejan el incensario, lo ajitan y le dan vueltas por el aire, de modo que unos á otros se echan las cenizas en la cara. Pónense los vestidos mas grotescos, se pintan el rostro de diferentes colores, se ennegrecen brazos y manos, y ataviados de esta suerte, entonan, no himnos ni salmos, sino una especie de canturía ininteligible, que cantan, ora apretando la nariz, ora apoyando las manos en la boca para alterar los sonidos de la voz. Este canto era tan discordante y selvático, que, mas que, otra cosa parecían una manada de lechones que llevan al mercado para venderlos. Algunas de las frases que pronuncian tienen la medida de los versos latinos, pero carecen absolutamente de sentido. He retenido en la memoria estos dos versos que, se repiten en sus cantos en forma de retorcido:

Hæc est clara dies, clararum clara dierum :
Hæc est festa dies, festarum festa dierum.

«Solo el que haya visto en algunos pequeños teatros de Italia las representaciones de ciertas pantomimas burlescas, puede formar concepto de lo que hacen esos hombres; esceden á los mas extravagantes bufones. Su lenguaje es una confusa jerigonza, compuesta de voces de todos los idiomas, que solo ellos son capaces de entender. Su traje es un desordenado conjunto de telas y retazos de todos colores que está en perfecta armonía con sus cantos y palabras. Es ciertamente asombroso que unos hombres que han recibido del cielo el don de pensar y discurrir puedan entregarse á tales escesos y locuras; y lo que es mas incomprendible aun, es que semejantes escenas se representen en una iglesia y en presencia de las imágenes de la Virgen y de los santos, y que los objetos ordinarios del culto divino sirvan para la ejecucion de las comedias mas extravagantes é impías.»

Mr. Turner, en sus eruditas y juiciosas observaciones, se ha propuesto justificar al culto cristiano de haber asociado á la celebracion de sus ritos aquellas ridículas escenas de saltimbanquis, y dice que para destruir en el ánimo del pueblo hasta el último jérmen del paganismo, era necesario contemporizar hasta cierto punto con sus gustos é inclinaciones. Las fiestas de la edad media, en cuanto á su espíritu, no son pues mas que una imitacion de las saturnales romanas, imitacion modificada sin duda, pero directamente útil á los intereses de la religion. Es un hecho constante que en las aplicaciones de la fe cristiana, las prácticas han marchado siempre delante del dogma, que á las convicciones íntimas han precedido siempre las ilusiones exteriores. El mismo autor observa muy acertadamente que en la mayor parte de las fiestas de la edad media, el sentido filosófico de las solemnidades antiguas se halla sustituido por otro sentido puramente irónico. Las iglesias han sido con-

vertidas en teatros, los prelados y demás dignidades en personajes burlescos, y de ahí ha resultado el carácter distinto y marcado de esas costumbres populares, que en el origen mismo de la sociedad han hecho de sus convenciones un objeto de mofa y han ridiculizado todas las leyes de la decencia.

Si continuamos nuestro exámen de las solemnidades antiguas, cuya sucesion cronológica debe llevarnos hasta la institucion del carnaval moderno, en aquella misma época hallaremos uno de los mas curiosos personajes de las fiestas cristianas, el *Niño Obispo*, descendiente lejítimo y por línea recta de la locura.

Celebrábase esta fiesta el día de S. Nicolás, patrono de los niños. Escojian al intento un niño de seis ó siete años, de semblante alegre y apicarado, y dándole el nombre de *Niño Obispo*, le iban acomodando la mitra (*mitra parva*), el cayado y todas las demás insignias episcopales. Su clero se componia de todos los otros niños de su escuela, á los cuales vestian de diáconos, curas y canónigos. No es difícil figurarse el singular efecto que debia producir aquella procesion infantil, aquellas rubias y rizadas cabelleras cayendo sobre las graves sotanas, aquellas caras frescas y redondas formando contraste con la severidad de los cuellos y solideos. A esta fiesta atribuye Warton la costumbre que se observa en algunos colegios de ir *ad montem*.

Esta mascarada de niños produce una dulce y agradable impresion en medio de las antiguas fiestas, impías y toscas en su mayor parte: aquí las tradiciones cinicas empiezan á perder algo de sus repugnantes extravagancias; al través de aquel desarreglo moral vislúmbrese ya un principio de civilizacion en los gustos y pasatiempos. Por lo demás, es preciso advertir que estas comedias y farsas que por mucho tiempo han sido inseparables de las ceremonias religiosas, pertenecen esclusivamente al culto católico. Los protestantes han procurado desterrar de sus iglesias estas ceremonias profanas: no obstante, no debemos inferir de ahí que sea entre ellos menos vehemente que entre nosotros la pasion por las máscaras; esta circunstancia ha influido tal vez para que en aquellas naciones se entreguen con mas moderacion y prudencia á los desahogos del carnaval.

Esta es la razon porque cuando el pueblo, señaladamente en Inglaterra, ha tenido el derecho de ridiculizar á los grandes, príncipes, y hasta al mismo soberano, ha usado de este derecho con suma circunspeccion. Examinense sus antiguas costumbres relativas á las diversiones de máscaras, y nada ó casi nada se encontrará que ataque las buenas costumbres ni pase de los límites de una inocente sátira. El privilegio de la chanza jamás ha dejenerado en licencia, y el buen humor se ha contentado con meras alusiones, sin descender nunca al resbaladizo terreno de las personalidades.

Lo que llevamos dicho de las máscaras y demás costumbres puede aplicarse igualmente á otras ceremonias antiguas. Media una distancia inmensa entre las sijilares y saturnales de Roma y las antiguas diversiones de *Navidad*; y sin embargo échanse de ver en estas algunos de los usos y fiestas consagradas al culto de Saturno. No cabe la menor duda de que en semejante ocasion los amos tenian que servir á sus criados y de que estos gozaban de una parte de los privilegios de los esclavos romanos. En aquella sazón fué cuando se instituyó el título burlesco de *rey de los locos*, dinastía poderosa que ha desaparecido como tantas otras, y cuyos títulos solo pueden buscarse en las relaciones de los mas antiguos cronistas.

En ninguno de todos los regocijos antiguos reinaba mayor libertad, mas buen humor, y una alegría mas franca y sincera que en las fiestas de *Navidad*. Los banquetes y suntuosas comidas que se verificaban á causa de esta solemnidad, dieron origen al antiguo proverbio italiano: «*Ha piu di fare che i forni di Natale.*» Para esta fiesta, así como para todas las demás, se nombraba un jefe ó rey, al cual llamaban *príncipe de Navidad*, y que estaba encargado de la direccion jeneral de todas las diversiones que se celebraban con motivo de aquella festividad.

Si hemos de dar crédito á un autor antiguo, el título de *príncipe de Navidad* imponia al que lo llevaba la obligacion de divertir á los espectadores con sus jestos y contorsiones. Las familias mas distinguidas tenian que ceder sus casas durante estas fiestas al príncipe de Navidad, en caso que las escogiése para centro ó teatro de alguna de sus bufonadas. Su poder era ilimitado, cobraba impuestos, fijaba derechos, y nombraba sus ministros y subalternos; pero al cabo de ocho días concluía su reinado y todos eran libres para hacer valer sus títulos y pretensiones, y sucedía con frecuencia que personas revestidas de funciones muy graves se presentaban á aspirar á aquella singular dignidad.

El italiano Polidoro Virjilio, que vivia en la época en que estaban en uso estas solemnidades, recojió sobre ellas y el curioso jefe que las dirijia, algunas noticias interesantes. Considera al príncipe de Navidad como un personaje aislado que nada tiene de comun con los bufones de los siglos posteriores, y atribuye exclusivamente á aquellos tiempos su invencion. Sin que creamos ciertas nuestras conjeturas sobre su jenealogía, no vacilarémos en mirarle como íntimamente unido con aquella familia de *locos* cristianos, de la cual hemos diseñado los principales personajes, galería de curiosas mascaradas que ha precedido y tal vez dado origen á la comedia de todos los pueblos.

Sea cual fuere el origen del *príncipe de los locos*, el influjo que ejerció sobre las antiguas fiestas es incontestable y se apoya en la deposicion de testigos muy

graves, los cuales ni aun podía esperarse que estuviesen conformes en un asunto como este. El Inglés Stabbes, uno de los mas severos puritanos del reinado de Isabel, da al principe de Navidad el gracioso apodo de *gran capitán del infortunio*, y nos ha conservado una exacta y minuciosa relacion de sus calaveradas, aventuras y hazañas.

A menos de estender indefinidamente esta noticia sobre las fiestas del carnaval antiguo y moderno, nos fuera imposible ir siguiendo en todas sus fases las diferentes trasformaciones que han sufrido aquellas alegres solemnidades. La Italia sola nos suministraría sobre este punto materia para muchos volúmenes, supuesto que el carnaval ha obedecido constantemente las modificaciones introducidas en las costumbres de sus diversos estados. El carnaval de Venecia en nada se parece al de Nápoles, y el de Roma ha conservado siempre su antigua nombradía por la brillantez de sus cabalgatas y por el buen humor de las máscaras que, abundantemente provistas de *confetti*, pueblan aquellos dias la calle del *Corso*. En Alemania, Rusia y Francia principalmente, ha hecho el carnaval en todos tiempos un papel muy importante, y se le halla mezclado en todas las intrigas de corte y en los negocios de mas peso, ajitando su bandera sobre todos los campos y sobre todos los partidos. Dificil nos fuera demostrar de un modo mas evidente la dominación del carnaval en nuestros dias, que recordando que el Alejandro de nuestro siglo, Napoleon, no se desdeñó de disfrazarse mas de una vez, manifestando además una particular predileccion, nunca desmentida, por las diversiones del carnaval y por las singulares sorpresas á que dan lugar las máscaras.

Pero debemos limitarnos á bosquejar la historia del carnaval de nuestro pais, el cual, es preciso confesarlo, ha tenido que sufrir repetidos y violentos ataques. Así que ha pasado sobre nosotros alguna grande calamidad, cuando nos han afligido con sus estragos el hambre, la guerra ó la peste, nuestros predicadores han tomado motivo de estos desastres para declamar con energia contra las diversiones del carnaval, y en mas de una ocasion han usado de su poder contra él

nuestros lejisladores, castigando el uso de la máscara con extraordinaria severidad.

No obstante es preciso reconocer que hasta en nuestras máscaras habíamos conservado siempre aquella sensatez y gravedad que distingue nuestro carácter é inclinaciones.

Presentáronse el año pasado en Barcelona, en la temporada del carnaval, comparsas de mucho gusto y que prueban el estado de cultura á que ha llegado esta ciudad.

En algunas naciones se conservan aun en todo su vigor los usos y tradiciones del antiguo carnaval; pero en cambio se observa en ellas un fenómeno moral muy digno de llamar la atencion, y que no podemos menos de dejar consignado en este lugar. Si en aquellos paises continúa disfrazándose el pueblo, compra muy caro este derecho, pues se ha observado, segun las estadísticas, que el número de suicidios aumenta considerablemente en las primeras semanas que siguen al carnaval, que nunca se esponen tantos niños, se venden tantos vestidos, ni reciben tantas alhajas en prenda los que prestan dinero, como en aquellos dias de ayuno y penitencia. Estos hechos tristes y característicos con que concluye la historia de las *Saturnales*, dan márgen al hombre pensador y filósofo para serias meditaciones. Estos hechos inducen á los hombres indiferentes y escépticos de la sociedad moderna á creer que solo en las clases necesitadas se halla la verdadera felicidad. Solo allí el deseo de gozar se sobrepone al cálculo, el privilegio de la indolencia al temor de la necesidad, ventajas únicas de la libertad, que fuera imposible apreciar en su justo valor. Ahora bien, moralistas ó publicistas, esforzaos en presentar á los ojos del pueblo el cuadro de todas las desdichas que trae en pos de sí el carnaval que le arruina, lo diezma y le acasiona los insuperables obstáculos del déficit y de los atrasos; y el pueblo os contestará sin duda con lo que Horacio Walpole decía á su médico, que pretendia curarle la jaqueca con la dieta y frecuentes sangrías: «Curarme á esa costa seria ponerme enfermo de la curacion.»

CIENCIAS NATURALES.

La alquimia y la piedra filosofal.

Ningun capítulo ofrece seguramente mas curioso la historia de la filosofía que el que trata del origen y progresos de la alquimia; ningun ramo de los

conocimientos humanos demuestra mas cumplidamente el poder, y al mismo tiempo la flaqueza de nuestro entendimiento; ninguna de cuantas tareas ha

emprendido el hombre, ha realizado mejor la fábula del monte que estaba de parto.

Ese anhelo de llegar á lo infinito, que ajita al hombre y que es la mejor prueba de su perfectibilidad, que le hace amigo de lo maravilloso y le arrastra á lo sobrenatural, en los siglos de ignorancia, le hizo alquimista y astrólogo, aguardando á que, con el tiempo y las luces, la astrología produjese la astronomía, de la alquimia resultase la química, la ciencia sucediese á la cábala, y los májicos y hechiceros se convirtiesen en sabios. A fines del siglo diez y seis, de aquel siglo de análisis, raciocinio y examen, en que la experiencia llegó á ocupar el lugar de la tradición, la lógica el del misticismo, la libertad el de la autoridad; en que la brújula dió nueva estension al mundo, que vió nacer á Lutero, Copérnico, Bacon y Cristóbal Colon, el último alquimista que descubrió la gran piedra filosofal, la América con sus minas de oro; á fines de aquel siglo, decimos, en que se verificó, en parte á lo menos, la conversion de las ciencias sobrenaturales en ciencias positivas, del idealismo en realidad, debió dejar de existir la alquimia ó trasformarse mas bien... En efecto, despues de descubierto el Perú, ¿para qué se necesitaba la piedra filosofal?

Por lo mismo hemos creído que no carecería de interés nuestra tarea, si nos dedicáramos á reunir algunas de las noticias que presentan desparrramadas los libros así antiguos como modernos, sobre esta ciencia, que si bien no ha hallado lo que buscaba, ha encontrado en cambio lo que no buscaba. La mayor parte de esas obras son desconocidas, hasta de aquellos que se dedican al estudio de las ciencias; y además, las iniciaciones en la alquimia, que forman la parte mas importante de las iniciaciones de los esotéricos de todas épocas, ni siquiera han sido mentadas por los escritores que se han ocupado de estas materias.

El objeto que principalmente nos hemos propuesto en este lugar, es el examen de las doctrinas de los cabalistas, á los cuales se debe la introduccion de la filosofía tradicional en la escuela de iniciaciones. El nombre *cabalista*, aplicado en su origen á los doctores judíos que predicaban la autoridad de la tradición, ha sido dado posteriormente á todos los teosofistas asiáticos y europeos que en diferentes épocas han defendido las mismas doctrinas y continuado el estudio de las ciencias ocultas, entendiéndose por ciencias ocultas los sistemas místicos conocidos sucesivamente bajo los nombres de mitología, astrología, magia, jeomancia, en una palabra, todas aquellas extrañas teorías de que se han constituido apolojistas Cornelio Agripa y sus imitadores.

Con todo, nosotros nos ceñiremos á estudiar el ramo de la ciencia cabalística, especialmente designado con el nombre de *alquimia*, es decir, «la ciencia que trata de las leyes secretas de la química, de los elementos de la naturaleza material, de la composicion y descomposicion de las sustancias físicas.»

Esta es en efecto la difusa y pomposa definicion que los cabalistas judíos dan de su ciencia predilecta; sea ó no lógica, podemos mirarla como un fundamento para creer que la alquimia fué cultivada entre los judíos desde los tiempos mas remotos.

Aunque el ilustre Cuvier ha declarado que, en su opinion, la filosofía hermética solo fecha de la edad media, no cabe la menor duda en que la alquimia era conocida y practicada en épocas muy anteriores. La mejor prueba de que desde tiempo inmemorial ha estado en boga entre los cabalistas judíos, no es su misma declaracion sobre este punto, ni su interpretacion alquímica (si es lícito hablar así) de algunos pasajes del Pentateuco y del Antiguo Testamento, ni tampoco el nombre *Clim*, con que antiguamente era designado el Egipto: sino que se halla en la circunstancia de haber hablado espresamente de la alquimia los escritores orientales mas antiguos y clásicos, diciendo que tuvo su origen entre los Hebreos ó Siríacos, y que de allí pasó á las otras naciones de la antigüedad.

Créase ó no en la alquimia, désele ó no por base un principio verdaderamente filosófico, por mas que la hayan perjudicado los errores de sus panejiristas; siempre resulta que los cabalistas han dicho la verdad al afirmar que la Siria y la Caldea fueron la cuna de esta ciencia, y que su propagacion en los demás pueblos se remonta á la mas alta antigüedad.

Por esto, dice don Pernety, debemos suponer que la alquimia tuvo un centro comun, y que partiendo de aquel centro, se difundió por los paises mas distantes. ¿Es verosímil que unos pueblos que se diferenciaban por sus creencias é idioma, se hubiesen puesto de acuerdo en creer en la alquimia, sin ser esa fe el resultado de una iniciacion universal? ¿Cómo! ¿Los Ejiptios, Arabes, Chinos, Griegos, Judíos, Italianos, Alemanes, Americanos, Franceses, Ingleses, pudieran haber convenido en esta parte por un efecto de mera casualidad, sin haberse antes comunicado sus ideas. ¿Es posible que, sin haber mediado esta comunicacion se esforzasen en probar de comun acuerdo una quimera, una simple creacion de la fantasía? Sin indagar á qué número ascendian las obras místicas, la historia asegura que fueron arrojadas á las llamas por orden de Diocleciano, con el fin de privar á los Ejiptios del medio de hacer oro, quedan todavia bastantes, escritas en todos idiomas, para justificar nuestro aserto.

Todo prueba pues que la alquimia ha sido siempre considerada como una parte de las iniciaciones jenerales de los cabalistas, teosofistas, ó de los antiguos francasones. Igualmente que la mitología, la teurjia, la magia y la astrología, formaba uno de los ramos mas importantes de las ciencias ocultas, ocupando, ya desde tiempo inmemorial, un lugar distinguido en la escala de los conocimientos místicos. Sin embargo, en el siglo sexto de la era cristiana, los teosofistas, á la sazón difundidos por toda Europa bajo nombre

diversos, comenzaron á propagar las iniciaciones herméticas ó alquímicas, así llamadas para distinguirlas de las iniciaciones teosóficas en jeneral. Solo entonces los teosofistas, conocidos por los nombres de cabalistas, framacasones, astrólogos, adivinos y ejipcios, al paso que dieron á la Europa de la edad media los mejores sistemas de filosofía, de ciencia y de arquitectura que jamás haya tenido, idearon el organizar una clase distinta de iniciación, peculiar de la cultura de la alquimia.

Este restablecimiento de la alquimia como ciencia especial é independiente debióse en gran parte á los escritos de los Judíos cabalistas y de Geber, filósofo árabe que vivía en el siglo séptimo, y que fué llamado el padre de la alquimia moderna (1). Los doctores árabes dieron grande publicidad á la obra que se atribuye á Hermes Trismegista, obra que supone Cuvier fué escrita por Griegos del Bajo-Imperio. Escoto, Eriçenes, Alcuino, Raban-Mauro se mostraron desde luego entusiastas por la alquimia, verificándose muchas iniciaciones, segun el testimonio de Alberto el Grande y de Rojerio Bacon.

«Entre aquellos antiguos alquimistas, dice un escritor moderno, se halla el nombre de Cristian Rosencreutz, el cual habia nacido en el año 1378, y á quien los *rosa-cruz* son deudores, segun su misma declaración, del orijen de su secta. Rosencreutz parece que, como Apolonio, fué un verdadero cosmopolita, y que viajó por todo el mundo conocido en su tiempo; tuvo relaciones de amistad con los mas célebres filósofos, y platicó con ellos sobre toda suerte de materias. Vivió principalmente en Arabia, en una ciudad que sus discípulos llaman *Damear*, y que no obstante es desconocida á los jeógrafos antiguos y modernos. Finalmente, despues de haber visitado á los sabios ó cabalistas de Foz, volvió á Alemania, donde murió, yendo á parar su cuerpo á una gruta maravillosa por un milagro muy singular. En aquella gruta fué donde sus discípulos hallaron, ciento y veinte años despues, el depósito de todas las ciencias ocultas. Tal es la historia fabulosa inventada por los *rosa-cruz* acerca de su fundador, historia ingeniosamente combinada para engañar á las jentes sencillas que de nadie desconfían, é infundirles un miedo har- to ridículo.»

Todos los alquimistas, teosofistas y cabalistas de aquel tiempo declaraban que pertenecían á la sociedad de *rosa-cruz*. Sin embargo, todavía existen gra-

(1) El doctor Jonhson pretende que la palabra inglesa *gibberish* (guirigay) viene de la jerigonza de Geber y de sus patronos. Jeneralmente hablando, puede decirse que las costumbres de España introdujeron en Europa la pasión por las ciencias ocultas y la alta cábala, que fué particularmente cultivada por los templarios. Los Arabes de la Peninsula eran, como es sabido, los hombres mas instruidos de aquella época: la alquimia, la astrología judiciaria, la ciencia de los números, la alta mágica, eran consideradas por ellos como el complemento esencial del estudio de la historia natural.

ves dudas acerca de la historia de aquella famosa asociación: algunos autores suponen que debió su orijen á un escritor desconocido que se propuso ridiculizar á sus supersticiosos contemporáneos. Otros creen que fué fundada por Juan Valentin Andrés, teólogo, natural de Wurtemberg; pero este sabio no hubiera vacilado en publicar una historia que los crédulos é ignorantes se hubieran apresurado á aceptar como verdadera. Lo que dió mas nombradía á los *rosa-cruz* fueron las dos obras tituladas: *Toma Fraternitatis* y *Confessio Fratrum Rosæ Crucis* (1). Desde el momento de su aparición, se fijó la atención jeneral en aquella secta misteriosa, cuyos principios fueron sucesivamente atacados y defendidos por los ergotistas de aquel tiempo.

Mas, sea cual fuere el orijen verdadero de la sociedad de los *rosa-cruz*, ya deba su denominación á Rosencreutz, ya á la cruz encarnada de los templarios, ó tambien á los *coctus* de los físicos (2); no por esto es menos incontestable la existencia de esta asociación, probada por el solo hecho de haberse dado el título de *rosa-cruz* á la mayor parte de hombres distinguidos de Europa, y de haber escrito y publicado obras con este nombre. Si esto no basta á demostrar la existencia de una asociación, no sabemos á qué testimonio se querrá dar crédito. De ningun modo podemos convenir con aquellos que pretenden que la secta de los *rosa-cruz* es una mera ficción; pues nos ha dejado las mismas pruebas de su realidad que todas las sectas religiosas, filosóficas y políticas. Por lo demás, tampoco negaríamos que se han propalado muchísimas especies falsas, relativamente á sus prácticas y principios.

Los *rosa-cruz* adquirieron en poco tiempo un poder y un influjo inmenso; pues habian alistado en sus banderas á todos los físicos y médicos mas sabios de su época. Contaron en sus filas á Cornelio Agripa, Reuchlin, Paracelso, Fludd, Helmonte, Dee, Drexelio, Lulio, Riply, Ashmole, Bæhmen, Poirel, Campanella, Digby y Vaughan, aun sin hablar de la inmensa turba de alquimistas prácticos. En vista de todo esto, no debe maravillarnos que esta sociedad haya dominado los ánimos por muchos años, y hecho numerosos prosélitos en todas clases.

La mitología, la alquimia y las iniciaciones de los *rosa-cruz* han sido esplicadas en un estilo muy ameno por un abate francés, Montfaucon de Villars, en su famoso libro titulado el *Conde de Gabalis*. Esta obra, que vió la luz pública en 1670, atrajo á su autor los rayos del entredicho. En aquella obra se daban á conocer todas las doctrinas de la célebre sociedad; leíase en ella que los *rosa-cruz* suponían el universo material poblado de seres metafísicos y sicológicos, y que

(1) La última de estas obras se publicó en latin y en alemán. En 1615, Juan Brigeru hizo en Francfort una segunda edición de aquellos dos tratados.

(2) Algunos escritores cabalistas dicen, en efecto, que la piedra filosofal no es otra cosa que el rócío cocido y preparado.

cada elemento tenia dentro de sí sus jénios protectores, el fuego salamandras, el aire sílfidas, el agua ondinas, y la tierra gnomos. El imprudente abate manifestaba igualmente al público que los rosa-cruz se figuraban cada uno de los fragmentos de la materia animado por un espíritu particular, y que creían que era necesario ponerse en íntima comunicacion con aquel espíritu para poder comprender la naturaleza del cuerpo que él habitaba.

Los rosa-cruz no cedían á los antiguos teosofistas ni á los iniciados en jeneral en cuanto á la exajeracion del espiritualismo. El mismo Manes se hubiera asombrado de oír sus apolojías del celibato y sus declamaciones contra los placeres sensuales y el materialismo. Así era que el bello sexo estaba animado de un odio implacable contra ellos; y nos sentimos inclinados á creer que la caída de los rosa-cruz se debió en gran parte á las incesantes intrigas de las mujeres. Aquellos candorosos buscadores de oro se habían olvidado de consultar los intereses de esta mitad del jénero humano, que habían declarado ser imposible desarmar Erasmo, Postela y Cornelio Agripa.

Desde aquella época han subsistido siempre los rosa-cruz y alquimistas, como lo prueba el actual sistema de iniciaciones; mas pasaron ya sus dias de gloria, y actualmente se halla envuelta su existencia en la mayor oscuridad. Sin embargo, aun conservan estos adeptos mucho orgullo y altivez, y miran con el mas alto desprecio á todos los demás hombres. Nosotros hemos encontrado, no ha mucho, á un viejo alquimista de ese templo; era un hidalgo respetable que se creía representante puro de la raza de los rosa-cruz y un resumen fiel del arte de Hermes. Considerábase buenamente como una especie de profeta entre sus contemporáneos, y miraba á los modernos químicos como unos sabios á medias que nunca habían penetrado los arcanos de la naturaleza, y como á unos ímpíos que se revolcaban en el cieno del materialismo.

Los teosofistas judíos y siríacos, entre los cuales hemos visto brillar los primeros albores de la alquimia y aparecer las primeras iniciaciones místicas, tales como se practican entre los Esenios, eran todos *filósofos del fuego*, segun la dominacion que se les había aplicado con mucha justicia. Consideraban el fuego como el primer emblema físico de la divinidad, como el primer elemento de la naturaleza, como el primero y principal motor de la vida universal, en una palabra, lo miraban como el *alma del mundo*; y á imitacion de las sectas y pueblos de Oriente, tales como los Sabeos, Persas, Hindos, Arabes y Fenicios, tributaban al fuego una veneracion, que en último resultado era un verdadero culto. En la mitología del Asia y de Europa se descubren aun vestijios de aquella adoracion.

Consideramos pues como indispensable, cuando bosquejamos la historia de la alquimia, el investigar la naturaleza de este fuego, de este fuego hermético y filosófal que los alquimistas proclaman universal-

mente como el taumaturgo, el productor maravilloso de las mas singulares metamorfosis del mundo físico, de este fuego tan difícil de ajenciarse, y que veneraban como el único ajente capaz de producir la trasformacion de los metales.

Los cabalistas judíos declaran que el fuego sobre el que han escrito, *el fuego hermético ó filosófal*, el cual, segun ellos, anima todos los cuerpos físicos, es una esencia perfectamente invisible y universal, *visible únicamente en su segundo desarrollo, la luz, y sensible en su tercer desarrollo, el calor*. Este fuego, presente en todas partes, y que sin embargo permanece oculto, era una especie de protéo, ó de causa primera que los antiguos teosofistas procuraban encontrar, sin que ninguno de ellos lo hubiese logrado. Segun ellos, no debía confundírsele con la luz ó la llama, que no son mas que los modos con que se desarrolla perceptiblemente aquel fuego: es, dicen, el que ha producido ese fuego comun, cuyos efectos se perciben por los sentidos, pero no es ese fuego mismo, porque este último es solo la manifestacion esterna de un principio interior y misterioso.

Si se nos permite pues aventurar alguna conjetura acerca del fuego filosófal de los antiguos alquimistas, dirémos que aquel fuego era ni mas ni menos la *electricidad*, y añadirémos aun que en las mas célebres escuelas de iniciacion, llevaba ya el nombre de *electricidad* muchos siglos antes de la era cristiana. Este aserto parecerá tal vez una paradoja á los que pretenden que es muy moderno el descubrimiento de la naturaleza y nombre de la electricidad; pero nosotros vamos á presentarles las autoridades en que nos apoyamos para creer que la electricidad fué igualmente conocida de los antiguos que de nosotros, y que no es mas que el fuego hermético, por cuyo medio los alquimistas han intentado desde tiempo inmemorial fabricar el *elixir de vida*, la *pedra filosófal*, y trasformar los metales.

Si logramos probarlo, podrémos al menos decir que la alquimia tiene una base racional, y afirmar que los alquimistas han trabajado segun un principio capaz de producir infinitas metamorfosis físicas. Deberémos entónces tratar á los alquimistas con mas respeto del que jeneralmente se les guarda; podrémos colocarlos entre los primeros sabios y concederles la iniciativa en las investigaciones profundas de los ministros de la naturaleza, investigaciones en las cuales los filósofos herméticos han tal vez aventajado á los hombres mas ilustres de los tiempos modernos, acercándose á los curiosos experimentos que han hecho célebres los nombres de Cross, Fox y Faraday (1).

Copiarémos desde luego algunos pasajes de Dutens y de otros autores que han tratado esta cuestion.

«Los antiguos, dice Dutens, invocaban á Belo, Osiris y á las grandes divinidades del fuego y de la luz bajo epítetos que confirman nuestra opinion. Al

(1) Célebres físicos y químicos ingleses.

sol le llamaban *Elector*, es decir, principio onnipotente que anima todos los seres; á Júpiter *Elicio*, es decir, principio eléctrico, ó *causa primera* que estrae (*elicit*) y vivifica todos los objetos de la naturaleza. Júpiter Elicio tiene este nombre, dice Varron, porque estrae y saca (*ab eliciendo sive extraendo*); y en este sentido dice Ovidio:

Eliciant cælo te, Jupiter, undè minores
Nunc quoque te celebrant Eliciumque vocant.

«Parece que Empédocles habia consagrado el mismo principio universal de electricidad bajo el nombre de *essentia ignis*, ó elemento del fuego, de elementos unidos por una secreta armonía y separados por una causa invencible de division. Todas sus partes se atraen unas á otras ó se repelen mutuamente, de modo que nada perece, sino que al contrario, todo está en perpetuo movimiento en la naturaleza.»

A este mismo principio de electricidad atribuian los antiguos el trueno y los relámpagos. Numa Pompilio, que estaba iniciado en la ciencia de los Pitagóricos, y que era tan buen naturalista como excelente físico, conocia un medio de atraer el rayo mucho tiempo antes que el bramante de un cometa lo descubriese á Franklin. Numa se aprovechó hábilmente de su ciencia, y gobernó con felicidad á un pueblo tosco é ignorante, aplicando los conocimientos que poseia acerca de las fuerzas de la naturaleza, á un sistema de ceremonias religiosas que hizo creer que estaba en comunicacion con los dioses. Plinio dice que por medio de ciertos sacrificios y de ciertas fórmulas hacia aquel rey estallar el trueno y obligaba al rayo á bajar sobre la tierra, y añade que, segun una tradicion auténtica, el mismo experimento se verificó en Etruria y entre los Volscos. Cita en seguida á Lucio Pison, escritor de mucho peso, el cual refiere que habiéndose equivocado en aquella misteriosa operacion Tulio Hostilio, murió herido del rayo. Tito Livio aun nos cuenta mas circunstiadamente suceso tan extraordinario. Estas son sus palabras:

«Habiendo el rey Tulio encontrado en los Comentarios de Numa la indicacion de ciertos sacrificios solemnes sumamente misteriosos, que este lejislador ofrecia á Júpiter Elicio, se encerró en un lugar secreto para ensayar aquel piadoso experimento. Mas no habiendo observado las ceremonias prescritas al principio, ó durante el sacrificio, él y su casa fueron abrasados por el rayo (1).»

Platon atribuye el nombre y las propiedades del *electro* ó *ámbar* á la misma fuerza eléctrica. Para explicar la propiedad de atraccion de esta sustancia, dice «que el *electro* ó *ámbar* despide cierta materia sutil ó cierto espíritu (*πνεῦμα*), por cuyo medio atrae los demás cuerpos.» Plutarco supone que la accion del *torpedo* proviene de la misma causa.

(1) «Sed non rite initum aut curatum id sacrum esse;... fulmine ipsum cum domo conflagrasset.»

A la electricidad atribuian igualmente los antiguos las propiedades del imán, y así como llamaban *electrum* al ámbar porque esta sustancia está animada por el soplo del *Elector* ó sol, llamaban tambien al imán *lapis Heraclius* (piedra Heraclea), porque lo suponian dotado de la enerjía y de la fuerza de Hércules, cuyo nombre se aplicaba igualmente al sol y á los agentes solares. «El imán, ó piedra de Hércules, dice Plutarco, atrae los cuerpos lo mismo que el ámbar.» Explica esta accion por medio de una «corriente de átomos,» y se vale casi de las mismas espresiones que Descartes.

Se nos permitirá que con este motivo transcribamos un pasaje curioso de las *Antigüedades indias* de Mauricio.

«El Hércules indio, dice, Belo, ese dios rey tan emprendedor, era el verdadero prototipo del Hércules que se adoraba en Tiro, y que era mirado como el protector del comercio y de la navegacion; el tipo del Hércules que se adoraba en Egipto como vencedor de Busiris, y cuyos doce trabajos son el símbolo de las revoluciones del sol al través de los doce signos del Zodiaco, es finalmente el mismo dios, cuya historia tan fecunda en sucesos extraordinarios fué adoptada algunos siglos despues por la Grecia. Uno de los hechos mas curiosos y notables de la vida de este héroe del paganismo, es el viaje marítimo que hizo dentro de una copa de oro que le habia regalado Apolo ó el sol, cuando fué á levantar en las costas de España las columnas que aun llevan su nombre. Con motivo de este hecho hace Macrobio la reflexion siguiente, «Mas yo creo que Hércules no atravesó el mar en una copa, sino en una embarcacion que llevaba el nombre de copa (1).» Advirtamos con todo que algunos sabios mitológicos pretenden que aquel vaso misterioso no era otra cosa que la *brújula*, por cuyo medio, y no en ella, atravesó aquel dios el Mediterráneo. Los Fenicios, pueblo que, segun Homero, era célebre por sus conocimientos náuticos, tuvieron mas probablemente una noticia cierta del imán; porque en la Odisea están representadas sus embarcaciones deslizándose sin pilotos por el vasto Océano y como animadas de un espíritu que las guiaba al lugar de su destino. Sea cual fuere el valor que quiera darse á esta opinion, es evidente, atendidas las comunicaciones que antiguamente existian entre naciones colocadas á grandes distancias unas de otras, cuando los astros particulares de aquellas rejiones no podian servirles de guia segura en sus lejanos viajes, es evidente, decimos, que el descubrimiento de la brújula fecha de una época mucho mas antigua que el año 1260 de la era cristiana.»

Diferentes sabios, tales como Kircher, Hide, Herward, Van Dale, sir William Jones y otros autores respetables, citados por Dutens y Mauricio, conceden á casi todas las naciones antiguas este conocimiento

(1) «Ego autem arbitrator non poeulo Herculē maria transvectum, sed navigio cui scyphi nomen fuit.»

de la acción eléctrica del imán, y esta opinión se halla generalmente acreditada entre los jueces competentes.

Después de haber probado que el fuego eléctrico propiamente tal era conocido de los antiguos teosofistas en sus manifestaciones mas importantes, nos falta demostrar que aquel fuego ha sido en todos tiempos el fuego hermético ó filosofal de los alquimistas, el agente mas poderoso de todas sus operaciones secretas, por cuya razón lo tenían tan oculto como les era dable, sin revelarlo mas que á sus adeptos. Esta opinión es tambien la de dom Pernety, el gran sacerdote de los misterios alquímicos.

« Nuestro fuego filosofal, dice, es un laberinto en cuyos rodeos pueden perderse hasta los mas sagaces; porque es oculto y secreto. El fuego solar no puede ser ese fuego secreto, pues es interrumpido y desigual, y no puede suministrar un calor siempre idéntico en duración é intensidad. Su ardor no puede penetrar el interior de las montañas ni desterrar el frío de los peñascos y del mármol que contienen los vapores minerales, de que se forma el oro y la plata.

« El fuego vulgar de nuestras cocinas impide la mezcla de las sustancias que son capaces de combinarse, consume ó evapora los lazos delicados que unen las moléculas de la materia, es de hecho un tirano.

« El fuego central é innato en la materia tiene la propiedad de mezclar todas las sustancias, dándoles nuevas formas. Mas ese fuego tan decantado no puede ser el fuego ordinario, el cual produce la descomposición de las semillas metálicas; y lo que en sí es un principio de destrucción, solo accidentalmente puede convertirse en principio de regeneración. »

Artefio ha tratado estensamente del fuego filosofal; y su discípulo Pontano se ha constituido el propagador de las doctrinas de su maestro. Al hablar de esta importante materia, se expresa de este modo: « Nuestro fuego filosofal es mineral y perpetuo, no se evapora sino cuando se le escita demasiado, tiene una parte de azufre, y no procede de la materia, destruye, disuelve, congela y calcina todas las sustancias. Para hallarlo y prepararlo se necesita mucha habilidad; ese fuego no cuesta nada, menos que nada. Además es húmedo, está cargado de vapores, es sutil, penetrante, suave, etéreo; analiza, transforma, nada destruye, todo lo circuye, todo lo contiene, en fin es único en su especie. Es al mismo tiempo una fuente de agua vital, en la cual se bañan continuamente el rey y la reina de la naturaleza. Ese fuego húmedo es necesario en todas las operaciones de la alquimia, al principio, en medio y al fin; *porque toda la ciencia está en ese fuego*. Es á la vez un fuego natural, sobre natural, y antinatural, un fuego á un tiempo caliente, seco, húmedo y frío que ni abrasa ni destruye. »

Ahora bien preguntamos nosotros: ¿qué podían designar los antiguos alquimistas con esta estraña algaravía acerca del fuego filosofal, si no es la electricidad? A buen seguro que á ninguna otro elemento pueden

aplicarse todas esas calificaciones. ¿Y porqué hemos de resistirnos á admitir esta verdad, en vista de tantos testimonios acerca de la existencia y eficacia de la electricidad, considerada como una de las propiedades ocultas de la naturaleza? Estos testimonios pertenecen á la antigüedad lo mismo que á la edad media, durante la cual escribieron sobre la ciencia hermética Aben-Ezra, Escoto, Erienes, Alcuino, Raban-Mauro, Alberto el Grande y Rojerio Bacon. La electricidad se obtiene con tanta facilidad y prontitud, que ya *a priori* pudiéramos asegurar que fué el principal agente que se empleó en la alquimia, como lo es ahora de la química. Además, ningún escritor de nota ha supuesto aun que el descubrimiento de la electricidad deba atribuirse á los físicos modernos que con tanta maestría han deslindado las misteriosas leyes de su acción.

Conocida ya la naturaleza del fuego filosofal, veamos cuáles eran los demás elementos constituyentes de la grande obra del *elixir de larga vida* y de la *piedra filosofal*. Estos elementos son el nitró, el azufre y el mercurio, tres de los agentes mas universales y activos que se han descubierto en el mundo físico y que entran en la composición de infinitos cuerpos. Determinemos la naturaleza de estos elementos, tan celebrados por los alquimistas como bases principales de su ciencia.

El nitró es designado como un elemento constitutivo de la mayor parte de cuerpos naturales; combinado con el principio alcalino, produce el nitró de los antiguos y el salitre de los modernos. Las escrituras y las obras de los sabios concuerdan en reconocer en este agente químico las virtudes de un disolvente universal. Los Judíos lo empleaban para bañarse, y por esto dijo Jeremías: « Si el pecador se bañare en el nitró, no quedará limpio de su pecado. »

Los químicos sacan de esta sal el agua fuerte y el agua regia, los dos principales agentes que se emplean en la metalurgia; pero no es este el lugar de esponer sus propiedades.

El segundo elemento de que se sirve la alquimia es el azufre, sustancia simple y universal, que á cada paso se encuentra mentada en la tradición sagrada y clásica. El azufre produce un efecto singular sobre el nitró, el agua regia y el agua fuerte; los dispone á obrar sobre el mercurio, produciendo amálgamas metálicas.

El tercer elemento alquímico es el mercurio, que los alquimistas consideraban como la base de todos los metales.

Ahora bien, el *elixir de larga vida* y la *piedra filosofal* no venían á ser mas que combinaciones de aquellos tres elementos, en el estado líquido para el *elixir*, y en el estado sólido para la *piedra filosofal*.

El *elixir* ó esencia de larga vida era mirado como un objeto precioso, tanto en medicina como en metalurgia. Los físicos alquimistas conocían perfectamente las grandes propiedades terapéuticas del nitró, del azufre y del mercurio, que entran en la composi-

cion de la pildora alquímica de Plummar y en muchos remedios modernos.

Este elixir, esta gota de vida, este maravilloso conservador y reparador de la juventud y de la hermosura, superior al mismo *bálsamo de Gilead* del doctor Salomon, y al incomparable *Mocasar* de Rowland (1), tenia mayor eficacia cuando se le añadía un poco de oro en disolucion. El elixir compuesto del elemento nítrico del agua regia, corroborado por el azufre y el mercurio, era, en determinadas circunstancias, capaz de disolver el oro, mayormente cuando se colocaba debajo del alambique la electricidad ó el fuego filosofal ó tambien el fuego ordinario.

Este elixir, que contenia una disolucion de oro, se convirtió en el famoso *aurum potable* (oro potable), en aquel néctar, en aquella ambrosía que tan encarecidamente ponderaron los poetas de la antigüedad. Esto explica el *auri sacra fames*; porque es muy probable que cuando los hombres se convencieron de que el oro podia, no solo llenar sus arcas, sino tambien proporcionarles una juventud eterna, que como el pan de los ángeles haria que su vida fuese como la de los bienaventurados, cuando se persuadieron de que habia de darles una salud constantemente buena y el vigor y la belleza de que gozaba en el Eden nuestro primer padre, antes que Eva cometiera su desliz, es probable, decimos, que tuvieron por el oro una pasion frenética, que le tributaron una especie de culto.

No cabe la menor duda en que este elixir, este oro potable era un remedio poderoso y vivificante; no cabe duda en que unos ingredientes medicinales tan enérgicos podian combinarse de modo que produjesen una depuracion y una especie de resurreccion en el organismo humano. Y verdaderamente mas de una vez nos ha ocurrido la idea de rogar á un químico que nos preparase una dosis de aquel elixir, escogiendo para esta operacion el momento de la conjuncion de Vénus y Mercurio. ¡Cuánto quisiéramos ver reverdecer nuestra juventud por efecto de este precioso breva-je, sin tener por esto que entregar nuestra alma al diablo!

Las mismas sustancias, que, combinadas de una manera, componian el elixir de vida, amalgamadas y preparadas de otra suerte, producian la piedra filosofal, ya en polvo, ya en estado concreto. El nitro, el azufre y el mercurio estaban mezclados en proporciones diferentes segun el metal que se queria transformar. Para ello era absolutamente indispensable la electricidad ó el fuego filosofal. Por esta razon vino á ser este fuego el objeto de las constantes investigaciones de los alquimistas. Los adeptos consumados, parece, lo encontraban fácilmente; mas á los *esotéricos* de los grados inferiores de iniciacion raras veces les era dado hallar

ese fuego admirable. Tenian por consiguiente que contentarse con el fuego ordinario, que aunque fuese útil para la fundicion de los metales, era incapaz de producir su descomposicion y mezcla. Desde entónces se atribuyeron al fuego filosofal las innumerables faltas cometidas por el vulgo de los alquimistas.

Los adeptos seguian diferente método; parece que rodeaban el vaso místico, la retorta, alambique ó como quiera llamársele, de corrientes continuas de fuego eléctrico. Cuando los metales se habian derretido, echaban en el alambique un pedazo de piedra filosofal que contenia las cantidades de nitro, azufre y mercurio, que debian producir la trasformacion deseada. Tenemos pues que, si esceptuamos el poderoso agente de la electricidad aplicado á los metales en estado de fusion, los antiguos alquimistas procedian exactamente del mismo modo que nuestros modernos metalur- jistas.

La piedra filosofal era pues una composicion que contenia nitro, azufre y mercurio en las cantidades necesarias para producir la trasformacion completa de ciertos metales, trasformacion que se verificaba por la accion de la electricidad, cuando los metales habian llegado al estado de fusion. La ignorancia en que por mucho tiempo se ha estado respecto de estos procedimientos, explica las groseras acusaciones y las observaciones absurdas que infinitos autores han dirigido á los alquimistas, sin embargo de que no conocian sus secretos mas insignificantes.

Era preciso explicar bien los elementos de esta metalurjia alquímica que por espacio de muchos siglos ha ejercitado los ingenios de los mejores físicos, para hacer comprensibles las descripciones de la piedra filosofal que nos han dejado algunos distinguidos escritores. Uno de ellos ha hecho sobre esta materia observaciones que no podemos menos de reproducir en este lugar.

«La piedra filosofal, el grande objeto á que se dirige la alquimia, es una preparacion especifica de agentes químicos, que encontrada, se destina á convertir toda la parte mercurial de un metal dado en un oro mas puro que el que se estra de las minas; y esto se consigue echando una corta cantidad de oro en los metales fundidos, mientras que la parte de aquellos metales que no es mercurio, se quema inmediatamente y desaparece. Esta piedra pesa como el oro, es quebradiza como el vidrio, es de un color rojo subido y se derrite como la cera al contacto del fuego. He aquí lo que los alquimistas se proponian encontrar; pero aseguraban tambien que harian otra piedra para la plata, con la que trasformarian en este metal todos los demás, á escepcion del oro y de la misma plata. Habian prometido además, dice Boerhaave, perfeccionar la piedra filosofal hasta tal grado, que echada en una determinada cantidad de oro fundido, lo convertiria enteramente en piedra filosofal. Habian asegurado por fin que le darian la fuerza y la virtud suficientes

(1) Estas dos drogas son, como la pasta de Regnault, el *raca-hout* de los Arabes, la mostaza blanca, etc., otras de esas panacéas, cuyas virtudes vemos todos los dias pomposamente anunciar en los periódicos.

para que mezclada con azogue puro, lo trasformase igualmente en piedra filosofal.

«De lo que se trata principalmente, dicen los alquimistas, es de hacer por medio de la ciencia en poco tiempo lo que hace la naturaleza en muchos años, y hasta en muchos siglos. Todo existe en todo, dice el dogma panteista. En el plomo hay mercurio y oro: ahora bien, si se hallase un cuerpo que ajitase todas las partes del plomo, de modo que consumiese todo lo que no es mercurio, echando mano del azufre para fijar el mercurio, ¿no debe creerse que el líquido restante se trasformaría en oro? Tal es la base de la opinión que admite como probable el descubrimiento de la piedra filosofal, de esa piedra que, según pretenden los alquimistas, es una esencia concentrada y fija, la cual, así que se mezcla con cualquier metal, se une inmediatamente por la fuerza magnética á la parte mercurial del metal, volatiliza y espele todo lo que tiene de impuro, y no deja subsistente mas que el oro puro.

«Los alquimistas han empleado otros dos medios para llegar á hacer oro (1). El primero es la *separación*; porque dicen que todos los metales conocidos contienen una determinada cantidad de oro, solo que en la mayor parte es tan insignificante esta cantidad, que no cubriría los gastos que se hiciesen para obtenerla. El otro medio es la *maduración*. En efecto, los alquimistas consideran el mercurio como la base y sustancia de todos los metales, y afirman que sutilizándole y purificándole, á fuerza de mucho trabajo y despues de largas operaciones, se le convertiría infaliblemente en oro.»

Segun estos mismos principios, base intentado igualmente convertir los brutos en hombres, y Federico el Grande ha hecho experimentos que se dirijian á humanizar los animales y á blanquear los negros cruzando las razas.

La cuestion fundamental en materia alquímica sigue

(1) Es por demás advertir que solo hablamos aqui de los alquimistas de buena fe, de aquellos que han pasado toda su vida en el laboratorio para llegar al descubrimiento del elixir de vida. Sin disputar ahora si Noé, Moisés, Cleopatra, Caligula y Juliano, que han pasado por verdaderos adeptos, se han entregado en efecto seriamente al estudio de la filosofía hermética, dirémos que tanto en la antigüedad, como en la edad media, se vieron algunos hombres muy eminentes que dedicaron todos los recursos de una alta inteligencia á la investigacion de los arcanos de la naturaleza en la descomposicion y recomposicion de los metales. Bien que es verdad que ha habido otros que han convertido sus conocimientos alquímicos en un culpable medio de especulacion, valiéndose al intento del fraude y de la mentira. Para sus operaciones unas veces se servian de un crisol preparado de antemano, en cuyo fondo habian ocultado con destreza el oro; otras veces introducian mañosamente en el plomo ó cobre derretido algunas partículas del precioso metal contenidas en un palo hueco de que se servian para revolver el líquido. Pero ya hemos dicho que no nos habíamos propuesto hablar de estos charlatanes, que por lo demás pagaron con su sangre el peligroso honor de pasar por hechiceros.

siendo la misma que ha sido siempre. ¿Los metales tienen una base comun, un principio metálico comun que determine el nombre y naturaleza de lo que entendemos por *metal*? ¿Pueden ser transformados por la accion eléctrica, cuando están en fusion, añadiéndoles determinadas cantidades de nitro, azufre y mercurio, es decir, pueden producir la piedra filosofal?

Este gran problema de la alquimia no ha adelantado un paso: los químicos modernos ni han podido resolverle, ni tampoco demostrar que sea absurdo; así es que tiene aun ocupada la atencion de muchos sabios que se dedican á continuas investigaciones para llegar á un resultado, sea cual fuere.

Sir Humphrey Davy ha trabajado mucho para despejar esta cuestion; sus experimentos galvánicos con, los cuales ha reducido el número jeneralmente recibido de sustancias simples, descomponiendo muchos de aquellos cuerpos que hasta ahora se habian considerado como elementares, le aseguran un lugar distinguido entre los físicos mas célebres. Pero M. Davy no ha llegado mas que á la mitad del camino; Brand y Faraday han demostrado que algunas de las sustancias á las cuales se daba el nombre de cuerpos simples, eran realmente compuestas. ¿Y hasta dónde será llevado este análisis? ¿Llegará á descomponer los metales? Esta es la cuestion pendiente entre químicos y alquimistas: porque unos y otros han reconocido que si se logra descomponer los metales, será fácil volver á componerlos y sujetarlos á las trasformaciones que se quieran.

Las dos principales clases de sabios que están estudiando esta cuestion son los metalurjistas y los que observan con especialidad los fenómenos eléctricos. Los alquimistas se servian juntamente del poder de la electricidad y del fuego ordinario, y aplicaban las fuerzas galvánicas á los metales en fusion. Ahora sucede todo lo contrario: los que estudian la electricidad se han ceñido á investigar todas sus propiedades, y los metalurjistas solo se sirven del fuego ordinario. Ahora bien, los asertos de los alquimistas solo pueden ser comprobados, su doctrina únicamente puede ser declarada verdadera ó falsa haciendo el experimento tal como ellos lo han indicado. Tan solo por este medio cabe ser justo con los alquimistas; porque si ellos nos dicen que logran su objeto empleando este ó aquel proceder, el único medio de examinar la veracidad de su aserto es seguir exactamente sus indicaciones prácticas.

Un hecho muy notable presenta la historia de la química en los cinco últimos años, y es que los *eléctricos*, si es lícito hablar así, han llegado muy cerca de esa trasformacion de los metales que atrajo á los alquimistas tantas acusaciones y dichos mordaces. M.M. Cross, Fox, y algunos otros autores, por la accion continua de las corrientes galvánicas de electricidad, han obrado con el auxilio de la ciencia en un corto espacio de tiempo lo que la naturaleza no hacia sino al cabo de muchos siglos. Por este medio han variado el ca-

rácter y forma de los metales. Han producido magníficas cristalizaciones en sustancias minerales que nadie hubiera creído capaces de semejante transformación. Pero nunca han aplicado la electricidad á los metales en fusión, añadiéndoles los agentes químicos que han empleado con tanta frecuencia los alquimistas y metalurjistas.

Imposible fuera terminar estas consideraciones sobre la alquimia de un modo mas oportuno, que citando la opinion de un distinguido escritor moderno sobre la cuestion de la trasformacion de los metales:

«En esta cuestion solo deben tomar parte los químicos filósofos, y no los empíricos que sobre todas materias fallan con una seguridad imperturbable y la mas absoluta ignorancia. Los metales, segun ellos, son cuerpos simples; es pues un absurdo querer transformarlos. ¿Mas quién probará que los metales sean verdaderamente sustancias simples? «Son cuerpos simples, dicen los empíricos, porque es imposible transformarles;» es decir, que son simples, porque no pueden ser transformados, y no pueden ser transformados porque son simples. ¡Peregrina lógica que esplica el efecto por el efecto!

«Si se reflexiona que los demás jéneros del reino mineral presentan una inmensa cantidad de cuerpos diferentes en aspecto y naturaleza, y que los químicos, á pesar de su prurito de ver sustancias simples en todos estos cuerpos, jamás han podido descubrir en ellos los nueve elementos primitivos, cuyas propiedades están discutiendo todavía; si se atienden, digo, tales hechos; ¿podráse razonablemente admitir *à priori* que los metales son cuerpos absolutamente simples y homogéneos? Y no obstante, estos rancios manipuladores proclaman hasta treinta y ocho sustancias metálicas simples! Pero oigamos á Linceo: «Vanamente se oculta á nuestros ojos en el templo de Vulcano la metamorfosis de los metales; en las profundidades de la naturaleza es donde hay que buscarla. Poquisimos padres producen inmediatamente hijos bastardos; Marte era decididamente polígamos.»

«Yo no estaba presente cuando en 1667 Helvercio trasformó el plomo, ni cuando Berigard y Van Helmonte trasformaron el mercurio, ni tampoco en la proyeccion que el emperador Fernando, en 1648, y el elector de Maguncia, en 1658, elaboraron con entera satisfaccion de los asistentes. «Imposible es, dice Bergmann, poner en duda tales hechos, sin resistirse á dar crédito á la historia.» No negarémos, con todo, que se han visto tantos casos en que los supuestos alquimistas no eran mas que unos embaucadores desecados, que su mala fama ha perjudicado á los verdaderos adeptos, si es que los haya habido. Como el móvil de sus estériles tareas era la mas ruin codicia, bien merecían quedar burlados en todas sus investigaciones. En las artes y ciencias ha habido tantas invenciones y descubrimientos que antiguamente poseia el público, que en la actualidad miramos como otros tantos secretos, que seria una verdadera temeridad el

negar la existencia de la piedra filosofal, ya que por otra parte no podemos demostrar su imposibilidad. Prescindiendo de consultar los anales de la alquimia, bastará traer á la memoria los sables de Damasco, tan celebrados en otro tiempo, sin que sepamos ahora los procedimientos que se empleaban en su fabricacion. Eran hechos de un acero tan duro, y al mismo tiempo tan flexible, que partian los cuerpos mas consistentes y podian doblegarse de modo que su punta llegaba á unirse con el puño. Aquella era una semi-trasformacion del hierro, una sustancia intermedia entre el hierro, el mercurio y el cinabrio.

«Los metales, en mi sistema, son sustancias térreas mineralizadas por el fuego. Todos pues contienen fuego y tierra, y sus diferencias provienen de las proporciones variadas con que el elemento aéreo entra en su composicion. Como la tierra y el aire combinándose forman sales, defino el metal, diciendo que es una especie de sal que contiene la cantidad de fuego que permite su naturaleza. De esta definicion podemos inferir que un mineral, reducido á su estado metálico, no puede recibir mayor cantidad de sustancia ígnea que la que ya contiene; la superabundancia de este elemento solo serviria para volatilizar el metal. Por esto, cuando la tierra, cargada de fuego, se convirtió en mercurio líquido, no pudo absorber una cantidad mas crecida; un fuego mas intenso no haria mas que sublimarlo.

«Siguese de ahí que si la trasformacion de los metales es posible, solo podrá verificarse por la adiccion de una sal que cambie la naturaleza secreta del plomo ó mercurio en la de oro ó plata, como dicen podia hacerlo la piedra filosofal. Esta opinion parecerá tal vez estraña á los que nunca han profundizado las causas y la esencia de las cosas; pero Bergmann y Scheel son autoridades respetables, que pudiéramos citar en apoyo de este sistema.»

Por lo que á nosotros respecta, debemos confesar que no hemos estudiado mucho la esencia y naturaleza de los metales; pero nos creemos autorizados, por los resultados últimamente obtenidos, para creer que no está lejos el momento en que se hallarán las primeras bases de los metales, y en que se sepa por fin si los alquimistas son los mas sublimes filósofos, ó unos necios delirantes.

Entretanto la ciencia moderna ha sacado grandes ventajas de las escrupulosas tareas de los alquimistas, astrólogos, y en jeneral de los filósofos místicos. A Arnaldo de Villeneuve, alquimista célebre, somos deudores de los ácidos muriático, nítrico y sulfúrico, igualmente que de los primeros ensayos de destilacion que produjeron mas adelante la fabricacion del alcohol. Rojerio Bacon, aunque finjia despreciar la magia, aunque llegó á escribir contra ella, con todo es muy probable que, dedicándose á las misteriosas investigaciones de la filosofía hermética, descubrió la pólvora; descubrimiento cuyos resultados exajeró hasta el punto de asegurar que una fraccion de esta

terrible sustancia, del tamaño de la estremidad del dedo pulgar, bastaría para derribar una ciudad en medio de truenos y rayos. Bacon fué igualmente el que, por medio de sus averiguaciones astrológicas, llegó al descubrimiento del telescopio. Paracelso, el místico autor de la *Archia*, introdujo el uso de los preparados antimoniales, salinos y ferruginosos, tan útiles en terapéutica. La ciencia de las matemáticas es deudora á Cardano, astrólogo famoso, del caso irreducible y de la aplicación de la geometría á la física, siendo este mismo iluso el que primero descubrió la multiplicidad

de las ecuaciones de los grados superiores en la existencia de las raíces negativas. No olvidemos finalmente el *Ars magna*, aquel libro curioso en que Raimundo Lulio espuso un vasto sistema de filosofía, y compendió los principios enciclopédicos de los conocimientos humanos, que debían mas adelante arrojar una luz tan viva sobre Europa.

Deben pues tener presente los sabios de nuestros días que en todos casos, ya los supongan insensatos, ya sublimes, los filósofos herméticos serán siempre sus verdaderos abuelos.

ESCENAS DE LA VIDA MARÍTIMA.

UN CRUCERO EN FRENTE DE LA ISLA DE CURAZAO.

Acababa de recibir el honorable sir John Murray del vice-almirante, comandante en jefe del apostadero de la Jamaica, la orden de reunir la fragata de S. M. la *Fortuna*, su propia fragata, la *Franchise* y dos bergantines de diez y ocho cañones para ir á poner bloqueo con estas fuerzas á la isla de Curazao. Sir John se habia comprometido á someter en un tiempo dado aquella posesion holandesa á la corona británica.

Quiso mi buena ó mala estrella que yo formase tambien parte de aquella expedicion, en clase de primer teniente á bordo de uno de los bergantines. Publicóse el bloqueo en las gacetas de la Jamaica, y túvose cuidado de advertir á nuestros amigos los Yankees (1) que cualquier buque que fuese encontrado á cierta distancia de la isla sería inexorablemente aprehendido. Con todo no fué parte esta amenaza para contener su filantropía: no pudieron resolverse á dejar perecer de hambre á criaturas formadas á imájen de Dios, teniendo, como tenian, medio de proporcionarles víveres á quinientos por ciento de beneficio.

Nuestro comodoro reconoció desde luego la imposibilidad de reducir á la guarnicion holandesa por el bloqueo: por lo que tomó el partido de verificar frecuentes desembarcos en la isla. Cincuenta hombres, á veces ciento, á las órdenes de un teniente de la escuadra, saltando de improviso en tierra, incendiaban las mieses y degollaban el ganado que no podian llevar consigo. El gobernador holandés, viejo marino de la escuela de Ruyter y de Van Tromp, no hallan-

do aquel modo de obrar escrito en los libros del derecho de jentes, nos calificó de salvajes y declaró que consideraria como tales y mandaría ahorcar sobre las murallas del fuerte de Amsterdam á cuantos Ingleses cojiese in fraganti.

Sin embargo, la noche siguiente, el primer teniente de la *Fortuna* desembarcó con cincuenta perillanes. Disponíanse á trabajar en la viña del diablo, cuando el gobernador holandés, á la cabeza de su campo volante, los sorprendió y les hizo trece prisioneros. Los restantes volvieron á sus embarcaciones, despues de haber sufrido bastante pérdida.

Este contratiempo causó grande consternacion á bordo de la escuadra, porque nadie dudaba de que *Myneer* (1) cumpliría su terrible amenaza. Recibí la orden de probar, aquella misma noche, una nueva expedicion á fin de apoderarnos de algunos rehenes, y diéronme por guia un desertor holandés, llamado Horsica. Este miserable nos llevó directamente á una casa que al punto mandé cercar. En la cuadra hallamos diez caballos que montaron los marinos que tenían grado y nuestro digno guia. Una vieja ama de llaves nos informó de que el señor y la señora estaban ausentes desde la víspera. La parte de la isla donde hicimos el desembarco habia gozado hasta entonces de completa seguridad.

La limpieza y aseo holandés de la casa, y la opulencia que en toda ella reinaba, engolosinaron al segundo contramaestre de la *Fortuna* y á una docena de bandidos que cobraban sueldo de S. M. Británica. Des-

(1) Apodo que los Ingleses dan á los Americanos de los Estados-Unidos.

(1) Voz holandesa que significa señor mio y que usan con mucha frecuencia.

pues de haber saqueado toda la casa, volvieron arastrando tres señoritas jóvenes que habían encontrado ocultas en un sótano. Eran las hijas del propietario. Apresuréme á librar de aquel terrible apuro á aquellas pobres palomas que estaban palpitando en las garras de mis buitres; pero Mr. Smart, el contramaestre, que se había apoderado de la mayor y que por lo visto la consideraba de buena presa, se resistió á abandonarla. Hice desarmar y atar á aquel revoltoso, mientras las pobres muchachas, medio desnudas, arrojándose á mis pies, bañaban mis manos con sus lágrimas. Esta escena nocturna se conservará eternamente grabada en mi memoria. Me recuerda una de las buenas acciones que he hecho en mi vida, y á fe que su número no es muy considerable. Ojalá me *allanen el camino del cielo*.

Horsica, airado en extremo porque no había hallado la liebre en el lecho, pues tenía motivos de resentimiento particular contra el amo de la casa, me dijo en tono imperativo:

«Ea, ¿nos llevamos las muchachas?

—¿Para qué?

—Poco os curais del peligro en que se hallan vuestros paisanos.

—Sé las órdenes que me han dado. Mi comision se reduce á prender algunas personas notables, y no á desvalidas mujeres. Habis prometido á sir John Murray poner á nuestro alcance alguna de las autoridades de la isla; cumplid vuestra palabra.»

Murmuró alguna cosa entre dientes y volvió la espalda.

Después que los míos hubieron formado, mandé que marcharan de frente, y fui á colocarme á la cabeza de la caballería con Horsica, el cual me aconsejó que tomase la direccion de la primera quinta que se ofreció á nuestra vista. Hicelo así en efecto, y requisamos otros veinte caballos, obligando además al pobre quintero á que nos siguiera con sus dos hijos, mancebos de muy buena apostura.

Las estrellas comenzaban á perder su brillo, y el día que iba acercándose ponía en peligro á nuestro reducido ejército. Los marineros á caballo hacían una grotesca figura: pero otras veces he visto jinetes todavía peores. En aquel momento me dijo Horsica que á corta distancia de donde estábamos, vivía un burgomaestre que gozaba de mucha consideracion en el país, y que mis compatriotas estaban salvados, si esta vez lográbamos cojer la liebre en el lecho.

Pronto divisamos un edificio elegante, cuya blanca fachada se destacaba sobre la inmediata pradera iluminada por la débil luz del crepúsculo.

«¡He aquí el lecho, dijo Horsica, que no abandona su comparación, como la liebre esté en él!»

Encargué á mi segundo que cercase la heredad, y yo, seguido de Horsica y de dos marineros montados, atravesé el jardín hasta llegar á la casa. A los repetidos golpes de nuestras hachas y sables contra la puerta principal, abrióse una especie de tragaluz

para dar paso á la cabeza de una vieja que evidentemente se había despertado sobresaltada. Horsica le intimó con tono feroz que abriese inmediatamente la puerta, si no quería verla hundida al momento. Un grito de terror fué la única respuesta de aquella pobre mujer.

No podemos perder tiempo, dijo Horsica: tenemos á nuestras espaldas el campo volante de Mynheer. Hundamos la puerta; y sin aguardar mi contestacion, cojió con su nervuda mano y arrancó de tierra una gruesa estaca que nos sirvió de ariete: cerrojos, goznes y trancas, todo cedió á un tiempo. Entramos en un vasto corredor; y los criados, que habían acudido al primer ruido, apenas vieron que la puerta cedía y que se precipitaban por ella cuatro hombres con sables ó hachas en mano, desaparecieron y fueron á esconderse. Dios sabe dónde: pero Horsica, asiendo del brazo á una vieja, la amenazó con la muerte, si no le descubría dónde estaba su amo. Las exclamaciones de la pobre mujer, sus súplicas para que no entrásemos en el cuarto que su espanto le había hecho indicar, tenían algo de extraño y de cómico, aun para los que, como nosotros, no entendían una sola de sus palabras. Horsica, mi guía é intérprete, me esplicó fingiéndose de un modo horrible, que el burgomaestre recién casado estaba realmente en casa, disfrutando de las dulzuras de la luna de miel. La vieja continuaba rogándonos que respetásemos el tálamo nupcial.

«Decidle por la cerradura, Horsica, que se entregue, y que no se le hará el menor daño, que su esposa será respetada.

—Sois muy joven, mi teniente, respondió el desertor; ¡avisar á la liebre para que se escape! Dejad este negocio para mí, que soy perro viejo.» Y sin esperar mis órdenes, se arrojó contra la puerta, y la derribó.

Entonces se presentó un joven alto y de exterior distinguido; estaba medio desnudo y acababa de cojer un fusil. Grité que no hiciese fuego, ó de lo contrario, iban á perderse él y su esposa. Horsica sin duda le repitió en holandés las mismas palabras; pues pareció que el burgomaestre se resolvía á ceder á la necesidad. En efecto soltó el fusil; y señalando con una mano el lecho nupcial, levantó la otra con ademán suplicante. Su joven esposa había desaparecido completamente debajo de la cubierta de la cama.

Repuesto entretanto el burgomaestre de su primer espanto, preguntó al desertor qué quería.

«Vuestras personas, vuestra vida debe asegurarnos la de trece marineros ingleses que vuestro gobernador destina á la horca. Si esto se verificase, entonces en represalia...

—Yo no soy militar, repuso el joven; no es justo que se me haga responsable de los actos del gobernador.»

Horsica se sonrió con aire sardónico, y le señaló un uniforme que había sobre una silla.

«Aquel uniforme es de la milicia, contestó el burgomaestre, y la milicia está tan solo destinada á mantener el órden y á protejernos contra nuestros esclavos.

—¡Bah! ¡Bah! que le aten como á los demás.» Aquel miserable mandaba, y yo no me oponía á ello. A mas de que no era yo el inhumano, sino las órdenes de John Murray.

El burgomaestre opuso al principio alguna resistencia, pero últimamente dejó que le ataran las manos á la espalda. Hubiera podido evitarle esta precaucion brutal; pero en los momentos de peligro comunmente sucede que se apoderan de la autoridad los mas violentos. Repentinamente la jóven esposa, que poco á poco se habia atrevido á asomar la cabeza fuera de la cama, venci6 el pudoroso miedo de su sexo, y se precipitó á las plantas de Horsica. Este monstruo, con semblante de hombre, la rechazó brutalmente y me señaló con el dedo como su jefe nominal. Fué indecible mi emocion al ver mis rodillas abrazadas por la Magdalena de Rubens, pero la Magdalena de diez y ocho años, la Magdalena inocente. Su larga cabellera rubia se estendia como un velo sobre su seno palpitante y sobre sus desnudas espaldas. Sus grandes ojos azules tenian una elocuencia indefinible. ¡Cuánto sentí en aquel momento no ser el comandante de la escuadra, en vez de un oficial subalterno! No hubiera ciertamente separado á los que acababa de juntar el himeneo; pero tenia mis órdenes, y un militar no tiene mas recurso que obedecer.

Procuré á lo menos derramar alguna esperanza en el corazon de aquella aflijida mujer. «Decidle, Horsica, que no tema; que su marido será canjeado por nuestros marineros.» Pero el fementido, en lugar de traducir mis palabras, dijo probablemente todo lo contrario; pues la esposa del burgomaestre lanzó un grito, y cayó desmayada.

«Aprovechemos este instante, dijo Horsica; despachemos pronto, ó sino, vive Dios, caemos en la boca del lobo.

—Luego, vamos, le dije yo.» El burgomaestre se esforzaba en volver su esposa á la vida, y hubiera sido mucha crueldad separarlos en aquellos momentos.

—¡Por vida de mi padre, exclamó el desertor, que este mancebo está loco! Yo solo atiendo al peligro, y á fe mia que no quisiera que me degollasen con todos los vuestros, porque ahora se os ha antojado echarla de galan. Vámonos, camaradas, si estimais en algo vuestro pellejo, llevémonos nuestro prisionero.

—¿Con qué derecho? grité yo.

—¡Ya veo que quereis cargar vuestra conciencia con la muerte de vuestros trece camaradas, porque el gobernador no los perdonará.»

En efecto el renegado tenia razon en parte. Apenas llegamos á la orilla, vimos cerca de nosotros á dos ó tres jinetes que venian á nuestro alcance. De pié en

mi bote pude examinar á corta distancia el pequeño ejército del gobernador.

Horsica, envanecido con el feliz éxito de la expedicion, condujo los prisioneros al buque del comandante. El burgomaestre se separó de mí con visibles muestras de pesar. Aunque no hubiese podido serle de ninguna utilidad, sin duda habia leído en mi semblante mi buena intencion.

Subí á bordo de la *Fortuna* para dar parte al capitán Vansittart del comportamiento de su contraamaestre. Aquel valiente oficial dió una fuerte reprimenda á aquel pícaro y le amenazó con el azote. «Mas adelante examinaremos su conducta, añadió, porque tenemos que hacernos inmediatamente á la vela. Ya veis las señales del comodoro. ¡Izad los botes! ¡todas las velas fuera!»

Rogué que pusiese su lancha á mi disposicion para subir á bordo de la *Franchise* é interceder por el burgomaestre con sir John Murray. Consintió gustoso, y yo atraqué al buque del comodoro en el momento en que levaba el ancla para ir á colocarse en frente del fuerte de Amsterdam con toda la escuadra á escepcion de el *Renjifero*, el cual tenia órden de cruzar por delante de la otra parte de la isla.

Han mediado muchos años desde los acontecimientos de que refiero un episodio, y solo recuerdo muy imperfectamente las facciones del honorable John Murray. Es sabido que su hermana casó mas tarde con su alteza real el duque de Sussex.

A mi llegada á la cámara de la *Franchise*, un personaje delgado, alto, corcovado, pálido y esciesivamente flaco, se levantó de la poltrona en que estaba descansando envuelto en su bata, y contestó con mucha cortesía á mi saludo.

«Presumo que seréis el oficial que mandaba la expedicion de anoche.»

Me incliné en señal de afirmacion. Ocupó otra vez su asiento y me hizo seña de que me sentase á su lado.

«Disimulad, me dijo, la aparente viveza de mi carácter, porque padezco mucho, y el dolor vuelve nuestro jenio sombrío é impaciente.»

Sir John hubiera ciertamente podido dispensarse de semejantes precauciones oratorias, porque en mi vida he encontrado mayor afabilidad ni mayor finura.

«Os felicito por el resultado de vuestra expedicion: pero segun el parte de ese desertor, Horsica, que por otra parte aprecio en lo que vale, habeis flaqueado un momento. Una comision de aquella naturaleza debe sin duda repugnar á un oficial inglés...»

Guardé silencio; el modo fino con que me dirijia aquella lijera reprension, me dispensaba de contestarle.

«Por lo demás, estoy muy distante de vituperar vuestra conducta; el éxito os ha justificado completamente. Os diré pues que he mandado llevar á tierra al hijo mas jóven del quintero, y le he dado el

encargo de poner en manos del gobernador una carta del burgomaestre. Procurará no perder tiempo, porque sabe que las vidas de su padre y de su hermano dependen del resultado de su misión. Prevengo al gobernador holandés que si toca en uno solo de sus cabellos á mis trece marineros, su burgomaestre y los demás prisioneros serán ahorcados al momento delante del fuerte de Amsterdam. Esta es la razón porque la escuadra ha hecho movimiento.

—¡Oh! cederá sin duda alguna á esta amenaza...

—¡Dios lo quiera! el gobernador es muy terco; pero es tan cierto como que existe un Dios que yo usaré de represalias...

El comodoro pronunció estas últimas palabras con tono firme y animado; en seguida dejó caer otra vez la cabeza sobre su descarnada mano. Miré si lograba interesarle á favor del burgomaestre refiriéndole las escenas de la noche.

«Ese Horsica es sin duda un malvado; pero la guerra hace necesario el empleo de tales instrumentos. En cuanto al suplicio de mis prisioneros...

—¡Oh! capitán, vos no pensáis que...

—Como hombre participo de todos vuestros sentimientos; como comandante de escuadra, tengo deberes que cumplir, deberes horribles, pero sagrados.

—Pero, capitán, siendo, como sois, tan compasivo, ¿enviaréis á la horca á unos inocentes é inofensivos aldeanos! Vuestra conciencia, la tranquilidad de vuestra alma...

—Todo depende del gobernador holandés; ¡cañones contra cañones! ¡horca contra horca! Tocad la campanilla.»

Obedecí; y se presentó un criado con una pócima para su señoría. Me levanté y salí de la cámara después de un respetuoso saludo, considerándome muy feliz de estar libre de la grave responsabilidad que pesaba sobre sir John.

La escuadra se dirigía á todo trapo, como he dicho, hacía el fuerte de Amsterdam, situado á unas tres leguas de distancia. El *Renjifero* permanecía bordeando la parte de la costa que nosotros abandonábamos, para vigilar á nuestros amigos, los Americanos. Acerquéme á un viejo oficial, y le pregunté si creía á nuestro comodoro capaz de cumplir una promesa tan horrorosa. Si tendría valor para ahorcar á unos infelices que ni siquiera eran soldados.

«Sin la menor duda, me contestó retorciéndose los bigotes, lo hará como lo dice; pues, no faltaba mas, sino que un perro Holandés ahorcase impunemente y como ratones trece marineros de S. M. Británica. No, no, bueno es John Murray para consentirlo. A mas de que debe de tener grande ojeriza á esa abominable isla que está bloqueando desde, Dios sabe cuanto tiempo. ¡Pobre capitán! su salud ha padecido aquí terriblemente. Al doctor le parece tan quebrantada, que no será extraño que el primer día nuestro valiente comodoro tenga que bajar el pabellon por la primera vez de su vida.»

El viejo teniente no se equivocaba; diez días después de la terrible escena que acabo de referir, murió el capitán Murray. Aun en el mismo instante de su muerte, manifestó el amor que tenía á su país, mandando que lo enterrasen en un banco de arena á la altura de Curazao, por no desmembrar la armada de la sola embarcación que hubiera tenido que trasportar sus restos á la Jamaica.

Dirijíme al primer teniente de la *Franchise* y le dije: «¿Se permite ver á los prisioneros, Mr. Fleming?

—Sin la menor dificultad; solo que cabalmente ahora está exhortándolos el capellan.»

Bajé á la santa bárbara, donde encontré á los Holandeses sumamente abatidos. El capellan les dirigía en mal francés algunas palabras de consuelo, que solo el burgomaestre podía entender. ¡Infeliz jóven! me entregó un mechón de su pelo y encargó al capellan que me dijese que confiaba que yo lo haria llegar á las manos de su viuda. Subí otra vez á cubierta en el momento en que la *Franchise* amainaba velas, cuadraba vergas y daba la señal á la escuadra de que hiciese lo mismo y echase áncoras en una misma línea. Un cañonazo disparado desde el muelle nos demostró que nos hallábamos exactamente fuera del alcance de las baterías de la isla; pero bastante cerca para poder descubrir con nuestros catalejos cuanto pasaba en el fuerte. La guarnición estaba formada en batalla delante de una larga horca de la cual colgaban siete cuerdas. El gobernador y su estado mayor, á caballo, se veían rodeados de un inmenso jentío.

El comodoro Murray izó pabellon blanco en la proa, disparó un cañonazo y echó á la mar la lancha con un parlamentario. Toda la escuadra puso sus flámulas á la mitad de los palos en señal de luto, atáronse cordones á las vergas, y el martillo del carpintero, como si clavara las plataformas sobre las serviolas, hizo resonar á lo lejos sus precipitados golpes. Entretanto nuestros anteojos acechaban todos los movimientos del gobernador holandés, cuyo estado mayor seguía á su vez todos los de la escuadra. Las vidas de veinte y un hombres estaban pendientes de una palabra de Mynheer.

El comodoro Murray, á fin de apresurar el desenlace, puso todas sus embarcaciones de luto y mandó á sus trompetas que tocasen la marcha de los muertos de *Saul*. Esta lúgubre sinfonía se deslizaba por encima de las olas y llegaba á la orilla, cuando de repente vimos que una mujer se precipitaba al encuentro del gobernador y caía casi á los pies de su caballo. Mynheer echó pié á tierra, levantó á la suplicante é hizo señal de que derribaran la horca, la cual vino á tierra en medio de las aclamaciones de cuantos se hallaban en la orilla y en el crucero. La *Franchise* izó de nuevo sus flámulas, pareciéndome que en aquel instante me quitaban de encima del pecho una grande montaña. Así terminó la tragedia; pero me falta todavía referir un acto suplementario que fué mas sangriento. He hablado ya del campo de Mynheer; he

aquí el modo con que nos apoderamos de él. Ocho dias despues de haber salvado á los prisioneros, la *Franchise* dió la señal de ponerse al paio, y nos fué comunicada la órden siguiente, firmada por la espirante mano de nuestro comodoro.

«Habiendo resuelto el capitán que manda la escuadrilla, atacar y dispersar las fuerzas acampadas en la isla, todos los buques deberán aprontar su contingente de hombres y oficiales, segun la proporcion que se acompaña. Solo serán admitidos los que se presenten voluntariamente. La reunion jeneral se verificará hoy á bordo de la *Franchise*, una hora despues de puesto el sol.

«J. Murray.»

Esta órden produjo un desprendimiento el mas caballeresco á bordo de la goleta, de la cual yo tenía el honor de ser el primer teniente. El ayudante del cocinero se distinguió particularmente por su extraordinario entusiasmo, y juró que seria tambien de la partida, por mas que para atacar tuviese que embarcarse en una de sus cazuelas. Nuestro capitán tampoco careció de valor, saltó en su esquife y lo lanzó como una saeta hácia el buque comodoro, al cual, sin embargo, atracó demasiado tarde, porque sir John Murray habia dispuesto ya del mando de la expedicion á favor de mi valiente camarada Fleming.

El capitán Mac volvió á bordo de la goleta, tascando el freno y maldiciendo la suerte porque le habia negado esta vez la proporcion de hacerse romper los cascos. Por el modo de andar del esquife adiviné el mal humor del capitán. En vez de hender la espuma de las olas como un tiburón hambriento, se dejaba llevar y traquear por ellas como un pescado muerto. No me equivocaba; Mr. Mac descargó sobre mí todo su enojo.

Disponíame á revistar á los hombres que debían formar nuestro contingente. «¿Quién os hace meter en esto? me dijo; el trabajo que os tomáis es inútil; pues no seréis vos, sino el segundo teniente, el que mande nuestra jente. A él pues debemos dejar que escoja sus hombres.

—¿Y porqué no he de ser yo, capitán?

—Porque yo soy vuestro jefe, y segun parece, tengo el derecho de mandar á bordo de mi buque: John Murray tiene tambien el de imponer sus antojos á la escuadra y dar á Fleming la preferencia sobre mí.

—Esto ha sido una injusticia manifiesta, capitán.

—Sois un excelente muchacho; y supuesto que tenéis tanto empeño en tomar parte en el ataque, me causaria grandes remordimientos el impedirlos.

Al ponerse el sol, fué acercándose la escuadrilla á la costa, y así que las tinieblas hubieron cubierto, segun la espresion bíblica, la haz del abismo, echamos las lanchas á la mar, y los de nuestro contingente se arrojaron en ellas revueltos con los demás. Estos diablos encarnados no habian parado un momento desde la mañana, cantando y bailando habian afilado sus

machetes, aguzado las picas y puesto pedernales á las pistolas. Todos los marineros se habian atado al rededor del brazo una ancha tira de lienzo blanco para evitar toda equivocacion.

La expedicion en un momento hubo tomado tierra, y el capitán Fleming dispuso su reducido ejército en pequeños pelotones. Los soldados de marina de las fragatas la *Franchise* y la *Fortuna* formaban la vanguardia. Cuatro hombres del mismo cuerpo, al mando de un sarjento de enorme corpulencia, estaban encargados de hacer un reconocimiento. Este último personaje, á no ser tan profunda la oscuridad, hubiera sido muy poco á propósito para aquella peligrosa mision, pues su vasta circunferencia hubiera servido de blanco seguro á los centinelas enemigos.

Luego que el sarjento hubo reconocido el campo holandés, vino á reunírseles con su pequeña partida.

«¿Habeis encontrado algo? le preguntó el capitán Fleming.

—He llegado hasta un punto donde podia tirar á boca de jarro á la centinela avanzada, mas no he querido disparar por miedo de que la esplosion del fusil diese demasiado pronto la alarma.

—¿Pero no teniais el sable para despacharle?...

—No hay duda, mi teniente, pero siempre hubiera podido dar un grito. A mas de que, cuando he dicho que habia llegado hasta boca de jarro de la centinela, no he hablado con exactitud. Yo solo he oido el ruido de sus pasos, prueba de que no estaba muy lejos.

—Sarjento, á veces los cuervos mas negros enseñan una pluma blanca.

—Cuarenta años ha que sirvo en los buques de S. M., y no me acuerdo de haber tenido miedo.

—No digo lo contrario; pero estais demasiado gordo. Os tengo por un valiente, y no ha sido mi ánimo reprenderos.

—Señores oficiales, fuera de las filas.»

Formamos círculo al rededor del capitán Fleming. «Quedaos, sarjento,» dijo al veterano dándole una puñada. «Mynheer Horsica, prosiguió dirijiéndose al desertor holandés que iba á su lado desde el desembarco, os habeis encargado de guiarnos, describid á estos caballeros la posicion del campo enemigo.

—El campo del gobernador holandés, dijo Horsica, como ya se lo he manifestado á sir John Murray, no es un campo volante como lo llamamos; pues comprende una espaciosa y tosca granja, construida de ladrillo y cubierta de bálago. Seria bueno ponerle fuego, pero no alcanzo cómo pudiéramos verificarlo, porque en su exterior nada presenta combustible, á escepcion de una puerta de roble, á la cual se sube por una escalera de ocho gradas. A entrambos lados de la puerta hay ocultas dos piezas de á seis, cargadas de metralla. La tropa de marina está acuartelada en aquel edificio, y el resto de las fuerzas holandesas está acampado detrás, resguardadas por un foso y unos parapetos. Lo mas acertado seria hundir la puerta,

escalar una pared de poca elevacion, encargándome yo de llevar allá vuestra jente, y entretanto los otros echarse sobre las tropas acampadas. Yo me encargo del centinela; si quereis, el pistoletazo que yo dispare servirá de señal.»

El capitán Fleming aprobó todas aquellas disposiciones, menos lo del pistoletazo, y encargó el mas profundo silencio, porque de la prontitud dependia el buen éxito del ataque.

«Sin duda, repuso Horsica, lo que importa sobre todo es hallar el aprisco dormido; despues los dientes del lobo cuidarán de despertarle. Por mi parte me encargo del centinela.»

Dió aquella fiera á guardar su mosquete á un soldado de marina, y sacando un largo cuchillo, se acercó arrastrándose por el suelo al centinela holandés, el cual estaba tan cerca que oíamos distintamente el ruido de sus pasos. De repente oímos el ruido de un fusil que caía en tierra, despues un suspiro ahogado, y el ruido de un cuerpo pesado que venia al suelo.

«El negocio está despachado, dijo Horsica juntándonos otra vez; ¿quién viene ahora conmigo á escalar la pared? Capitan, aguardad todavía un minuto antes de mandar que hundan la puerta.»

Principió el ataque; la pequeña fortificacion que protejia el campamento hávalo fué salvada en un momento, y muchos hijos de las bocas del Escalda y del Rin pasaron sin advertirlo de los brazos del sueño á los de la muerte. La fachada principal era capaz de una larga defensa; y si el enemigo hubiese estado prevenido, hubiéramos sido destrozados por la metralla. Horsica y sus compañeros saltaron en el patio y se apoderaron de la casa por la parte de detrás, mientras los nuestros hundian la puerta. El duro ro-

ble cedió por fin, pero en el mismo instante se presentó una fantasma blanca á disputarnos el paso. Armada de un largo sable de caballeria, arrolló á nuestros marineros hasta lo último de la escalera; uno de ellos vino á caer en mis brazos y sentí que su sangre corria sobre mis manos. Los nuestros vacilaron un momento; pero á la voz de Fleming, el viejo sarjento armó la bayoneta, se puso al frente de un piquete de soldados de marina y comenzó á trepar por la escalera. El sable del gigantesco Holandés cayó por tres veces sobre el veterano, antes que este pudiese penetrar en el corral de la granja. Al primer sablazo le quitó el chacó; el segundo resonó sobre su cráneo como si hubiese sido de hierro é hizo caer al pobre hombre sobre sus rodillas. Levantóse con todo, á pesar de su obesidad y de su herida, cuando un tercer golpe le hizo morder el polvo. El cadáver del veterano atajaba la subida; sus compañeros cejaron nuevamente, y tuve que colocarme á su cabeza. En aquel instante vino á alumbrar el corredor interior una claridad muy viva; era Horsica que con una tea en la mano recorria toda la granja, en la cual todos se entregaban prisioneros. Creia que los Ingleses eran ya dueños de la puerta, y quedó petrificado al ver que la defendia el segundo de Mynheer.

Viéndose este amenazado por la espalda, dió media vuelta, hundió su sable en el cuerpo del desertor, y lo sacó humeante para rendírmelo, porque acababa de aplicarle al corazon el cañon de mi pistola; pero hubiera sentido soltar el fiador antes de que quedase justamente castigado un renegado detestable. Al día siguiente el pabellon inglés ondeaba en la ciudadela de Curazao.

COSTUMBRES RELIJIOSAS.

ENTIERROS ENTRE LOS TURCOS.

Tomamos de los viajes del capitán Philipps, que ha vivido muchos años en Constantinopla, los siguientes pormenores sobre las exequias de los musulmanes.

La muerte de un Turco produce siempre una viva sensacion, mayormente si el difunto era rico y ha dejado entre los que le sobreviven algun recuerdo de su benevolencia. En este caso, los honores fúnebres que se tributan á sus restos tienen un no sé qué de grave y solemne que produce en los asistentes, y principalmente en los estranjeros, una sensacion profunda. Lavan cuidadosamente el cuerpo, lo hacen secar, le echan alcanfor en las manos, piés, rodillas y frente, y despues de haberlo envuelto religiosamente con una tela blanca, lo esponen en un féretro colocado sobre banquillos á la puerta de su casa. Concluidos estos preparativos, y despues de haber durado la esposi-

cion algunas horas, el sacerdote musulman rocía con agua el cadáver, el cual es trasladado en seguida á la postrera morada. Allí, despues de haberle colocado cuidadosamente de lado, y con el rostro vuelto hácia la Meca, se adelanta el sacerdote sobre el borde del sepulcro y con voz solemne pronuncia las palabras siguientes:

«Creo en Dios todopoderoso, el único que adoro; creo que Mahoma es el mensajero de Dios sobre la tierra, y el profeta de los profetas; creo igualmente que Alí es el verdadero caudillo de los fieles, que esta tierra le pertenece, y que por esto los verdaderos creyentes le deben obediencia; creo tambien que los verdaderos caudillos de los fieles, que los buenos y santos guías de los hijos de Adán, por cuyo medio ha llegado hasta nosotros la buena palabra de Dios, son

Hasan y Hosein, hijos de Alí; Jaufur, hijo de Mahoma; Moosor, hijo de Jaufur; Alí, hijo de Moosor; Mahoma, hijo de Alí; Alí, hijo de Mahoma; Hasan, hijo de Alí, y Mhiddie, hijo de Hasan: Dios los tenga en su santa guarda y sea con ellos su divina gracia. *Amen.*»

En seguida el sacerdote se dirige al muerto, como si este fuese capaz de oírle, y le llama por su nombre.

«Escucha, le dice, los dos mensajeros de Dios todopoderoso, único verdadero y superior á todas las cosas, van á visitarte y te harán las preguntas siguientes:

—¿Quién es tu Dios?

Y tú les dirás:

—Dios, el muy alto y poderoso, es mi señor.

—¿Quién es tu profeta?

Y tú les dirás:

—Mahoma, criatura de Dios, y su enviado sobre la tierra.

—¿Cuál es tu religión?

Y tú les dirás:

—El islamismo, única religión verdadera.

—¿Cuál es tu libro?

Y tú les dirás:

—El Alcoran es mi libro.

—¿En dónde está tu templo?

Y tú les dirás:

—La santa mezquita de la Meca es mi templo.

—¿Quiénes son tus guías?

Y tú les dirás:

—Emaum Alí, hijo de Abutalib, Emaum Hasan y Hasein, Emaum Alí, por sobrenombre Zynbal Auberdiñi Emaum Mahoma, por sobrenombre Baakur, Emaum Jaufur, por sobrenombre Soudik, Emaum Mousa, por sobrenombre Kharim, Emaum Alí, por sobrenombre Beezah, Emaum Mahoma, por sobrenombre Ul Jawaad, Emaum Alí, por sobrenombre Us Hoodah, Emaum Hasan, por sobrenombre Ul Uskern, y Emaum Mhiddie; estos son mis guías, todos son intercesores nuestros, para ellos es mi amor, y para sus enemigos mi odio, esta es una obligación eterna y sagrada como Dios.»

Concluida esta plegaria, continúa el sacerdote dirigiéndose al muerto:

«Sabe, le dice, que el Dios que adoramos es grande y glorioso, que es el mas elevado y poderoso de cuantos existen, que nada es superior á él. Sab igualmente que Mahoma es el mas grande de todos los profetas y el mas querido de los mensajeros de Dios; que Alí y sus sucesores son los únicos y verdaderos guías de los buenos creyentes; que cuanto nos viene de ellos, igualmente que cuanto nos viene de los profetas, es verdadero; que la muerte es verdadera; que la visita que van á hacerte Mounkik y Nykee, los dos ángeles de las tinieblas y los mensajeros de Dios, es verdadera; que el puente de Serrah es verdadero: que tambien es verdadero que cuando le pases, te servirán de ayuda los animales que hubieres ofrecido en sacrificio acá en la tierra; que los ulemas son justos, que el cielo y la tierra existen, que el infierno, así como el día del juicio, son verdaderos; ten la mayor confianza en estas cosas, porque todas son verdaderas.

«Entretanto Dios, tu señor, Dios, el grande y glorioso, que vendrá un día á resucitar á los muertos de sus sepulcros, sea bondadoso y misericordioso contigo; acoja tus respuestas y te lleve al camino de la salvación, te conceda el favor de estar cerca de su divinidad y de sus profetas, y su gracia sea contigo por siempre. *Amen.*»

Entonces el sacerdote se aleja unos cuarenta pasos, y tomando un ademán grave, se dirige á los jeníos de las tinieblas:

«Acercaos, Mounkik y Nykee, esclama, acercaos, aquí tenéis un verdadero creyente, venid, que os aguarda.»

Después de algunos instantes, vuelve al lugar que ocupaba antes y se detiene en el borde del sepulcro.

«Grande y glorioso Dios, te rogamos con humildad hagas que la tierra sea ligera á tu siervo, y que pueda hallar gracia y misericordia en tí. *Amen.*»

En seguida coje un puñado de tierra y lo echa sobre el cadáver. Todos imitan su ejemplo, y mientras se va llenando la hoya, el sacerdote y los asistentes recitan versículos del Alcoran.

PSICOLOGIA.

Cuadro filosófico de los progresos del magnetismo animal desde Mesmer hasta el día.

Muy difícil seria, cuando no imposible, negar los progresos del magnetismo animal, cuando en medio siglo la doctrina de Mesmer ha sufrido todas las pruebas é invadido todas las clases. Las ciencias, las artes, las jeneraciones, las costumbres, los libros, todo está penetrado de su espíritu, todos se ocupan de sus pro-

gresos y contribuyen á desarrollarlos por medio de su resistencia. La medicina no pocas veces ha tenido que luchar cuerpo á cuerpo con principios cuyo blanco era destruir su poder, y las ciencias naturales han tenido que sujetar la demostración de sus fenómenos á los misterios de sonambulismo, del éxtasis, de la

cataleptis, de la segunda vista, de la vision, y jeneralmente de los parasismos nerviosos que parecen depender de la influencia del fluido magnético en la organizacion humana. Muchas son las obras publicadas hasta el dia sobre la materia, infinitos los tratados, partos del entusiasmo ú del escepticismo, que han inundado la Italia, la Francia, la Inglaterra y las orillas del Rin. A estas producciones han seguido muchísimos escritos periódicos, atestados de sucesos maravillosos, de catástrofes, anécdotas y dramas, dando con esto pretexto á ciertas sociedades locales para reunirse de un modo solemne en busca de los arcanos de la naturaleza. Con tareas tan singulares, tanto en Inglaterra como en el continente, sujetos recomendables, de instruccion y honradez á toda prueba, se han granjeado una autoridad filosófica y médica que nadie puede contestarles sin ser tildado de mala fe, aunque se apoye en experimentos atrevidos, en hechos notorios, en curas desesperadas, y, lo que no se puede arrollar fácilmente, en la pasion del vulgo por una doctrina tan benéfica y que además tiene el aliciente de la novedad. Por otra parte, todo ha contribuido en nuestra época á aumentar la celebridad del magnetismo. La Alemania aun recuerda la historia fantástica de Julia Stroembeck, mientras que Mr. Dupotet encadena, electriza y aterroriza al público de Londres por medio de sus felices preparaciones; pero ¿qué más? la corte de la reina Victoria no ha recobrado del asombro ni del terror que aquel la inspiró immobilizando á un jóven oficial de guardias, cuya petulancia se atrevió á desafiar las amenazas del magnetizador. Por último, la Academia de medicina de Paris, seis meses atrás, mandó comparecer á Mr. Berna, que habia provocado de aquel cuerpo este paso, y ciertamente el joven práctico no fué vencido. De consiguiente el magnetismo ha roto la valla del período tan árduo de la incubacion, y por lo tanto debe ocupar un lugar distinguido en el mundo.

Al mismo tiempo hay que seguir sus progresos con el aprecio que merecen, y tanto mas por cuanto existen tantos tribunales diferentes cuantos son los jueces que cuenta el público. Unos pretenden que basta esponer los hechos que están al alcance de todos, y los principios absolutamente necesarios para guiar en la aplicacion á los escépticos. Otros desearian que los naturalistas y los físicos se conciliaran con la nueva teoría, y que esto se verificase con la esposicion de las concordancias que los fenómenos del magnetismo guardan con las leyes cuya verdad reconocen, proclaman y estendiendo cada dia. Pero ambos medios carecen de la latitud necesaria, pues con el primero, lejos de persuadir á las masas, únicamente se consigue divertir las, y por lo que toca al segundo, los versados en la física y la psicología prestarán muy poca atencion á las razones que se aleguen. ¡A tanto llega su temor con respecto á un trastorno en el orden científico cuyas clasificaciones, ya sean verdaderas ó falsas, labran su reputacion y su fortuna! De consiguiente estos

ánimos fogosos é innovadores que van á caza de leyes del magnetismo animal, se han de pertrechar con un gran caudal de constancia, si quieren hacer frente á las preocupaciones y celos del siglo. La doctrina que predicán, aun cuando tuviese todo el atractivo de una nueva religion, jamás tendrá consistencia, si antes no se levanta su edificio sobre catacumbas de hombres é ideas. Esta es la razon porque la historia de las vicisitudes que han agitado las teorías magnéticas en nuestra Europa es una de las páginas mas curiosas de la filosofía moderna.

Semejante empresa constituye una serie de trabajos tanto mas interesantes, por cuanto se apoyan al mismo tiempo en las averiguaciones de los antiguos y en los descubrimientos de los modernos. Jeneralmente todos concuerdan en que no hemos sobrepujado ni acaso igualado á los primeros en la historia, en la elocuencia, en la poesia, etc.; pero que les somos superiores en las ciencias naturales y físicas. La razon es muy sencilla; porque en la literatura y en las artes de imaginacion, todos los hombres parten del mismo punto, y lo que embellece sus obras son sus propias ideas, y de ningun modo los conocimientos de los que les han precedido. Shakspeare no aventajaba á Sófocles, ni Milton á Homero, y acaso es mucho mas difícil á nuestros poetas escitar la admiracion conforme van escaseando las ideas nuevas, porque cuanto mas se recorre el mundo ideal que las produce, tanto menos sorprenden. Lo contrario sucede en los conocimientos naturales y físicos, pues allí cada uno los coje en donde los dejó su predecesor; y lo único que se hace es aumentar y rectificar, de suerte que quien sepa seguir con talento el hilo de la observacion dejará en zaga á sus antecesores.

Pero no sucede así con las ciencias metafísicas y la psicología. El objeto de sus investigaciones es el alma, esto es, las facultades anímicas del hombre. Luego estas facultades eran dos mil años atrás lo que hoy dia; luego los que las cultivaron pudieron conocerlas tan bien como nosotros. Estos observadores son como los poetas, que no tuvieron necesidad de seguir las huellas de sus predecesores para pintar los fenómenos de la naturaleza y las pasiones del corazon humano. Tampoco nosotros tenemos mas motivos para desechar el testimonio de Platon ó de Plutarco que el de Leibnitz ó Haller. No hay porqué dudarlos; el progreso de las ciencias nos da una inmensa ventaja cuando se quiere explicar el orden físico del mundo; pero cuando se trata de probar su realidad, bastan el talento la observacion y la buena fé; pero alejándonos por un momento de nuestro propósito, los fenómenos de la psicología solo piden que se les reproduzca bajo este aspecto; los antiguos nos aventajaron, porque, al paso que eran mas sencillos, no se curaban tanto de lo ridículo. Presentando con claridad todas las pruebas que se les ofrecian, dejaban á cada cual la libertad de discutir las ó criticarlas. En las épocas modernas, cualquiera filósofo, lo primero que hace es amalgamar su opi-

nion ó inventos con las teorías ó descubrimientos establecidos, y si por desgracia el conjunto es absurdo, como suele suceder, prefiere continuar una simpleza mas bien que fundar una verdad. No nos faltarían ejemplares en caso de necesidad.

Al desenvolver los confusos y desordenados anales del magnetismo animal, se hace forzoso no apartar la vista de los desastrosos resultados ocasionados por esta manía que legó Voltaire con el siglo diez y ocho á los críticos actuales. Hoy día presenta la Gran Bretaña el mismo espectáculo que Paris en tiempo de Franklin, y si carecemos de la cubeta misteriosa de la plaza de Vendoma, en compensacion tenemos un verdadero manifiesto, parecido á los de Mesmer, de los S. S. Baron Dupatet de Sennevoy, Saunders y Olley, publicado bajo el modesto título de *introduccion al estudio del magnetismo animal*. Entre esta clase de escritos debemos contar la obrita de Mr. Edwin Lee, quien ha cometido una grave equivocacion abrazando el magnetismo y la homeopatía en una misma discusion: ambas doctrinas, cada una de por sí reclaman una polémica á parte. La *Isis revelata* por Colquhoun; la *teoría del Sonambulismo* en aleman de Wirth; el *tratado sobre la insanidad*, de James Cowles Ritchard; las *discusiones de la Academia real de Medicina sobre el magnetismo animal*, por Mr. Joissac: todas estas recientes producciones son pruebas convincentes de que, de algunos años á esta parte en Lóndres, Paris y Berlin, esta grave cuestion ha suscitado serias controversias. Su importancia actual fecha principalmente del famoso manifiesto del doctor Husson en 1831, del artículo tan insigne de Mr. Rostan, inserto en el Diccionario de ciencias médicas, y del solemne premio señalado por la Academia de Berlin al autor del mejor artículo sobre la materia. Esta última época se vió ilustrada con porcion de escritos prácticos sobre el magnetismo y sus derivados. No pasaremos en silencio el libro del doctor Bertrand, los diferentes tratados de Mr. Deleuze, y el de Mr. Petetin de Lion sobre la electricidad animal. Segun las tradiciones inmemoriales de la lójica humana, en debates de esta clase, cuanto mas aumenta el número de experimentos y publicaciones, mas se retira á la sombra el principio de que dimanar, alejándose mas del alcance hasta hacerse inasequible. Tiempo fuera que un hombre de talento, reuniendo en sus manos todos los cabos de esta trama inmensa, empezase por tejer la urdimbre que ha de envolver todas las nociones psicológicas. Pero semejante númen no ha parecido todavía. La ciencia solo posee un hábil resucitador, que es Mesmer. Este ha puesto en accion todo el magnetismo de la antigüedad, y sus innumerables discípulos acaso han descubierto mas de lo que él ha encontrado. Conservémosle por tanto un título glorioso que nadie podrá disputarle.

Antonio Mesmer, médico aleman y autor de la famosa doctrina del magnetismo animal, nació el año 1734 en Mersburgo de Suabia. «Como la vida de los

grandes hombres es casi siempre el desarrollo de una grande idea constantemente seguida (Mr. Beuchot, *Biografía Universal*, 1821), dirémos de Mesmer que su idea dominante fué adquirir fortuna y nombre por medio de la afición de los hombres á lo portentoso. Pero nosotros añadirémos una cosa que ha llamado su biógrafo, á saber, que Mesmer poseía mas prendas que las de un aventurero y un estafador de alto bordo. Es incontestable que el magnetismo reserva un jérmen fecundo á los descubrimientos que se ejecuten en las ciencias médicas. Pero sea lo que fuere, la aparicion del empírico aleman en el mundo sabio se verificó por medio de una tesis intitulada: *de planetarum influxu*; cuya mira era sentar que los cuerpos celestes, en virtud de la misma fuerza que produce sus mutuas atracciones, influyen en los cuerpos animados, y particularmente en el sistema nervioso, por medio de un flúido sutil que penetra todos los cuerpos, y de que está lleno el universo. Pero esta asociacion estravagante de los descubrimientos de Newton con los sueños astrológicos de Paracelso y Agripa era demasiado abstracta para obtener mucho favor, y por lo mismo quiso juntarle la accion de los imanes, á cuya virtud se atribuian entónces poderosos efectos en la cura de las enfermedades. Este es el sistema que pasó á practicar en Viena.

Mas su mala suerte le hizo tropezar en aquella ciudad con un rival, esto es, con el P. Hell, fraile entusiasta, que aplicaba en las enfermedades la accion del iman. No tardaron pues, como era consiguiente, en echarse mutuamente violentas acusaciones de plajiao. Pero el médico, para ponerse en buen lugar, declaró que en sus procedimientos ya no emplearia el magnetismo mineral sino un *magnetismo animal*, esto es, propio de cuerpos animados. A pesar de continuar sus operaciones á la sombra de este nuevo método, no por eso encontró proteccion en el primer médico de la emperatriz, el baron de Hoerck, ni en la facultad de medicina de aquella capital. En este apuro, comunicó su sistema á la Academia de ciencias de Paris, á la sociedad real de Lóndres y á la Academia de Berlin; sin embargo, nada pudo conseguir. De las dos primeras no tuvo respuesta; baste saber que era el siglo de Voltaire; y la última, mostrándose digna de Federico II, se contentó con llamarle loco. No paró aquí la fiesta, sino que hasta el sabio é ingenioso físico Ingenhouz se declaró contra él. Todas estas repulsas hicieron poca mella en el doctor de Suabia; quien pensó que la mejor réplica serian los casos prácticos, y realmente la contestacion ha sido satisfactoria. Casi se puede decir que empezó por un milagro, si es que realmente hizo recobrar la vista á una jóven Vienesa de diez y ocho años, llamada *Paradis*. Las *Memorias* de Mesmer refieren los pormenores de esta curacion inaudita, cuya lectura recomendamos á los que solo juzgan los procesos contra las tentativas del ingenio humano por las actas de los procedimientos, y no por las murmuraciones ó las chanzas del pretorio. La

enfermedad de la pianista de Viena era nada menos que una gota serena completa, acompañada de convulsiones tan violentas en los ojos, que estos se salían de sus órbitas, y de obstrucciones en el hígado y en el bazo, que la precipitaban en accesiones de demencia. Estas afecciones, que en vano había procurado calmar Mr. de Hoerck por espacio de diez años, y que el célebre oculista Wenzel declaró incurables, desaparecieron ante la influencia del magnetismo animal administrado por algunos meses. Los ojos volvieron á entrar en sus órbitas, cesaron las obstrucciones, y la jóven recobró la salud y la vista. «Toda la facultad, dice Mesmer, concurrió á gozar de tal espectáculo, y el padre de la señorita se creyó obligado á espresar su reconocimiento por medio de todos los periódicos de Europa.» Con todo, un profesor de anatomía, mas incrédulo que los otros, negó que la jóven viese, «dando por prueba, dice Mesmer, el que confundía ó ignoraba los nombres de los objetos que se la presentaban.» Esto pasaba en 1777. Por la correspondencia de Grimm se puede ver que la señorita Paradis pasó á París en 1784, y asistió públicamente al concierto espiritual, admirando á aquella capital con el peregrino conjunto de una habilidad sin igual en el piano y la mas completa ceguera. Este acontecimiento impelió á Mesmer á dejar á Viena y trasladarse á París en 1778. Aquí repitió lo hecho en Viena, que fué dirigirse á los sabios, y en su consecuencia dió algunos pasos con la Academia de ciencias y la sociedad real de medicina. Pero la primera queria sujetar los experimentos á su exámen, y la otra exijía se comprobase el estado de los enfermos antes de someterlos á la accion del magnetismo, y de ningun modo estaba satisfecha coque le fuesen presentados cuando se suponian ya curados. Estas exigencias afligian en estremo á Mesmer.

«Es preciso, dice Mr. Beuchot (*Biog. Univ.*), oírle discurrir acerca de la injusticia de los hombres. Encontrando las lenguas habladas demasiado lentas é imperfectas para espresar el cúmulo de ideas que se agolpaban en su mente, salvó esta dificultad pasando tres meses sin hablar. (Véase el compendio histórico y hechos relativos al magnetismo animal). El pueblo francés presentaba en aquel entónces el aspecto singular de un estado pacífico, reinando la agitacion en todos los ánimos. La apacibilidad de los gobernantes y el poco caso que se hacia de los sucesos esternos contribuía poderosamente á autorizar la lijereza de la nacion y su natural indiferencia. Como las emociones eran apetecidas con ansia, cualquiera novedad hallaba acogida. Los ociosos por otra parte ya no se entretenian en discutir las austeras cuestiones de jansenismo y molinismo que habian traído tan acalorados á sus predecesores, y solo volvían su atencion hácia la música, las óperas y las sesiones de la Academia francesa. En tal estado de cosas, dejóse ver un hombre de talento, de aventajada estatura, de facciones imponentes. Llamándose poseedor de un arcano que ponía de manifiesto todo el mecanismo de la naturaleza;

señoreando, cual si se valiese de un poder mágico, los cuerpos animados é inanimados, pregonando curas maravillosas por medio de un principio único, á la par que sencillo y sublime, y lisonjeándose de poder orientar en él á las personas mas superficiales: todas estas maravillas, anunciadas con la gravedad de un inspirado, no podian menos de llevar en pos de sí la atencion pública, y he aquí al doctor alemán trasformado de repente en el hombre del siglo.»

Mesmer, admitiendo únicamente el fallo de la plebe, vió gozoso el favor que adquiria su doctrina, mientras corria á la fortuna. Algunas curas desesperadas, que obró por *atencion*, convencieron á los primeros adeptos, al paso que no tardó en persuadir al doctor-reyente de la facultad, Mr. Deslon, cuya firmeza y candor encomia en sus primeros escritos, aunque mas tarde le representó como un impostor. Deslon, á quien Mesmer habia iniciado en los arcanos del magnetismo animal, se convirtió en apóstol de sus máximas ante la sociedad de medicina, y cuando los ánimos se hallaron suficientemente preparados, el empírico de Mersburgo publicó la parte histórica de su descubrimiento, esto es, el desarrollo de su sistema sobre el influjo de los planetas. Para esto escogió en Francia la misma tesis inaugural que habia elegido en Viena, demostrando con claridad el sesgo de su entendimiento, que era mas bien especulativo que práctico. Jeneralmente los primeros pasos que da el hombre en la carrera de las ciencias trazan el camino que seguirá en los demás períodos de su vida. Mesmer con sus proyectos no solo aspiraba á la fortuna, sino tambien á realizar los sueños sobre los cuales habia fundado el edificio de su instruccion médica. Pero permítasenos una observacion apoyada en el testimonio de todos los hombres que han dado pruebas de carácter propio: todos sus ensayos llevan en sí el jermen de su porvenir, y en realidad no hacen mas que deslindar las ideas que han servido de lumbrera á su inteligencia. Los talentos mas celebrados atestiguan esta verdad con su historia, y un talento agudo reconocerá sin dificultad al autor de las *Cartas persianas* en el filósofo que posteriormente escribió el *Espíritu de las leyes*, como asimismo alcanzará que quien empezó por el *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos* debia acabar por el *Tratado de las sensaciones*.

Deslon, estrellándose con las doctrinas médicas de la profesion que ejercia, intentó sostener las doctrinas de Mesmer ante la facultad, pero una decision pública de esta corporacion las desechó. No obstante, tal era el partido que el crítico alemán habia conquistado, que en medio de estos debates se entablaron negociaciones entre él y los ministros de Luis XVI, con el fin de que la humanidad no dejase de disfrutar los beneficios de su sistema. El baron de Breteuil, en nombre del rey, ofreció á Mesmer veinte mil libras de renta vitalicia y una pension de diez mil francos para fundar una clínica, con la condicion de que tres sujetos elegidos por el gobierno asistirían para ser infor-

mados en la práctica de sus procedimientos curativos. El magnetizador tuvo el pacto por inferior á su mérito, y despues de haberlo desdeñado, partió con algunos de sus enfermos á las aguas de Spa. Durante su ausencia, Deslon, que estaba reñido con la sociedad, quiso justificarse en el parlamento, y al efecto elevó una esposicion en que suponía poseer el secreto del magnetismo animal; pero interin los jueces decidían, fundó un establecimiento público en su misma casa. Aquí empieza realmente la aplicacion médica de la nueva teoria á las enfermedades del hombre.

Mesmer, á quien Bergasse y d'Eprenenil habian forzado á dejar las delicias de Spa, al saber las comunicaciones oficiales de Deslon, se dió buena maña en publicar un anuncio en que manifestaba iba á hacer publicar su sistema, y para cubrir los gastos de la revelacion, abrió una suscripcion á dos mil francos el billete. No tardó esta en producir 400,000 fr. al afortunado Aleman, quien por su parte no fué tan pronto en explicarse. Bergasse y d'Eprenenil hicieron á los suscritores un discurso preparatorio, el mismo que sirvió de introduccion á las famosas escenas de la plaza de Vendoma. Mr. Rostan, en un célebre artículo inserto en el *nuevo Diccionario médico*, ha descrito la práctica de Mesmer con tanto esmero, que nos dispensa de este trabajo. A la sazón, los fenómenos del magnetismo animal iban casi siempre acompañados de movimientos convulsivos, que mantenian la incredulidad de aquellos espectadores, que en medio de su frialdad, solo querian admitir el triunfo de las emociones físicas sobre la voluntad. El furor del público de Paris por las reuniones de la plaza de Vendoma precisó al gobierno á sujetar el exámen de la nueva doctrina á una comision elejida del seno de la sociedad de medicina y de la Academia de ciencias. Los sujetos que la componian pasarán á la posteridad: tales fueron Franklin, Leroi, Bailly, Bory, Lavoisier, Majault, Sallin, Darcet, Guillotin, y L. de Jussieu. Los esperimentos de Paris se efectuaron en casa del mismo Deslon, y los de Passy en casa de Franklin. Es menester confesar que nunca cuestion científica se examinó con mayor cordura, exactitud y mas buena fe, y no debe achacarse á los comisionados el que el siglo diez y ocho careciese, en punto á conocimientos naturales, del tino y alcances del nuestro. La relacion hecha por Bailly es un dechado de razon y sana filosofía, á la par que un modelo de elegancia y vigor en el estilo. Mas de veinte mil ejemplares se imprimieron por orden del gobierno, los cuales fueron repartidos en Francia y en el extranjero. En ella se proscribia el magnetismo como peligroso, en ella se negaba su existencia, en ella se asimilaban sus fenómenos á los vértigos del sistema nervioso. En vano Bergasse salió á la defensa, produciendo un escrito cuya valentía y fuego rivalizaban con la brillantez y persuasion del estilo: Mesmer, apreciando en su justo punto la situacion de los Parisienses, enmudeció y volvió á su patria, donde murió desconocido en 1815.

Tal fué en resumen la vida de Mesmer, y de consiguiente tal la infancia de la doctrina cuya fundacion se atribuyó; pero semejante pretension está muy lejos de ser admisible. Siguiendo al doctor Bertrand, la historia del magnetismo animal se puede dividir en tres épocas distintas. La primera, separada de la segunda por un largo intervalo, debe fijarse al fin del siglo diez y seis y mitad del diez y siete, tiempos en que la creencia en el magnetismo fué, durante largos años, una opinion dominante. La segunda empieza cuando Mesmer volvió á introducir en Francia la teoria y la práctica del magnetismo que yacian en el olvido, vendiendo una y otra por nuevas. La tercera y mas importante es la aparicion del estado de éxtasis en los procedimientos magnéticos modernos, en que se designa con el nombre de *Sonambulismo*.

El objeto de nuestro artículo es presentar principalmente el cuadro de las dos últimas épocas; pero para contribuir á su ilustracion, así como por no quebrar la cadena de los hechos, diremos algo sobre las tradiciones que Mesmer tomó de los filósofos antiguos y de los empíricos de la edad media y del renacimiento.

Los antiguos, menos escrupulosos que nosotros en materia de ciencias, no pudieron resistir á la propension de reducir todos los efectos, por múltiples que fuesen, á una causa muy sencilla. Apoyados en sus hipótesis, pregonaban la existencia de un flúido universal, estremadamente tenue, sutil, penetrante, difundido por todo el mundo, y que por sí solo vivificaba la creacion. A este flúido, atribuian todos los fenómenos de la naturaleza, siendo admitido por los estóicos igualmente que por peripatéticos de nota. En su sistema, nuestra alma y la de los brutos eran partículas separadas del gran todo con el cual debian juntarse á la muerte del individuo. Para dar á entender su idea, comparaban los animales con botellas llenas de agua que nadasen por el mar, diciendo: «Romped estos vasos, y veréis cómo el agua que contienen se reunirá á la del Océano.» Esto es lo que, segun ellos, acontecia á las almas que salian de la prision de sus cuerpos para volver á incorporarse con la grande alma del mundo. La misma teoria ha introducido en nuestros dias Carlos Fourier en su psicología, bien que variando los términos. Algunos añadian que el éxtasis, los sueños y las grandes meditaciones parecian favorecer la reunion momentanea del alma humana con la del mundo, y que la prevision traia su origen de este accidente mental. Hasta el mismo Fenelon, con no menos elegancia que precision, ha espresado en su *Telémaco* la idea de los antiguos. «El alma universal, dice, es un océano de luz, y nuestras almas solo son pequeños arroyuelos, que tomando allí su origen, vuelven á él para perderse.» A buen seguro que el arzobispo de Cambrai no sospechó que sentada la fórmula mas terminante de que pudiese valerse el materialismo para enunciar las ideas que tratarán de derrocar las creencias religiosas de nues-

tra civilización sobre la esencia de la vida humana. Harto singular es por cierto la coherencia de estas máximas con las de los Indios y Persas, quienes, según asegura Bernier, usan de la misma comparación. Otra extrañeza se observa en los últimos. Estos pretenden que no tan solo las almas, sino todo cuanto existe material en el universo, es la expansión inmediata de la Divinidad, concluyendo de aquí que Dios es el universo, y que el mundo fué creado por el Arquitecto supremo. «*Como la araña que extiende la tela que salió de su ombligo, y recoge cuando quiere.*» (BERNIER).

Estas vislumbres generales de la antigüedad llegaron á acalorar la imaginación de Mesmer en una edad en que el nimen mas superior no ha desvanecido todavía sus irresoluciones. Mr. Andrés Delrieu ha presentado un cuadro conciso, pero escésivamente escéptico, de los estudios preparatorios que fueron indispensables al magnetizador para contrarrestar la incredulidad del siglo diez y ocho. He aquí cómo Delrieu se explica con respecto al doctor alemán.

«A fuerza de contemplar las riberas del lago en que el gran ducado de Baden y la Suiza reúnen sus bellezas, el pobre médico de Suabia empezó á soñar un medio de influencia, aplicando á los fenómenos del sistema nervioso la energía de la voluntad y el prestigio de la imaginación. Por entre los desatinos de la magia y del escepticismo enciclopédico, creyó columbrar un vacío fácil de llenar con una atrevida física experimental. Los sueños del solitario necesariamente debieron conducirlo á registrar la antigua filosofía, para buscar allí los arcanos impenetrables de la naturaleza, y formar con ellos un cuerpo de doctrinas y resultados que sirviese de base á la escuela que ideaba fundar. Pronto descubrió en la historia sucesos para él inexplicables, destellos de luz que brillaban por todas partes; pero en vez de advertir en ellos la debilidad humana ó el fruto reservado á las ciencias venideras, los desechó, los compulsó, y creyó ver misterios donde reinaban solo densas tinieblas. Su habitación se halló prontamente atestada de libros viejos, de plantas y hornillos, escudriñando todas las mañanas la alquimia, la botánica, la medicina; todo á fuer de panorama.

«Antiguamente, en las ceremonias que se celebraban en el templo de Serapis de Menfis, los sacerdotes curaban á los enfermos por medio del contacto, y determinaban su curación sumiéndolos en un profundo letargo. El sabio profesor Kluge ha querido establecer una relación entre los jestos de los jero-fantes egipcios y la práctica actual del magnetismo. Los jeroglíficos de las momias y obeliscos presentan hoy día la actitud de los magnetizadores, y sus víctimas, y hasta la posición de las estatuas y colosos que servían de penates á la estirpe de los Faraones, el tronco humano derecho, las rodillas juntas, las manos estendidas

en los muslos ó cruzadas, eran la situación elemental de la obra de Mesmer.

«Después de haber recorrido la antigua Menfis, nuestro empírico, con una inocencia que pasma, invocaba con Schelling, á los envenenadores romanos que conocían el arte de provocar el sueño por medio de una imposición de manos. Atormentábase además aquellas palabras que Plauto pone en boca de Mercurio en su Anfítrion: *quid si ego illum tractim tangam ut dormiat*; pasaje que Moliere dejó olvidado, no pensando en el fluido nervioso. Pero el terror de Mesmer llegaba á su colmo, al leer en Plinio que algunos lobos de Italia paralizaban el uso de la voz en el hombre con su aproximación, aun antes de ser vistos, temiendo acaso que los de la Selva Negra se escurriesen por el Wurtemberg hasta llegar á los risueños prados del lago de Constanza.

«De los Romanos subía á los Griegos; y al llegar al río Neso, se paraba á escuchar los versos de oro en que Pitágoras cantó la sabiduría; embelesado con la presencia de aquel hombre divino y con su poesía, gritó delante de Mesmer: «*Salve Pitágoras.*» El río con esta respuesta, dada á los viajeros que tenían por guía á Pitágoras, advertía las propiedades mágicas del agua. Mas adelante el jóven de Suabia hizo un experimento increíble en la gran fuente de Meudon. Al efecto hizo pasar al otro lado á dos personas que le acompañaban, encargándoles que metiesen una vara en el agua, mientras él hacía otro tanto con la suya. Al instante ambas personas sintieron el efecto de comunicación que el agua establecía entre las varas, sufriendo la una un ataque asmático, y la otra un dolor en el hígado.

«Lo que mas confundía á Mesmer era la sensibilidad de ciertas plantas, particularmente llamadas magnéticas, que, sin aparato visual ni sistema nervioso aparente, se abrían por la mañana para cerrarse á la noche, ó viceversa. Estos vegetales, que parecían seguir el curso del sol y de la luna, los efectos del succino, las atracciones eléctricas, el fósforo ó piedra luminosa, la acción del mercurio sobre los metales, el arte de los enjertos en los árboles, la impresión que parece producir el sapo en la comadreja, la influencia de las emociones maternas sobre el fruto de su vientre, el talento diabólico de hacer revivir las cenizas (palinjesia), la vara divinadora, los relojes magnéticos: todos estos esfuerzos se mezclaban y formulaban en el cerebro de Mesmer. No descuidaba seguramente la observación de Plinio, según Pitágoras, de la conexión que tenían ciertas plantas con la enfermedad que había sufrido un hombre al tiempo de su florecencia, de manera que este se veía espuesto á padecerla tantas veces cuantas estos vegetales reflexionaban; y aunque modernamente se ha querido explicar este portentoso por la conformidad de estaciones y enfermedades, sin embargo, esto no obstaba para que

el solitario de Mersburgo lo atribuyese á relaciones misteriosas. Por último, cuando seguía en sus pasos á Paracelso, á este loco sublime, á este desaforado criador que revolucionó la medicina, como Lutero la Iglesia, envidiaba la suerte de su criado de laboratorio é historiador privado, quien sin duda preparaba los cincuenta y cuatro aromas de que su amo componía el *Lilio*; y la idea de que este elixir se hubiese perdido provocaba arrebatos de rabia en el filósofo alemán."

Tal fué el camino que condujo á Mesmer á la primera época del magnetismo del siglo diez y seis. Entonces fué cuando sujetos distinguidos reprodujeron doctrinas análogas bajo formas variadas, estableciendo por base la teoría del flúido universal de los antiguos y las ideas recientes propagadas acerca de las propiedades del imán. En cuánto al flúido universal, las ideas del cristianismo impidieron que se mirase esta causa como origen del universo, y el espíritu cristiano prevaleció sobre la fiebre científica. Únicamente, á mediados del siglo diez y siete, Espinosa, con su sistema del Panteísmo, pretendió demostrar que Dios era todo, ó mejor, que todo era Dios, espíritu y materia. Sin embargo, la teoría del flúido universal había resucitado, tal cual la habían adoptado los partidarios del magnetismo animal: y Paracelso, Van-Helmonte, Santanelli, y singularmente Maxwell, habían formado un cuerpo de doctrina de estos principios.

Figurémonos pues al universo entero sumergido en un vasto océano de flúido que penetra todas sus partes y enjendra todos los fenómenos que se verifican. En esta hipótesis, todo ser viviente encierra cierta porción de flúido jeneral que preside á sus funciones vitales. Esta corriente de flúido no tiene el mismo grado de intensidad en todos los momentos de la vida, pues varía según las circunstancias. Cuando disminuye ó se altera, menguan las funciones vitales y sobreviene la enfermedad. Toda enfermedad reconoce por causa una disminución de intensidad de la corriente del flúido universal. De aquí se sigue que para restituir al cuerpo el estado de salud, es preciso reforzar la cantidad de flúido esparcido en el cuerpo del enfermo. Este es el significado de las insignes palabras de Mesmer, cuando se encargó de la primera enfermedad: *Me diriji á establecer en su cuerpo una marea artificial*. Restablecer esta marea era el arcano perdido de los antiguos, y que el médico alemán creyó haber encontrado.

En los prolegómenos de la historia moderna, el empleo del imán fué mas importante y decisivo. Cualquiera que esté medianamente versado en los filósofos de la primera época echará de ver que hay comunidad de ideas entre ellos y Mesmer, y que el plajiato de este es innegable.

Los médicos antiguos creían en el influjo que suponían ejercer la estrella polar sobre nuestros cuerpos. Paracelso admitía un eje polar en la organización hu-

mana, y los alquimistas contemporáneos, tratando al hombre de microcosmo, le atribuían dos polos, uno ártico, y otro antártico, designando con la boca al primero, y al segundo con el vientre. Kirker llevó al extremo la metáfora, pretendiendo que un hombre puesto en equilibrio dentro de una lancha botada al agua propendería á dirigir su rostro al norte. Hell creía desvanecer las obstrucciones del hígado colocando un imán de un lado, por ejemplo en el pecho, y otro en la espalda. Por este medio, según él, lograba establecer una corriente entre las dos piedras, y el flúido disipaba los infartos de las fibras. Mesmer intentó sustituirle la simple imposición de manos, asegurando que se obtenía el mismo resultado que en la operación precedente; y así como en el hombre se reconocen dos polos opuestos, así también se fraguaron dos electricidades contrarias, una positiva y otra negativa, tomando desde entonces el flúido antipático el nombre de *magnes lethalis*.

Este método obtuvo en el siglo diez y siete los mayores resultados, aunque no siempre funestos, como pudiera creerse, pues aun cuando el tratamiento magnético era el carácter de la medicina de la época, con todo el método natural venía á paralizar los efectos de aquel. De este modo se aseguraba la traspiración. El enfermo tomaba una bebida en que entraba orina, y para que surtiese efecto, el charlatan prescribía una medida accesoria, consistiendo en hacer guardar cama al enfermo bien tapado, y en administrarle durante la operación algun vaso de tisana caliente. De los mismos recursos echaban mano los practicantes magnéticos. Usábase un ungüento dotado de esta virtud para curar las llagas bélicas, y que se llamaba *unguentum armarium*. Su eficacia provenía de la sustancia cránea que en él se mezclaba, junto con otros ingredientes crasos con que se frotaba el instrumento que había herido, y como por otra parte los médicos prevenían una limpieza estremada y la mayor precaución contra el contacto del aire libre, sin olvidarse del suministro continuo de agua fresca, con esto no hacían mas que abandonar la enfermedad á la naturaleza. Los principales medios de comunicar á distancia, á mas del ungüento militar, eran la *sal de sangre*, hecha con sangre de la persona de quien se deseaban noticias, manteniéndose colorada en estado de salud, y perdiendo este color en caso de enfermedad ó muerte; y la *lámpara de vida*, que ardía mientras el sujeto se mantenía sano, y se apagaba á la hora de su muerte; el *alfabeto simpático*, cuyo proceder consistía en arrancar una hebra de carne del brazo de los dos amigos y en cambiarlo mutuamente. En seguida se trazaba en cada uno el abecedario, y cuando el uno tocaba con un punzon diferentes letras, cierto dolor ó picazon en el paraje designado informaba al otro de la idea del primero.

Estas singulares teorías fueron confirmadas, dice Thouret, por un hecho extraordinario acontecido en la misma época. Cierta sujeto de Bruselas, privado de nariz, mandó hacerse una por el método de Taliscot,

y así provisto volvió al lugar de su mansion, continuando una vida sana é inalterable. Mas hé aquí que de repente la parte facticia se enfria, empalidece, se pudre y desprende. No tardó en saberse que un ganapan de Bruselas, quien por dinero habia suministrado la porcion de piel arrancada de su brazo, habia muerto el mismo dia de aquel acaecimiento. Al mismo tiempo que no puede ponerse en duda la posibilidad de restaurar las facciones, tambien es innegable que la operacion unicamente tiene un éxito feliz en el caso de emplear la porcion de carne tomada del individuo que reclama este acto. En cuanto á los favorables resultados obtenidos por el método de Talicot, sea cual fuere el modo de practicar la operacion, lo cierto es que nadie puede afirmar lo contrario. Este célebre cirujano, profesor de medicina teórica y práctica en la universidad de Bolonia, nació en 1546 y murió en 1600. Los majistrados honraron su memoria erijiéndole una estatua, y para dar á conocer á la posteridad su glorioso título, le representaron con una nariz en la mano.

Volviendo al magnetismo, por lo dicho se ve la ninguna orijinalidad de los principios mesmerianos. Influxo mutuo en los cuerpos celestes, la tierra y los cuerpos animados; flúido tan universalmente difundido que no deja vacío; indicios particulares, en el organismo humano, de propiedades análogas á las del iman; accion de un flúido que se trasmite á distancia, se aumenta y refleja en una luna de cristal como la luz, comunicándose, propagándose y aumentando por medio del sonido: sobre estas bases se fundaba la teoría de Paracelso, Borel, Libavio, Maxwell, y de Antonio Mesmer por consecuencia ó imitacion. Los que estén enterados del modo como se practica hoy dia el magnetismo, tendrán mucha dificultad en creer la asimilacion de estos fenómenos á los efectos del iman. Por aquí se ve que la ciencia aun distaba mucho de su tercer período, de su verdadera trasformacion, es á saber, de los prodijios del sonambulismo, y que el papel de Mesmer fué muy secundario, pues solo sirvió de transicion entre las ideas tenebrosas de la filosofía antigua y los hábitos é incansables investigadores de la moderna. De consiguiente el informe de Bailly fué un reflejo de las antipatías volterianas de la mayoría de la nacion. La influencia moral de Mesmer sufrió mucho con los vergonzosos debates que estallaron en el seno de la sociedad harmónica entre los suscriptores y el empírico aleman. Pero de la historia de estos debates se desprende una observacion que no se ocultó á la perspicacia de Mr. Deleuze, y es que durante el primer momento de una indignacion que los asociados creyeron lejitima, ni siquiera uno de estos hizo la menor reconvencion á Mesmer, ni menos se arrepintió de su conducta. Por el contrario, todós confiesan la realidad de los hechos. Es cierto que el célebre químico Berthollet, despues de haber admitido de buena fe las pruebas de la plaza de Vendoma, se retiró

precipitadamente, alegando que las crisis eran el resultado de un espasmo nervioso y el delirio de la fiebre imitativa; pero tambien lo es que Jussieu, el fundador botánico de la Francia, el comisionado mas ilustre despues de Franklin, emitió una opinion contraria á la de sus colegas. La comision cometió la torpeza de negar los efectos curativos del magnetismo, produciendo el frívolo pretesto de que era imposible juzgar de la accion de un medicamento cuya existencia no se reconocia.

Debe tenerse presente que Bailly y sus colegas no examinaron realmente el magnetismo, sino los desórdenes mas enérgicos producidos por la imaginacion del hombre, deduciendo de ahí que los arrebatos convulsivos y los medios violentos empleados por Deslon y Mesmer solo podian en medicina hacer las veces de sustancias venenosas. Mr. de Jussieu no fue tan esplicito como sus colegas, y le pareció muy aventurado querer juzgar por alguno que otro experimento, cuyo valor podia variarse con el mas leve incidente, de los elementos de un fenómeno que pedia la mayor atencion; y por tanto, ocupándose del exámen de los medios curativos, reconoció hechos capaces de probar la existencia de un agente esterno. Tan grave decision fué el punto de partida de los magnetizadores modernos. Pasemos pues á discutirla.

Jussieu reconoció la posibilidad de existencia de un flúido ú agente que se traslada del hombre á su semejante y ejerce sobre este último un influjo sensible; y como se aplicaba la crisis magnética á los efectos de la imaginacion, á la fiebre imitativa y al resultado de la frotacion, Jussieu quiso hacer la prueba, y al efecto aisló una mujer ciega y vió de un modo evidente que la vara mesmeriana obraba en el corazon de la enferma. Allí no habia efecto de imajinacion, porque la magnetizada, muy lejos de ver al célebre botánico, ni aun presumia que estuviese presente; tampoco tenia lugar la fiebre imitativa, porque ninguno estaba cerca de ella, á no ser Mr. Jussieu, de quien distaba seis pies; en fin, no hubo frotacion ó contacto. En su relacion, espresa un dictamen muy adelantado para aquella época, cuando dice que el flúido magnético y eléctrico eran análogos segun toda probabilidad. Semejante declaracion es un monumento científico. « Su relacion, dice Mr. Deleuze, le honraria aun mas, si se supiese todo el valor que necesitó para publicarla. »

El tercer período del magnetismo es el mas importante. El marqués de Puységur, discípulo de Mesmer y suscriptor de la sociedad de la *Armonia*, habiendo magnetizado á uno de sus criados para curarle de un dolor de muelas de que adolecia, le vió con sorpresa caer desvanecido en sus brazos. En la declaracion de este sonámbulo debe buscarse el orijen de la teoría del *influxo de la voluntad* en el magnetismo animal, mayormente cuando hasta entónces se habian tenido los efectos magnéticos por mero resultado de causas enteramente físicas. El descrédito que

«Bravo la antigua teoría de Mesmer con la relacion de Bailly contribuyó á favorecer la doctrina de Puysegur. Desde el descubrimiento de este último hasta los últimos tiempos, se ha mantenido la doctrina del influjo de la voluntad por medio del prodigioso número de sonámbulos que han inundado la Europa. Este principio moral exige Mr. Deleuze del magnetizador. *Voluntad activa hácia el bien; creencia firme en su poder, y constancia completa en su administracion.* El olmo de Busausy, esta curiosa modificacion de la cubeta mesmeriana, ha servido de cuna á la ciencia actual.

Figúrese el lector la plaza de una aldea, en cuyo centro se levanta un olmo á cuyo pié hay una fuente de agua mas pura y limpia que el cristal; árbol antiguo, pero robusto todavía, árbol querido de los jóvenes á quienes servia de sitio de reunion para sus rústicos bailes. Este árbol, magnetizado en otro tiempo por el amor del placer, lo fué ahora por el de la humanidad. Las emanaciones se distribuían por medio de cuerdas suspendidas por todo el círculo del árbol. Los enfermos, sentándose en poyos de piedra circulares, enlazaban con dichas cuerdas las partes dolientes. En seguida se daba principio á la operacion por medio de la cadena que se establecia tocándose mutuamente el dedo pulgar, como se verificaba en las crisis de la cubeta. El fluido magnético procedente del árbol, preparado por Mr. de Puysegur, circulaba con libertad, haciendo mas ó menos impresion en los enfermos. Poco despues, este mismo permitia que se rompiese la cadena por via de descanso, recomendando al mismo tiempo la frotacion de manos.

No tardaba, por complemento de crisis y merced á la presentacion de la vara magnética, en sobrevenir un sueño que suspendia las facultades físicas, pero en provecho de las intelectuales. Estos enfermos en crisis, llamados *médicos*, se hallaban revestidos de un poder sobrenatural, pues tocando á los enfermos despiertos, señalaban por encima del vestido el lugar doliente é indicaban el conveniente remedio.

Semejante descubrimiento cambió la faz del magnetismo. La revolucion francesa, aunque sepultó las teorías mesmerianas entre los escombros de las preocupaciones políticas y del trastorno social, dejó intacta la doctrina del sonambulismo. Repitieronse hasta lo infinito los casos á últimos del siglo XVIII; pero sus pruebas fueron vanas: á los ojos de la ciencia solo quedó una quimera; á los del público una renovacion benéfica en los medios curativos de la medicina.

La objeccion que se suscitaba á los sonámbulos era que finjian la enfermedad por la cual pasaban al estado de crisis: sin embargo se hace forzoso confesar que semejante ficcion tendria un carácter consumado de tenacidad y ridiculidad, puesto que se han repetido las esperiencias por mas de cuarenta años en todos los paises de Europa. Pero sea lo que se quiera, lo cierto es que de toda esta cadena de sucesos ha salido una segunda teoría del magnetismo animal, á cuyos rápidos progresos hay que aplicar la sana crítica.

En un segundo artículo nos proponemos examinar bajo este punto de vista el estado actual de la ciencia.

CONSIDERACIONES JENERALES

SOBRE LA

HISTORIA NATURAL.

Artículo cuarto (I).

MAMIFEROS VOLATILES (*chiroptera*).

Las especies de murciélagos que constituyen el tercer orden, se distinguen por la mucha longitud de los dedos de las patas delanteras, mas largos que todo el cuerpo, y entre los cuales se halla desplegada el ala membranosa, por cuyo medio pueden volar ó revolotear. Sus dos tetas ocupan la parte anterior entre las dos patas delanteras, en el mismo paraje que en el hombre y los monos. Tienen, como estos, tres especies de dientes. Todos son animales nocturnos

que revolotean solo durante el crepúsculo ó la claridad de la luna y á la sombra de la noche, y pasan al menos dos tercios de la vida durmiendo. Los que viven entre nosotros se pasan en el invierno, y en la estacion mas cálida se mantienen despiertos hasta que vuelven á su adormecimiento.

Sus alas, diferentes de las de las aves, consisten en unos pellejos dobles, delgados y á manera de perga-

(1) Véase el artículo 1º, p. 280; el 2º, p. 318 del tomo IV, y el tercero, p. 19 de este tomo.

mino, entre los cuales se hallan los brazos, y su cola articulada, sirviéndose de ella en el acto de su vuelo como de un timon. Estas alas son grasientas, y no admiten el agua. Desde el suelo, únicamente haciendo un grande esfuerzo, pueden echarse de nuevo á volar; y siendo impropios para andar, prefieren para el reposo asirse con sus pies á una pared. Hállanse difundidos por toda clase de terrenos, pero gustan mas de los climas cálidos que de los frios, y por tanto se ven los jéneros de mayor tamaño en aquellos. Cuatro jéneros principales se distinguen, cada uno con sus especies diferentes.

EL PATIALADO. (*Pteropus*).

Se alimenta mayormente de frutos, y algunos tambien comen los animalejos que cazan. Habitan en el Africa, en el Asia meridional y en la Nueva Holanda: van juntos en crecidas bandadas, y suelen colgarse de los árboles en tal muchedumbre, que en uno solo pueden verse mas de quinientos. Como su carne es blanca y de buen gusto, son en algunos parajes estos animales domesticados y cebados. Hay especies de un tamaño considerable, como el llamado *perro volador*, en las islas de Oriente, que tiene de tres á cuatro pies de una punta de ala á otra, y la configuracion de la cabeza como un perro.

EL LENGUETUDO. (*Phyllostoma*).

Este jénero de murciélago, cuyas diversas especies se hallan principalmente en la América del Sur, recibe su nombre de la prolongacion foliácea que tiene perpendicular sobre la nariz. Llámánle tambien *chupasangre* ó *vampiro*; pues no solo se come las sabandijas, sino que además estrae de las venas la sangre á los animales, y aun al hombre, por medio de la lengua, que tiene muy dispuesta al efecto, y valiéndose de mucha astucia. Mientras chupan, abanicen materialmente á otros mamíferos, y en algunos casos al hombre durmiendo, empleando al efecto la sagacidad de airearle con sus largas alas, á fin de producir un agradable frescor que no permita fácilmente interrumpir el sueño. Pero la víctima, al amanecer, en lugar de sentirse refocilado por el sueño, se encuentra profundamente abatida y aniquilada. Esta especie, llamada vampiro (*Phyllostoma spectrum*), viene á ser como una pequeña ardilla, y es bastante numerosa en el Brasil. Otra especie, denominada el *gran vampiro* (*Ph. maximum*), coje de una estremidad de ala á otra seis pies, y se halla en la parte oriental de Brasil. Tambien caen por la noche sobre los grandes mamíferos, como reses, caballos, cerdos, etc., y les suelen chupar la sangre toda hasta matarlos de debilidad; pues al punto de haberse alguno apoderado del animal y abiertole la vena, de repente aparecen muchos mas, y juntos sacian la sed de sangre. Así sucedió á un viajero que partió de Méjico, cuando una

mañana quiso y no pudo montar su mulo por haber este quedado estraordinariamente débil y todo cubierto de sangre; tras un exámen mas detenido, se vió que un vampiro le habia mordido una vena entre la oreja izquierda y la crin, sacándole una gran porcion de sangre. Los vampiros se diferencian además de los murciélagos en que pueden correr lijeros por el suelo como las ratas.

MURCIELAGO VERDADERO. (*Vespertilio*).

Tiene orejas provistas de una cobertera, y la nariz sin prolongacion ó cresta. Su alimento consiste en insectos, en especial mariposas de noche, que caza durante el crepúsculo, haciéndose por esto muy útil. Afirman algunos naturalistas que tambien come carne y manteca, por lo cual á veces entrándose, dicen, por las chimeneas y curaderos, causa estragos; mas como sus dientes no parecen estar habilitados para ello, deberán otros confirmar este dicho.

MURCIELAGO COMUN. (*V. murinus*).

Es muy numeroso en Europa, aunque tambien abunda por todas las partes del globo, y á pesar de llegar apenas su cuerpo á tres pulgadas de longitud, medido de un extremo de ala á otro, pasa de un pié. Por el dia se oculta en las rendijas de las paredes, en los agujeros, chimeneas, techos de iglesias, campanarios y otros edificios.

MURCIELAGO OREJUDO (*V. auritus*).

Se diferencia singularmente del otro en tener las orejas doblemente partidas, y mucho mas anchas que la cabeza. Tira á pardusco; habita en las ciudades y lugares, en las quiebras y rendijas de los edificios oscuros y casas de madera, entre las junturas de las tablas, tras de las asnas de los techos, y con preferencia en las rajas de tapias de barro. A las primeras heladas se adormece; pero aun durante el invierno se despierta otra vez en las épocas de buen tiempo: se adormece de nuevo cuando aprieta el frio, y hasta que percibe el ambiente cálido de primavera, no se vuelve á despertar para todo el estío. Se alimenta, como los demás murciélagos, de escarabajos, polillas, mosquitos, moscas, palomitas de noche, y en jeneral de insectos vespertinos; revolotea durante el crepúsculo de la tarde, y rara vez por la mañana.

EL NARICRESTADO (1) (*Rhinotophus*).

Recibe tal nombre de la prolongacion á manera de cresta ó contorno; no tiene coberteras en las ore-

(1) En lo que permiten los estrechos límites de la lengua, procuráremos ser lo mas felices que nos sea dable, siempre que para el uso comun háyamos de traducir, como en este caso, al idioma vulgar un nombre compuesto en otro mas sabio y rico que el nuestro.

as, y su manera de vivir es idéntica á la del murciélago propiamente tal. Por ser numeroso en muchas regiones de Europa, es muy conocido el nari-herrado (*Rhinolophus ferrum equinum*), y así denominado por la nariz hecha como una herradura de caballo.

Colectivamente considerados, son los murciélagos utilísimos animales, que no se deben cojer ni matar: pues por espantosos que parezcan, ningun daño hacen, aun cuando pasen cerca de nuestras cabezas, y nadie seguramente podrá citar mal alguno recibido de estos animales. Tienen por grandes enemigos á los buhos que los persiguen de muerte.

MAMIFEROS CON DEDOS LIBRES EN TODOS LOS CUATRO PIES (DIGITATA): ROEDORES.

En los roedores ya notamos en otro artículo que los mas carecen de colmillos, pero en ambas quijadas tienen dos agudos dientes incisivos que son muy propios para roer. Manifestarémos el modo de conocer sus principales especies.

ARDILLA COMUN. (*Sciurus vulgaris*).

Estos animalitos, vivarachos, despavilados, bufonescos y muy limpios, habitan ordinariamente dentro de las encinas en las comarcas septentrionales y templadas de Europa, Asia y América. Son de nueve á diez pulgadas de largo, y tienen franjeada de pelos la cola, que viene á ser tan larga como el cuerpo. Sus ojos son grandes, saltados y hermosos; las orejas largas, derechas y rematadas en copete; el cuello corto, el lomo arqueado y los dedos provistos de garras agudas. Su color tira á rojizo ó tostado, blanquecino en la garganta, pechera y barriga, aunque en los países del Norte las ardillas rojas se vuelven, durante el invierno, enteramente pardas. Raras son las salpicadas; pero lo son mas aun las blancas de ojo encarnado. Gustan de la sequedad y sombra, de limpiarse y lamerse con frecuencia; prefieren á todo para vivir los bosques, donde triscan y saltan con una rapidez, lijereza y agilidad que pasman. A veces desde un árbol á otro dan unos brincos de tres y cuatro varas, y en caso de precision ó riesgo, tambien nadan con una astilla de madera ó sin ella por los ríos ó estanques. Se alimentan de nueces, huesos de frutas, hayucos, bellotas, piñones y yemas de árboles, de todo lo cual juntan provision en el invierno dentro de los huecos de los árboles ó en los escarbos que ellas se abren bajo las piedras y malezas. Causan considerabilísimos estragos en los huertos, en los noguerales, y principalmente en los pinares, cuyos renuevos y semillas devoran. Se envenenan con los huesos de melocotones y albaricoques, en razon al ácido prúsico ó hidrociánico que contiene el amargo de sus pepitas. Es muy graciosa la postura de las ardillas, cuando al tiempo de comer se sientan sobre las patas traseras, y se valen de las delanteras en lugar

de manos para llevar á la boca las nueces y otros alimentos. Digno es tambien de reparo el modo cómo construyen sus nidos en los árboles, entrelazando ramitas secas, follaje y musgo, dando al techo una forma abarquillada, y regularmente con el agujero de avenida dispuesto al sol saliente para guarecerse mejor contra las tormentas. En las recias tempestades, huracanes y aguaceros impetuosos, suelen cerrar enteramente su nido. Por abril ó mayo la hembra da una ventregada de tres á cinco hijuelos, que al cabo de diez semanas se buscan por sí mismos el sustento, y viven de seis á ocho años. Estos animales, á pesar de ser tan ariscos, en su juventud se dejan fácilmente domesticar y adiestrar para muchas habilidades: pero no se les puede soltar por la casa, en atencion á que ocasionan muy graves daños con su incesante roer y mordiscar. Un bocado que tiren es peligroso, especialmente en primavera. Su carne es tierna y comestible; el largo pelo del hopo y orejas se emplea en pinceles: su piel no es aprovechada entre nosotros, pero en la Siberia, donde, como arriba se dijo, toma, durante el invierno, un color pardo, suministra algunas aplicaciones, y se trabaja para forros, haciéndose con este motivo en Rusia un considerable tráfico de aquellas. Hay en Siberia tan innumerable muchedumbre de ardillas, que algunos cazadores pueden vender en un año sobre mil pellejos, y con todo no escasean. En el norte de América hay una monstruosa multitud de ardillas negras, que por temporadas disponen sus escursiones á otros parajes. Vez hubo en que mas de cincuenta mil animales de estos en dos dias pasaron á nado el rio Niagara, sirviéndose de la cola como de remo.

Los sentidos mas perspicaces de la ardilla son la vista, el olfato y el tacto, á lo cual deben el poder, como veraces astrólogos, anunciar con sus bufidos y zapatazos de cola una borrasca. La voz que produce en su regocijo es un silbido, en sus temores un chasquido, en la cólera, en el pesar y en prision un zurrido ó chiflido. Tambien dan muestras, como es fácil de notar, de su gusto por la música.

LA ARDILLA VOLADORA. (*Sciurus volans*).

Vive en la Siberia y los extremos confines de Europa y Asia, hasta en la Lituania, Livonia, Finlandia y Laponia. Se diferencia de la ardilla comun, principalmente en poseer en los cabos traseros y delanteros una piel que, á manera de un paracaidas, le sirve para poder dar un gran salto, á veces de veinte toesas. No pueden, como los murciélagos, revolotear en el aire, ni tampoco hácia arriba, sino solamente oblicuo abajo. Su mordedura es vehemente y peligrosa.

RATON. (*Mus*).

Distinguese por un rabo muy delgado que remata

en punta, liso ú solo claramente poblado. Hay muchas especies, cuya mayor parte habitan debajo de tierra, y algunas en el agua; muy ligeras todas para correr, trepar y nadar. Darémos á conocer mas estensamente las especies que siguen:

RATA, RATO, Ó RATON GRANDE (*Mus rattus*).

Este animal, con su fea y gran cola, es por demás conocido, no solo por su abundancia, sino tambien por el terror que inspira. Si es innegable que tiene dientes dispuestos á morder, tambien es verdad que no será fácil presentar casos de que lo haya hecho, á menos que haya sido puesto en sumo aprieto, lo cuál no es prudente. La rata se diferencia de los ratones acuáticos, que luego describirémos, por la cabeza oblonga, rabo largo, y orejas mas gruesas y sobresalientes. La rata casera comun es mucho menor. La rata enteramente hecha tiene unas nueve pulgadas de largo, sin contar la cola, que suele ser mas larga que todo el cuerpo. La cabeza es larga y ovalada, la nariz algo prominente, el hocico puntiagudo. Tienen diez y seis dientes, lengua larga y aplanada, pelos sobre la boca retorcidos para atrás, grandes ojos rodeados de cerdas, las cuales, hácia las orejas, están algo mas espesas que en el hocico; las orejas son largas, ovaladas, prominentes y peladas; el cuello es repleto y el cuerpo ancho. Las patas delanteras son mas cortas que las traseras, y en el rabo tiene muchos anillos formados por escamitas.

La rata, cuando vieja, se vuelve pardusca por encima, á veces enteramente negra, y por debajo mas clara; en algunos casos, es de un moreno gris, menos subido cuando es jóven. Las orejas son de color de carne manchado, los piés blanquecinos y pelados. Estos animales habitan en las granjas, corrales, dispensas y viviendas, pasando el dia ocultos entre la madera, las tablas, en los cornijales, canales de tejado, en las pilas de duelas, en los sótanos, cuevas y otras guaridas, presentándose por las noches, particularmente donde no advierten la presencia de gatos, y haciendo mucho estrépito fuera de sus escondrijos para ir á buscar comida, ya sea de carne y leche, ya de frutos, granos, raices, etc., por lo cual causan mucho daño.

Son las ratas estraordinariamente fuertes en la multiplicacion, que verifican de dos á tres veces cada año. La hembra está de vientre cuatro semanas, y al cabo de ellas produce de enatro á siete hijuelos, que permanecen ciegos diez dias, siendo alimentados cuidadosamente y protegidos por la madre.

Se preguntará quizá qué utilidad traen las ratas, ó de qué sirven. Pero sépase que estos animales, así como todas las cosas partícipes de la existencia con nosotros, aunque influyan de una manera desagradable y repugnante, son siempre eslabones de la gran cadena de la naturaleza, que ciertamente la infinita Sabiduría del Hacedor no dejó nacer sin desig-

nio. En las islas Jamaica y Martinica, en la Siberia y en el Bajo Egipto, la carne de la rata es comida por los hombres, y tambien ha salvado la vida de algunos navegantes en el aprieto del hambre. Por tanto no debemos atormentar las ratas ni darles muerte cruel; elijamos sí aquellos medios que las maten momentáneamente y disminuyan su nociva propagacion.

RATON CASERO (*Mus musculus*).

El raton doméstico, animal activo, vivaracho, lijero y astuto, habita en casi toda Europa, en las zonas templadas de Asia y América, en las casas, granjas, corrales, viviendas, cocinas y bodegas, donde es mas numeroso que en los bosques. En razon á su golosina y dentelleo, son muy perjudiciales; y cuando jóvenes, fácilmente se dejan domesticar é instruir. En Konigsberg hubo un sujeto que para su recreo hizo tan muchos algunos ratones, que desde la madriguera construida para ellos, salian á la sala inmediatamente que les daba la señal con un pito. Tambien se subian á la mesa, bailaban levantados sobre los piés traseros, y ejecutaban varias y chuscas piruetas. Se les echaba hasta hartarlos harina y tocino picado, y se volvia otra vez á su madriguera. Los ratones cunden mucho, y en el estío sus hembras dan cada mes ventregadas de cinco á seis hijuelos, que ven á los catorce dias, y ya pueden abandonar á su madre. Comen de cuanto encuentran, pero con ansia los manjares crasos y los granos, siendo igualmente nocivos por su carácter roedor para las casas, muebles, y hasta para libros y prendas. Son sus enemigos los gatos, perros, comadrejas, garduñas, erizos, y muchas aves de rapiña; como tambien muchos pueblos, por ejemplo, los Tonguses, Chinos, etc., que ansiosos los comen. Los ratones blancos con ojos encarnados son enclenques ó albinos de su especie, y aborrecen tanto la luz que solo en tinieblas pueden ver bien.

RATON CAMPESINO MAYOR Ó MUSGAÑO.

(*Mus silvaticus*).

Este raton, que se halla en toda Europa y es rojizo claro en el lomo con la barriga blanca, es, por su gran fecundidad, uno de los mas perjudiciales, y tiene mayor tamaño que el raton casero. Escárbanse sus guaridas en los rincones arenosos, en los huertos, prados y bosques, con preferencia á todo, en los lindes y ciertos parajes que no son labrados, haciéndolas bastante hondas para que el frio no les dañe. Por su escesiva abundancia llegan á devorarse unos á otros acosados por el hambre. Tambien se mudan de unas comarcas á otras en grandes manadas, se echan directamente sobre las montañas y valles, y si encuentran rios por el camino, siempre osados, los traspasan á nado. De esta suerte aparecen en lugares donde antes ninguno se veia, y las jentes superficiales se confunden sin atinar por dónde ha-

brán venido. Su alimento en los campos consiste en casi todos los productos de sembrados, y por los bosques en piñones, bellotas, hayucos, avellanas, huesos de otras frutas, cortezas de árboles tiernos y raíces; en los huertos especialmente, les gustan las yerbas de cebolleta, y en las casas se alimentan con cuanto se come en ellas. Limitan su multiplicación los animales de rapiña terrestres y volátiles, así como las inundaciones y las injurias del tiempo.

RATÓN CAMPESINO MENOR. (*Mus gregarius*).

Tiene la parte superior del cuerpo rojiza; la inferior, blanco-amarillenta, que por los costados se hace pardusca, con pies amarillento-blancuecinos y dedos cenizos. Algunos años se multiplica extraordinariamente y ocasiona graves daños, particularmente en las semillas de invierno. Es el mas ligero de los ratones, el mas apto para escarbar, y puede nadar muy bien. Hállase en los campos y bosques, y según las estaciones, varia de moradas, practicando regularmente en ellas dos ramales, uno de entrada, y otro de salida. En las alcobas, despensas y retretes forman sus especiales departamentos, y con las plantas que se crían inmediatas y han medio roído, los revisten para tenerlos blandos y calientes. Las zorras, martas, garduñas, milanos, cornejas, buhos, etc., los cazan sueltos, así como las avenidas y frios los suelen exterminar juntos por manadas.

RATÓN RAICERO (*Mus oeconomicus*).

Existe increíblemente numeroso en la Siberia y Kamtschatká, siendo notable por la rara precaución que emplea para juntar sus provisiones de invierno, é igualmente por las emigraciones que algunos años emprende, movido por cierto impulso natural, y agregándose en inmensas partidas. Verosimilmente son motivadas estas emigraciones para la conservación de la especie, pues de otra suerte, carecerían de alimento á causa de su asombrosa propagación. En primavera parten para la montaña, sin que los atajen ríos ni lagos, y después los librados de la gran mortandad que les causan los lince y aves acuáticas y las fatigas del mismo viaje, vuelven á principios de octubre á su patria, habiendo hecho un camino de mas de trescientas millas. Los naturales de Kamtschatká, que, según mas adelante se referirá, sacan tanto provecho de estos ratones y de sus perseguidores, las zorras, cebellinas y comadrejas, se recrean ordinariamente á la vuelta de aquellos, enjugando, poniendo al sol y cuidando de los cansados para restituirlos á la vida.

Sitúan sus agujeros ó moradas con muchas contracalles en los bosques y en los campos debajo de césped, revistiendo las paredes interiores con blanda yerba menudamente picada. Cada par habita un solo nido, al cual llevan las raíces alimenticias que han quedado intactas en el verano, mientras juntaban los

granos. Luego de hecha la provision de invierno, los naturales de Kamtschatká cavan las guaridas mencionadas, quitan á los ratones cuanto es comestible para el hombre, sin dejarles mas que unas raíces narcóticas, para que, como dicen ellos, se embriague el raton en su ayuno; y son al menos tan corteses que, en indemnización les ponen algunas cuentas de vidrio y ojos de pescado en el nido; pues añaden que no quieren adquirir nada de balde, y el raton es libre, si no gusta, de rehusar los abalorios.

RATÓN ACUÁTICO (*Mus amphibius*).

El raton de agua tiene el tamaño del casero, aunque es mas fuerte, con un rabo mucho mas largo y orejas cortas, pelaje mas espeso é igual aptitud para escarbar que para nadar. Además tienen la misma inclinación que el raton doméstico, son igualmente furiosos y mordedores y se defienden denodadamente, si no pueden escapar. Causan grandes estragos en los bosques, sembrados y huertas, señaladamente en los plantíos recién hechos, royendo las raíces de las yerbas y árboles tiernos, aunque no viven solo de vegetales, pues tambien persiguen á los cangrejos, sabandijas de agua, larvas, etc., haciendo las mismas rapiñas contra los pececillos.

EL TEJON Ó RATÓN PASAJERO (*Mus decumanus*).

Este animal, que en muchas partes se equivoca aun con el anterior, y se denomina raton acuático mayor, apenas era conocido ochenta años atrás, pues hay poco mas de ciento que vino á Europa. Aunque muy parecido al raton doméstico, es mas grande, y con el lomo de pelo ó amarillento oscuro, y la barriga pardusca ó de un blanco manchado. Habita solamente en tierra, con preferencia junto á los ríos y arroyuelos; y viene tambien á las casas, donde es muy dañino por sus escavaciones, y á veces materialmente ruinoso. Con ansia extraordinaria devora los animales pequeños, la carne, los granos, raíces, y aun animales crecidos; acomete á los demás ratones y á la rata, no teme á los gatos y se guarda solo de la comadreja. Propágase monstruosamente, pues hay ventregada que consta de diez y ocho hijuelos, y por tanto la naturaleza anduvo muy pródiga en inclinar estos animales al pasaje.

JÉNERO MARMOTAS (MARMOTA).

Los animales de este jénero tienen un rabo corto, peludo, patas igualmente pobladas, pequeñas y fuertes; son tan diestros en escarbar como en trepar, y moran debajo de tierra. Se alimentan de yerbas, raíces y granos, que suelen comer sentándose en la actitud de la ardilla. Darémos á conocer mas detenidamente las especies que siguen:

MARMOTA DE LOS ALPES (*Mus montanus*).

Es del tamaño de un conejo, pero con el pelo mas largo, color rojizo oscuro por encima, amarillento en la barriga y patas, negro en el rabo; habita en las alturas de los Alpes en Europa, y en otros parajes análogos de Asia, en verdaderas cuevas subterráneas que ella misma se abre. Si se la acaricia, ó se le da bien de comer, ó mejor, si se le palpa suavemente, hace un sonido por el estilo del arrullo del gato. Su comida se reduce á tronchos y raices ó á las yerbas mas tiernas y alimenticias. Las marmotas de los Alpes rara vez viven solas, porque siendo inermes, van regularmente en gruesas partidas, para librarse de los riesgos. Por lo comun están al sol horas enteras, y antes de echarse ó ponerse á pacer, siempre se levantan derechas sobre las patas traseras y miran en derredor. La primera que repara en alguien da á la partida entera una señal de aviso con un agudo y penetrante silbo, que las demás contestan con otro idéntico, y en seguida echan todas á huir silenciosas. Por el número de los chillidos subsiguientes infieren los cazadores cuántos animales de estos hay en un paraje. Estas marmotas no se arrojan hostilmente contra ningún animal; y si son perseguidas, huyen, y para quedar mas seguras, varían enteramente de domicilio. Pero acosadas al extremo, se ponen en defensa del hombre y animales, tirando fuertes bocados y arañazos. Las chiquitas se dejan fácilmente domesticar, aprenden á danzar y ejecutar ciertos manejos de pasa pasa, en cuyas habilidades las instruyen los pobres Saboyanos que las llevan á cuevas y las van enseñando para ganarse el sustento. Viven de nueve á diez años, y por su afición al calor del sol, elijen para morada las laderas orientales y del mediodía de las montañas, evitando con esmero todo lugar húmedo, sin embargo de que gustan de tener cerca algun manantial fresco.

Segun la diferencia de países y años, se ocultan á invernar desde que principian las vendimias, y de la misma conformidad por fines de marzo ó á primeros de abril vuelven á parecer otra vez, quedando adormecidas por espacio de cinco á seis meses. El cubil de invierno, donde ningún aire entra de fuera, es una cueva redonda ú oval de tres á siete pies de diámetro, mayor ó menor segun la necesidad de la familia, que consta de dos hasta catorce miembros, pero lo mas frecuente es de cinco á nueve, y tambien se arregla la guarida conforme á la configuración del terreno. Despues de haber echado buena porcion de heno seco, estos animales se acuestan muy apretados entresí, con la cabeza metida entre las piernas, sin taparse con el heno, quedando enteramente frios y en tal embargamiento ó congelacion de la sangre, que parecen privados de respiracion y vida. Tambien se hallan en un mismo cubil dos nidos y dos familias. Por el otoño, antes de dormirse, están muy gor-

dos, y regularmente muy flacos en primavera cuando se despiertan. A las marmotas se arman lazos, ya para domesticarlas, ya para utilizar su carne, que comen los Suizos, Tirolese y Saboyanos, cocida, asada ó alumiada. Escavando se cojen las mas veloces, y es fácil apoderarse cómodamente de ellas, buscándolas en sus cuevas de invernar donde inmóviles quedan dormidas, Siannno están entónces entumecidas, escarban mas, ó bien se escapan. Su piel sirve para forros y guarniciones, y el aceite sacado de su grasa se emplea para alumbrar en lámparas.

MARMOTA COMUN. (*Marmota cricetus*).

Esta especie, aunque se asemeja á la precedente y á los lirones por su dormida de invierno, se diferencia de todos los ratones por sus bolsas carrilleras, propias esclusivamente del género mono. Suele ser en ocasiones una verdadera calamidad para ciertas provincias de Alemania, señaladamente para la Turinjinia, pues se multiplica estraordinariamente, de modo que en el mismo estio, los primeros hijuelos de las primeras ventregadas ya se juntan y producen otras crias, que acarrear terribles perjuicios á árboles y sembrados. La cabeza, cuello y tronco de la marmota comun son cortos y gruesos, su ruin cola es peluda é igualmente corta, las patas pequeñas y rollizas, y el vientre revestido de un aneho pellejo. Tiene el hocico y orejas de un blanco limpio, los costados y lado exterior de las piernas rubios, el lomo gris, toda la barriga de color negro subido, y las patas blancas. A veces se hallan variedades enteramente negras, blancas, amarillentas, y salpicadas. Huye de las personas, es tenebrosa, evita la claridad del dia, todo lo roe, y se acurruca ó agazapa como lo manifiestan los contornos de su guarida. De consiguiente es en extremo insociable é indómica, y embiste aun á los animales que le son superiores, midiendo sus fuerzas con ellos. En sus grandes bolsas carrilleras, que sabe muy bien atestar y descargar con sus patas delanteras, lleva de dos á tres onzas de granos ó simientes, depositando así en sus almacenes subterráneos las importantes provisiones de cereales en que cifra su alimento de primavera y otoño. Cuando quiere comenzar su dormida, que comprende el invierno y dura cinco meses, primeramente, al modo de la marmota de los Alpes, barra bien apretadas y firme, todas las avenidas de su interior dormitorio, que es redondo, con la forma de una vejiga de vaca, y está revestido de heno delgado, blandito y mordiscado. Despues asegura su granero situándolo mas profundamente, y consume de su provision la mitad ó una tercera parte, con lo cual realmente engorda. A las seis ú ocho semanas, cae en aquel sueño, del que insensiblemente despierta á principios de marzo. Entónces apura el resto de provision que le queda y asegura royendo el rejoy á los granos para que no brotasen.

Mas tarde emprende acarrear avena, guisantes, lentejas, habas, linazas, etc; pero no se alimenta de esto solo, sino además de granos de invierno, trigo, espelta, matitas verdes, yerbas y sus semillas, raíces, yemas de fruto, etc. A veces con igual ansia devora gusanos, insectos y ranas, caza tambien ratones campesinos, pájaros, codornices, perdices y lebratos, particularmente en el silencio de la madrugada, ó á la caída de la tarde, y aun de dia cuando se cree segura. La marmota comun vive en las zonas frias, cálidas y templadas, en la Rusia, Polonia, Hungría, Alemania y España, mas siempre en los campos de terreno apto para sus minaduras. Regularmente se penetra á lo interior de su cueva por dos ramales, y á veces por mas, uno de los cuales corre oblicuo y es la salida, pues por él ordinariamente marcha fuera de la guarida, y el otro baja perpendicularmente y es la ventana. Por ella se descuelga diligentemente, si la persiguen, y tambien le sirve de entrada para cuando viene con las bolsas llenas. Por esta abertura suele tambien sacar la cabeza á ver si hay entera seguridad por fuera. Siendo las marmotas de esta especie sumamente insociables, no moran tampoco mas de una en cada madriguera, y hasta la hembra vive sola; únicamente y por el tiempo del celo, que es dos veces al año, se buscan; mas por lo regular se apartan con quimera y aversion, riñendo entre sí donde quiera que se encuentran, pues la saña y malignidad constituye la índole dominante de la marmota. Luego que se topan dos, se abalanzan una sobre otra, y no acaban la riña hasta quedar una en el sitio. Mata los ratones que halla por el camino, se pone valerosamente en defensa contra los perros que la acometen; ni la arredra el hombre cuando la asalta ó desentierra, pues á él se tira, y si llega á cojer mano ú otra parte del cuerpo, la muerde con tan encarnizado furor, que no la soltará sin morir primero á golpes. Sus bocados quedan sumamente doloridos, y por tanto son de peligro. Los mas terribles palos que se le den apenas pueden forzarla á huir. La hembra dos ó tres veces al año suele tener seis, doce, y hasta diez y ocho hijuelos, á que da de mamar por el tiempo limitado de tres á cuatro semanas, y en seguida los despiende. Son enemigos suyos la zorra, los perros, gatos, martas, garduñas, comadreja, buhos y halcones, sin que por eso basten á producir conocida mengua en su multiplicacion. Por tanto debe el hombre oponerles con ahinco una barrera, si no quiere ver comprometidos sus rebaños y hasta su propia existencia. Con este objeto, en las provincias en que se albergan muchas marmotas, se establecen *ex professo* cavadores, quienes, por un salario determinado, se encargan de la caza de estos animales, reteniendo además el pellejo y la provision de granos que hallen. Para esterminar las marmotas se adoptan los diferentes medios de la cava con útiles al intento, la inundacion con agua, el ahumo con azufre, y últimamente los venenos. La utilidad de la marmota es

en extremo tenue; caza ratones, aunque pocos; sus pieles van baratas y son poco buscadas, pues ciento y veinte, en el comercio, no valen mas de tres á cuatro duros.

La marmota comun es una verdadera imájen del avariento; pues alampándose todo el estío y principio del otoño para atestarse de granos sus bolsas carrileras y hacinarlos en su arquitectónico nido, es luego tan artera é inclemente, tan ruin y maligna para con sus compañeras, que el macho ni una sola vez permite á la hembra propia entrar en la cueva, y en el instante de encontrarse dos marmotas, se asen á bocados hasta morir una, que en seguida es devorada por la otra. La hembra misma arroja fuera de la madriguera á sus hijuelos de tres semanas, siendo todavía muy pequeñitos, portándose con ellos donde quiera que los encuentra como su mas atroz enemiga. Pero es muy curioso lo que le sucede en la Siberia y mediodia de Rusia con un animal perteneciente al jenero garduña, el cual á bocados da muerte á las marmotas, y á veces mete diez ó mas de los tales roñosos dentro de su guarida, que tambien es de otras marmotas que ya desalojó. De esta suerte el desapiadado avariento es á su propia manera castigado por un codicioso extraño, por otro mas fuerte, quien despoja hasta del repuesto á aquel que pasó toda su vida en hacer abastos, sin consentir jamás en repararlos con nadie. En la provincia de Gota fueron muertas en un año mas de 27.000 marmotas. Escavan sus guaridas con grande afan, porque en ellas se encuentra provision de granos escogidos que pasa de sesenta libras. Cada suerte ocupa un lugar aparte, á la manera que entre los idólatras del dinero, está todo separadamente clasificado, en un sitio las pesetas, en otro los duros, y en otro las onzas. Finalmente, para poder tambien decir de la marmota alguna cosa buena, manifestaremos que aun presta utilidad en cierto modo comiéndose los abejorros y langostas.

MARMOTA PASAJERA. (*Marmota Lemmus*).

Este animal, cuya patria principal está en la Noruega y Laponia, estendiéndose tambien á la Rusia una variedad del mismo, es tamaño como un gato, con el rabo corto, y segun las diferentes partes del cuerpo, de color negro, moreno, marillento y mohoso; es muy arisco; presenta, como la ardilla, labios hendidos, y su voz es un ladrido.

Precisadas por la penuria y el hambre, hacen estas marmotas unas escursiones notables, eligiendo siempre la estacion mas cómoda. Con ellas todo lo devastan, siendo consideradas por donde pasan como un terrible azote. Si se las pega con un palo, se agarran á él con un firme bocado, y se dejan arrastrar muy largo trecho. Arreglan sus guaridas debajo de tierra y viven de raíces.

Su pasaje es cada vez señalado por dilatadas expediciones, y avanzan en líneas rectas, haciendo en la

tierra por donde pasan un surco de cerca de dos pulgadas de hondo, como si la hubiesen arado. En estas sus escursiones, ningun obstáculo las embaraza, y si en el camino hay algun alnear, por ejemplo, se lo comen sin perder la línea de su recta direccion. Rodean las colinas escarpadas que en vano han procurado atravesar, pero restableciendo su nueva traza de marcha, precisamente al rumbo primero, como si hubiesen pasado por entre la Peña. Tampoco las atajan los rios, lagos ó pantanos, precipitándose á ellos y pasándolos á nado en derechura. Si llevan consigo hijuelos á la expedicion, la madre carga con ellos á lomo, y coje alguno con la boca, alimentándose todos con yerba durante el viaje, aunque los mas perecen, parte ahogados ó de hambre, parte á manos del hombre ó de brutos rapaces. Tas ellas van osos, lobos, zorros, martas, comadreja, gulos, etc.; por lo cual en el norte miran con gran satisfaccion estas expediciones, por razon del importante botin que pueden proporcionar. Las pocas sobrevivientes se dispersan por las llanuras, y en el estío siguiente se retiran por los mismos atajos otra vez á su patria.

MARMOTA MUSARAÑA (*Marmota citellus*).

Tiene la alzada, color y forma de cuerpo de la marmota de los Alpes, el tamaño é igualmente las bolsas carrilleras de la marmota comun. Se halla en Bohemia, Moravia, en toda el Austria, Hungria, Polonia y Siberia. Vive en cuevas subterráneas, se nutre de plantas, granos cereales, pajarillos y sabandijas. Fácilmente se domestica, y su carne es comida por los labradores de aquellos paises, que tambien se sirven de las pieles para bolsas.

LIRONES.

Hacen en invierno su sueño muy largo y profundo, por cuyo motivo suelen servir de comparacion para denotar los dormilones, sin embargo de no ser los únicos en esta propiedad.

Diferéncianse de los jéneros anteriores por un hopo largo, poblado de pelos en redondo ó en dos franjas, mas gordo hácia la punta; y de la ardilla por la cabeza puntiaguda. A este jénero pertenecen las siguientes especies:

LIRON ROLLIZO Ó COMESTIBLE (*Glis esculentus*).

Este liron, que habita los climas benignos del antiguo mundo, siendo tambien numeroso en la Carniola y otros parajes de Alemania, anida en los huecos de los árboles, salta de rama en rama y hasta de un árbol á otro, duerme por el dia, permanece entumecido por invierno en los referidos huecos y en las quiebras de las rocas, y es muy gordo. En muchas partes se le come cual bocado esquisito. Es quimerista y mordedor, se alimenta de bellota, piñones, huesos

de frutas y semillas, tambien de avecillas ó de los huevos de estas, de escarabajos peloteros y otros insectos.

Recolecta para el invierno gran provision de nueces. Viven juntos por parejas, se ayuntan en primavera, y viven cosa de seis años. La hembra produce de cuatro á cinco hijuelos enteramente desnudos, pero que muy pronto se hacen grandes.

Su mas cruel enemigo es la marta. Su piel es muy hermosa por lo delicada y suave.

LIRON BELLOTERO (*Glis quercinus*).

Parecido al anterior en sus costumbres, es mas chico, de unas cinco pulgadas de largo, con rabo casi de la misma longitud, algo aplanado y punta peluda, la piel rojiza oscura, menos en el vientre, que es blanco, y algo ancho de cuerpo. Se halla en los parajes templados de Europa, y esparcido escasamente por otros mas frios.

LIRON MOSCARDERO (*Glis muscardinus*).

Este ágil animalejo, cuyo cuerpo tiene solo de tres á cuatro pulgadas de longitud, pero con el rabo bien largo, aventaja á todos los jéneros de ratones indijenas por su destreza y bufonescas jesticulaciones. Su color tira á moreno claro ú rojizo, blanquecino en el vientre, pechera y garganta. Se alimenta principalmente de avellanas, por cuya razon los mas habitan entre los avellanares. Tambien les sirven de comida los hayucos, bellotas, semillas y piñas, frutos y huesecillos de otros árboles. Guardan lo que les sobra entre las raices y follaje de los árboles ó en otros escondrijos, para mantenerse con ello en primavera, cuando vuelven de su letargo de invierno.

MUSARAÑA (*Sorex*).

Los animales comprendidos en este jénero tienen dos dientes incisivos en la mandíbula superior, cuatro ú dos en la inferior, á los lados varios colmillitos (con lo cual se apartan ostensiblemente de los demás roedores), y dientes molares armados de carreras de puntas agudas, cinco dedos en las patas delanteras y traseras, la cabeza prolongada rematando en hocico agudo, ojos pequeños y orejas cortas.

MUSARAÑA COMUN (*Sorex araneus*).

Habita en toda Europa, siendo algo menor y mas delgada que el raton casero; tiene una cola cuya longitud es la mitad del cuerpo, color que ordinariamente tira á rojizo oscuro en el lomo, y blanquecino amarillento casi siempre en la barriga. Hacen percibir estos animalejos un sonido claro de silbo ó murmullo, y esparcen de su cuerpo un hedor particular de almizcle ó ajos, por cuyo motivo, aunque los gatos los

maten seguramente á bocados, no los comen. Moran en el campo, entre los follajes de árboles, entre las rocas de las montañas y en las casas, alimentándose de granos, harina, pan, carne, manteca, lombrices de tierra, insectos, etc., y siendo perniciosos en las trojes, graneros, harineros, despensas, bodegas, plantíos de frutales y bosque; pero no son ponzoñosos como se cree en algunas partes.

MUSARAÑA ACUÁTICA (*Sorex fodiens*).

Es algo mayor que la comun, pasa de cuatro pulgadas de largo, y tiene dedos nadadores. Es mas peculiar del agua que la llamada rata acuática, y habita gustosa en los arroyuelos de cascajo limpio. Su privativa morada es en los hoyos abiertos en las riberas entre lajas y matorrales.

MUSARAÑA DE DIENTES BLANCOS (*Sorex leucodon*).

Es de color negruzco-cenizoso por encima, blanco en la panza, con rabo peludo, venta mucho y habita en Alsacia.

MUSARAÑA PICADA (*Sorex rostratus*).

Es muy discernible por su hocico agudo y respingado, habita en las colinas del Cabo de Buena Esperanza, donde, siendo muy molesta en las bodegas, se la persigue de muerte.

MUSARAÑA DIMINUTA (*Sorex exilis*).

Pesa no mas que una ochava, es el menor de los mamíferos, y muy comun en Ienisey, en Siberia.

MUSARAÑA ALMIZCLEÑA (*Sorex moschatus*).

Es de unas diez pulgadas de largo, y trasciende á almizcle por razon del líquido aceitoso que tiene en una lupia glandulosa sobre el rabo. Sus cueros son estimados para guarniciones. Habita en la Rusia.

EL TOPO (*Talpa europea*).

El topo comun, que mora, no solo en los campos, huertos y bosques de Europa, sino tambien en otras partes del mundo, vive absolutamente debajo de tierra, y por sus escavaciones es aborrecido casi generalmente por los campesinos. Tiene de siete á ocho pulgadas de largo, la cabeza muy prolongada atrás, la nariz remangada y delgada, y roma la jeta. El labio superior es doble, y un pellejo sobrepuesto que ciñe los dientes, impide que entre tierra en la boca del topo durante su trabajo de minar. Componen su dentadura treinta piezas, mas parecidas á las de los animales carniceros que á las de los roedores; pues las carreras de dientes del topo constan de perfectos colmillos, y sus incisivos nada tienen de figura de clavo como en los roedores. Los ojos son negros y tan pequeños como

granos de adormidera. Hállase revestido de finísimo pelo negro y afelpado, que si se frota, reluce de blanco. Gusta de los terrenos livianos, y aunque puede nadar, detesta el agua. Su guarida subterránea está distribuida en galerías, unas mas y otras menos profundas. Posee un olfato muy fino y oído perspicaz, á pesar de ser pequeñas sus orejas. Si alguien se acerca al sitio donde trabaja, se retira con levísimo murmullo á la hondura. Atestigua lo esquisito de su olfato el que de lejos ventea su presa y la acecha. Ordinariamente mina la tierra por la mañana, al mediodía y de parte de tarde, con suma frecuencia en primavera. La hembra, en un hoyo que suele tener sobre trece pulgadas de diámetro, y está ingeniosamente revestido de musgo, yerba seca y raicillas tiernas, pare de tres á cinco hijuelos, ciegos y desnudos, á que da de mamar. El topo se alimenta de lombrices de tierra, culebrillas, grillos, escarabajos y abejorros, ya hecho ya en su estado de orugas, y solamente en un hambre estremada apela á las raíces. Por tanto, aunque por sus escavaciones trastorne el asiento de algunas plantas útiles, si se atiende á los muchos insectos y gusanos que estermina, dañosos á los cereales, hay motivo para contarle entre los animales provechosos mas bien que entre los nocivos. Si estos animales se multiplicasen con esceso, no faltarían al hombre medios de acabar con ellos. Los Arabes comen la carne del topo, lo cual entre nosotros no se hace; y los Chinos recojen las pieles afelpadas para emplearlas en la peletería. El pelo se utiliza para sombreros, que salen sumamente finos.

LIEBRE COMUN (*Lepus timidus*).

Este ligerísimo animal, bien conocido de todos, habita la tierra casi toda, exceptuados los países muy cálidos. Es tan inerte como tímido, y sábase salvar solo por su velocidad. Su vista vale poco, pero su olfato y oído son sumamente finos y delicados. Su color puede pasar muy bien por el gris de la arcilla. En los países del Norte y en los altos Alpes hay una variedad blanca, que lo es constantemente en aquellos, pero en estos otros, correspondientes á la Suiza y al Tirol, es blanca solo en invierno. Muchos cazadores distinguen esta liebre, segun los parajes que habita, en liebre campesina, montaraz, silvana y pantanera. La liebre tiene los ojos siempre abiertos, y hasta para dormir apenas los entorna. Ordinariamente se sienta sobre las patas traseras, y brinca retozando consigo y sus semejantes. Conocido es su gran miedo, asustándose con el mero rumor de una hoja ó de otro animalillo, en términos de echar á correr, para lo cual posee una grande elasticidad en sus largas patas traseras. Hay que guardarse de sus agudas uñas y afilados dientes incisivos, pues, en medio de su gran timidez, es tambien iracunda. Si es perseguida, emprende su fuga á las colinas, que trepa muy veloz; pero sus largas patas traseras le hacen dificultosa la carrera cuesta abajo. Su morada ordinaria es en los campos y cerros.

bajos, y despues de la siega se retira muy gustosa otra vez á los zarzales. En primavera, las liebres se alimentan con el verde de los trigos y otras yerbas tempraneras; en estío se comen los granos cereales; mas tarde rebuscan los tablares de coles, berzas y nabos, las huertas sin cercado, etc.; en el invierno, suelen ser muy perjudiciales, porque desentierren las semillas para roerlas apretadas en el mismo sembrado, y por el ramoneo que hacen de los arbolillos tiernos. Se propagan extraordinariamente, haciendo al año dos, tres y hasta cuatro crías, de dos, tres ó cuatro hijuelos, que nacen con los ojos abiertos y maman de la madre veinte dias. Su carne es entre nosotros estimadísima, y en otoño se pone muy gorda; pero los mahometanos no la comen, y en Rusia la desdeña hasta el vulgo. La piel de la liebre entra en el tráfico de peletería y es tambien empleada para sombreros finos. Sus grandes perseguidores son el hombre, los perros, lobos, zorros, linceas, gatos, buhos, cuervos, etc.

EL JERBO (*Jaculus jerboa*).

El jerbo, que con sus muchas variedades habita cerca del rio Volga, en la Tartaria, y hasta en lo interior de la Siberia, tiene muy cortas las patas delanteras y muy largas las traseras, sobre las cuales marcha, ó mas bien salta siempre derecho. Con las delanteras coje su alimento y se abre los hoyos. Sus orejas se parecen á las de la liebre, su larguísimo y arqueado rabo termina en un recio mechón, que da al animal un aspecto singular en la postura levantada. Ahuyentado de alguna parte, va increíblemente lijero, dando saltos de dos á tres varas como si volase. Solamente al trasponer el sol se retira el jerbo á la cueva, en la que, con su pasto sacado de los granos, yerba y toda suerte de raices, dispone tambien algunos montoncitos. Los Calmucos y Tártaros tienen pasión á la carne del jerbo.

CONEJO (*Lepus cuniculus*).

Este conocido y bonito animal, sumamente parecido á la liebre, de la que se diferencia solo por su menor tamaño, costumbres, orejas desprovistas de pelo á modo de cucharas, y por sus patas traseras mucho mas cortas, mora en los países calientes y templados de Europa, Asia y Africa, sin poder abso-

lutamente soportar los frios. Hay conejos campesinos y caseros: aquellos tiran á pardos, estos á blancos, negros, oscuros, rubios y abigarrados.

Gustan de terrenos arenosos, donde hay ribazos y cuevas, y de vivir reunidos; pero cada par habita su propia madriguera subterránea, cuyas avenidas al salir tapan con tierra escarvada, para que no se las descubran. Tienen de comun con la liebre la vista débil, el oído y olfato finos, la marcha igualmente á saltos y botes como aquella, pero nunca tan veloz ni prolongada. Por su abundantísima propagacion se convierten á veces en azote del país, apesar de la estima con que se busca para comer su carne, caza que tambien se suele hacer por mero recreo, y para contener algun tanto su multiplicacion. Tienen por enemigos la raposa, gatos, marta, comadreja y aves de rapiña. La piel se usa para forros, el pelo para sombreros y ciertos avíos.

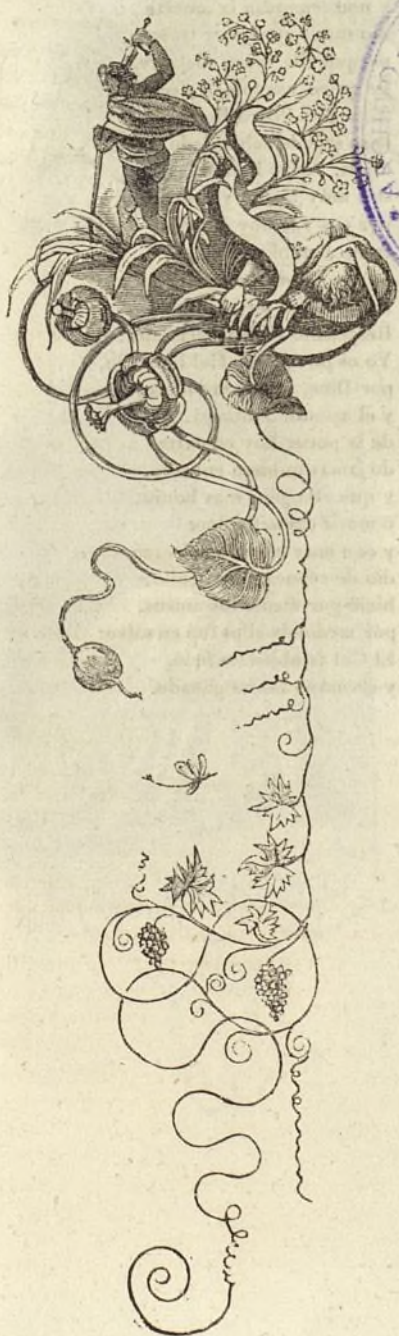
EL CONEJO DE ANGORA (ciudad de la Anatolia), ó LIEBRE DE SEDA (*Cuniculus villosus*).

Mora en dicho país del Asia Menor, de donde toma el nombre, aunque tiempo ha se halla difundido ya por Europa, y hasta en las comarcas septentrionales de esta. Adáptase muy bien á nuestros climas, y nos proporciona grandes ventajas por su pelo extraordinariamente blanco, fino y algo lustroso. Cuanto mejor y mas profusamente se les da de comer, mas rico pelo dan. El corto y crespo sirve para sombreros singularmente vistosos, botines y guantes; el largo es hilado y trabajado en todo jénero de telas. Su carne verdaderamente es comestible, pero hácela repugnante un gusto dulzacho. Prosperan mejor que en parte ninguna en los establos empedrados y cubiertos de paja, donde se les hagan casillas de madera, cuidando tambien de guardarlos del frio y de la humedad. Se les ceba igualmente que á los conejos domésticos. Comen con grande ansia la avena y salvado amasados con agua, lo mismo que el pan. La hembra tiene cada cinco semanas de tres á seis hijuelos. Se les peinan las lanas cada catorce dias, y se les esquila de siete en siete semanas. Cada animal da anualmente unas seis onzas de pelo, y si es macho castrado, una buena libra, que se vende al precio de dos á tres duros.

(Se continuará).

ROMANCES DEL CID.

ROMANCE XXXIII.



a que acabó la vijilia
aquel noble Cid honrado,
y dejó á doña Jimena
y á sus dos hijas llorando:
á la vista de san Pedro
en un espacioso llano
dijo con grande denuedo
á los que le están mirando.
Quinientos fidalgos sois
los que me heis acompañado,
á quien no diré lo mucho
que os obliga el ser fidalgos;
pero pues que me destierra
el rey por injustos casos,
faced, cuenta mis amigos,
que todos is desterrados,
y que han de guardar mi honra
vueso valor y mi brazo;
y aunque el rey ha sido injusto,
no lo han de ser sus vasallos
antes derramar la sangre,
por vencer á los contrarios.
Todos responden: Buen Cid,
vueso hablar es escusado,
pues basta que nos mandeis
para quedar obligados.
Por tierras de moros entran
muchas batallas ganando,
rindiendo muchos castillos,
y reyes atributando.
Tanto pudo el gran valor
de aquel noble Cid honrado,
que en poco tiempo conquista
hasta Valencia llegando,
donde alcanzó gran tesoro,
y un gran presente ha enviado
al ingrato rey Alfonso
de cien hermosos caballos,
todos con ricos jaeces
de diferentes bordados,
y cien moros que los llevan
de las riendas, sus esclavos,
y cien llaves de las villas
y castillos que ha ganado,
y tambien al rey envia
cuatro reyes sus vasallos:
aqueste presente lleva
Ordoño su gran privado.

ROMANCE XXXIV.

Por aqueste rey Alfonso
el buen Cid es desterrado,
caballeros van con él
treientos, son fijosdalgo,
ganó el buen Cid á Alcocer,
ese castillo nombrado,
los moros en él lo cercan
con todos sus allegados.
No salen á la batalla
por ser muchos los paganos:
aquese buen Alvar-Fañez,
que de Minaya es llamado,
á las compañías del Cid
así les está hablando:
Amigos, salidos somos
de Leon, ese reinado
do tenemos nuestras tierras,
hasta aquí somos llegados,
menester es el esfuerzo
de que sois tan abastados,
que á non lidiar con los moros,
comemos pan mal ganado.
A ellos salgamos luego,
firámoslos denodados,
que así ganaron la honra
los nuestos antepasados.
El Cid le dice, Minaya,
vos fablais como esforzado
y como buen caballero,
que lo sois, y muy honrado.

Mostrais bien que descendeis
de buen linaje estimado,
y que non perdieron honra,
antes siempre la han ganado,
y non temieron la muerte
nin sufrir cualquier trabajo,
porque ella fuese adelante,
de quien vos tomáis dechado.
Y luego á Pedro Bermudez,
la su seña le habia dado,
dijole: Pedro Bermudez,
sois muy bueno y esforzado,
por eso vos doy mi seña,
como á noble fijosdalgo,
no aguijeis con ella mucho
hasta ver el mi mandado.
Respondió Pedro Bermudez:
Yo os juro, buen Cid honrado,
por Dios, trino verdadero,
y el apostol Santiago
de la poner hoy en parte
do jamás hubiera entrado,
y que ella gane mas honra,
ó morir como fidalgo:
y con muy crecido esfuerzo
dió de espuelas al caballo,
hirió por medio los moros,
por medio de ellos fué en salvo:
El Cid tambien los firió,
y el campo los ha ganado.



ROMANCE XXXV.



entirosos adalides,
que de las vidas ajenas
guisais plato para el gusto
de muchas sordas orejas.
Fidalgos de Villalon,
caballeros de Valduerna,
homes buenos de Villada,
y cristianos de Sansueña.
Escuchadme, si sincáredes
con memoria, que mis quejas
son fijas de vuestro agravio,
y de vuesa culpa nietas.
Yo soy el Cid Campeador,
que finco sobre Consuegra,
tan humilde al rey Alfonso
cuanto á mi doña Jimena.
Yo soy aquel que mis armas,
toda la semana entera,
non se quitan dos vegadas
del cuerpo que las sustenta:
y el que en las batallas crudas,
con mi lanza y mi ballesta,
soy el primero de todos,
y que non duermo en las tiendas;
non fago tuerto á los mios,
maguer facerlo pudiera;
antes les entrego junto
los haberes y tenencias.
Peleo con la tizona,
non ofendo con la lengua
por non imitar con ella
á las mal fabladas fembras.
Como en el suelo, por falta
de las levantadas mesas,
y por postre tengo asaltos,
que son frutas que me alegran.
Non desentierro las vidas
de home bueno ó mujer buena,
nin digo si fué fidalgo,
nin si ha pechado ó si pecha.
Non trato sobre comida
de facer á nadie ofensa,
si non de si han apretado
bien las cinchas á Babieca.

Non me acuesto imaginando
con mentiras quitar tierras;
si acaso puedo, las gano,
y si non finco, sin ellas:
y conquistando un castillo,
fago pintar en sus piedras
las armas del rey Alfonso,
y yo humillado par dellas.
Lloro cuando estoy á solas
la mi consorte Jimena,
que finca cual tortolilla,
sola y triste en tierra ajena,

que maguer es tierra suya,
tiene enemigos muy cerca,
que pues lo son de su esposo,
¿quién duda lo serán della?
Pido justicia, y mis voces
cuido fasta el cielo llegan,
que como son voces justas,
no dudo que llegar puedan.
Aquesto escribe Rodrigo
á los Condes de Consuegra,
á los fidalgos y ricos,
sin honor y sin hacienda.



ROMANCE XXXVI.

Cercada tiene á Valencia
ese buen Cid Castellano,
con los moros que están dentro
cada día peleando:
muchos ha muerto y prendido,
y á otros ha cautivado:
al real del buen Rodrigo
un caballero ha llegado,
Martin Pelaez ha por nombre,
Martin Pelaez, asturiano:
muy crecido es en el cuerpo,
en los miembros arreciado,
aques de buen donaire,
pero muy acobardado;
halo mostrado en las lides
y batallas do se ha hallado.
Mucho le pesó al buen Cid
cuando lo vido á su lado;
no es para vivir con él
hombre tan afeminado.

Un día entrara el buen Cid,
y con él los sus vasallos,
en batalla con los moros,
pelean como esforzados.
Allá va Martin Pelaez,
bien armado y á caballo,
antes de dar el torneo
al real habia tornado.
Fuése para su posada
cubierto y disimulado:
en ella estuvo escondido
hasta que el Cid ha tornado:
dejó muertos muchos moros,
á ellos ganara el campo.
El Cid se sentó á comer,
como tiene acostumbrado,
solo en su cabo á una mesa,
y en el su escaño asentado,
y en otra sus caballeros,
los que tiene por preciados.

Con aquestos nadie come
si no son los afamados,
ansí lo ordenó el buen Cid,
por facerlos esforzados,
y que cada uno procure
facer fechos estimados.
Para comer á la mesa

de Alvar-Fañez y su hermano,
bien cuidó Martin Pelaez
que non vió el Cid lo pasado.
Luego las manos se lava,
á la mesa se ha sentado
donde está don Alvar-Fañez
con la compañade honrados.

ROMANCE XXXVII.



solas le reprende
á Martin Pelaez el Cid,
que las faltas de los buenos
á solas se han de reñir.
Dícele con rostro airado:
¿Es posible que fuir
pueda un hombre siendo noble,
por temores de una lid?
Y mas vos, siendo quien sois,
 viniendo de do venís,
que cuando fincárais muerto,
os fuera honroso el morir.
Levantéme de la mesa
do bocado no comí,
que buena pro me tuviera
cuidando en él que vos ví.
Atended lo que vos digo,
y non cuideis en fuir,
porque fuyendo afrentades
á vuesa honra y á mí.
Si me dades por disculpa

decir que visteis venir
 mucha multitud de moros,
 non la quiero recibir.
 Entraos en relijion,
 á donde podréis vivir
 sirviendo á Dios, en las guerras
 non sois para lo servir.
 Pusiéraisvos á mi lado,
 que pudiera ser que allí
 se vos quitara el pavor
 y vuestas menguas cubrir.
 Salid esta tarde al campo;

que quiero ver si sufris
 mas que os afrenten mil homes
 que quedar muerto en la lid.
 Y podrá ser quedeis vivo,
 que yo tenga de ir allí,
 y veré lo que facedes,
 y si de honra sentís.
 Con esto Martin, á Dios,
 que habeis de yantar sin mí
 fasta que traigais cobrado
 el honor que yo vos dí.

COSTUMBRES.

El serrallo del bajá de Vidin.

En los últimos dias del mes de julio de este año, partí de Constantinopla para volver á Londres, en el paquete de vapor *Fernando P.*, que subia por el Danubio. El vapor tiene para mí un atractivo inesplorable, desde que ví en los Estados-Unidos, en el Ohio, una fonda en que todo, hasta el mismo huésped, era puesto en movimiento por este singular *motor rerum*, tan parecido al humo. En el estado de Ohio, el vapor lleva los equipajes de los viajeros á los cuartos que se les han destinado, el vapor cepilla su ropa, lustra sus botas, limpia los cuchillos y la vajilla, arregla los cuartos, sirve á la mesa, cuece los manjares, enciende la lumbre, llama para comer, parte la leña, etc., y hasta lleva los extranjeros á paseo. El vapor desempeña aun otras funciones, reputadas pura y sencillamente humanas hasta ahora; pero esta materia nada tiene que ver con el objeto que me he propuesto.

Yo no exijia tanto del vapor el *Fernando P.*: con tal que me llevase de Silistria á Vidin, ciudadela inespugnables de la Bulgaria, le eximia de todos los demás fenómenos que es capaz de producir en América. Durante el viaje se nos agregó una señorita griega de Pera, la cual iba á Belgrado, y me informó de algunas particularidades tan curiosas acerca de la vida actual de las Turcas afrancesadas, que una parte de la travesía la pasé sin casi advertirlo. La señorita Lampugnani (pues tal es el nombre de mi compañera de viaje), la cual es miembro corresponsal de la sociedad de literatas de Bucarest, por haber publicado una traduccion de las obras de lady Montague y de Jorje Sand, me divertia singularmente con su entusiasmo por Mahamud y sus reformas. Para ver la

Turquia acababa yo de aprovechar el momento en que todavía contiene Turcos; habia visto la espirante grandeza de los Osmanlis, luchando por todos lados con las usurpaciones del autócrata: habia observado con dolor aquel miserable disfraz que ni es europeo ni oriental, aquel ridículo *fez*, aquel capote en forma de saco, y aquella infantería de línea, que un peloton de guardia nacional dejaria corrida en cuanto á táctica; solo me faltaba asistir á los funerales de las costumbres del serrallo, de aquellos usos encantadores que han producido las *Mil y una Noches* (1), pero que no producirán ya mas que ataques contra el matrimonio; y una Griega, una hija de Helena y de Aspasia, era la que se encargaba de preparar mis clásicos recuerdos en aquel entierro.

No es mi intencion describir en este lugar el estado de degradacion en que se halla el imperio otomano: el tiempo sobrado corto de mi permanencia en la capital de los sultanes, me ha impedido cojer los colores mas vivos de este cuadro, que á cada momento van aumentando su energía. Pero lo que me ha sido fácil comprender, es que la inmensa poblacion cristiana del imperio turco, superior en número á la parte verdaderamente mahometana, la cual se halla dividida en muchas sectas rivales, y mira con ceño todas las demás relijiones, solo aguarda el instante propicio para impulsar con su influencia, sus riquezas y su fuerza material los proyectos de la Rusia sobre

(1) Esta obra curiosa y entretenida, traducida al español, está próxima á ver la luz pública en esta ciudad, en la imprenta de los editores de este periódico, adornada con mil y seiscientas láminas preciosas.

Constantinopla. ¡Cuán importante papel está reservado á las mujeres en aquella grande obra de la política! Del lado del Asia van minando lentamente el gobierno de Mahamud las razas árabes que se aprovechan de la desmembración progresiva para volver á aparecer con su superioridad y su independencia nativa, ya atrincherándose en su nacionalidad, ya tomando partido á favor de Mehemet Ali (1). Allí, no obstante, nada ó muy poca cosa les tocará á las mujeres hacer en la próxima revolución. En el corazón del imperio de Mahamud, en las provincias europeas, allí en donde existe el radicalismo otomano, aquella raza de Turcos viejos, allí es donde los ataques dados á las costumbres domésticas, á las tradiciones de familia y sobre todo á los usos del serrallo, allí es donde aquellos ataques producen un descontento sombrío y febril. Si Nicolás no ha reemplazado todavía á Mahamud en el trono de los Osmanlis, no debe buscarse la causa de esto ni en la fuerza de los tratados ni en el amor de los Turcos á Mahamud, sino en la nacionalidad musulmana que forcejea debajo las reformas del sultán con una fuerza vital que retardará aun por largo tiempo su completa destrucción. Los puritanos de que estamos hablando, verdadero lado izquierdo ó derecho, lejitimistas obstinados ó austeros republicanos, como quiera considerárseles, de la oposición finalmente, han conservado religiosamente su ancho turbante de cachemira ó de muselina, el traje talar, las incómodas babuchas, los chales en forma de aspa, en el cinto las pistolas con rastrillo de plata, y al lado el formidable *damasquino* con su puño guarnecido de pedería. Estos son los que pasan aun con orgullo la mano por una barba desmesurada, se embriagan con opio, duermen al sol, creen en el fatalismo y en la peste, y miran con una sonrisa que da miedo á los profesores de música, de baile y de esgrima que desde la mañana hasta la noche recorren las calles de Pera para ir á dar lecciones á los elegantes reformadores del imperio otomano. Imposible les fuera á esos hombres convenir en que el serrallo es una quimera, el eunuco negro una superfetación, y la pluralidad de mujeres un ultraje á la moral pública. Todo esto me iba demostrando la señorita Lampugnani con una elocuencia digna de mejor causa.

Cuando dos mujeres se encuentran en un viaje, sobre todo si es en puntos distantes, quedan desde luego unidas con lazos mas estrechos que los hombres. Una especie de conformidad en el modo de ver y juzgar, peculiar á nuestro sexo, la precision de asociarnos y favorecernos mutuamente á causa de muchísimas necesidades que se hacen mas íntimas y apre-

miadoras, lejos de nuestros hogares, y que nuestros enemigos son incapaces de comprender; el sentimiento de nuestra debilidad, que hace mas evidente una vida nómada y una mudanza costosa; aquella especie de comezon que sentimos por comunicar nuestras impresiones acerca de una infinidad de particularidades sociales que nunca echamos de ver en nuestra patria, y que llaman nuestra atención en otros pueblos, en fin, el espíritu de cuerpo, ó mejor de sexo, tan poderoso en las mujeres; todas estas razones hacen nacer prontamente entre nosotras una intimidad, pasajera, si se quiere, pero bastante franca. El amor no viene á oscurecerla con sombríos celos, y todas las rivalidades se borran delante del peligro común. Por todas estas razones fuimos bien pronto la señorita Lampugnani y yo tan amigas como cabe serlo á bordo de un vapor que navega por el Danubio, y acabamos declarándonos recíprocamente que ambas nos moríamos de ganas de ver un serrallo. Mi compañera habia pasado seis años y yo seis semanas en Turquía, sin que una ni otra hubiésemos podido satisfacer tan legítimo deseo. Madama Stael ha dicho en alguna parte: «que en la disipación manifestamos tanta exactitud como en las ocupaciones, y que perdemos el tiempo tan metódicamente como lo empleamos.» Tal habia sido la vida que habíamos llevado, no solo á bordo después de nuestra salida de Constantinopla, sino tambien durante nuestra permanencia en aquella ciudad; las dos habíamos olvidado aquello que mas debia interesar nuestra curiosidad ó nuestros sentimientos. Esta semejanza no fué seguramente el motivo menos poderoso de nuestra amistad.

Habia por otra parte entre los pasajeros un sujeto muy orijinal que aumentó nuestro entusiasmo por las damas turcas; era este un médico judío, de la tribu de los Karaitas, que habia curado á Husein, bajá de Vidin, de un violento ataque de gota, y que volvia á ver al bajá, porque habia caído enfermo nuevamente y reclamaba los auxilios de su singular médico. Los Karaitas llevan este nombre de la palabra *kara*, que significa *escritura*, á causa de su adhesión á la letra de la Biblia; pues desprecian el Talmud y demás obras rabínicas. El jefe de su tribu reside en Crimea, en la cumbre de un peñasco, cerca de Sebastopol, en un alcázar inaccesible. Espulsados de España en el siglo doce por los Rabinistas, se hallan actualmente diseminados y en gran número en Turquía, la Siria, el Cáucaso, la India, el Egipto, la Rusia y el Austria, encontrándose tambien en las fronteras de la Polonia y de la Lituania. En 1791, intentaron establecerse no lejos del Vístula, pero definitivamente se fijaron en Crimea. En el Gran Cairo poseen una biblioteca, célebre por los manuscritos árabes, y una sinagoga, que se considera como la primera reunion judía de esta especie, después de la destrucción de Jerusalen por Tito. Sus doctrinas recuerdan las de los Saduceos, de los cuales son probablemente una viva continuación. Como carecen de lapresores, sus ma-

(1) Creemos escusado advertir á nuestros lectores que este artículo fué escrito antes de los últimos sucesos de Oriente; pues ya habrán echado de ver por su mismo contexto que cuando nuestra amable viajera consignó estos interesantes recuerdos, aun estaba sentado en el trono de los Osmanlis el padre del actual sultán, y estaba boyante la causa del bajá de Egipto.

nuscritos son tenidos entre ellos en mucho aprecio. Estos libros pasan por una copia inmediata de los escritos de Moisés, y cada uno de los miembros de la sinagoga del Cairo tiene obligacion de transcribir, á lo menos una vez en su vida, un determinado número de pájinas en beneficio de la biblioteca de la tribu.

Fácilmente se concibe cuán heteróclito y burlesco debía de ser todo lo que dijo aquel hombre acerca de la educacion de las Turcas. Diéron á entender que el bajá de Vidin era un musulman novador; célebre, no solo por el importante papel que habia hecho en las primeras tentativas de Mahamud para emancipar el imperio de la media luna, sino tambien por la deplorable facilidad con que impele al bello sexo de su pais por la senda de una reforma social harto precoz.

Husein, bajá de Vidin, es realmente uno de los hombres que mas han contribuido al extraño espectáculo de que en la actualidad es teatro el imperio de Otman. Ya es sabido que la oscuridad del nacimiento y lo humilde de la condicion constituyen en aquel singular gobierno, al contrario de lo que sucede en las otras naciones, el medio mas seguro de llegar á la fortuna; las violencias que de continuo comete el divan, elevan al favor del soberano á personas desconocidas con tanta mas rapidez, en cuanto aquellos atropellamientos van siempre á herir lo mas ilustre del pais. Simple jenizaro, Husein, habia ascendido á agá, cuando en el reinado de Selim, desgraciado predecesor de Mahemud, el amor fué á sacarlo de su cuartel para convertirle en un personaje de distincion. En el tierno Racine, los atractivos de Bayazeto sedujeron á Rojana; y los atractivos de Husein fueron tambien aquí los que avasallaron el corazon de la sultana favorita de Selim. Al advenimiento de Mahamud, Husein, recomendado por las mujeres, fué elevado á la dignidad de gran visir.

Revolvía ya Mahamud en su imaginacion el atrevido proyecto de destruir á los pretorianos de Constantinopla; Husein se aprovechó de su nueva dignidad para convertir en utilidad propia aquella medida política, y se hizo el instrumento de ella. No tardaron los jenizaros en saber el golpe que les amagaba; así que, el 10 de junio de 1826, se reunieron tumultuosamente delante del palacio del sultan, pidiendo con gritos feroces la cabeza del gran visir y las de los cuatro principales miembros del divan; pero como Husein y Mahamud no se mostrasen dispuestos á complacerles, se retiraron en desórden al *At-Meidan*, ó hipodromo, y volcando sus marmitas, se declararon en insurreccion abierta contra el gobierno. Es sabido que las marmitas (*Kazanes*) de los jenizaros eran unos calderos de cobre en que estos soldados hacian cocer el arroz, y que tenian depositadas en una tienda particular, como los estandartes de los cuerpos. Cuando las marmitas estaban volcadas, tiradas fuera del cuartel ó colocadas al través del camino

del campamento, esto indicaba que aquellos señores deseaban un cambio de ministerio, ó mas bien, una especie de estrangulacion de dinastia.

En aquella situacion crítica, no perdió Mahamud su serenidad; acudió desde luego al espantajo ordinario de los pueblos sublevados, á la religion, y mandó á un mufti que anatematizase á los rebeldes. Mas, segun parece, los jenizaros habian estudiado la filosofía del siglo diez y ocho, porque se mofaron del estandarte del profeta. Mahamud, puesto en el último apuro, se dirigió resueltamente, y en compañía de Husein, á los cuarteles del *At-Meidan*, donde se habian atrincherado los amotinados. El visir hizo embarcar en el Bósforo los *tosphis* ó artillería nuevamente formada, tropa bisona que solo anhelaba destruir á los jenizaros para reemplazarlos. Atacóse á los insurreccionados por el flanco, y se les hizo un horrible destrozo con la metralla. Los cuarteles se incendiaron; y á fin de librarse de las balas y del incendio, probaron algunos jenizaros de abrirse paso al través del cerco de bronce y de fuego que les devoraba, pero en vano. Doce mil cadáveres atestiguaron que Mahamud era un gran príncipe, y su visir un excelente ministro.

Dueño Husein del campo de batalla, fué á instalarse en el hipodromo. Continuóse dando caza á los jenizaros; sus cabezas fueron sucesivamente clavándose en las paredes del divan, y no tardó en quedar enteramente cuajada aquella asquerosa muralla. La matanza duró muchos días. Un empleado de la embajada rusa, testigo ocular, me contó que habia visto bajar del hipodromo al Bósforo algunas carretadas de cabezas cortadas, que arrojaban al mar porque no cabian ya en las paredes del edificio. Aun mucho tiempo despues de aquella sangrienta época, ningun habitante de Constantinopla queria comer el pescado cojido en la rada.

El golpe de estado de Husein elevó su favor hasta un grado inmenso. Nombrado jeneralísimo de los ejércitos turcos, cuando la invasion del imperio por los Rusos en 1828, se distinguió por la defensa de Schumla y detuvo los progresos de Diebitsch. En 1832, fué opuesto en la Siria á Ibrahim bajá; pero la fortuna le fué contraria. Derrotado por los Egiipcios, tuvo que entregar su mando á Reschid bajá, el cual sin embargo no logró poner en mejor estado los negocios de la Puerta; pues Ibrahim lo hizo prisionero. Entónces fué cuando se concedió á Husein, en calidad de retiro, el bajalato de Vidin, donde su mayor gusto consiste actualmente en hospedar á los viajeros de distincion que suben ó bajan por el Danubio para ir ó volver de Oriente. Los Ingleses sobre todo poseen el don de agradarle, los recibe muy obsequiosamente, les manda servir el té, les comunica las noticias de Francia, se compadece de los Polacos, habla de Luis Felipe, llora á Napoleon, y se suscribe á todos los *keepsakes* (1) de Londres, con tal que los

(1) Libros para agüinaldos que se publican en Inglaterra,

editores hayan puesto una vista del Bósforo ó una ruina de la Siria. Pero la circunstancia que mas recomienda al bajá es sin disputa la de que no tiene reparo en enseñar á los curiosos su haren revolucionario, en el cual se consuela de no poder reformar los serrillos del imperio. No pudiendo degollar jenizaros, civiliza mujeres. Es á un mismo tiempo el jacobino mas infatigable y el mas cortés sansimoniano del islamismo.

He aquí pues el personaje al cual íbamos la señorita Lampugnani y yo á suplicar humildemente nos permitiese visitar un serrillo oriental. La señorita Lampugnani, que hablaba perfectamente el turco, le hizo saber que una señora inglesa de la cual se habia hecho intérprete, ansiaba hablar un momento con su interesante familia. Nuestro Karaita fué el portador del mensaje. Uno de sus correligionarios, un Saduceo, era casualmente á la sazón secretario particular de Husein; así fué que inmediatamente alcanzamos el deseado firman. Nos dispusimos para aquella entrevista con una alegría infantil, verdaderamente ridícula.

El secretario particular, que se esplicaba en malísimo italiano, nos estaba aguardando en casa del director de la aduana. Al descubrirnos, se quitó muy cortesmente la gorra.

«Señoras, nos dijo, su alteza ha quedado sumamente lisonjeado por la afectuosa solicitud con que Vds. le honran. En este instante sus tres esposas están á paseo y cojen granadas en los jardines del serrillo, pero se han enviado algunos negros que las avisen, y no tardarán en estar de vuelta.»

Esta arenga, del gusto de una ópera cómica, nos pareció en extremo agradable. El secretario abrió la marcha con la misma gravedad que si anduviera leyendo el Talmud. Llegamos, siguiéndole, á la ciudadela, cuyos hornabeques circuyen el palacio de Husein. Despues de haber atravesado patios inmensos y largas galerías, en las cuales los negros, eunucos, juglares y todo el pueblo mudo de los serrillos, estaban ordenados en filas como sombras, y nos miraban cual si fueran momias, llegamos á la sala de audiencias ó al divan del bajá. Allí, al extremo de un sofá, junto á la ventana, estaba Husein, el ilustre destructor de los jenizaros, sentado con las piernas cruzadas debajo del cuerpo, y contemplando al través de la persiana los majestuosos rodeos del Danubio, sirviéndose para ello de un anteojo de teatro, primer testimonio de civilizacion europea.

Era este un noble anciano, vestido enteramente á la usanza turca, á escepcion del fez, cuyo uso es histórico para aquel grande hombre. Sustituyó el fez al turbante el dia mismo de la batalla del hipodromo en que holló con los piés este gorro sedicioso, en presencia de los jenizaros, y lanzando las mas horribles im-

adornados con láminas magníficas, en que trabajan los artistas mas aventajados.

precaciones. El bajá ajitaba con una mano un magnífico abanico de plumas de garza real, con el cual espantaba las moscas que acudían al derredor de él, y con la otra iba pasando las cuentas de un rosario de madera de la Meca, adorno indispensable para todo musulman de alguna distincion. Husein me pareció un viejo de unos sesenta y cinco años, de lo que inferí que la derrota de los jenizaros debió de acontecer cuando él se hallaba hácia la mitad de su vida, en aquella época en que han llegado regularmente á su colmo las fuerzas físicas y morales. Su rostro, de un amarillo muy subido, muy semejante al color de la vuelta que se ponía antiguamente en las botas, está muy lastimado de las viruelas; pero sus ojos respiran la enerjía y las pasiones. La anchura de su barba, perfumada y cortada con esmero, no ha contribuido poco á darle un exterior agraciado. Su cuerpo es sumamente repleto; pero como la etiqueta musulmana no permitia al bajá levantarse, ni siquiera descruzar las piernas, aun en presencia de una señora, me fué imposible determinar con exactitud su dimension. La amabilidad de Husein no se desmintió durante nuestra entrevista; dispensóme del beso que cuantos nos acompañaban debían aplicar en su temible mano, rasgo de galantería que me lisonjeó en extremo, porque el recuerdo de los jenizaros me hacia apreciar todo su valor.

En frente del sofá habia colocadas varias sillas; así que me hube sentado, dirijí algunas miradas curiosas en derredor mio. Todo un lado del salon estaba ocupado, segun el uso oriental, por uno de aquellos largos divanes que corren de una pared á otra; este era el lado de las ventanas. Los dos ángulos son mirados como los asientos de preferencia; el rasgo es allí mas rico, y los bordados de las almohadas sobresalen respecto del fondo jeneral de aquel mueble. Los demás muebles se componian de verdaderos canapés franceses, cubiertos de un rico damasco y de tapices de Persia amarillos y de color de púrpura. El techo estaba pintado y dorado al estilo turco, y hermoseaban las cornisas algunos paisajes al fresco, que representaban puntos de vista de Constantinopla y del Bósforo, en los cuales se hallaban regularmente violadas las leyes de perspectiva y las reglas del colorido y dibujo. Veíanse en el fondo de la sala dos filas de servidores en pié y descalzos, y sus chinelas estaban amontonadas fuera, junto á la puerta.

Principió la conversacion: la señorita Lampugnani lució sus conocimientos en el idioma turco con tal gracia que arrancó al bajá frecuentes sonrisas; en aquellos instantes cualquiera hubiera dicho que ardian dos llamas debajo de los arrugados párpados de Husein; era un viejo pecador. Nuestra conversacion, en la cual el dragoman se reservó todos los gastos como tambien todas las ventajas, versó únicamente sobre los lugares comunes que se acostumbra en tales casos. Husein nos preguntó qué edad teníamos; pregunta verdaderamente oriental.

—La edad de las rosas, contestó enigmáticamente la señorita Lampugnani.

A estas palabras, la fisonomía del viejo visir tomó una expresión misteriosa: hizo una seña, y al momento nos sirvieron algunos frascos de la famosa esencia que el bajá nos entregó por sus propias manos, asegurando á la señorita Lampugnani que era la mejor de Turquía, y que suplicaba á las señoras de Londres vinieran á decirle un día qué tal les había parecido. Esta cortés recomendación me agradó sobremanera; pues estoy persuadida de que algunas Inglesas serían capaces de dejar el West-End (1) solo para ir á recibir de manos del bajá algunos frascos de un perfume tan peregrino. En aquel momento, el judío karaita, que hasta entonces había permanecido oculto detrás de un gran vaso de porcelana de la China, se acercó respetuosamente al bajá y examinó el pulso de su alteza, con toda la gracia de un médico parisiense. Parecía que nuestra presencia había dado un poco de calentura al inflamable anciano. El doctor nos previno que se iba á abreviar la ceremonia, porque el bajá temía un ataque de gota. Esto significaba que había llegado la hora de tomar el café. Cuando ya no se sabe qué decir en una visita turca, se toma café entonces; cada uno, mientras vacía la taza, se dispone para la despedida, y aguja con el licor su ingenio para separarse con urbanidad.

Vimos pues entrar un criado trayendo por las asas una especie de cubeta, cubierta con un velo con ricos falsaláes; levantado el velo, vimos un magnífico servicio esmaltado de Persia, incrustado de diamantes y de una forma elegante, con platillos de oro. Un esclavo negro echaba el café en las tazas, las cuales eran llevadas á los convidados unas tras otras, y cada una por un criado diferente. La etiqueta exige que uno se abstenga de beber la taza entera, y como el licor era excelente, la alejaba con disgusto de mis labios; cuando se verificó un movimiento extraordinario entre los sirvientes que formaban la hilera de delante de la puerta. La causa había sido el volver de paseo las mujeres del bajá. Mas cortesés que Luis XIV, no habían querido hacerse aguardar.

Confieso francamente que mi pecho sintió una leve emoción, cuando me ví tan cerca de entrar en intimidad con personas de mi sexo, cuyas costumbres, hábitos, idioma, ideas, y hasta el traje, se distinguen tan esencialmente de cuanto venios en medio de las poblaciones cristianas. Las tres esposas de Husein, llevadas en carros árabes y precedidas de una especie de picador negro, entraban en aquel instante en el patio principal del serrallo, y se apeaban junto á la escalera de la galería. Nuestra comitiva se dirigió hácia aquella parte del edificio. El negro saltó de su caballo, subió con presteza algunos escalones, y nos hizo un horrible visaje para indicarnos que le siguié-

ramos. Este era el jefe de los seis eunucos dependiente del serrallo, y el personaje mas importante de aquel establecimiento. Bajo los auspicios de aquel alto funcionario, fuimos introducidas en un edificio paralelo á aquel de que acabábamos de salir, y que está ocupado por las habitaciones de las mujeres. Acordéme involuntariamente de Lalla Rook, y de las baladas de Tomás Moore. La primera criatura humana que se ofreció á nuestras miradas en aquel lugar sagrado fué una criadita, cuyos dedos, cubiertos de sortijas, preparaban el té á la inglesa, con tortas de manteca, cual se hiciera en una reunion de familia. ¡Qué desencanto! Una persona cubierta con un velo desapareció al acercarnos nosotras. Esta antecámara era notable por una infinidad de jaulas doradas que colgaban del techo, y en las cuales cantaban algunos canarios. Pero lo que acabó de contradecir á Tomás Moore y á Lalla Rook, fué un magnífico piano de cola, de la fábrica de Pleyel, que ocupaba singularmente su lugar entre un haz de armas egipcias y un surtidor construido en medio del aposento al estilo chinesco. Mi imaginación poética estaba en tortura.

El serrallo no estaba amueblado enteramente como el salon del bajá: los divanes me parecieron algo mas bajos; estaban todos desocupados, á escepcion de uno en que se veían acurrucadas é inmóviles en dos hileras las bailarinas de la casa; porque en Turquía todas las casas tienen sus bailarinas, lo mismo que en Londres su *frega-suelos* (1). Las bayaderas de Husein eran jóvenes, de corta estatura, de fisonomía alegre, y llevaban basquiñas de tisú de oro y de plata como las bholeras de los teatros españoles, pero iban descalzas y con anchos pantalones. Habían teñido sus párpados de negro, y aquel círculo lívido que rodeaba sus ojos daba á sus rostros una expresión muy extraña, pareciéndome que esta circunstancia debía caracterizar tambien sus bailes. No me equivocaba; el eunuco nos rogó que nos sentáramos, y empezó el baile.

Permitaseme hacer en este lugar una observación acerca de las ideas, jeneralmente equivocadas, que se tienen en Europa de las bayaderas de Oriente. Ha circulado en Londres la noticia de que los Parisienses habían recibido un cargamento de aquella mercancía en muy buen estado; pero á pesar de los seguros marítimos, esto es imposible. La verdadera bayadera, la *nautch* del Ganjes, la *biondetta* del Ecuador, no se aleja nunca de unos climas, donde reina por la pirueta local y por el chis chas indijena. Cuando en 1822 el templo de Sunnat fué destruido por el gran Mahometo, las sacerdotisas del santuario se dispersaron por toda la India; y las bayaderas descienden

(1) NOTA DEL REDACTOR. Mucho tememos que nuestra amable viajera haya dado en este lugar libre curso á su imaginación. Ningun Turco que se estima en algo permite que las bailarinas de profesion penetren en su serrallo (Véase el *Viaje á la Siria*, de G. Robinson). No obstante, como el bajá de Vidin es novador.....

(1) Barrio de Londres donde vive la alta aristocracia.

por línea recta de aquellas religiosas, devueltas repentinamente á la sociedad.

¿Cómo es pues creible que tales maravillas se hayan estraviado hasta el punto de desembarcar en la Gambia y en la Albion? La bayadera de *sangre pura* es la huri casi inhallable que los oficiales del ejército británico son los únicos que tienen probabilidad de ver una vez en su paseo oriental arriesgando su vida; la huri que un canto popular en Singapor llama *garzel*, y que está pintada con hermosos colores en un poema de Hafiz en la canción, cuyo primer verso ó estribillo es el siguiente:

Taza-he-taza, no-he-no, etc., etc.,

que traducido en castellano, dice así:

«Hija de la música, bailanos pronto tu canción, siempre nueva y siempre alegre, etc., etc.»

La huri finalmente que el mismo elejiaco persa Hafiz llama *Djama*, y que juguetea con gracia con el fantástico espejo de laciente azófar, cuyo uso se halla descrito en las siguientes palabras:

«En saludando á su querida con respetuoso ademán, se aprieta con suavidad la frente con una flor de loto; ella, despues de haber presentado el espejo á su amante, lo retira y lo estrecha contra su corazón.»

Este silencioso coloquio es muy útil, cuando se trata de burlar la vijilancia de un tutor como Bartolo, ó de un rajah mas celoso que Husein. Aquellos dos graciosos jestos bastan para que se entiendan los amantes, aunque permanezca muda la boca. Dejo para las románticas el cuidado de apreciar la poesía del papel que hace el espejo en aquella conversacion simbólica.

En 1828, una bayadera de Schiraz, llamada Touti, fué elevada del puesto mas humilde entre las bailarinas de la calle, al primer lugar entre las odaliscas del rey de Persia. *Touti* es el nombre de un papagayo, muy estimado entre los Indios y que representa siempre un papel fatídico en sus novelas de costumbres. Refiere una crónica que un poderoso monarca armenio mantenía en el cuerpo de un Touti un espíritu muy alegre, el cual, bajo aquel exterior locuaz, iba á contarle historietas para distraerle en los momentos de fastidio. Aquel espíritu ó *vetala* no habia parecido en la corte de Persia, hacia mucho tiempo, sin duda porque en aquel reino la corona es actualmente mucho menos pesada que antes; mas plugo al monarca reinante volverlo á encontrar en la persona de la linda nautchi de que hablamos, y como los soberanos de Persia son todavía absolutos, á despecho de los Rusos é Ingleses, toda la nación tuvo que someterse al antojo del rey. Touti ha sido en estos últimos tiempos

la verdadera reina de Schiraz. La Taglioni (1) del Oriente fué para aquel príncipe «un océano á donde iban á parar todos los rios del pensamiento; los imperios de la India y de la China valían menos que una mirada de sus ojos; solo el ondeante ciprés puede dar una débil idea de la elegancia de su talle; las flores del Nagacesera, las mas bellas del trópico, las que adornan el carcaj de Camadeva, no eran tan hermosas como el delicado vello de sus mejillas; Touti habia sido formada por las manos del Criador con la tierra del paraíso y el agua de la inmortalidad, sus abrazos se parecían á aquellas caricias que un rayo lunar prodiga á la nube, sobre la cual se adormece, etc., etc....»

Tales eran las espresiones enfáticas del Karaita al referirnos aquellos pormenores, con un fuego que me sorprendió mucho en un judío tan esclavo de los preceptos del Talmud. Sin embargo, este era un modo muy agradable de distraerme, mientras aguardábamos que las esposas del bajá hubiesen trocado su vestido de paseo por otros atavíos mas dignos de la recepción que trataban de hacernos. Entre mujeres se entienden y perdonan fácilmente tales pequenezes. Entretanto continuaba el baile, pero muy poco animado; parecia que las mejores danzas se guardaban para la hora de la entrevista.

«Murió la divina Touti, añadió el Karaita mirando á la señorita Lampugnani, como para ver si su relacion nos hacia derramar alguna lágrima; murió la divina Touti, y el pesar cubrió de canas la cabeza del rey de Persia, que era un moreno agraciado, en la noche funesta que siguió á aquella pérdida. Levantóse un magnífico sepulcro á la bayadera en las puertas de Schiraz, y los ministros tuvieron que costear aquel monumento, cual si fuera de utilidad pública. Los ojos de Touti, mas suaves que los de la antilope, y sus labios, perfumados como las hojas del amru, se cerraron en medio del duelo y de los jemidos de toda la monarquía. Repitieron en loor suyo los celestiales versos de Feredd-ed-Din Attar, el Lamartine y el Byron de la Persia, y su delicioso romance *Gulrohk y Cosru* fué cantado en torno del sepulcro con el fúnebre acompañamiento del *tamtam* y del *barbut*. Husein bajá se hallaba á la sazón en la Anatolia, y pudo comprar á un comerciante de Tiflis el *chirk* ó lira de Touti, que habian robado al rey de Persia, en medio del grande trastorno que una catástrofe tan cruel debe necesariamente producir en la casa de un marido apasionado en cuya afliccion no toman parte los criados. En breve serán Vds. admitidas á tocar, y hasta oír aquella guitarra, residuo de una existencia tan pintoresca y feliz....»

El Karaita calló; las bailarinas acababan de interrumpir su ejercicio, y se acercaron al divan para que

(1) Famosa bailarina que entusiasmó á los Parisienses.

examináramos su traje. Era el mismo que llevaba la hermosa Touti, cuando un nuevo *califa de Bagdad*, paseándose á boca de noche por las calles de Schiraz, tomó aquella mujer entre las improvisadoras de encrucijada que daban vueltas y hacían piruetas para divertir á los ociosos de los paradores; historia muy parecida á la de Madama de Barry y de Luis XV. Mis lectoras comprenderán fácilmente cuánto debía llamar mi curiosidad el traje de las bayaderas de Husein; es asunto peculiar de nuestro sexo. Ayudáronnos en aquel exámen el Karaita, su amigo el secretario de la aduana y una vieja dueña que apareció de improviso y á la cual los ennuocos llamaban *madre de las camareras*, ó como si dijéramos *camarera mayor*. Las modistas de París no hubieran manifestado seguramente en aquel grave negocio el discernimiento de que dimos pruebas; y las correcciones que le plugo á la señorita Lampugnani indicar, promovieron algunas espresiones de entusiasmo que sentí vivamente no entender. En aquel instante vino el negro á rogarme que me quitara los borceguies. Oyóse en la pieza inmediata una corta tocata de viola, lo que era señal de que las mujeres de Husein estaban para recibirnos.

Para llamar la atención de las sultanas, la señorita Lampugnani se había vestido enteramente de luto, y yo por el contrario había escogido para mi traje colores muy vivos. Entramos en un aposento en que vivía aislada la favorita del bajá; no se crea que tuviese el título de esposa; pues Husein tiene dos mujeres lejitimas: pero esta posee toda la estimacion del amo, y es ciertamente digna de ella, porque en cuanto á hermosura, fuera difícil encontrar otra mujer mas hechicera. Es una esclava griega que raya en los veinte años, talle, cutis, manos, pies, cabellera, dentadura, ojos, todo parece admirable en aquella mujer. Estaba sentada en una otomana en frente de la puerta, mas á nuestra llegada se levantó y nos invitó á que tomáramos asiento, diciéndonos:

«¡Bendita sea vuestra entrada, y permita el cielo que permanezcáis de este modo todo el tiempo que queráis!...»

La blancura de su tez y el azul claro de sus ojos mas bien le daban el exterior de una linda Francesa que de una odalisca. Tenia la nariz arremangada. El Karaita nos dijo en voz baja y en italiano que debía sernos muy lisonjero que Zulickha hubiese interrumpido por nosotros su paseo: pues su orgullo y lo imperioso de su carácter cedían tan solo á la homicida voluntad del bajá. La hermosa Griega estuvo algo exagerada en sus cumplidos, para destruir sin duda el concepto poco favorable que suponía habíamos formado de su talento; en señal de amistad me tocó suavemente en el seno, en los labios y en el pecho y me abandonó su mano, así que la hube besado. Era una mano encantadora, y el vermellon con que habia pintado la estremidad de los dedos, hacia resaltar todavía mas su blancura. Zulickha estaba mue-

llemente sentada sobre un monton de almohadas de raso azul, y llevaba al derredor de su fez una gasa negra, cuyos pliegues ocultaban enteramente su cabellera, la cual estaba tan cargada de diamantes, que por todas partes despedía rayos de luz, aumentando de esta suerte el brillo sobrenatural de sus ojos. El voluptuoso desorden de su posicion en el extremo del divan me estorbaron, como ya me habia sucedido en la habitacion del bajá, hacerme cargo del riguroso conjunto del traje de la favorita; sin embargo descubrí á hurtadillas jubones de raso azul y de brocado de plata, debajo de un magnifico ropon de una tela de color de púrpura, guarnecido de martas cebellinas; sus chapines eran de tisú de oro bordado de perlas, pero este calzado no le cubria sino la punta de los pies, que llevaba desnudos en una anchura de media pulgada. Cuando Zulickha andaba, tenia que retener su babucha con el pulgar y el dedo primero.

La conversacion fué mas animada que en el aposento de Husein; vi desde luego que Zulickha era sentimental. Despues de algunas preguntas y respuestas muy vagas, vinimos al amor, y fué indecible mi sorpresa, cuando oí á una prisionera de un serrallo discurrir sobre el amor absolutamente del mismo modo que la petimetra mas independiente de París ó de Viena. Zulickha, muy instruida para su clase y estado, habia leído los poetas persas, á Gelal eddin, por otro nombre llamado el *Moolak de Room*, el Balzac de Kerasan, conocia igualmente la coleccion de los Menesvir, los *Cinco Tesoros* de Nizami, el *Khamsah* de Hatifi, en fin toda la literatura de Schiraz. Zulickha fué la que me enseñó, segun los Addison y los La Harpe de la India, el modo de hacer una regular heroína de drama ó de comedia. Toda mujer creada por la imaginacion de un Shakspeare debe poseer las veinte prendas siguientes. Atiéndanse bien los números:

1º. La belleza: 2º. la juventud: 3º. que hiera la imaginacion: 4º. la dulzura: 5º. la fidelidad: 6º. debe manifestar la emocion de una alma que se despierta y que sin conocerse aun á sí misma, busca el amor: 7º. el crecimiento de las emociones, es decir, las súbitas alternativas de ponerse colorada y palidecer: 8º. la inflamacion súbita de un corazon que quiere someterse á su dueño: 9º. la alegría medio chancera que parodia todas las acciones de un amante, sus esfuerzos y protestas: 10º. la espresion del desecho que se descubre en el mirar, en el temblor de la voz y en todos los movimientos: 11º. el olvido de cuanto la rodea, la distraccion involuntaria, una melancolía pensativa que caracteriza la pasion en su cuna: 12º. el grado inmediato de la pasion que se da á conocer por el poco cuidado de sí misma, por el desconcierto en el obrar, por la negligencia en todo, y hasta en el aseo: 13º. la inexactitud y la desazon que vienen despues de esto: 14º. el último destello del orgullo virjinal: 15º. las alternativas de ternura y de cólera, de amargura y de gozo: 16º. la espresion silenciosa de un amor atendido: 17º. el desecho de retroceder, y el aparentar que

repugnan las caricias del objeto que interiormente se adora: 18º. el pudor que se esfuerza todavía en burlar y en disimular los violentos deseos que agitan el alma: 19º. el triunfo, la expansión del alma y de todos los sentidos: 20º. el tiempo feliz en que no ocultamos ya la felicidad, en que la damos y recibimos, en que hacemos ostentación de ella con orgullo, en que nos ataviamos para ser mas amadas, para agradecer mas, para aumentar y perpetuar la embriaguez á que nos entregamos con delirio (1)...

¡Ah!.... detengámonos, aunque no sea mas que para dar treguas al entusiasmo. Pregunto á todos los hombres de buena fe, si el mismo Racine en sus cuadros mas primorosos ha sabido comprender mejor las leyes de un análisis exacto y delicado. Despedíme respetuosamente de Zulickha, como de un profesor consumado. Pasamos á visitar á la segunda favorita.

Esta, que se llama Shirin, no es hidriota como su rival, sino circasiana. En su traje se notaba una leve inferioridad, prueba de que esta belleza ocupaba realmente el segundo lugar en el corazón sobrado lleno del bajá. Su ropón era, no obstante, de terciopelo negro sembrado de hojuelas de oro; debajo del velo de gasa se echaban de ver mas flores naturales que diamantes: su gracia era del todo oriental. Parecióme tan blanca y purpurina como Zulickha, pero un poco mas flaca y de una languidez que indicaba una salud no muy robusta. Los ojos de Shirin eran tan puros y brillantes como los de Zulickha, pero respiraban una melancolía profunda. Shirin, aunque menos versada en las maneras francesas que su rival, estuvo mas franca y mas llana con la señorita Lampugnani y conmigo; se puso al piano, sentándose sobre un rimero de cojines que fué sacando del diván con una travesura verdaderamente infantil, y nos tocó la sinfonía de la *Violeta* de Herz, con la misma precisión que el alumno mas sobresaliente del Conservatorio. Así que hubo concluido, me presentó su pipa adornada de diamantes, pero se quedó pasmada, cuando le hice responder por la señorita Lampugnani que mi boca no sabia aspirar el vapor del tabaco. Entonces nos propuso que visitáramos su galería de pinturas, la cual se reducía á un pequeño aposento, donde se veían algunos lienzos pintados al oleo y una docena de acuarelas colocadas unas tras otras sobre los acolchados de un diván circular. Había allí cuadros de Bonington, de Lawrence, de Descamps, uno preciosísimo de Wateau, é igualmente un rasgo fantástico de Martyn, comprado en la almoneda de las pinturas de M. Caning. En la viva y ardiente descripción que Shirin hacia á la señorita Lampugnani, explicando el modo con que entendía el mérito de aquellos cuadros, noté con singular sorpresa, á pesar de mi ignorancia

respecto de la lengua otomana, que la dama turca usaba de vez en cuando algunas palabras inglesas y algunas locuciones parisienses, con una facilidad gramatical que no esperaba hallar en las márgenes otomanas del Danubio. La señorita Lampugnani, viendo mi perplejidad, se apresuró á manifestarme que el habla de Mahoma, de quince años á esta parte, se habia apropiado todas las voces, todos los sustantivos intrusos que acababan de llamar mi atención, y que Shirin usándolos daba pruebas de suma nacionalidad en su estilo.

Aquel extraño modo de hablar turco me trajo á la memoria un *quid pro quo* de la misma especie que me sucedió en Alemania á los primeros dias de mi permanencia en Viena. Dije un día á un criado de la fonda, en alemán, que me trajese mi *regenschirm*. Viéndole muy confuso porque no me entendía, creí que me habia servido de una palabra impropia, y le señalé con el dedo el objeto que yo queria.

« ¡Ah! exclamó el Austriaco, ahora entiendo perfectamente lo que quiere Vd.; esto se llama en alemán un *parapluie* (paraguas).

Pero volvamos á la favorita: viendo la interesante Circasiana que me repugnaba la pipa, me hizo servir café en un bol de plata, cubierto, segun costumbre, con una rica cachemira. Ya fuese que el moka hubiese disipado su mal humor, ya porque así le pluguiese, al fin de la visita redobló Shirin sus caricias y agasajos con nosotros, y nos trató con suma familiaridad y dulzura. Entonces tuve lugar de ver que su traje, aunque menos espléndido, no era menos rico que el de Zulickha; en efecto, llevaba sobre su cuerpo un tesoro en diamantes, un collar de tres sargas de perlas finas rodeaba su garganta de nieve; ceñían su talle algunos chales de Persia de muchísimo valor; los dedos de sus piés, igualmente que los de las manos, estaban teñidos de vermellon; algunas sortijas muy brillantes realizaban la tersura de su cutis, y finalmente un camaféo antiguo, trabajo de mucho mérito para un aficionado á medallas y esculturas, recojía sobre el pecho los pliegues de su ropón con la precisión clásica de la toga latina.

La tercera esposa de Husein no tocaba el piano, pero hacia tapices. Su traje, de piés á cabeza, era de color de rosa, y se notaba en él la misma profusión de diamantes y perlas que en los de sus rivales. A su lado, sobre una alfombra, tenia un niño hechicero, Alí Bey, que era hijo suyo y se parecia bastante á un Chino.

Apesar de la dificultad en que nos hallábamos de hacernos entender mutuamente, aquel niño, lleno de viveza y donaire, me divirtió sobremanera con su expresiva pantomima, la cual suplía perfectamente para mí el idioma turco. Su madre, viendo lo mucho que me habia agradado, me tomó muchísimo cariño, y descolgando del techo una guitarra, me cantó un romance de Balfi, el compositor favorito de las mujeres de Lóndres, arreglado sobre una aria compuesta por este músico para la malograda Madama Crescini

(1) Esta nomenclatura ha aparecido ya en las relaciones de otros viajeros contemporáneos; nosotros la hemos continuado como un documento de sumo interés para nuestras lectoras.

muerta recientemente en Riga cuando volvía de San Petersburgo. El romance de Balfi está escrito para contralto, y la tercera esposa del bajá tenía precisamente esta especie de voz, que cuadraba muy bien con las negras trenzas de su pelo y el color ambarino de su tez.

Leila me cautivaba; yo me hallaba extasiada, cuando anunciaron á la verdadera favorita de Husein, la que reina sobre las tres esposas, la incomparable Cocila. Junto á un sol tan radiante, Shirin, Zulickha y Leila no eran mas que estrellas errantes; no emprenderé la descripción de esta gazela del serrallo de Vidin, porque lo creo superior á mis fuerzas. La madre de las camareras marchaba delante de la favorita con un manojo de llaves en la mano; á una señal de Cocila, aquella respetable matrona abrió un gabinete particular, cuya puerta estaba disimulada por una psiquis de muy mal gusto, de la cual estaban colgados los chales destinados á las bayaderas del serrallo, así como algunas chinelas de terciopelo. Aquellos eran los preliminares del baile final, cuyas primeras danzas no nos habian divertido mucho; parecia que habian guardado alguna cosa imprevista para el momento de la despedida. En efecto, Cocila, seguida de sus rivales, de la señorita Lampugnani, de todo el acompañamiento de mujeres, de mí y del serrallo, se dirigió al gran salon por el cual habíamos entrado en el haren. Volvimos á sentarnos en los divanes; y la música no tardó en embelesar nuestros oídos; yo creo que fuera difícil imaginar mas extraña bataola.

La orquesta se componía de seis muchachas, las cuales, puestas de cuclillas y en corro sobre un sofá, cantaban una endecha en tono lastimero, acompañadas de tamboriles y meciendo sus cuerpos de derecha á izquierda, como se bambolean los álamos ajitados por el viento. En la galería y á la entrada del salon estaba la madre distribuyendo con gravedad á las bailarinas, las babuchas de terciopelo y los chales, los que ceñían desde luego al rededor de su talle, entrelazaban con su cabellera ó dejaban colgar sobre sus espaldas. Pronto resonaron las castañuelas; los dedos brillaban y hacían el mismo ruido que si fueran de metal. Entónces fué cuando la Taglioni de la cuadrilla, llevando un traje corto, amarillo y brillando sus ojos de placer, se adelantó hácia nosotras, ejecutando algunas posiciones en que tomaba mas parte el cuerpo que los piés. Fueron á reunírsele dos de sus compañeras, y las tres, siguiendo los cantos de la orquesta y el son del tamboril, bailaron un paso que venia á ser el fandango. A cada nuevo motivo que volvía á juntar á las muchachas, arrebataadas ya por la música, parecia que aumentaba su éxtasis. En esta parte me adhiero enteramente á la opinion de lady Mary Wortley Montague; nada cabe mas gracioso que aquellos bailetes, y es falso que su vista pueda considerarse como indelicada para las señoras. Mientras el *crescendo* de los tamboriles extasiaba á las ninfas de Cocila, vino el eunuco á avisarnos que el vapor se disponía á continuar su

viaje. Interrumpióse por lo mismo el baile, las mujeres de Husein nos rodearon con espresivas muestras de sentimiento, y tributaron á nuestro vestido el último homenaje.

Todas sus partes fueron sucesivamente objeto de un exámen rápido, pero atento; el círculo era inteligente. Lo que escitó en mas alto grado la admiración, lo que produjo mas demostraciones de júbilo en las mujeres del serrallo, fueron ¿quién lo creyera? mis guantes. Ninguna de ellas logró ponérselos, no porque sus dedos fuesen sobrado gruesos, sino á causa de su torpeza, y por otra parte sus manos tampoco tenían la forma ó pliegue proporcionado para sufrir el estrecho aprisionamiento de una piel cosida. El niño Ali Bey fué el único que consiguió introducir su mano en un guante que fué roto desapiadadamente: mas yo le perdoné este agravio en obsequio á las cachemiras que su madre me obligó á aceptar, y que yo tuve la debilidad de recibir. Fué preciso por fin separarnos; empezaron los *salames* por una y otra parte, siguieron los besos, y el Karaita llevó tambien su parte. Para un hombre que leía el Talmud, me pareció que era sobrada familiaridad la que él tenía con las mujeres del serrallo; es verdad, sin embargo, que era el médico de la casa. Lo que hubo mas curioso en la ceremonia de la despedida fueron los clamores y visajes del viejo eunuco negro, el cual jugueteaba con las señoras como un don Juan de la costa de Africa. Todos se asomaron á las ventanas para ver al vapor surcar con majestad las aguas del Danubio. Cocila fué la última en retirarse, y ajitaba aun su manteleta de púrpura, enviándome besos con la mano, cuando perdimos de vista las almenas de la fortaleza.

Volvíame á encontrar sola con la señorita Lampugnani y el Karaita; pero la escena oriental, en la que acabábamos de representar un papel, continuaba aun deslumbrándonos con sus rayos. Los prestigios que lord Byron ha desplegado en la pintura de su arrebataadora Haidea no nos parecían ya ficciones poéticas. Recordábamos todo el encanto con que las esposas del bajá practicaban los usos de Europa, encanto que presta á su misma torpeza las mas májicas seducciones. Si los antiguos bajos relieves, segun pretendía el Karaita, presentan en las bacantes una imájen perfecta de las bayaderas de la India, las señoras del imperio otomano, con su traje medio francés y medio oriental, con su patué mezclado de italiano, inglés, turco, griego y alemán, con sus habitaciones, en las cuales á un tiempo se encuentran braseros y surtidores, relojes de sobremesa, ampollitas y psiquis; aquellas señoras, si la litografía conserva sus retratos históricos, serán un día para la posteridad una imájen hasta cierto punto burlesca del ardiente progreso de las luces. Ni se crea que su educación es completa: si las esposas de Husein cantan cavatinas de Rossini y algunos trozos de Kalkbrenner, ignoran por otra parte cómo se lleva un sombrero de París. Para juzgarlas esperemos que se pongan guantes.

Pero lo que fué muy humillante para mí, es la indiferencia con que aquellas petimetras recibieron noticias que nos parecen muy importantes aquende el Danubio. Yo creía interesarlas mucho, describiéndoles las maravillas de la coronacion de la reina Victoria; pero ¡cuál fué mi sorpresa al ver que las huris del bajá ni siquiera sabian de qué les hablaba! Pero durante el baile, la dueña, bebiendo su café, me habia preguntado con mucha seriedad si era verdad que Napoleon hubiese muerto en Santa Helena.

Para calmar mi disgusto, me refirió el Karaita la historia de Cocila, con la cual no me habia sido posible hablar tanto como con sus compañeras. Esta historietita prueba á cuán singulares contratiempos se halla con frecuencia espuesta una mujer en Oriente, á pesar del aparente retiro de su vida.

Cocila, oriunda de la India y de la misteriosa sangre de Vishnu, no tenia aun quince años, cuando habitaba en Moscou, hácia la época en que los Franceses entraron en aquella ciudad. Era una de aquellas jóvenes jitanas, cuyas gracias, amabilidad é irresistibles atractivos deben de parecer fabulosos á cualquiera que no las haya visto en aquella fantástica ciudad. Colocada en el confín de Asia y Europa, Moscou sirve de asilo á todas las familias indijenas de las orillas del Ganjes, que se ven arrebatadas por diversas aventuras mas allá del Himalaya, hácia las fronteras septentrionales del Indostan. Las jitanas ó bayaderas, que furtivamente aparecen en aquella ciudad como jénios de las *Mil y una Noches*, son las mas de las veces sacerdotisas de Vishnu, cuyo corazon harto débil ha quebrantado los preceptos de Vesta, tan rigurosamente vengado en la antigua Roma, y que los Brachmanes hacen respetar por medio de los mas horribles suplicios. La seductora Cocila habia llegado á Moscou, hacia un año, con una cuadrilla de bailarinas de su misteriosa tribu, cuando Napoleon se apoderó de la ciudad incendiada y estableció su cuartel jeneral en el Kremlin. Aterrados por la victoria del Moskowa, y creyendo que los Franceses eran un pueblo sobrenatural que se alimentaba de nieve, y que cabalgaba dragones alados, los compañeros indios de la bayadera habian puesto piés en polvorosa, dirijiéndose como tímidas gacelas á la patria de Brama. La hija de Vishnu se habia quedado sola con un negro, en una morada solitaria fuera de las puertas de la ciudad, pero rodeada de todas las comodidades del lujo, habiéndole sido fácil, en calidad de bailarina y de extranjera, obtener un salvoconducto de parte de las autoridades militares del ejército francés.

Poco tiempo despues de la instalacion del emperador en el Kremlin, un jóven oficial de la division del jeneral Delzons, informado por algunos judíos opulentos que estaban en relaciones en cuanto á intereses con Cocila, y recomendado de otra parte por aquellos complacientes proveedores del conquistador, se introdujo varias veces de noche en la habitacion de la

bayadera, que, como ya hemos dicho, estaba situada en uno de los arrabales mas distantes, al cual no habian alcanzado las llamas de Rostopchin.

Las visitas del Francés fueron al principio sin resultado. Una noche que se habia presentado mas exigente que de costumbre:

«Escucha, Leonardo, le dijo Cocila, sígueme.... ¡huyamos, huyamos!... no nos separemos ya.... ¡Bajo esta sola condicion reconoceré que tú me amas!..»

El Francés, apasionado, se curaba muy poco del grande ejército, con tal que él fuera dichoso: aceptó pues la proposicion de la bayadera, tomó el traje oriental, se tiñó el rostro, y se despidió de su patria y de su espada. Cocila obtuvo por la mediacion del judío un salvoconducto, en el cual se le permitia pasar á San Petersburgo con todos sus criados, en cuyo número iba comprendido el teniente Leonardo. Partieron entrambos, mas enamorados que nunca, para San Petersburgo, donde residió Leonardo cerca de diez y seis años con el disfraz oriental y bajo el título de hermano de Cocila. La bayadera ejerció en la capital de todas las Rusias la profesion que habia ejercido en Moscou; adivinadora para las mujeres y encantadora para los hombres; recabando gruesas sumas de aquellas sin otorgar nada á estos. El mismo Leonardo, aunque bien recompensado de su adhesion, no ejerció imperio alguno sobre aquella misteriosa criatura, cuya existencia anterior fué siempre un arcano para él. Durante aquella larga vida en comun, jamás se desmintió la pasion del Francés, ni disminuyó la belleza de Cocila, aunque hubiese llegado ya á la edad de treinta años. Cuando estalló la guerra de la Rusia contra la Puerta, el gobierno moscovita dió la orden á Leonardo de reunirse á los ejércitos acantonados en la frontera turca, para servir allí de intérprete. Aquella orden cayó como un rayo sobre los constantes amores del teniente; pero no habia medio de eludirla, sopena de revelar un incógnito por tanto tiempo guardado, y que constituia toda su seguridad.

La determinacion de Cocila no se hizo esperar; disfrazóse de hombre, dejó en San Petersburgo sus riquezas y criados, no llevó consigo sino su negro favorito, y siguió á Leonardo á las líneas de Bahliloff en el sitio de Schumla. Pero habiéndose encontrado los dos amantes en un reconocimiento en medio de los puestos avanzados, con un escuadron de lanceros, fueron envueltos por un millar de sávis turcos. Leonardo espiró hecho pedazos por los golpes de yatagan, junto con algunos oficiales rusos; Cocila fué salvada por su negro, pero hecha inmediatamente prisionera, y guardada cuidadosamente por los musulmanes, que la tenian aun por un hermoso jóven apenas salido de la infancia. Husein logró fácilmente que le fuese cedida aquella presa, y desde entónces hace parte de su serrallo. El negro que Vds. han visto es el esclavo que ha permanecido siempre fiel á su fortuna.

VIAJES.

LOS CANTONES DE LA SUIZA CENTRAL.

Hay muchas Helvecias; el espíritu de localidad, de especialidad se halla estampado en la Suiza; Dios lo ha dispuesto así. ¿Queréis que la Helvecia adopte ideas y costumbres homogéneas? Allanad sus altas montañas, arrojadlas con sus eternos hielos y nieves en el fondo de sus lagos; y entónces toda la Suiza será uniforme: de otra suerte, nunca llevaréis aquel país á la unidad de gobierno, de relijion y de ideas. La federacion que la rije es lo único que le cuadra. Napoleón, cuya ambicion conquistadora era sin embargo inteligente, no se equivocó en esta parte. Contentóse con el protectorado de la Confederacion Helvética, y dejó á los hombres de los valles y de los montes que se gobernarán segun sus antiguas costumbres; la idea de quebrantar la estatua de Tell no le ocurrió jamás. ¡Cuán afortunado hubiera sido, si hubiese profesado el mismo respeto, igual veneracion á la nacionalidad española y al aislamiento ruso! Estas dos nacionalidades, tan diferentes entre sí, hicieron pedazos aquella espada victoriosa que había levantado y derribado tantos tronos. Las fracciones del patriotismo universal se hallan aisladas en Suiza, no hay duda, pero se conservan en un estado de fervor y robustez extraordinario; resguardadas por parapetos naturales, seguras de encontrar apoyo en derredor de sí, orgullosas de una independencia antigua, mas fácil sería armarlas unas contra otras que doblegarlas bajo un yugo comun, ó hacerlas aceptar una proteccion feudal.

No creo que fuere fácil á la Europa armada ó á la Francia invasora obtener ó franquearse paso al través de la Suiza. Los últimos acontecimientos le han enseñado hasta donde alcanza su poder; ella tiene las llaves del palenque, puede abrir ó cerrar la barrera; la naturaleza ha hecho por aquel país pobre y reducido mucho mas de lo que hubieran podido llevar á cabo los Vauban y los Carnot. Las grandes potencias le envían sus embajadores; ella sabe á qué se encaminan estas embajadas. Todas desean granjearse la proteccion ó amistad de un país que puede levantar ó bajar un dique entre las dos líneas enemigas; el interés diplomático de la Francia, de acuerdo con el or-

gullo de la Suiza, la escita á tener constantemente cerrada la barrera que tiene á su disposicion. Las naciones del Norte hacen valer un oríjen comun, costumbres salidas de una misma cuna, la semejanza de idioma, los recientes ataques de la Francia contra la libertad helvética, y procuran facilitarse, para cuando quieran derramarse por las llanuras francesas, un paso libre al través de las gargantas de las *Cordilleras Grises* y de los senderos del *Oberland*. La diplomacia del Norte se arma igualmente de algunos argumentos accesorios, mas especiosos que sólidos, y que se dirijen al interés. Que la Suiza se eche en brazos de la Prusia, y la navegacion del Rin estará abierta al comercio helvético, en el día sumamente limitado; que sea una portera complaciente, siempre dispuesta á dar entrada á los ejércitos del Norte, siempre inaccesible á las seducciones del Mediodía, y se abrirán para ella infinitos manantiales de industria, que aumentarán su riqueza, ocuparán á sus moradores y le harán tomar una parte activa en el movimiento civilizador de Europa.

La Francia encuentra poca dificultad en contrabalancear aquellos argumentos, en neutralizar aquellas influencias; tiene á favor suyo el orgullo, los hábitos, las pasiones, mucho mas fuertes que los intereses. La *neutralidad* es la gran palabra de la Suiza; su punto de union, su grito de guerra. Cuando atravesé el canton de Vaud y oí á una porcion de jóvenes reunidos en una hostería cantar á coro un himno patriótico, cuyo retornado era *¡Viva la neutralidad!* quedé pasmado de aquel entusiasmo y de la palabra que lo producía y espresaba. Parece imposible que en algunos países haya tanta exaltacion por el sosiego, tanto entusiasmo por el estado neutral. Pero levantad la corteza de una fraseología no acostumbrada, internaos hasta mas allá de la palabra, aun mas allá de la idea, penetrad hasta la pasion que allí está encubierta; y hallaréis el ardor de la independencia oculto bajo el velo de una indiferencia supuesta. La Suiza, cantando la neutralidad, canta su propio orgullo: no quiere obedecer á nadie, á nadie quiere sujetarse, no quiere ceder á influencia alguna. Allí está cuanto posee la

Helvecia de mas vital, allí está su porvenir, aquel es el aire saludable que la conservará por mucho tiempo en estado de prosperidad.

No se crea con todo que aquella atmósfera de libertad pura llegue á dominar de un modo absoluto todas las influencias y que las paralice; pues no solo subsisten en la Suiza la democracia y la aristocracia, violentas y hostiles una frente á otra; sino que hay además que distinguir allí el espíritu del Norte y el jenio del Mediodía, la adhesión á lo pasado y la marcha de la civilización, la nacionalidad alemana y los recuerdos franceses, el catolicismo y el protestantismo. Todos estos móviles se agrupan en los diversos cantones de la Suiza de un modo extraño y caprichoso en apariencia, pero cuyo enigma se esplica fácilmente consultando la historia y lo pasado. El resultado definitivo de tantos contrastes y variedades es una tendencia, una vibración necesaria del conjunto hacia la neutralidad de que hablaba hace poco. Si cada uno quisiese satisfacer sus pasiones, redoblados conflictos harían correr la sangre á torrentes. Hasta sucede con frecuencia que las pasiones de una misma localidad son contradictorias, y subsisten aun en su misma contradicción en un grado de intensidad tan igual que se destruyen mutuamente.

La joven Suiza, la población de veinte á veinte y cinco años es en jeneral favorable á la Francia; el odio contra los Franceses se halla concentrado en algunas cabezas canas que la revolución francesa hirió ó llenó de espanto. Solo algunos pequeños cantones del centro son profundamente antifranceses, tales como los de Zug, Glaris, Unterwald y Appenzell, los cuales se hallan sometidos á un mismo tiempo á la mas completa democracia y á las creencias católicas mas ardientes. La supuesta impiedad de los Franceses, las violencias de la soldadesca de esta nación en 1798, y las predicaciones de los ministros del altar han dejado en todos aquellos cantones, que forman, por decirlo así, el antiguo corazón de la Suiza libre, un fermento de profunda animosidad contra todo lo que tiene relación con la Francia.

Una profunda valla separa la parte protestante y la parte católica de la Suiza. Parece que algunos síntomas denotan que esta valla desaparecerá un día: mas hasta que haya trascurrido un largo espacio de tiempo, será fácil reconocer los caracteres que señalan las dos zonas enemigas.

En Suiza, el catolicismo se halla en todas partes unido á la pobreza, al amor de las costumbres antiguas, á la ignorancia; pero tambien al patriotismo, al respeto por los antepasados, á la ardiente necesidad de independencia. Por el contrario, veréis al protestantismo invariablemente hermanado con la industria, la actividad, el deseo de progreso, la riqueza y un patriotismo harto inerte. Los cantones democráticos por excelencia, que constituyen el viejo corazón de la Suiza libre, que forman su antiguo y noble centro, Uri, Unterwald, Glaris, Zug, Schwitz, son católicos

hasta el fanatismo. En estos países, una ley antigua prohíbe á los protestantes adquirir ó poseer propiedad alguna: medida funesta para los cantones católicos y que es sostenida por el supersticioso fervor de los moradores del campo. Aquella ley no ha sido derogada aun; las trabas que impone han producido ya sus necesarias consecuencias; y Zurich, donde el protestantismo es la religión dominante, florece y prospera á algunas leguas del cantón miserable de Zug, adherido esclusivamente al catolicismo. Por todas partes se levantan fábricas en Zurich; un camino de hierro y un carruaje de vapor va á unir esta ciudad con Berna y Lucerna de un lado, y con Coira, capital de los Grisones, de otro: su comercio é industria se estienden y ensanchan á un tiempo. Penetrado en Zurich, y vendrá á herir vuestros oídos el ruido de los talleres de lienzos y sederías; os parecerá que entráis en Lion ó Glasgow, veréis reinar un aire de prosperidad y riqueza en derredor vuestro, encontrando una especie de lujo esquisito unido al aseo suizo. De Zurich protestante trasladados á la pequeña villa católica de Arth, atravesando el lago. Todo varió: la cruz del Salvador se ofrece mas de una vez á vuestras miradas; oís las sonoras vibraciones de las campanas prolongándose por el aire, y hallando continuados ecos en las asperezas del monte Pilatos, y en las espantosas cavernas del Rigi. Al saltar en tierra, encontraréis algunas hermosas estatuas de piedra pardusca, que representan á Cristo sobre el instrumento del suplicio; veréis que estas estatuas, símbolo de un culto melancólico, dominan unos pequeños edificios de triste aspecto, viejos sin decrepitud, antiguos, pero no injuriados por el tiempo, y cubiertos de pinturas de la edad media, tan solo deslustradas por el sople de los siglos. Si es día de mercado, os sorprenderá el escaso comercio que se hace en una población de 15,000 almas. Algunas carretas de buyes cargadas de trigo se dirijen á aquella población; en sus calles se ven de muestra algunas camisas y pañuelos, y solo las posadas del *Buey* ó del *Ciervo* sacan alguna utilidad de la llegada de los extranjeros que se proponen visitar la capilla de Guillermo Tell, el camino subterráneo de Kussnacht ó el vecino monasterio de Einsiedeln. Al salir de la villa, vendrán á pedirnos limosna algunos niños, ó correrán á instarnos que entreis en su barca algunas mujeres que, al descubriros, salen precipitadamente de sus chozas construidas con madera de abeto. Su voz plañidora y suplicante os revelará toda la intensidad de su miseria, y llenará vuestra alma de tristeza, aunque el sol mas hermoso derrame sus brillantes rayos sobre las azuladas aguas del Zuger-See ó sobre los hoscos abetos de las undulosas colinas que ciñen sus márgenes.

Por un completo trastrueque de las ideas recibidas en Paris y en Londres, el partido de lo pasado, el partido católico y enemigo de la civilización, tiene su centro en la campiña de los pequeños cantones, siendo al mismo tiempo el partido que se llama republi-

cano y el que se precia de altamente democrático. Desprecia como *aristócratas* á los vecinos de las poblaciones que quisieran un sistema mejor de instruccion primaria, menos ignorancia, una devocion mas ilustrada, mas industria, mejores caminos y un empleo mas fácil de un capital, á veces considerable (proporcionalmente á los concejos), y que se deja siempre en la inaccion. La ciudad de Zug, por ejemplo, tiene dos millones que duermen hace ya mas de dos siglos; los jóvenes quieren que con este dinero se hagan carreteras y paseos, los viejos se quejan á voz en grito de que se pretende dilapidar su tesoro, y el clero católico se muestra siempre favorable á las ideas retroactivas ó estacionarias. Como en Italia, teme la destruccion de lo pasado, lo protege y cree protegerse á sí mismo, escitando el fervor sin fomentar las luces, anatematizando toda innovacion, y consagrando, por decirlo así, la ignorancia y la apatía de los pueblos. Esta acusacion puede dirigirse principalmente á los jesuitas de Friburgo, cuya influencia domina toda la Suiza católica. Acuérdense de la antigua mision del cristianismo, el cual fué poderoso, adorado y verdaderamente divino, mientras fué civilizador. Si los que guian á la Suiza católica no le prestan apoyo, escitando su emulacion, dando nuevo ensanche á sus ideas, promoviendo su instruccion, corre peligro, no solo de ser aventajada (ya lo es), sino tambien de quedar abrumada por el peso de la civilizacion protestante. En Appenzell y San Gall, de donde no ha sido desterrado enteramente el protestantismo, si encontrais al paso algun edificio regular, podeis estar cierto de que pertenece á un protestante; si es una casucha, su dueño es católico. En Berna y Basilea, toda la riqueza, todo el comercio se hallan concentrados en las manos de los protestantes. La yerba está cuajando las calles de Constanza, la ciudad pontificia, la célebre ciudad de los concilios.

El principio monárquico, sostenido por las potencias del Norte, repugna altamente á los cantones católicos, los cuales, en la rústica igualdad de sus costumbres, profesan una aversion profunda á la Prusia feudal y al Austria sometida á un despotismo ilustrado. Así pues estos cantones, enemigos de Francia por instinto, pero sobre todo anti-monárquicos, se inclinarían seguramente á favor de los Franceses, en caso de una colision entre los dos principios, el de la revolucion francesa y el de la legitimidad septentrional.

A estos pequeños estados hay que dirigirse para ver la democracia pura en su accion real. El *landamann* cobra de sueldo ochocientos reales al año, y los consejeros cuatrocientos. Todos los ciudadanos que han cumplido la edad de diez y ocho años y saben leer y escribir, dan su voto en la reunion del 1.º de mayo. En el canton de Appenzell se hace preciso llevar espada para asistir á aquella reunion, la cual no obstante es mas bulliciosa que sangrienta. El que deja de concurrir á ella se espone á perder por espacio de un año sus derechos de ciudadano. Schwitz y Zug nom-

bran igualmente su *landamann*; para designar el candidato preferido levantan la mano, convirtiéndose á menudo aquellas manos levantadas en puños que se aperciben para trabar reñido combate. Todos los hombres mas ilustrados acusan á los jesuitas de Friburgo, cuya accion se deja sentir en toda la Suiza católica, de urdir tramas é intrigas con la mira de influir en la eleccion de los cantones, y colocar el poder anual en manos de sus amigos ó partidarios. De aquí las amargas y sentidas quejas de la parte mas jóven de la confederacion, de aquella parte que espera un porvenir mas activo y brillante, de aquella parte que quiere unirse al movimiento liberal de Europa. «¿Porqué ha de carecer la Suiza central de carreteras y otros medios de comunicacion? ¿porqué no ha de aprovecharse de los medios de riego y de las caídas de agua que se presentan al revolver de cada roca? ¿porqué tan poca proteccion á la industria, y tanto descuido en fomentar la educacion del pueblo? ¿á qué fin esa instruccion pedantesca, esas eternas humanidades que se limitan á la rutina del latin y del griego y á una devocion rigurosa? ¿porqué hemos de conservar ese horror hácia los extranjeros, cuyo comercio nos proporcionaria abundantes luces y riquezas? Nosotros no pagamos impuestos, nuestras tierras están exentas de toda retribucion y servidumbre, son fértiles; procuremos beneficiarlas. El comercio de ganados que hace la Suiza central con la Italia se convertiria en una mina de oro, si nuestros caminos fueran practicables; continuemos las líneas de comunicacion empezadas en estos últimos años; sirvanos de útil leccion la riqueza y prosperidad de la industriosa Zurich, el canton mas floreciente é ilustrado de toda la Suiza.»

En estos términos se espresa la oposicion, el jóven partido del progreso, en la Suiza central; y estas ideas, estos jérmenes se desarrollarán un dia con una fuerza incontrastable. Pero hoy dia estas palabras, estas esperanzas de comercio, estas ideas de actividad forman una contraposicion singular con la situacion de los estados de que estamos hablando. En el mismo instante en que un jóven Suizo que fumaba su cigarro, me estaba contando todas estas cosas, se ponía el sol al través de la densa y triste niebla que se levantaba del lago de Zug: una melancólica oleada venia á herir con compasados golpes una ó dos barcas estrechas y largas que estaban amarradas y guarecidas por un dique formado de palos de abeto. Una luzecilla que se duplicaba reflejándose en las negruzcas aguas del lago, anunciaba á lo lejos la aldea de Chraam: la campana daba las siete con el grave sonido peculiar de las campanas suizas, que parece imitar el antiguo dialecto alemán que se ha conservado entre los Suizos de la clase ínfima y que pertenece al siglo catorce. Ni el mas leve rumor, ni un solo movimiento se percibe en aquellas calles que parecen copiadas de alguna lámina de Alberto Durer. Un confuso murmullo, compuesto de voces de hombres y mujeres que se responden alternativamente, indica que la capillita negra, inmediata

á la orilla, está ocupada por un concejo que reza visperas. Ni una sola persona recorre las calles como en nuestras poblaciones mas desiertas. Un rayo de luna os dejará distinguir esos tejados de diferentes altos, en los cuales cada declive es una escalerilla, y que la arquitectura de la edad media ha construido con una regularidad de ángulos entrantes y salientes, minuciosamente curiosa. Las diez ó doce fuentes de Zug formando forman el único ruido que se oye en medio de aquel silencio universal. Si quereis saber dónde se reúne, durante las veladas, la jente escogida del lugar, entrad en la posada. Aquella sala estrecha y larga, aquella mesa, y aquellos bancos de madera, aquellas *schoppes* (media azumbre) de vino blanco colocadas delante de cada bebedor, y aquel panecillo de centeno que acompaña á cada *schoppe*, os traerán á la memoria los antiguos cuadros alemanes, en que el artista ha querido pintar la cena de nuestro Redentor. La misma escena se ofrece en Stanz, Glaris, Uri y San Gall, y os llamará la atencion mas de una cabeza característica, surcada por la edad, la actividad y el trabajo, inteligente y reflexiva, atenta y reposada, en la que ni hallaréis la vanidad, ni la moyilidad de las pasiones, cabezas en fin dignas de Holbein. Es admirable que el siglo diez y nueve haya podido introducir hasta allí un destello de su vivo resplandor. A vista de tan singular portento, nos sentimos inclinados á preguntar cuál ha sido ese poder sobrenatural que, penetrando como sutil gas las sustancias mas duras, ha sabido triunfar de los usos, de los hábitos y del aislamiento; cuál ha sido ese magnetismo del pensamiento humano que, en medio de una ciudad del año 1400, ha arrojado algunos de los deseos y de las luces de Paris y de Londres en 1830.

¿Cuándo fructificarán? Dios lo sabe. ¿Cuándo levará el ancla aquella civilizacion? ¿La ciudad de Zug, la de Stanz, la de San Gall aumentarán la suma de su felicidad, beneficiando mejor sus capitales, dando nuevo valor á sus recursos? El mas oscuro porvenir es lo único que se descubre al ir á penetrar el arcano de estos enigmas. Sin embargo algunos hombres osados los resuelven al acaso, en el sentido mas adecuado á sus pasiones personales ó á sus preocupaciones. Nosotros, mas modestos, simples viajeros, observaremos tan solo la extraña é interesante situacion de aquellos pequeños estados, los cuales contienen en su seno conservador un número considerable de viejas costumbres y de antiguas virtudes; los cuales, junto á su pasado, intacto y casi inmemorial, han dado cabida á los jérmenes de un porvenir sin límites, á toda la civilizacion de nuestra época, la cual va desarrollándose necesariamente luego que ha sido sembrada.

En Suiza son infinitos los síntomas del adelantamiento industrial; no se reducen ya á meras esperanzas, palabras ó deseos. El magnífico puente colgante de alambre que ha construido Friburgo, es el mas atrevido de Europa. Todos los experimentos que ha hecho la filantropía americana, en cuanto al sistema penal, han sido adoptados en Berna: la cárcel es mas bien un peniten-

ciario que un calabozo: al delincuente que logra escaparse no se le impone nuevo castigo, si se le vuelve á prender, y á los que han sido condenados á trabajos forzosos, se les emplea en cavar y rastrillar la tierra ó en estender y revolver la yerba despues de segada, mezclándolos muchas veces con otros trabajadores libres. Solo se les puede reconocer por su vestido pardo listado de negro. No se les somete á una afrenta supererogatoria, que añada una nueva pena á la que están sufriendo. La constancia de su trabajo y la moralidad de su conducta son ordinariamente recompensadas por algun alivio en sus fatigas; sin embargo, todo esto no basta á impedir que los recuerdos de la edad media vayan á ocupar un lugar junto á aquellas innovaciones filosóficas. Aquellas cuatro piedras cuadradas que descubris fuera de la ciudad, y que se levantan á manera de una pequeña plataforma con un agujero en medio, son el trono del verdugo de Berna, el caldaso. Permanece aun en aquel lugar, y los Berneses no encuentran gran dificultad en conciliar los dos sistemas.

En los pequeños cantones del centro, la jente del campo es adicta á lo pasado, conservadora, opuesta al liberalismo, á las innovaciones y á la industria; en Neufchatel y Basilea, la campiña, al contrario, es innovadora, industrial y revolucionaria. En gran parte de la Suiza, observaréis esta escision marcada entre los habitantes del campo y los de las poblaciones. Estos, por un lado y aquellos por otro, impelen al gobierno en direcciones encontradas. Las faenas agricolas son de tan alta importancia para el pais; los pastos, las cosechas, la conservacion y cria del ganado y la fabricacion del queso, entran por una suma tan considerable en los recursos totales de la Suiza; el extranjero se lleva tantos caballos, bueyes y vacas, y el consumo de los productos agrícolas está tan afianzado, que nunca el pastor y el campesino de Glaris, Zug y Appenzell querrán depender de los habitantes de las poblaciones, del modo que el campesino español ó francés depende del vecino de las ciudades. El labrador de Zug se reputa por lo menos igual al administrador y al negociante. La importancia de las pretensiones de la campiña van á mas, cuando es al mismo tiempo industriosa y rica, laboriosa é ilustrada, como en Neufchatel. Entónces quiere sus derechos, conoce su fuerza, reclama en tono imperioso todos sus privilegios, y es tan radicalmente revolucionaria como el artesano de Lion, Manchester ó Barcelona.

En vano buscaria el viajero en toda Europa un espectáculo mas curioso que el que ofrece la campiña de Neufchatel. El Locle, la Chaux-de-Fonds y todo el pais bañado por el Reuse, no tienen igual en el mundo. El extraordinario contraste que constituye el encanto y la grandeza de aquella comarca ha aumentado aun, y se ha grabado mas profundamente desde que lo presentó á la admiracion universal la elocuente pluma de Juan Jacobo. La naturaleza ha permanecido la mis-

ma; nada ha perdido de su magnificencia salvaje; los pinos continúan zumbando en las canosas cumbres de las montañas, é innumerables arroyos se despeñan aun de sus calvas frentes. No se ven ya aquellas toscas chozas habitadas por un centenar de hombres industrioses; en su lugar se multiplican cada día los edificios regulares con sus tejados rojos, sus persianas verdes y sus paredes blancas, por donde, mas que otra cosa, parecen casas de recreo. La coquetería de sus adornos, su elegancia y riqueza hacen que mas bien parezcan partos de la imaginacion de un pintor, que objetos que forman parte de un paisaje real. La industria, que ordinariamente se agrupa, se concentra, va á ocultarse detrás de las ennegrecidas paredes de las ciudades; esa industria, que necesita del fuego y del humo, que se marchita en el lodo y que las revueltas tiñen de sangre, es aquí pura, luminosa, casi ideal, y se halla diseminada en una vasta é irregular extension, debajo de los arcos, en profundas gargantas, sobre las peladas cumbres, en las verdes praderas, y á lo largo de la salvaje y hermosa hondonada que llaman valle de Travers. Allí la veréis fecunda, activa, presente en todas partes, colgada de las crestas de los montes, sentada junto á los arroyos, única en su gracia, en su aspecto pintoresco, y realizando la mas singular de todas las utopias, la de una Arcadia industrial. En efecto, las labores del campo no se ven desterradas de este cuadro, sino que al contrario lo embellecen, dándole mayor realce. La lima rechina, la sierra silba, la rueda da vueltas, y las máquinas de reloj se construyen á millares, mientras la campanilla que cuelga del cuello de las terneras deja oír á lo lejos su penetrante vibracion, y el canto del pastor, cuyas notas, alternativamente agudas y bajas, parece que imitan las undulaciones de las montañas y de los valles, tiene por eco la voz del pacífico artesano que trabaja rodeado de su familia. Nada es capaz de producir mayor novedad y sorpresa que esta mezcla de dos modos de existir que por lo comun se rechazan mutuamente, de la vida industrial obrando sobre la naturaleza muerta, trasformándola y domándola con una especie de violencia siempre brutal, y de la vida agrícola, dedicada siempre á la naturaleza viva, saciándose, por decirlo así, con la leche de sus fecundos pechos, siguiendo todas sus vicisitudes, obedeciendo á todas sus leyes, contentándose con disfrutar de la tierra y del cielo, de utilizarse de sus tesoros, auxiliando sus esfuerzos, sin alterar ni metamorfosear sus elementos. Viniendo de Motiers Travers en direccion á Bondry, encontrais un camino encajonado entre dos peñascos, cuyo aspecto, elevacion, sinuosidades, tajos y extrañas prominencias varían á cada minuto, dándose mutuo realce por el contraste que ofrecen. Hállase practicado este camino en la pendiente izquierda, y forma una como larga cinta de doce ó quince piés de ancho, que sube, baja, se despeña ó se arrastra segun los caprichos de la montaña en la cual está suspendido. Este lado de la montaña es espantoso;

aquí se levanta perpendicular y amenaza, allí cae á plomo y proyecta su sombra sobre la llanura, mas allá retrocede sin ofrecer á la vista mas que una larga perspectiva de cimas rojizas ó negras, ásperas y melancólicas, ó bien algunas cumbres hacinadas desordenadamente, cubiertas de brezos y dignas de las brujas de Macbeth. Mirad á la derecha: un hondo precipicio se ofrece á vuestra vista, ora oculto tras largas hileras de robles y nogales, ora cubierto por una alfombra de césped que va á desarrollarse hasta lo mas profundo del valle. Por allí pasa el Reuse, torrente mas bien que rio, sobre un lecho de peña, siguiendo su curso por las risueñas praderas, ocultándose debajo de los jarales, bramando por entre granitos amontonados, formando cascadas, recibiendo en su seno todas las aguas que caen de los inmediatos cerros, unas veces manso como un arroyo, otras atornador como un alud. En todas direcciones, sobre todas las pendientes rodeadas de bosques, dominando una fuente, desparramadas por el llano, levantadas sobre el césped, aisladas ó en grupos de tres, cuatro, cinco, cincuenta ó ciento, las moradas del hombre se os presentarán con la lujosa irregularidad, con la brillante profusion de las estrellas que tachonan la bóveda celeste. La estrechez y multitud de las ventanas os indican muchas veces una fábrica, el ruido de las ruedas os descubre la actividad de las tareas fabriles. Apenas una caída de agua ha abandonado el granito, cuando ya no se le permite andar libre por el valle el espacio de media toesa. La cojen al paso, y es fuerza que trabaje ya desde su cuna. Cinco ó seis fábricas la rodean, la apremian, se sirven de su fuerza, y convierten en riqueza la fuerza que ha adquirido en el espacio que ha andado. Cerca de Brot se ve un ejemplo notable de aquella avidez de la industria y de su prontitud en beneficiar las fuerzas que le son provechosas. A lo largo de los peñascos calcáreos del Chasseral se desliza una corriente de agua; ningun obstáculo se opone á su marcha; adelantando su curso, se le reunen algunos arroyos, y por último, al llegar á unos doscientos piés del valle, muy profundo en aquel punto, ha adquirido una fuerza considerable. No aguardan á que llegue á lo último de la hondonada; lo reciben en canales de madera que ofrecen un cauce á todas sus aguas, y sin que haya tocado el suelo, sin que haya llegado al fin de su curso, le obligan á hacer andar seis ó siete estreptosas ruedas que mueven sierras y fábricas de diversos jéneros. Aquella agua, estancada antes de haber concluido su curso natural, hace encajes, paños, relojes, y proporciona la subsistencia, la fortuna y la civilizacion á una aldea entera que se agrupa para beneficiarla.

No conozco pueblo mas apto para la industria que el suizo. Su carácter es sólido, perseverante y activo. Le gustan las ganancias, pero adquiridas con el trabajo. Carece de disposicion para la intriga, para los goces de la vanidad, para las artes elegantes, y hasta cierto punto para la vida de lujo. La ociosidad le re-

pugna; considera el vigor físico que Dios le ha dado, como un instrumento y una arma contra las inclemencias. Sufrido, esforzado, ingenioso en sus obras, mas apto para profundizar y perfeccionar, que para inventar, es poco apasionado á esas brillantes diversiones que las naciones y los hombres pagan tan caras. Su audacia no es fría, muda ni ciega como la del Americano de los Estados Unidos, ni presenta aquella dureza violenta de carácter que distinguía á los antiguos Escandinavos, y que en la actualidad caracteriza á los Ingleses. Aquella es una temeridad risueña que arrostra con serenidad la tormenta y los peligros, la guerra y las privaciones. El espíritu de familia, el deseo y la necesidad del bienestar, sentimientos muy poderosos entre los Suizos, lejos de atar y contener los movimientos de la industria, le prestan moralidad y peso.

El viajero que quiera conocer la Suiza debe internarse en las veredas y senderos desconocidos, debe entrar en las posadas miserables de las márgenes del Rin, en las chozas de los Grisones y en las queseras de Entlibuch, debe obrar contra todas las indicaciones de los viajeros que le han precedido. Este es el único medio de estudiar el pais; de otra suerte se tendrá una idea equivocada de los habitantes y de sus costumbres. Los únicos representantes del carácter suizo serán los posaderos, los conductores y los barqueros, tres clases de hombres que, si bien conservan todavía alguna honradez, con todo tienen tentaciones de pecar tan frecuentes, que se hace muy árduo puedan resistir á una tentacion que se les ofrece tan á menudo. A mas de esto, el roce con los extranjeros, su paso rápido y constante han borrado en los caminos mas frecuentados los rasgos descolantes de la antigua nacionalidad. Esta cosecha anual, este tránsito periódico de viajeros, esta explotacion de los bolsillos extranjeros, ese poderoso cebo ofrecido al amor del lucro, jamás obran sobre un pueblo sin modificarlo. La Suiza está poblada, por espacio de tres meses, de visitantes que le pagan tributo; los mira como su presa; y esta idea no ha dejado de alterar bastante, en las grandes líneas, la lealtad y cordialidad de otros tiempos. Los Ingleses contribuyen particularmente á aumentar esta especie de desmoralizacion que (segun algunos) amenaza invadir toda la Suiza. La exigencia inglesa, los infinitos refinamientos, los numerosos cuidados á que la *comodidad* ha acostumbrado á la jente de buen tono y á los elegantes de aquella nacion, han cambiado enteramente los graves y calmosos hábitos de los Suizos. Precisados á obedecer á sus huéspedes, á mudar continuamente de lugar, á ir á buscar agua caliente á cada cuarto de hora, han tomado el partido de sufrir todas estas mortificaciones con paciencia, pero notándola en cuenta y convirtiéndola en dinero.

De ahí esa triste mansedumbre que se observa en la fisonomía de casi todos los posaderos suizos, y esa urbanidad sombría y humilde que casi parece un in-

sulto; tanta es la resignacion que revela. De ahí tambien esos enormes precios de las posadas, precios que ni son regulares ni fijos. Con frecuencia el amo os hace pagar, no solo los objetos que os han proporcionado, sino tambien las veces que habeis tocado la campavilla, y hasta la molestia real ó supuesta que habeis dado ó que daréis á sus criados.

En la cumbre del Righi ó sobre el Holm hallaréis una posada donde una comida os costará cien reales, aunque os contenteis con uno ó dos platos muy sencillos. En los parajes que quedan abandonados y como muertos las tres cuartas partes del año, no se suelta al viajero sin haberle sometido á una presión pecuniaria muy activa. Constanza, por ejemplo, ciudad olvidada y que jime en la vindez, ciudad badense por su situacion y confines, pero suiza por sus usos y costumbres, ofrece ejemplos de exacciones sin pudor, tan extrañas como numerosas. No entreis en el meson del *Sollo*, si no teneis intencion de dar once reales por haberos echado dos ó tres troncos en una estufa. Examiné por curiosidad el libro de los asientos de una de aquellas peligrosas posadas, y me llenó de asombro la diferencia que habia entre los precios de objetos enteramente semejantes, y entre los alquileres de cuartos que todos se parecen. Un caballero inglés pagaba treinta reales por haber ocupado dos noches un cuarto que á un oficial suizo solo le costaba seis reales diarios. Por una taza de té habian exijido veinte reales á uno, y doce batzen (unos 7 rs.) á otro. Eso sí, sujetándoos á esta arbitrariedad tan aciaga para vuestro bolsillo, podeis estar seguro de ser servido con mas prontitud y limpieza que en Italia y que en Francia mismo. Quedaréis asombrado de la esquisita sencillez y del excelente servicio de algunas posadas de las ciudades de segundo orden, como Rapperschwill, donde el *Freyhof* es excelente, y Zug, donde la posada del *Buey* os proporcionará la satisfaccion de platicar con los hombres mas distinguidos de los pequeños cantones. En Neufchatel, el *Haleon* puede competir con las mejores fondas de Paris; al paso que se os aloja en un palacio, no veréis que para aumentar la cuenta se valga el amo de los recursos poéticos que mas arriba hemos indicado. Basilea, sin embargo de no ser ya la ciudad de los artistas, se ha ajenciado un refinamiento voluptuoso, sugerido sin duda por la vecina Jermania musical; en la mesa redonda de la *Cigüeña*, encontraréis un excelente concierto de instrumentos de viento, en que se ejecutan con mucha precision walses alemanes y algunos trozos de Weber; por este medio se evita el fastidio que siempre causa el triquitraque de los tenedores, el ronco sonido del aleman suizo, y las enfáticas é indecentes chanzas de los mozos de escritorio franceses que viajan por cuenta de sus principales, y de quienes está aquella ciudad constantemente inundada.

Berna es la única ciudad de Suiza donde se habla de las intrigas amorosas de las señoras de distinción,

y donde el amor venal haya pasado á ser una costumbre entre las mujeres de la clase baja. En todas épocas la juventud bernesa se habia distinguido por su sensualidad y por inclinaciones livianas que reprochaba el resto de la Suiza: pero aquella inmoralidad era muy parecida á la que actualmente se observa en Holanda; el interior de las familias era respetado, y las pasiones brutales iban á otra parte á buscar fáciles medios de satisfacerse. Una disposicion del nuevo gobierno bernés ha agravado el achaque, queriendo ponerle remedio. La supresion de los célebres *baños del Aar*, decretada por el gran consejo, ha arrojado en el seno de la poblacion y en medio de las familias, en otro tiempo pacíficas, los vicios que ya habian sido desterrados de la ciudad. Las *grisetas* y criadas de Berna han adoptado unas costumbres muy libres, y sustituyen á las treinta ó cuarenta sirvientas de los baños de Aar: sus amas siguen la misma senda mas desinteresadamente, pero con tan poca reserva como aquellas.

Por lo demás, las Bernesas aventajan por lo comun á las demás mujeres de la Suiza en cuanto á belleza y frescura. Con la auréola de encaje negro con que las criadas y campesinas se adornan cabeza y cabellera, están muy hechiceras; desgraciadamente parece que están persuadidas, como en algunos otros cantones, de que la verdadera forma de la mujer es la piramidal, y de que la cabeza debe hallarse colocada encima de aquella pirámide, sin que la menor undulacion del vestido descubra la perfeccion del talle. En las clases elevadas se siguen con bastante exactitud las modas francesas. En las márgenes del Rin, la Alemania es regularmente la que da la ley en cuanto á los usos de las mujeres; bordados, sedería, pelo rubio y trenzado; fisonomía dulce y sosegada, algunas veces tierna, pero casi nunca espresiva. En los cantones del centro he visto algunas caras morenas coronadas de un cabello negro como el azabache; una tez fresca, pero ardiente, y unas facciones tan animadas como en algunas de nuestras provincias. He encontrado tambien, particularmente en el Unterwald y en Uri, el verdadero tipo noruego y escandinavo, el color de rosa sobre caras mas blancas que la nieve, y trenzas de un pelo tan dorado, que para copiarlo seria preciso echar mano del color de paja mas débil. Las estrechidades de las Suizas raras veces son buenas; pues es sumamente difícil hallar un pié y una pierna primorosamente dibujados y torneados con finura. Pero estos defectos, á la par que el del talle grueso, y un aire harto pesado, quedan jeneralmente compensados por un cutis fresco y suave, un rostro admirable, unas espaldas preciosas, y un pecho cuyo desarrollo altera bien pronto la primitiva forma y frescura. No obstante es preciso advertir que las subdivisiones que he bosquejado rápidamente no son completas ni del todo exactas: pues todas las naciones vecinas de la Suiza reflejan sus propios colores sobre la fisonomía de estas mujeres; así la Francia les ha

comunicado su matiz en Jinebra y Lausana; la Alemania en Turgovia y Argovia; la Italia en Logano y Bellinzona. Hay poquísima diferencia entre la Bellinzoniana y la campesina de las cercanías de Milan.

La voluptuosidad, sus primores, refinamientos, extravíos, pesares y ardientes goces tienen muy poca cabida entre las mujeres de la Helvecia; su método de vida las aleja, singularmente despues de casadas, de los errores y del ímpetu de las pasiones. Con todo hay que esceptuar á Berna de esta pintura jeneral. Las campesinas comparten con los hombres las faenas de la labranza; en las ciudades se ocupan en cuidar de los niños, en el arreglo doméstico, en algunos actos de piedad, y algunas veces en el estudio, principalmente en Jinebra y Lausana; en los momentos de tedio, que deben de ser muy frecuentes, la calceta es el recurso universal. No hay pais en el mundo donde se haga tanta media como en Suiza. Un jóven francés abrió hace poco un curso de literatura en Berna; las mujeres, por desocupacion, acudieron á oírle; pero todas llevaron á las lecciones medias comenzadas é hilo para trabajar. El profesor, viendo que prestaban mas atencion á esta útil tarea que á sus palabras, les rogó que suprimieran un ejercicio que necesariamente debia distraerlas. En lo sucesivo, nadie asistió á sus lecciones.

En su mocedad, la mujer suiza goza de mas independencia que la española ó la francesa; en esta parte se parece mucho á la jóven inglesa. Ni la tranquilidad de su temperamento, ni lo sosegado de su imaginacion bastan siempre á protegerla contra los riesgos de la libertad que se le deja.

Lo mismo que en Inglaterra, se le perdonan fácilmente deslices, ya inescusables despues del juramento nupcial. Si una especie de bondad de costumbres y un fondo de afectuosa ternura las esponen á la seduccion, las Suizas tampoco ceden á ese ardiente é invencible capricho de las mujeres meridionales, ni á esa eleccion viva y meditada de las Inglesas, ni á la poderosa necesidad de agradar de las Parisienses, ni á esos fuertes arrebatos que producen las grandes pasiones. Es un hecho indudable (el que ya han contado algunos viajeros, sin que se haya dado crédito á sus dichos) que en la parte menos civilizada del Grindelwald y del Entlibuch, el novio tiene el derecho de penetrar, durante la noche, por la ventana en el cuarto de su querida, privilegio extraño, justificado por sus consecuencias, la fidelidad de los amantes y la union conyugal, que preceden y preparan aquellas visitas nocturnas. La coquetería y los escesos se avienen poquísimo con estas costumbres. El hábito, una inclinacion reciproca que ha ido formándose y desenvolviéndose con lentitud, son las causas que determinan la mayor parte de enlaces. Tal vez fuera fácil abusar de aquella candorosa confianza y de aquella franca cordialidad que se ha conservado entre los hombres y las mujeres de los pequeños cantones; pero es imposible que los vivos arrebatos, que los de-

vaneos de una imaginación novelesca tengan jamás cabida en los extravíos de mayor gravedad.

Lausana es la ciudad de Suiza en que menos se aburren las mujeres. «¿Qué hacen Vds. en invierno?» preguntaba yo un día á una señorita de Zug, cuando ni tienen los paseos por la orilla del lago, ni las visitas de los extranjeros para distraerse. «Bailamos cuando no dormimos, me respondió con mucha sal, y dormimos cuando no bailamos.» Ya es sabido que la sociedad de Jinebra es fría, compasada, metafísica y dividida en corros, en los cuales se acechan mutuamente los dos sexos, cual si fueran dos ejércitos enemigos. En Berna, los hombres van todas las noches á fumar la pipa en su *wirthschaft* (posada), especie de hostería reservada para esta ó aquella profesión, esta ú aquella clase. Desde las cinco á las once están separados de sus esposas, las cuales pasan el tiempo como pueden, no teniendo mas alternativa que la media ó las intrigas amorosas. Este último recurso falta enteramente en Lucerna, Friburgo y Zurich. Una existencia semejante, que llevaria á la desesperación á una Inglesa, Francesa ó Italiana, parece dar á la mujer suiza una alegría franca que se aviene perfectamente con su natural gordura. Atravesad los viñedos de Constanza ó de la Argovia, y veréis que las señoras y campesinas confunden á su buen humor; sus voces retozanas os convidarán á probar los frutos de su cosecha; el eterno *Lo-lo-loi* del coro helvético os seguirá por largo tiempo en vuestro camino, mezclado con sus alegres palabras de despedida y su grito amistoso: *Gluckliche reise!* (feliz viaje).

En Suiza se encuentra todo, la alegría y la sombría austeridad, el despotismo mas arbitrario y la mas completa democracia, la indolente adoración de lo pasado y el movimiento republicano.

Hay una Suiza prusiana, otra alsaciana, francesa, italiana, piamontesa, austriaca; y hay otra profundamente suiza; pero lo que puede considerarse como un fenómeno verdaderamente singular, es que la inmersión de la Suiza en todas aquellas influencias no le impide ser Suiza, aun en medio de los extranjeros que la inundan.

La aristocracia de las pequeñas repúblicas helvéticas es tan activa é imperiosa como ardiente su democracia.

Reemplazado en 1830 por personas elejidas en la clase media, el antiguo gobierno aristocrático de Berna, decaído actualmente, persiste en su oposición á las medidas de sus sucesores y se mantiene aislado en su esfera.

Habiendo un decreto del gran consejo actual suprimido algunos regocijos públicos que se celebraban en conmemoración de una victoria alcanzada por los protestantes berneses sobre los católicos de los pequeños cantones, las familias aristocráticas han aparentado celebrar en sus dominios con grandes fiestas aquellos aniversarios de la intolerancia. La aristocracia de Basilea, mas fuerte, y que se sienta sobre ta-

legos de florines y pesos, se muestra dura y desapiadada con los moradores de la campiña; y estos han erguido tambien la cabeza, y dirigidos por algunos jóvenes de ideas exajeradas, han presentado proposiciones inadmisibles. De esta mutua aspereza y de estos errores, en que han incurrido así el uno como el otro bando, ha provenido el actual estado de cosas. Apenas entráis en la campiña de Basilea ó en los lugares limítrofes, en la Argovia y en Zurich, notais en la fisonomía de los campesinos y en el modo de acojeros un descontento y una frialdad que os pasman. Ya no encontráis los saludos afectuosos, las cordiales bendiciones que os dirigia el pastor de Appenzell. En mas de un semblante veis pintada la desconfianza; hallais mas de unos ojos que os miran con recelo. La campiña de Basilea ha querido hacerse aristocrática, y este doble encono, esta rivalidad funesta que se prodigan mutuos insultos sin utilidad para nadie, han creado dos noblezas solo para empobrecer el canton.

Completemos la lista de las contradicciones que la Suiza ofrece al viajero. Si recorreis toda la frontera suiza por la parte de Austria y del gran ducado de Baden, oiréis á mas de un ciudadano, buen patriota, hablar á favor de la monarquía y lamentarse de la poca unidad suiza y de la falta de centralización que hace tan difíciles las decisiones federales, olvidando que aquella unidad está en abierta oposición con las instituciones de su país, y que está ensalzando el influjo de un pueblo vecino, sometido á la centralización mas absoluta. Trasladaos en seguida á Zurich ó á Aarau, y la opinión habrá variado completamente. Allí, para demostraros los beneficios del gobierno *cantonal*, de la division de los centros, os enseñarán aquellos caminos tan bien conservados, aquellas ciudades tan limpias, aquellas tierras del comun cultivadas con tanto esmero, y toda la felicidad y bienestar doméstico. En efecto, es imposible imaginar mejor administración comunal, manejo de los intereses públicos mas puro, economía mas bien entendida. Conciliar esta habilidad parcial con el interés jeneral, con los progresos de la gran nacionalidad suiza; he aquí el gran problema ofrecido á la Suiza, problema difícil y por resolver.

¿Tiene la Suiza un porvenir? ¿Subsistirá en medio de los encontrados intereses de la Europa, de lo pasado y de lo presente, de la Francia y de la Rusia? Así lo creemos. A pesar de las severas, mas no satíricas observaciones que nos ha dictado un examen atento é imparcial, el pueblo suizo es noble, honrado y cuerdo, posee grandes recursos naturales, y su situación le asegura el reposo, reposo que toda la Europa está interesada en conservar. Las encontradas influencias que se contrabalancean en su seno, pero sin ningun choque violento, impiden que el espíritu de revolución ó el de inmovilidad la precipiten en las borrascas ó la estancuen en lo pasado. Finalmente su misma debilidad la obliga á tener cordura; porque

no podemos menos de confesar que hay suma debilidad en una escision federal tan patente. Su equilibrio actual puede durar mucho tiempo, sostenido por la industria, protegido por las potencias estrañeras, contrapesado por los contrastes interiores y goberna-

do por la escelente administracion comunal de los cantones; equilibrio sumamente delicado, y que bien así como el carácter y la vida de los Suizos, se ha ocultado á la observacion y al análisis de casi todos los viajeros.

CONSIDERACIONES JENERALES

SOBRE LA

HISTORIA NATURAL.

Artículo quinto (I).

EL AGUTI, CABIAI Ó MARMOTA BASTARDA (*Savia*).

Todo este jénero habita en la América meridional debajo de tierra, en los huecos de los árboles. Su cabeza es gorda, corta y roma, con el cuerpo poblado de pelo, carece de rabo, ó le tiene muy pequeño y liso. Cuéntanseles cuatro dedos en las patas delanteras, y en las traseras solo tres, en las mas de las especies. Caminan á largos pasos y brinco, se alimentan de vegetales, procrean frecuentemente muchos hijuelos de cada vez, pero disfrutan una vida breve. A estos animales pertenece el cochinito de Indias (*Savia porcellus*), que se nos trae del Brasil, gruñe como lechoncito, y de aquí toma el nombre. En tamaño es igual á una marmota comun, en costumbres y figura, al conejo. Ordinariamente tira á rojizo amarillo ó pintado de blanco y negro, es ágil, se levanta sobre las patas traseras, mira curioso alrededor de sí, acicalase y se compone la cabeza con las patas delanteras. Los cochinitos de Indias beben muy poco, son cariñosos, tímidos y muy sensibles al frio. Los machos y hembras tienen que dormir alternativamente á fin de servirse de centinela.

La hembra hace cada seis ú ocho semanas una ventregada de cuatro á siete hijuelos, que nacen con vista y pelo, poniéndose á corretear á las doce horas. De nada sirven estos animales, cuya carne se come en el Brasil, pero no entre nosotros, aunque ningun sabor particular tiene.

EL CASTOR (*Castor fiber*).

Este notable animal, que se distingue por su sociabilidad, gobierno doméstico y construccion, tiene dientes roedores á modo de tijeras, una cabeza chica en proporcion al cuerpo, é igual á la de una rata, un rabo corto y grueso, ojos pequeños, orejas del-

gadas y redondas, y el todo abulta como un perro mediano. Pesa unas sesenta libras. Las patas delanteras tienen cinco dedos con uñas afiladas y le sirven de mano; las traseras son mas anchas y provistas de nadadoras, con las cuales se sostiene perfectamente, al mismo tiempo que con su fuerte rabo, cubierto de costras, vira en su navegar como si fuese con un timon. La marcha del castor es tarda, pero nada mas lijero. Gusta de sentarse sobre las patas traseras al estilo de la ardilla, y para sus operaciones se vale de las patas delanteras como de manos. Su rabo pasa de una pulgada de gordo, y tiene mas de una tercia de largo. Arroja los escrementos y la orina por un solo orificio como las aves. El color de su pelo es castaño oscuro lustroso, rara vez negro ó de moho, y rarísima blanco. Naturalmente es animal quieto y pacífico, se deja domesticar y adquiere apego al hombre. Vive en la parte septentrional de Europa, Asia y América, señaladamente en el Canadá. No prospera en clima estremadamente frio, ni tampoco en los cálidos. Apártase de la morada y sociedad del hombre, prefiriendo retirarse á la calma de los sitios inhabitados junto á los lagos y caudalosos rios. En paises muy poblados, vive aislado y ninguna huella muestra de su pasmoso instinto arquitectónico, labrándose bajo tierra contra el rio una cueva, donde habita en silencio absoluto con su familia, por cuyo motivo se le denomina tambien el solitario, minador ó terrero. En Europa se hallan algunos únicamente hácia el Danubio, el Oder, el Elba, etc.; y el lindo espectáculo de una colonia de castores en su perfecta disposicion se ha de buscar solo en Norte-América.

Si los castores en sus antiguas viviendas no tienen gran capacidad, ó si se ven precisados á dejarlas, jún-

(1) Véanse el artículo 1º, páj 280; el 2º, páj 328, del tomo IV, el 3º páj 19, y el 4º, páj. 107 de este tomo.

tanse muchas veces algunos contenedores para ir á plantear nuevas fábricas. El tiempo que regularmente dedican al trabajo es la noche. Primeramente escojen, cerca de un río ó del mar, un paraje cómodo, en cuya inmediación se hallen materiales de construir y comestibles. En seguida cortan la leña, para lo cual se valen de sus afilados dientes incisivos. Un castor derriba en algunas horas un tronco de pié y medio de diámetro. Entonces desbastan los árboles, los llevan rodando por tierra, ó los conducen por la corriente, abriendo antes con este intento canales, reuniendo tierra y cal, dirigiendo la fábrica con pasmosa atención á las diversas proporciones de los sitios y capacidades, en lo cual sobrepujan mucho á las simétricas construcciones de otros animales. En caso necesario, levantan en el agua un dique ó calzada, á veces de 110 piés de largo, y en el cimiento de 12 á 14 de ancho, que casi no se deteriora. Después de ejecutados todos estos preparativos, en que trabajan asociados, se distribuyen por casillas, para formarse sus chozas respectivas. Cada una reposa en seis pilares que enclavan con solidez á la orilla y aun dentro del agua. Entonces alzan una gruesa pared de dos piés, con ramas hábilmente entrelazadas, llenando los claros con greda, barro y musgo, dejándolo todo tan firme y sólido que ni el aire ni el agua pueden penetrar. La estension de estas chozas varía segun que las deban habitar muchas ó pocas familias y trabajar en ellas. Las hay de cuatro á diez piés de elevación, ordinariamente con tres cuerpos, el inferior situado debajo del agua. El techo es abovedado, y el todo de la cabaña uniforme, quedando en el mayor número dos avenidas, una por la parte de tierra, y otra por la del agua. Todo lo interior se halla igual y aseado con el pavimento cubierto de musgo. Segun el tamaño de las casitas, las ocupan de cuatro á veinte castores, estableciéndose juntos por pares machos y hembras, pero de modo que penda casi siempre el rabo dentro del agua, cuyo elemento parece ser indispensable á su índole, participe de la del pez. Algunas viviendas están continuadas entre sí en filas de diez á doce, y tambien de veinte á veinte y cinco, empleando para tan difícil como ingenioso trabajo por únicos instrumentos los que han recibido de la naturaleza. Los dientes les sirven en lugar de escardillos y sierras, las patas delanteras en vez de manos, las traseras como timón, la cola como remo y como llana de albañil.

Su alimento consiste en ramas tiernas, cortezas frescas, hojas, renuevos, etc., de lo cual juntan provision bastante, conservándola en el piso mas bajo para que se mantenga fresca; pero comen tambien peces y cangrejos. Pasan tranquilos el otoño é invierno en sus cabañas; al principio de la primavera la hembra da á luz de tres á cuatro hijuelos, y despues los machos se van al campo á tomar sustento, aunque tambien de cuando en cuando acuden á visitar á las hembras, quienes, al cabo de algunos meses, despiden

á sus hijuelos. En julio y agosto recomponen asociados sus antiguas moradas, ó se fabrican otras nuevas para ocuparlas por setiembre.

El castor, por razon de su esquisita piel, roja ordinariamente ó de castaño oscuro y hermoso lustre, es muy perseguido, particularmente en invierno. La belleza de la piel se cifra en el negro, espesor y finura del pelo. Antiguamente fué su caza estraordinariamente beneficiada, de modo que en el año 1743 trajeron á Europa los Ingleses 27.000 pieles de castor, y hácia la misma época los Franceses, dueños á la sazón del Canadá, trajeron 127.000. En la actualidad aun llegan anualmente sobre 100.000 pieles, cuyo pelo se emplea en sombreros y manufacturas de lana de gran valor. Los Americanos gastan en calzado y otros usos los pellejos pelados, y los salvajes del norte de América comen la carne, teniéndose por un bocado de regalo el rabo muy gordo, pues á veces se paga al precio de un ducado, sin embargo de pesar solamente unas cuatro libras. En las cercanías del orificio tiene todo castor dos bolsitas del tamaño de huevos de gallina, dentro de las cuales está contenida una materia de color de canela, de olor que trastorna, y de gusto amargo, llamado aceite de castor: es un eficaz remedio en diversas afecciones nerviosas, en la hipocondría, mal de corazón, etc. Atendidas las nadadoras de las patas traseras, algunos naturalistas clasifican el castor entre los anfibios.

EL DESMAN, Ó RATON ALMIZCLEÑO Ó DE MOSCÚ
(*Castor sibiricus*).

Este animal, cuya principal patria es el Norte de América, donde distribuyéndose por familias, habita las riberas de los ríos y mares, tiene caracteres jenericos comunes con los ratones, y particularísima semejanza con el satirio ó rata de agua de las Indias; pero en conformacion, color, pelo é instinto arquitectónico, se parece al castor mas que á ningun otro animal. Casi viene á ser del tamaño de un conejo. El rabo es enteramente rollizo en la raíz, comprimido por ambos lados en el medio, y hácia el remate está como cortado perpendicularmente. Entretejese sus cabañuelas con juncos á modo de colmenas, y las reboza con una gruesa capa de cal. En invierno se abre en la tierra una cueva con la entrada debajo del agua. Su alimento es de raíces, toda especie de gusanos, y señaladamente sanguijuelas. Tiene dos pequeñas glándulas con humor almizclado. A lo mismo huele su piel, que tambien figura en el tráfico, y con semejante humillo ahuyenta las orugas.

JÉNERO DIDELFOS (*DIDELPHIS*).

De las especies de estos animales, americanos la mayor parte y que se sustentan de pajarillos ó de sus huevos, insectos, lombrices y frutas, no todas nos son conocidas. Los mas de los naturalistas mo-

dermos las aislan en un orden propio. Algunos de estos animales tienen colmillos, y á otros les faltan. Tienen un hocico semejante al del zorro, el cuerpo esbelto y poblado de lanas, un hopo grueso y ensortijado; y en las hembras se nota debajo del vientre un zurrón que sirve para receptáculo de los hijuelos.

EL DIDELFO MARSUPIAL (*Didelphis Marsupialis*).

Habita en Surinam, y verosíblemente no difiere del filandro brasileño. Igual en tamaño y costumbres á la marta, se oculta de día, por la noche asalta los corrales y degüella toda especie de aves, y arrastrándose trepa á los árboles en persecucion de los pájaros, comiéndose tambien los huevos, insectos y frutas. Está dotado de un olfato extraordinariamente fino. La hembra conduce los hijuelos en el zurrón del vientre como la especie que sigue, segun espondrémos á continuacion.

DIDELFO MEXICANO (*Did. Opposum*).

Vive en las rejiones cálidas de ambas Américas, se alimenta de gusanos, insectos, cañas de azúcar y hojas de árboles, se deja fácilmente domesticar, aunque tambien hace la guerra á las aves de corral como la especie anterior, y es del tamaño de una marta. En el correr no es singularmentelijero, pero á beneficio de su largo rabo se columpia de un árbol á otro. Si no puede escapar de los que le persiguen, se hace el mortecino, y así se libra de muchos animales de rapiña. Prolonga su finida muerte, por fuertes que sean los golpes que se le den, principalmente la hembra, cuando tiene hijuelos dentro del zurrón. Acosado, suelta en pos de sí un repugnante hedor peculiar, que sin embargo es poco fuerte. La madre suele sacar los hijuelos fuera de la bolsa que tiene en el bajo vientre, donde tambien se hallan las tetas de que maman, y así juegan y se calientan al sol; pero al menor peligro los llama y trae á sí, los guarda en el zurrón y huye con ellos. Los Americanos tienen por bocado de regalo la carne de este animal, é hilan y trabajan el pelo como lana.

El didelfo de Virginia, que habita en el Norte de América (*Didelphis virginiana*), es de costumbres parecidas.

DIDELFO SELVATICO. (*Didel. dorsigera*).

Viene á ser del tamaño de una rata, con las orejas peladas y tiesas, pestañas de azul subido, y habita en agujeros hechos en tierra. Al punto que amenaza algun peligro, los hijuelos saltan sobre el lomo de la madre, y enroscan su rabo al rededor de la corvadura que forma la raíz del hopo de aquella, mientras la misma echa á huir con ellos, por lo cual tambien se llama á este animal *Eneas de Surinam*.

DIDELFO JIGANTESCO (*Didelphis Gigantea*).

Este didelfo, que es de color atabacado y del grandor de una oveja, habita en la nueva Holanda, en rebaños de cincuenta y mas, se sustenta enteramente de yerbas, y fué descubierto modernamente en los viajes de Cook. Desde el hocico hasta la punta del rabo tiene mas de nueve piés de largo; puesto derecho, es de la altura de un hombre, y su peso no baja de 140 libras. Su cabeza es notable por las grandes y sobresalientes orejas, y debajo de la nariz tiene largos bigotes como los gatos. Las patas traseras son casi tres veces mas largas que las delanteras, por cuya conformacion brinca mas bien que marcha, dando saltos de seis y mas varas, tan lijero que ningun lebre puede igualarle; por lo demás es tímido, espantadizo y nada perjudicial. Se pone á pacer sobre cuatro piés como los demás animales; si se para, reposa sobre las patas traseras; lame el agua como un perro, y lo que es notabilísimo, sin observarse en ningun otro mamífero, sus largos dientes incisivos de la quijada inferior se mueven y apartan entre sí. La hembra tiene, como la del didelfo marsupial, un zurrón bajo el vientre, que la sirve para sus hijuelos. No pare mas que uno, y lo cuida nueve meses hasta pesar mas de catorce libras. La morada de este didelfo es debajo de tierra, y en la Nueva Holanda comen su carne, que es magra y dura.

JÉNERO PEREZOSOS.

Los animales de este jénero carecen de dentadura (los perezosos propiamente tales carecen solo de dientes incisivos, pero el oso hormiguero no tiene ninguno absolutamente). Como ya lo denota su nombre, son muy flojos y pesados en todos los movimientos. Si son acometidos, se manifiestan sagaces, animosos y fuertes, son muy frugales y nada beben. La conformacion de sus miembros denota torpeza, y su mirar insensibilidad. Su paso es lento, y con trabajo trepan arrastrándose á los árboles, de cuyos frutos y corteza se alimentan. Para poder subir á aquellos tienen en las patas traseras fuertes garras retorcidas.

PEREZOSO DE TRES DEDOS (*Bradypus tridactylus*).

Habita en las rejiones mas cálidas de la América del Sur, como la Guayana, el Brasil, etc.; viene á ser del tamaño de una zorra mediana, pero torpe; de pelo negruzco; tiene tres fuertes garras en las patas delanteras, y se mueve á paso extraordinariamente tardo. Su rostro es chato y oscuro, y de sus apagados ojos sale un mirar parado y frio. Su voz, que apenas se hace perceptible solo por la noche, consiste en un monótono ay, ay. Para ir arrastrándose en un trecho de dos varas, gasta una hora, necesitando de ocho á nueve minutos para echar un pié

tras otro, sin que los mas recios golpes basten á darle la menor lijereza. Se alimenta, como ya se sabe, de hojas y frutos, cuyo jugo le sirve de bebida. Cuando ha consumido todo lo comestible de un árbol, para ahorrarse el movimiento de la bajada, hecho un revoltillo se deja caer al suelo, y pausadamente busca otro árbol á donde subir. Puede ayunar un mes, disfruta en jeneral de una vida tenaz, y es sumamente insensible. La hembra da ventregadas de un hijuelo no mas, que suele llevar á lomo. La naturaleza le ha protegido doblemente contra sus enemigos: primero, dotándole de tal fuerza en las patas, que si acierta á caer entre sus garras un animal, queda cojido sin poderse soltar y muere de hambre. Por otra parte pone los ojos de un modo tan lastimero y deplorable, que podria escitar compasion aun á los animales carniceros, si les tendiese una mirada, y hasta mueve á llorar, no siendo fácil que haya hombre desapiadado, en términos de atormentar en nada á semejante animal desamparado y miserable. Su carne es comestible cuando gordo. El perezoso de dos dedos (*Bradypus didactylus*) es mas pequeño, y es tan indijena de la América del Sur como de las Indias orientales.

HORMIGUERO. (*Myrmecophaga jubata*).

Este animal, que habita en la América meridional y se sustenta de hormigas, es muy tardo. Embarázanle la marcha sus grandes garras que le sirven para trepar y para escarbar los hormigueros. Si le atacan, es rabioso y temible adversario, y hasta los mas denodados animales de rapiña americanos tienen que sucumbir ó salir escarmentados; pues con sus potentes garras no solo demuestra valor, sino que á veces golpea tan de recio en el cuerpo de su enemigo, que no puede esteretirarse, entablándose una terca lucha que no acaba hasta caer ambos muertos á la par. Coje las hormigas del modo siguiente: Luego que llega al hormiguero, lo desentierra profundamente con sus fuertes zarpas, metiendo hasta mas de dos piés su larga lengua que está embadurnada con una materia viscosa, de la cual quedan colgantes en gran número las hormigas. Entónces la retira, y de esta suerte engulle á millares las hormigas vivas. A los árboles trepa en busca de miel. Pasa bastante lijero á nado un gran rio, y puede soportar mucho tiempo el hambre. La hembra procrea de cada vez un solo hijuelo, que tarda cuatro años en llegar á su perfecto desarrollo. Muchos Americanos comen la carne de este animal, cuya piel se utiliza como mercadería. Conócense además cinco especies de hormigueros, el mayor de los cuales es del tamaño de un mastin, y el mas pequeño como una ardilla.

MAMIFEROS TESTACEOS.

EL ARMADILLO Ó TATO DE TRES FAJAS.

(*Dasypus tricinctus*).

El jénero á que pertenece el armadillo de tres fajas

carece de dientes incisivos y caninos, tiene la cabeza y cuerpo revestidos de unas escamas córneas muy resistentes, y una cola enroscada. El llamado tato vive en el Brasil, y es un sér en extremo tranquilo. Si corre algun riesgo, se arrolla enteramente como un erizo, y no deja ver mas que la nariz. Hoza la tierra como el cerdo, para buscar raíces; aliméntase de frutos, así como de otros animalejos, si acierta á encontrarlos. Suele ser por sus escarbos muy perjudicial á las huertas y plantíos, y habita en hoyos que regularmente solo deja de noche. Anualmente da de tres á cuatro ventregadas, cada una de muchos hijuelos, cuya carne no es de buen gusto: la de los tatos hechos busmea á rancio y almizcle, aunque tambien la comen los Indios. Sobre la concha ó coraza del armadillo hay formados unos huecos impenetrables. Hay armadillos con seis, nueve y hasta doce fajas.

EL LAGARTO ESCAMOSO (*Manis*).

De este jénero hay dos especies que tienen una larga jeta, lengua tambien larga, pero delgada, carecen de dientes, y se alimentan de hormigas, cuyos nidos desentierran. Toda la parte del lomo, y aun la superior de la cola, está, en lugar de pelo, cubierta de escamas duras, huesosas y afiladas, mas la barriga está poblada de aquellos. Las escamas se hallan dispuestas como las de una piña, á las cuales se asemejan tambien por la forma y color. Esta coraza escamosa constituye la única defensa de este animal singularmente inerme. Si es acometido, se arrolla como un erizo y enrosca su larga cola al rededor de las escamas, y de esta suerte queda libre de los ataques, aun de los temibles animales rapaces. Enteramente incapaz de dañar, vive en los paises cálidos de Asia y Africa en agujeros dentro de tierra, y por la noche caza el sustento: su carne es comestible, y la cola sabrosísima.

EL PICUDO (*Ornithorhynchus paradoxus*).

Este animal, sumamente extraño, sin duda se parece bastante á la nutria, tiene nadadoras en todas las patas, un hopo ancho y peludo, y sobre el cuerpo lanas suaves casi de color de rata; pero de todos los mamíferos que nos son conocidos, se distingue por la singular conformacion de sus quijadas, que se asemejan á un pico de ánade. Este extraño animal, de cuyas costumbres hasta el dia casi nada se sabe, habita en un lago de la quinta parte del mundo, y para je notable por las especiales formas de sus objetos, no distante de Botany-Bay. El picudo, para colmo de rarezas, hasta pone huevos, por cuya circunstancia prefieren algunos naturalistas contarle entre las aves, pero á esto se opone la absoluta carencia de plumas.

JÉNERO ERIZOS (*HYSTRIX*).

Los animales á él pertenecientes presentan un cuerpo cubierto de agujones y pelos, cuatro ó cinco dedos en las patas delanteras y traseras. Sus dientes y manera de vivir son de animales roedores, entre los cuales han sido colocados por muchos naturalistas. Se sustentan de yerbas, raíces, frutas y granos.

EL PUERCO ESPIN COMUN. (*Hystrix cristata*).

Solo por su gruñido tiene analogía con el cerdo, pues en cuanto á la formacion del cuerpo, ninguna semejanza guarda con él. Habita los países cálidos de Europa, Asia y Africa; tiene dos pies de largo, hocico romo, orejas chicas, redondeadas y aplanadas, patas cortas, pero recias, un rabo pequeño, sobre la espalda y cuello una crin compuesta de cerdas blancas y grises. El lomo está guarnecido de puas ensortijadas, de blanco y negro, de diez pulgadas de largo, y parecidas á cañones de plumas. El rabo tiene agujones despuntados y huecos, y en el resto del cuerpo hay gruesas cerdas. Si el animal es irritado ú ofendido, despide por alto jadeando y pateando sus agujones, restalla con los cañones del rabo, y se enrosca todo en una pieza como un erizo, de modo que ni el lobo siquiera puede nada con él. Pasa el día en su madriguera, distribuida en muchos apartamentos, y solo por la noche va en busca de su alimento, que consiste en granos, yerbas y cortezas de árboles. En primavera pare la hembra de dos á cuatro hijuelos, que son fáciles de domesticar. La carne de este animal se come fresca y ahumada. Las puas se aprovechan para mondadientes y estilos de pinceles.

El puerco espin del Canadá (*H. dorsata*) es mas pequeño, de un pie y medio de largo; hállase tambien en Terranova y hasta en la bahía de Hudson, sirviendo de importante sustento á los indijenas.

EL ERIZO (*Echinus Europæus*).

El erizo, único análogo al puerco espin, es clasificado por algunos con los animales carnívoros, y con los roedores por otros, y ocupa el medio entre el tejón y el puerco espin. Tiene las orejas chicas, redondeadas, una cabeza á modo de piña, que remata en una jeta roma y como recortada. Sus ojos son pequeños y muy saltones. En medio de la frente empieza el orden de agujones que cubren el cuerpo, los cuales son de una sustancia como asta, tienen una pulgada de largo, punta hacia los dos extremos, color blanco amarillento en la raíz, pardo negruzco en el medio, y pueden ser dirigidos y lanzados en varias direcciones. En el bajo vientre hay un pelo en forma de lana; las patas son negras y cortas, y su dentadura consta de treinta y seis piezas. Es tímido, y luego que se alarma queda enroscado y hecho una bola de agujones, lo cual, junto con la orina que arroja, espanta á su contrario. No

es de sentidos perspicaces, esceptuando el olfato que tiene finísimo: tambien carece de lijereza, agilidad, astucia y valor. Es torpe, tardo y sumamente miedoso. El reino animal y vegetal le proporcionan sustento con ratones, topos, ranas, sapos, lombrices, insectos, frutos, granos, raíces y yerbas sustanciosas.

En el estío prefiere habitar los bosques de árboles que conservan sus anchas hojas hasta el otoño, los viñedos, huertas y campos de rastrojos cereales, donde solo ó con familia acolcha sus blandas guaridas, bajo las raíces de viejos árboles ó arbustos, en los setos, enramados ó terreros y entre las paredes. En invierno, cada cual separadamente se retira á una profunda madriguera escavada en tierra, pero igualmente acolchada, y á las primeras fuertes heladas se adormece, quedando como una bola, y con la jeta aplicada al vientre por su blandura. En julio y agosto pare la hembra de tres á seis hijuelos, que son blancos y de pelo muy claro, maman por espacio de cuatro á seis semanas, y despues engordan comiendo insectos, lombrices y frutos. Por tanto hacen mas provecho que daño estos animales, pues cazan una multitud de ratones, insectos, gusanos y otras sabandijas, y como á nadie molestan, el hombre tampoco los persigue, y sin disgusto los ve en huertos y viviendas. Suele comerse la carne de este animal en algunos países.

ANIMALES CARNÍVOROS.

Jeneralmente se sustentan de alimentos animales; poseen las tres especies de dientes, y en particular los colmillos son muy fuertes y adecuados para despedazar la presa; sus dedos están armados de poderosas garras.

JÉNERO ALGALIAS (*VIVERRA*).

Tienen junto al orificio una bolsita ó glándulas con cierto humor muy hediondo. En lo demás, y especialmente en las costumbres, se parecen estos animales al género martas.

EL GATO DE ALGALIA (*Viverra Zibetha*).

El gato de algalia, que habita en el mediodía de Asia, señaladamente en las Filipinas y en el norte de Africa, es muy semejante en el color al gato montés, pero mayor que este. Tiene unos cuatro pies de longitud, con un rabo largo, anillado de blanco y negro, y el lomo pardo, listado de ondas negras. Su voz es de zurrido, parecida á la de un perro azulado. Se alimenta de pájaros y otros animalillos, y aunque rapaz y bravo, tambien se domestica. De este animal sale la algalia, sustancia de olor fuerte, grasienda, que en ambos sexos se prepara en una bolsa propia, situada cerca del ano, y que en farmacia se emplea como antispasmodica.

Por razón de la algalia ó unto parecido al almizcle, este animal se domestica y mantiene con mucho esmero. Se le encierra dentro de una estrecha caja, en la que no se puede rebullir, y cada dos ó tres dias se le estrae la materia de la bolsa con una cucharita de palo. La algalia fresca hiede con tal intensidad, que causa mareo y dolor de cabeza; pero despues se vuelve mas suave y agradable.

ALGALIA PESTÍFERA (*Viverra putorius*).

Esta algalia, que tiene de comun con la marta el tamaño y el alimento, y es de color prieto negruzco con listas blancas en ambos costados, habita solo en las rejiones cálidas de la América septentrional, y no pocas veces se mete por las casas en busca de pasto. Tambien trepa á los árboles con gran lijereza, á caza de huevos de pájaros. Bajo del rabo, en glándulas particulares, tiene segregada una grasa horriblemente fétida, que puede lanzar á muchos piés de distancia sobre sus perseguidores, y á cien pasos en derredor suyo apesta el aire de tal modo que los cazadores paran el aliento, y los mejores lebreles con espanto se vuelven, aprietan la nariz contra el suelo, y no tratan ya de perseguirle. Si una gota de jugo cae sobre una persona, por mas que se limpie ó lave, le queda por meses el hedor insoportable, que le priva igualmente de acercarse á nadie, y así cuentan que le sucedió á un viajero con este animal en el norte de América donde habia vivido. Por la noche de repente se difundió tan horrible hedor que no pudo permanecer en cama, y hasta el ganado se puso á muir. En otra ocasion se introdujo una algalia en cierta bodega, y una criada la mató; pero de resultas del hedor cayó enferma por algunos dias, y todos los comestibles y bebidas guardadas en el subterráneo se echaron á perder. No obstante los salvajes comen la carne de este animal que no debe de tener mal gusto, y gastan su piel para bolsas.

RATA DE FARAON (*Viverra Ichneumon*).

El ichneumon, rata de Indias ó de Faraon, vive en Oriente, con preferencia en Egipto, y viene á ser la garduña de aquellos países, teniendo con ella la mayor similitud en conformacion y naturaleza, diferenciándose solo por el color blanquecino entreverado de negruzco, y por los pelos tiesos casi como cerdas. Es algo mayor que un gato, y aunque muy dañino para las aves de corral, es mirado como animal casero; es por naturaleza bravío é indómito, devorador de ratones, pájaros, culebras, sapos, ranas, lagartos, etc. Para el Egipto es útil en extremo, y en lo antiguo fué adorado y tenido por sagrado. Tambien se hace muy provechoso al país buscado y comiendo los huevos de cocodrilos; pero en cuanto á lo que se atribuye al ichneumon de que directamente se venga de los cocodrilos mientras duermen, abalan-

zándoseles á la barriga y royéndoles las entrañas, esto es una fábula.

JÉNERO NUTRIAS (*Lutra*).

Estos animales tienen piés y dedos muy cortos y provistos de nadadoras, de modo que pueden sostenerse y dirigirse muy bien de un punto á otro en el agua.

NUTRIA COMUN (*Lutra vulgaris*).

Viene á ser del tamaño del tejón, pero mas esbelta y de mas cortas piernas, las cuales están provistas de nadadoras y armadas de uñas afiladas, por cuyo motivo pueden ir tambien por el agua, y zambullirse para buscar el sustento. Tienen la cabeza baja, los ojos pequeños y párdos, las orejas cortas, redondas, y el pelo corto, suave como una seda por unos sitios, largo y áspero en otros: el del cuerpo es hermosísimo, de color claro de café, igual, lustroso, y que conserva toda su belleza así en invierno como en estío. La nutria habita con el castor los climas benignos del norte. Son muy abundantes, y las mas hermosas se hallan en el Canadá, pero ni con mucho llegan al castor. En Europa no son raras, hallándose algunas en las orillas de rios y arroyuelos dulces, tambien cerca de los lagos y estanques, donde forman sus moradas, en la intermediacion ó debajo de gruesas raices. Su mas agradable alimento son peces y cangrejos, á falta de los cuales tambien comen ranas y ratones de agua. Ejerce gran devastacion sobre los peces, que devora con ansia y degüella mas de los que puede comer. Teme al hombre mas que ningun otro animal, y con sus finos sentidos de vista y olfato le conoce á distancia de mas de mil pasos, brincando entónces con suma velocidad á su madriguera. Por lo demás, la nutria es bravía, maligna y astuta, estraordinariamente atrevida, y de mordedura muy peligrosa. Fuera del agua puede tambien correr bastante lijera. Por lo comun se las coje con fuertes narcóticos, pues además de su fino olfato, la perspicacia de vista y oido que disfrutan dificultan su caza con escopeta. La piel suministra un excelente producto, que se emplea para guarnecer gorras, escarpines ó chapines, zapatos, manguitos, etc. Una piel de nutria europea vale de seis á ocho pesos, y las del Canadá son mucho mas caras. Con el pelo fino se hacen sombreros mas estimados que los de castor, y con el de la cola se labran buenos pinceles. La carne de este animal es de poca sustancia y de un gusto á fango. El peso de una nutria mediana se calcula en cuarenta libras.

LA NUTRIA PEQUEÑA (*Lutra minor*).

Este animalejo acuático, raro en Alemania, mas frecuente en Polonia, Finlandia, Rusia y parte oriental del norte de Asia, se halla principalmente en las

provincias medias de la América septentrional. Tiene el tamaño y forma de la marta, pero es mas corto y recio de pelo, con los dedos igualmente ásperos, unidos por nadadoras. El cuerpo se presenta de fondo claro oscuro, cubierto de pelos largos, pardos ó negruzcos y vedijados. Irritada esta nutria, despidе de sí un hedor insoportable. Habita en las orillas del agua, dentro de agujeros que se construye ella misma ó en huecos de árboles, escogiendo particularmente los terrenos bien poblados de bosque, en los cuales, durante el invierno, el agua no se hiela enteramente. Peces, ranas, escarabajos de agua, huevos de tortuga, etc., son su alimento, pero sobre todo apetece los cangrejos y gusta de perseguir á las ratas. Su piel no es tan esquisita como la de la cebellina, y se usa para gorras, guarniciones y cuellos de chupas.

LA NUTRIA DE MAR (*Lutra marina*).

Este animal ha tomado su nombre del mar donde habita. Hállase en las costas de Kamtschatká, tambien en la isla de Bering y en las de las Aleutas. Tiene la misma conformacion y costumbres que la otra especie, y usa del mismo alimento, solo que no es tan maligna ni tan mordedora, siendo mucho mas gorda, en términos de pesar hasta ochenta libras. La nutria marina puede nadar bien, y con mediana presteza correr por tierra; es sumamente astuta, y aunque débil de vista, posee en comparacion un olfato y oído finísimos. La caza de estos animales es muy arriesgada, porque su mayor provecho es en el rigor de los hielos, y no es muy raro que el cazador sea llevado muchas millas mar adentro con algun témpaño de hielo, errando á la aventura y padeciendo angustias, hasta que un viento favorable le restituya á la tierra. Tambien se defienden los animales estos á fuertes bocados si el cazador se les acerca, pues que al miedo sobrepuja su amor conyugal y materno. Machos y hembras se quieren tiernamente, se acarician, abrazan y besan, guardándose constantemente mutua fidelidad. La hembra tiene un solo hijuelo en cada parto, y regularmente siempre en tierra, llevándole en la boca lo mismo dentro del mar que fuera; mas para dormir en el agua, se colocan el hijuelo entre las piernas, al modo de una madre que procura tener asido á su niño. Tambien echan las crías al agua para enseñarlas á nadar, pero si se cansan, les cojen otra vez y las besan, como hacen las personas. Si la madre duerme en tierra, hasta despertar conserva el hijuelo, ya echado contra el pecho y en sus brazos, sin soltarle jamás, ni aun al verse amenazada de muerte. Si se le quitan, jime como un perro, y corre tras del raptor. Un viajero, habiendo quitado á varias nutrias sus hijuelos, sentóse con ellos sobre la nieve, y entre agudos alullidos vinieron hasta junto á él los padres, para rescatar sus crías puestas sobre la nieve. Ocho dias despues, el viajero volvió al mismo paraje hasta donde habia conducido las crías, y encontró allí una de las ma-

dres, muerta de la gran pesadumbre, y con pismo reparó, al desollar el animal, que consumido hasta quedarse casi en los huesos, al cabo de ocho dias aun daba muestras de haber sobrevivido hasta pocos momentos antes de llegar el viajero. La piel de la nutria marina es muy hermosa y cara, y es tanto mayor su precio cuanto mas oscura de color, de modo que una sola grande, negra y lustrosa se paga en mas de seis onzas de oro. En el centro de Europa se usan rara vez; pero los Rusos é Ingleses envian muchas á la China, donde los magnates del imperio las gastan para guarnecer sus vestidos.

JÉNERO MARTAS (*MUSTELA*).

Nos presenta en la quijada superior seis dientes incisivos, rectos, puntiagudos y separados, en la inferior otros seis, romos, apretados entre sí, y dos de ellos vueltos hácia dentro; en cada pata cinco dedos con garras agudas é inmóviles. La cabeza de estos animales es pequeña y aplanada, viven al abrigo y en seco, ocupando sus guaridas, y sustentándose de carne fresca, huevos y frutos. Salen únicamente por la noche, andan á brincos, trepan bien y se cuelan por pasos angostos.

LA MARTA GARDUÑA (*Mustela Foina*).

Este animal, que habita en todas las comarcas templadas de Europa y Asia, inmediato al hombre, entre los montones de piedras, edificios y paredes viejas, en las majadas y casas de campo, se diferencia de la marta silvestre por la pechera blanca, en ser mas pequeña, y no tener una piel tan fina y lustrosa como la otra. Su tamaño iguala al de un gato mediano. Tiene la cabeza redonda, por arriba algo aplanada, y de repente se hace puntiaguda, asemejándose á la de un lebrele ó jabalí. Su dentadura es afilada, y al rededor de la boca ofrece, como los gatos, un bigote de pelos tiesos y negros. Sus ojos, azules y muy apartados uno de otro, relucen en la oscuridad; las orejas son chicas, anchas y redondeadas; el cuello es corto y gordo, el cuerpo esbelto, el hopo es franjeado y estendido; las patas son pequeñas, las delanteras mas largas y gruesas que las traseras. En la márjen del ano, la garduña tiene dos glandulitas ovoides, que encierran un líquido de mal olor. Este animal en su mayor parte es de color rubio pardo que tira á negro, blanco en la garganta y pechera, posee un olfato muy fino, y tan buena vista que aun en la noche mas tenebrosa puede ver, lo cual le favorece mucho para sus rapiñas nocturnas. Hállase igualmente dotado de gran disimulo, astucia y lijereza en el andar y trepar, aunque mas bien brinca y salta que anda, y en el nadar muestra suma habilidad. La garduña es tan ladina y trapacera, que apenas bastan las mas eficaces medidas de vijilancia para preservar de su voracidad los gallineros y palomares. Merced á la singular disposi-

ción de su cuerpo, se cuele por las mas angostas aberturas, con una lijereza que verdaderamente asombra. Cruel y sedienta de sangre, arrójase como un tigre sobre las infelices aves de corral, degollando á diestro y á siniestro, hasta acabar con todas, no precisamente por hambre, y sí tan solo para cebarse en un verdadero placer, no pudiendo engullir ni llevarse consigo cuanto destroza. Tambien suele buscar los conejos y huevos, que sabe chupar con mucha maña. Al mismo tiempo nos trae el beneficio de destruir igualmente las ratas, ratones y topos, en lo cual debemos condescender y estarla agradecidos; pero lo que es para sacudir de los árboles las cerezas y ciruelas no haria mucha falta. Si ha llevado sus devastaciones á un corral, las aves del gallinero aborrecen enteramente el lugar donde entró, lo que puede provenir ya de los sustos recibidos, ya tambien del hedor que la garduña deja en pos de sí, y que para las gallinas es insoportable. La hembra suele parir mas de una vez al año, y de cinco á ocho hijuelos. La duracion de su vida no pasa de doce años; pero ¡cuánto no puede esterminar en este periodo! Tambien tiene su enemigo. El cazador la persigue, particularmente en invierno, por razon de su exquisita piel, que pertenece á la peletería preciosa.

MARTA BOSCANÁ (*Mustela Martes*).

Distínguese de aquella en tener doradas la pechera y parte anterior del cuello, con pelo castaño lustroso. Guarda una perfecta semejanza con la garduña, diferenciándose en ser notablemente mayor, y de cabeza mas corta y recia, de patas mas largas, cuello color de yema de huevo, y lo restante del cuerpo de un hermoso castaño oscuro, esceptuadas las patas y cola que son negras. Las moradas de estos animales son los encinares, las hayas, particularmente los abetos y sombríos pinares, donde habitan los huecos de árboles, ó nidos de palomas zoritas, cuervos, aves de rapiña y ardillas, ó las quiebras de montañas pedregosas.

El principal alimento de esta especie consiste en ratones, ardillas, gallos y gallinas silvestres, ortegas, perdices y otras especies de volatería mayor y menor, que duermen en el suelo ó en los árboles. Tambien se lanza á los lebratos; come además de muy buena gana las serbas, é igualmente gusta de la miel: pero cifra su especial regalo en los cañamones. Su piel, que es preciosa, se usa teñida y sin teñir. Muchos pueblos del norte comen su carne. Es útil para los bosques por cuanto estermina las ardillas, tan perjudiciales á las simientes y tiernos brotes, mata en gran número los moscarderos (lirones), ratones campesinos mayores y menores.

VESO (*Mustela putorius*).

Tanto en conformacion quanto en costumbres, es sumamente parecido á la marta, aunque algo menor

y un poco mas esbelto, con la cabeza mas gorda y el hocico mas agudo. Su pelo es negruzco, el bigote y los mechones de las orejas son blancos. Su dentadura es medianamente afilada, siendo comunmente maligno y mordedor, de forma que atacándole se pone en defensa. Tiene cubierto el cuerpo con una piel fina de pelo espeso, y debajo de la cola dos glandulitas que contienen un humor de olor nauseabundo. El veso es ligero y ágil, nunca está quieto, y para correr da saltos. Su olfato y vista son muy esquisitos, y emplea mucha sagacidad en buscar y sorprender la presa. Vive entre las paredes, en las majadas y establos, entre las pilas de madera ó piedras, como la garduña, con la cual casi tiene patria comun. En voracidad y rapacidad la iguala tambien, aunque no es tan determinado. Entrégase, principalmente de noche, á sus correrías, degollando ocas, patos, gallinas y palomos, que se lleva consigo y devora, aunque causa menos mortandad que la marta garduña. Hace acopios de huevos, que sin el menor quebranto va juntando en su guarida. Durante el estío, solamente en caso de penuria come la carne de raton: mas en invierno se da á la caza de todo jénero de ratas domésticas y campesinas, inclusa la de agua, y tambien la sirven de sustento las ranas, lombrices de tierra y langostas. En sus expediciones de verano por sembrados y bosques, acecha los nidos de cugujadas, ánades silvestres, codornices, faisanes, perdices, etc., formando su botín con los huevos ó los pollos de estas aves. Igualmente se tira á las conejeras y colmenas, sin desperdiciar tampoco la pesca. No puede sufrir ruido, y especialmente al chis chas ó retintín de los instrumentos de hierro profesa un odio natural, pudiéndosele por tanto acosar y matar á tiros fuera de sus madrigueras. El pellejo, por diciembre y enero, suministra un buen artículo de peletería; pero, á pesar de su excelente calidad, en razon al mal olor que por mucho tiempo retiene, sirve solo como guarnicion ordinaria para guantes y gorras de labradores, y rara vez en forros de vestidos. De los largos pelos de su cola negra salen los mejores pinceles, y su carne es usada únicamente por algunos pueblos rusos.

HUOX (*Mustela Furo*).

Este animalejo es algo menor que el veso; tiene el pelo del cuerpo de un rojizo blanquecino, y la pupila de los ojos encarnada. Habita en el norte de Africa, do donde es oriundo; pero, atendida su utilidad, es tenido entre nosotros por animal manso y doméstico. Como en el veso, del que se diferencia solo en tener el cuerpo mas prolongado y escurrido, con la cabeza mas chica y hocico mas puntiagudo, se le cuentan treinta y cuatro dientes. Ofrece unos ojos grandes, turbios y de un encarnado bajo, orejas anchas, redondas y apartadas, patas cortas y provistas de garras blancas. Es dócil, á la par que iracundo, de mirar vivamente encendido, de movimientos lijeros

y de mucha fuerza; difícilmente aprende á conocer á su amo; duerme mucho y profundamente, husmea, señaladamente despues de muerto, á almizcle; y suele vivir de doce á catorce años. No aguanta gran frio.

Luego que está domesticado, se le proporciona en toneles ó arcas una yacija de obra calafateada, donde se le da de comer pan blanco ó bazo, salvado y leche; á veces se le echan algunos conejos, de los que es enemigo particular, y hasta pájaros grandes, á quienes chupa la sangre, despues de lo cual siempre queda mal intencionado.

El huron nos sirve especialmente para la caza de conejos, y aun se le enseña á sacar aves del nido.

LA COMADREJA MAYOR Ó ARMIÑO (*Mustela erminea*.)

Es algo mas pequeña que el huron, de cuerpo esbelto, ágil en todos sus movimientos; habita las comarcas templadas y las septentrionales (Rusia, Laponia, Noruega, etc.), é iguala á los demás animales de su jénero en estructura y costumbres. Tiene aire de avispado, valiente y descarado, y es tan colérico, que si se le irrita, se pone en defensa. Sabe sorberse los huevos con mucho primor; suele matar aves de bosque, y hasta se atreve con los corcillos. Como todo animal rapaz, va solamente de noche á sus empresas. Mas hácia el mediodía de Europa abunda poco. Establece su morada entre las ruinas de las casas viejas, en las paredes antiguas, quiebras de rocas, huecos de árboles, etc.

El armiño, á la manera que otros animales nortistas, muda en invierno su color oscuro en blanco. En verano lo toma negruzco y amarillento bajo el vientre, hasta que, volviendo el invierno, se queda de nuevo enteramente blanco, esceptuada la punta de la cola, que siempre queda de un negro subido. Para obtener su preciosa piel, cuyo pelo, aunque corto, es blanquísimo y muy fino, las naciones del norte se valen de trampas y lazos. Son altamente estimadas, en particular las pieles combinadas de rabos de color claro, pero tambien se juntan así muchas por artificio. Ya desde lo antiguo fueron estas pieles divisas de los príncipes.

LA COMADREJA COMUN (*Mustela vulgaris*.)

Es de tamaño la mitad nada mas de la anterior, de solo siete á ocho pulgadas de largo, de color rojizo amarillento por encima, blanco por debajo, y á veces blanco por igual; es ágil, vivaracha, lijera y corredora. Su dentadura es afilada. Tambien posee gran destreza para trepar y nadar, siendo igualmente capaz de enfilarse su escurrido cuerpo por estrechos agujeros. Con sus semejantes gusta mucho de jugar y hacer mil muecas. Habita en las rocas, huecos de árboles, á orillas de los rios, cerca de dehesas y en granjas. Vive lo mismo en las rejiones mas frias que en las templadas y cálidas de Europa y Asia. Esta comadreja se deja domesticar, lo que no sucede con el armiño.

Cierta señora tenia un animalejo de estos, al que daba con la mano leche á sorber, le hacia ejecutar mil bufonescas demostraciones de alegría, saltábala á la mano y cabeza, y se disgustaba mucho cuando no la podia seguir á donde marchase. Esta comadreja era sumamente curiosa, y á todo habia de mirar, hasta cuando se abria un libro ó una caja. Su voz consistia en un gruñido ó grito. Jamás queria probar el agua.

La hembra pare de seis á ocho hijuelos, que cuida con mucha ternura. Si recela que le descubran la guarida, coje los hijuelos como las gatas con el hocico, y se los lleva á otra parte. En cuanto árapaz, lo es tanto la comadreja como el armiño. Además de las aves domésticas y silvestres que se come, devora tambien, siéndonos en esto beneficosa, las ratas, topes y ratones, así como las culebras, lagartos y ranas, persiguiendo su presa de noche principalmente. Suele ocasionar grandes estragos en los palomares, por cuyo motivo hay que guardarlos de ella, y asimismo es golosa de los huevos. Sus enemigos son el gato y el perro. Su piel entra solo en peletería común.

LA CEBELLINA (*Mustela zibellina*.)

Este animalito, perteneciente al jénero de las martas, se parece muchísimo á nuestra marta de bosque, escepto que es algo mas chica. Se halla en toda la Siberia hasta Kamschatká, en las rejiones septentrionales de la China y en América. Tiene diez y ocho pulgadas de largo. El color, que muda con la estacion, es negruzco, tan pronto mas subido como mas claro, oscuro, lustroso y jeneralmente bello en invierno, en cuyo tiempo es igualmente mas espeso el pelo. Son una rareza las cebellinas blancas, aunque su piel tampoco es muy buscada por razon de tener el pelo basto.

La vivaracha y linda cebellina es un animal de rapiña nocturno, sumamente astuto. Duerme de dia debajo de tierra, en agujeros y en los huecos de los árboles, y por las noches se entrega á sus rapacidades con la mayor sagacidad y doblez. Persigue tambien á las comadrejas, armiños, liebres, ardillas, ratas, ratones y pájaros, de cuyos huevos gusta particularmente, y solo en caso de penuria, se resuelve á cojer algunas semillas y renuevos. La hembra tarda de nueve á diez semanas en todo el período de su ventregada, que se compone de tres á cinco hijuelos. En otros tiempos, la cebellina fué mas abundante que ahora; pues su número ha bajado con la continua caza. Las mas buscadas se hallan ahora en Rusia cerca del Obi, al rededor del Baikal. El largo pelo constituye en las negras su mas alto precio. Los machos tienen muy hermosa piel, y las mejores cuestan sobre cuatro onzas ó mas (unos 70 ó mas rublos). La caza de cebellinas es de considerabilísimo precio en la Siberia, y la manera de cojerlas es tan interesante

como multiplicada. Entáblase por los Rusos la caza en los meses de noviembre, diciembre, enero y febrero, en que las pieles están muy hermosas, disponiendo al efecto carabanas, de las cuales cada una elige un cazador jefe. La compañía rompe la marcha al principiar el invierno, tomando consigo cuantos víveres pueden conducirse en los trineos, y acompañados de algunos lebreles, se suelen apartar de su patria hasta 50 ó 60 millas. En los desiertos de carrera, desde un punto concertado de reunion se derraman por cuadrillas, levantando cada una chozas de ramaje desde donde cazan. Antes de principiar la caza oran los expedicionarios para alcanzar rica presa. Consagran á la iglesia la primera cebellina, y marcan los árboles con cortaduras, por no perder el camino á la vuelta. No obstante si consumen las provisiones, suelen verse apurados para vivir de semillas silvestres, esponiéndose además en estacion tan cruda á muchos azares y peligros de muerte. Además del venablo con dardos ó flechas romas, con las cuales matan la cebellina sobre los árboles, emplean tambien varias suertes de trampas, que tampoco alteran en nada la piel. Tambien se ponen redes en el ámbito de las correrías del animal, que ya por sus huellas mismas se tiene rastreado. Al acercarse la primavera, termina la caza. La carabana se junta de nuevo en su punto de reunion, y entre los compañeros se reparten las pieles beneficiadas, deduciendo primerolas dedicadas espontáneamente á la iglesia y las que toma la corona por su derecho de caza. Hácese desde Rusia particularmente á la China y Turquía un importante comercio con esta peletería.

Antes de concluir queremos tambien contar como rareza el modo como un natural de Kamschatká, que acompañaba cierto noble viajero, cojió una cebellina. Habian rodeado los perros el árbol en que estaba el animal. Al punto hizo aquel un lazo presentándolo delante de la cebellina, que metió efectivamente la cabeza dentro del lazo, pero lo rompió. No le salió mejor el segundo, ni tampoco el tercero, aunque á la cuarta vez fué cojida la cebellina escapada ya á otro árbol.

JÉNERO OSOS:

Los animales de rapiña pertenecientes á este jénero no pisan con los artejos, sino con toda la planta del pié, tienen seis dientes incisivos en cada mandíbula, colmillos en forma de piña y aislados, muelas romas y recortadas; habitan en seco, y sacan el sustento de los reinos animal y vegetal. Describiremos las siguientes especies:

EL OSO TERRESTRE (*Ursus arctos*).

Este oso, de cabeza gorda, hocico remachado y rabo corto, habita en los bosques solitarios de las cuarenta partes del mundo, exceptuada la zona tórrida. En

algunas comarcas de Europa ha sido absolutamente esterminado; pero todavía se halla en el Austria inferior, en el Tirol, Estiria, Carintia, Carniola, Bohemia, y es sumamente raro en la Silesia, desde donde algunas veces emigra á la Polonia. El *moreno*, que es mayor, mas fuerte, furibundo y peligroso que el negro, pertenece á los animales carnívoros, y puede aterrar de un golpe hasta un buey ó caballo; pero al hombre solo le acomete cuando es irritado ó le atormenta el hambre. El oso *negro* es mas chico, menos bravo que el moreno y nada carnívoro. Posee esquisita vista, oído y tacto, y en la finura del olfato aventaja mucho á todos los demás animales, en razon á que la superficie interior de su nariz es sumamente dilatada. Aunque de tosco aspecto, por ningun estilo es perezoso. Anda derecho sobre las patas traseras, salta, corre lijero por el llano y cuesta arriba, trepa como un gato por los árboles, desciende otra vez, y nadando tambien se sostiene en el agua. Sus armas son las patas delanteras ó zarpas, con las cuales manotea como un gato á sus enemigos, ó los mata de un abrazo. Es arrebatado, terco, y en haciéndose grande, queda incapaz de toda sujecion y domesticidad. Su voz consiste en un gruñido, ronco y desaparecible murmullo, al cual encolerizado agrega el rechinar de dientes. Vive veinte y mas años, pero al envejecer suele cegar. Pasa una vida solitaria, y huye de toda compañía; habita al rededor de los pantanos dentro de barrizales, entre ruinas y quiebras de rocas. En otoño, antes de retirarse á su cueva de invierno, está sumamente gordo. En verdad no queda durante esta última estacion dormido ó entumecido, pero sí en un reposo continuado. Los osos adultos y grandes permanecen al raso, al contrario de los jóvenes, que buscan abrigo bajo alguna peña saliente, ó se procuran albergue en las montañas, ó finalmente se escarban ellos mismos agujeros bajo las raíces de los árboles para echarse en el invierno, poniendo siempre debajo madera resinosa, follaje, tallos de yerbas y musgo. Tan luego como caen las primeras nieves, hacen los osos la entrada en su sitio, y allí subsisten hasta tanto que aquellas se derriiten. Mientras conservan esta inaccion, se abstienen de alimento, arañando por entretenimiento con sus zarpas. Pero si se les inquieta, se levantan prontamente de un salto.

El oso prieto se alimenta especialmente de carne de caballo, buey, oveja, etc.; gusta de los animales monteses, y ni aun la carne muerta desdena. Hace como el zorro con sus presas, que es enterrarlas. Son sus bocados mas esquisitos las hormigas, la miel y las truchas. Tambien come de buena gana fresas, castañas y uvas. Enjaulado se acomoda á la alimentacion esclusiva de pan y fruto; pero los osos negros se sustentan casi únicamente de raíces y granos, frutos silvestres, semillas maduras y hojas de árboles. En primavera, ambas especies se alimentan casi solo del trigo nacido y de otras yerbas. En el estío se retiran á las alturas, donde hallan comida vegetal y animal, y en el otoño

van en busca de los frutos á los valles, donde se apoderan del maíz y de las uvas principalmente, usando en estos saqueos la mas alta prevision. Primeramente registran el pais desde una altura ó desde un árbol, valiéndose para ello de su olfato y oído mas bien que de la vista. Al anochecer comienzan sus escursiones contra el ganado, y si no le pueden alcanzar, se ocultan en una emboscada hasta que salga. Entónces le atacan con ímpetu por detrás, saltando sobre el lomo del animal, apretándole fuertemente con las garras, de modo que embargadas enteramente sus fuerzas, cae por tierra. Si es demasiado fuerte para ellos, lo corren hasta cansarle, ó que caiga herido ó muerto. El oso macho, á fines del estío y principio de otoño, se pone furioso en extremo, y al acabar el otoño, queda sin vigor. La osa, en primavera y mientras tiene un hijuelo, se muestra formidable. Los osos beben el agua casi como los perros, á lengüetadas.

Los hijuelos de los osos morenos al nacer son de un amarillento oscuro, de ocho pulgadas de longitud; están ciegos de seis á nueve días, y maman de la madre por espacio de seis meses, á cuyo tiempo ya aparecen tan intrépidos como carniceros. A beneficio de excelentes sopas rociadas con miel ó cerveza, los osos jóvenes se domestican y hacen grandes. En Polonia se les enseña á bailar, tocar el tambor, recoger con el sombrero las propinas, y ejecutar otras graciosas habilidades.

El oso pertenece á la caza mayor, y en ella se ofrecen muchos riesgos, pues si no se le hiere mortalmente, se arroja furioso contra el cazador y le destroza. Para convencerse de la importancia que en algunos paises tiene la caza del oso, basta recordar que en 1799, de solo el norte de América los Ingleses trajeron á Europa 21.000 pieles. Los osos son cojidos unas veces al acecho, otras escopeteados en batida, parte se agarran con trampas y aparejos, ó caen por su propia precipitacion.

Por via de recreo espondrémos á nuestros lectores las varias maneras de cojer los osos y enseñarlos.

Sabido es que los osos gustan mucho de la miel, y en Polonia, donde hay muchísimas abejas, los labradores les dejan vagar libres por los bosques, al mismo tiempo que en un árbol corpulento les construyen su colmena á donde traen la miel. Fácilmente dan los osos con los árboles que presentan indicio de la esquisita miel, y el labrador á fin de retenerlos allí emplea toda su maña. Por medio de una cuerda ata en una rama un grueso tajo que se menea delante de la entrada de las abejas ó paraje donde se las deja una pequeña abertura para salir á volar y retirarse. Si en esta conformidad el oso trepa al árbol y llega á la abertura de la colmena, no puede meter las zarpas en razon á que le cuelga el tajo al paso: el animal fastidiado aparta el tajo á los lados con manotadas, mas el zoquete siempre vuelve al mismo sitio y le pega en la cabeza. Rabioso con esto el oso, embiste al palo con mas violencia; pero cuanto mayor es su empeño,

mas rudos golpes lleva, de modo que le zumba la cabeza y al fin cae atontado sobre una estaca puntiaguda, que con esta mira se ha clavado en el suelo bien espetada. Los Tártaros y pueblos de los montes Urales, que tienen colmenas, además de sus huertas, en los bosques, encierran en el tronco del árbol habitado por las abejas silvestres muchas hoces y afilados cuchillos torcidos hácia fuera. No hay duda que el oso es bastante sagaz para evitar estas puntas al trepar, mas al deslizarse en su descenso del árbol, cae sobre los cuchillos y hoces, desgarrándose tan profundamente que rara vez queda con vida.

Pero algunos de los osos viejos son tan astutos al trepar que separan con las patas estos cepos; y entónces se emplean todavia con mejor resultado otros lazos, dispuestos de tal modo que al comenzar á subir el oso, debe tocar una cuerda, por cuyo medio se despeja un dardo que le penetra el cuerpo. Pero el método mas ingenioso de cojer á estos aficionados á la miel es el siguiente: Delante de la abertura de la colmena se ata una plancha cuadrada á manera de columpio á una fuerte rama encorvada, afianzando este aparejo con una cuerda. El oso destroza la cuerda, la rama se dispara y echa lejos del árbol al oso enredado con el mismo columpio, quedándose colgado al aire, hasta que viene el día y llegan el colmenero y guardas, ó hasta que revolviéndose cae abajo y se clava en la estaca dispuesta en el suelo. En Siberia lo cojen del modo siguiente: Se tiende un pesado tronco, atándole una recia cuerda con muchos lazos, y poniéndolo todo en el camino que ordinariamente suele tomar el oso, de modo que con la cabeza se queda preso. Luego que siente la impresion de los lazos en el cuello y advierte al tirar que el tronco le detiene, lo empuña con las zarpas, y con todas sus fuerzas lo empuja monte abajo. El oso entónces precisamente es arrastrado por el peso del tronco rodando hasta el llano, y ahorcado se muere ó atonta. Si sale vivo, aun acarrea al monte el tronco, lo lanza de nuevo abajo, prosiguiendo así hasta romperse el cuello. Los naturales de Kamtschatka lo cojen del modo siguiente: Fijan á una fuerte plancha gran porcion de clavos hechos anzuelos, y se la ponen al paso á los osos de modo que la hayan de pisar. Aunque solo en un pié se la clave, ya basta para quedar cojido, pues mientras forcejea para sacar el pié hincado en el clavo, queda enganchado en los otros y agarrado á la plancha como una pieza. Los Lapones matan el oso á tiros de arcabuz, ó bien le tapan la cueva de invierno de modo que solo pueda sacar la cabeza, y fácilmente se le mata con una hoz. Otras veces tambien se acecha á los osos debajo de los árboles al acercarse los frios, ó se les persigue con mastines y alanos, dándoles muerte con dardo ó lanza.

La carne del oso, á pesar de un olor desagradable, es comida por los habitantes de Laponia, Polonia, Suiza, Rusia, Norte de América y Siberia; pero los perniles, lengua y cabeza son por donde quiera muy estimados, y en la mayor parte de Europa los piés,

del mismo animal son tenidos por un bocado esquisito. La carne se parece á la de vaca, solo que si no ha sido puesta en remojo por algunos dias, tiene cierto sabor dulzacho: hay osos de doscientas y mas libras. La grasa que, blanqueada, es agradable y no fácil de ranciarse, sirve ya de alimento, ya de remedio. En los paises del norte, la piel de oso entra como uno de los principales artículos de peletería, haciéndose de ella colchones, mantillas de caballos, gorras, manguitos, ropones, suelos de coches, caparazones, guantes, forros de baules, etc. En Polonia, Moscou y casi todo el Norte de América, sirve como cama, uso que tambien conocian los antiguos Germanos. El pelo de oso, mezclado con arcilla pulverizada y un poco de cerveza fuerte, forma un excelente cimientto para hornos. Con las tripas los Cosacos hacen bastidores de ventanas.

OSO BLANCO (*Ursus maritimus*).

El oso blanco, que habita únicamente en las rejiones polares cerca del mar, juntamente con los peces, ballenas, focas y otros animales marítimos, es mayor y mas cruel que su conyénere el oso terrestre, pues irritado acomete á todos, y hasta á partidas numerosas. Es casi tan grande como un caballo, y pesa de diez á quince quintales. Su pelo es largo, franjeado, suave, blanco como el hampo de la nieve, y semejante á la lana. Tiene la cabeza y cuello mas largo, que el terrestre, pero las orejas menores, labios de color de sangre, dientes muy largos, y un cráneo sumamente sólido. No gruñe, sino que ladra como un perro. En invierno se forma su yacija debajo de la nieve. Suele ir nadando el espacio de una milla mar adentro, aunque no puede permanecer mucho tiempo sumergido en el agua. Hasta sobre los témpanos persigue sus presas, y en la primavera si duerme sobre el hielo, suele ser internado muy lejos arrastrado por los mismos carámbaros desprendidos. De esta suerte se le ha visto muchas veces arribar á las costas de la Noruega é Islandia, y rabioso de hambre arremeter con cuanto hallaba á su alcance, haciéndose para los pobres moradores de aquellas costas una plaga verdaderamente espantosa. Por lo comun al aproximarse no quedan seguros ni los ganados en sus establos, ni el hombre en las casas. Embiste contra las puertas cerradas, y suele dar muy desagradables sustos á los Groenlandeses mientras duermen. Dotado de gran poder, desafía á estos con sus lanzas y perros, que sin piedad destroza y devora, siendo muy de su regalo la carne humana. La osa pare dos hijuelos que ama estraordinariamente, y que la siguen á todas partes mientras son pequeños. El oso marino posee un olfato muy esquisito y ventea á la distancia de tres ó cuatro horas una ballena muerta. La duracion de su vida se puede calcular, así como en el oso terrestre, en unos treinta años. Los Groenlandeses comen la carne de este animal; el

aceite de su grasa es bebida estimada para muchos pueblos, y su piel sumamente apreciada.

EL OSO GULO (*Ursus gulo*).

Este animal, que iguala en alzada y costumbres á nuestro tejón, siendo de unos dos pies y medio de largo, vive en la Europa, Asia y América septentrional, en terrenos pedregosos y florestas espesas, hallándose á veces tambien en Alemania, á donde viene por la Lituania. Tiene un hocico largucho, mas abultado hacia la frente, nariz pequeña; es chupado de carrillos, con los ojos pequeños y de iris oscuro; sus orejas son redondeadas y cortas así como el cuello; el cuerpo gordo, lomo ancho y arqueado, patas cortas y fuertes. Su color es negro subidísimo. El gulo es uno de los animales rapaces mas devoradores, estraordinariamente bravo y recio, terror del oso y lobo, y peligroso enemigo, especialmente para los animales monteses. Trepa á los árboles, y desde estos improvisamente salta sobre el cogote de los ciervos que pasan por debajo, sobre los renjíferos, antas, caballos, etc; les hincan los dientes, y no los suelta hasta que el animal muere atormentado. Su olfato, vista y oído son igualmente finos. La hembra pare de dos á cuatro hijuelos, que fácilmente se crian y domestican. Está casi en continuo movimiento, trepa, escarba, rasca, se revuelca, y sigue como un perro tras de las personas conocidas. Por razon del daño que hace á los bosques, y cojer su piel poblada de pelo de un hermoso lustre, es sumamente perseguido.

TEJÓN (*Ursus Meles*).

El tejón, morador subterráneo, cuyo gordo cuerpo está poblado de pelo largo, blanco sucio, mezclado de negro y lanudo, é iguala en alzada á un perro mediano, parece al correr que solo raspa la tierra con sus cortas patas: habita en todas las rejiones templadas. Tiene muy fuertes zarpas armadas de largas uñas, y una recia dentadura. Entre las patas traseras se encuentra una bolsa con gordura blanquizca y hedionda. Es flojo, friolero, maligno, desconfiado y tímido, por manera que á la claridad de la luna huye de su propia sombra; exhala un mal olor que hasta los perros detestan; y el sonido de su voz es semejante al gruñido recio de un cerdo. Vive sobre unos doce años, y al envejecer se queda ciego. La hembra, que es mas pequeña, delgada y clara de color, suele parir de cuatro á cinco hijuelos, criándolos con su propia leche y cuidándolos con huevos de aves, insectos, gusanos y raices hasta que pueden buscarse ellos mismos el sustento. Por el otoño cada cual se construye su cueva propia, ó si se hallan reunidos en una madriguera principal, forman huecos particulares cuando no los hay desocupados. El tejón acostumbra vivir solitario y oscurecido en los bosques debajo de tierra, prefi-

riendo los poco distantes de poblado. Es muy diestro y lijero para escarbar con sus patas delanteras de aguda zarpa, al paso que desentierra en cruz el suelo y echa para atrás las escarbaduras. Con la misma sagacidad dispone á la manera del zorro su cueva en tierra, pero en lo posible al mediodía, para que el sol ilumine su entrada mas tiempo. Estas entradas, que por lo menos son dos y suelen distar entre sí unos treinta pasos, conducen á la citada madriguera, profunda de cuatro á cinco pies bajo de tierra segun la calidad del suelo, y acolchada con yerba larga, helechos, musgos ú hojas, cuyos materiales traen las hembras. En las tejoneras, el lugar así dispuesto es el dormitorio usual de la hembra, y tambien su paridera. En un pequeño recinto suelen acomodarse muchas parejas, mas de tal modo que cada individuo tenga su celdilla. En lo restante viene á ser la madriguera muy parecida á la del zorro, solo que no es tan capaz ni distribuida con tantas separaciones. El tejón mantiene limpia su vivienda, habiendo sucio en ella solo un lado de la cueva, hácia donde soterra todas las inmundicias en un rincón espresamente destinado. En el hueco mayor ó principal hay hasta canales que parecen rectos salideros, y sirven de verdaderos ventiladores. A veces la astuta raposa echa de su aposento al tejón, insinuándose dentro de la cueva, mientras este anda en busca de alimento; le causa toda suerte de desórdenes, le inquieta y hostiga si está dentro, ensúciale la entrada con sus pestíferos orines y estiércol, hasta que por último el tejón se ve precisado á buscar otra madriguera. El alimento de este animal consiste, durante la primavera y estío, en raíces principalmente, criadillas de tierra, insectos y lombrices; pero en el invierno se sume en su profundo sueño, nutriéndose entónces con su propia gordura, que va tomando por absorcion de todas las partes de su cuerpo para sostener las fuerzas de la vida. Además sale tambien por el invierno, particularmente al tiempo del deshielo, y si el frio es poco, varias veces á beber. En el otoño es cuando mas gordo está, y en esta época suele ser desenterrado con el auxilio de perros tejoneros enseñados á meterse en la madriguera. Su

carne, que sabe mal y es sosa, es muy buscada en ciertos parajes donde la comen. Un codillo de tejón guisado con coliflores es muy estimado en algunos departamentos de Francia y en la Suiza, y tenido por un bocado exquisito entre los Chinos. El unto es famoso por sus virtudes curativas; de su piel se hacen forros de baules, morrales, cacerinas, etc.; y el pelo sirve para brochas.

OSO MELERO (*Ursus mellivorus*).

Este animal, que habita en el Africa hácia el Cabo de Buena Esperanza, se sustenta con la miel y cera de las abejas silvestres que plantan su colmena en tierra, de entre las cuales hay ocho que sin volar corren presurosas á observar la direccion del oso cuando busca la miel; pero como su lanudo cuerpo viste un pellejo extraordinariamente recio, muy movable y resbaladizo, no se cura de las picadas de las abejas ni de las mordeduras de los perros.

CUATI (*Ursus lotor*).

Este animal, que habita únicamente en las rejiones mas ardorosas de la América septentrional, es del tamaño del tejón, pero con rabo tan largo como el cuerpo, y pelo gris, negruzco en la punta de aquel. Toma el nombre específico de *lavador*, porque á cada bocado, que come, señaladamente siendo carne fresca y sangrienta, lo mete en agua y lo restriega con las manos como si quisiera lavarlo. Trepa fácilmente con sus agudas zarpas á los árboles, para buscar en ellos frutas, aves ó sus huevos. Gusta mucho tambien de las cañas dulces, del azúcar y de las bebidas fuertes: sirviéndole de alimento hasta las arañas, culebrás y sabandijas. Fácilmente se domestica y hace manso, brinca sobre las personas que le agradan, es jugueton, ágil, está siempre en movimiento, y ejecuta las mismas bufonadas que un mono, pero siente sobre manera el mal trato. Su piel es muy empleada en Europa, así como su pelo, pues, despues del castor, no hay otro mas estimado para sombreros.

HISTORIA DE HAITÍ.



De sus revoluciones é importancia actual.

No lejos de Puerto-Rico, la Jamaica y Cuba descúbrese una isla famosa por su fértil suelo, clima saludable y árida vegetacion. Esta es Haití, la reina de las Antillas, en la cual dominan dos bellas estaciones, que cerrando las puertas á los rigores del invierno, mantienen sin interrupcion la tierra cuajada de frutos. Las lluvias del estío y la brisa del mar, al paso que refrescan la tierra, alejan esos terribles calores que abrasan las rejiones de los trópicos. Las noches son allí tan claras y la luna refleja los rayos con tanta viveza, que el ojo mas torpe puede descifrar los caracteres de un libro impreso. Nada falta para realzar la belleza de este suelo amenizado con dilatados valles y sitios en extremo pintorescos. Por do quiera se ofrecen al espectador curioso inmensas sábanas cubiertas de aloes, plátanos, palmeras, cocos é higueras colosales; fertilizan su seno inmensidad de lagos, como tambien porcion de rios que corren en diversas direcciones. Entre los últimos, los principales son el Ozama, que á su embocadura forma el puerto de Santo-Domingo; el Macoris, afamado por su abundante y delicada pesca: el Yagüey, singular por las arenas de oro que arrastran sus aguas; el Una, que, á mas de distinguirse por la velocidad de su corriente, encierra en su orijen una mina de cobre; por fin, el caudaloso Artibonito. No son estas las únicas posesiones de la isla, pues que abunda en minas de hierro, de azufre, mármol y piedras que por su dureza cortan el vidrio, como el mejor diamante. Tanipoco escasea la sal jema, aunque es preciso confesar que la variedad del reino animal no es muy rica; pero en contra, los insectos y los pájaros son tan infinitos, que su exámen ocuparia la vida entera de muchos sabios. Tales son las riquezas con que á Haití dotó naturaleza.

No tiene menos atractivo la historia de sus acontecimientos, sembrada de sangrientos dramas, violencias crueles y opresion espantosa, terminando con el vuelco de tan odiosa tiranía.

TOMO V

Volvamos al año 1492, primera época de la historia de Haití. Entónces Cristóval Colon, tomando tierra en la bahía de San Nicolás, puso á la isla el nombre de Española, en honor del pais cuyo rey comprendió el númen del descubridor. La dulzura, la afabilidad constituyen el carácter de los primeros habitantes que encuentra en la isla. Son lampiños, y aunque no se ven entre ellos las artes de un pueblo civilizado, no obstante su industria basta á cubrir todas sus necesidades. Cada una de las siete provincias en que se dividia la isla, era gobernada por un cacique ó rey, bajo cuya dominacion vivian felices sus habitantes. Unos y otros agasajan á los nuevos huéspedes, y se complacen en darles el oro, producto de la isla. Pero, ¡cosa rara! unos hombres que se decian civilizados se muestran inferiores á aquellos á quienes tenian por salvajes. Y lo primero que hacen, en cambio de la hospitalidad recibida, es fundar una ciudad llamada Isabela, en honor de la reina de Castilla; crean en seguida un impuesto sobre los Indios que no pasaban de catorce años, reparten entre sí las tierras, señalando á unos las minas de oro y cobre, y á otros los terrenos mas fértiles, y acaban por forzar á los Indios, cual si fuesen un rebaño, al trabajo de los campos y de las minas, viéndose estos esclavizados para enriquecer á los mismos á quienes, en medio de su sencillez, tuvieron por dioses.

No mejoró la condicion de los isleños con la ausencia de Colon. En vano la corte de España, interesándose por la raza indijena, envió á Ovando al gobierno de la isla, con órden de suprimir el trabajo forzado; el recién enviado se hizo cargo de la imposibilidad de ejecutar semejante réjimen, sopena de abandonar el cultivo de los campos y el laboreo de las minas, resultando de ahí una segunda reparticion de Indios entre los Españoles. Fruto del trabajo fueron el brillante estado de la campiña y las abundantes cosechas de la caña de azúcar importada de Canarias. Sin embargo tales resultados solo se obte-

20

nian á costa de la vida de los infelices repartidos. Agobiados por la fatiga, y destrozado su interior por la desesperacion, morian á millares; por donde no es extraño que, apenas trascurridos quince años, tuviesen que cubrirse sus claros con mas de cuarenta mil habitantes arrebatados á las Lucayas y Bahamá.

Tampoco fueron mas felices los Indios bajo la autoridad de D. Diego, hijo de Colon, y de Rodrigo Alburquerque. El primero, á pesar de sus buenos deseos y del interés que le inspiraba la raza indijena, vió contrariados sus proyectos de reforma por los oficiales que tenia á sus órdenes. El segundo, asociando la crueldad á la avaricia, procedió al censo de los indijenas. Pasaba esto en 1517, al cabo de veinte y cinco años del descubrimiento de la isla; y el número de Indios existentes no pasó de catorce mil. Terminado el censo, fueron estos arrancados de las viviendas que les destinara la reparticion de Ovando, sacándolos á venta y entregándolos en manos de nuevos dueños. No se manifestaron estos últimos mas humanos que sus predecesores, ni alijeron en lo mas mínimo el trabajo de sus esclavos. Todo esto contribuyó tan poderosamente á menguar su número, que, á mediados del siglo diez y seis, solo subsistian ciento y cincuenta de aquellos desgraciados en todo el ámbito de la isla.

Semejante esterminio tuvo fatales consecuencias para los Españoles, atajándoles los medios de enriquecerse. Además, los descendientes de Iberia habian perdido la firmeza y enerjia que caracterizaron á sus predecesores. Unos se entregaban á la disipacion, y otros, á mauera de salvajes, vivian en medio de los bosques, alimentándose de raíces y frutos; la agricultura se miraba abandonada, y el laboreo de las minas enteramente olvidado. No debian parar aquí las miserias de Santo-Domingo. Los Ingleses y Franceses miraban con envidia los inmensos descubrimientos de España y querian disputarle el timbre de fundar establecimientos en los países del Nuevo-Mundo. Así fué, que juntando ambas potencias sus fuerzas, se apoderaron de la isla de San Cristóval, ocupando en seguida el islote de la Tortuga, situado en la costa noroeste de Haití, y de ahí arrojaron contra las colonias españolas aquellas terribles gavillas de monteros, de cuyos hechos están llenas las historias de aquellos tiempos.

Saqueada Haití, vió hundirse los últimos restos de su esplendor primitivo. Todo parecia pronosticar la imposibilidad de levantarse de semejante situacion, cuando varios encuentros ventajosos para las armas españolas refrenaron algun tanto la audacia de los monteros. Otra circunstancia favoreció su restablecimiento. Franceses é Ingleses ya no hacian causa comun, pues los segundos se habian hecho dueños de la Jamaica; y los primeros, despues de haberse posesionado de una parte de la isla de Santo-Domingo; se fijaron en ella volviendo su atencion hácia la agricultura. El gobierno de su nacion auxilió la empre-

sa, y al efecto envió á la isla á Bertran Dogeron, hombre de talento y probidad. Este, sin perder tiempo, reunió sus compatriotas, y les dió una organizacion arreglada. Sus esfuerzos lograron un éxito completo, y gracias á sus desvelos, la colonia que únicamente contaba cuatrocientos plantadores franceses á su llegada, al cabo de cuatro años se vió aumentada hasta mil y quinientos. Fundóse en seguida la ciudad del Cabo Francés, y con los muchos esclavos robados á los Ingleses, se pobló de nuevo la isla, poblacion cuyos descendientes debian verse un dia dueños del pais.

La segunda época de la historia de la isla de Santo-Domingo principia con la paz de Ryswick. En el tratado se estipuló que los Franceses quedarian pacíficos dueños de la isla, y como este arreglo inspiró confianza á la colonia, esta logró de dia en dia mayor estension. En medio siglo, la parte francesa contó 14,000 blancos, 172,000 negros y 4,000 mulatos. No menos señalados fueron los progresos de la industria agrícola. Contábanse 599 plantaciones de caña de azúcar, 3,379 de añil, 98,946 árboles de cacao, 6,300,367 algodoueros, y cerca de 22,000,000 plantas de café. La casta caballar se componia de 63,000 cabezas, y de 93000 el ganado mayor. Tamaños progresos continuaron con no menos rapidez en los años sucesivos. En 1769 y en la porcion de la isla de que vamos hablando, el número de esclavos era de 206,000; en 1775, en la poblacion libre figuraban 28,600 individuos, y en 1788, segun Mr. Barbé-Marbois, el total de habitantes ascendia á 27,717 blancos, 465,564 esclavos, y 21,800 hombres de color libres. Entónces la colonia francesa tocaba á su apogeo: dividíase en tres provincias; septentrional, occidental y meridional. La primera, que se estendia cuarenta leguas á lo largo de la costa norte, empezaba en el rio Matanzas y finalizaba en el cabo Nicolás: contenia en su recinto veinte y seis parroquias, incluyendo la Tortuga. Sus principales ciudades eran el Cabo Francés, Fuerte Delfín, Puerto de Paz, y el cabo San Nicolás. La occidental partia del cabo San Nicolás, é iba á parar al cabo Tiburon; encerraba catorce parroquias, y las principales ciudades eran Puerto Príncipe, San Marcos-Leogana, la pequeña Goyava y Jeremías. La meridional ocupaba el resto de la costa desde el cabo Tiburon hasta Ansam Pitra; comprendia diez parroquias y dos ciudades, Cayo y Junel. Esta superficie presentaba 2.290,000 acres ingleses cultivables, en que se beneficiaban 792 ingenios de azúcar, 2,810 de café, 705 de algodou, 3,097, de añil, 69 de cacao, y 173 destilatorios de ron, cuyo producto, representado por 163.405,500 libras de azúcar, 68.151,000 id. de café, 6.289,000 de algodou, 9.330,000 de añil, 150,000 de cacao, y 34.453,000 de melasa, compone un valor total de 544.000,000 reales. En el mismo año salieron de Santo-Domingo para Francia 585 barcos, de porte 199,122 toneladas, y en cambio entraron en Haití, procedentes de los puertos de aquella nacion, 465 ve-

las con 138,624 toneladas: el valor de las mercancías estraidas de este último reino ascendió á 55.000,000 francos.

Pero tamaña prosperidad no podía menos de marchar á su ruina, porque los Franceses habian empleado el mismo sistema de violencia con los negros, que con la raza india habian usado los Españoles; sistema que no debia tardar en descargar sobre su cabeza las mas espantosas consecuencias. Dan la señal los hombres de color, pues aunque entre ellos se hallasen algunos propietarios que habian recibido una educacion liberal, sin embargo jemian bajo un yugo odioso. Sin hablar de la alcabala, se les obligaba á un servicio militar que duraba tres años, finido el cual, les forzaban á servir, sin paga de ninguna clase, en la milicia del cuartel donde fijaran su residencia. Además de tener cerrada la entrada á los empleos civiles y militares, no podian ejercer ni la abogacia, ni la medicina, ni el sacerdocio, ni otras profesiones honrosas, y desgraciado del hombre de color que en un arrebato de ira se dejase llevar á la mas lijera violencia contra un blanco (1).

Con la revolucion francesa la raza mestiza concibió algunas esperanzas. Celosa de su libertad, dirigió una peticion á la asamblea nacional en que pedia fuese admitida al góce de los mismos derechos políticos que los blancos. Pero, ó no fué escuchada, ó á lo menos el decreto que espidió la asamblea fué tan vago y ambiguo, que solo sirvió para aumentar la efervescencia. Esta circunstancia motivó otro decreto en que se reconocian en los hombres de color los mismos derechos que en los blancos. Esta vez el decreto fué mal recibido por los segundos; y creyéndose humillados, se juntaron contra los primeros, y estalló la guerra civil, acompañada de todos sus horrores. La abrogacion del decreto abrió mas la llaga. Por un instante la asamblea, mejor aconsejada, quiso restablecer el decreto abrogado, pero ya era tarde: los levantamientos eran jenerales, la sangre habia corrido, y los injenios devastados presentaban el aspecto de la desolacion y de la muerte.

Entónces los negros empezaron á tomar parte en la lucha, y desahogaron la saña que hasta aquel momento habian devorado en silencio. Antes de esta época habian sido espectadores pasivos de las contiendas de los dos partidos sin declararse por uno ni otro; pero invitados ahora por ambos, abrazaron la causa de aquellos á quienes su afecto inclinaba á socorrer, aprovechando la ocasion de saciar su venganza. Al momento aparecieron gavillas de negros armados, que recorriendo la llanura del Cabo, la llenaron de desolacion y luto. Del Cabo se propagó el incendio á toda la isla. En el Cabo Francés, el arsenal fué saqueado, y millares de individuos asesinados por las calles. En este conflicto, el gobierno de la colonia llamó á

los esclavos de las cercanías, prometiendo la libertad á los que defendiesen su partido. Esta providencia, arrancada por las circunstancias, se hizo estensiva á los esclavos del Sur y Oeste, y de ahí á todas las clases de la colonia. Pero desgraciadamente, á pesar de las circunstancias, no mudaron de intento los colonos. Ofuscados por sus preocupaciones, seguian considerando á los esclavos como una propiedad que se hacia preciso recobrar. Así que, lograron persuadir á Bonaparte en un momento fatal que convenia reponer las cosas en su antiguo pié. De ahí se orijinaron aquellas espantosas barbaries y aquellas crueldades inauditas que terminaron con la espulsion de los Franceses de la isla y con la pérdida de las propiedades que en ella disfrutaban.

Despues de este trastorno empieza la tercera y última época de Haiti, que es sin duda la mas interesante y la mas digna de atencion á los ojos del filósofo; pues trae envuelta la cuestion de si los negros son seres inferiores á los blancos, y si merecen ser libres. Pero la consecuencia se deducirá de suyo, si consideramos ante todo la nueva república bajo todos sus aspectos y bajo todas sus faces.

Volcada la administracion francesa, el primer cuidado de Todos Santos Louverture fué dar una constitucion á los habitantes, y al efecto consultó á todos los Europeos distinguidos por su saber, entre quienes se contaban un descendiente del célebre Blas Pascal, el abate Moliere y un eclesiástico italiano de la familia de Mariati. Esta constitucion así preparada se sometió al exámen de los representantes reunidos en Puerto-Príncipe (eu mayo de 1801), fué promulgada en seguida en nombre del pueblo, y poco despues se proclamó la independencia de la isla. Semejantes hechos prueban con validez que empezaba ya á sentirse la necesidad de un sistema regular. Los artículos de este código eran sumamente sencillos, y satisfacian todas las condiciones exigidas por las circunstancias. Su contenido era en sustancia: que ya no habria mas esclavos en el territorio de Haiti, que la esclavitud quedaba proscrita para siempre, que todos los hombres debian nacer, vivir y morir libres, que todos los hombres, cualquiera que fuese su creencia, podian aspirar á los empleos; que no habia mas distincion que la virtud y el talento, y que solo se observaria la diferencia de jerarquía que la ley señala al ejercicio de las funciones públicas; que la ley era la misma para todos, tanto para la recompensa como para el castigo; que la religion católica seria la única practicada públicamente; que cada parroquia debia cubrir los gastos del culto y nombrar sus ministros, y por último que propendiendo el matrimonio á purificar las costumbres, se honrase y protejiese con particularidad á los que practicasen las virtudes de este estado. Además, afianzaba la libertad y seguridad personales; nadie podia ser preso sino en virtud de órdenes formales. La propiedad era sagrada é inviolable.

Sin embargo, á consecuencia de la salida del ejér-

(1) El texto de la ley era que debia cortarse la mano derecha al hombre de color que golpease á un blanco.

cito francés, el código político fué modificado por Dessalines. Verdad es que las principales disposiciones de la nueva constitucion quedaron como estaban, pero se agregó una cláusula adicional que prohibía á todo blanco en lo sucesivo poner los pies en la isla con título de propietario. Por lo demás, se hacia mencion honorífica de la agricultura, y se la colocaba bajo la inmediata vijilancia del ministerio de hacienda.

No fueron estos los últimos cambios que sufrió la ley del estado, porque de resultas de las disputas promovidas entre Petion y Cristóval, este último la aseguró en bases mas sólidas, reduciéndola á un sistema mas regular. La nueva constitucion señalaba las funciones de los poderes que, en union con el jefe de la república, concurrían á la administracion de los negocios públicos. Segun ella, el jefe supremo del estado tomaba el título de presidente y de jeneralísimo de las fuerzas terrestres y marítimas de la república, con exclusion de cualquier otro título. La presidencia era vitalicia; no obstante el que la ejercia podia designar al sucesor, lo cual debia verificar por medio de una acta sellada con su sello, y que debia abrirse despues de su muerte por el consejo de estado, quien debia sancionar ó desecharla eleccion. Las fuerzas de tierra y mar, así como la administracion de las rentas, se hallaban bajo la inmediata direccion del presidente. Este podia ajustar la paz, declarar la guerra, formar tratados y establecer relaciones comerciales con las naciones extranjeras. Debía proponer las leyes al consejo de estado, quien las adoptaba ó desechaba, remitiéndolas en el primer caso á su sancion. Su dotacion estaba fijada en 40.000 duros anuales. El consejo de estado se componia de nueve miembros, cuyas funciones eran discutir los proyectos de ley emanados de la presidencia, fijar los impuestos, establecer el modo de percibirlos, sancionar los tratados concluidos por el jefe republicano, ordenar las levas de hombres necesarios al ejército de mar y tierra, y recibir todos los años una cuenta circunstanciada de las rentas y de los gastos. En fin, la ley constitucional de Cristóval, en su último artículo, abrogaba el del código de Dessalines relativo á los extranjeros, previniendo que estos podian establecerse en la isla bajo la seguridad de que sus personas y bienes serian garantidos.

Segunda modificacion introdujo Cristóval en esta ley, al cambiar su título de presidente por el de rey, acompañado de todas las prerogativas que trae consigo semejante dignidad; pero en realidad, no difiere del código rural de Boyer, publicado en 1826, ó por lo menos este último se fundió en los moldes de aquel, pues que labase y sus principales artículos son exactamente idénticos. Ahora falta examinar las modificaciones de estos diversos códigos. El de Todos Santos Louverture, apesar del carácter liberal que le distingue, recibió grandes mejoras con las alteraciones introducidas por Dessalines. La atencion de este último

se fijó en la agricultura, poniéndola en su ley fundamental bajo la vijilancia del gobierno. Cristóval adelantó un paso mas; y dando á la agricultura todo el interés que á Dessalines merecia, canceló la cláusula concerniente á la inadmisión de extranjeros en la isla, medida severa, aunque lejitimada por el estado de crisis y la guerra esterminadora que acababa de asolar la isla. Ciertamente es que Cristóval, en su segunda constitucion, dejó traslucir una predileccion escensiva á favor de los títulos y privilegios que se abrogaba, pero en cambio fundó escuelas, alentó la agricultura y el comercio y dedicó crecidas sumas á la construccion de un colegio destinado á la educacion de las clases superiores. De esta manera cada cambio era una mejora, y cada modificacion contribuía á aumentar el bien estar de Haiti.

La muerte de Cristóval no ha suspendido el curso de estas mejoras, porque Boyer, su sucesor, ha seguido la misma senda, y apenas Santo Domingo se ha reunido en un solo gobierno, cuando ha publicado su código, que, segun hemos dicho, es el mismo de Cristóval. No paró aquí, sino que adoptó las medidas acertadas que le indicaron los primeros jefes de la república, á pesar de los obstáculos que se le opusieron. Pero antes de referir sus hechos, harémos el retrato de este hombre de estado.

Boyer pertenece á la raza mestiza. Su estatura es baja, pero bien proporcionada; y aunque su tez sea algo atezada, su fisonomía descubre rasgos europeos. Sus modales son afables, y cuando algun afecto le anima, deja ver un semblante espresivo y ojos centelleantes. Su boca está guarnecida de bella dentadura, blanca como la nieve. A veces se le echa de ver en el rostro cierto aspecto de tristeza y melancolía, y alguien diria que entónces recuerda en su mente las turbulencias de que ha sido teatro su pais. Posee una actividad extraordinaria; y en prueba de esto dirémos que, en tiempo de la reunion de los dos cantones, corrió en siete dias el espacio de ciento y treinta leguas que separa Puerto-Príncipe de Santo Domingo, llevando consigo 14.000 hombres, con cuya rápida marcha no dió lugar á la defensa. Los principales rasgos de su carácter son la buena fe y la clemencia. Jamás toleró la menor venganza política, de lo cual él mismo dió el ejemplo, perdonando á los asesinos de su hermano á quienes la suerte de las armas habia puesto en sus manos. Estos siguen viviendo en el pais.

Y no solo campean en Boyer las dos prendas indicadas, sino que las sabe hermanar con una prudencia admirable. A su advenimiento al trono, el gabinete de las Tuilerias renovó al parecer sus pretensiones sobre la isla, y todo denotaba que un nuevo nublado iba á descargar sobre ella. Pero Boyer organiza el ejército, y lo pone en estado de poder resistir á toda agresion extranjera. Lo que sigue indica su efectivo en 1827 y en la actualidad con corta diferencia. En la primera época habia agregados á la persona del presidente veinte y siete ayudantes de campo, diez y seis en activo servi-

cio y once en no activo; once jenerales en actividad, y tres en inactividad, con diez y ocho jefes de brigada y tres ayudantes jenerales en servicio activo. El estado mayor del ejército se componia de un oficial jeneral y tres ayudantes de campo, de un inspector jeneral de revista, y cinco comisarios de guerra de marina. Estos oficiales jenerales mandaban en los diferentes partidos, ejerciendo á la vez las funciones civiles y militares. El cuerpo de ingenieros contaba y cuenta aun oficiales distinguidos. A su cargo está la fortificación de las plazas, los depósitos de artillería y la dirección de los arsenales. La jendarmeria es la primera tropa escogida; nadie puede hacer parte de ella sin acreditar previamente su buena conducta y tres años de servicio en otro cuerpo. Esta fuerza mantiene la policía, sirve para llevar partes del gobierno á los varios puntos de la isla, y ejecuta las sentencias emanadas de los tribunales. Consta de seis lejiones, que cuentan 48 compañías y forman un efectivo de 2.400 hombres. En seguida viene el cuerpo de policía, compuesto de ocho compañías, repartidas en los distritos rurales para mantener el orden. En este cuerpo, como en la jendarmeria, ninguno es admitido sin justificar una conducta intachable. En lo restante del ejército entran la guardia del presidente, la tropa de línea y la guardia nacional. Esta es la mas crecida. En ella entran todos los habitantes de quince hasta sesenta años, y los oficiales retirados del servicio, que forman una compañía de preferencia, capitaneada por el mas antiguo y marchan á la cabeza del batallon. Bajo todos aspectos la milicia de Haiti se parece á la de Francia, pues no recibe paga, y son libres del servicio los mayores de sesenta años y los que tienen siete hijos lejitimos. Le guardia nacional tampoco recibe paga; tiene su consejo de disciplina y nombra sus oficiales, escepto los superiores, quienes son elejidos por el presidente. Despues de la guardia nacional, sigue la del presidente, compuesta de tres rejimientos de caballería de 288 hombres cada uno, y dos de infantería cuya fuerza individual asciende á 1300 plazas. El ejército de tierra restante consiste en dos rejimientos de dragones sin equipar, de 576 hombres juntos; en cinco rejimientos de artillería, con fuerza de 3.500 hombres, y en treinta y tres rejimientos de línea de dos batallones, cada uno con 600 plazas, lo que da un efectivo de 20.000 hombres de infantería, y un total de tropas regulares que cobran paga, de 30.000 hombres. A este número hay que agregar la marina mandada por un almirante en jefe, el presidente, un vice-almirante, diez capitanes de primera clase, y nueve de segunda. El número de tenientes, alféreces, su-

Embarcaciones.

374.
78.
45.
17.
16.
2.

532

Pabellones.

Americanos.
Ingleses.
Franceses.
Holandeses.
Colombianos.
Dinamarqueses.

Total.

bordinados y marineros nos es desconocido, pero sin duda será insignificante, si atendemos á que la marina se compone únicamente de ocho ó diez goletas, fondeadas en los puertos ó cruzando por la costa para trasporte de tropas y provisiones á los puntos mas retirados de la isla.

Quizás tanta fuerza parecerá exorbitante para un estado como Haiti: pero con ella no solo tenia Boyer que rechazar á los enemigos esteriore, sino tambien á los interiores, que son todavia poderosos y aumentan con la poblacion. Estos son los negros, que, comparados con los mulatos, son como 20 á 1. Los segundos, que ocupan todos los empleos, se ven espuestos á los envidiosos ataques de los negros: y esta es una de las causas que minan el poder de Boyer, y que tarde ó temprano destruirá ese naciente estado con una espantosa conmocion semejante á la que acaba de padecer en estos últimos tiempos.

Otra de las causas que han venido á complicar la situacion angustiosa de Boyer es el estado poco halagüeño de la agricultura. Todos Santos-Louverture la hizo florecer dedicándole sus afanes y declarando el trabajo forzado, de suerte que los negros, agregados á los cultivos en que se habian comprometido, no tenian libertad para abandonarlos. Tales disposiciones tuvieron los mas felices resultados.

El producto de los tres años, desde 1794 hasta 1796, solo fué, por término medio, de 8.606,760 francos, esto es, una vijésima parte de lo que habia sido en 1783, habiendo subido durante la administracion de Todos Santos Louverture á mas de treinta millones. Detuvo esta prosperidad la invasion del ejército francés á las órdenes de Leclerc en 1802; pero despues de su evacuacion, Dessalines echó el resto para desarrollar la obra de su predecesor, tomando de ahí nuevo aumento los productos naturales. En 1805, su valor ascendió á 59.191,800 francos, con un esceso de 13.000,000 sobre el tiempo de Louverture, y una tercera parte mas que en 1789. En tiempo de Boyer, todo lo contrario, la agricultura va en decadencia; las cosechas disminuyen, y algunos productos sufren una baja desconocida en los tiempos mas criticos de las épocas pasadas.

Lo mismo sucede con el comercio. Hoy dia es casi nulo con respecto á lo que fué en tiempo de la dominacion francesa. En efecto, en 1788, Santo-Domingo espidió á la Francia 585 bajeles con 199,122 toneladas, recibiendo en cambio, sin salir del año, 465 barcos con 138 624 toneladas, cuya importacion, se representa con 55 millones de francos, mientras que en 1825 el número de velas de entrada consiste en:

Toneladas.	Valor de las importaciones	Duros.
39.199.	1.959,000	"
11.952.	1.457,000	"
11.136.	764,000	"
3.185.	429,000	"
1.195.	46,000	"
133.	5,000	"
66.800.	4.660,000	duros.

El estado siguiente pone aun mas de manifiesto las principales productos naturales desde 1789 hasta vicisitudes que han sufrido las esportaciones de los 1832.

PRODUCTOS.	1789.	1801.	1829.	1832.
Azúcar.	140.000,000 lib.	45.000,000 lib.	2.700,000 lib.	33,000 lib.
Café.	77.000,000 "	44.000,000 "	35.000,000 "	32.189,184 "
Algodon.	7.000,000 "	2.480,000 "	346,839 "	624,000 "
Añil.	750,000 "	800 "	— "	— "
Palo tinto.	— "	7.000,000 "	2.000,000 "	5.000,000 "

Pero á pesar de tal estancacion en el comercio y agricultura, no se crea que tenga la culpa el gobierno; el achaque procede de otras causas. La primera y principal es la falta de capitales. En Haiti escasea el dinero, de lo que cualquiera puede convencerse con la tabla presente, en la cual se palpa suma diferencia respecto de los azúcares y añiles. Esto proviene de que la explotacion de estos artículos exige mayores capitales que los ingenios de café. Consiguiente á lo dicho, ha sido el desmérito de los cafés en Santo-Domingo. La caña, si se deja demasiado tiempo en mon-ton despues de cortada, se deteriora, porque el azúcar se carga entónces de un ácido tan sobresaliente, que para neutralizarlo y obtener el grano, se hace preciso aumentar considerablemente la dosis de álcali que le hace perder su blancura, ó si se quiere conservarlo en este estado, basta una pequeña porcion; pero en tal caso, se halla lleno de un jugo no cristalizado, resultando de ahí un azúcar blando y poroso, impropio para los climas húmedos de Europa.

La segunda causa dimana de la division de la propiedad. En Haiti, las tierras están sumamente divididas, De resultas de las diferentes épocas en que la Francia

amenazaba atacar á Sto. Domingo, se confiscaban y se daban por una módica retribucion las propiedades de los colonos franceses. La mayor parte de la isla se halla dividida de esta manera; la restante pertenece á mestizos. Estos tienen sus propiedades mas escasas que los otros, porque las leyes dadas al principio de la revolucion llamaron á la herencia de los colonos franceses á sus hijos naturales y lejitimos. Esta division de riqueza territorial, agregada á la falta de capitales, es un obstáculo invencible, contra el que en ningun pais pueden luchar la industria agrícola ni la comercial.

Y con todo esto, el gobierno de Haiti se halla sin amparo alguno; pues tanta decadencia en el comercio y en la agricultura proviene tambien y en gran parte de la imprudencia que cometió este pais, al sujetarse á pagar á la Francia todos los años la enorme suma que le exigió por precio de su independencia. No negamos la justicia de las reclamaciones de la Francia, pero tampoco perdemos de vista que las sumas exijidas esceden en mucho á los medios de riquezas de Haiti, segun convencerá el siguiente estado en que va notado lo percibido y gastado en este pais desde el año 1818 hasta 1825.

AÑOS.	RENTA.	GASTADO.	ESCEDENTE.	DEFICIT.
1818	2.646,011 16	2.144,291 99	501,725 17	
1819	1.832,940 60	1.660,101 60	172,839	
1820	2.213,450 15	2.030,261 49	183,188 66	
1821	3.570,694 69	3.461,996 87	108,697 82	
1822	2.620,091 67	2.808,170 24		188,157 57
1823	2.826,693 78	2.557,288 28	269,405 50	
1824	3.101,716 69	3.105,115 55		3,398 86
1825	2.421,692 65			
TOTALES. Duros			1.235,856 15	191,556 43

Las escuelas están diseminadas por toda la isla, montadas segun el sistema de Lancaster: se enseña en ellas el francés y el inglés; las hay de primera y de segunda educacion, y se hallan distribui-

das en todas las ciudades, así de mas consideracion, como en las aldeas del interior. Habrá como unos diez años que en Puerto-Príncipe no se contaban mas que catorce escuelas libres, donde se educaban

entrambos sexos, acudiendo á frecuentarlas, entre leer, escribir, calcular y alguno que otro conocimiento de la clase superior, un número de ochocientos alumnos. En el Cabo ya había entonces seis escuelas particulares, sin contar las públicas, en que los alumnos recibían otra instrucción primaria, como álgebra, geometría y geografía, y desde entonces el número de las escuelas ha aumentado en términos que hoy día las escuelas públicas de aquella isla, en comparación con las necesidades de la población, son en mucho mayor número que en las principales naciones de Europa.

Otra señal, no menos característica del progreso de Haití en la civilización, son los nuevos edificios de Puerto-Príncipe. Tanto en la apariencia exterior como en la distribución interior, estos edificios llenan todas las condiciones que se exigirían del más hábil arquitecto de París ó de Londres. Las calles son anchas y rectas, reciben por cada lado, en regueras abiertas y practicadas con maestría, lo sobrante de las aguas de las fuentes situadas en los mercados y plazas. Las casas que ahora se edifican están mejor dispuestas, para resistir un incendio, que las antiguas; los techos son de pizarra ó de ladrillo, los almacenes abovedados y á prueba de fuego con sus ventanas y puertas de hierro. Las galerías, las columnatas con sus chapiteles y las balaustradas de estos edificios presentan la más bella perspectiva. Los adornos interiores corresponden á los exteriores; pues en la mayor parte de estas casas se ven preciosos muebles, espejos grandes con guarniciones doradas, estatuas y jarros de porcelana adornados con flores artificiales. Los muebles son de caoba, y todos muy lijeros, elegantes y cómodos.

La mayor parte de los edificios públicos ha sentido también el espíritu de mejora. El palacio del gobernador, bien que en su exterior no presenta cosa notable, está interiormente adornado con mucho gusto y elegancia. Para entrar se sube una hermosa escalera, y se llega á la sala de audiencia, atravesando una vasta galería enladrillada de mármol blanco y negro; la brisa que atrae el suave olor de las flores que cuajan los jardines que lo rodean, completa la amenidad de aquellas habitaciones.

Sin embargo de todas estas pruebas, una hay que, mas que otra alguna, demuestra el influjo benéfico de la nueva condición de los naturales de Haití; tal es el sucesivo aumento de población. En 1789, se hallaba dividida la población de la isla del modo siguiente:

PARTE FRANCESA.

Blancos	30,826	
Mestizos	27,846	
Esclavos	465,128	523,800

PARTE ESPAÑOLA.

Poblacion libre	122,600	
Id. esclava	30,000	152,600
Total jeneral		676,400

Deducidos los que fallecieron y los que emigraron en 1802, segun Humboldt, se halló reducida esta cantidad á 375,000; y segun Mackenzie, á 400,000. Veinte y dos años despues, en 1824, el gobierno formó un padron jeneral de la población, y encontró los resultados siguientes:

Poblacion del Este	62,000
Id. del Norte	367,000
Id. del Oeste y Sur	506,000
Total	935,000

Es verdad que esta suma ha sido impugnada. Mackenzie, en su relacion á la Cámara de los Comunes, pretende que en esta misma época la población no pasaba de 423,000, por donde se presume que Mackenzie tomó por el número de la población entera el de los habitantes calificados en estado de contribuir á la tasa estraordinaria, impuesta para el pago de la indemnización debida á la Francia, número de contribuyentes que efectivamente era de 423,000; pero en el que no va comprendida la otra parte de población que se encontraba muy pobre ó muy jóven para ser incluida en esta capitacion, lo que prueba aun mas el error de Mackenzie es el mayor número de nacidos sobre el que ha dejado de existir, pues que en los cinco años que precedieron al de 1827, en el distrito de Santiago, se vieron por término medio 500 nacidos por 100 fallecidos. El estado de nacidos y muertos en la parroquia de nuestra Sra. de la Asuncion del Cabo de Haití, desde 1831 hasta 1836, no es tan satisfactorio, pues que el total de los nacidos, durante estos seis años, solo escude de cinco al de los fallecidos.

Tal es hoy día la situación de Haití, que encierra todos los elementos de prosperidad; pero para realizar sus esperanzas, deben sus habitantes redoblar su celo y actividad para acercarse algo mas á las naciones civilizadas, y establecer con ellas relaciones de comercio y de amistad.



ARQUEOLOGÍA.

De la fabricacion y comercio de libros en la antigua Roma.

Los Romanos distinguían los *librarii* ó copistas de libros de los *bibliopola* ó mercaderes de libros, dos expresiones cuyo significado no pocas veces se ha confundido. Llamábanse por otro nombre *antiquarii*, porque trasladaban obras antiguas, y *amanuenses*, porque las copias eran manuales. Hoy día nadie ignora que los Romanos conocían una especie de estereotipia, como también el arte de la estenografía, cuyo inventor se suponía fué el poeta Enio. La mayor parte de los copistas eran esclavos. Las que por su buen comportamiento se conciliaban el afecto de sus amos, tenían la seguridad de recibir su manumisión; pero por esto no menguaba en nada su afición á la casa en que se les trataba con distinción. Sabida es la viva amistad que mediaba entre Cicerón y su libertino Tiron, á quien aquel había confiado la educación de su hijo. Los ciudadanos ricos é ilustrados que se dedicaban al estudio de las letras mantenían gran número de copistas á quienes ocupaban en la transcripción de obras griegas. Casi todos los personajes hacían gala de poseer una biblioteca magnífica. Citanse con preferencia las de Sila, Atico, Luculo y Julio César, quien encargó al ilustre Varrón la dirección la de suya, al mismo tiempo que hospedaba en su casa al célebre jurisconsulto Sabeón, quien, en calidad de galo y extranjero, no podía profesar públicamente en Roma. Entre los copistas de que vamos hablando, había muchos ignorantes, como sucede aun hoy día, que solo sabían trazar los caracteres sin comprender el contenido del escrito. Hasta las mujeres ejercían la profesión de copistas; y en los primeros tiempos de la iglesia, un número de doncellas copiaban día y noche la Sagrada Escritura y las obras de los santos padres. Las persecuciones, que destruían gran número de estos libros, no dejaban holgar á los copistas. Orígenes ocupaba en su casa, á mas de muchos oficiales, á cincuenta muchachas que le ayudaron á multiplicar los ejemplares de la Biblia que tradujo por entero despues de revisada. En cierto pasaje dice que las jóvenes desempeñaban con lucimiento su delicado encargo, y nada atribuirá á galantería este elogio puesto en boca del santo padre.

Hasta en tiempo de los primeros emperadores, el arte de librero, á lo menos tal como lo entendemos, no tomó vuelo ni ocupó el lugar de un comercio especial é importante, formando sus explotadores una corporación distinta, un colejo de negociantes con sus reglamentos y privilegios, claramente especificados en la legislación romana. El célebre crítico Quintiliano exhorta, en varios pasajes de sus obras, al librero Trifón, su amigo, quien parece fué el que tuvo mas boga á la sazón en Roma, á dar al público obras de mérito y correctas. Este tal se aprovechó del consejo. Mas rico ú hábil que sus compañeros, escogía los copistas entre las personas mas instruidas y capaces, comprando á peso de oro el fruto de su colaboración. No era moda todavía el que los Césares recompensasen el celo y feliz éxito de los editores con títulos de barón á una cinta de caballero; pues Trifón, por un exceso de vanidad, se aplicó el título de *doctor librarius* (doctor copista).

Muchas de las obras que valían la pena se transcribían en pieles de carnero ó de cabrito preparadas, cosa que nosotros llamamos pergamino (*pergamena*). Estas pieles tenían quince pulgadas de ancho sobre veinte y cinco de largo y estaban atadas, pegadas ó cojidas una tras otra. La página, escrita de un solo lado, formaba un cuadrilátero cuya longitud era igual á lo ancho de la piel. Estas tiras de piel, una vez escritas, se aplicaban á dos rollos de madera de cedro, preferible por su incorruptibilidad, y que servía como objeto de lujo para adornar los cabos, ó á hojas de maderas mas preciosas, de álces indio, de marfil, de nácar de perla, de oro, y de piedras preciosas. Los rótulos se escribían en planchas de marfil. Estos volúmenes se colocaban en estantes de cedro ó de enebro oloroso y resinoso, pero menos espaciados que los nuestros. Semejantes bibliotecas estaban de consiguiente mucho mas expuestas á incendiarse que las nuestras, sin hablar de lo que tenían que sufrir de las gusanos é insectos. Igualmente se alcanza que estos volúmenes no podían contener tanto texto como los nuestros. Los 800,000 volúmenes del *Serapion* de Ale-

jandría equivalían apenas á 60,000 modernos. Los 12 libros de la Eneida formaron por mucho tiempo doce volúmenes; las Jeórgicas, que formaban cuatro, y las Églogas uno, figuraban entre los mas abultados. Así no es extraño que se cite un Homero completo escrito en un rollo de 100 brazas.

A pesar de que la imprenta pueda multiplicar las obras hasta lo infinito, no se crea que los antiguos careciesen de medios para aumentar su número considerablemente. Primero, porque es cosa sabida que los copistas antiguos despachaban mas presto que nuestros cajistas actuales. Tres ó cuatro de aquellos, con el pliego delante, podían, sobre otras tantas pieles, copiar el manuscrito con una mitad ó dos terceras partes de tiempo menos que el que emplea uno de nuestros cajistas en componer una hoja; y segunda, porque no tenían que perder tiempo en las pruebas, compajinar ni tirar, aunque es verdad que mientras hacían tres ó cuatro ejemplares, nosotros sacamos á millares.

Los antiguos usaban poco de la forma actual de los libros, que es rectangular, aunque no era por ignorancia. Atala, rey de Pérgamo, lo había ideado, siendo el mismo que inventó el pergamino. Los manuscritos griegos y latinos tienen esta forma; y pocos se encuentran en figura de rollos.

Los volúmenes, según llevamos dicho, se componían de hojas pegadas unas con otras y arrolladas en un palito llamado umbilicus, sirviendo de centro á la columna ó cilindro formada por el rollo. La parte exterior de las hojas se llamaba *frons*; las estremidades del palo *cornua*, y estaban ordinariamente adornadas con baratijas de oro, plata, marfil, etc. En la parte exterior se veía escrita la palabra Σιλλάριος, *silabario*.

Además del pergamino, los Romanos empleaban diversas sustancias para la fabricación de los libros: 1.º el papiro egipcio; pocos libros de esta clase han llegado hasta nosotros; 2.º la tela de lino, los libros de las sibilas, infinidad de leyes, las cartas de los emperadores, los tratados, los anales, todo esto, se escribió en tablas cubiertas de esta tela, *libri lintei*; 3.º el cuero: estos libros, *libri in corio*, que menciona Ulpiano, se componían de hojas sacadas de ciertas pieles diferentes de las de carnero de que comunmente se servían; 4.º la madera: estos libros, *libri in schedis*, se escribían en tablas alisadas con el cepillo; 5.º la cera: Plinio la cita con frecuencia; los Romanos cubrían á veces de una levisima capa sus tablillas ó schedæ para poder borrar ó corregir mas fácilmente, ventaja que no tenían los *in schedis*; y de consiguiente estos eran menos á propósito para las obras que pedían finura y elegancia, que los libros *cirei*; 6.º el marfil: estos libros, llamados tambien elefantinos, se formaban en hojas de marfil. En ellos se inscribían los actos del senado, despues de lo cual eran religiosamente conservados en el templo de la paz.

Ya que vamos hablando de la figura de los libros, digamos algo de su arreglo interior ó del orden y dis-

posición del contenido de los manuscritos latinos. Este orden varió; primeramente las letras se dividían por líneas, y solo mas tarde se introdujo la division en palabras, periodos, secciones, párrafos y capítulos. Al fin de cada libro, en lugar de finis, se formó una \gg , llamada coronis; todas las hojas se lavaban con aceite de cedro ó se perfumaban con corteza de limon para guardarlas de los insectos.

Los libreros romanos hacían el silabario, esto es, el catálogo de sus obras. No seguían orden alfabético, como hoy día se practica, y sí un orden numérico; en la portada del libro se colocaba el sumario. Muchísimos libreros hacían examinar y corregir las obras por los mismos autores para que fuesen mas correctas. Aulo Jela cita un librero que desafiaba á que se le señalase la menor falta en sus libros. De consiguiente la famosa divisa *sine munda* no es de ayer. Sin embargo, añade el precitado autor, encontrábanse libreros que, pretendiendo tener libros correctos, engañaban al público ignorante. Ya estaba entónces de moda el charlatanismo.

Había algunos barrios especialmente dedicados á esta clase de comercio. En dos parajes dice Aulo Jela que había en los *sagilarios* una lonja de librería en que podían comprarse á buen precio las obras de Virgilio y de Horacio. Otra porcion de librerías se encontraban en la plaza mayor que Julio César había hecho construir; tambien estaban de venta los poemas de Marcial. La calle de los fabricantes de calzado contenía así mismo muchas tiendas de libreros.

Estos fijaban los títulos de sus obras en las columnas del vestibulo ó en las puertas, según se echa de ver por los descubrimientos de Pompeya. Añádase que sus almacenes, como las tiendas de barbero, eran un sitio semi-público donde se reunían los literatos para leer el *Diurnum* (la gazeta de Roma imperial), recorrer las obras en boga y discutir sobre las nuevas del día. Bajo este punto no hacemos otra cosa que remendar á los antiguos.

No era raro ver á los libreros romanos recurrir á pequeñas astucias para engañar al público, como por ejemplo, imponer á una obra el nombre de un autor. A propósito cuenta Galeno que habiendo dado su nombre á una obra que no era suya, un filólogo conoció que no era su estilo y se descubrió la superchería. Es probable que los Romanos desconociesen la publicidad por suscripciones, como tambien el poder despótico de los anuncios, y el maravilloso efecto de los folletines.

El precio de los libros, si se considera la escasez del papiro, la carestia del pergamino y el inmenso trabajo de los copistas, era bastante módico; pero si los libreros veían multiplicar los pedidos de una obra, al momento la subían de precio. Luciano se rie de un tal Crespo, ignorante que, queriendo montar una biblioteca completa, se dejaba engañar por los libreros.

Estos últimos daban caza á los buenos escritores, y en llegando á descubrir un hombre de talento, no le

dejaban descansar hasta que venía á partido. Trifon no lo hizo de otro modo con Quintiliano.

Los aficionados pujaban una obra cuando pasaba por escrita de mano de su autor. Aulo Jela dice que se ofrecían hasta 200 piezas de oro por el manuscrito de la Eneida (la pieza de oro valía 54 reales). Nada

tiene esto de exajerado, puesto que algunos pródigos gastaban 8 ó 10 mil sestercios en una golosina rara, venida de luengas tierras, y daban banquetes que costaban mas de cuarenta mil duros de nuestra moneda. Cada gusto tiene sus fanáticos.

DOS MESES DE MATRIMONIO,

POR LADY BLESSINGTON.

§ I.

«Hoy hemos pasado el día de una manera sumamente entretenida; porque los Morrington son muy amables, el padre es excelente artista, y además tienen siempre la felicidad de reunir en torno suyo personas que se avienen en gustos é ideas,» dijo lord Henry Fitzhardinge á su jóven y hermosa lady, al subir al coche y alejarse del palacio de lord Morrington, situado en Grosvenor-Square.

Seis semanas habia cabales que lord Henry se habia casado, habiendo pasado todo aquel tiempo en los lagos, en una pintoresca morada de las márgenes del Windermere, donde la recién unida pareja habia gozado de aquella soledad que es tan encantadora en los primeros días de matrimonio.

La comida en casa de lord Morrington era el primer compromiso que habian aceptado los jóvenes esposos desde su regreso á Lóndres, á donde hacia poco que habian llegado, y era tambien la primera interrupcion que sufrían aquellos interesantes coloquios de sobremesa á que tan dulcemente se habian acostumbrado.

«Parece que estás muy silenciosa, Emilia,» añadió lord Henry; «¿acaso no encontraste agradable aquella reunion?»

—No mucho,» contestó la hermosa lady.

—Lo extraño, porque estabas sentada al lado del marqués de Alberton, que pasa por un caballero amable en extremo.

—Debo confesar que raras veces me divierto con personas que me son enteramente desconocidas,» repuso Emilia; «será sin duda por mi parte una extrañeza de mal gusto, de que tú me pareces exento.

—Divertirse con personas enteramente desconocidas me parece, Emilia, una espresion exajerada; pero al menos dime, bien mio, ¿qué te ha disgustado?»

Al decir estas palabras, atrajo con ternura hacia sí á su esposa y se inclinó para imprimir un beso en su delicada mejilla. Lady Emilia apartó con prontitud la

cabeza, movimiento que escitó el primer síntoma de desazon que hubiese aun causado á su marido.

Procurando lord Henry reprimir su naciente disgusto: «Te ruego,» le dijo, «amor mio, que dejes esas puerilidades y me digas francamente de qué proviene tu mal humor.

—¡Mal humor!» exclamó Emilia, «¡ah! si con este epíteto designas la desgracia, haré muy bien, lo conozco, en ocultarte mis sentimientos.

—¡La desgracia! Emilia, tus palabras me causan tanta afliccion como sorpresa. En nombre del cielo, te pido me digas qué motivo tienes para creerte desgraciada.»

Entónces viendo lord Henry, al resplandor de los faroles del coche, que su esposa tenia aplicado á sus ojos un pañuelo bordado, y oyendo distintamente sus sollozos, le dijo en voz baja: «Emilia, querida Emilia, ¿porqué lloras? Tu situacion me llena de sobresalto.»

En aquel instante paró el coche á la puerta de su palacio en Belgrave-Square. Así que se hubieron abierto las puertas, aparecieron en el vestibulo brillantemente iluminado algunas docenas de criados con librea, llevando á su frente el mayordomo y el ayuda de cámara, y formados en varias filas con todo ceremonial. Al pasar lanzaron á hurtadillas una mirada al rostro de lady Emilia, la cual conservaba aun señales de las lágrimas que acababa de derramar.

Sobrado absorba en los pensamientos que la embargaban, no echó de ver las miradas de los que la estaban acechando. No sucedió lo mismo á lord Henry, pues notó que estaba escitada la atencion de sus criados, y sintió aumentarse su desazon al pensar en los comentarios que no dejarían de hacer sobre la visible emocion que observaban en su señora.

Ofrecióle el brazo para ayudarla á subir la escalera, mas Emilia aparentó no advertirlo y se apoyó en el pasamano. Apenas el ayuda de cámara que les precedía hubo abierto la puerta de la pieza del tocador de lady Emilia; cuando esta llamó con viveza á su camarera, evi-

tando de esta suerte una esplicacion que su marido aguardaba con ansiedad. Echóse en una poltrona y dió libre curso al llanto que habia procurado reprimir mientras subia á su cuarto; y rechazaba tristemente los esfuerzos que hacia lord Henry por consolarla, cuando entró su camarera Marabout.

« ¡ Ah! ¿ Dios mio! ¿ qué tiene mylady? Mylady está mala. ¿ Mandaré por el medico, por el farmacéutico, por todo el mundo. »

Y diciendo estas palabras, corrió la bulliciosa francesa al tocador y tomó un frasco de agua de Hungría que dió á oler á su desconsolada señora.

« ¡ Oh mylady! No dudo que hay alguien que la pone á Vd. mala, que hay alguien que contradice á Vd. »

Y esta discreta conjetura fué seguida de una mirada á lord Henry, el cual estrechaba con ternura aquella blanca manecita en cuyos dedos delicados habia colocado, apenas habia seis semanas, el anillo nupcial.

Al mirar aquellas ajadas mejillas sobre las cuales resbalaban algunas lágrimas caídas de dos lindos ojos, con dificultad podia creer que aquella fuese la hechicera criatura que algunas horas antes presentaba ufano en el gran mundo colmada de gozo y salud. Es preciso reconocer que la alteracion que habian sufrido sus facciones escitó en el corazon de lord Henry mas disgusto que compasion; porque debemos declarar candorosamente, á pesar de cuantos poetas han hablado del irresistible encanto de una *beldad llorosa*, que nunca hemos visto una sola prueba de su aserto sobre este asunto, ni encontrado un solo marido que no haya retrocedido delante de este cuadro. « ¿ Qué podrá tener? » pensó consigo lord Henry. « ¡ He aquí un agradable principio de las escenas conyugales que Mortimer acostumbra describir! Yo creia á Emilia exenta de semejantes extravagancias, pero veo que todas las mujeres son iguales. »

Mientras acudian á su entendimiento tan desagradables ideas, reprimió los oficiosos cuidados de la solícita Marabout. Llevó un vaso de agua fresca á los labios de lady Emilia y le aplicó en la frente un poco de agua de Hungría.

Entretanto Marabout, profundamente mortificada, observó con la finura peculiar de su clase y una satisfaccion causada por su resentimiento hácia lord Henry, que habia rehusado sus reiterados servicios, que lady Emilia mostraba una frialdad no acostumbrada para con su soberano señor.

« ¡ Oh! » dijo para sí la criadita, « ha pasado ya la luna de miel, y ella llora, y él está incomodado. ... ella no le dice ya una sola de aquellas palabras de amor que antes le prodigaba; tanto mejor, porque en verdad me fastidiaban con sus ternezas. »

Viendo lord Henry que su presencia no servia del menor alivio á la inesplicable desazon de su esposa, se retiró á su gabinete, y á decir verdad, nunca habia estado menos impaciente de volver á su lado. Re-

pasó en su memoria cuanto habia sucedido en la comida y en la tertulia de lord Morington; pero no pudo adivinar la verdadera causa del llanto que acababa de presenciarse. Provenia sin duda de una accesion de mal humor; y sin embargo, Emilia habia sido de un carácter tan igual y tan blando desde su enlace, que no podia imaginarse que repentinamente se hubiese vuelto tan poco razonable. Finalmente, concluido su tocado de noche, en el que habia empleado tres veces mas tiempo del ordinario, pasó al gabinete de su esposa. Aunque pronta ya á acostarse, lady Emilia no habia despedido aun á Marabout, que seguia al lado de su silla, dirigiéndola de vez en cuando miradas en que se veian mezcladas la tristeza y la compasion.

« Mylord, mi señora se halla tan indispueta, que creo será conveniente mandar por uno ó dos médicos. »

— Habla, Emilia; por el cielo, habla, » dijo lord Henry, « ¿ estás mala? »

— Estaré mejor luego, » respondió sollozando, « pero no me hables, no puedo sufrirlo, no puedo... » Y de nuevo se echó á llorar.

« Puede Vd. retirarse, Marabout, » dijo lord Henry.

— Pero, mylord, si mylady...

— Váyase Vd., » repitió con impaciencia lord Henry, « la presencia de Vd. no es necesaria aquí. »

Después de haberse retirado la camarera, de nuevo instó lord Henry á su esposa que le descubriera la causa de su quebranto.

« No me la preguntes, Henry, procuraré olvidarla; pero á la verdad he sufrido tanto, he sido tan desdichada, que.... » Y otra vez el llanto le impidió acabar.

« Pero debes hablarme con franqueza, Emilia; ¿ á qué vienen todos esos secretos para conmigo? »

— Es muy extraño, Henry, que no lo hayas adivinado. ¡ Ah! he aquí una prueba de que no existe entre los dos aquella simpatía en que, necia de mí, habia creído. »

— Por insensible que pueda parecerte, te aseguro, Emilia, que no acierto en lo que puede haberte apesadumbrado; y como se hace tarde y tú necesitas descansar, te suplico que por fin me lo digas.

— ¿ Es posible, Henry, que no hayas adivinado que todo mi pesar provenia de los obsequios, sí, de los *marcados* obsequios que durante la comida has estado prodigando á aquella odiosa lady Alberton? »

— ¡ Marcados obsequios, Emilia! Te juro que me he portado con ella con la urbanidad que debe un caballero á una señora á cuyo lado se halla sentado en la mesa. »

— ¡ Ah! Henry, ¿ cómo puedes decir esto, cuando sabes muy bien que sin cesar has estado conversando con ella, que le sonreias hablándole de cierto libro que ella habia leído, y tú tambien, y del cual no he visto una sola página? Os hallabais tan satisfechos, que ni uno ni otro os habeis acordado de cuantos estabamos allí. ¡ Oh! sí, lady Alberton es una detestable coqueta, á quien nunca podré amar. Bien se lo he dado á

entender cuando ha dicho que iria á visitarme.

— ¡Gran Dios! Emilia, es posible que tu locura haya llegado al extremo de ofender á una persona que bajo todos conceptos es una amistad que debemos buscar, una mujer generalmente mirada como una de las mas distinguidas de Inglaterra?

— ¡Y tú, Henry, es posible que tengas valor para manifestar tan á las claras tu pasion por aquella mujer en mi presencia? ¡Ah! esta es sobrada crueldad.» Y de nuevo quedó anegada en llanto.

«En verdad me provocas, Emilia. ¿Cómo puedes ser tan insensata que supongas que mis ideas respecto de lady Alberton hayan sido otras que las de guardarle las consideraciones regulares?

— ¿Y llamas consideraciones regulares estarla mirando en la cara siempre que le hablabas ó te dirigia la palabra: ofrecerle agua de una manera tan afectuosa como si fuera yo á quien se dirigian tus obsequios; yo, á quien has jurado mil veces que me adorabas...? ¡y todas aquellas atenciones por una persona que no has visto sino una vez en tu vida!

— Emilia, Emilia, no esperaba de ti tanta flaqueza. ¿Puede darse mayor grosería que volver la cara á otro lado cuando se está hablando á una señora? En cuanto á ofrecer el agua de un modo afectuoso, no puedo menos de reirme de semejante acusacion; no sé comprender, cómo, teniendo los modales de un hombre bien educado, se puede hablar de otra manera que con afectuosidad.

— Hay grandisima diferencia en el modo de mirar á las personas ó de hablarles; y tú lo sabes tan bien como yo; continuamente estabas mirando y con ojos tiernos á aquella odiosa mujer que detestaré toda la vida, y á mí apenas me dirigias una mirada de vez en cuando, y aun esto con cierta sonrisa provocadora, cual si el principal objeto de tus atenciones debiese ser ella. Yo me sofocaba, estaba á punto de deshacerme en lágrimas, y entretanto su fastidioso marido seguia molestándome con sus oficiosos obsequios, en vez de reprimir la indecente veleidad de su coqueta parenta, de que debiera haberse avergonzado.

— ¡Qué injusticia! ¡qué absurdo! ¡lady Alberton acusada de coqueta y de veleidosa! Jamás ha habido acusacion menos fundada.

— ¡Ah! ya veo, Henry, que no puedes sufrir que se le encuentre un solo defecto. Tú quisieras que todos la juzgaran como tú la crees.

— Ya veo que es inútil persistir en mis esfuerzos para desvanecer tus ridículas sospechas; por lo que me abstendré de mayor explicacion.

— Tú adoptas el argumento ordinario de que echan mano los que no pueden sincerar su conducta; mas yo soy muy necia en aflijirme por tus extravíos; lo que debiera hacer, es olvidarme de que soy casada y acordarme tan solo de la persona que tuviese junto á mí en la sociedad. Si yo te amase tan poco como tú á mí, sería esto muy fácil; pero...» Los sollozos volvieron á tortarle la voz.

Esta declaracion de su amor despertó todo el afecto de lord Henry, que se habia adormecido algo durante aquella discusion; y al ver á su esposa tan tristemente demudada por aquella primera escena de celos infundados, pasó dulcemente los brazos al derredor de su talle, le juró que ninguna mujer en la tierra atraeria sus miradas y que violentaba su gusto cuando tenia que prodigar á las demás las atenciones comunes de la sociedad.

Tranquilizada la jóven esposa, devolvió á lord Henry las dulces sonrisas y le prodigó todas aquellas interesantes pruebas de ternura que son el paliativo de las disensiones de los recién casados en el primer año de su enlace.

Cosa estraña: cuando al dia siguiente tomaron juntos su desayuno lord Henry y lady Emilia, contemplando el marido el hechicero rostro de su consorte, se acordó con una emocion penosa del cambio que en él habia notado la noche anterior, y admirándose de que un sér tan suave y tan bello pudiese mostrarse tan susceptible y tan áspero, ansió vivamente no verse condenado á presenciar con harta frecuencia aquella metamórfosis. A fin de evitar la repeticion de semejantes escenas, esplicó á su esposa la conducta que era preciso observar en el mundo, y le manifestó que el mas ligero desvío de los usos establecidos bastaria para esponerles al ridículo y al desprecio de la sociedad.

«¿Pretendes tal vez decir, con esto, » preguntó lady Emilia, « que los hombres deben obsequiar á todas las coquetas á cuyo lado los ha llevado la casualidad?

— ¿Y es posible, Emilia, que de esta suerte confundas las demostraciones particulares del amor?

— ¿Y serias capaz, Henry, de valerte de este sofisma para burlar mi inesperienza? »

Con no menos paciencia que discernimiento fué definiendo lord Henry todos los miramientos que el hombre debe guardar á una mujer junto á la cual le ha colocado el acaso, y le declaró que la mas leve omision en esta parte seria considerada como una falta de educacion. Lady Emilia escuchaba á su *caro sposo* con manifestas señales de impaciencia, y á cada paso le interrumpia diciéndole que jamás sabria avenirse á mirar cómo dedicaba sus atenciones á otras mujeres.

— Yo te ruego, Emilia, que te esfuerces en desterrar esas ideas poco razonables; pues fuera sumamente doloroso y humillante para mí el ver que te acusan de celosa, y mas valdria abandonar enteramente la sociedad que esponernos al escarnio que aguarda á aquellos que no saben ocultar á los demás sus flaquezas.

— ¿Pero qué te importa, » repuso lady Emilia, « lo que piensan unas cuantas personas de que ni siquiera nos acordamos? Uno solo de tus deseos, querido Henry, tiene mucha mas importancia para mí que la opinion del mundo entero; ¿porqué pues mis deseos no han de tener sobre ti la misma influencia?

— Espícame esos deseos, Emilia, á fin de que los comprenda, porque lo que es ahora, apenas sé lo que deseas.

— Pues bien, cuando tengamos que ir á una reunion ó recibir en casa, deseo que si te hallas en la precision de hablar á otras mujeres, no las mires con esa ternura con que me miras cuando estamos solos, y que todo el tiempo que les estés hablando, tengas los ojos fijos en mí, y no les digas mas que palabras indiferentes. Durante la conversacion, no te animes ni tomes ese dulce y tierno acento que solo yo debo oír de tus labios. »

Lord Henry no pudo contener una carcajada; mas no encontró eco en su esposa.

« Y dí, Emilia, ¿ no quieres igualmente que vaya á sentarme con preferencia al lado de la mas vieja y mas fea? »

— Desgraciadamente, Henry, las absurdas leyes de la política no permiten esta eleccion, y un arreglo de esta naturaleza, por apetecible que sea, no es realizable; pero como el modo de cumplir los deseos que te he manifestado es admisible, no dudo que lo aceptarás.

— Supongamos, no obstante, que en la mesa me hallo sentado junto á una señora, y que tú estás colocada en frente. Un candelabro impide tal vez que nos veamos sin grande esfuerzo; pero á fin de complacerte, mientras hago á mi vecina un difuso comentario acerca de la lluvia y del buen tiempo, la tristeza de la ciudad, ó el polvo del parque, me vuelvo hácia ti como veleta colocada en lo alto de la chimenea, para recoger tus miradas ó dirigirte las que hemos concertado de antemano, lo notan los convidados, y se rien á nuestra costa. »

Mientras así hablaba lord Henry, hacia tan cómicamente los jestos que describía, que lady Emilia no pudo menos de reírse con él, y á lo menos por entónces se separaron de buen humor, pero sin haber definitivamente acordado lo que Emilia podia ó no podia soportar con paciencia.

En la calle encontró lord Henry á un antiguo compañero de colegio, Mr. Sydney, al que no habia visto hacia mucho tiempo. Deseando presentarlo á lady Emilia, le convidó á comer.

Cuando volvió á su casa para acompañar á lady Emilia en su paseo á caballo, la anunció la satisfaccion que se prometia de hacerle conocer su amigo: « Sydney es un escelente muchacho, y estoy seguro de que le amarás por afecto á mi persona, pues es uno de mis mayores amigos. »

Lady Emilia pareció turbarse y nada contestó.

« Pero ¿ qué tienes ánjel mio? » le preguntó su marido, « parece que no te gusta que haya convidado á Sydney á comer con nosotros? »

— A decirte verdad, Henry, era tanta la felicidad que esperaba de poder pasar sola contigo ese rato, despues de la fastidiosa reunion de ayer, que debo confesártelo; ha sido para mí un contratiempo ese

convite; por muy amable que sea por otra parte tu amigo.

— Es un jóven franco y de buen humor, » repuso Henry; los dos hemos viajado juntos por el continente; hemos habitado la misma casa en Lóndres; en una palabra, hemos sido inseparables durante muchos años.

— ¡ Ah! sí, ya me acuerdo que tenias la costumbre de elojiarlo continuamente, que solias preguntarte á ti mismo si Sydney sabria amarme, » dijo lady Emilia con cierta afectacion.

— No, tú te equivocas; imposible era que dudase de que Sydney, lo mismo que todos, estaba muy prendado de mi Emilia; lo único que yo deseaba saber era si te parecia digno de ser mi amigo; porque no puedo menos de manifestártelo; sentiria en el alma que mi esposa no amase al hombre que mas quiero en el mundo.

— Espero que quedarás satisfecho; sin embargo, segun ya te he indicado, me hallo muy poco dispuesta á amar á los desconocidos. »

Lord Henry quedó muy triste y mortificado de la anterior conversacion, la cual fué seguida de un silencio mas largo de lo regular. Lady Emilia fué la primera en romperlo.

« Supongo, Henry, » le dijo con alguna aspereza, « que la memoria de tu amigo te ocupa en términos de no dejarte pensar en tu esposa. »

— Y yo decia para mí, Emilia, que me seria muy lisonjero que manifestases sentimientos mas favorables hácia Sydney. »

En aquel instante fué interrumpido su coloquio por la llegada de algunos amigos que los acompañaron á paseo y no se despidieron hasta la hora de comer.

Cuando llegó Mr. Sydney, lord Henry lo presentó á lady Emilia con la cordial amistad de un hermano.

« Emilia ha oído hablar de ti con tanta frecuencia, » le dijo, « que te tiene el mismo cariño que si fuerais antiguos amigos, cual lo somos nosotros. »

El saludo afectado de lady Emilia y el haber tocado con la punta de los dedos, cubiertos con el guante, la mano que le presentaba Sydney, no estaba en armonia con las palabras de su marido; mas aunque Sydney se vió casi detenido en sus demostraciones de afecto, atribuyó la frialdad de semejante recibimiento á la infantil timidez de la encantadora jóven que estaba en su presencia y cuya gracia esquisita justificaba la eleccion de su amigo y disponia á Sydney á amarla.

« Ayer encontré á Aubrey, » dijo Sydney, « y en mi vida he visto hombre mas cambiado por el matrimonio; parecia que tenia miedo de descubrir la satisfaccion que experimentaba de volver á verme; pero cuando ha perdido su serenidad, ha sido cuando chanceárame le he recordado algunas de nuestras travesuras. He oído decir que el hombre que se casa debe mudar todos sus criados, pero ignoraba que debiese mudar »

tambien sus amigos. Es ciertamente admirable que el matrimonio produzca tales metamorfosis; pero tal vez será este uno de los misterios de ese santo estado, que no le es dado á un soltero penetrar; por lo menos tú, querido amigo, eres siempre el mismo, gracias, no lo dudo, á la amabilidad de lady Emilia.»

A no tener Sydney la vista tan corta, una mirada de lady Emilia le hubiera advertido la indiscrecion que acababa de cometer, pero como no observó el cambio de su fisonomía, continuó hablando:

«Hacia ya un siglo que no nos habíamos visto,» dijo luego que se hubieron retirado los criados y se pudo hablar sin reserva. «¡Cuánto me he acordado de ti en Roma y en Nápoles, donde habíamos pasado juntos tantos momentos agradables!»

Lady Emilia parecia estar muy poco satisfecha, y su marido, observando la expresion de su semblante, hizo un esfuerzo para variar el asunto de la conversacion. «Tengo muchísimas ganas,» dijo, «de llevar á Emilia á Italia, para enseñarle nuestras ruinas antiguas y las soledades que tanto amábamos.

—A propósito de nuestras ruinas antiguas y de nuestras soledades,» repuso Sydney, «¿á quién te parece que encontré en Albano, cuando fui á respirar un ambiente algo fresco, despues de haberme medio consumido en Roma con un mes de mayo abrasador? veamos si lo adivinas.

—No puedo atinarlo,» contestó lord Henry con aire de la mas completa indiferencia, lo que probaba que no sentia la menor curiosidad en esta parte.

—Pues bien, encontré á la *hechicera viuda*, como acostumbrábamos llamarla, á Madama Montagu Riffort, siempre en el mismo estado de imperturbable felicidad, aun despues de haber enseñado su blanca dentadura y cantado sus letrillas españolas en toda la Italia. A propósito, me pidió noticias de ti, bien que sospecho que lo mereces muy poco.»

Las mejillas de lady Emilia se cubrieron de un color de púrpura; lanzó á su marido una mirada de despecho, la cual le recordó con viveza la desagradable escena de la noche anterior. De nuevo intentó dar otro jiro á la conversacion, mas echándolo de ver su esposa, lejos de agradecersele, le dió á entender que ya conocia los temores que le asaltaban de que su loquaz amigo hiciese alguna revelacion indiscreta. Levantóse para retirarse, y aunque lord Henry le suplicó con mucha instancia que se quedara algun tiempo mas con ellos, salió lady Emilia de la sala, diciéndoles que no dudaba de que solos podrian hablar mas á sus anchuras de los *agradables recuerdos* de otros tiempos.

Lord Henry se habia turbado al observar el gran descontento que se ecliaba de ver en el rostro de su esposa; y el temor de otra escena de lágrimas, de mal humor y reconvenciones le tenia de tal suerte trastornado, que notando su amigo su aire distraído, le propuso pasar al salon.

Al entrar, vieron que lady Emilia se habia retirado

á su aposento, dejando órden al ayuda de cámara de avisarles que una fuerte jaqueca la habia precisado á acostarse.

«Será forzoso que te deje por un momento,» Sydney,» dijo lord Henry con aire confuso, «iré á saber noticias de Emilia; hace algunos dias que está indispuesta, y durante la comida me ha parecido que se hallaba desazonada.»

Dirijióse al cuarto de su esposa, no como en otro tiempo con la impaciencia de un amante, sino como un reo que teme una severa repension, á pesar de estar convencido de no haber cometido la mas leve falta. Nada cabe tan desagradable como el temor de una disputa ó de lo que aun es peor, de un recibimiento frio ó áspero de parte de una persona querida, á quien se intenta agradar, pero que se irrita sin motivo y manifiesta su resentimiento por una ofensa imaginaria, con recriminaciones, el silencio ó lágrimas. Asustábase por otra parte el mucho tiempo que tendria que pasar separado de sus amigos, las reiteradas súplicas que se veria en la necesidad de emplear, á fin de obtener la declaracion del supuesto agravio, y el profundo disgusto de aquella alma lastimada que le era preciso tranquilizar.

Mientras estas ideas se agolpaban en su entendimiento, sentia, á pesar del sincero afecto que profesaba á su esposa, no ser ya soltero y haber perdido la dulce libertad y la grata indolencia de que goza el célibe. Entró en el cuarto con mas tiento que de costumbre; y sin embargo aun no habia pasado el lintel, cuando una seña de la solícita Marabout le indicó la necesidad de andar mas ligero.

«Milord, milady padece mucho, tiene jaqueca y una profunda desazon,» dijo la camarera en voz baja y dirijiendo á lord Henry una mirada de repension. Mientras le estaba hablando, con dificultad podia encubrir el noble lord la repugnancia que le inspiraba la sirvienta de su esposa, y menos aun el aire de impertinente confianza que tomaba en esta ocasion. Acercóse á la camilla en que estaba acostada lady Emilia, y viendo que no dormia, se atrevió á decirle que confiaba que su indisposicion no ofreceria un carácter peligroso.

«Me siento muy mala,» dijo lady Emilia, «la cabeza me duele horrorosamente; pero te pido que no dejes á tu amigo.

—Si realmente estás mala, Emilia; ¿puedes suponer que me separaré de tu lado? semejante idea es injuriosa para mi cariño.» Un profundo silencio siguió á estas palabras, y solo lo interrumpian los frecuentes y hondos suspiros de Emilia.

«¿No sería mucho mejor enviar por el médico?» preguntó lord Henry con ternura y cojiendo la mano de su esposa. «Sin embargo no se nota el mas leve síntoma de calentura en esa mano adorada,» añadió apretándola contra sus labios.

—A la verdad, no deberias dejar solo á tu amigo por tanto tiempo,» dijo lady Emilia de un modo que

indicaba que estaba esperando que su marido le respondiese: ¿Qué son para mí todos los amigos del mundo cuando tú estás padeciendo?

«Voy á ver otra vez á Sydney y á despedirle,» dijo lord Henry, «y al instante vuelvo á tu lado.

—No por cierto, no puedo consentir que me sacrifiques la compañía de Mr. Sydney que tanto te agrada; en toda la comida no has escuchado mas que á él, y despues habeis estado juntos tanto tiempo, que miro como una felicidad que mi indisposicion me haya proporcionado una excusa para dejaros gozar de vuestra conferencia.

—¡Cuán poco razonable eres, cuán niña, Emilia!

—Me parece que Mr. Sydney debiera haber tenido bastante criterio para no traer á colada los recuerdos de vuestra mocedad y de vuestra *hechicera viuda*, á lo menos en mi presencia,» dijo lady Emilia. «No es nada lisonjero saber que el epíteto de *hechicera*, que, necia yo, creyera reservado para mí, ha sido prodigado á una persona que, segun el modo con que habeis hablado de ella, seria alguna aventurera que andaba á caza de un marido.»

Al pronunciar lady Emilia estas palabras, sus mejillas se tiñeron de un vivo encarnado, y sus ojos brillaron de verdadero despecho.

«¡Gran Dios, Emilia! ¡cuán loca, cuán singular eres en ofenderte de palabras tan inocentes! ¿Puedes acaso suponer que hubiera yo podido comprometer tu dignidad y dar á entender á mi amigo que tu eres débil y poco razonable como tantas otras mujeres, que hubiera podido, repito, insinuarle siquiera que me estaba vedada toda alusion á mi mocedad? ¿No hubieras tenido razon para incomodarte, si yo le hubiese manifestado hasta donde llega tu pueril susceptibilidad?

—Semejante reserva no hubiera sido necesaria, si, como debes, hubieras declarado á tu fiel amigo que deseabas olvidar toda tu vida pasada, y acordarte tan solo del tiempo que ha transcurrido desde que nos amamos.

—Sydney se burlaria de mí, si fuera á contarle tales sandeces.

—¡Ah! si das mas importancia á la opinion de Mr. Sydney que á la mia, nada me resta ya que decirte, y...» los ojos de lady Emilia se cubrieron de lágrimas.

—¡Emilia! ¡Emilia! ¿porqué de esta suerte te esfuerzas en destruir nuestra felicidad? ¿Qué debo hacer para complacerte? No ha mucho tiempo que estaba muy ajeno de pensar que deberia un dia dirigirte una pregunta tan humillante; porque creia estabas satisfecha y eras venturosa. Manifiéstame tus deseos; yo no puedo sufrir que semejantes escenas se renueven.

—Deseo,» dijo lady Emilia con la voz entrecortada por los sollozos, «que renuncies á ese mundo odioso en que has vivido antes de conocerme; que evites vengas á lastimar mi cariño los culpables recuerdos de

un tiempo, en que, segun pretenden tus amigos, estabas alegre, contento, y hasta, Henry, eras dichoso sin mí: sin mí, á quien mil y mil veces has jurado en estos tres últimos meses de ventura que tu felicidad dependia entera y únicamente de mi amor. Porque, á la verdad, querido Henry, yo no puedo sufrir que en mi presencia se hagan alusiones á tu vida pasada, pues hasta la idea de que has podido vivir sin mi amor es para mí un tormento indecible.»

Traslucíase tanta pasion en medio de aquellos desordenados sentimientos, que el amor hizo olvidar á lord Henry el disgusto que tales exigencias le causaban. Lo que sobre todo acabó de desarmarle fué la fascinadora mirada de aquellos ojos negros y brillantes que permanecian fijos en él con delirio; imprimió un ardoroso beso en la tersa frente de lady Emilia y le dijo:

«Y yo entretanto, amor mio, me he olvidado del pobre Sydney; es absolutamente preciso que vuelva á su lado.

—¿Como puedes, Henry, acordarte mas que de tu Emilia? El cielo me es testigo de si nunca he tenido un pensamiento que no fuera por ti; y sin embargo, en el instante mismo en que me disponia á olvidar el profundo pesar de estas tres angustiosas horas, ese pesar que tan cruelmente ha oprimido mi corazon, pienso aun en ese molesto amigo que ha sido la causa de todo. No, jamás seré, jamás podré ser feliz, si no abandonas todas esas amistades de tu mocedad, si no olvidas toda tu vida pasada, sino llegas á persuadirte de que solo comenzaste á existir el dia en que nos conocimos.»

A duras penas consiguió lord Henry contener la risa al oir la novelesca idea de su esposa, por halagüeña que fuese para su amor propio; parecióle ver en esto un siniestro agüero para el porvenir, porque el mayor enemigo de la felicidad conyugal es la estrechada sujecion; procuró disimular no obstante y revestirse de toda la seriedad posible, y despues de haber nuevamente besado la linda manecita que le alargaban con ademan medio sosegado, salió del cuarto para reunirse otra vez con Sydney. Iba entretanto discurriendo medios de presentar la enfermedad de lady Emilia como una justificacion de su larga ausencia; pero á decir verdad, se avergonzaba al pensar en el ridículo papel que iba á hacer cuando refiriese á su amigo toda aquella ficcion.

«Porque es imposible,» dijo para sí, «que un célibe sepa comprender mi situacion; fuera muy distinto, si Sydney estuviese casado.»

Entrando en la biblioteca, la encontró desierta, y aunque libre ya de la necesidad de haber de alegar falsas excusas á su amigo, se llenó de una especie de terror al pensar que Sydney habria ido sin duda al club, en donde explicaria su pronto regreso, refiriendo circunstanciadamente la súbita indisposicion de lady Emilia, cuya causa habia seguramente sospechado.

«Y seré objeto del ridículo para todo el club,» pensó;

presentimiento que hizo que continuara arrugada su frente, mientras volvía despedido al cuarto de su esposa.

«¡Qué bien has hecho, querido Henry, en despedir á nuestro tirano y volver tan pronto! ¿Cómo has logrado desembarazarte de él?

—No he tenido ese trabajo,» dijo lord Henry muy disgustado, «porque se ha marchado espontáneamente.

—¡Oh! ¡cuán feliz soy! yo temía que aun se quedara á lo menos media hora. Pero me parece que no tomas parte en mi alegría, Henry; ¿es posible que prefieras su compañía á la de tu esposa?

—Te confieso, Emilia, que siento en el alma que se haya ido sin ninguna explicación. Sydney es chancero é irónico, cuando quiere, y si cuenta á nuestros amigos del club hasta qué punto llega mi complacencia para contigo, no dejará esto de atraernos algunas sátiras.

—¿Y este es el hombre que llamas tu amigo, Henry? ¡Oh! ¡cuánto difiere tu modo de pensar del mío!

—Sin embargo, en repetidas ocasiones Sydney me ha dado pruebas de que es un amigo verdadero, Emilia.

—¡Y por esto le crees tu capaz de ridiculizarnos á los ojos del club! ¡Oh! ¡cuán diferente era la amistad que me unía con mi querida Fanny Lorimer! ni ella hubiera sufrido que en su presencia hablaran mal de mí, ni yo de ella, porque nuestra amistad era sincera. Todos los días nos escribíamos cartas interminables, nuestros vestidos eran siempre de un mismo color, traíamos brazaletes hechos de nuestro cabello, y en nuestras sortijas poníamos siempre la misma divisa. Ambas éramos apasionadas á las mismas poesías, leíamos las mismas obras y sentíamos por las mismas personas igual inclinación ó antipatía; en una palabra, nuestros gustos, sentimientos y deseos se habían confundido enteramente; y sin embargo, Henry, he despreciado aquella amistad..... ó mas bien la he casi olvidado por el amor sin límites que has encendido en mi corazón, mientras acatas tú con humilde deferencia la opinión de ese Mr. Sydney, que crees capaz de escarnecer el cariño que profesas á tu esposa.

—Tu inesperienza, Emilia, te hace inhábil para juzgar de las amistades del mundo. Las que se establecen entre nosotros se diferencian muchísimo de los novelescos afectos llamados *amistad* por las niñas de diez años, y que empiezan en el coilejo y acaban en la luna de miel.

—La amistad que yo profesaba á mi querida Fanny no concluyó en la luna de miel, pues durante los primeros días de nuestro casamiento, mi mas grata tarea era darle cuenta en mis cartas de mi felicidad.

—Y no obstante, apenas ha pasado nuestra luna de miel, ya confiesas, Emilia, que has descuidado, y aun mas, que has olvidado á tu amiga. En cuanto á mí, puedo decirte que jamás he escrito á Sydney los exagerados pormenores de mi felicidad; y sin embargo,

nuestra amistad sigue siendo la misma desde que partimos de *Eton*; y te lo confieso, sentiria muchísimo ver alteradas ó rotas nuestras relaciones, aunque le creo capaz de reirse con nuestros amigos del club, de mi flaqueza conyugal.

—¡Cuán doloroso es, Henry, oírte manifestar unos sentimientos tan frívolos acerca de unos asuntos tan sagrados como el amor y la amistad!

—¿No debieras mirar mas bien como una dicha que mis sentimientos en esta parte no sean mas exaltados? porque si me prohibes la amistad, por considerarla incompatible con el amor, ¿no seria esponerme á incurrir en tu desagrado hablar de ella con calor?

—Tú no quieres entenderme, Henry; porque nadie aprecia mas que yo la amistad.

—Entonces, ¿porqué quieres que rompa con Sydney?

—Porque carece de simpatía, de sensibilidad y de tacto.

—Jeneralmente no se le niegan esas prendas: puedo asegurarlo.

—En cuanto á mí, persisto en la misma opinión, Henry; pues si en realidad poseyera Sydney esas prendas, se hubiera abstenido, al primer día de presentarlo á tu esposa, de hacer alusiones en su presencia á tus locuras de cuando soltero y á tus *hechiceras viudas*. Solo un hombre poco delicado puede no advertir que una mujer bien educada, y que ama á su marido, debe ofenderse mucho con tales recuerdos.»

No lograron convencerse con sus reciprocos argumentos: ambos creían que de su parte estaba la razón. No obstante el cariño que mutuamente se profesaban, derramó una especie de bálsamo sobre esta segunda disputa conyugal; y semejante al sol de abril que seca prontamente el rocío que precede á su salida, el amor borró enteramente los vestigios de su resentimiento, y restableció el sosiego en la familia. ¡Pero ay! esta calma no fué duradera: una noche que lord Henry habia pasado en la Cámara de los Comunes dió márgen á que entre él y su esposa se entablara una discusión tan viva y acalorada como las que á menudo tienen lugar en la misma Cámara. Ambos esposos debieran haber sido llamados al órden con tanta razón como los oradores mas animados que se hayan hecho acreedores á las amonestaciones del pacientísimo varon que llaman *presidente*.

Esta tercera escena no ofreció tan fácil desenlace como las dos primeras, porque las disensiones domésticas tienen de afflictivo que cuanto mas se renuevan, mas difíciles hacen las concesiones. Fuera enojoso reproducir todos los argumentos empleados por lady Emilia para probar á lord Henry que un marido que ama á su esposa no puede ó no debe á lo menos frecuentar la Cámara de los Comunes; y el lógico raciocinio de que se valió lord Henry para convencerla de que el hombre que no cumple sus deberes para con el pais no puede preciarse de ser un buen marido. Las palabras, y hasta las lágrimas fueron inúti-

les para persuadir á lord Henry de que su asiduidad en la Cámara era un motivo razonable para que estuviese afligida su esposa. Persistió con severidad en la resolución de ir á la Cámara, siempre que se discutiese algun asunto de importancia; y tres dias, que parecieron á lady Emilia tres siglos, se pasaron antes de que se hubiese verificado entre los dos esposos una verdadera reconciliacion.

De esta desavenencia de tres dias se originaron otras muchas disensiones. La certeza de que en casa le aguardaba una acogida yerta, decidió á lord Henry, una noche que la sesion de la Cámara se habia cerrado mas temprano que de costumbre, á ceder á las instancias de sus amigos que le convidaban á cenar en el *club*, y halló tan agradable compañía, que hasta el amanecer no se retiró á su casa. La pobre lady Emilia, que habia estado contando las horas que dieron en su reloj durante aquella larga espera, le recibió con un semblante mas pálido que el mármol, en el cual se leian visiblemente las señales de su desvelo y ansiedad. Su mirar abatido fué una reconvencion que turbó la conciencia de lord Henry, y que hubiera producido mas efecto, si ella se hubiese limitado á este dolor mudo. Pero repitióle por desgracia circunstanciadamente cuanto habia padecido durante la noche, las esperanzas que concebía su pecho, así que oía pasos en la plaza, ó el ruido de algun carruaje, y por último el vivo pesar que experimentaba viéndolas enteramente burladas. Los hombres nunca se hallan dispuestos á compadecerse de los sufrimientos de que han sido causa, sino cuando conocen que han faltado, y no se pone sobrado abinco en hacérselo sentir. Lord Henry se vió abrumado por las quejas de su *cara esposa*, y le hizo presente con alguna aspereza que hubiera podido evitarse aquel mal rato teniendo la cordura de meterse en cama. La Cámara no se habia separado, añadía, hasta una hora muy avanzada, y esta era la razon porque no se habia retirado mas pronto, pero confiaba que en lo sucesivo no la haria esperar.

«¡Y este es,» decia para sí lady Emilia, «todo el consuelo que me ofrece por mi ansiedad y por las penosas horas que he contado en esta eterna noche! ¡Ah! ¡cómo ha olvidado nuestra deliciosa morada de las márgenes del azulado lago de Windermere, cuya plácida superficie era una viva imájen de nuestra venturosa existencia! Entónces una hora pasada lejos de mí le hubiera parecido un disgusto insoportable. ¡Oh! ¡quién hubiera podido creer entónces en esta mudanza!»

En medio de tales reflexiones, estuvo llorando por mucho tiempo sobre la almohada, mientras su marido dormía.

Al dia siguiente daba lord Henry un paseo á caballo con su esposa, cuando se le acercó en el parque uno de sus compañeros de la noche anterior.

«¿Qué tal, Henry, no te pareció excelente nuestra

cena de anoche? ¡Oh! no hay en Lóndres quien sirva mejor que Vd.»

Corrióse sobremanera lord Henry al ver clavados en su rostro los ojos airados de su esposa.

«¿Sabes,» continuó el interpelante, que era un hablador sempiterno, «que ese pobre Aubry no puede ir á Crockford, porque su mujer piensa que el frecuentar aquel frívolo *club* es incompatible con la dignidad de un hombre casado? El resultado de esa prohibicion es que Aubry jura que nunca va allá; y sin embargo se arregla de modo que todas las noches, al volver de la Cámara de los Comunes, cena en el *club*, y persuade á su mujer que se ha visto detenido en la Cámara por una sesion tempestuosa. Todos los casados procuran ahora tener un asiento en el parlamento, y esto les proporciona una excelente escusa para volver tarde á su casa.»

Tan indiscretas palabras acabaron de llenar de confusion al ya asaz turbado lord Henry, el cual en aquel instante deseaba con todas veras que su imprudente amigo hubiese estado á cien millas de aquel lugar. Lady Emilia espermentó no menos indignacion que dolor, al descubrir que la estratagemas de que se valian los demás hombres, la empleaba tambien su marido, aquel á quien ella creia incapaz de divertirse en aquella clase de reuniones, y sobre todo de bajarse hasta el punto de emplear la mentira para ocultarle que habia asistido á ellas. Aunque esta fechoría marital parecia insignificante á alguno de nuestros lectores, fué el primer golpe que recibió la confianza que lady Emilia tuviera en la veracidad de su marido, golpe funesto á la felicidad conyugal. Lord Henry comprendió cuanto pasaba en el ánimo de su esposa, y en medio de su ceguera, estaba mas dispuesto á desahogar en ella su cólera que á tranquilizarla. «Si me he valido de aquel ardid, decia interiormente, ha sido porque me han obligado á ello las absurdas exigencias de Emilia.» ¡Cuántos hombres han pensado de la misma manera! y ¡cuántas mujeres han provocado iguales resultados con sus imprudentes deseos, ó con sus ruidosas quejas, cuando no han sido atendidos sus deseos. Nunca esposos recién-unidos han vuelto á su casa con peores disposiciones que aquel dia lord Henry y lady Emilia. Irritaba su ánimo un mutuo descontento; y sin embargo, fuerza es decirlo, provenia aquel descontento de un cariño mal entendido, que les llevaba á exigir uno de otro una libertad sin límites en sus caprichos.

«¡Y yo le creia tan perfecto,» decia entre sí lady Emilia, «tan incapaz de mentir! ¡Oh! ¡qué cruel engaño!»

—¡Cuán injusta es, cuán insensata,» esclamaba en su interior lord Henry, «en tomar por un agravio la frívola mentira que me ha dictado mi anhelo de no causarle disgusto! porque conozco que la confesion de que habia cenado en Crockford la hubiera desazonado en estremo. Pero las mujeres son las criatu-

ras menos razonables del mundo; en diciéndoles la verdad, se ponen molinas y lloran. Y ¿cuál es el hombre que puede sufrir con paciencia uno ú otro de estos hábitos femeniles? Pero que las engañen á fin de no atormentarlas... entónces, á fe mía, el pobre marido, en caso de ser descubierto, será mirado como un monstruo de perfidia y falsedad, y tendrá que sufrir el castigo de una falta cometida por un esceso de bondad.»—Durante la comida, en que estuvieron solos, reinó una indecible tristeza; ambos esposos temían recordar los sucesos que habian sido causa de su irritacion, y sin embargo les era imposible pensar en otra cosa. La tarde no fué menos desagradable que la comida, y pareció interminable. ¡Qué contraste con aquellos dias deliciosos que habian pasado en su soledad, cuando eran el uno para el otro el universo entero, cuando lady Emilia no habia aprendido á dudar de lord Henry, ni este á temer la tiranía de aquella!

II.

Cuando fueron á avisar á lord Henry que su cabriolé estaba á la puerta, sirvió esta noticia de grande alivio en la violenta situacion de ambos esposos. Lord Henry murmuró algunas palabras acerca del sentimiento que le causaba el tener que ausentarse: y cuando sus labios tocaron las mejillas de lady Emilia, tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas, viendo que ella recibia sus caricias en silencio y sin devolvérselas. No era este el modo con que acostumbraban separarse, aunque no fuera mas que por una hora. Pero todo habia cambiado: lo veían con dolor así el uno como el otro, pero no se atrevían á mentar esta mudanza. Las lágrimas que lady Emilia retenia en presencia de su marido, corrieron con abundancia así que hubo salido. ¡Ah! aquellas fueron las lágrimas mas amargas que hasta entónces hubiese derramado.

Mientras la hermosa lady se afligía de este modo, abrieron la puerta de la biblioteca; y antes que hubiese podido distinguir al que entraba, se vió tiernamente estrechada en brazos de su hermana mayor, lady Lutterworth. Casada, hacia ya tres años, habia lady Lutterworth adquirido toda la esperiencia que proporciona el continuo trato del mundo. Como todas las jóvenes de ideas novelescas, habia llorado tambien, en los primeros meses de matrimonio, sus ilusiones desvanecidas; pero habia acabado por apreciar en su justo valor aquel afecto constante de un marido que reemplaza á los vivos, pero pasajeros, arrebatos del amante. Solo estaba en Londres desde la víspera, pues acababa de llegar del continente, donde habia viajado por espacio de dos años. No habia podido contener su impaciencia por abrazar á su querida hermana, á la cual habia dejado en la adolescencia, creciendo en gracias y belleza.

«Pero ¿qué tienes, mi querida Emilia? ¿tú has llo-

rado? Tales fueron las primeras palabras que pronunció lady Lutterworth, después de haber estrechado repetidas veces á su hermana contra su corazón.

—He estado mala y algo triste,» respondió lady Emilia, y volvieron á correr sus lágrimas.

—¿Donde está lord Henry? Estoy muy deseosa de conocer á mi nuevo hermano,» dijo lady Lutterworth.

—Está en la Cámara de los Comunes.

—Y yo supongo que encontrarás este servicio tan triste como me lo parecían á mí las sesiones de la Cámara de los lores el primer año de mi enlace: ¿no es verdad, querida hermanita?»

A estas palabras suspiró lady Emilia.

«¡Ah!» continuó su hermana; «todavía me acuerdo de cuando contaba las horas, de cuan lentas me parecían, mientras mi señor y dueño llenaba sus deberes de senador, y estaba escuchando las mordaces sátiras de un Lyndhurst, ó la amarga ironía de un Brougham. Tengo tambien presente el heroico valor con que resistía á sus ganas de dormir, á fin de poder decir á Lutterworth á su vuelta que yo habia pasado una larga noche velando. Cuando me sentía á punto de quedar vencida por el sueño, hacia tocar mi repetición, cuyos sonidos argentinos oía apenas, y de esta suerte podia contar á mi caro *sposo* las horas que le habia estado aguardando. ¡Cuanto me despechaba el oírle decir con mucha calma: «Pero, ¿porqué no te has acostado, Luisa? Durmiendo se te hubiera pasado el tiempo sin advertirlo; á mas de que apenas puedes abrir los ojos!» Por fin, conocí la cordura de estas amonestaciones, y me decidí á meterme en la cama; y en lo sucesivo tuve la filosofía necesaria para divertirme al dia siguiente de una larga sesión, y para pedir á Federico que me la refiriese, en vez de mirarle con cólera, y de echarle en cara que me habia hecho esperar.

—Y ¿dónde está lord Lutterworth?» preguntó lady Emilia.

—Durmiendo la siesta en una poltrona, que dice es excelente para esto,» respondió lady Lutterworth. «Írá en seguida á su club, recogerá los *se dice*, y cuando esté al corriente de todo lo que pasa en Londres, me lo contará mañana en el desayuno.

—¿Y duerme la siesta en tu presencia?

—Sí, querida, sin el menor escrúpulo ni ceremonia.

—¿Y tú lo sufres?

—Por supuesto, y le arreglo la almohada, y procuro hacer el menor ruido posible por no turbarle el sueño.

—Pero en esto, hermana, hay muy poca dignidad; nosotras no debiéramos renunciar de este modo á las atenciones, ó los obsequios á que tenemos derecho y que son todo el encanto de la vida conyugal.

—Sí, Emilia, durante la luna de miel puede ser: ¡ah! persuádate de que cuando una mujer no exige estos obsequios, que se le prodigan con gusto cuando es recién-casada, afianza su dicha futura. Felicítase de las demostraciones de cariño de su marido sin exi-

jirlas; recíbele siempre con la sonrisa en los labios, y procure ocultarle las lágrimas que le ha costado su ausencia. Si quiere dormir, pues todos los maridos tienen una pasión decidida al sueño, ese dulce reparador de la naturaleza cansada, ¿no es mucho más acertado tenerle agradecido, rodeándole de cuanto pueda hacer agradable su sueño, que mostrarle mal humor?

—Pero, hermana, ¡somos tan amadas, tan adoradas, mientras pretenden agradarnos, en los primeros días de matrimonio, que es difícil, si no imposible, que nos contentemos después con el apático amor en que caen todos los maridos después de la luna de miel!

—¡Infeliz de la que exige más. Las falsas ideas á que nos acostumbran cuando tratan de agradarnos, y durante la luna de miel, son las que nos preparan casi todos los sinsabores de la vida conyugal. El hombre, ese señor de la creación, olvida todas sus prerogativas cuando se propone sujetar á las que cree nacidas para ponerse bajo su protección, y no para mandarle. Apenas ha logrado su objeto, al momento recobra su natural y mal disimulado instinto de dominación, y se persuade de que aquella que al principio mirara como una divinidad, no es sino una simple criatura puesta en este mundo para prestarse á todas sus necesidades y deseos. Un rey destronado y proscrito de sus estados ¿podría infundir el mismo respeto que antes á sus súbditos? Pues bien, este es el ridículo empeño de una mujer que, en la posición nada poética de madre de familia, exige las solícitas atenciones que le fueron prodigadas en las horas falaces en que se quería interesar su corazón, y durante los primeros días de casada. Estos dos soberanos caídos deben resignarse con tranquila dignidad á la pérdida de los homenajes que no pueden obtener por más tiempo, y de esta suerte se asegurarán miramientos constantes que, no por ser menos esmerados, son menos preciosos.»

Las palabras de lady Lutterworth hicieron mella en el ánimo de su joven hermana, la cual se acostó, luego que aquella se hubo retirado. Algunas lágrimas vertieron aun sus ojos, mientras se despedía de las dulces y pasajeras esperanzas de una juventud anovelada, que le habían hecho creer que siempre hallaría en su marido los asiduos obsequios de un amante; pero se durmió con la firme resolución de buscar la paz y la dicha en el cumplimiento de sus deberes.

Cuando lord Henry volvió de la Cámara de los Comunes, pues esta noche no se detuvo en el *club*, halló dormida á su joven esposa; sus mejillas conservaban aun las señales del llanto: veíase algo que enternecía en la expresión de aquel joven y hermoso semblante, todavía alterado por el dolor, á pesar de la bienhechora influencia del sueño. Sus labios temblaban y despedían ahogados sollozos, como los que salen de la

boca de un niño que se ha dormido llorando. Una lágrima brillaba aun en sus largas y sedosas cejas.

Lord Henry contemplaba con admiración á la hechicera criatura que reposaba delante de él, y sentía renacer en su pecho todo el entusiasmo de un amante y toda la ternura de un marido. Su nombre, pronunciado con débil voz, salió de los labios de la bella dormida, acompañado de un suspiro profundo, que hizo estremecer la blanca sábana que cubría su hermoso seno. Este suspiro dijo más á lord Henry que todos los discursos más elocuentes, é hizo que se arrepintiera amargamente de haber alijido á su esposa.

«¡Pobre Emilia!», dijo para sí; «hasta en sus sueños se acuerda de mí, y yo soy tan cruel que la ofendo cuando se irrita por haberme encontrado faltas que no sospechaba en mí! Una alma tan pura como la suya no puede ser indulgente por una mentira en que había creído como en una verdad; y ¡yo he sido capaz de provocar brutalmente su cólera, en lugar de acudir á su natural bondad!»

Tan saludables reflexiones produjeron el más feliz resultado, y el sol del día siguiente fué testigo de la reconciliación de lady Emilia y de lord Henry. Confesó la mentira á que le había inducido el temor de disgustarla; esplicóle los sacrificios que imponían los usos convencionales del mundo, la necesidad de someterse á ellos algunas veces, y la obligación que tenía una mujer de consentir de grado en las inevitables interrupciones de la felicidad doméstica y de tener entera confianza en su marido, sin exigir el monopolio de aquellas atenciones que solo serían practicables en la soledad de los campos, añadiendo que semejante conducta le libraría para siempre de la dolorosa necesidad de haberle de ocultar cosa alguna.

La afectuosidad con que fueron dadas aquellas amonestaciones, aseguró su eficacia. Desde aquel día, sin ser zelosa, lady Emilia consintió que su marido fuera cortés con las demás mujeres, y permitió que á menudo convidara á sus amigos á comer, sin enojarse por esto. Mas aun; llegó por último á sonreírse cuando oía nombrar á la *hechicera viuda*, y supo que su marido cenaba en el *club* sin tenerse no obstante por desdichada.

En una carta que algunos días después escribió á su querida lady Fanny Lorimer, contestando á otra en que su amiga le anunciaba su próximo enlace, le daba consejos muy saludables acerca de los engaños á que se esponen las jóvenes recién-casadas, exigiendo después del matrimonio los mismos obsequios que se les prodigaban cuando solteras. Esta carta produjo un excelente resultado en el ánimo de la joven desposada; pues evitó á su marido las escenas domésticas que habían turbado la felicidad conyugal de lord Henry y de lady Emilia Fitzhardinge á su entrada en la vida de Londres.